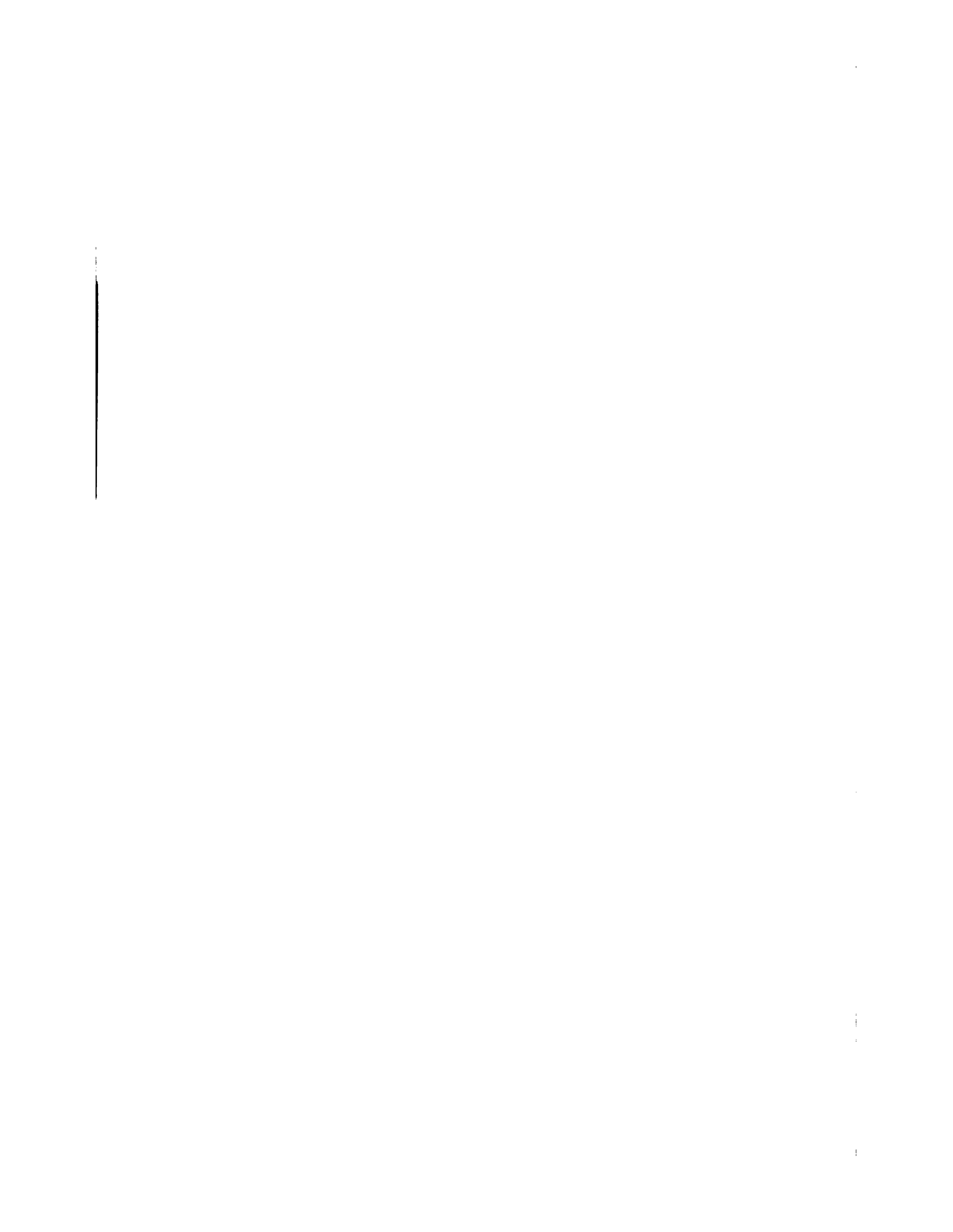



TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



FILOSOFIA

DE LA

ELOCUENCIA,

POR

D. ANTONIO DE CAPMANY

Y DE MONTPALAU.

Secretario perpetuo de la Real Academia Matritense de la Historia, y su Individuo del Número, y miembro de las Bellas Letras de Sevilla y Barcelona.

Nueva edicion copiada literalmente conforme á la publicada por él mismo, en Londres en 1812.

Scribendi recte sapere est et principium et fons.
HORAT. *Art. poet.*



MADRID.

IMPRENTA DE SANCHA.

1842.

FILOSOFIA

DE LA

ELOCUENCIA,

POR

D. ANTONIO DE CAPMANY

Y DE MONTPALAU,

Secretario perpetuo de la Real Academia Matritense de la Historia, y su Individuo del Número, y miembro de las Bellas Letras de Sevilla y Barcelona.

Nueva edicion copiada literalmente conforme á la publicada por él mismo, en Londres en 1812.

Scribendi recte sapere est et principium et fons.
HORAT. *Art. poet.*



MADRID.

IMPRENTA DE SANCHA.

1842.



PROLOGO.

VARIAS han sido las opiniones acerca de las partes en que dividieron los Retóricos la elocuencia; pero la filosofia, que no es otra cosa que la razon, las reduce á dos solamente, *elocucion* y *pronunciacion*. En estas calidades se funda esencialmente el arte de hablar bien, en el cual no se comprehenden la *invencion y la disposicion*, porque la primera es la traza del argumento, y el argumento como quiera que sea, pertenece á la Dialéctica, sino nos queremos desentender de la doctrina que nos dejaron Aristóteles, Platon, y Marco Tulio. El fin de la elocuencia es adornar la oracion con las galas y luces del estilo, y el de la Dialéctica formar discursos y raciocinios.

Esta obra pues que abraza solo la elocucion, no se destina á formar un orador en el púlpito, en el foro, ni en el senado, instruyéndole en las demas partes y requisitos peculiares á sus respectivas funciones, porque no examina, ni propone, si no las del estilo, considerado bajo de todas las reformas retóricas. No enseñará á componer un discurso, harenga, ó razonamiento entero y perfecto en la invencion de sus tópicos, y disposicion de sus partes con respecto á los tres diferentes géneros de que tratan todos los preceptistas clásicos antiguos y mo-

dernos. Pero familiarizará al lector con los escojidos ejemplos que encierra; y guiándole con la luz de las observaciones, doctrinas, y juicios que se le presentan al fin de todos los dechados, de todos los géneros de estilos, se le facilitará el conocimiento de lo que tal vez ignoraba, ó el desengaño de lo que erradamente habia aprendido en la clase.

Y por esto mismo, aunque todos los hombres no tienen precision de ser oradores, ni escritores públicos, ó carecen de aptitud ó disposicion para estos oficios; sin embargo tendrán muchos de ellos en diferentes situaciones de la fortuna y destinos de la vida civil, ocasiones de acreditar con el imperio de la palabra su mérito, su puesto, su estado, su poder, ó su talento. Asi, pues, no creo que, ni al que se dedica á persuadir á los otros, ni al que le conviene quedar persuadido, deje de aprovecharles la lectura de este tratado, donde hallarán á la mano los instrumentos con que los hombres elocuentes obraron este prodigio. Ejemplos insignes les ofrecerá la historia en los trozos selectos y variados, recogidos en esta obra, y esparcidos en sus propios lugares. En unos oirá la voz del profeta que amenaza, ó del predicador que edifica: en otros la del vencedor que aterra imperando, y del esclavo que enseña sufriendo: en otros la del magistrado que defiende las leyes, y la del caudillo que alienta sus tropas; y en otros la del héroe, admirándonos con su fortaleza, la del sábio predicando la verdad, y la del siervo de Dios acusando nuestra tibieza.

La pronunciacion con la accion es la segunda parte de la elocuencia, ó lo que llama Ciceron *eloquentia corporis*. Estas dos calidades son tan esenciales al orador, y á todas las personas que han de hablar en público, que solo ellas dan vida y voz á la elocuencia, la cual, conservada en la memoria,

ó en el papel, es cuerpo sin brazos y sin lengua. Este tratado faltaba en la primera edicion de esta obra, y se ha añadido á la presente.

Declarado ya el objeto de esta obra, resta ahora dar razon de su título, bajo del cual se introduce la elocuencia como casada con la filosofia. El alma debe considerar en lo que la deleita, ó sorprehende la razon y causa de lo que siente: y entonces los progresos de este exámen acrisolan y perfeccionan lo que llamamos *gusto*. Hasta aqui la elocuencia se habia tratado, entre nosotros, como un mero arte, fundado mas en preceptos que en principios, mas en definiciones que en ejemplos, y mas en especulacion que en el movimiento de los afectos. Por este método los muchachos no han tenido sino Cartillas clásicas para enriquecer su memoria, y ninguna luz para guiar despues su talento cuando, en edad mas adelantada, hayan de presentar al público, de palabra, ó por escrito el fruto de sus estudios. A este fin es de suma necesidad una retórica filosófica, es decir, en la cual se diese la razon de sus doctrinas, se examinasen con gusto crítico los ejemplos, se comparase el espíritu de los conceptos con la fuerza de la expresion, se desmenuzase la extructura de las frases, y se desentrañase la relacion entre nuestros afectos y su propio lenguage, mostrando el origen de las virtudes del estilo, y de sus vicios tambien. Esta es la que nos falta para dar pasto al entendimiento y al corazon de los lectores, deseosos de aprovechar en el noble ejercicio de la elocuencia.

Llamo yo *filosofia de la elocuencia* aquella sabiduria, aquella discrecion en producir con vigor, gracia y propiedad de palabras lo que se engendra en nuestro discurso. Perdóneseme á lo menos el pensamiento que concebí treinta y seis años hace, ya sea por su novedad, ya por mi noble intencion.

Y habiendo yo puesto los ojos en el título antes de tomar la pluma, acaso no eché de ver que con lo mucho que en sí promete, me imponia una gran carga, que en realidad fué muy superior á las fuerzas y al caudal de mis juveniles años. Dichoso me llamaré mil veces, si en esta nueva edicion, nueva en todo menos en el título y en la forma, el ánimo me ayuda para salir menos desairado que en la primera. Y si bien el público la recibió con general aplauso, si hemos de contar por tal el despacho de tres impresiones; nunca pudo satisfacer mis deseos, ni aquietar mi genio mal contentadizo. A la primera empresa nadie me obligó, como tampoco á esta segunda; y por esto mismo seré menos digno de indulgencia si segunda vez no hubiere medido bien mis fuerzas con el peso del trabajo. He dicho que nadie me ha obligado, y no sé si he dicho bien: mi decidida aficion á este género de estudio, el amor indeleble que profeso á nuestra lengua, y el dolor de ver que de algun tiempo acá se venden, para instruccion de la juventud española, *Cursos de bellas letras, y Lecciones de retórica*, traducidos ya del frances, ya del inglés, en trage y gesto estrangero, ¿no son estímulos bastantes para vengar la lengua, la elocuencia, y la Nacion? Ya es tiempo de servir á la Pátria con puro y ardiente celo, que suple por el talento, y muchas veces hace hablar á los mudos.

Sirvan en este caso mis yerros, no para la disculpa, sino para el escarmiento de aquellos que sin vocacion genial, sin estudios, ni preparacion conveniente, y destituidos de todo don natural ó adquirido, pretenden entrar de carrera en la senda de la elocuencia. Hemos visto en efecto hombres, dotados de cierta facilidad en el decir y sutileza en el discurrir en conversaciones y en debates escolásticos, que han creido que ser razonador era lo mismo

que ser eloctuente: prenda es esta que alcanzan poquísimos. Y por èllos dice Marco Craso en el diálogo de los oradores: *Disertos vidimus multoc, elocuentem omnino neminen.*

La Cátedra sagrada ha recobrado en España sus antiguos derechos: la persuacion evangélica, la caridad apostólica, la energia profética, y la dignidad oratória. Esta dichosa revolucion cuya época apenas llega á cuarenta años, mas se debe á los excelentes modelos que siempre desengañan y enseñan, que á las amargas sátiras, que irritan el corazon de los agraviados sin ilustrar su entendimiento. Mas tambien de aqui ha provenido un mal. Como los buenos modelós que se les han venido á las manos á los que se dedican al púlpito, al foro, y á otros oficios de la elocuencia, sean de autores franceses, les han comunicado el buen estilo, envuelto en la frase de la lengua original, tejiendo y cortando las cláusulas al uso de aquellos escritores: de suerte que lo que hemos ganado en la oratoria, lo hemos perdido en la pureza, propiedad, soltura, y gala de nuestra lengua, tomando el estilo, formas y semblantes que no asientan á la locucion castiza castellana. Por otra parte, la facilidad de tener á la vista cortadas ya y cosidas piezas y discursos para todos los asuntos, bien sagrados, bien profanos; ha fomentado grandemente la pereza de nuestros oradores, quienes copiando las ideas, y con ellas la diccion, han venido á convertirse en meros traductores ó imitadores de los conceptos y expresion agena: comprado todo en las librerias, como se compran vestidos hechos en las tiendas de los roperos.

Este auxilio es muy cómodo á los espíritus perezosos, y á los talentos cortos ó superficiales, que pueden lucir con poco trabajo. Los dechados son para norma de los jóvenes que se dedican al ministerio de la palabra; pero debe ser su principal cui-

dado probar las fuerzas de su entendimiento á solas, habituándose á continuos ejercicios. Entonces conocerán que el talento oratorio se há de sacar de propio caudal, no de la servil imitacion, porque sin ingenio no se inventa, sin imaginacion no se pinta, sin afectos no se conmueve, sin gusto no se deleyta, ni se enseña sin sabiduria.

Pero, cuando considerado la elocuencia bajo de otro respecto, estoy persuadido de que su estudio, y mucho menos su ejercicio no es propio de los muchachos, porque debiéndose suponer para su práctica un rico tesoro de pensamientos, el conocimiento del hombre moral, vastas y escogidas lecturas, una razon ejercitada, y diestro manejo de su lengua, requisitos de que carece y es incapaz su corta edad; no puedo juzgar por racional el método, hasta aqui generalmente seguido, de anticipar el estudio de la retórica al de la filosofia. A este inconveniente habian añadido los profesores otro mayor enseñando el arte en lengua latina, y en esta misma la composicion: y tal vez es esta otra de las causas del poco fruto de sus instituciones. Por otra parte ¿qué atractivo puede tener para la puericia el estudio de la elocuencia en una lengua muerta, que no entienden, ó entienden trabajosamente? Y cuando todas las circunstancias dificiles de reunir concurriesen para formar un latinista elocuente ¿lo seria éste igualmente en su lengua materna? Ordinariamente los que blasonan de excelentes latinos, suelen ser frios, obscuros, é insípidos cuando han de escribir en romance. El método mas útil y mas prudente seria, á mi parecer, que los jóvenes retóricos ejercitasen su talento en composiciones castellanas, cultivando y probando la harmonia, gravedad, y riqueza de esta nobilísima lengua saboreándose con ella.

Pero tampoco pretendo que, sin grande pre-

paracion, se presente de improviso la bisoñería de los retóricos á lucir su elocuencia, recien cogida de la clase, con demasiada confianza. De ninguna manera puede ser bueno, dice Plutarco, lo que se dice ó hace acelerada y desatinadamente, y segun el proverbio: *lo bueno es lo dificil.* Las razones no pensadas, por la mayor parte van llenas de vanidad, liviandad, y descuido, pues no se puede vér donde comienzan ni donde acaban.

No digo esto, continua Plutarco, porque quiera reprobar la prontitud y presteza en el hablar y razonar, ni para que se ejerciten menos en ello los que puedan hacerlo buenamente; sino que, hasta que venga á tener edad de hombre, no tengo por bueno que el muchacho hable ni haga razonamientos, ni oracion de repente: mas cuando ya hubiere fundado las raices la elocuencia, entonces, cuando el tiempo y la oportunidad lo requieren, muy bien es usar libremente de las razones. Asi pues los que dejan á los muchachos hacer oraciones ó razonamientos de improviso y sin pensarlo, dánles causa de cobrar un hábito de parlar mucho y hablar vanidades. Cuentan de un pintor muy ruin y vano que, mostrando á Apeles una imagen que habia pintado, le dijo: *esto lo hice de repente;* y el otro le respondió: *bien lo conozco aunque no lo digas.*

Longino no se contentó como Aristóteles y Hermógenes, con darnos preceptos enteramente secos y desnudos de ornato: no quiso caer en el defecto que reprehende á Cecilio, quien habia escrito del estilo sublime en estilo bajo. Pero Longino, tratando de las perfecciones de la elocucion, supo usar de todos los primores de ella: frecuentemente comete la figura que enseña; y cuando habla del sublime, él mismo es sublime. Sin embargo, lo hace tan á propósito, que no se le podria tachar

en ningun pasage de que se salga del estilo didáctico: y esto es lo que ha dado aquella alta reputacion entre los sábios.

Lejos de mí toda vanidad de haber alcanzado esta gracia y perfeccion en la manera de tratar la materia; pero quedeme la satisfaccion á lo menos de haber tenido el mismo pensamiento, ya que no el mismo acierto. Los lectores serán mis jueces, y diran si he sabido desviarme de la senda comun de los preceptistas que explican en el mismo estilo lo humilde que lo elevado, lo templado que lo vehemente, lo frio que lo patético: que dán reglas para expresar con calor lo que no sienten, para mover los afectos que no conocen, para exaltar la imaginacion de que carecen, para formar el estilo cuyas propiedades ignoran, viniendo á dar por fin, en lo mismo que escriben, ejemplo contrario de lo que presumen enseñar.

Si no satisfaciese á todos mi forma de tratar esta amena y rica materia; satisfágales mi noble empeño, y mi mas noble intento, de hacer lucir y campear la lengua pátria, tan mal tratada de algunos años acá por los mismos que la mamaron mas pura á los pechos de sus madres. Lo que desmereciere mi pluma, lo vengarán los venerables escritores nuestros, cuyos ejemplos he escogido para modelos de las reglas inmutables del bien decir; sin necesidad de mendigar de autores extrangeros, ni los pensamientos, ni el modo de expresarlos.

Siendo los ejemplos que aqui presento de autores españoles del tiempo en que no estaba la nacion contaminada con lecturas ni traducciones francesas, se aprenderá no solo la elocuencia, sino tambien la buena frase castellana, y la índole de la lengua, que, por desgracia nuestra, iva tomando la dureza y desnudez de la francesa con las obras traducidas, donde todo lo que se podia ganar de

parte de las ideas y de las formas oratorias, se ha perdido de parte de la elocucion, que conserva siempre algun vicio de la mano del primer artífice.

Con estos ejemplos de escritores domésticos nos familiarizaremos nosotros, y los estrangeros aficionados á la lengua española, con los donosos, delicados, y castizos modos de decir, inseparables de la substancia de los pensamientos, y de la estructura retórica de la oracion. En las formas de lo mas vehemente, elegante, ó enérgico de la elocucion, siempre saca la cara la sintasis, y la índole de la lengua en que se escribe. De este achaque adolecen las traducciones por esmeradas que sean. No basta saber imitar el talle del cuerpo, si el corte del vestido no dice con la figura. ¿Y qué diremos del estambre de la tela, que es la propiedad de las palabras? Esta tambien se vá perdiendo, y solo la lectura de nuestros autores antiguos puede reparar tanto daño. Nuestra preciosa lengua debia haber sido analizada en sus vocablos, y en los varios ligados que se forman con ellos, por un músico filósofo, ó por un filósofo músico. Pero, por desgracia, ni el oido ni el criterio se han empleado hasta ahora para conocerla, ni darla á conocer á los que la ignoran, ni para hacerla gustar á los que la saben, que no son todos los que la hablan. Con tan bien compuesto instrumento puede un escritor atinado y remirado hacer hablar á las Musas y á las Furias, á los Lacónios y á los Asiáticos, á Cesar y á Ciceron, á Platon y á Licurgo, á Zenon y á Epicuro. Con la misma lengua y las mismas palabras que usa el palurdo, hablan el sábio y el orador; pero estos se distinguen en lo que quitan ó añaden, y en los vocablos que casan, digamoslo asi, ó descasan. Y esto no se puede hacer siempre en todas las lenguas vulgares fuera de la española, principalmente en aquellas que tienen una especie de moldes ó patrones para las fra-

ses, y como unos carriles señalados por donde rueden las oraciones.

No por esto pretendo que todos los ejemplos que propongo de nuestros autores con aplicacion á esta ó á la otra figura, sentencia, ú oracion, aunque bien acabados en cuanto á la extructura ó forma general de tales, dejen de padecer algunos defectos parciales, ya de diccion, ya de gramática, ya de vejez unas veces por negligencia, otras por desaliño. Y asi no se deben imitar tan religiosamente por solo respeto á su memoria, que se quiera autorizar hasta sus yerros, ó descuidos, y hasta las dicciones hoy desusadas, ó las que nuestra delicadeza ó capricho, ó la mudanza de costumbres desecha como plebeyas, ó mal sonantes. A la verdad, ni todo merece alabanza, ni todo admiracion: porque el que quisiera imitarles hasta en los yerros, sujetando su juicio, como siervo, á la autoridad y celebridad de aquellos nombres, sería semejante á los que, no pudiendo pintar lo bueno, procuran pintar lo malo, como los discípulos de Platon, que le imitaban en la corcóba, y los de Aristóteles en el habla tartamuda.

No se escandalicen los lectores, criados desde su niñez en el lenguaje franco-hispano, si en los ejemplos de españoles rancios que ofrezco á sus ojos, cevados en otro pasto, no encontráren las palabras favoritas de la moderna moda, como *ser supremo*, *humanidad*, *beneficencia*, *sociedad*, *seres*, *sentimientos*, *detalles*, *asambleas*, &c. porque en aquellos tiempos no se habia desterrado de nuestra lengua los nombres de *criador*, de *Señor*, de *Altísimo*, de *Divino*, *Rector ó Hacedor*, de *Omnipotente*, en fin, de *Dios*, pues parece afertacion olvidarse de estas palabras que huelen demasiado á teología en el reynado de la filosofía. Los que asi hablan y escriben, sin duda no han advertido que el *ser su-*

premo, sacado todo entero del *souverain être* francés, nada significa en castellano, por que esta idea abstracta se esplica entre nosotros por *soberana esencia*, ó *divina substancia*, que asi lo dice Fr. Luis de Granada, y lo dicen otros escritores nuestros que entendian bien su lengua, y sabian como se habia de nombrar á Dios. Hasta estos últimos tiempos deciámos pias fundaciones, casas de piedad, ó de misericordia; pero, como esto olería hoy á virtudes cristianas, se ha cambiado en *establecimientos de beneficencia*, á modo de fábricas ó talleres de artes. En efecto, las palabras piedad, caridad, misericordia, han ido desapareciendo á la vista de la filosófica *humanidad*, que hoy suple los oficios de todas aquellas virtudes. Tambien se conocia en otro tiempo entre nosotros la *humanidad* y la *beneficencia* y se ejercitaban mas que ahora: díganlo los hospitales, los hospicios, refugios, amparos, inclusas, colegios, &c. en casi todos los pueblos de España, que cuentan algunos siglos de antiguedad; pero aquellos dos nombres mas se aplicaban entonces á las virtudes privadas que á las públicas. Tambien se usaban entonces, y se léeran en los ejemplos de nuestros autores, las voces de *sociedad*; pero acompañada siempre del adjunto *humana* ó *civil:* Se conocian tambien los *seres* bajo el nombre de entes, y otras veces de criaturas: los sentimientos eran entonces afectos ó afecciones; los *detalles* eran pormenores; las *asambleas*, juntas, congresos, concursos, cabildos, &c.

Sin ser un tratado clásico de retórica esta obra, he creido necesario clasificar y definir los nombres del arte, todos los tropos, figuras, sentencias, y géneros del estilo. No hay que tachar este pensamiento, ni de pedanteria, ni de presuncion, y mucho menos de puerilidad. Me ha parecido necesario llevar este camino para guardar método, orden,

y claridad. La distribucion y la nomenclatura ayudan á la memoria y á la inteligencia, sin perjudicar á la doctrina, ni á las reflecsiones que la acompañan. Esto mismo guardan la quimica, la botánica, la geometria, la metafísica, hoy hideologica; y la medicina tambien. Y teniendo estas ciencias sus principios y nomenclatura técnica ¿habia de carecer de ella la elocuencia como arte, para descender á las reglas, á las particiones oratorias, á los géneros, y especies?

¿Qué perderá el lector en oir los nombres de *metonimia*, de *perífrasis*, de *apóstrofe*, de *prosopopeya*, así el que los ignora, como el que los tiene olvidados? El primero verá la definicion y la dotrina con muestras que la confirmen en su respectivo lugar, como si para cada cosa se hubiese escrito aquel solo artículo; y el segundo renovará lo uno y lo otro, y tal vez hallará alguna novedad, y se aprovechará de los ejemplos varios, que es todo el fruto de la doctrina.

No hay, pues, elocuencia sin elocucion, ni elocucion sin retórica. Ninguna de estas tres cosas conocen, ni pueden distinguir los romancistas; y las personas que llamamos legas podrán cometer figuras sin saberlo ellos mismos, podrán decir una frase sublime sin apercibirlo cuando la iban á decír, ni cuando la decian, ni despues de haberla dicho, y acaso no dirán otra en un año. Tampoco estos serán capaces de hacer una composicion entera; ni tampoco una sola frase la formarán límpia, elegante, ni correcta, y aun menos sabrán escribirla; por que en esto último entra ya el ejercicio y el estudio del arte; y obra tibia y sosegadamente el ánimo para producir sus pensamientos con orden, precision y claridad, y evitar los muchos vicios en que debe caer forzosamente el que no tiene estilo formado; pues no lo puede poseer aquel que ignore sus ele-

mentos, sus cánones, sus géneros y calidades. Y ¿cómo tendrá presentes estas reglas y principios el que no conozca el arte que las ha recopilado, clasificado, esclarecido, y ejemplificado?

La elocuencia fué antes que la retórica, es verdad; pero debe estenderse, no el estilo, no la composicion, ni una pieza elocuente, sino dichos ó rasgos sueltos, breves oraciones, producidas por la sola imaginacion ó pasion momentánea de hombres de buen juicio movidos de un impulso natural.

El arte vino despues y recopiló estos dichos y estas frases, las definió, las calificó, las ordenó, y clasificó, y de todo formó un cuerpo de doctrina de elocucion para los que se dedicasen á la oratoria, en cuyo ejercicio poco hubieran aprovechado, sino hubiesen tenido bien leidas y meditadas sus reglas, y la aplicacion de los ejemplos.

El uso que se debe hacer de estas reglas, la oportunidad, los casos, y las circunstancias, ya no dependen del mecanismo del arte; dependen sí de la discrecion, del feliz tino, y del buen gusto del que habla ó escribe; y el que bien escribe no puede dejar de estar muy familiarizado antes con las reglas, los nombres y sus definiciones, por mas que despues afecte despreciarlas como minucias clásicas ó pueriles. Si esto no fuere así ¿cómo es que las personas iliteratas, ó sean legas, por mas diestros pendolistas que sean en todos los ramos, escriben tan incorrectamente una oracion en pasando de seis líneas? y mas todavia, si hay que salir fuera del carril gramatical ú oficial para levantarse á region mas noble ó figurada, se suelen perder entonces, porque ni tienen alas cuando quieren volar, ni báculo para caminar por terreno escabroso y desconocido para ellos, ni luz que los guie en la obscuridad de sus ideas, ni hallan suelo donde hacer pie cuando se entran con el agua hasta

la barba? Estas alas, este báculo, lo presta la retórica; y en los preceptos que dicta para el estilo, halla la luz para no descarriarse, y el suelo para no ahogarse, el que pretende escribir destituido de su socorro.

Muchas de las personas que, por moda, mas que por razon, hacen melindres á las voces *hipotiposis*, *metalepsis*, *silepsis*, *antithesis*, &c., que entran en la nomenclatura de la elocucion, sufren y aun aprenden con empeño y no con poca vanidad, sin ser físicos de profesion, sino aficionados, los nombres exóticos de *azoes*, *oxidos*, *sulfates*, *carbonates*, &c., de la fisiologia moderna, que á la verdad no son, ni mas dulces ni mas inteligibles que los otros. He llegado á sospechar, á vista de esta contradiccion de muchos hombres que cultivan las letras, que tál vez miran como puerilidad la nomenclatura retórica, porque aprendieron el arte en su puericia, como desdeñándose, cuando adultos, de tan humilde recuerdo. Si es esta la causa, me confirmo en lo que tengo dicho en la primera edicion de esta obra, y me lo ha vuelto á confirmar mi propia experiencia; esto es, que el arte de bien decir se debiera enseñar á los jóvenes despues de la lógica y de los demas estudios filosóficos; y entonces la edad de los discípulos, como su razon, ya mas cultivada, ademas del mayor fruto que cogería, daria mas autoridad é importancia al estudio de la retórica.

El escritor ha de cometer las figuras y formar sus periodos sin prepararse para hacerlo, ni acordarse en aquel acto de sus nombres y definiciones, sino despues de hechos para corregir lo que haya dicho mal. Para este caso sirve el estudio anterior de la retórica, ya sea para no caer en yerros, ya para enmendarlos despues de cometidos. Y asi, cuando he dicho que los dechados sirven mas que

los preceptos, no he querido decir otra cosa sino que sirven para la imitacion y el estudio. De otra manera ¿cómo se distinguirán las bellezas, cómo se sabrá escoger lo bueno, lo digno, lo mejor, si no se ha conocido antes? Y ¿cómo se conocerá si no se tienen ya sabidos los preceptos?

Preceptos, vestidos, ó mejor disfrazados con observaciones, reflexiones, advertencias ejemplares, he sembrado en esta obra, ya directos ya indirectos, para no dejar la doctrina con la sequedad y desnudez de lecciones de la clase. No contento con haber escogido insignes ejemplos, he querido multiplicarlos en cada sentencia y figura, introduciendo en cada una, no un autor sino muchos, para que se vea entre la diferencia de ellos la gran variedad de modos, y de caminos por donde cada qual llega al mismo fin, diciendo un mismo pensamiento sin decirlo de un mismo modo. Y acordándome de que la perfecta belleza se debe sacar de distintos modelos, por cuanto en un solo individuo es imposible hallarse cosa del todo perfecta; asi me ha parecido útil, ademas de agradable, la vária lectura de ejemplos de diferentes autores nuestros.

Bajo de esta regla he juzgado á Zeuxis de Heraclea, famosísimo pintor, por muy prudente en haber sacado de muchas hermosas doncellas escogidas una perfecta hermosura, pareciéndole que no bastaba un ejemplar para sacar la imagen de la que admiró á toda Grecia, y dió que hacer á muchos poetas que pretendieron alabarla, y por quien habian contenido toda el Asia y la Europa. Eupompo parece que aprobó esta manera de imitar cuando preguntado ¿qué pintor de los antiguos se proponia para imitar? dicen que, señalando con la mano hácia cierta junta de gentes, respondió: *Yo? á la naturaleza imito, y no á hombre alguno.* De este dicho parece que sacó Lisipo lo que solia decir: que de la pintura

misma habia aprendido, y sacado el atrevimiento.

Y, como puede suceder que aquel último punto de gracia y de perfeccion á que no alcance la composicion de un autor, alcance la del otro; ó que, cotejadas las muestras de dos ó tres escritores elocuentes, cada cual á su manera, se venga á formar un juicio verdadero del mérito particular de cada uno, y la calificacion del buen escritor en general; he querido hacer en cada figura una como reseña de las plumas de muchos. Nada se perderá en la extension de lecturas tan varias, para aprender los varios modos de expresar un pensamiento determinado, y siempre con elocuencia, que no varía; y á lo menos se ganará mucho de parte de nuestra lengua, familiarizándonos con el buen decir de los padres de ella.

Ciceron, queriendo escribir de la manera de orar, hizo por lindo orden mencion de todos los que habian orado ó escrito de oratoria, asi griegos como latinos; y con admirable felicidad y agudeza de ingenio, y con propiedad grande de palabras, los representó, sin dejar cosa que fuese digna de loa en alguno de ellos. Y alabó, no solo á los célebres, mas tambien á los de menos nombre, porque entendia que no podian dejar de tener alguna cosa digna de alabanza, y asi introduce á Pomponio Atico; que á grandes voces le dice: *tú ciertamente vas ya dando las heces;* y él le responde: *Yo voy buscando todos los que se atrevieron á orar en público, por no dejar alguno de quien no pueda sacarse fruto.* Y no dejaba de creer por eso el orador Romano, como lo dice: que la verdadera perfeccion está en aquella suprema imagen de belleza que se vé con sola la mente é imaginacion, á que no alcanzan los sentidos, y que acá abajo se ha de sacar de cada cosa lo que pareciere mas perfecto.



FILOSOFÍA

DE

LA ELOCUENCIA.

Introduccion.

Despues de haber los hombres perfeccionado la facultad de comunicarse sus ideas, cultivaron la de infundirse sus pasiones. Este ejercicio en las instituciones democráticas produjo y autorizó el talento oratorio: de cuyos maravillosos ejemplos se vino á formar un arte sublime, que escuchado como oráculo en las deliberaciones públicas, fué árbitro de la paz y de la guerra, terror y azote de la tiranía, y tal vez arma fatal de los tiranos.

De aqui tomó su orígen é imperio la elocuencia, que destinada para hablar al corazon como la lógica al entendimiento, llegó en la antigüedad á imponer silencio á la razon humana. Asi es que los prodigios que obró muchas veces en boca de un ciudadano cautivando los ánimos de un pueblo entero, forman acaso el testimonio mas admirable de la superioridad de un hombre sobre la muchedumbre. Dejando innumerables ejemplos, basta traer á la memoria aquel Cineas Tésalo, hombre tan grave y suave en el decir, que Pirro rey de los Epirótas le envió por embajador á muchas ciudades, el cual las trajo de tal suerte á su devocion, que mostró ser verdadera la sentencia de Eurípides, de que *acaba todas las*

cosas la Oracion, con la cual poco puede el hierro enemigo. Y aun el mismo Pirro solia confesar que mas pueblos habia adquirido con la lengua de Cinéas que con las armas.

La elocuencia pública tuvo su cuna y su trono en las repúblicas, porque allí era necesario para mandar á los hombres, persuadirles la necesidad y justicia de la ley; y allí se conservó siempre estimada, porque en aquella forma de gobierno abria el camino para las dignidades, el honor, y las riquezas. Esta fué la causa de que en aquellos estados populares se honrasen no solo la elocuencia, sino tambien todas las demas profesiones propias para constituir oradores, como eran la política, la jurisprudencia, la poética y la filosofía. Entonces se echó de ver que para ser insigne orador era menester, no solo criarse en aquel concurso de circunstancias necesarias para formar un hombre grande, mas aun en tiempos y paises, donde se pudiese impunemente reprender el vicio, honrar la virtud, y predicar la verdad. En efecto si Atenas y Roma, tan fecundas en ilustres oradores en una edad, fueron tan estériles en otra, fué porque la elocuencia corrió allí, como en todas partes, la fortuna de la libertad. Asi la grande época de los griegos se cuenta desde Pisistrato hasta Alejandro, y la de los romanos desde Mario hasta Augusto Cesar. Sosegadas las disensiones del pueblo, atajado el desenfreno de los partidos, sujetas las pasiones y las armas al rigor de las leyes, cesaron las importantes causas y debates que en el foro y en el senado habian hecho valiente y magnífica la elocuencia. Desde entonces los oradores públicos, cuyo destino era como un empleo del Estado, acabaron su oficio; y precisados á abrazar asuntos pacíficos y particulares, se vieron reducidos á la condicion de simples abogados.

La elocuencia, que nació antes que la retórica, asi como las lenguas se formaron antes que la gramática, no es otra cosa, hablando con propiedad, sino el dón felíz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo del oyente los afectos que tienen agitado el nuestro. Este sublime talento nace de aquel exquisito deleite que hallamos en las cosas, cuya grandeza, importancia y verdad ocupan nuestro co-

razon: por que la misma disposicion del alma que nos hace sentir con viveza cualquier movimiento interior, basta para hacernos comunicar su impulso á los oyentes. Asi, pues, parece que no hay arte para ser elocuente, una vez que no lo hay para sentir.

Los grandes maestros dedicaron sus preceptos, mas para evitar los defectos, que para enseñar las perfecciones: porque la naturaleza sola cria los hombres de ingenio, del modo que forma en las entrañas de la tierra brutos é informes los metales preciosos; el arte hace despues en el ingenio lo que en estos metales: los limpia y acrisola. Si la fuerza de la elocuencia dependiese directamente del artificio, no viéramos que lo sublime se traduce siempre, y casi nunca el estilo; pues el trozo verdaderamente elocuente es el que conserva su carácter pasando de una lengua á otra.

Vemos tambien que la naturaleza hace elocuentes á los hombres en los asuntos de grande interés, y en una vehemente pasion, que son dos fuentes de sentencias sublimes y verdaderas: por esto casi todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. El que se conmueve vé las cosas con otros ojos que los demas hombres; compara y pinta con veloz pincel; y hasta las personas vulgares, como lo muestra la esperiencia, llevadas de su natural imaginacion, se esplican con tropos y figuras: asi en todas las lenguas *arde el corazon*, *ciega la cólera*, *embriaga el amor*, *se enciende el odio*, &c. Esta misma naturaleza es la que inspira algunas veces expresiones vivas y animadas, cuando un vehemente deseo, un peligro inminente llaman de repente á su socorro la imaginacion. Enrique IV de Borbon, para animar á sus soldados en la batalla de Ivri, asi les dice con su ejemplo: *Compañeros: vosotros correis mi fortuna y yo la vuestra. Cuando perdais las banderas, seguid mi penacho blanco, que lo hallareis siempre en el camino del honor y de la gloria.*

Mas ardiente y sublime hallo yo esta breve arenga que hizo un caudillo de patriotas, para animarlos, al ver el ejército Real que venia á darles batalla: *Yo no soy de los que se reservan para el premio: capitan quiero ser de los*

muertos; y si no me halláredes entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Tráela D. Francisco Manuel en su Historia de la guerra de Cataluña de 1641 en boca de Tamarit gefe de los Barceloneses amenazados de perder sus fueros.

Diremos, pues, que los rasgos en que brilla la elocuencia apasionada son hijos del corazon, y no de los preceptos frios; antes por aquellos se formaron las reglas, porque en todas las cosas la naturaleza fué siempre madre y modelo del arte.

Pero ¿no se ha dicho como axioma comun, que los poetas nacen, y los oradores se hacen? Si, es verdad, pero no es lo mismo decir cosas con elocuencia que ser escritor ú orador elocuente. Este necesita estudiar las leyes, las inclinaciones de los jueces, las costumbres y pasiones y el gusto de su tiempo, para persuadir, mover y deleitar; y ambos deben, por un largo ejercicio y estudio de su lengua y de sus tesoros, tejer sus sentencias, ordenar sus palabras, medir sus frases, vestir sus razones, esforzar sus afectos, y sostener el discurso para llamar la atencion del oyente, y captar su benevolencia. La gracia y mérito del orador está, no solo en expresar bien lo que siente, mas aun lo que no siente; y en esta ficcion es donde hace toda la costa el arte, y muy poca la naturaleza.

El arte, es verdad, no dá el talento, ni el ingenio, ni la imaginacion, ni las afecciones al que carece de estas dotes naturales; pero enseña á usar de ellas en tiempo y sazon, á darles el temple conveniente, y á distribuir las particiones y adornos que pide una composicion elocuente, ya sea oracion, plática, ó razonamiento. Esta parte artificial, hija toda del estudio, ademas del peso y grandeza de las razones, conviene sobre manera al hombre político, y al capitan, para exhortar á los cindadanos, y mover á los guerreros. Buen ejemplo de esto tenemos en las Filípicas, y algunas arengas que hay en Tucídides y Quinto Curcio; y no de menos valor, ni en menor número, las que se leen en varios de nuestros historiadores. Sea la primera la plática que Bartolomé de Argensola en su historia de las Molucas pone en boca del Rey de

Tydore gefe de la liga contra los Europeos, para mover á los príncipes comarcanos y confederados. *Nuestras fuerzas se han juntado para librarnos del yugo européo castigando, con riesgo de nuestra ruina general, unos hombres á quienes no obligan nuestros beneficios, ni enmendaron nuestras amenazas: ladrones del orbe, que le tienen usurpado cubriendo su codicia con títulos magníficos y piadosos! En vano hemos probado siempre aplacar su soberbia por medio de nuestra obediencia y modestia: si hallan enemigos ricos, se muestran avaros; si pobres, ambiciosos. Sola esta nacion es la que con igual deseo codicia las riquezas y las miserias agenas. Roban, matan, avasallan, y con falsos nombres nos privan de nuestro imperio: y hasta que convierten las provincias en soledades, no les parece segura la paz. Nos hallamos poseedores de las mas fértiles islas del Asia, solo para que con sus frutos compremos servidumbre y vasallage infame, convirtiendo esta felicísima liberalidad del cielo en tributos á la ambicion de tiranos advenedizos. Experiencia tenemos de cuan odioso ha sido siempre nuestro valor á los capitanes cristianos, los cuales, por esto mismo, no debemos esperar ni mas modestos, ni menos enemigos. Tened pues en memoria, asi los reyes como los súbditos, asi los que os prometeis gloria como los que salud, que ninguna de estas cosas se alcanza sin libertad, ni ésta sin brios y sin conformidad.*

Leemos en el mismo Argensola la lamentable arenga que la reina viuda de Ternáte hizo á los portugueses, apretando entre sus brazos al tierno infante su hijo, al tiempo que querian quitarselo só color que iban á coronarle: *Cuando yo estuviera cierta de que le llevais para que reine en sosegada fortuna y en prosperidad no asaltada de temores; quisiera mas verle crecer y durar en vida privada, sin cargas de ningun cuidado público, que verle reinar por vuestro antojo: ¿será justo que os entregue mi hijo para recibir la corona, y juntamente le destineis á las cadenas y hierros, de los cuales vengan á librarle solo el veneno y las falsas acusaciones con que han fenecido sus hermanos y sus padres? ¿Qué prendas me tiene dadas la fortuna de que en este niño se ha de aplacar con*

aquella familia, á quien por la proteccion que pensó hallar en vuestras armas, ordenó que le cargaseis yugo intolerable? Dejadnos pues, á la madre y al hijo ocupar los ánimos en las obras de la naturaleza, ya que las de la fortuna nos han desengañado con tan costosas esperiencias. Permitid que nos divirtamos de ellas con el cultivo y mansedumbre de estos jardines; séanos, siquiera, lícito carecer de lo que tantos desean.

Que dirémos de la elocucion que hizo Hernando Cortés á sus soldados cuando llegó de la Habana á la Isla de Cozumel, animandoles á la empresa: *Amigos y compañeros* (les dice) *la causa de Dios nos lleva, y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas, y ella misma volverá por sí mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales en que habreis menester socorreros de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo, y asperezas de la tierra en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres. Pocos somos, pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza. Uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere, una la mano en la egecucion, comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistáre. Del valor de cualquiera se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados; y mas tendreis que obedecer en mi ejemplo que en mis órdenes.*

Verémos otro ejemplo del estilo en que se visten las arengas en la exhortacion que hizo á los Mejicanos el rey de Tezcúco, sobrino de Motezuma que estaba á la sazon preso en poder de los españoles: *A que aguardamos* (les dice) *amigos y parientes, que no abrimos los ojos al oprobio de nuestra nacion y á la vileza de nuestro sufrimiento? Nosotros que nacimos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos ¿doblamos la cerviz al yugo afrentoso de una gente advenediza? ¿Qué son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra flojedad, y desprecio de nuestra paciencia? Prendie-*

ron al gran Motezuma, sacandole violentamente de su palacio; y no contentos con ponerle guardias á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona y dignidad con las prisiones de los delincuentes. ¿Quién habrá que lo crea, sin desmentir á sus ojos? O verdad ignominiosa, digna del silencio, y mejor para el olvido! Pues ¿en qué os deteneis, ilustres mejicanos, preso vuestro rey, y vosotros desarmados? Esta libertad que le veis gozar estos dias, no es libertad sino un transito engañoso á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños de su voluntad, que es la prision mas indigna de los reyes.

Estos razonamientos, y todos los que se llaman directos en las historias antiguas, son fingidos, es verdad; son inverosímiles ademas, y tambien es verdad. El autor es quien escribe, quien dicta, y quien habla, cuando pone sus cultas razones en boca de incultos personages. Pero no se han trasladado aqui sino para mostrar que ninguno, ora sea docto, ora indocto, puede labrar la estructura de estas ficciones en fuerza solo de su natural sino se socorre del arte y del estudio.

La elocuencia de la naturaleza es comun al hombre civil y al salvage: rasgos se citan de ellos, y no discursos. En sus breves sentencias hay palabras, y no hay estilo; hay imágenes, y no colorido; hay grandeza, y falta el decoro; hay sencillez, mas no hermosura. Hablan las pasiones rompiendo por la salida mas corta, como son el amor, y el dolor, cuya impetuosa espresion rebienta en esclamaciones, imprecaciones, quejas, amenazas, deprecaciones, y en personificaciones comunes. Pero la elocucion, que es el habla culta, pura, noble, espléndida, agraciada y persuasiva, solo se alcanza fundamental y científicamente con el estudio de la retórica, porque en ella está cifrado el arte de bien decir. A este debieron su fama y escelencia las oraciones de los Eschines y Demóstenes, de los Tulios, Brutos, Antonios, Crasos, y Hortensios.

En tanta estima se tuvo siempre la gracia de la elocuencia, que aquellos grandes reyes, engendrados de Dios como dice Homero, hinchados con la púrpura, cetro, guar-

dias y oráculos divinos, y que con su grandeza y magestad espantaban y sugetaban al vulgo; tambien querian hablar por reglas de retórica, y abogaban en el foro, usando de la facundia y razones que sublimaban á los hombres al sumo grado de reputacion. Pedian á Júpiter el consejo, á Minerva el entendimiento, y á Caliope la elocuencia.



CALIDADES
DEL TALENTO ORATORIO.

El que pretenda á un tiempo enseñar, mover, y deleitar, que es oficio del orador ¿qué conocimiento no es menester que tenga del corazon humano, de su propio idioma, y del espíritu del siglo en que vive? ¿qué gusto, para presentar sus conceptos en un semblante agradable? ¿qué estudio, para ordenarlos del modo que hagan la mas viva impresion en el ánimo de los oyentes? ¿qué discernimiento para distinguir las circunstancias que deben tratarse con alguna extension de las que, pará ser sentidas, bástales solo ser manifestadas? ¿qué arte, en fin, para hermanar siempre la variedad con el órden y la claridad?

El hombre elocuente huye de la aridez del estilo didáctico, porque no basta que sea magnífico, alto y sólido un pensamiento, sino es felizmente expresado. La hermosura del estilo solo consiste en la claridad y colorido de la frase, y en el arte de exponer las ideas. Asi, pues, hay gran diferencia entre el escritor elocuente y el escritor elegante. El primero se anuncia con una elocucion animada y persuasiva, formada de expresiones valientes, enérgicas, y brillantes, sin dejar de ser ajustadas y naturales. El segundo declara su pensamiento con nobles y galanas frases, formadas de expresiones cultas, fluidas, y gratas al oido.

El escritor elocuente, como sea su fin mover y persuadir, se sirve en el discurso de lo vehemente y sublime, dedicándose sobre todo á la fuerza de los términos, á la grandeza de las imágenes, y al órden de las ideas. Y el elegante, como aspira á deleitar, solo busca la gracia de la elocucion, esto es, la hermosura de las palabras, y la armónica coordinacion de la sentencia.

Puede un escritor ser diserto, es decir, puede hacer un discurso fácil, puro, claro, elegante, y aun espléndi-

do, y con todo no ser elocuente, por faltarle el calor y la energía. El discurso elocuente, es vivo, animado, vehemente, y patético, quiero decir, hiere, eleva, arrebata, domina y suspende el ánimo. Asi que, suponiendo en un hombre facundo nervio en la expresion, elevacion en los pensamientos, y calor en los afectos, basta para hacer un escritor elocuente.

El arte oratoria, como observa un autor de mucho ingenio, consiste, mas que en otra cosa, en un estudio reflexivo de los mejores modelos, y en un continuo ejercicio de componer y de comparar sus débiles ensayos con la perfeccion de los originales: ejercicio que hace fructificar el trabajo mas que una ostentacion de reglas la mayor parte arbitrarias.

Dos cosas parece que concurren para formar un orador, la *razon* y el *corazon*, aquella para convencer, y este para mover y persuadir. Sobre estas dos disposiciones naturales se afianza la verdadera eloquencia, como el árbol en sus raices.

Sin embargo, los buenos oradores son muy pocos, porque son tambien muy raros los hombres dotados de aquella penetracion, extension, y exquisito juicio necesarias para discernir lo verdadero, y hacerlo evidente; porque en fin son muy raras aquellas almas delicadas que sientan interiormente la impresion de los objetos de sus meditaciones, y que puedan traspasar al corazon del oyente las afecciones de que están poseidas.

Del modo de ver las cosas, depende en gran parte la fuerza ó debilidad en sentirlas, y por consiguiente en expresarlas. Las ideas adquiridas por una sosegada y tibia reflexion en el retiro de un estudio, son menos vivas y acaloradas que las que nacen de la vista y contemplacion de este teatro del mundo. Seria, pues, un prodigio hallar á un ciego de nacimiento, elocuente.

Supuesto el nativo talento de que hablamos, acompañado de la luz de la experiencia que presta la humana sociedad, y de la elevacion y nobleza de los sentimientos morales, importa mucho al orador elegir siempre asuntos dignos. Por esto vemos que algunos, cuando el asunto es vago y general, recurren á lugares comunes, hablan mucho y nada dicen. A otros vemos que, cuando es árido y estéril, se exhalan apurando menudencias; y á otros que

cuando es débil y frívolo se ven forzados á cubrirle su desnudéz con el adorno de florecillas, que se marchitan en sus mismas manos. En suma, el carácter y autoridad de la elocuencia no se acomoda sinó á objetos grandes, ilustres é interesantes á los hombres; y desprecia siempre la insípida locuacidad, y la pompa vana de las palabras.

Los objetos grandes prestan elocuencia á los ingenios sublimes; pues vemos que Descartes y Newton, que no fueron oradores, son elocuentes cuando hablan de Dios, del tiempo, del espacio, y del universo. En efecto, todo lo que nos eleva el espíritu, ó nos engrandece el ánimo, es materia propia para la elocuéncia, por aquel placer que sentimos de vernos grandes. Tambien, y por la misma causa, todo lo que nos anonada ante los ojos de nuestra consideracion, es objeto digno de la gravedad oratoria: pues ¿qué cosa mas capáz para levantar nuestro espíritu humillándole, que el contraste de nuestra pequeñez con la inmensidad de la naturaleza criada?

La verdadera elocuencia necesita del auxilio de muchas ciencias y artes liberales. Cuenta ante todas la *gramática*, que tiene mas obra que ostentacion, y es fundamento del arte de bien decir, pues sin ella seriamos siempre niños. De la *lógica* saca el método y fuerza del raciocinio: de la *geometría*, el órden y enlace de las verdades: de la *historia*, el ejemplo y autoridad de los insignes varones: de la *jurisprudencia*, los oráculos de las leyes; de la *filosofía moral*, el conocimiento del corazon del hombre, y de sus pasiones; y de la *poesia* el colorido de las imágenes, y el embeleso de la armonía.

Todas concurren á formar, ó mas bien, á vestir al orador exterior; mas la elocuencia sin la filosofía moral es vanidad pura; y asi anduvieron estas dos ciencias compañeras en algun tiempo, y los mismos que enseñaban á orar, eran maestros de buenas costumbres. Las enseñanzas y facultades, que llaman artes liberales, pueden aprender los jóvenes de corrida, como para tomar el sabor y tintura de ellas, porque es imposible, y corta la edad, para ser perfecto en todas. Mas en la filosofía se deben detener y tenerla por principal ciencia: porque asi como es gran placer y cosa curiosa al que navega pasar á la vista

de muchas ciudades é islas; asi tambien es muy útil y provechoso quedarse á morar en la mejor de ellas. Por estos muy graciosamente decia Bion el filósofo; que asi como los enamorados de Penélope, no pudiendo juntarse con ella, no tenian parte en sus siervas y criadas; asi los que no pueden alcanzar la filosofía se deshacen y consumen en las otras ciencias que no son de ningun valor. Por lo cual conviene tener por cabeza de todas la filosofía.

Para la cura de las dolencias del cuerpo hallaron los hombres la medicina y el egercicio, porque aquella dá la sanidad, y este, la buena disposicion. Pero, de las pasiones y dolencias del ánimo sola la filosofía es la medicina; porque con esta, y por esta, se puede conocer cual es lo bueno y lo malo, cual lo justo y lo injusto, qué es lo que debemos elegir, y lo que debemos huir. Este tino que aprendemos con la filosofía, respecto de nuestras acciones, sirve para componer nuestras razones, escoger las palabras y las figuras, y dirigirlas con discrecion y acierto á los oyentes, para encender ó templar sus ánimos.

De la Sabiduria.

A muchos escritores, por otra parte facundos, les falta cierto caudal de sabiduría, sin cuyo socorro, ó nada se piensa ó se piensa erradamente. Otros sólo aspiran á decir lindezas, sin advertir que lo esencial para hablar bien consiste en decir cosas buenas, porque no basta hablar como orador para llamarse uno elocuente, si no piensa como filósofo. No le basta formarse por el dechado de grandes oradores, si carece de aquella luz de sabiduría, necesaria para no desviarse de la senda de la razon, distinguir la verdad de su sombra, y exponerla con dignidad y firmeza.

Mucho desdoran el lustre y autoridad de la elocuencia algunos discursos, tan vacíos de ideas, como de sentido y razon: los unos, texidos de paralogismos brillantes, que emboban á la muchedumbre y hacen reir al sabio; los otros, vestidos de pensamientos triviales, de expresiones estudiadas, sacadas de lugares comunes, gastados ya del continuo uso.

La sabiduría, asi como es fundamento de todas las

otras cosas, lo es tambien de la elocuencia. Y para poseer la gracia de la elocuencia y la alteza de las ideas, es menester juntar, como juntó Platon, el arte de decir y el de pensar elegante y sublime. No es muy comun esta union, acaso por ser tan necesaria. El mismo Horacio la reconoció por tal cuando señala la sabiduría como principio y fuente de escribir bien. El mismo Platon en sus Gorgias dice: que el orador ha de poseer la ciencia de los filósofos: Aristóteles despues nos enseña en su retórica que la verdadera filosofía es la secreta guia en todas las artes: y el padre de la oratoria romana ¿no llama á la elocuencia *copiose loquens sapientia*? Y para no citar siempre autores profanos, en el Eclesiástico se lee hablando del varon justo: «Si el gran Dios y Señor quisiera henchirlo há de espíritu de sabiduría; y asi lleno de este »espíritu, derramará como lluvia las palabras de la »sabiduría.

¿Qué será pues aquel *sapere* de Horacio? No es ciertamente el saber como erudicion, ni como ciencia de la escuela sino la sabiduría; aquella sal con que se codimenta la oracion; aquel punto de sazon que se debe dar al manjar del espiritu; aquel discernimiento para escoger lo mejor; aquel término y modo de decir y escribir correcto, puro, claro, decoroso y natural; aquella templanza en los conceptos y en sus galas: aquella economía en los ornatos; aquella propiedad y proporcion en las imágenes; aquella oportunidad y justa medida en las alusiones, similes y comparaciones; aquella severidad y verdad en las sentencias; aquella igualdad en los términos y curso de la oracion, hija del recto sentido y liberal raciocinio que se llama filosofía; y es como antorcha que guia los pasos del escritor que aspira á la elocuencia.

El ingenio y la imaginacion por fecundos que sean, no alcanzan solos á este punto de perfeccion; solo la razon lo alcanza, mas ayudada del saber, que no nace con el hombre, antes se forma con la meditacion, con la escogida lectura, y con un contínuo ejercicio de ver, de comparar, y de componer. Entonces se adquiere aquella discrecion, aquel tino y acierto en la eleccion de las palabras, en la fuerza y verdad de las sentencias, en la so-

lidez y eficacia de las razones, y en el movimiento de los afectos. Entonces preside en todas nuestras composiciones aquel recto sentido con que discernimos no solo lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo vacío, lo profundo de lo superficial, sino lo llano de lo humilde, lo natural de lo plebeyo, &c.

Este pulso filosófico que á las plumas de Salustio, Tácito y Lucano, dió tan recio temple, se forma de la sublimidad de las ideas, de la profundidad de los afectos, y de la independencia del juicio y opinion comun de los hombres. Pero esta filosofia tiene por cimientos, ya una fuerza de razon para profundizar hasta los principios de las cosas, y levantarse á los conocimientos mas perfectos de que el hombre es capáz; ya una sabiduría de razon, que conteniéndola en los límites señalados al entendimiento, la libra de los errores en que hacen deslizar al hombre la vanidad y el deseo fatal de singularizarse.

Un orador dotado de este pulso filosófico, ahondando las verdades mas comunes, sabe sacar de ellas nueva sustancia; y mezclándola con sus propios pensamientos, produce nuevas verdades como el diestro químico, que descubre nuevos seres de las sustancias mas conocidas.

De la Imaginacion.

La mayor parte de los que hasta hoy han tratado de la *imaginacion*, han estrechado ó estendido demasiado la significacion verdadera de esta palabra; cuya ajustada definicion se ha de tomar en su etimología latina, *imago*, imágen.

La imaginacion consiste en una combinacion ó reunion nueva de imágenes, y en la correspondencia ó conformidad exacta de ellas con la afeccion que queremos excitar en los otros.

Si esta ha de ser el terror, entonces la imaginacion cria los esfinges, anima las furias, hace bramar la tierra en sus volcanes y vomitar fuego á las nubes; si la admiracion ó el embeleso, cria de repente el jardin de las Hespéridas, la isla encantada de Armida, y el palacio de Atlante. Asi, pues, podremos decir muy bien que la ima-

ginacion es la invencion en materia de imágenes, asi como en materia de ideas el ingenio.

De estas observaciones se sigue ser la imaginacion aquel poder que todo hombre tiene de representarse en su mente las cosas visibles y materiales. Esta facultad intelectual ó intuitiva, depende originalmente de la memoria, pues hemos visto antes los hombres, los animales, los montes, los valles, los rios, los mares, los cielos, y sus fenómenos. Estas percepciones entran por los sentidos exteriores, la memoria las retiene, y la imaginacion las compone; por esto los griegos llamaron á las Musas hijas de la *Memoria*.

La memoria, cargada de hechos, imágenes y representaciones diferentes, y ejercitada de contínuo, engendra la imaginacion, la cual, segun se observa, nunca es tan viva como desde los treinta hasta los cincuenta años, cuando las fibras del cerebro han adquirido toda su consistencia, para dar vigor á las verdades ó errores, que abrazó el entendimiento. Concurren tambien otras causas físicas á fortificar la imaginacion: los libros la excitan: la pintura y la música la encienden; la vista del teatro del mundo la engrandece; y el clima y suelo nativo la exaltan. A la verdad; alguna diferencia ha de haber entre las eternas nieves de la Laponia, y el benigno cielo de las fortunadas márgenes del Betis.

No podemos negar que en la antigüedad la imaginacion tuvo una suprema influencia en los escritores, quienes, nacidos y criados debajo de un cielo ardiente y sereno, hablaban lenguas muy favorables á la armonía: y tenian ademas una física animada, y una mitología que era á sus ojos una galería de pinturas. Su mundo metafísico estaba poblado de entes corpóreos, sus filósofos eran poetas, su religion daba vida, alma y movimiento á lo mas inerte y bruto de la naturaleza. Y en su meteorológia se pintaron con tan apacibles imágenes los fenómenos terribles, que llegaron á llamar risa de Vesta y Vulcano á los relámpagos y truenos. Desde entonces rien los prados, y llora el alba regalando esmeraldas y perlas á la poesía.

Es cosa muy natural al hombre el formarse en su fantasía especies de todo lo que ha visto, y de los fenómenos que han asombrado á su ignorancia; y aquel que se ha

labrado y pulido en los preceptos del arte, nunca es mas eficaz ni elocuente que cuando reduce á imágenes sus conceptos mas abstractos. Y este lenguage *natural* nos es tan familiar que diariamente le usamos en todos los acontecimientos de la vida comun. Este es el del amante enloquecido, de la amada zelosa, de la viuda desconsolada, de la madre que ha perdido su hijo, y traspasa con su lamento el corazon de los vecinos.

Sin embargo, los antiguos no agotaron todos los manantiales de la imaginacion, de donde mucho pueden sacar los modernos, pues en todos los escritores de sobresaliente elocuencia, brotan digámoslo asi, pensamientos y figuras nuevas, animadas con vivas imágenes. Y esto no es de admirar, porque se pueden dar tantas y tan diversas formas á las pinturas de la naturaleza como á los caractéres de la imprenta: verdad que dimana de que cada hombre ha de pintar los objetos segun los ve, y conforme la impresion que le causan.

La imaginacion siempre que no se abuse de su calor, ni de sus colores, es necesaria al escritor que ha de hablar al sentido, y al orador cuando ha de conmover los ánimos: porque la razon á solas con la naturaleza, deja tibia y como apagada el alma del oyente Sin embargo, el orador no puede dejarse poseer de la imaginacion como el poeta, cuyo exceso en esta parte es solo disculpable en una composicion escrita con calor y vehemencia.

Cuando el orador ha de presentar una descripcion ó pintura para infundir terror, puede acudir á la imaginacion, que le servirá los retratos mas grandiosos, aunque sean los menos correctos, como los mas poderosos para causar una grande impresion. Entonces, por ejemplo, preferirá las erupciones de fuego humo y ceniza del Mongibelo á la quieta y pura luz de las lámparas del sepulcro. Si se trata de expresar un hecho sencillo con una imágen brillante, de representar, supongamos, la discordia levantada entre los ciudadanos; la imaginacion pinta la paz que sale llorosa de la ciudad tapándose los ojos con la oliva que ciñe su frente.

Y ¿quién puede dudar que es alguna vez la imaginacion no menos necesaria que la razon, al hombre que ha

de persuadir á los otros? Es claro que en un discurso, no solo es menester decir verdad para satisfacer al entendimiento; sino tambien vestirla de imágenes, para hacerla espléndida y agradable á la imaginacion. Si tuviésemos por oyentes puras inteligencias, ú hombres mas racionales que materiales, bastaria exponerles sencillamente la verdad; y entonces el orador ¿en qué se distinguiría del geómetra? Pero, como en la mayor parte de los discursos se habla á hombres que cierran sus oidos á lo que no pueden imaginar, que no comprenden lo que no sienten, y que no se dejan persuadir sino de lo que les conmueve y arrebata; por esto es en algun modo necesario que el que habla se valga del auxilio de las imágenes, las cuales, poniendo como ante los ojos las cosas, sostienen agradablemente la atencion, y suspenden el ánimo.

La imaginacion activa que forma los poetas, es hija del entusiasmo, el cual, segun la significacion de esta voz griega, es una mocion interna que, agitando el entendimiento, transforma el autor en la persona que hace hablar. Entonces el autor dice precisamente las mismas cosas que aquella diria en la situacion en que se la representa. Pero la imaginacion fogosa si no la refrena y templa la discrecion y el buen gusto de que hablaremos despues, amontona figuras fantásticas é incoherentes: como la de aquel que en cierto drama pone en boca de una princesa desesperada esta afectada amenaza: *el vapor de mi sangre subirá á encender el rayo que los dioses tienen fraguado para convertirte en polvo.* ¿Quién ignora que el verdadero dolor no se explica con metáforas tan violentas y desvariadas? Y si la imaginacion es mas permitida á la poesía que á la prosa, es porque la locucion del orador debe apartarse menos del lenguage comun y conocido; aunque le aventaje en la gracia y nobleza del estilo. Asi pues las imágenes, que son lo esencial en la poesia, vienen á ser lo accesorio en la oratoria.

En la eloquencia como en todas las artes amenas, la espléndida imaginacion es siempre natural, la falsa acumula cosas incompatibles, y la fantástica pinta objetos que no guardan analogía ni verosimilitud. La imaginacion fuerte profundiza los asuntos: la débil los toca superficialmente;

la florida se pasea sobre pinturas agradables; la ardiente abrasa cuanto habia de alumbrar; y la moderada emplea con discrecion todos los diferentes caractéres, admitiendo rara vez lo extraordinario, y nunca lo increible.

Todas las imágenes son vivísimas, é interesantes, cuando se toman de objetos magníficos, ó admirables, y aun mas de los que estan en accion y movimiento. Estos rasgos pintorescos, cuando son obra de un grande ingenio, imprimen asombro á las personas de todos los siglos y paises: tal es en Homero la alegoría de la cadena de oro con que Júpiter atrae los hombres: tal el combate de los Titanes en Hesiodo: tal el razonamiento patético del Océano personificado por Camoens en su Lusiada.

Es tanto el poder de la imaginacion, que cuando el escritor sabe usar de la fuerza y gracia del colorido, pueden sus palabras solas guiar la mano de un pintor para dibujar lo que describen. Entonces, en los casos terribles es sublime; en los lastimosos tierno; y en los curiosos ameno. Y aun cuando no sienta las cosas que dice con toda la intension que corresponde al asunto; puede pintar con subidos colores todo lo que siente y lo que no siente, socorrido de su sola imaginacion, cuando es rica y fecunda, para hablar á los sentidos. El primor de la mano distingue los artífices. Hay alguno, que en un retrato pinta aun mas de lo que perciben los ojos, porque sabe dar á entender á los ojos aun mas de lo que explica el pincel, y siendo ingenioso el arte, es mas artificioso aun el ingenio. Alguno ha habido, que pintando un rostro enojado, lo ha hecho con tanta propiedad y viveza, que pudiera él mismo temer su ira, como lo dice Sidonio Apolinar, de Vulcano con la cabeza de Medusa en el escudo de Palas. Y á veces es tanta la valentía de las palabras con que se retratan los objetos, que podriamos decir, como se refiere en el Exodo, en la maravilla de Sinaí, que las voces se oian por los ojos.

Oigamos á un autor de estos últimos tiempos, cuya sublime pluma pinta los servicios de la historia á la memoria de los hombres: *Yo abro los fastos de la Historia, y de repente los muertos salen de la nada; y todos bullen, y se apiñan á mi alrededor. Qué poblacion! qué rumor!*

Los desiertos se hermosean, las antiguas ciudades vuelven á levantarse al lado de las nuevas; las generaciones amontonadas unas sobre otras salen triunfantes de las tinieblas del sepulcro; y los monumentos de su grandeza, que se salvaron del furor de los bárbaros, parece que tiemblan á su vista. Oigo la voz de Caton declarando la guerra á los vicios; miro á Bruto y á su hijo inmolados; soy testigo del suspiro de Tito, y acompaño á Scipion al capitolio. ¡Que teatro este donde los hombres de todos los siglos y paises se hallan congregados; y alli hablan, obran, y hacen cada uno su papel sin embarazarse, ni confundirse! ¡Qué grande y magestuosa me parece la tierra despues que el hombre halló el secreto de pintar el pensamiento, de inmortalizar el espíritu de los insignes varones, y de hacer resonar sus hazañas de polo á polo mil años despues de muertos! Me parece que veo la mano del hombre detener el tiempo en su veloz carrera....

Para ponderar el P. Fr. Juan Marquez el asombro y miedo que acompañan siempre á la conciencia de los malos, nos representa la imágen de aquel miedo bajo la figura de ruido, de cuchillo y de azote, en estos términos. *Todos los males los señaló la naturaleza con notas de temor ó de vergüenza. Este es aquel sonido espantoso que dice Job, que suena siempre en las orejas del tirano; y aquel cuchillo que á cualquiera parte que vuelva el rostro, le está amenazando pesadamente. Este es aquel azote sordo que está hiriendo sin cesar el corazon del delincuente....*

Pone Cervantes en boca de D. Quijote con colores mas suaves y apacibles una pintura de la felicidad y simplicidad de la edad de oro, y dice de esta manera. *Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario, para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y los corrientes rios en magnífica abundancia les ofrecian sabrosas y transparentes aguas. En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquier mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los va-*

lientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corbo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar, y deleitar á los hijos que entonces la poseian.

De los sentimientos del Animo.

Aunque en algun autor antiguo nuestro se halla la voz *sentimiento* en la significacion de afecto, no puedo determinarme á usarla tomada puramente en este sentido absoluto; porque nunca los nuestros la han usado en singular en este caso, sino en plural, y aun asi siempre acompañada de las palabras *ánimo*; *como sentimientos del ánimo*; *el ánimo*, *cuyos sentimientos*; ó tambien determinada por algun adjunto, como *sentimientos amorosos*, *sentimientos piadosos*. Y como en castellano la palabra *sentimiento* recibe las acepciones de parecer, dictámen, opinion, y la mas comun y usual de pesar; de ningun modo se puede usar sola en lugar de afecto ni afectos, por no incurrir en tan manifiesta ambigüedad, que no padece la lengua francesa, de donde la han tomado con poco exámen los que hoy la usan. Solo he leido en singular entre nuestros autores místicos, que apuraron la fuente del lenguage afectuoso, *sentimiento* del alma, *sentimiento* del corazon. Yo me arrepiento ahora de haberla usado tambien sin el debido conocimiento en la primera edicion de esta obra. No tuve presente entonces que entre nuestras antiguas comedias hay la de *afectos de odio y amor*, cuyo solo título, puesto por quien sabia su lengua, puede servir al comun desengaño.

El afecto, considerado como una afeccion suave del ánimo, referida al hombre moral, es aquel movimiento interno y pasagero que precede á la pasion antes que ésta empiece á tomar su efervescencia. Esta perturbacion del ánimo es el espíritu de los rasgos vehementes ó patéticos,

quiero decir, de aquella elocuencia que exalta ó enternece al alma. Asi es que, ni los afectos se excitan, ni sus impresiones se pintan, si el orador no se siente herido de ellas. Y ¿cómo podria conmover los ánimos el que tuviese el suyo tibio y tranquilo?

Ademas, tampoco basta que el orador reciba el movimiento de los afectos en general, sino está animado del que pretende excitar. Todo lo que se medita friamente, sale lánguido y desmayado: lo que se concibe despejadamente se produce con claridad; y del mismo modo, se expresa con calor lo que se siente con entusiasmo: por que las palabras tan facilmente nacen de una idea clara, como de una viva conmocion.

Se conoce si el que habla es diestro pintor de los afectos, por el modo de expresarlos. Toda frase ingeniosamente tejida, descubre mas la agudeza del talento que el calor del corazon: pues el que está poseido de lo que siente, no se declara con rodeos; antes toma el camino mas recto, y siempre el mas natural. A todas las sentencias afectuosas las realza la sencillez, ya sea en la frase, ya en la diccion. Al contrario, el escritor rico de ingenio y pobre de afectos, perdiendo de vista lo simple y lo natural, convierte sus conceptos en maximas, por donde se muestra mas el estudio del que diserta que la facilidad del que siente. Este no sutiliza ni generaliza sus pensamientos para sacar de ellos consecuencias y reflexiones sentenciosas.

Sin embargo de todo lo dicho, no es absolutamente preciso que la pasion que debe animar al orador sea por su naturaleza semejante á la que intente excitar en los oyentes. Nuestra alma tiene dos móviles para conmoverse, el sentimiento del corazon y la fuerza de la imaginacion: el primero tiene sin duda mayor accion, mas la segunda puede suplir su oficio. Asi puede suceder que un orador, sin estar realmente afligido, haga derramar lágrimas al auditorio, y hacer que el mismo las derrame. Por la misma razon algunos hombres de una imaginacion vehemente pueden inspirar amor á las virtudes que ellos no tienen. En efecto, cuando el que habla no habla en su nombre, sino en boca agena, queriendo infundir temor, terror, vergüenza, &c. á otros; no es indispensable que sienta él

mismo estas pasiones, sino que, poniéndose en lugar del personage que introduce, le parezca sentirlas; como acontece á un diestro actor, que conmueve á los espectadores con la relacion animada de las desgracias que él en realidad no ha padecido. Séame permitido traer á este lugar un egemplo ilustre de los efectos que puede causar en nuestros espíritus la imaginacion herida por la relacion de hechos y acciones sentidamente expresados en aquel furor de Aquiles. Dale Homero un deseo ardentísimo de gloria, como espuela ó aguijon con que á veces, cuando vacaba de la pelea, se encendia tañendo y cantando alabanzas de varones esforzados; con lo cual se elevaba en tanto ardor de ánimo, que con toda diligencia procuraba desviar los griegos de encontrarse con Hector, por no ser defraudado de la gloria de matar por su mano enemigo tan señalado.

Si la imaginacion suple el oficio del corazon, no es por la impresion que hace en el ánimo del que habla, sino por el impulso que comunica al de los oyentes. A la verdad la accion de todo afecto obra mas reconcentrada en el interior del que habla, y la de la imaginacion sale á fuera, y se comunica mas libremente á los demas. Y si esta es mas violenta, es tambien mas breve; pero la otra es mas profunda y duradera.

Lo que se requiere en los discursos patéticos es que el orador no haga ingeniosas sus expresiones, y que en ellas no se halle sino lo mismo que precisamente dicta la pasion á la lengua, ó á la pluma. Entonces el orador, poseido de la pasion, se fija en una idea, se suspende, calla, y luego vuelve á ella, casi siempre por exclamacion, ó admiracion, declarando lo que padece con rasgos breves, como desahogos interrumpidos del ánimo. En esta fatiga siempre se dice mas de lo que se habla, y nunca se expresa con mas eficacia que con la accion, ó el silencio, de que se tratará en otro lugar. El orador hábil llena estos intervalos de la reticencia, aqui de una exclamacion, alli de un principio de frase, aqui de algunos monosílabos, alli de algun suspiro enfático; porque la fuerza de la pasion, cortando el aliento, y perturbando la mente, suele partir las palabras; y aun dividir las sílabas. El alma en-

tonces pasa sin voluntad de una idea á otra; y empezando la lengua muchas expresiones, ninguna acaba.

Véase como el caballero Sidney, desde el calabozo, de donde el dia siguiente debia salir para el suplicio, escribe con sangre de sus venas este terrible billete á su muger: *querida esposa! Tu oráculo se ha cumplido.... me han condenado á muerte como rebelde: mas yo muero inocente, y digno de tu amor. Consuélate.... Sí: tu esposo no muere todo entero.... su alma te espera mas allá del sepulcro.* La esposa, despues de haber implorado en vano la gracia del cruel juez de la causa, y de verse estrechada por las torpes solicitaciones de este árbitro de la vida del preso, que á tan costoso precio se la prometia, le dice entre valerosa y acongojada: *Inhumano! esperas que compre con mi afrenta tu clemencia! Y no puedes ser justo sin que yo sea adúltera!... Yo no tuve mas que un padre, y no tendré mas que un marido. Esposo mio!... Qué! Tú has de morir, y yo puedo salvarte! No lo puedo.... Sí, yo he de padecer el odio de mi patria, ó he de merecerlo! O! tentacion terrible! Idolo del alma mia! oree... muere virtuoso, que yo viviré infeliz mas no deshonrada.*

La sencillez de la expresion es el sobrescrito de los afectos. Y para prueba de que lo que conmueve los ánimos es mas la situacion del que habla, ó la naturaleza del asunto, que las palabras; léase aquí lo que oyó y vió el autor que lo refiere. Una aldeana habia enviado á su marido á un lugar vecino, y recibe la noticia que le habian muerto en el camino. El dia siguiente, dice el autor, estuve en casa del difunto, donde ví un espectáculo, y oí unas razones que jamas olvidaré. El muerto estaba tendido en una cama, con las piernas desnudas colgando fuera de ella, y la viuda, desmelenada, y sentada en el suelo, tenia abrazados los pies del cadáver, y bañada en lágrimas, y con una accion que las hacia derramar á todos, le decia: *Ah! cuando yo te envié, no pensaba que estos pies te llevasen á la muerte!* Una muger de mas alta esfera hubiera sido mas patética? No ciertamente; la misma situacion le hubiera dictado la misma lamentable exclamacion. Luego la expresion del dolor, como la del amor, es aquella que

todos diríamos en semejante caso, y que nadie oiria sin sentir en sí los efectos de igual pena.

Siguiendo el mismo género de situaciones tiernas y patéticas, no podemos pasar en silencio la afectuosa pintura que hace Fr. Luis de Granada de la Magdalena, cuando, despues de desclavado Cristo de la cruz, y puesto en los brazos de su Santísima Madre, la pinta abrazada con los pies del Salvador, diciéndole: *¡O lumbre de mis ojos! ó cuan de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibiste!*

Mas sentida es aun, sino tan sencilla, otra exclamacion de la misma Magdalena pecadora, á la cual el P. Malon de Chaide la representa ahogada del dolor, del llanto y del amor, cuando se abrazó con los pies de Cristo en casa del Fariseo, y vertiendo lágrimas de arrepentimiento, les dice: *ó pies sagrados, que vinisteis del cielo para buscarme! ¡quién me dará que muera aqui asida con vosotros! ó pies enlodados, y cansados en mi remedio! pies divinos!... que os habeis de ver clavados por mí, y es verdad que os tengo entre mis manos! y que lo sufris! y que me esperais!*

La sencillez que, como ya hemos dicho antes, caracteriza la expresion de los afectos, tiene un cierto *sublime* que todos conocemos, y no acertamos á definir: y esto es lo mas preciso de tales sentencias, tan poco pulidas y agudas, y al mismo tiempo tan penetrantes. Esta sencillez y sublimidad se oye, y se siente en estas amorosas palabras que decia un padre á su hijo: *Dirás siempre verdad: á nadie prometas lo que no quieras cumplir: te lo ruego por esos pies que calentaba yo con mis manos cuando estabas en la cuna.* Qué imágen tan tierna! qué recuerdo tan dulce!

Oigamos la sencilla y enérgica respuesta que dió un caudillo de salvages á un gobernador europeo que pretendia hacer transmigrar su tribu: *Nosotros*, le dice, *hemos nacido en esta tierra, y en ella están enterrados los huesos de nuestros padres. ¿Dirémos á los huesos de nuestros padres: levantáos y venid con nosotros á una tierra estraña?*

Antíloco viene á dar la noticia á Aquiles de la muerte

de Patroclo su amigo en la pelea: cubierto de polvo y de sudor, y con semblante lloroso llega ante el héroe, y le da la triste noticia en tres cláusulas de la mayor sencillez y sentimiento: *Patroclo* (le dice) *ha muerto; se pelea por su cadaver.... Hector tiene sus armas.*

Estas delicadezas elípticas y enfáticas, tan frecuentes en los pasages mas sencillos, se escapan á la inteligencia del comun de los lectores; porque, como dice un autor se puede asegurar que hay mil veces mas personas capaces de entender á un geómetra que á un poeta: la razon es, que hay mil hombres de buen juicio por uno de buen gusto, y mil de buen gusto por uno de gusto delicado.

La elocuencia de los afectos es un talento concedido por la naturaleza á pocas personas. Del ingenio podrá depender el arte de convencer, mas no el de persuadir; el de seducir, mas no el de mover: acaso el ingenio solo formará un retórico sutil, pero únicamente un corazon sensible y grande hará un hombre elocuente: porque aquel que se penetra vivamente de lo patético y sublime, no está muy lejos de expresarlo.

Esta disposicion de la elocuencia tierna, que forma la uncion del estilo, no comprende las calidades brillantes de la diccion, ni ela armonía entre el tono y el gesto, de la cual nace la elocuencia exterior. Aqui tratamos de aquella elocuencia interna, de aquella, que, abriéndose paso con una espresion sencilla y á veces inculta, hace poco honor al arte, y mucho á la naturaleza; de aquella en fin, sin la cual el orador no es mas que un declamador.

Y en prueba finalmente de que los pasages mas tiernos y sublimes son dictados por el corazon, y no por el artificio, se observa que á los enamorados se les olvida facilmente lo que dijeron el dia antes á su dama porque en ellos obró la naturaleza, y no el estudio.

Del Gusto.

Del sentido del gusto, aquella facultad física de la lengua y del paladar para distinguir el buen ó mal sabor de los alimentos, se ha formado la metáfora que por la pala-

bra *gusto* expresa el recto juicio de lo perfecto ó imperfecto en todas las artes. Este gusto es aquel discernimiento natural que se anticipa á toda reflexion, como el de la lengua. Para adquirir y formar este tacto intelectual, es menester tambien costumbre y hábito como para el físico: es menester ejercitarse en ver como en sentir, y en juzgar de lo hermoso por los ojos, y de lo bueno por el sentimiento moral.

Para la perfeccion del juicio de la vista no solo se pide ejercicio sino objetos de comparacion. En efecto el que no hubiese visto otros templos que los pagodas del Indostan, y nunca S. Pedro del Vaticano ¿cómo podria graduar la distancia que hay de lo humilde á lo magnífico, de lo mezquino á lo suntuoso, de lo disforme á lo hermoso, de lo monstruoso á lo regular?

Cuando decimos *gusto* en las obras de ingenio, entenmos el *buen gusto*, el buen discernimiento, aquel delicado tacto y fina vista, para conocer donde están las perfecciones, y donde los defectos de ellas. Este tacto se adquiere como hemos dicho con el hábito, y se perfecciona con la reflexion. Por esto un diestro pintor se arroba delante de un cuadro al descubrir á la primera ojeada mil gracias y primores, que no se manifiestan á los ojos vulgares, que podrian percibirlas con la continuacion de ver. Una vista exquisita es un tacto fino, por el cual se perciben cosas de que es imposible dar razon. ¡Cuántas bellezas hay en un paisage ó en un trozo de poesía que solo las puede calificar el buen gusto, el cual viene á ser el microscópio del juicio pues hace visibles las mas imperceptibles perfecciones!

Asi, pues, en el pintor, como en el escritor ú orador el buen gusto supone constantemente un buen juicio, un largo estudio, un ánimo generoso y tierno, un ingenio elevado, y unos sentidos delicados. Dotados de estas calidades, saben distinguir el uno y el otro los géneros y las situaciones de las cosas en que han de ejercitar el pincel, la pluma, ó la voz: son patéticos, sublimes, graves, blandos, y graciosos segun el intento de cada uno y la materia que han de tratar.

Sobre el gusto se ha escrito mucho: los filósofos le

han mirado bajo de un punto de vista, los retóricos bajo de otro, los metafísicos bajo de otro; y hasta ahora, despues de tantas discusiones, análisis y críticas observaciones, no tenemos una guia segura y general que nos lleve al perfecto conocimiento de esta facultad intelectual cuyos efectos se pueden definir mejor que su naturaleza.

Muchas cosas hay en las artes y disciplinas que no caben debajo de preceptos ni reglas, ni dechados, ni pueden ser enseñados, ni aun se les puede á veces dar nombre propio, las cuales alcanzaron los hombres de alto ingenio, feliz imaginacion y larga experiencia. Y sino dígalo la pintura ¿cuán dificultoso es exprimir con el pincel los afectos del ánimo, y darles la luz y la sombra que han menester? No consiste ni se encierra el trabajo del artista en hacer un cuerpo; que tambien ha de procurar manifestar los sentidos exteriores. Alaban de esto á Lisipo, y él se preciaba de ello diciendo: *que los otros artífices hacian hombres, y él hacia figuras que parecian hombres.* Eufranor consiguió tambien gran nombre por un Páris que hizo de metal, en que se conocia que habia sido juez de las diosas, enamorado de Helena, y matador de Aquiles. Algunos creen que Arístides Tebano fue el primero que alcanzó este primor en aquella tabla donde pintó la tomo de Tébas, y entre otras cosas puso un niño que á tiento buscaba la teta de su madre, que de una herida que habia recibido en ella, estaba espirando. En esta actitud, parecia que temia la madre no acudiese el niño á chupar la sangre porque se le habia muerto y secado ya la leche. Hay tambien otra particularidad en las artes de ingenio, y que á dicho de Apeles, es la principal en la pintura: llamábanla los griegos *Aglais*, y los latinos la dijeron *Gratia* ó *Venus*, hablando poeticamente. Aplicábasela aquel famoso artista á sí solo diciendo: que otros habian hallado las demas calidades de la pintura; mas que la gracia, belleza y aire él se la habia dado.

No siendo, pues, posible señalar una ley ni un modo lo perfecto del gusto en materia de elocuencia, aplicable á todos los géneros de ella, ni á todos los casos, tiempos y naciones; reduzcámonos á convenir en estos principios generales dictados por la recta y sana razon, que todo lo que

es correcto, puro, fácil, hermoso y natural, se llama escrito ó dicho con gusto, es decir con buen gusto, para que nos entendamos en castellano; y que todo lo que ofende á estas propiedades, debe por el contrario, tenerse por vicio con el nombre de *mal gusto*.

Este vicio nace unas veces de ignorancia, otras de estupidez de los sentidos, otras de descuidada educacion, y otras de falta de comercio cortesano y literario, en donde se pule el entendimiento, se afina el discernimiento, y se perfecciona el arte de expresar los pensamientos con gracia, claridad y precision. Tambien nace, y es aun mas vituperable por su mal ejemplo, de una extremada sutileza y lozanía de ingenio del escritor, cuando se cansa de seguir la comun senda del recto juicio. Entonces esta sutileza, despues de haber corrompido la razon corrompe el estilo; cuando se prefiere lo dificultoso, agudo y afectado á lo fácil, sólido y natural. Entonces brotan por todas partes los agudos conceptos, las frases enigmáticas, los adornos pomposos que oscurecen ó enervan las sentencias; así como en las plantas viciosas la lozanía de las hojas, y la fecunda prole de los hijos las ahogan y roban el vigor. Bajo de estas consideraciones es mas fácil dar una idea de lo que se llama *gusto* en el arte de escribir, con ejemplos del *malo* que no del *bueno*. En el mal gusto se cierran todos los vicios de estilo, que proceden de sobrada cultura, estudio, afectacion, sutileza, destemplanza de colores retóricos, y vanidad de singularizarse.

Esta corrupcion empezó entre nosotros desde principios del reinado de Felipe IV: decadencia que sucede ordinariamente á una edad de perfeccion. Entonces el escritor que se siente dotado de gran talento, quiere abusar de este, como el mozo muy robusto quiere hacer valentías con su salud; y al fin estragan ambos sus fuerzas. Es condicion de la vanidad y ambicion de los ingenios sobresalientes el buscar los aplausos, no por el camino que los ganaron sus antecesores ó rivales. Creen que es humillarse imitarlos; y así intentan sobrepujarlos abriéndose nuevas sendas que huyan de las de la naturaleza. Y como todo lo que se aparta de lo bueno, ha de ser necesariamente malo; de aquí es que se pierde la regla y hasta la idea del buen gusto.

y que se saborée el público con estravagancias ingeniosamente monstruosas. Y en vista de esta fatal experiencia, que ha sufrido la elocuencia en todas las naciones, podemos afirmar que el mal gusto es mas un vicio de exceso, que de falta. En lo florido ó encumbrado es donde cabe inmoderacion y demasia; no asi en lo sencillo y llano, porque en este género no caben ni el buen gusto, ni el mal gusto.

¿Qué era, pues, este mal gusto entre nosotros, sino una falsa idea de delicadeza, energía, sublimidad y hermosura? Enfermó hasta tal grado el juicio sano de los hombres por la costumbre, que el orador y el escritor median su mérito por la dificultad de explicarse, y los oyentes y lectores por la de interpretarlos. Y si lo hemos de juzgar por lo violento é intrincado del estilo, que ha sido mas de un siglo moda ó manía general ¡cuántos escribieron sin entenderse á sí mismos!

La mayor parte de aquellos escritos y sermones abundan de todo menos de juicio y discrecion, con ser tantos los conceptos y discreciones. Se deshacian sus autores por ostentarse ingeniosos y profundos á costa de la verdad, y de la razon. Las moralidades cubrian de un velo enigmático á la moral, y la afectacion dejaba dormir los afectos: el fin era deleitar y asombrar, y no mover, ni persuadir; presentarse no grandes, sino gigantes, á la comun espectacion.

¿Para qué nos hemos de cansar en buscar definiciones del mal gusto? Si este es el mal estilo, en sus mismos vicios lo hallaremos pintado. ¡Qué profusion de paronomásias y equívocos pueriles hacian entonces la gracia de la elocucion! ¡Cuántos antítesis simétricos, hipérboles colosales, metáforas misteriosas, alegorías monstruosas, retruécanos violentos, frases afiligranadas, sentencias alambicadas, símiles incoherentes, conceptos falsos, y agudezas de puro sutiles imperceptibles, y cuantos otros rasgos y follages ingeniosos, que no tienen nombre ni número!

Sobran los ejemplos, y sobran los autores de donde se podrian sacar, para manifestacion de tan estragado gusto, si no temiéramos fastidiar á los lectores, á trueque de su desengaño, de que no necesitan tanto en estos tiempos

en que la general instruccion, y la luz de la crítica y de la filosofia tienen preservados de semejante epidemia al orador y al escritor, que no quieren manchar su nombre; bien que haya algunos que por descuido, ó quizá con cuidado, quebrantan las reglas inmutables del arte de bien decir.

Del Ingenio.

En vano habriamos pretendido mostrar con doctrinas, ejemplos y reflexiones guiadas de la filosofía las demas calidades que constituyen el talento oratorio, si nos olvidásemos de la primária y principal que es el *ingenio*, y la que preside á todas. ¿De qué podrian servir los consejos de la sabiduría, los colores de la imaginacion, el calor de los afectos, y las reglas del buen gusto para hablar y escribir con eminencia y aplauso, al que se hallase destituido de esta llama, de esta inspiracion, de este entusiasmo, pues con estas metáforas poéticas se difine el ingenio? Este, considerado como una lumbre celeste que esclarece á nuestro entendimiento, se llama tambien *numen* y *genio*, personificando estos nombres en figura de deidad ó ángel que nos inspira, á dicho de Ovidio, hablando de los poetas, *est Deus in nobis*, para sobresalir en alguna de las artes de invencion, que por esto las llamamos *artes de ingenio*.

Ingenio significa aquella virtud del ánimo y natural disposicion, nacida con nosotros mismos, y no adquirida por arte ó industria, la cual nos hace hábiles para empresas extraordinarias, y para el descubrimiento de cosas altas y secretas. Por esto llamaron los griegos y latinos ingenio á la naturaleza de cualquier cosa, y así tambien toda invencion en las artes arguye ingenio, y el que carece de este don nativo, nunca será sino un imitador mas ó menos perfecto de las operaciones de otro. Y no por otra razon decimos que en tal ó tal hombre hay cantera ó que tiene cantera, tomándola metafóricamente por ingenio ó talento natural que descubre en sus hechos ó escritos, al modo como de aquella se saca la piedra viva para labrar despues los edificios. Por extension se llama *ingenio* toda máquina ó artificio en mecánica, como las catapultas y trabucos en la antigua artillería, y los molinos de azúcar ó

trapiches, por suponerse ingenio en su invencion. Y por otra aplicacion analóga damos el nombre de *ingenio*, á la industria ó maña de que usa el hombre para conseguir sus fines, por que en estos medios se supone siempre artificio. Por último se llama por sinecdoque *ingenio*, al mismo sugeto ingenioso.

Pero, como en la lengua francesa no se distingue particularmente el ingenio del genio, pues no tiene para lo uno y lo otro mas que el nombre *genie*; de aqui habrá provenido que en estos últimos tiempos, á fuerza de tantas traducciones, se haya introducido en los escritos de algunos de nuestros literatos el abuso de llamar constantemente genio á lo que constantemente han dicho ingenio nuestros padres y abuelos. En aquella lengua, *genie* se toma por ingenio mas que por genio, porque la dicha voz se aplica al arte y profesion de ingeniero, y al mismo cuerpo de ingenieros llamado *corps du genie*; y cuando se nombra en particular á un ingeniero es con el nombre de *ingenieur* y no de *genieur*, como parecia mas regular segun la radical *genie*. Luego, bien podremos decir que el *genio* traducido á la francesa es nuestro *ingenio* verdaderamente castellano.

Entre nosotros la voz *genio* vale lo mismo que el natural, la inclinacion con que se siente cada uno para el ejercicio en alguna ciencia ó arte, asi como en las de invencion se llama *numen*. Este numen que levanta la mente humana á una region superior, y en cierto modo la endiosa, es aquel espíritu agente que mueve el talento inventor y abre rumbos no conocidos al discurso. Por esto la supersticiosa admiracion en la antigua gentilidad dió los nombres ya de *genio*, ya de *demonio* á esta potencia intelectual con la que se distinguieron algunos varones sábios por su eminente y maravillosa inteligencia. Este númen era el genio de Platon, y el demonio de Sócrates; la ninfa Egéria que guiaba á Numa; y la corcilla blanca con quien consultaba Sertorio. No se pudo entonces retratar con otros emblemas mas significativos la luz misteriosa y oculta de la filosofía, de la ciencia política, y del arte de la guerra. Tanta fué la veneracion y respeto que se adquirió el saber soberano de ciertos hom-

bres, que la admiracion tuvo que atribuir la fuerza de su ingenio á influjo sobrenatural.

Tambien se toma la voz genio por la misma naturaleza ó índole que nos inclina á las obras buenas ó bien á las malas, porque, como se ha dicho, *genius est quod una gignitur nobiscum*; tales son las personas que llamamos de buena, ó de mala índole. Pero ninguna de estas propiedades: que influyen en la moralidad, pertenecen á lo que entendemos nosotros por ingenio, que es talento superior ó inventivo en las operaciones del discurso, y no del ánimo.

Si alguna vez se ha usado, ó se puede usar, la palabra *genio*, es personificándola, tomada entonces por algun sabio singular que ha hecho época en los adelantamientos de alguna ciencia; pero siempre acompañada de algun epíteto, como de *divino*, *creador*, *inventor*, *soberano*, *original*. Diremos muy bien en este sentido el genio de Homero, de Platon, de Aristóteles, de Descartes, de Newton; y no, Homero fue un genio, Platon era un genio, &c.; porque ésta acepcion absoluta nada significa en castellano. Y aun es mas impropia, y menos inteligible, si hablando de las artes amenas, dijésemos como traducido á la francesa: *el genio en un poeta ú orador puede ser superior á su gusto. En la elocuencia puede mas el genio que el arte. — El genio daña á los sentimientos del orador. — Hay escritores de mucho gusto para juzgar, y de poco genio para componer. — Al que profesa muchas artes le llaman genio universal*, &c. Tales son los ejemplos que se pueden citar, dejando otros muchísimos viciados en esta misma turquesa, pues son ya sobrados para el desengaño: y tales los que se leen en la pésima traduccion castellana de las lecciones de Hugo Blair.

El nombre *ingenio* en su comun significacion se extiende mas allá de los términos de las artes amenas, y de imaginacion, pues se aplica igualmente al talento sobresaliente en las matemáticas que en la poesía, en la dialéctica que en la elocuencia, en la política que en la pintura, en la astronomía que en la música, y en la física que en la mecánica. Con el arte y el estudio se puede aumentar este talento, mas no adquirir.

No llamamos hombre de ingenio al hombre de exquisito gusto ó de feliz imaginacion, sino engendra, produce ó crea por sí, que es decir, sino trabaja de su propia invencion, que decimos tambien de *propio marte* en señal de suponerse en el ingenio algo de divino. Lo nuevo y lo singular en los pensamientos no basta para dar el nombre de ingenio al orador; es menester que sus ideas sean grandes ó sumamente importantes á los hombres. Y en este punto se diferencian las obras de ingenio de las originales; porque éstas solo tienen el carácter de la singularidad, y no el de la invencion: la cual no debe entenderse solo en la traza y composicion, sino tambien en la expresion y estilo. Los principios del arte de bien decir son todavía tan oscuros, tan varios é imperfectos, que el que no es realmente inventor en este género, jamás alcanzará el título de grande ingenio. No basta un fino gusto, una delicada crítica, ni conocer lo imperfecto, lo sublime, sino produce nuevas perfecciones, ó las presenta con novedad, que no es pequeña gracia y virtud. Con el gusto se juzga; y solo con el ingenio se ejecuta. Este ha precedido siempre á toda delicadeza y primor, como sucedió en la infancia de la poesía y de la elocuencia, y otras artes, en que las ideas mas sublimes, y las expresiones mas vehementes andaban vestidas en trage tosco y plebeyo. A los primeros héroes pinta la antigüedad desnudos, para representar el vigor y esfuerzo de su naturaleza; y si vistió alguna vez parte de sus miembros, era con silvestres despojos de sus propias hazañas, como insignias de trofeo, y no como adorno y compostura.

El ingenio del orador sujeta al imperio de su palabra todo lo criado: pinta á la naturaleza toda con imágenes; enciende ó apaga las pasiones; y hace hablar al silencio mismo. Lo hermoso toma bajo de su pluma nueva hermosura, lo tierno nueva suavidad, lo enérgico nuevo vigor, lo terrible nueva sublimidad. En fin, el ingenio del orador arde sin consumirse.

En vano preguntaria que es ingenio el que no tuviere de él alguna semilla en su ánimo. El que queda tibio y tranquilo leyendo las peroraciones de Ciceron por Plancio, por Sextio, por Fonteyo, y recibe como cosa sonora, y

agraciada los lugares patéticos del francés Masillon, y del español P. Granada, que debian enternecerle y arrobarle; ¿qué idea puede tener de este don sublime que la especulacion de las definiciones no puede explicar á quien no puede sentirlo? Las maravillas de los afectos de aquellos grandes maestros nada dicen al que no puede imitarlos. Y como el que no puede imitarlos, no tiene en su ánimo centella alguna de esta llama divina; en vano espere producir cosa alguna excelente, ni como poeta, ni como orador. Las reglas del arte son inútiles, y los dechados tambien, al escritor que carece de ingenio: pues no puede crear, ni tampoco imitar, porque quien no siente lo que el maestro siente en tal pasaje ó situacion, ¿cómo sabrá jamás ponerse en aquel caso? Copie, ó robe entonces, los pensamientos agenos; y véndanos despues, como el mercader, el trabajo de otras manos.

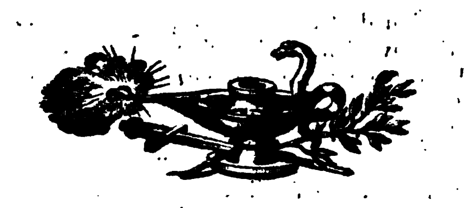
Algunos han creido que lo que llamamos ingenio consistia en la extension de la memoria: errado concepto de entendimientos vulgares, que hallándose con el cerébro amueblado, digámoslo así, de pensamientos y frases prestadas, han creido igualar á los originales, á los escritores que escriben de propio númen, como si dijeramos, que trabajan con materiales de su propia mina. El hombre docto, que cuenta solo con su memoria, viene á ser el obrero inferior que vá á las canteras á escoger el mármol; y el hombre de ingenio es el escultor que hace respirar la piedra bajo la forma de la *Venus de Gnido*, ó del *Gladiador romano*. El ingenio, sí, que puede suplir á la memoria; pero jamás ésta al ingenio. Cervantes produjo su D. Quijote, sin haber historia verdadera de tal héroe, ni de sus hechos; y Cornelio à Lapide con toda su maravillosa erudicion no hubiera hecho una página de la cuaresma de Masillon, ni de las oraciones fúnebres de Bossuet.

El ingenio, hemos de confesarlo, tiene tambien sus extravíos; y suele perderse remontándose en alas de una impetuosa imaginacion. Aquí entra á ejercer su oficio un severo gusto, y una sábia moderacion, que se forma con el estudio crítico de los maestros del arte; pero siempre con aquel temperamento de no obedecer ciega y servilmente al ejemplo de aquellos ánimos flemáticos é insen-

sibles que parece que quisieran arrancar á la elocuencia sus rayos. Todo lo que está lleno de verdad y razon puede respirar alguna vehemencia; pero huyendo la ridiculéz y fantasía del declamador que, esgrimiendo con palabras huecas, se enardece puerilmente representando con ánimo frio lo patético.

La elocuencia escrita, por estar desacompañada de accion, no necesita menos de la mocion, que la pronunciada. Las Verrinas, y la segunda Filípica de Ciceron fueron compuestas solo para la lectura, y sin embargo, son acaso lo mas vigoroso y penetrante que tiene la elocuencia. El orador algunas veces ha de hacer hablar la pasion, y en este caso no debe seguir los pasos lentos y acompasados del disertador. La verdad misma, realzada con la novedad de la expresion y el calor del estilo, dá mas valor á la justicia de la causa, y gana los votos todos del auditorio.

Digamos en suma: que el orador ó escritor, dotado de ingenio, cuando trata de objetos que tocan vivamente su corazon, ha de comunicar de necesidad á su estilo los movimientos de su ánimo. Por esto vemos que ordinariamente los escritores de ingenio pintan su carácter en sus escritos, y solo de ellos se dice que tienen su estilo propio, aunque otros les excedan tal vez en mas hermosa y espléndida elocucion.



TRATADO

DE

LA ELOCUCION.

Despues de haber sentado los principios generales y prácticos de la elocuencia en sabiduría, imaginacion, afeccion, gusto é ingenio, que son los cimientos de ella; falta tratar ahora, en particular, de las virtudes y reglas de la expresion, sin la cual quedarian sin uso aquellas calidades intrínsecas y elementales del talento oratorio.

Consideremos la *elocucion* como calidad propia y privativa de la elocuencia, y asunto peculiar de la retórica; porque la *locucion* tiene muy estrechos límites, y depende de la gramática inmediatamente. Y parece tan claro y natural que del nombre *elocucion* sacase el suyo la elocuencia, que por aquella se ha señalado siempre el mérito de los oradores, pues es la que forma las diferencias de estilo, y constituye el vigor, la extructura, y el ornato de las sentencias.

Dividen los retóricos la *elocucion* en dos principales partes: eleccion de las palabras, que es la diccion; y composicion ó conveniente colocacion de ellas, que es el estilo. Á la primera parte pertenece la contextura y distribucion del período, de la cual nacen, segun el enlace y propiedad de las palabras, la claridad, la correccion, el número y la armonía; y la segunda comprende la coordinacion oratoria, la facilidad, la naturalidad, la variedad, la precision, el decoro, y las otras virtudes accesorias en la manifestacion de los pensamientos; ya con la gracia, delicadeza, explendor y variedad; ya con la elevacion, grandeza, vigor, ó novedad de la expresion, que dan todo el mérito y valor á nuestros discursos.

PARTE PRIMERA.

DE LA DICCION.

Como toda oracion ó discurso se compone de períodos, los períodos de miembros, los miembros de incisos ó colones, estos de vocablos, y los vocablos de sílabas; empezarémos tratando por su órden de todas estas partes que juntas componen la diccion oratoria, aunque cada una forme por sí la diccion gramatical.

ARTÍCULO I.

DE LA EXTRUCTURA DE LA SENTENCIA.

De las sílabas. — Dos cosas complacen al oido en la oracion, *sonido y número*; el primero por la extructura de las palabras, esto es, por la composicion de las sílabas, cuya mayor ó menor melodía nace de la acentuacion de las letras, y de su concurso y trabazon; y el segundo por la coordinacion y número de las palabras, ó medida de los incisos.

Para examinar intrinsecamente el placer que resulta de una sucesion de sonidos, es menester descomponerla antes en sus partes y elementos. Las frases se componen de palabras, y estas de sílabas que constan, ó de simples vocales, ó de vocales y consonantes juntamente; mas, como entre estas hay algunas mas ó menos fáciles de pronunciar, mas ó menos mudas, mas ó menos ásperas; la trabazon de estas consonantes y vocales produce la mayor ó menor suavidad, ó la mayor ó menor dureza de una sílaba. Por esta causa nuestra lengua, que tiene la hermosa mezcla de sílabas blandas y sonoras, se puede llamar la mas armoniosa entre las vulgares.

Las vocales suenan mas dulcemente que las consonantes, y así dan mas lenidad á la oracion, y menos estruendo. Pero tambien se hace mas ámplia y hueca la frase con el frecuente y contiguo encuentro de ellas; y llenándose en demasía, se dilata, se enerva, y se hace viciosa.

Para evitar estos y otros defectos, nacidos del concurso y colision de las vocales, que hiere desagradablemente al sentido, se requiere mucho tino y buen oido, que es el mejor juez y regla en este punto.

Los vocablos compuestos de sonidos blandos y líquidos son mas gratos al oido que los que constan de muchas consonantes ásperas, que se rocen unas con otras; así de vocales seguidas, en especial las *aa* y las *oo*, cuya pronunciacion, por la semejanza que tiene con el bostezo, causa una fea abertura de boca que los retóricos latinos llaman *hiatus*.

Tal es el que causa el encuentro de vocales con estos ejemplos: *Oia á ambos* — *Leyó ó oyó otros informes* — *Venia á Asia*, &c. El escritor, cuidadoso y ejercitado, remedia estos defectos, en que la extructura de las palabras hace deslizar á los poco cautos y delicados, invirtiendo el órden de ellas, ó añadiendo alguna partícula que desuna las vocales, interponiéndose entre ellas, como en el 1.er ejemplo, que se puede alterar de esta manera: *á entrambos oia*, — en el 2º *otros informes leyó ú los oyó* — en el 3º *venia al Asia ó al Asia venia*, &c. Para evitar este sonido hiúlco ya enseña la gramática al prosista y al poeta, por medio de la figura llamada *sinalefa*, el modo de evitar el ludimiento de las vocales de una misma clase; hasta mudar el género de los nombres, como cuando aplicamos el artículo masculino á las voces, *agua*, *ama*, *hambre*, *harpa*, *ala*, &c. y á los nombres *Asia*, *Africa*, diciendo *el agua*, *el ama*, *el hambre*, *el harpa*, *el ala*, *el Asia*, *el Africa*, por no decir *la ama*, *la agua*, *la ala*, *la hambre*, *la harpa*, *la Asia*, *la África*, &c.

Sin embargo no son siempre las reglas del oido las de la retórica cuando queremos escribir con elocuencia. Sabemos que para evitar el concurso de dos vocales semejantes, y el sonido hiúlco de su pronunciacion, se muda en *é*, por eufonía, la *y* de conjuncion, cuando el vocablo

que se une al antecedente principia con la letra *i*. Esta regla, sobre ser muy discreta, es muy cómoda al oido; bien que, á mi parecer, debiera tener algunas excepciones, como en aquellos casos en que, para mayor fuerza de sentido en la expresion, pide la elocuencia que se deje todo el efecto de la colision de dichas dos vocales, á fin de marcar cierta pausa en la repeticion de su sonido, con la cual se llama la atencion, y se dá mas valor á la ultima palabra por modo de incremento.

Los ejemplos declararán mejor estos casos. Diremos: *Me seguian mis contrarios llenos de furor y ira*. La conjuncion *y* pronunciada con algun esfuerzo, deja como un intervalo entre ella y la *i* inicial de ira: y esta detencion, aunque momentánea, viene á indicar que al furor se aumenta la ira como afeccion mas vehemente. Diciendo *furor é ira* juntaríanse las dos ideas, y en algun modo las confundiríamos. Pero *furor y ira* dice tanto como *furor*, y sobre esto *ira*. Podremos tambien decir: *con crueldad fui tratado siendo pobre y inocente*, esto es: que ademas de pobre, era inocente. — *Volviéronse contra él deudos, hermanos, y hijos*; que es lo mismo que decir, *hasta sus hijos*, con cuya idea se pondera mas la persecucion.

Hay otro vicio que proviene de una continuada melodía, y uniforme consonancia de sílabas, ó de palabras demasiado cercanas, y es lo que llamamos sonete. En este defecto caen frecuentemente todos los escritores que componen de prisa, ó que no castigan lo escrito, ó por negligencia, ó por torpeza de sentido. He leido en un autor nuestro, que ha pasado por elocuente, la siguiente oracion: *El no fue prudente en no querer que sus faltas enmiende el que las siente*. El que escribe así, digo yo ahora, que no puede ser prudente, ni puede enmendarse, ni sentir, pues no le ofenden un *ente*, un *iende*, y un *iente*, no solo cuando se le venian á la lengua; mas, ni cuando los escribia, ni cuando los imprimia. Y cual descuido, por no decir estupidez de sentido, se puede tachar al otro que escribia: *estos cocos lejos suenan*, cuando no percibió las tres martilladas seguidas de *tos*, *cos*, *jos*. Lo mismo diremos del que escribió: *otros trozos rojos — seis suertes de artes*. El escritor que cae en estos defectos, y no los siente;

¿qué prosa compondrá que no sea lánguida, insípida y desentonada? porque la armonía se forma de los intervalos disonantes, esto es, de la variedad del acento y de la pronunciacion.

Hay otro vicio en la colocacion y concurso de las sílabas, y es el encuentro escabroso de muchas consonantes ásperas y rechinantes, que se suceden entre el final de una palabra, y el principio de la inmediata, como en estas expresiones: *error remoto*: *atroz zozobra*: *sus sucios sucesos*. Estos vicios son llamados por los retóricos *cacofonía*.

No faltan recursos al escritor correcto y remirado, que se los presenta la gramática, para evitar el mal sonido de dos letras heridas entre sí, por medio de la figura llamada *apócope*, cortando una letra ó sílaba del fin de la diccion, como en estos casos: *primer amor*; *postrer aliento*; *tercer artículo*, &c. por no decir *primero amor*, *postrero aliento*, *tercero artículo*; á menos de que se quiera, ó se pueda, invertir el órden de las palabras de ésta manera: *amor primero*; *aliento postrero*; *artículo tercero*. Tambien se dice: *cualquier arma*: *cualquier amigo*, en lugar de *cualquiera*; si no se trastueca diciendo, un arma *cualquiera*, un amigo *cualquiera*.

El que no sabe interpolar las palabras y trasponerlas, ó si esta diligencia no alcanza, escoger otras que, sin faltar al sentido de la sentencia, formen una frase mas flúida y sonóra; jamás merecerá nombre de escritor correcto y elegante, aunque posea otras eminentes calidades de la elocuencia.

Á veces lo que parece vicio se puede convertir en virtud, en una mano hábil y ligera. No solo el poeta, mas tambien el prosista de gusto delicado, para dar melodía y suavidad á la frase, pueden aprovecharse de la repeticion de las letras que, con cierta correspondencia de sílabas, forman grata consonancia al oido. A este cuidado, ó descuido cuidadoso, llaman unos *annominacion*, y otros *aliteracion*; y se manifiesta con estos ejemplos. *De mi bien á mí mismo doy las gracias, y de mí mismo yo me corro ahora.* No se descuidó de esta gracia Virgilio en aquel verso: *nec me meminisse pigebat Ælisæ.*

Hay tambien letras que tienen cierta gracia repetidas en las primeras sílabas de las palabras: y de estas son aquellas donde la L suena muchas veces, porque tiene esta letra mucha ventaja á las otras semivocales por la dulzura, en que las vence á todas. Diremos, por muestra de suavidad: *lo lindo agrada, y la luz ofende.* — *No quiere el amor la muerte del enemigo.* — *Que perdonar al rendido, es gloria del vencedor.* — *Ni las velas, ni los vientos, ni las olas sirvieron á la esperanza.*

Así como nos podemos aprovechar de las letras blandas para expresar cosas suaves; así mismo de las duras y ásperas podemos servirnos para la imitacion de cosas hórridas ó terribles. ¿Cuánta energía recibe el pensamiento de la dureza de estos vocablos? *Rotos del rayo los riscos se derrumban.* — *De negro humo cúbrese la tierra.* — *La ronca trompa que hórrido resuena.* — *Hozca y horrorosa horrasca los destroza.* — *Yerma la tierra á hierro y fuego.* — *Con aborrecimiento fiero aborrecido.*

Los vocablos largos son siempre mas gratos al oido que los monosílabos, por el tenor de su entonacion, que participa de cierta música, y son magníficos instrumentos para la estructura de los períodos numerosos en las oraciones de alto y grandioso estilo: tales como *dulcedumbre, mansedumbre, alumbramiento, altisonante, desdmorado, descorazonado, contentamiento, resplandeciente*, &c.

De las palabras. — Toda sentencia se compone de palabras, y cada palabra expresa una idea: luego parece que el órden gramatical de estos signos ha de seguir al natural que lleva la sucesion ó la filiacion de las ideas. Sin embargo, aunque las reglas lógicas de la gramática general prescriben este órden con mas rigor; las leyes retóricas, cuando se busca la elegancia, ó la precision, ó la armonía, ó la energía, permiten hasta cierto punto la transposicion, que en unas lenguas es mas libre que en otras, y en todas goza de mas licencia la poesía que la prosa.

Á pesar de la amplitud de estas leyes, hay ideas que por su naturaleza y correlacion mútua, no pueden alterar su coordinacion literal en la frase, como en estas: *sin padre ni madre.* — *Los hombres y las bestias.* — *Dos años y dos meses.* — *En su enfermedad y muerte.* — *La cabez*

y los pies. — *Las ciudades y las villas.* ¿Quién puede ignorar que en el órden de estos nombres se ha de guardar la prioridad de calidad, de tiempo, de cantidad, y de lugar? Sin embargo, en escritos muy sérios é ingeniosos se descubren alguna vez estos defectos que la misma gramática condena como culpas graves; aunque tal vez parecerán leves, cuando la fuerza de la elocuencia, ó la necesidad del número oratorio, obliga á la vehemencia de la pasion á romper estas ligaduras.

Todas las palabras, siendo, como hemos dicho, unos signos representativos de nuestros conceptos, deben guardar aquella progresion gradual conforme al órden de la accion y naturaleza de las cosas. Diremos de las condiciones morales de un hombre, que es *violento*, *cruel*, y *atroz*, pasando de lo menos á lo mas: y por esta misma gradacion, que una herida es *grave*, *peligrosa*, y *mortal*: que un objeto es *feo*, *triste*, y *horroroso*: que *la furia de un ejército acomete*, *desbarata*, y *aniquila*.

Sobre la colocacion del adjetivo que acompaña al sustantivo, cabe alguna variacion; ya atendiendo á su oficio, cuando se antepone ó pospone al sugeto: ya á la mas sonora cadencia en uno y otro caso. La disonancia ó contradiccion que cabe en el sentido de estas palabras de calificacion, colocadas antes ó despues del sugeto, se puede ver en este ejemplo: *No se alcanza la vida buena dándose buena vida.* Con la misma voz *buena*, repetida en contraria colocacion, se forma un contraste de ideas. La *vida buena* es la vida virtuosa; y la *buena vida* es la vida regalada. La virtud pide templanza y honestidad: y á estas son contrarios el regalo y la holganza: este es el concepto general de toda la sentencia. Decimos *papeles varios* por la diferencia de sus asuntos; y *varios papeles* por muchos ó algunos. Dícese un *buen ciudadano* por un buen patricio; y un *ciudadano bueno* por un hombre de bien. *Habitacion nueva* se refiere á la construccion, y *nueva habitacion* á la mudanza de vivienda.

Cuando los adjuntos graduan la calidad inherente é inseparable del sugeto, deben anteponerse como: el *frágil vidrio*: el *duro mármol*: la *inocente niñez*: la *cándida azucena*: el *encumbrado cedro*: el *triste ciprés*: la *mansa*

oreja. Cuando designan una calidad accidental, deben posponerse, como: el *agua dulce*, los *cabellos rubios*, el *varon fuerte*, el *soldado valiente*: porque ni toda agua es dulce, ni todos los cabellos son rubios, ni todos los varones son fuertes, ni todos los soldados valientes. Y en ambos casos se encierra un sentido elíptico, como si dijéramos (en el 1º): el vidrio, *que por sí* es frágil; el mármol, *que por sí* es duro; la niñez, *que por sí* es inocente, &c. (y en el 2º): el agua, *que es* dulce, los cabellos, *que son* rubios, el varon, *que es* fuerte, el soldado, *que es* valiente.

Y para que se vea con cuanto cuidado hémos de proceder en la colocacion de los adjetivos, y que no es indiferente esta atencion para graduar el sentido mas ó menos expresivo que dan á la cosa á que se aplican; pondremos en un solo ejemplo estas diferencias. Diremos *recibió una mortal herida*, esto es, por exâgeracion, una herida grave ó peligrosa, que puede ocasionar la muerte. Diremos *recibió una herida mortal*, esto es, una herida sin remedio, que debe ocasionar la muerte. Cuando las palabras incluyen relacion á otras, deben posponerse como órdenes *militares*, porque las hay monásticas; leyes *civiles*, porque las hay canónicas; música *vocal*, porque la hay instrumental; derecho *natural*, porque lo hay positivo, &c. Sin embargo decimos, y creo que por abusion, testamento *viejo*, y *viejo* testamento, en contraposicion á testamento *nuevo*, que llamamos indistintamente *nuevo* testamento. Pero, en otros adjetivos, cuando no califican la propiedad inherente de la cosa, es indiferente su colocacion, conforme lo pida la mejor estructura y aire de la frase; por ejemplo, pensamientos *nobles*, ó bien *nobles* pensamientos; prosápia *ilustre*, ó ya *ilustre* prosápia; virtud *sólida*, ó sea *sólida* virtud; *insigne* varon, ó bien varon *insigne*; cielo *santo*, lo mismo que *santo* cielo; *supremo* grado, ó si no grado *supremo*. Este es el rigor de las reglas prescritas al prosista, principalmente atendiendo á la claridad y precision de las ideas, y no á las licencias que pueden concederse alguna vez, rompiendo con las leyes de la exactitud, para no faltar á la armonía, número, y elegancia de la sentencia. La poesía es menos escrupulosa, ó por

decirlo de otra manera, mas necesitada: la medida, el ritmo, y la cadencia del verso eximen al poeta de esta sujecion.

En los superlativos no rige ya esta regla por cuanto exceden del valor positivo y comparativo de la naturaleza real de los objetos que realzan. Lo mismo se puede decir de los dáctilos positivos, que ordinariamente preceden al sustantivo. Así diremos: *atrocísima maldad*, *intrépida amazona*, por precipitar la pronunciacion de la frase, y darle mas sonoro remate en la última palabra. Lo uno y lo otro se pierde invirtiendo el órden, porque la celeridad que resultaba de anteceder la pronunciacion del adjunto esdrújulo, se hace floja y lenta en el fin de la frase, y suenan como apagadas las dos últimas palabras.

¿Cuánto podríamos alargarnos aquí acerca de los verbos, adverbios, conjunciones, pronombres, y otras partes y partículas de la oracion, pues son otras tantas voces que forman el lenguaje hablado? Todas deben colocarse donde prescribe el uso autorizado, y la sintaxis particular de la lengua, por mas que se quebranten muchas veces las reglas naturales de la gramática universal; añadiéndose que la armonía y el número oratorio pueden muchas veces alterar el órden de la construccion de la gramática particular.

Sería muy prolija é impertinente ocupacion detenernos en este lugar sobre el orígen, progreso y mecanismo del lenguaje humano. La gramática enseña la construccion, la lógica el raciocinio, y la retórica la composicion; pero la historia de la formacion de las lenguas, y el análisis de sus elementos pertenecen á la metafísica y árida ideologia; y de ningun modo á la elocuencia, que triunfa sin otras armas que las palabras, y sin averiguar como, ni cuando, ni donde se forjaron.

De los incisos ó comas.—Despues de haber hablado de los vocablos, sin los cuales no hay lenguaje articulado, ni gramática, ni raciocinio, ni elocuencia; viene el inciso ó coma, que es la parte menor del período, en la cual no se cierra el sentido de una proposicion, como en estos ejemplos: *Si con tantos escarmientos*, *si despues de tantos consejos*, *si con la muerte de tu amigo*.... El sentido imperfecto de cada uno de estos tres incisos, que juntos for-

man un solo miembro del período, deja pendiente la inteligencia de la sentencia principal. Otras veces es el inciso de menos vocablos, como en este caso: *Despues de oirlo, y antes de saberlo, ya pensaba en....* Hay otros incisos, digámoslo así, solitarios, que cierran sentido por sí solos, y juntos completan la oracion, como: *Deleitaba á todos, movia á muchos, instruia á pocos.* Hay otros incisos, que se llaman paréntesis, y forman una oracion entera interpuesta dentro de otra, ora sea haciéndose por relativo, ora por alguna partícula condicional, y se figura entre dos comas, dejando correr la oracion principal, de la cual no es parte integral aquella interposicion, como en este ejemplo: *Los hombres que desean honra, que son los mas, procuran obrar bien.* La interposicion está en estas palabras *que son los mas.*

Pero, como de todo se abusa, no guardando tiempo, lugar, ni medida, los paréntesis dilatados, y cuya sentencia tiene alguna relacion con la principal, embarazan y cortan el curso del período con enorme fealdad. Esta interrupcion arguye mucha impericia en el arte de bien decir, pues no sabe el escritor insertar aquella sentencia, digámos postiza, en el cuerpo del período, haciéndola parte integral de éste; ó descomponerla, mudándole la forma, de modo que se ajuste y se encaje á la estructura de la oracion.

Los paréntesis breves, usados con cierta economía y oportunidad, vienen á ser como verdades sentenciosas que arroja de sí el concepto principal de la oracion sin detener está su paso. Llevar deben siempre alguna preñez por el lugar en que se interpone su sentencia. Tienen tambien mucha gracia y viveza para llamar la atencion del lector, y para sembrar, como fuera del asunto, algunos rasgos irónicos, satíricos y morales, en que puede el autor desahogar su severidad filosófica, reprendiendo, amonestando, moralizando; ó sus deseos ó afecciones, con la exclamacion ó la admiracion, como en estos ejemplos: *Estos hombres, si se pueden llamar tales, no conocian la justicia.* — *De tantos amigos, que no los hay en estos tiempos, no encontré uno fiel.* — *Ella fue muger, ¡quién lo diria! ¡que aborreció sus propios hijos!* — *Queria vender, ¡ó traicion abominable! la patria que antes habia defendido.*

Hay finalmente otros incisos cortos, cuya frecuente colocacion divide cada vocablo de por sí, como cuando decimos: *era ambicioso, cruel, pérfido, vengativo.* — Otro. *Justicia, piedad, y prudencia, eran las virtudes en que mas sobresalia.* — Otro: *clama, ruega, amenaza, y no es oido.*

De los Colones. — El período se divide en miembros ó cláusulas, y estos son llamados *colones* por los retóricos. Queda como manco, ó mutilado el período, cuando sus miembros no cierran sentencia, y dejan suspensa y abierta la oracion. Sirvan de ejemplo estos dos miembros del siguiente período. Si la religion es tan necesaria al hombre, y hasta los pueblos mas salvajes no la desconocen, cómo....?

Hay otros miembros que forman por sí solos un sentido perfecto, cuando enlazan muchas proposiciones sin dependencia unas de otras. Estas se distribuyen y se ligan para amplificar la sentencia principal, la cual, aunque se componga de muchas cláusulas cerradas, no necesita de ninguna en particular, como se verá en este período perfecto, compuesto de cuatro miembros: *El paso del Gránico hace á Alejandro Magno dueño de las colonias griegas; la batalla de Isso pone á Tiro y Egipto en su poder; y la jornada de Arbela le sujeta el Asia toda.* Hay otras veces miembros del período que cada uno forma sentido por sí solo, aunque respecto al todo de la sentencia principal queda suspensa la oracion, é imperfecta la manifestacion de la idea general. Estos ejemplos nos aclararán y confirmarán lo que se acaba de decir: *Los buenos buscan á los buenos; y los malos á los malos.* Aquí el primer miembro, si no siguiera el segundo, fuera perfecto del todo, porque asi habia período, acabando la sentencia dentro de sí; mas, como guarda relacion con el segundo miembro por contrariedad de pensamiento, queda imperfecto su sentido; y por esta causa se ha de tener aquí por colon.

Tambien hace el oficio de colon toda sentencia precedente, cuando despues ponemos la causa ó razon de ello, como en esta: *Bien podeis temer su ira, porque mañana vendrá armado.*

Del Período. — Período, llamado por los latinos *am-*

bito ó circuicion, es aquella perfecta cantidad ó extension de cláusulas á que puede llegar una sentencia; pues en períodos se parten y dividen todos nuestros raciocinios para producirnos con órden y claridad. Para este fin hay tambien en la estructura de los períodos sus particulares divisiones, de que hemos hablado ya, tratando de los incisos y colones, las cuales señalan ciertas pausas para recitar con compás, cadencia, y sentido las partes del discurso.

Estas partes, ó miembros del período, pueden ser pocos ó muchos segun los diferentes géneros de estilo con que queremos tratar la materia, ó segun el que requiere la materia misma. Estos miembros se suelen enlazar de diferentes modos; y la idea principal de una oracion puede estar dividida en dos, tres, y cuatro sentencias, que juntas conspiren á esclarecer, amplificar, ó corroborar la proposicion general.

No hay regla fija para señalar el número de miembros de que ha de constar el período. Pero, como puede haber exceso por una y otra parte, el escritor, conforme la naturaleza, las circunstancias y fin del asunto, y los lugares del discurso, se extenderá ó se estrechará mas ó menos; pero en ninguno de los dos casos traspasará los límites que dicta nuestra propia naturaleza, así de parte del que habla, como de parte del que oye. Los períodos en demasía largos hacen embarazosa y desalentada la pronunciacion, y al mismo tiempo fatigan el oido del oyente, distraen su atencion, y se confunde ó se desvanece su memoria, no siendo posible que ésta, en tan larga série de sentencias, unas veces conexas, y otras inconexas entre sí, junte la primera con la última.

No es menor el inconveniente que redunda del otro extremo, porque en los períodos muy cortos, que son hoy la moda, ó mas bien el vicio dominante de los escritores á lo filósofo, padece tambien el aliento, interrumpido continuamente, antes de concluir la medida de la natural aspiracion. Y tambien padece el ánimo del oyente, oprimido en tan reducidos círculos; y la memoria no puede resistir el peso de tan repetidas y diferentes sentencias, quebrándose el sentido general del discurso con cortes tan menudos y frecuentes.

Para evitar uno y otro extremo, los retóricos han dividido los períodos en *bimembres*, *trimembres*, y *cuatrimembres*; que es decir, de dos, de tres, y de cuatro miembros. De cualquiera de estos números que se considere el período, se divide este siempre en dos partes; la primera, en que se comprende la proposicion, suspende el sentido de la idea principal; y la segunda, que es la conclusion, lo cierra y acaba, y ésta es señalada por la buena ortografía con (;).

En el período bimembre, tanto la proposicion como la conclusion son simples, como en este: *Siendo la patria la que nos ha dado el nacimiento, la educacion, y la fortuna; debemos, como buenos ciudadanos, sacrificarnos por ella.* En el período trimembre la proposicion abraza comunmente los dos primeros miembros, y la conclusion el tercero, como en este ejemplo: *Antes que la guerra destruya nuestros hogares, y la bárbara soldadesca deshonre nuestras hijas; vamos amada familia, á buscar el reposo y la seguridad en los incultos montes.* Otras veces la proposicion se reduce al primer miembro, y la conclusion abraza segundo y tercero: *Fue tanto el asombro de Motezuma cuando se vió tratar con aquella ignominia; que le faltó al principio la accion para resistir, y despues la voz para quejarse.*

En el cuatrimembre la proposicion abraza, unas veces los dos primeros miembros, y la conclusion los dos últimos, como en este: *Por mas que los impíos duden del autor de su vida, y blasfemen contra el Criador de todo; nunca podrán apartar la vista de las obras que no son de los hombres, antes su misma duda depone contra su incredulidad.*

Otras veces se distribuyen los tres primeros miembros en la proposicion; y en la conclusion el cuarto, como en este: *Si el vicio es tan halagüeño, si el corazon humano busca siempre lo que le lisongea, si la virtud es mirada por los sensuales como cosa áspera y desabrida; ¿por qué tantos esforzados varones se despojaron de la riqueza, del poder, y del nombre, para abrazarse con ella?* Otras veces la conclusion comprende los tres últimos miembros, y la proposicion solo el primero, y con esta distribucion se

amplifica y corrobora el espíritu de la sentencia principal, como en este período: *Fue tan generalmente dadivoso y liberal; que hacia grandes mercedes sin género de ostentacion, tratando las dádivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la magestad.*

De la varia construccion de los períodos nacen las formas diferentes del estilo en general, y del particular de cada escritor, quien adopta, ya los períodos extensos, ya los cortos, conforme es el carácter que domina en su ánimo, ó el gusto que le comunicaron la educacion, ó sus lecturas favoritas.

De la extension de los períodos se forma el estilo numeroso y rotundo, porque consta de miembros llenos y bien distribuidos; y esta composicion es la mas oratoria, porque dá al discurso un aire de magestad, de pompa y de dignidad. Pero esta misma extension, sino guarda una justa medida, y no se varía con intervalos mas ó menos cerrados, cansa y derrama el espíritu con la pompa y armonía del discurso; y mas se ocupa el oido que se mueve el alma con tan mesurada cadencia, y contínua regularidad de frases compasadas. Todo lo que entonces el estilo gana de dignidad, pierde de energía. Esta uniformidad continuada en una série de sentencias se ha de quebrar con períodos mas breves, aunque menos sonoros; pues hace mas agradable efecto la discordancia, que la cansada repeticion de sentencias cortadas por una misma medida. Sin embargo, atendiendo alguna vez á la elegancia, y á la armonía del número, si es permitido alguna vez sacrificar la precision á la gala y riqueza de la frase; puede el que sabe consultar con el oido dejar al período, y aun á sus miembros, cierta rotundidad y cadencia, como se muestra en esta grave y grandiosa oracion. *Aun en las guerras civiles, cuando el pueblo romano se armaba contra sí mismo despues de la fiera crueldad de Lucio Syla, que quiso ser llamado Felice por la abominable carnicería que habia hecho en sus ciudadanos; y despues de Cinna, Mario, y Carbon, y de otros que se propusieron el despojo de la patria por premio, y pelearon por quien la tiranizaría; muchos buenos y sábios ciudadanos, envueltos en la contienda de Cesar y Pompeyo, afirmaban que la república*

no podia ser curada de tan entrañable pestilencia, sino con dar á uno solo las riendas del imperio.

Dudo yo que se pueda dar mayor amplitud, número, y extension á un período; sin que le embarazen la copia de sus cláusulas, ni la plenitud de sus miembros, y sin fatigar el aliento del que habla, ni distraer la atencion del que oye. Todas sus partes estan tan bien distribuidas y concertadas entre sí, que en todas halla lugares de descanso, mas ó menos detenido, la carrera de la pronunciacion, suspendiendo ó variando el tono, guiado siempre por los signos de la puntuacion, que señalan los intervalos y pausas que se han de guardar en cada una de las cláusulas, y en la conclusion de muchas juntas en cada uno de los miembros. Pero no todos los que leen con velocidad y perspicacia, saben leer con sentido.

Asimismo, de la cortedad de los períodos se forma el otro estilo, que se llama *truncado*. Este se compone de proposiciones breves, que no tienen enlace unas con otras, pues cada cual forma un sonido perfecto. Esta manera de composicion tiene mas viveza y energía que la rotunda y numerosa; y pertenece á ciertos asuntos como á los didácticos y doctrinales, y á las sentencias morales y políticas, y no sienta mal á los festivos y jocosos. Pero solo debe reinar este estilo donde la calidad de la composicion lo pide; pero mezclándolo alguna vez con el rotundo en los casos y lugares que piden esta union, para huir de la cansada uniformidad.

El estilo cortado, parece mas nervioso, y es mas débil, porque la desunion de sus partes deja destroncada su misma fuerza. Son miembros robustos, mas no forman un cuerpo entero. El estilo cortado rompe y ataja el paso al discurso del lector; en vez que el distribuido en períodos le guia como de la mano, y le ofrece asientos de descanso.

En toda composicion no basta que sus partes constitutivas esten repartidas de este modo ú del otro; sino que entre ellas ha de dominar alguna idéa que las reuna á un solo concepto, ligándolas tan estrechamente, que no reciba el ánimo distintas impresiones. En toda oracion hay un sugeto principal que debe dominar y regir las partes

de la sentencia hasta su conclusion. Cuando en ella se introducen distintos objetos, y mas si son inconexos, se embaraza, se intrinca, y se recarga el período; y ha de tomar un ámbito y rodeo tan descomunal, que mas parece un razonamiento que una sentencia. De aquí nace aquella ambigüedad y confusion que se advierte en el estilo de algunos escritores, por otra parte correctos, puros, y de noble diccion.

Entre los dos extremos de breve ó derramado, es mas tolerable la concision, que la redundancia. Aquella cansa y ofende, mas no confunde, ni enmaraña las ideas, porque las presenta limpias y sueltas; pero la otra fastidia, irrita la paciencia del oyente ó del lector, cuya imaginacion ha de refrenar su natural curso al paso de la pesada composicion del autor.

La puntuacion no puede corregir entonces este defecto, dividiendo las partes mayores y menores de la sentencia, si la ambigüedad proviene de la inconexion de los pensamientos, ó de su número cuando es mayor que el que puede admitir la cabida natural del período. He dicho cabida natural, porque los límites de nuestro aliento, de nuestro oido, y de nuestra memoria le tienen señalada su medida; y no el arte, que ha de obedecer en esta regla á las fuerzas de nuestros sentidos. Por esto la retórica reprueba los períodos que pasen de cinco miembros, los miembros que consten de muchos incisos, y las sentencias embebidas, ó como encajonadas, dentro de otras.

Las secciones, divisiones, subdivisiones, y todas las fórmulas copulativas, disyuntivas, transitivas ó adversativas, son designadas por las comas, los colones, y los puntos. Estos sirven para coordinar, distinguir, clasificar, y cerrar el sentido de las sentencias. Pero, si el autor no lleva antes en su mente esta puntuacion natural para ordenar sus ideas y extenderlas despues; escribirá sin método, ni precision, y todas las reglas de la buena ortografía no podrán corregir la desarreglada colocacion de las ideas, y por consiguiente el desórden de la expresion. No es la puntuacion destinada solamente á señalar las pausas, y los tonos á la pronunciacion; sino tambien á distinguir el sentido de las ideas por el lugar que ocupan en el discurso.

Por esto, cuando una sentencia no tiene puntuacion oportuna, carece de sentido, ó por lo menos no se lo puede dar el lector sin mucho trabajo. Todo buen escritor sabe puntuar lo que dice; porque sabe sentirlo, y dividir los intervalos de sus ideas. El que no sabe puntuar no sabe pronunciar, ni tampoco leer; y el que ignora uno y otro ¿cómo podrá puntuar? El que es artífice de la máquina, sabe las piezas que necesita, y donde se deben colocar; y con este conocimiento le dá juego y accion.

ARTÍCULO II.

Del numero Oratorio.

Hasta ahora hemos examinado las partes mayores y menores que constituyen el cuerpo del período, consultando mas con la gramática, la lógica y los sentidos, que con el número oratorio que forma la armonía de la elocucion. Esta nace, no solo de la medida y construccion de las partes de la oracion, sino tambien del modo de concertarlas, no poniendo notable desigualdad entre los miembros de un mismo período, y evitando los períodos excesivamente dilatados, y las cláusulas muy ahogadas, porque, como queda dicho mas arriba, en la série del discurso su extension no nos ha de hacer perder el aliento, ni volverlo á tomar á cada instante. Los asientos del período han de ser llenos de hermosura y magestad en lugar que el lector respire y descanse: y con esta armonía se manifiesta cierta facilidad que hace desaparecer el artificio de los números. D. Diego de Saavedra, que no desconocia el número y armonía en ciertos lugares de sus empresas, nos presenta este noble ejemplo cuando dice: *Cayó el Imperio Romano, y cayeron, como es ordinario envueltas en sus ruinas las ciencias y las artes; hasta que, dividida aquella grandeza, y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz, y volvieron á brotar á su lado las ciencias.*

En algunos escritores su número, ó mas propiamente

su armonía, está mas en la construccion gramatical que en la forma oratoria, como si dijésemos, que este número está mas en la extructura mecánica de la frase, ó de los miembros separados, que en la composicion y complemento del período. Este sale de su medida natural y lógica siempre que los miembros que deben comprenderse dentro del círculo de la proposicion, se hallan tan cargados de miembros accesorios á la idea principal, que cortan su compás á la pronunciacion, quitan á la respiracion su descanso, y confunden el órden y sentido de la sentencia, en daño de la claridad y la elegancia. Tambien padece la armonía si estos miembros accesorios, por ser poco variados en tonos y medida, no guardan la conveniente proporcion entre sí en su extension, como cuando se cierra el período con seco, breve, é insonoro final.

No pretendemos por esto que todos los miembros del período sean iguales en el número de vocablos de que resulten cadéncias ó desinencias semejantes, que es gusto pueril, ó carencia de todo gusto. La variedad diferenciada es la que deleita en todas las cosas, y mucho mas en lo que vemos y oimos. El número mueve, deleita y suspende; pero ha de nacer del número de la frase y seguir su extructura, compuesta de tales ó tales dicciones, que le dan variedad, de que es muy estudiosa la misma naturaleza. Aquí entra el arte y el juicio para no trabar sílabas y palabras siempre de un mismo tenor y sonido.

Pero tambien sucede en aquellas oraciones que llaman sostenidas y numerosas, y que á manera de rios de mansa corriente y de espaciosas revueltas llevan un camino muy largo y pausado hasta el mar, que el lector ú oyente, conocida ó prevista la última sentencia que ha de contrastar con la primera, vé de lejos, mas no alcanza, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo. Tanta es la molestia que sufre en el detenido curso de estos períodos graves, llenos y sosegados, henchidos de palabras ociosas, artificiosamente colocadas.

Y como la afectacion y la violencia son enemigas de toda perfeccion, no lo son menos en este punto. El ejercicio y el oido, mejor que todo esfuerzo del estudio, y sobre todo una atencion profunda en los buenos módelos,

enseñarán mas que todas las reglas. El escritor ejercitado, y probado en componer, percibe por un hábito, ó digamos, instinto músico, la sucesion armónica de las palabras; de la suerte que un lector diestro vé de una ojeada las sílabas y las palabras que preceden y las que siguen en un escrito.

El siguiente ejemplo podrá darnos una idea de la grata consonancia del número, cuando nace de la igualdad, discreta distribucion, y concierto de los miembros del período: oigamos al P. Marquez cuando dice: *Antes que el alma siga á toda rienda el deleite del sentido, le parece suave cosa al varon santo mortificar el deseo, y domar la inclinacion rebelde de la carne, borrando con pensamientos amargos las memorias dulces de la sensualidad.* Esta oracion llena, corriente, y sostenida de miembros numerosos, perderia gran parte de su armonía trocando la colocacion de las palabras, que hacen la cadencia de sus cláusulas fluidas y sonoras; y no se faltaria por eso al sentido del concepto, ni á la claridad del estilo. Todo el mérito de esta oracion desaparece mudándola de esta manera; por ejemplo: *antes que siga el alma el deleite del sentido á rienda suelta—domar la rebelde inclinacion de la carne—borrando las memorias dulces de la sensualidad con pensamientos amargos.* La composicion, en cuanto á la gramática, es la misma; pero en cuanto á la elocuencia, es como un instrumento sin voces, ó como voces sin cantoría.

Aunque la oracion que llamamos elegante y magnífica sigue cierta cadencia numerosa, no tiene una medida determinada como la poesía. Por eso el escritor discreto cuida de que su prosa no tome el ritmo riguroso de la versificacion, pues se observa que toda composicion grata y sonora comunica al estilo la fluidez y armonía del metro, sin darle su monotonía.

Otras veces, por no faltar al número, se añade, ó se repite una palabra ó partícula, contra la índole gramatical de la lengua, y el uso de su sintáxis. La lengua castellana admite en su construccion ordinaria y usual la repeticion de artículos y pronombres en ciertos casos, y en otros los desecha. Pero, cuando se quiere buscar el

número lleno y sonoro de la frase, se puede sacrificar muchas veces la extructura gramatical á la oratoria. En la construccion comun diremos bien: *perdieron estos hombres honor y fortuna*, sin artículos ni pronombres. Diremos bien *perdieron el honor y fortuna* interponiendo el artículo masculino. Asi mismo podremos decir *perdieron su honor y fortuna*, interponiendo un solo pronombre. Pero en esta frase, para caer numerosa y armónica, echa menos el oido una voz que llene la medida; y asi dirá el orador *perdieron su honor y su fortuna*, repitiendo el pronombre, y aun se concluirá con número mas completo, con la repeticion de los artículos, diciendo: *perdieron el honor y la fortuna*.—Lo mismo se manifiesta diciendo *el fomento de las ciencias y artes*. Esta frase no tiene el cabal número que pide una sonora cadencia, solo por faltarle el artículo á la palabra artes, debiendo decir *el fomento de las ciencias y las artes*. Véase como un solo monosílabo, que no es notable ni esencial en el lenguaje vulgar, dá ó quita toda la hermosura y armonía á la frase oratoria. En las caidas y cadencias finales, ya del período, ya de sus principales miembros, evita el orador de buen gusto, y de oido ejercitado, que terminen en palabra poco digna, insuave ó lánguida, y nunca en monosílabos, excepto cuando en ellos, y en aquel lugar, se junte la energía y demostracion de algun afecto.

De la Armonia.

Del número nace la armonía de la frase, y la elegancia de la elocucion oratoria. La armonía, hablando con propiedad, es la agradable sensacion que resulta de la simultaneidad con que muchos sonidos acordes hieren el órgano del oido. Abúsase generalmente de esta voz *armonía*, confundiéndola con los efectos de la melodía, que son aquel deleite causado por la sucesion de muchos sonidos. Asi es que, cuando oimos ó leemos un discurso, percibimos el sonido de cada sílaba, de cada palabra, de cada cláusula, de cada período, porque la pronunciacion no puede alterar este órden, ni precipitarlo. Sin embargo, por no faltar á la comun inteligencia, y proceder con claridad, conviene

servirnos aquí de la voz generalmente adoptada de los retóricos, aplicando á la idea de armonía la que expresa la definicion de la voz melodía.

Es esta armonía la música del lenguaje, que por una feliz mezcla de números y sonidos expresa los movimientos de nuestros afectos, y el espíritu de nuestros pensamientos, y se pinta con ella á los oidos, de la suerte que se pinta á los ojos con los colores. La armonía pone una especie de contrapeso y equilibrio entre las partes mayores y menores del período, ya suspendiendo unas, ya precipitando otras, sin detener jamás el curso de la oracion, ni interrumpir el deleite del oido.

Pero hay personas tan mal organizadas, ó tan poco habituadas á percibir el buen sonido y dulzura de las palabras, así en poesía como en prosa, que son excusadas reglas y ejemplos á formarles el oido, para distinguir lo áspero de lo fluido, lo bronco de lo suave. Sucédeles lo que cuenta Plutarco de aquel rey de los Scitas, que habiendo cautivado en la guerra al célebre músico Ismenias, le mandó tañer la flauta; y como todos los otros cautivos se maravillasen de su habilidad: *juro* (dijo) *por el viento y la espada, que de mejor gana oiria relinchar un caballo.*

La armonía de la prosa es mas incierta en sus reglas que la de la poesía. Y aunque en ambas tiene por juez al oido; en la primera no es este sentido su sola y mas segura guia. Cierto tino, el buen gusto, y la discrecion ponen límites á la armonía, para que no se convierta en metro; que sería un defecto lo que en la poesía es una perfeccion.

El escritor prosista ha de cortar ó dilatar la medida de sus frases, interpolar el claro y el oscuro, los llenos y los vacíos, para evitar la simétrica sonoridad. Pero el poeta puede pasar á ser músico; y como toda música tiene tonos y compases, de consiguiente tiene reglas para la composicion. Por esto es tan dificil tomar, con la economía y tiento que requiere la prosa, el aire de la música: escollo en que han caido algunos por afectacion, y no pocos por negligencia. Sea ejemplo de este descuido, ó demasiado cuidado, este trozo de Lorenzo Gracian, donde

dice: *á los grandes hombres los mismos peligros, ó los temen, ó los respetan: la muerte á veces recela el emprenderlos, y la fortuna les vá guardando los aires. Perdonaron los áspides á Alcides, las tempestades á César, los aceros á Alejandro, y las balas á Cárlos Quinto.* Las últimas cláusulas, aunque bien variadas en sus desinencias de *ides, ésar, andro, into*, tienen el aire y cadencia métrica, que sienta mal á la prosa.

Con mas acierto, sino con menos estudio, supo Solís dar á la prosa el número armonioso que puede admitir, cuando dice: *Los hechos de Cristóbal Colon, lo que obró Hernán Cortés, y lo que se debió á Francisco Pizarro, son tres argumentos de historia grandes, compuestos de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas, que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y valor de los hombres.* La cadencia de las tres últimas cláusulas es mas natural y grave, aunque menos sonora, pues no tiene la forma y aire métrico.

La armonía del estilo se forma de la armonía de los períodos, y la de estos de la de sus miembros, y asi sucesivamente descendiendo hasta las cláusulas y vocablos. Bajo de dos aspectos, pues, se puede considerar la armonía de la oracion, ó por la modulacion agradable de sus partes constitutivas, ó por la extructura y coordinacion del todo.

Entre los elementos del primer género de la armonía se debe tener presente el valor silábico de las palabras que componen una frase, es decir, sus largas y breves, cuyos sonidos lentos ó rápidos sostengan ó precipiten la pronunciacion, como en estos ejemplos *mártir constante*, donde se detiene por la dificultad y esfuerzo en la articulacion vocal: y *rápida bola*, donde corre fácil y acelerada. Igualmente merece atencion la calidad de las palabras, no quiero decir su mayor ó menor nobleza, decencia, propiedad, lustre, energía; sino aquella diferencia material con que las distingue la prosodia en órden á su acentuacion aguda ó grave, en cuanto lo permiten las lenguas vulgares, que carecen del ritmo y mesura de las antiguas, mas no de ciertas entonaciones é inflexiones que conservan en boca

de quien sabe pronunciar. ¿Cuánta diferencia resulta de pronunciar *cómo* en sentido de interrogante á *como* en su oficio de comparacion? Lo mismo podemos decir á *cuándo* y *cuando*, de *cuánto* y *cuanto*, de *dónde* y *donde*. ?Qué detenida y ámplia pronunciacion ofrecen estas voces *saráo*, *boáto*, *mohoso*, *volúmen*? ¿Qué ligera éstas *zéfiro*, *músico*, *sótano*? Que insonóra y débil estotras, *túrbio*, *tíbio*, *ténue*, *ócio*, *ódio*, *záfio*? ¿Qué aguda y entonada éstas *zafíro*, *marengo*, *balance*, *melindre*, *rocío*, *palenque*, *ventisca*, *molienda*?

Hay en todas las lenguas otro principio de armonía, el cual dimana de la coordinacion de las palabras dentro de la frase, y se puede llamar armonía oratoria; porque la que se forma de la mecánica extructura de ellas se debe considerar como gramatical, pues depende solamente de la lengua. Pero la armonía oratoria depende, en parte de la misma lengua, y en parte del aire con que se maneja; porque, ya que no tengamos facultad para mudar los vocablos de su diccionario, ni inventar otros nuevos, ni quebrantar el uso peculiar de la sintáxis, la tenemos hasta cierto término para disponerlos del modo mas conveniente á la armonía. Honra es de nuestra lengua y del aire de la frase del P. Marquez esta tan sencilla como armoniosa sentencia. *Los apóstoles y varones evangélicos se llaman sal, porque han de dar sabor á las doctrinas de la verdad; desabridas al gusto de la carne flaca.*

A esta armonía oratoria contribuye mucho la índole de cada lengua. Y sobre todo la de la española, aunque no admite la libertad de la griega y latina para las transposiciones, se presta sin violencia, antes con gran bizarría, á trocar de muchas maneras la coordinacion natural, sin faltar en ninguna á la gramática, ni tampoco á la claridad de la sentencia. Pero reprueba toda transposicion violenta, y solo autoriza la que se busca, para dar á la frase, ó mas armonía, ó mas ornato, ó mas delicadeza, ó mas novedad. *Embarcáronse en Cádiz* (dice Cervantes) *y echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplaba.* Pudiera haber dicho *que soplaba blando y próspero*; y no se lo permitió su buen oido. Podia

haber dicho tambien *que blanda y prósperamente soplaba*; pero usó felizmente de los adjetivos, huyendo de los adverbios, que por su extensa extructura retardan su corriente á las cláusulas, y hacen flojo el estilo. ¿Quién no conoce que estos modos *vivia feliz*, *corrió ligero*, *habló cuerdo*, *respondió amoroso*, son mas breves y mas flúidos que no *vivia felizmente*, *corrió ligeramente*, *habló cuerdamente*, *respondió amorosamente*? Por otra parte el adjetivo es mas enérgico, porque, identificándose con el sugeto, determina la calidad mas que el modo. Dice en uno de sus aforismos morales y políticos el P. Nieremberg: *De honrar á la virtud se precien mas los nobles que de ser honrados por ella en sus antepasados: no es esta propia honra suya, sino de sus mayores, que ganaron la honra, y echaron pesada pero gloriosa carga á sus descendientes de sustentarla.*

Por fluidas, sonoras, y llenas que sean las palabras que escoja el orador para la armonía de su estilo, no tiene hecho sino la menor parte de su trabajo; fáltale la otra y mas principal, que es la armonía que procede de la colocacion de las mismas palabras ya escogidas, y de los miembros del período. Á este cuidado fue el mas atento orador Ciceron; y fue tan apasionado á lo que él llama oracion llena y numerosa, que se le tacha de excesivo y exuberante algunas veces. En esta parte sobresale la elocucion de Flechier entre los franceses, y de Fr. Luis de Granada entre los españoles.

De este estilo trasladaremos una muestra de un antiguo escritor español de los desconocidos: *Asi acabó su miserable vida el grande Aníbal, que tantas veces y tantos años habia, con dudosa fortuna, contendido con el romano pueblo domador de las gentes.* En este corto ejemplo hay rotundidad, número, armonía, y magnificencia.

Y para dar de una vez, y en un ejemplo solo, una idea mas completa en este género de composicion llena, numerosa, y grave al mismo tiempo, he querido trasladar aquí un trozo del prólogo que escribió el Maestro Francisco de Medina á las Anotaciones que puso Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, y es como sigue: *Siempre fue natural pretension de las gentes victoriosas procurar*

extender no menos el uso de sus lenguas que los términos de sus imperios; de donde antiguamente sucedia que cada nacion tanto mas adornaba su lengua, cuanto con mas valerosos hechos acrecentaba la reputacion de sus armas. Dejadas á parte las primeras monarquías, que tan largo discurso de años ya casi tiene sepultadas en olvido ¿quién sabe cuántos ejércitos y poblaciones salieron de Grecia á buscar, ó nuevas ocasiones de proezas militares, ó mas fértiles y seguros asientos para su vivienda, que asi mismo no sepa cuán extendida se derramó por el mundo aquella lengua, entre las profanas la mejor y mas abundante? Notoria es á todos la grandeza del imperio romano, pues cuando faltase el testimonio de tantos escritores, los destrozos solos de sus ruinas la manifestáran. Pero mas notorio es cuán anchamente se esparció el lenguaje de Roma, pues hoy en dia parecen infinitos rastros suyos, conservados en las hablas de tantas y tan diversas gentes. Crecieron, por cierto, las lenguas griega y latina al abrigo de las victorias; y subieron á la cumbre de su exaltacion con la pujanza del imperio. Y fueron tan prudentes ambas naciones que pretendiendo con ardor increible la felicidad de sus repúblicas para la vida presente, y la inmortalidad de su fama para los siglos venideros; entendieron que con ningun medio podian conseguir mejor lo uno y lo otro que con el esfuerzo de sus brazos, y con el artificio de sus lenguas. Con aquel adquirian y conservaban las cosas de que, á su parecer, tenian necesidad para vivir dichosos; de este se servian para el mesmo efecto, y no menos para perpetuar la memoria de sus hazañas.

Se ha observado que los antiguos retóricos, asi griegos como romanos, acerca de los principios y leyes de la armonía del período fueron demasiado prolijos y menudos. Tales nos parecen á nuestro juicio, porque no conocemos en las lenguas vulgares aquella música, que ellos percibian en la suya. Esta música provenia de la índole y sintáxis libre de aquellas lenguas, cuyas palabras constan de pies, ritmo y medida; por consiguiente se prestaban á la gracia y agrado de la armonía. Tenian una prosodia que determinaba la cantidad de sus sílabas; sus vocablos eran ademas mas llenos y sonóros; la variedad de sus terminaciones

producia sonidos líquidos y cadencias melodiosas, libres de aquellas voces cortas y sordas, como son los artículos y algunos pronombres y preposiciones, que nosotros tenemos necesidad de usar como auxiliares del régimen gramatical. Ademas tenia la ventaja la índole de aquellas lenguas del uso de las inversiones, lo cual daba libertad á los escritores de colocar las palabras en el lugar que mas ayudase á la melodía música del período. Esta misma licencia obligó á los retóricos á señalar reglas para fijar el modo de no abusar de ella, ó el de sobresalir. Asi los modernos no podemos poner en este punto aquel cuidado que ponian los antiguos, cuyo oido se habia perfeccionado con su misma lengua.

Y aunque nuestra prosa puede sujetarse en mucha parte á esta regla métrica; como la cantidad de las sílabas de las lenguas modernas no está señalada por leyes prosódicas; estas diferencias no las percibiria nuestro oido á causa del suelto y corriente curso que llevamos en la pronunciacion de nuestras oraciones, y porque todos los documentos acerca de la medida y número de nuestra prosa son vagos é inciertos en gran parte. Y no porque sea imposible reducir á sistema esta coordinacion, han de desentenderse de ella los que pretenden escribir con elegancia y grácia, y mas los que han de razonar en público.

Colocacion de las palabras. — De la oportuna colocacion de las palabras nace la armonía y la hermosura de la frase. Descompóngase un período de Ciceron ó de Flechier, y las palabras y el sentido de la sentencia serán las mismas; mas la armonía desaparecerá. Pero tambien sucede alguna vez que por una extremada delicadeza y estudio de conservar esta calidad extrínseca de la oracion, se prefiere lo accesorio á lo principal, trastornando el órden natural de las ideas, como si dijéramos, buscando el número armonioso, *La muerte y el terror del Numantino*; en lugar de decir *el terror y la muerte del Numantino*, porque el terror precede á la muerte.

Hablando con rigor, no se puede usar de esta licencia sino cuando las ideas de las palabras que se trasponen son tan cercanas la una á la otra, que se presentan casi al mismo tiempo al entendimiento y al oido. *Era Juan de*

Grijalva (dice Solís) *hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor.* Siendo indiferente colocar antes ó despues la palabra prudencia, debia haber rematado la sentencia con ella para dar la armonía y fluidez, diciendo *el valor y la prudencia.* Con esta colocacion forman sonido entero por sí los artículos *el* y *la*, y la conjuncion *y*: del otro modo aquella colision de vocales *encia y el* afea y ahueca la pronunciacion, y la entonacion de *el* y *la* desaparece en él *la y el.*

Sin embargo, en el estilo vehemente, cuando se trata de pintar cosas grandes, ó terribles, es menester en alguna ocasion, si no sacrificar, á lo menos alterar la armonía. Esta atencion á la armonía no contradice al género patético, en el cual las ideas fuertes y grandes dispensan de buscar los términos. Aquí sólo tratamos de la disposicion artificiosa de las palabras, y no de la expresion en sí misma: esta es dictada por la pasion, y aquella arreglada por el oido. Pero, cuando la coordinacion armónica de las palabras no se puede conciliar con el órden lógico ¿qué medio elegirá el orador? Entonces, y segun los casos, sacrificará, ya la armonía, ya la correccion; la primera, cuando quiera herir con las cosas; y la segunda, cuando mover con las palabras. Pero, estos quebrantamientos deben ser leves y muy raros.

No se puede arreglar el concierto y armonía de la frase sino por medio de la varia colocacion de las palabras, cuando la lengua la permite sin faltar á la claridad y correccion, como sucede, entre las vulgares, á la castellana. La coordinacion armónica de las palabras no es la ordinaria y comun del habla usual; por eso se ha de alterar este órden, colocando las palabras de modo que den ornato, número, y plenitud á la sentencia. Unas veces se han de separar las que por su cercanía hacen ya fuerte, ya desmayada la pronunciacion; otras, se han de juntar las que con su casamiento la hacen ya suave, ya sonora; otras, se han de colocar, ora al principio, ora al medio, ora al fin de la frase, consultando en todos estos casos al oido, cuando esta colocacion artificiosa, que suele dar énfasis y gracia al período, no ofende á la claridad y á la índole de la lengua. *Cauta, si no engañosa, procedió la*

naturaleza con el hombre al introducirse en este mundo, dijo Gracian con mucha gracia.

Nuestros conceptistas del siglo XVII, por mostrarse elegantes pecaron lastimosamente contra las reglas del buen gusto, viniendo á formar de estas transposiciones un arte de cultura. Es innegable que alguna vez recibia la frase un aire galano y delicado, que la distinguia del uso comun: como en estas: *Disimular la ofensa, mas que bajeza, es reputacion.* — *Es vulgar poquedad aplaudir desaciertos; que, cuando no de ignorante, no os podreis librar de lisonjero.* A esta manera de estilo les obligaba su aficion al laconismo sentencioso, y les servia para ello la dócil índole de nuestra lengua, que se presta á todos los caprichos de un escritor en la extructura de las frases, sin quebrantar la gramática.

Hubo alguno de aquellos escritores, que, no queriendo llevar el paso derecho y llano de esta sentencia: *los hombres nunca corren mas peligro que cuando son felices*, torció el camino, y buscó la mayor gracia en la mayor dificultad de tejer la frase, diciendo: *Nunca mas, que cuando felices, corren peligro los hombres.* — Parecíale á otro que era demasiado trivial el aire de esta otra sentencia: *Al que corre ligero á la venganza, mas le mueve la ira que el honor*; y cambió el final de esta manera, *mas que el honor le mueve la ira.*

Otras veces el abuso que hacian de estas transposiciones, que no se pueden tachar todas de inelegantes absolutamente hablando, les hacia deslizar en anfibologías que confundian el sentido de los conceptos, como se muestra en este ejemplo: *Muchos hay en los males alegres, pero pocos cuerdos afortunados.* De aquí inferiremos que tenian gran parte en estos modismos la afectacion y el capricho, pues no siempre era el número ni la armonía lo que buscaban en estas construcciones; pero el mal gusto prevalecia contra la razon. Sin embargo, entre estos esmerados trastrueques, cuando no dañan á la claridad, por no seguir la *marcha* francesa de los que hoy escriben en tono de imitadores de la naturaleza, yo sufriria con menos repugnancia aquellos extravíos que no salian de nuestra jurisdiccion, que estas arrastradas y mesuradas formas,

que tienen atada la libertad y osadía de nuestro lenguaje antiguo.

Es increible la diferencia que causa en la armonía una palabra mas ó menos larga al fin de una frase, una desinencia masculina ó femenina, y á veces un monosílabo demas ó de menos dentro del ámbito de un inciso ó miembro.

Todos estos inconvenientes se vencen por medio de la transposicion. Dice un autor: *todos le aborrecian, y le despreciaban los mas.* Este final monosílabo *mas* es ingrato é insonoro. Múdese la colocacion diciendo: *todos le aborrecian; los mas le despreciaban*, con cadencia mas llena y numerosa. Oigamos este período trimembre del culto y elegante maestro Marquez: *Despues que Perséo y Antíoco fueron vencidos; el pueblo romano se deslizó en deleites que estragaron las buenas costumbres, y escurecieron el resplandor de la virtud antigua.* No dijo el de la *antigua virtud* por no hacer dura la pronunciacion de la última sílaba de tono agudo, que, ademas, hacia correspondencia con el final fuerte de resplandor. ¿Qué dirémos cuando concluye un período con dos ó con tres monosílabos seguidos, como el de cierto autor en un elogio académico, que cerró el último período de su discurso con este durísimo remate? *prendas admirables de un tan gran rey.* Aquí tenemos no tres, ni cuatro, sino cinco monosílabos, y una prueba evidente de que puede un hombre ser muy erudito y dotado de gran talento, y no saber escribir. Si el autor hubiese atendido mas á esta prenda oratoria, que tal vez despreció como frívolo accidente del estilo, ó regla mecánica del oido, del cual sin duda carecia; podia haber mudado la frase, dándole otro semblante mas lleno y grave de esta manera: *prendas admirables de un rey tan grande;* ó de esotra forma; *prendas admirables de tan gran monarca*, mudando la palabra rey.

Conforme á estas observaciones, el que quiera dar gracia y nobleza á la sentencia, procurará evitar, en cuanto pueda, los pronombres *el*, *ella*, *ello*, que son sordos é insuaves en la conclusion, y otros como *tí*, *mi*, *vos*. Sin embargo hay ocasiones en que puede acabar el período en monosílabo, cuando este es el objeto de la pasion, ó de

la proposicion; y solo puesto en aquel lugar por mas visible, hace una impresion mas eficaz, sacrificando número y melodía. Esto es mas frecuente en las exclamaciones, interrogaciones, é invocaciones, como en este ejemplo. *¿Quién puede, Dios mio, vivir sin tí? y ¿quién no querrá morir por tí?* En este otro ejemplo es la desesperacion la que domina la sentencia: *espero la muerte de tu mano; el perdon, no.* Toda la fuerza de la pasion está en el *no*; porque en esta brevísima y seca palabra se encierra el último grado del desprecio del contrario, y asi debe estar puesta en el final.

La coordinacion oratoria de las palabras no se hace por capricho; sino con cuidado y fino gusto en su colocacion. Podemos decir, segun la sencillez y llaneza del órden gramatical: *Job estaba asido á su virtud, no con duda y flaqueza, sino con valiente pecho y esforzado ánimo.* Pero el elocuente maestro Leon, trasponiendo con cuidado, y sin afectacion, el órden de las palabras, muda el semblante á la frase, dándole un aire armonioso que no tenia, diciendo: asido estaba *Job á su virtud, no con duda y flaqueza, sino con pecho valiente y ánimo esforzado.*

No ayuda menos á doblar la fuerza de una sentencia la colocacion de una palabra antes ó despues de dos verbos, ó intercalada. Podemos, por ejemplo, decir de un mal sugeto: *á todos injuria y tiraniza*; ó bien *injuria y tiraniza á todos*. Esta es la forma comun de la frase, propia y usual en ambos modos. Pero si mudamos la colocacion, diciendo, *injuria á todos y tiraniza*, vendrémos á ponderar que, ademas de injuriarlos, los tiraniza, ó tambien, que primero los injuria y despues los tiraniza. Separando asi los dos verbos, distinguimos como actos separados la injuria y la tiranía; y del otro modo ordinario los juntámos de suerte que se vienen á confundir en un acto contínuo dos operaciones que, divididas, aumentan la maldad de la persona, haciéndola dos veces mala.

ARTÍCULO III.

DE LA PROPIEDAD DE LA DICCION.

Hasta ahora hemos hablado de las palabras consideradas en su estructura mecánica, en el oficio que hacen en la frase colocadas en tal ó tal lugar, atendiendo solamente á su buen ó mal sonido, á su número, y no á su sentido. Y siendo principalmente la facultad de hablar lo que distingue al hombre de los brutos, y la de hablar bien lo que los distingue despues á unos de otros; la perfeccion del lenguaje, sin la cual no hay elocuencia, pide otro examen no menos detenido y mas escrupuloso todavía, al cual graduará de fastidiosa prolijidad la suficiencia presuntuosa de los que se creen privilegiados para orar, ó escribir confiadamente, sin ningun trabajo ni temor de su parte.

Como la propiedad de los términos es el carácter distintivo de los insignes escritores, su estilo debe estar, digámoslo así, al nivel de su asunto. Esta virtud del estilo es la que muestra el verdadero talento de escribir, y no el arte fútil de disfrazar con vanos adornos los pensamientos comunes. De la propiedad de los términos nacen la concision en los asuntos filosóficos, la elegancia en los amenos, y la energía en los sublimes y patéticos.

Pero, si es cierto alguna vez que el cuidado prolijo de hablar con rigorosa propiedad corta el vuelo al ingenio, y enerva el vigor de la expresion, es cuando intentamos escribir en una lengua muerta, ó en la viva que ignoramos, ó en la propia nuestra que no hemos estudiado. Entonces sucede que, perdiendo mucho tiempo en examinar, pesar, y medir cada palabra, se amortigua la actividad del ánimo y de la imaginacion; y por consiguiente en la composicion se ha de descubrir el aire vacilante y embarazado de la frase.

Preparémonos, pues, antes de subir al púlpito, ú á la tribuna, ó de tomar la pluma para hablar al público,

con el estudio sério y profundo de nuestra lengua; y la significacion recta de las palabras corresponderá ajustadamente al objeto de nuestras ideas. Entonces, ocupados solo del asunto, y de la exactitud de nuestros pensamientos, los produciremos con toda la riqueza y lustre de la elocucion, y con aquella facilidad y firmeza adquiridas en el estudio y ejercicio del lenguage.

Cuán necesario sea nuestro cuidado en la propiedad de las palabras, aun en las que parecen de menos cuenta, nos lo confirma este ejemplo. Hablando de la composicion de un poeta, dice uno en su elogio; *es semejante á un prado florido, donde parece que se está riendo todo cuanto hay*. Estarse riendo, ó reirse, es un acto propio de una afeccion de nuestro ánimo, que no puede aplicarse á cosas inanimadas, porque este verbo recíproco encierra, con el sentido general de alegría, otro doble de burla, ó de desprecio. Los prados *rien*, las aguas *rien*, que en sentido metafórico es mostrar una vista alegre; mas no *se rien*, ni *se estan riendo* sino hacen burla de sí mismos.

Esta exactitud y propiedad de la diccion, tan necesarias para la precision y fuerza de las sentencias, depende del conocimiento verdadero y riguroso de la significacion directa de cada palabra. Asi, pues, es de suma importancia el discernimiento de las ideas parciales que pueden encerrarse en el sentido general de una voz, distinguiendo en ella las ideas accesorias de la principal. Esta investigacion nos conduce al exámen de los sinónimos.

Términos sinónimos. — Á la propiedad de la diccion pertenece antes de todo la eleccion en el uso de estas palabras llamadas sinónimos. El discurso mas elegante y mas adornado carecerá de precision, claridad y energía, cuando el pensamiento se anega en aquella profusion de palabras análogas, y siempre incierta la verdadera, cuya redundancia quita la rapidez y la fuerza á la expresion.

La delicada diferencia ó graduacion que se halla entre los sinónimos, esto es, la índole particular de estas voces que guardan en su significado general una semejanza comun como entre hermanas; las distingue una de otra por alguna idea secundaria y peculiar que encierra cada una de ellas. De aqui viene la necesidad de escogerlas con in-

teligencia y acierto, y colocarlas con oportunidad, para escribir adecuadamente.

Esta feliz eleccion, de que depende la propiedad del estilo, enseña á decir con verdad y solidez lo que en otros es vana verbosidad y enemiga del abuso de las palabras, hace inteligible nuestro lenguaje: juiciosa en el uso de los términos, castiga y fortalece la expresion: rigurosamente exacta, destierra las imágenes vagas y generales, y todos aquellos correctivos *como*, *casi*, *á modo de...*, *á poca diferencia*, *especie de...*, que manifiestan la incertidumbre de nuestro jucio, ó nuestra pereza, ó nuestra superficialidad. De esto se infiere que el espíritu del discernimiento y de exactitud es la verdadera luz que distingue en un discurso al hombre sábio del hombre vulgar.

Para alcanzar esta exactitud, el escritor ú orador ha de ser algo escrupuloso en el uso de las palabras, hasta llegar á conocer que las que se llaman *sinónimos* no lo son con todo el rigor de una identidad tan cabal, que el mismo sentido de cada una sea comun á todas. Examínense de cerca, y se echará de ver luego que esta supuesta igualdad no abraza toda la extension y valor de su significado; pues solo consiste en una idea principal que todas representan indefinida y látamente. Sin embargo, cada una diversifica esta idea por medio de otra secundaria ó accesoria que constituye su propia y peculiar acepcion.

¿Quién dirá que los nombres *tranquilidad*, *reposo*, *sosiego*, *descanso*, se pueden aplicar indistintamente á una misma idea, ni juntos, ni separados, sin embargo de que convienen todos, por modo extensivo, en la significacion de quietud? Examínense cada uno en particular, y se verá: que *tranquilidad* es la quietud absoluta de lo que no ha estado inquieto: que *reposo* es la quietud de lo que ha sido movido: que *sosiego* es la quietud de lo que ha estado agitado: y que *descanso*, de lo que ha sufrido fatiga ó trabajo. Lo mismo podremos decir de estotras palabras, *gusto*, *placer*, *deleite*; y de otras, como *espantoso*, *asombroso*, *horroroso*; y de otras muchísimas, como *gozo*, *alegría*, *júbilo*, que algunos escritores, ó equivocan su eleccion, tomando una por otra por ignorancia; ó las confunden juntas por falta de seguridad en su juicio, y otras veces

por ostentacion de la riqueza de su estilo, que es vanidad é ignorancia juntamente. Pero las mas veces dimana de la incertidumbre que padece el ánimo del que escribe ó habla, vacilante acerca del valor específico y propio de las palabras; y en esta duda echa mano de todas para acertar, entre tantas, con la que busca, y no sabe escoger.

Los que creen que esta exuberancia de palabras, que entre los vicios del estilo se llama pleonasmo, enriquece la oracion, ignoran ciertamente que no es el valor numeral de ellas el que enriquece el discurso, sino el que nace de su diversidad, como la que luce en las obras de la naturaleza. Cuando las palabras varían entre sí solo por los sonidos, y no por la mayor ó menor energía y sencillez de su propio sentido, en vez de dar riqueza á la sentencia, la empobrecen, y fatigan la memoria y atencion del oyente, ó del lector. Esto es, hablando con propiedad, confundir la superfluidad con la abundancia, hacer, como quien dice, consistir la magnificencia de un banquete en el número de los platos, y no en la diversidad de los manjares. Y siendo regla constante que entre las diversas palabras que declaran nuestro pensamiento, una sola es la propia; todas las otras, teniendo diferente ó inferior grado de valor, ó embarazan la expresion, ó la enervan.

De aquí es, que si el orador ó escritor no tiene aquel pulso seguro y fino que pide la exactitud filosófica, y un profundo conocimiento de la lengua, nunca le asistirá la virtud y eficacia para enseñar y persuadir. El que carezca de este pulso, usará indistintamente de las palabras *avenir*, *acomodar*, *reconciliar*; sin advertir que solo se aviene á las personas discordes por pretensiones ú opiniones: que solo se acomoda á las que han tenido intereses ó diferencias personales; en fin, que solo se reconcilia á las que por malos oficios se habian hecho enemigas. En estos tres ejemplos tenemos tres actos de conciliacion en general, y solo en esta idea vaga son sinónimas aquellas tres voces; pero cada uno determinado por distintos fines, y distintas causas.

Lo mismo se puede aplicar á estas voces, *estado*, *situacion*, cuya diferencia se manifiesta en que, la primera dice alguna cosa habitual ó permanente, y la segunda como

accidental y mudable. Y asi lo que no alcance el racio- cinio, lo demostrarán los ejemplos: *Ni el estado de padre de familias pudo mudar la situacion de su fortuna.* Tampoco entre *austeridad*, *rigor*, y *severidad* se apercibe á primera vista la diferencia; pero dice asi un autor de cierto magistrado: *vivia con austeridad*, *pensaba siempre con rigor*, *y castigaba con severidad*.

La propiedad de las palabras se conoce mas por lo que enseñan los ejemplos, que por lo que enseñan sus definiciones, si estas no son exáctas y luminosas. El uso diverso á que aplicamos su significacion particular nos conducirá á definirlas con toda propiedad: porque padecen en esto grandes yerros los diccionarios, cuando en ellos no se ha llevado por guia esta operacion, que parece de órden inverso. El que solo se guia por ellos con ciega confianza, se expone á grandes errores. Hallará en el de la Académia española definida la palabra *perdimiento* de este modo tan vago como ambiguo: *lo mismo que perdicion ó pérdida*. Aunque las tres palabras abrazan la idea recta y general de pérdida, se diferencian entre sí notablemente por el motivo, la accion, y el objeto. Busquemos por el uso su aplicacion, y de esta sacaremos su definicion verdadera. *Perdimiento* se dice en sentido legal, hablando de bienes, de una posesion, de un empleo: *perdicion* tiene un sentido moral, y se aplica á la ruina de las costumbres, al abandono del honor y de sus obligaciones: y *pérdida* es un acto ó resulta contraria á ganancia, sea en lo que compramos ó vendemos, como en lo que esperamos, ó que poseíamos.

En el referido diccionario se define la voz *paternal* de esta manera: *lo que es propio del padre*; definicion muy extensa é indeterminada; y de la otra *paterno* se dice: *lo que pertenece al padre, ó es propio suyo, ó se deriva de él*. Esta definicion, ademas de vaga, es oscura, y confunde en ella la primera, de suerte que no se conoce la verdadera diferencia de las dos palabras; y por consiguiente no hay regla ni luz para el uso de esta, ó de la otra. Obedezcamos á la regla sabia del uso, y este maestro nos dará la particular y propia definicion de cada una. Dícese amor *paternal*, correccion *paternal*, solicitud *pa-*

ternal; y se dice, herencia *paterna*, autoridad *paterna*, tio *paterno*. De estas distintas aplicaciones sacaremos que *paternal* es lo que es propio de los afectos de padre; y *paterno* lo que es propio de la calidad y representacion de padre, ó se deriva de sus derechos, ó de su sangre.

Por el diccionario tampoco hallaremos la diferencia que se trasluce entre estas dos voces, *pontifical* y *pontificio*, porque se identifican de tal suerte, que la definicion de la una sirve igualmente para la otra. Veamos como se define allí la primera: *lo que toca ó pertenece al Pontífice*. Veamos despues como se define la segunda: *lo que toca ó pertenece al Pontífice*. Si estas dos palabras fuesen unívocas, no se diria ornamentos *pontificales*, misa *pontifical*, vestiduras *pontificales*; y por el contrario, autoridad *pontificia*, palacio *pontificio*, estados *pontificios*. En el citado diccionario se univocan las voces *acuátil* y *acuático*; mas yo me tomo la libertad de hacer entre ellas esta distincion, aplicando lo *acuátil* hablando de plantas, y lo *acuático* hablando de aves. Lo 1º me parece se apropia mejor á lo que nace, se cria y muere en el agua, y lo 2º á lo que vive entre el agua, ó la frecuenta. — Lo mismo sucede con las voces *vegetable* y *vegetal*, cuya definicion comun á entrambas, no distingue su uso. Sin embargo decimos el *reino vegetal* y no *vegetable*; decimos *tierra vegetal*, y no *vegetable*; decimos vivir de *vegetables*, y no de *vegetales*.

Lo mismo sucede en los artículos *angélico* y *angelical* del citado diccionario, cuyas respectivas definiciones se confunden en una, aunque decimos coros *angélicos*, espíritus *angélicos*; y pureza *angelical*, genio *angelical*. Lo mismo sucede con estas voces *celeste* y *celestial*; sin advertir que decimos, para hablar con propiedad, orbes *celéstes*, fenómenos *celestes*, cuerpos *celestes*, espacios *celestes*, esfera *celeste*, en términos astronómicos; y gloria *celestial*, reino *celestial*, en sentido místico; y por extension, música *celestial*, voz *celestial*, en alabanza de su excelencia. Decimos *azul celeste*, y no *celestial*; y este solo ejemplo tan comun, y tan conocido, bastaba para una clara y distinta definicion.

Si no consideramos con escrupulosa atencion las pala-

bras, jamás escribiremos con correccion y propiedad. En este cuidado no hallo nimiedad, por mas que ladren los antipuristas. Verdad es que este esmero debe proceder de estudios anteriores, pues sin este caudal de prevencion, mal podrá el escritor detenerse en estas especulaciones, cuando está con la pluma en la mano. Escribe, pues, no se detiene, el que conoce el valor de las palabras, y este conocimiento le sirve aun despues para ver su yerro, y enmendarlo.

Vuelvo á decir que nunca sobra el cuidado en la eleccion de las palabras para hablar con propiedad. ¿Quién dirá que en el uso de estos dos nombres *Levante*, *Oriente*, hablando de regiones, puede caber notable impropiedad, tomando indistintamente el uno por el otro? Lo dirá el que sepa que, en lenguaje náutico y mercantil, el *oriente* se toma por los paises del Asia respecto de la Europa, cuando se navega á ellos por el océano; y, *Levante*, por los mismos, cuando se vá á ellos por el Mediterráneo.

Saber su lengua, no es solo saber su sintáxis, y la nomenclatura de millares de voces, si se ignora la aplicacion que se ha de hacer de ellas, muchas veces mas por el uso que por razon. En las palabras *doméstico* y *casero*, no se presenta mas diferencia que la extrínseca de ser, la una derivada de la latina *domus*, y la otra de la vulgar *casa*. Sin embargo, el uso nos enseña, y aun nos manda, que la primera la apliquemos á unas cosas, y la segunda á otras. Por este tenor decimos educacion *doméstica*, guerras *domésticas*, animales *domésticos*, disensiones *domésticas*, &c.; y dejando lo doméstico, tomamos lo casero, diciendo; haciendas *caseras*, vida *casera*, pan *casero*, lienzo *casero*, &c.

Este mismo uso nos enseña la diferencia entre *regio* y *real*. Aunque ambas voces vienen del nombre *rey*; decimos el palacio *real*, los *reales* ejércitos, la marina *real*, el consejo *real*, la *real* familia, &c.; pero el epiteto *regio* vá con otros nombres, como el *regio* sólio, el censor *regio*, *regia* prosápia, y por comparacion se aplica á cosas magníficas y espléndidas, como funcion *regia*, banquete *regio*, aparato *regio*, &c.

Tambien nos enseña la distincion entre *Sacerdote* y *Presbítero*. Lo primero se dice en la religion católica, en la judía, y en la pagana; y lo segundo sólo se dice del ministro católico en cuanto ha recibido el órden sacerdotal; sin embargo, no se dá el dictado de presbítero á los regulares, sino el de sacerdote. Parece que presbítero se aplica mas al órden y al título, y sacerdote al ejercicio y ministerio público de su dignidad. Asi, se dice: el órden de los *presbíteros*, cardenal *presbítero*. Decimos al contrario: *cuando el sacerdote alza la hostia*; *cuando sale al altar el sacerdote*, y nunca el presbítero: *bajo palabra de sacerdote*, y no de presbítero.

El uso nos enseña estas distinciones, aun en las cosas mas comunes; bien que todas son importantes cuando se trata de propiedad. Si me es lícito descender á ejemplos de objetos bajos y humildes, pondré este, por ser de uso mas conocido y general. Los nombres *puerco*, *cerdo*, *cochino*, *marrano*, representan un mismo animal, y con todo eso no usamos indistintamente de ellos en todos los casos y circunstancias; y segun son diversos los aspectos bajo de que consideramos dicho animal, es diverso el nombre que le aplicamos, ya en sentido recto, ya en el metafórico. Decimos puerco en estos casos: *piara de puercos*, *matar puerco*, *comer carne de puerco*, *manteca de puerco*, &c.: y en sentido figurado y proverbial: *el puerco de Epicúro*: *á cada puerco le llega su San Martin*: *echar margaritas á puercos*. Parece que este nombre es el propio del animal, y de acepcion mas inmediata, como derivado del *porcus* latino; porque de él se forman las voces *porquerizo*, y *porqueriza*, y no de los otros nombres. En la caza de monte se llama *puerco* al javalí, y no *cerdo* ni *cochino*; y de aquella sola voz, como original, se forma la compuesta *puercoespin*.

Usamos del nombre *cerdo* indiferentemente y de *puerco* en los cuatro primeros ejemplos arriba aplicados; mas no en los restantes, porque en los otros sentidos de semejanza y comparacion solo se extiende á estas frases, *vive como un cerdo*, *engorda como un cerdo*.

Usamos del nombre *cochino* en estos casos, casi siempre para chanza y desprecio: *S. Anton y su cochino*: *como*

como un cochino: no son pelos de cochino: la muerte del cochino. Por esto se forman de este nombre, y no de los demas, estos derivados *cochinería*, *cochinada*, y llamamos *cochina* á la persona sucia y desaseada; sin embargo decimos tambien *puerca*, y *porquería*.

De la voz *marrano* usamos mas para despreciar y motejar, que para definicion del animal: *Marrano* se llamaban unos á otros los moros y los cristianos por apodo: *duerme, ó come, ó engorda como un marrano*, tambien se suele decir.

Igual reseña podríamos hacer de los nombres *asno, burro, borrico, jumento.* ¿Por qué decimos el *asno de oro de Apuleyo*, y no el *burro*, ni el *borrico*? ¿Por qué decimos *burro cargado de letras*, y no *borrico*? ¿Por qué decimos *la burra de Balan*, y *no la borrica*, *ni la asna*? ¿Por qué *risa de borrico*, y no de *asno*, ni *burro*? ¿Por qué *caer de su burro* ó de su *asno*, y no de su *borrico*, ni *jumento*? ¿Por qué *orejas de burro*, y no de *asno*, ni *borrico*, ni *jumento*? ¿Por qué llamamos *borrico* al hombre simple y manso, y no *burro* ni *asno*? ¿Por qué el que ha caido en un engaño ó equivocacion, dice: *he sido un borrico*, y no un *burro*? ¿Por qué, si bien todos cuatro nombres se aplican á un hombre tonto, solo el de *burro* se aplica al muy sufrido, ó al que lleva todo el trabajo en una casa, ú oficina, entre sus iguales? ¿Por qué decimos *burra de leche*, y *leche de burra*, y no de *borrica*, ni de *asna*? ¿Por qué llamamos *burrero*, y no *borriquero* al que cria burras de leche? ¿Y *borriquero*, y no *burrero*, al que cuida y lleva burros á prado? ¿Por qué llamamos *borricada*, y no *burrada*, á una cavalgada en burros, ó á una manada de ellos?

¿Hasta dónde podríamos extender este exámen de las voces sinónimas, si quisiésemos repasar aquí su interminable série, contando con la paciencia de los lectores? Esta materia era importante tratarla en este lugar con alguna extension, porque la abundancia misma de nuestra lengua nos obliga á ser mas cautos, solícitos, y remirados para acertar nuestra eleccion entre la tan varia riqueza de su diccionario. Me he detenido acaso mas de lo que era menester en este género de observaciones, así por el motivo

que acabo de exponer, como para hacer mas sensible la falta que padece de un tratado particular de sinónimos nuestra riquísima lengua, habiéndolo gozado ya casi todas las lenguas vivas de Europa.

De la ignorancia del verdadero y propio significado de las palabras, procede tambien la impropiedad de su uso en las aplicaciones figuradas. De aquí nacen tantas imágenes inadecuadas, tantas metáforas incoherentes, tantos pensamientos falsos. Por ejemplo, el que confundiese las voces *sierpe* y *serpiente*, como lo hace el diccionario, diria; *la sierpe engañó á Eva*, en lugar de la *serpiènte*: diria de una muger colérica y soberbia; *es una serpiente* en lugar de una *sierpe*: diria de una persona mordáz y maldiciente, *tiene una lengua de serpiente*, en vez de *lengua de sierpe* como se dice generalmente. En esta impropiedad caen los que confunden el género con la especie, ó al contrario; y no habrán contribuido poco á que los incautos ó perezosos no conozcan este peligro algunos refranes nuestros, como aquel de: *olivo*, *oliva*, y *aceituna*, *todo es uno*: y el otro tan comun; *ganso*, *pato*, y *ansaren*, *tres cosas suenan*, y *una son*: pero yo respondo que tres cosas suenan, y tres cosas son. Cuando decimos *hablar por boca de ganso*, y no de *pato*: cuando decimos la *oliva de la paz*, y no el *olivo*; damos un claro ejemplo de que hay alguna diferencia entre aquellos tres objetos, sino como individuos, á lo menos por algun accidente que hace variar su uso.

Despues de haber dado, por via de ensayo, algunas doctrinas confirmadas con ejemplos acerca de la importancia de distinguir las palabras llamadas sinónimos por los retóricos, y que no reconoce como tales la crítica y la filosofía; falta entrar en otro examen no menos necesario á la propiedad del lenguaje, y es el tino y conocimiento en el escogimiento de las voces técnicas y facultativas, ya sea en el estilo narratorio, ya en el descriptivo, ya en el figurado.

De las palabras facultativas. — Como la propiedad de los términos no es otra que la de los signos que el uso ha consagrado para representar las ideas que queremos expresar; la exactitud del lenguaje depende tambien de la

acertada eleccion de las voces técnicas, es decir, de las propias y peculiares de cada arte y ciencia. Es tan importante este conocimiento, que por falta de él, cierto escritor místico, queriendo comparar las diligencias del justo que pelea contra las tentaciones, con la prevencion de un general antes de entrar en batalla, dice: *El buen capitan en primer lugar debe registrar los soldados.* Sin duda ignoraba el autor que el *registrar* es propio de guardas de puertas, y de cirujanos, y el *revistar* de generales.

Cada ciencia, cada profesion tiene su vocabulario peculiar, cuyo conocimiento es mas necesario de lo que se cree al buen escritor; porque, como las palabras no son signos naturales, sino convencionales, de las cosas; significan exclusivamente aquello que los hombres han querido, habiendo aplicado unas á unos objetos, y otras á otros. Y como por el transcurso del tiempo el uso inconstante, ó tal vez la necesidad, haya aumentado las diversas acepciones de una misma voz, segun se han multiplicado y diversificado los conocimientos, las ocupaciones, y los tratos de la vida civil; nadie dudará que la falta de precision, de correccion, y de claridad en el mayor número de los escritores, no dimane de la falta de este discernimiento, parte tan esencial de la elocucion.

Para dar una muestra de cuán necesario es este discernimiento entre las diferentes acepciones de una misma voz, sabemos que el nombre *columna* es un término propio de la arquitectura; pero despues la física lo ha adoptado para representar la forma de ciertas masas, como una *columna de agua*, una *columna de aire*. Ha venido despues la táctica militar, y la ha empleado para significar ciertas formaciones y maniobras, como *columna de infantería*, *formar en columna*, *marchar en columna*, &c.

Para hablar con propiedad, debemos huir de los términos vagos y generales del lenguaje comun, si hemos de introducirnos de intento, ó por necesidad, en la region de alguna ciencia ó arte que tiene su idioma propio. Por ejemplo: *medio* es una voz comun y usual para significar el punto ó parte que está á igual distancia de dos extremos

de cualquier cuerpo ó espacio. Sin embargo, hablaria con poca propiedad el que dijese: *La caballería rompió el medio del ejército*, debiendo decir rompió el *centro*, que es la voz usada por los tácticos y en la ordenanza militar. Lo mismo podemos decir de esotra voz comun *lado*, que en la formacion de un batallon ó escuadron se convierte en *costado*, y en la de un ejército se llama *ala*.

Pertenece igualmente á este género de impropiedad técnica el uso de aquellas palabras añejas que, no solo en la profesion militar, sino en las demas facultades, se han ido sustituyendo por otras, á proporcion de los progresos é innovaciones en cada una. Hoy, por ejemplo, se haria ridículo el escritor que dijese, volviendo á la profesion de las armas: *peones* por infantes, *escuadron* por batallon, *pelotas* por balas, *tiros* por cañones, *cuernos* por alas, *hileras* por filas, *cabos* por gefes, *presidio* por guarnicion, *ordenanza* por formacion, *comando* por mando, *interpresa* por sorpresa, &c. Y no solo nos hariamos ridículos con este lenguaje, sino que ganaríamos el concepto de ignorantes, ó de pedantes, que arguye vanidad y extravagancia cuando el que habla no ignora el moderno vocabulario del arte. No por esto se ha de entender con tanto rigor esta regla general, que se obligue al orador y al poeta á seguir el lenguaje del escritor militar que narra los hechos de un sitio, ó de una batalla, ó escribe un tratado científico del arte. Entonces seria otro género de pedantería, de que no debe huir menos el historiador político, cuya narracion no ha de descender á tanta precision y rigor científico, principalmente si refiere hechos de la milicia de tiempos antiguos. En este caso podrá usar de la voz *cabo* por gefe, de *caudillo* por general, de *capitan* por comandante, de *peones* por infantes, de *asedio* por bloqueo, de *partido* por capitulacion y de *expugnacion* por combate, de *despojo* por botin, &c. Pero aun en estos casos se ha de proceder con mucho cuidado y conocimiento; no sea que se equivoquen las cosas que pertenecen á un ramo con las que pertenecen á otro, como aconteció á un panegirista moderno que usaba de los nombres de *campeon*, *atleta*, *adalid*, narrando una batalla naval; sin acordarse de que son propios de la milicia terrestre.

Las palabras antiguas no son siempre anticuadas cuando el historiador usa de alguna de ellas en tiempo y sazon; y entonces, todo lo que tienen de viejas, ganan de gravedad, asi como ganan de claridad y nobleza todo lo que tienen de acepcion mas general. Á la verdad las palabras rigurosamente técnicas, humillan al estilo, al paso que le dan propiedad, descendiendo á objetos menudos ó demasiado mecánicos para que entren con su propio nombre y figura á ocupar lugar entre las partes de la elocucion.

Si solo en el vocabulario del arte militar, que proponemos por ejemplo en la materia que aquí se trata, se han ofrecido tantas observaciones para fijar de algun modo la propiedad en el uso de las palabras ¿cuánto podríamos advertir en el de la física, náutica, medicina, anatomía, &c.? Y ¿cuánto sobre la filosofía de las ciencias naturales, que habiendo multiplicado y subdividido las ideas, ha inventado voces, ó mudado las acepciones de las ya recibidas? Asi no diremos hoy el *entendimiento*, sino la *mente* de la ley: no la *discrecion*, sino el *discernimiento* de lo bueno: no las *disciplinas*, sino los *estudios*: no los *saberes*, sino las *ciencias*, &c.

Y como de esta gran diversidad de diccionarios facultativos se compone la lengua científica de una nacion; el orador, el historiador, y el filósofo, ya que no puedan poseer todas las profesiones, deben, á lo menos, no ignorar su peculiar lenguage; ó no internarse sin este repuesto en su jurisdiccion. No se puede exigir del escritor mas docto que sea á un mismo tiempo *táctico*, *físico*, *marino*, *arquitecto*, *botánico*, *anatómico*; pero no por eso ha de ignorar aquellos términos que necesite para describir ó comparar algun objeto ú hecho marcial, algun arcano de la naturaleza, algun fenómeno celeste, alguna regla de las artes, ó alguna maniobra de la navegacion.

Ninguno de ellos debe hablar con la ostentacion científica de un *disertador* que quiere lucir sus conocimientos, ó de un profesor que dogmatiza, ni menos internarse en los secretos, ni en la teórica de nada arte ó ciencia. Les bastará que usen siempre de los términos de una acepcion mas general y conocida, bien que siempre peculiares á

las cosas de que tratan; y el orador particularmente solo se servirá de ellos como imágenes para sus símiles, comparaciones, metáforas, emblemas, y alegorías, en las que es preciso guardar el lenguage análogo al objeto de donde se sacan; y por esta razon deben ser las palabras mas generalmente conocidas.

Ridícula vanidad muestra un orador cuando, olvidándose de que habla á la comun inteligencia de los hombres, anda á caza de voces y locuciones técnicas, mayormente en las metafóricas, las cuales no emplea por necesidad, sino por ornato. Pedantería envuelta en oscuridad, es decir: la *explosion de su ira*, *la oscilacion de la conciencia*, *el movimiento retrógrado de los estudios*, &c.: palabras sacadas violentamente de la artillería, de la mecánica, y de la astronomía. ¿No es mas claro y propio, sin dejar de ser metafórico, el *desahogo* de su ira, los *latidos* de su conciencia, la *decadencia* de los estudios? Este es el vicio que ha contaminado á la elocuencia moderna, introducido por el mal gusto de algunos escritores franceses: de lo cual hablaremos mas adelante, tratando de los símiles y comparaciones.

Pertenecen tambien á la impropiedad de la diccion todas aquellas palabras que, aunque tengan una misma significacion general, el uso y la recta propiedad las han aplicado á distintos objetos. Aunque estas voces *instituto*, *estatuto*, *institucion*, *regla*, *ordenanza*, y *reglamento* abrazen una misma idea general, y que en los tiempos pasados se sirviesen de ellas indistintamente muchos de nuestros escritores, el uso moderno, mirando el sentido de cada una á mejor luz, les ha señalado su peculiar oficio. Así diremos: los *institutos* religiosos, piadosos, literarios; los *estatutos* de una academia, de una hermandad; las *instituciones* sociales, legales; la *regla* de S. Benito, de S. Agustin; las *ordenanzas* militares, gremiales, municipales; los *reglamentos* de policía, de oficinas, &c.

Serian innumerables los ejemplos que se podrian presentar para prueba de que en cada siglo se altera y se disloca el lugar que antes ocupaban ciertas voces en el diccionario de una lengua, á medida que se rectifican y

extienden las ideas, se renueva el gusto, y se mudan las costumbres.

Hay, sin embargo vocablos y frases que el uso ha autorisado de tal modo, que toda alteracion en ellos seria un crímen contra el comun sentir, aunque no ofendiese á la gramática, ni á la índole de la lengua. Decimos: para cuatro dias que hemos de vivir; y no diremos para cinco ni para seis. — *Voy á escribir, ó á poner á N. dos líneas*, ó *cuatro líneas*, y no diremos tres, ni cinco. — Decimos *viva Vm. mil años*, y no ciento, porque ya hay quien los vive, y en este caso no sería tan obsequioso nuestro deseo, no habiendo encarecimiento; mas tampoco decimos dos mil, ni tres mil años, porque esto seria un desvarío. Decimos: *ni de cien leguas le parece*, por exageracion; y no de ochenta, ni noventa, que pareceria cuenta ajustada, y no hiperbólica. *A las mil maravillas*, decimos tambien por exageracion, y no á las ciento.

Este mismo uso tiene autorizados ciertos nombres latinos en nuestra lengua, que seria ridículo y extravagante verter en romance; como los consagrados á la astronomía, por ejemplo, para los signos del Zodiaco, los de Aries, Piscis, Acuario, Cancer, Libra, Géminis, &c. que sonarian humildemente con las voces comunes de *carnero*, *peces*, *aguadera*, *cangrejo*, *balanza*, *mellizos*, &c.

De los Arcaismos. — Entre los vicios contrarios á las virtudes de la propiedad, se cuenta aquel abuso que hacen algunos escritores de las palabras anticuadas, ó ya desusadas en la lengua. Este vicio nace, unas veces de falta de conocimiento de los límites á que se extiende esta licencia en la prosa; y otras de pura afectacion; que es lo comun. Muchas cosas son permitidas al poeta, que al orador no se perdonan. Muchas no caen mal al estilo festivo y satírico, que desdorarian al culto y sério. Aquí entra el buen gusto y la fina discrecion del escritor, para distinguir los pasos, los lugares, las circunstancias, y la naturaleza de la materia, y la ocasion y el modo con que ha de mezclar lo útil con lo dulce. Las reglas y los ejemplos estan en los buenos modelos; y de su lectura y su estudio se formará cada uno los preceptos.

El que ignora los límites hasta donde puede alcanzar

el uso de las palabras de antigua alcúrnia, y no sabe medir el intervalo que el tiempo y el uso han dejado entre una y otra de igual significacion; creyendo hablar castizo, hablará rancio, casando colores muertos con otros brillantes. Por ejemplo, *enderezar una epístola*, por dirigir una carta; *ver salir las naos*, y no las naves, ni navíos: *doblar el promontorio de Buena Esperanza*; y no el Cabo: *desfacer tuertos*, por vengar injusticias, &c.

Otros hay que, por dar mas autoridad á su estilo, y mas pureza á su diccion, pretenden autorizar su sabiduría y erudicion, remozando voces viejas, y resucitando otras muertas; como *empero* por pero; *derredor* por rededor; *aina* por pronto; *guisa* por manera; *dó* por donde; *ende* por de allí; *luengo* por largo; *apostura* por gentileza, &c. Estas y otras de antigua fábrica se permiten al poeta, y solo al prosista en asuntos burlescos y satíricos.

Cuando en esta eleccion de palabras se descubre el cuidado y vanidad del escritor, que casi nunca se puede disimular; se descubre tambien el vicio del arcaismo. Verdad es, que las voces antiguas y traidas de la vejez, segun dice Quintiliano, no solo tienen quien las defienda, y acoja, y estime, sino que dan magestad á la oracion, y no sin deleite, porque tienen consigo la autoridad de la antigüedad, y les dá valor, digámoslo así, aquella religion de su vejez. Y por cuanto estan desusadas y puestas en olvido, tienen gracia semejante á la novedad. Y ademas su antigüedad misma les dá dignidad, porque las palabras no usadas de todos hacen mas venerable y admirable la oracion. Pero, como en todo importa la moderacion, no han de ser muy frecuentes ni manifiestas, pues no hay cosa mas odiosa que la afectacion; ni traidas de los mas remotos tiempos, ni del todo olvidadas. El uso, certísimo maestro de hablar, y el lenguaje con que hemos de publicar nuestros conceptos, ha de ser tratado y recibido como la moneda que corre.

Hay voces antiguas que por ninguna razon se han de considerar como anticuadas: usadas en la conversacion manifestarian afectado purismo; pero á los escritos graves y discursos patéticos comunican, ya dulzura, ya magestad, usadas con templanza y con oportunidad. Tales

son, *ánima* por alma, *dulcedumbre* por dulzura, *consolacion* por consuelo, *contentamiento* por contento, *pesadumbre* por peso, *humanal* por humano, *divinal* por divino, *terrenal* por terreno, *mundanal* por mundano, *perenal* por perenne, &c. Estas palabras reciben su autoridad de la que goza el orador ó escritor, como cuando decimos, *huestes* por ejércitos, *adarve* por muro, &c.

Hay otras voces que, no por antiguas, sino por anticuadas y desusadas, no deben introducirse en ningun género de estilo, ni en el trato comun. Tales son *abastanza* por abundancia, *tocamiento* por tacto, *conorte* por consuelo, *caudal* por principal, *raudo* por rápido, &c. Esta afectación de voces y frases anticuadas, segun la expresion de Saavedra en su República Literaria, es como la de aquellos que se tiñen las barbas para hacerse viejos, y de otros por parecer mozos.

En esta clase se pueden contar las puramente latinas, ó latinizadas, que es otro género de pedantería que cundió generalmente en otros tiempos, y formó gran parte del culteranismo. Por el deseo de pasar por eruditos y humanistas huian los escritores del lenguaje de los romancistas, y caian en el de la bachillería. Así, por no hablar con claridad castellana, decian sin ninguna necesidad: *Está muy provecto en la filosofía*, en lugar de muy adelantado; *gárrulo* por charlante, *almo* por puro; *rutilante* por brillante; *inópia* por pobreza; *mensura* por medida; *cubículo* por aposentillo, &c.

He dicho que estas palabras se usaban sin necesidad, porque no carecia de las correspondientes y expresivas la lengua materna. Era tambien un resabio de los estudios escolásticos, en que se despreciaba el buen castellano, y se corrompia el buen latin. De aquí vino el mal gusto de mezclar en el estilo, ya oratorio, ya filosófico, los vocablos de la escuela, del foro, de la jurisprudencia, y de la medicina; de suerte que el que no latinizaba, ó grecizaba, no gozaba de nombre de literato, ni de docto escritor.

No pretendo, por lo que dejo dicho, que se hayan de desterrar sin remision todas las palabras puras del latin, ó del griego, ó derivadas, ó compuestas de estas

dos lenguas, pues de ellas han recibido el vocabulario científico y dogmático las vulgares. Hay escritos didácticos y doctrinales, en que el moralista, el teólogo, el jurisperito, el físico, y el matemático diserta, explica y enseña; y para esto ha de recurrir al vocabulario de su profesion. Pero el discurso eloqüente no admite diccion extrangera, esto es, la latina, sino en los casos en que la propia carece de la voz por no existir las cosas entre nosotros, como, *pretor*, *centurion*, *edil*, *tribuno*; y en aquellos en que es preciso dignificar la expresion vulgar, llamando *matrona* á la partera; *varon* al macho; ó para evitar los circunloquios, consultando con la brevedad, como: *oficioso*, por no decir aficionado á hacer buenas obras: *benéfico*, por no decir inclinado á hacer bien: *inexorable*, por no decir sordo á los ruegos.

Por la misma razon se admiten algunos nombres griegos, como *filantropía*, *misantropía*, *filáucia*, *afrodisiáco*, *patético*; y esto en el estilo filosófico, polémico, y didáctico, porque en el oratorio caerian muy mal dicciones que no hablan al corazon, ni á los sentidos; ó para cubrir la indecencia con el velo de una palabra latina ó griega que, sin ser mas honesta en sí misma, le es mas en su sonido, y por menos conocida, es mas decente, como: *estupro*, *nefando*, *meretriz*, *onanismo*, *priapismo*, &c. Lo mismo sucede con el escándalo en los hechos ó dichos, que se aumenta, y es mas grave á proporcion del número de expectadores ó de oyentes.

Si es vicio en un escritor cuerdo y grave afectar esta curiosidad de buscar, sin necesidad ni utilidad alguna, estos vocablos de dos lenguas tan ricas, nobles y sábias, de cuyas raices nació la nuestra ¿qué nombre daremos á los que inventan otros extraordinarios, y fuera de la comun inteligencia y uso, por abrirse una nueva senda á su reputacion? ¿y á los que, por descuido, por desafecto á su propia lengua, ó por ignorancia de la gala y riqueza de ella, adoptan de la francesa lo que, á su parecer, no les puede subministrar la suya? Por ignorancia, y tambien por aire de cortesanía, van estrechando los dilatados términos de la lengua castellana; de suerte que, segun cunde este desórden, ninguna será mas pobre y escasa, siendo

de dos siglos á esta parte la mas abundante y rica de todas las vivas. Las contínuas lecturas de obras francesas desde la niñez, con el embeleso del estilo, y la curiosidad de las materias, ha transformado los lectores en panegiristas de aquella lengua, sin darles lugar á distinguir la gracia del decir de la grandeza y energía del idioma. Así, cuando traducen, excusan nuestras dicciones puras, propias y elegantes, y aun las mas usadas y comunes, por delicado gusto; mas yo digo que por falta de estudio y de conocimiento. La mitad de la lengua castellana está enterrada; pues los vocablos mas puros, hermosos, y eficaces hace medio siglo que ya no salen á la luz pública. Si los hombres cuerdos y juiciosos que conocen el valor y lustre de nuestra lengua no se esmeran, como lo muestran ya algunos, en reparar este daño; vendrá tiempo en que no alcanzará el remedio. Hemos llegado á tiempo en que se pueden perdonar los arcaismos por no caer en los galicismos: aquellos á lo menos tienen su cuna y su alcúrnia en nuestro pais; y estos son intrusos y advenedizos.

No pretendo ahora presentar ejemplos de este abuso que muchos hombres sábios y celosos tocan y lloran dias hace, porque seria obra no de un solo volúmen: inútil trabajo para el desengaño cuando basta al curioso releer con reflexion y desconfianza las innumerables traducciones que compró y leyó sin ella, pues no las volvió á los libreros. ¿Qué necesidad tenemos de la palabra *bolsa*, teniendo en español *lonja de comercio*, ó *casa de contratacion*? ni de *bello sexo*, teniendo *sexo femenino*? ni de *sociedad*, teniendo *trato civil*? ni de *sentimientos*, teniendo *afectos*? ni de *genio*, teniendo *ingenio*? ni de *transporte*, teniendo *enagenamiento y rapto*?

Cesando yo de hablar en mi nombre alguna vez sobre esta materia; imploro la autoridad y juicio de Lope de Vega; quien, en alabanza de una cancion de Herrera, que con sola la elegancia de la lengua castellana supo levantar la alteza de la sentencia puramente á una locucion heróica, dice: «Esta es elegancia, esta es blandura, y hermosura; »digna de imitar y de admirar: que no es enriquecer la len»gua dejar lo que ella tiene propio por lo extrangero, sino »despreciar la propia muger por la ramera hermosa.»

ARTÍCULO IV.

DE LA ELECCION DE LAS PALABRAS QUE FORMAN LA ELOCUCION.

Despues de haber tratado de las palabras en cuanto son instrumentos para hablar con propiedad y exactitud; falta considerarlas ahora con respecto á la elocucion oratoria. Para esto es necesario cierto tacto en su eleccion, escogiendo no solo las mas propias y castizas, las mas autorizadas y claras, sino las mas enérgicas, ilustres, significantes, y escogidas con tanto acierto que su belleza dé luz al órden, y la hermosura del órden dé explendor á las mismas palabras.

Del arte del artífice saca su estimacion la materia mas comun, dándole con su habilidad las formas y vista que pide el buen gusto, ó la comodidad de los compradores. Y como las palabras son la imágen de nuestras ideas; siendo estas nobles y grandes, deberán ser aquellas escogidas como galas para cuerpos nobles. Las selectas expresiones andan unidas con las cosas selectas, y las siguen como la sombra al cuerpo. Yerran seguramente los que creen que se pueden buscar las palabras fuera del asunto: lo que importa es saberlas elegir, y emplearlas cada una en aquel lugar que dé valor y gracia al pensamiento.

Palabras figuradas. — Es cosa maravillosa el ver como unas palabras que se hallan en boca de todo el mundo, y que en sí mismas no tienen hermosura alguna particular, reciben cierto lustre que las separa del lenguaje comun, y las traslada el escritor á objetos que no pueden admitirlas sino por semejanza; y como de esta misma impropiedad saca su fuerza y virtud la locucion.

La palabra *relampaguear*, como efecto de la inflamacion del rayo, es un término propio y sencillo; mas cuando lo usamos para expresar la vista airada de un hombre, decimos; *sus ojos relampaguean*; y entonces lo pintamos con mas vivacidad.

Un elocuente historiador, pintando el estado del Asia, despues de las victorias de los Califas, dice asi: *El Asia, abrumada por el poder arbitrario, y hollada de bárbaros conquistadores, se divide en vastas soledades; teatro de desolacion y miseria, que no merece los ojos de la historia.* De las palabras *abrumada*, *hollada*, *teatro* y *ojos*, colocadas y aplicadas por un modo metafórico que personifican al Asia, y despues á la historia, ¡qué viveza, energía y grandeza no toma la expresion de toda la sentencia!

Hablando el P. Marquez contra los que faltan á la humildad, ensoberbeciéndose con las virtudes que poseen, dice: *Hay hombres que, venciendo los incentivos de la sensualidad, dejan descubierto por otra parte el lado al enemigo; quedando soberbios de lo hecho. Otros acocean los deseos ambiciosos; pero de ahí toman ocasion para ser poco recatados, como gentes que no esperan dar á los reyes.* En la palabra *lado* se figura una accion de guerra, que, refiriéndose á las otras *descubrir* y *enemigo* pinta el descuido de un General que no cubre el costado de sus tropas. *Acocear* es voz comunísima que expresa la accion de patear una cosa, que es el último vilipendio: ¿qué será, pues, *acocear* deseos?

Palabras enérgicas. — La energía dice mas que fuerza, y se aplica á los rasgos pintorescos y al carácter de la diccion. Asi pues, un orador puede juntar la fuerza del raciocinio, y la energía de la expresion; y entonces, siendo enérgicas las imágenes, serán fuertes las pinturas. Energía es propiamente aquella representacion clara y viva que nos pone los objetos ante los ojos por medio de ciertas imágenes presentadas con sus términos propios que no las confundan con otras.

Del Mariscal de Turena dice un orador en su elógio fúnebre: *Viéronle en la batalla de las Dunas arrancar las armas á los soldados extrangeros, encarnizados en los vencidos con brutal ferocidad.* Bien pudiera haber dicho, y haber hablado correcto y puro, en lugar de arrancar, *quitar*, y en lugar de encarnizados, *enfurecidos*, y en vez de brutal, *terrible*. Pero estas últimas palabras ¿tendrian el mismo vigor y energía que las primeras? El verbo *arrancar* ¿no nos representa con cierta evidencia la

fuerza y tenacidad con que tenian aquellos soldados empuñadas las armas; y por consiguiente el esfuerzo y poder de quien los desarmó? El epiteto *encarnizados* ¿no nos presenta la imágen de un lobo que se ceba en los miembros de la presa que tiene debajo de sus pies? El otro epiteto *brutal* ¿no significa una ferocidad propia de bestias fieras, y no de hombres? Esta feliz eleccion de las palabras nace del vigor de nuestra imaginacion, que sabe dar cuerpo, y vida, y movimiento á las cosas que han de hacerse sensibles á los oyentes.

La palabra mas enérgica en estos casos es la mas propia; y siendo la mas propia, es la mas eficaz. Traigamos por ejemplo lo que dice otro elocuente escritor hablando de Neron en sus últimos años: *Era un príncipe gangrenado de vicios.* Podia haber dicho *inficionado* de vicios; pero esta palabra era menos enérgica por tener un sentido mas vago, pues no determina un mal conocido, un mal terrible, irremediable, y patente á la vista: por consiguiente *gangrenado* es la mas propia para imágen de comparacion de lo moral con lo físico. Podia tambien haber dicho *corrompido*; palabra mas vaga aun é indeterminada, y que por la misma razon que significa mucho en sentido recto y en el figurado, nada expresaria en tal caso. Podia en fin haber dicho *lleno* de vicios: palabra mucho mas vaga y comun; porque, sobre no encerrar en sí un mal sentido, todas las cosas están llenas en la naturaleza, hasta el espacio mismo considerándole matemáticamente.

Dice Moysés en su sublime cántico de la salida del pueblo de Dios de Egipto: *Enviaste, Señor, tu ira que los consumió como una paja.* ¿Qué grande y terrible imágen! Una *paja* en un instante la consume el fuego: *consumir* es quemar aniquilando: *consumir* como una *paja* dice una accion instantánea: ¡y este modo y esta accion contra un ejército innumerable! El lenguaje humano no puede representarnos mas formidable y poderosa la ira de Dios, personificada tan valientemente, pues la envía como ministro para el castigo de sus enemigos.

Me parece que bastan estos dos pasages para ejemplos de la energía de las palabras; y el análisis filosófico que se ha hecho de su mas ó menos extension para su gra-

duacion comparativa, podrá servir de estudio y regla á los que desean hablar no solamente al entendimiento, mas tambien á los sentidos en donde se han de imprimir las imágenes de las ideas grandes y sublimes.

Para hablar con vigor y energía, no es necesario que la expresion conste de palabras exquisitas y extraordinarias; pero sí que éstas representen imágenes vivas, aunque sean del uso comun. Hablándose en el Deuteronomio de las promesas y bendiciones que prometió Dios por su profeta á su pueblo si guardaba sus mandamientos, les dice y amonesta con estas vivas palabras: *Poned estas mis palabras en vuestros corazones, y traedlas atadas en las manos por señal, y colgadas delante de vuestros ojos, y enseñadlas á vuestros hijos para que piensen en ellas.* Aquí no hay voz exquisita ni noble; pero la fuerza de su energía nace de su aplicacion, y del lugar que ocupan. Atarse las palabras en las manos como cintas, colgárselas en el pecho como veneras para tenerlas presentes, y enseñarlas ¿se ha dicho nunca, ni se puede decir mas?

Queriendo pintar la pasion de Cristo el Maestro Marquez, dice: *No le dieron azote que no le tuviera previsto el entendimiento del Padre, sin cuyo permiso ni se moviera contra el hijo la mano del sayon, ni arqueára la ceja el presidente.* Las palabras *arquear* y *ceja* no tienen por sí significacion ilustre, ni por su extraccion magnificencia. Pero ¿qué enérgico concepto encierra aquel *arquear la ceja*, y no las cejas, en cuyo leve movimiento se vé cifrada la alta magestad del magistrado, la autoridad del puesto, y su soberbia seriedad: parece que le vemos gravemente sentado. Esta es energía de imágen. De igual naturaleza es este otro ejemplo de Fr. Luis de Granada, cuando dice: *De aqui proceden muchas maneras de calamidades y azotes que padecen los malos, los cuales andan en una rueda viva de cuidados, fatigas, y trabajos.* Parece que vemos la rueda del miserable Ixion. La propiedad nace de la significacion mas inmediata que tienen con el objeto para la mayor impresion en los ánimos: la cual pierde su fuerza á proporcion que su sentido es mas vago y general. Por ejemplo: en la expresion *dañar la honra*, la palabra *dañar* es mas vaga y general, y por

consiguiente mas débil que esotra *herir* la honra: porque, ademas de que todas las cosas pueden recibir daño en sentido ya físico, ya moral; solo las heridas las reciben cuerpos vivos; y ademas de que en este concepto se viene á personificar la honra, se personifica al agente que hiere, por cuanto se representa un arma y una accion solo propia de un viviente. El mismo examen podemos seguir en esotra frase: *Anibal derrotó las legiones de Varron.* Podria decirse que las venció: pero la palabra *vencer* es de una significacion mas extensa y menos viva que derrotar; la cual, ademas de comprender la de vencimiento en el hecho, lleva consigo envuelta la de gran pérdida ó general destrozo en toda tropa enemiga.

En estos dos ejemplos hemos visto que en las palabras *dañar y herir*, *vencer y derrotar* no hay excelencia conocida entre unas y otras, ni por mas nobles, ni bien sonantes; mas sí por su oportuna aplicacion al objeto, al caso, y á las circunstancias. Todas son comunes y usuales, consideradas por sí solas; pero la eleccion de una, y no de otra, para imprimir una idea fuerte, constituye el nervio de la expresion.

Esta feliz eleccion es mas rara comunmente que un feliz discurso. A la verdad, si es cierto que la mayor parte de los hombres piensan mejor que hablan ¿á qué se podrá atribuir, sino á la dificultad de hallar los signos mas vivos y propios de sus conceptos? Por esto se experimenta que casi todos conocemos el valor y mérito de la excelente expresion de los buenos ingenios; y no somos capaces de imitarla. Podriamos decir que nos sentimos heridos, y que no podemos herir.

Son opuestas, como hemos manifestado antes, á la energía y nervio de la eleccion todas las palabras indefinidas y generales que no representan los objetos sino bajo de una idea abstracta. Dice cierto autor de nuestro siglo del mal gusto, por manera de símil, esta enfática, afectada, y falsa sentencia: *Mas crece el cedro en un dia que el hisopo en un lustro, porque robustas primicias amagan giganteces.* ¿No era mas claro, fácil y natural decir: porque el que ha de ser gigante, nace ya muy corpulento? Las palabras *primicia* y *gigantez* tienen una significacion abs-

tracta; usadas en plural, componen una coleccion de abstracciones; y la supresion del artículo *las* forma un sentido mas sutil, por no decir vacío, en que no halla de que asirse la inteligencia comun de los lectores.

Otra sentencia, producida por el mismo tenor y en el mismo siglo, leemos en otro autor, que hablando de un rey cuyas acciones debian ser como de tal, cierra su oracion con este epifonema: *sublimidad de acciones, remonte de pensamientos.* Pues todo este tenebroso y misterioso laconismo se deshace, y se esclarece, diciendo, pues no quiere decir otra cosa: *Las acciones sublimes nacen de elevados pensamientos.* Las palabras *sublimidad* y *remonte* son abstractas, y por su misma espiritualidad no hacen impresion á los sentidos. Ademas su significacion, no definida por faltarle el artículo, es mas vaga, y el pensamiento queda ahogado y oscurecido con la supresion del verbo: esta concision elíptica deja incompleta la sentencia.

Todas las palabras vagas é indefinidas oscurecen, enfrian, y enervan la expresion. No persuaden, porque prueban poco; no mueven, porque no presentan objetos claros y conocidos; no deleitan, porque se apartan de la naturaleza.

Pero, como es mas fácil hallar el género que la especie en todas las cosas; por esto son tan pocos los escritores que llevan en sus palabras el convencimiento: porque no todos saben elegir las mas propias, precisas, y características para clavar los objetos en nuestro ánimo. Si digo de Calígula: *fué un príncipe malo*, nada digo, porque nada particularizo, pues otros príncipes lo han sido tambien, mas no en tanto grado, ni del modo que lo fué Calígula. Si hablando de la fluidez del azogue, digo *es una verdad notoria*, digo poco: si adelanto, *es una verdad visible*, ya digo mas porque vengo á dar á un objeto espiritual como es la verdad, materia y color; pero si digo *es una verdad palpable*, no puedo decir mas, porque entonces la doy, no solo materia y color, sino cuerpo y solidez. *La paciencia forzada* (dice el P. Nieremberg) *no tanto es paciencia, cuanto impaciencia sin manos y muda*, como si digera que no puede obrar ni quejarse.

Y aunque de este modo expresaria una accion, se personifica mas la paciencia del otro, dándole figura viva, pues le dá manos y lengua.

De los epítetos. — Los epítetos, llámados por otro nombre adjetivos ó adjuntos, son las palabras que acompañan al nombre sustantivo para demostrar las calidades, ya intrínsecas, ya extrínsecas del sugeto, ó cosa que representa. La gramática los considera como una parte de la oracion, sin atender á su mas ó menos energía, gala, ó hermosura, ni á su mas ó menos expresiva calificacion de las cosas. Pero el orador que no los usa con tanta frecuencia, ni tan libremente como el poeta, los desecha como ociosos si no hacen efecto, esto es, si no ilustran, ó realzan, ó califican al sugeto. En las composiciones poéticas suenan bien el sol *dorado*, la *argentada* luna, la *blanca* nieve, la *cándida* azusena, &c., por la suavidad y gracia del metro; mas en la elocuencia serian sobrepuestos inútiles, y muy afectados afeites. Los epítetos contribuyen en gran parte al vigor, energía y nobleza de la sentencia, mayormente si son figurados, como: el brazo *vencedor* de Alejandro; las águilas *triunfantes* de Cesar, *encumbrados* pensamientos, &c. Leemos en el P. Marquez, que conoció mas que ninguno la hermosura y valor de los adjetivos, la siguiente sentencia: *Para corregir pensamientos dulces de nuestra perdicion, es el mejor remedio un pecho lleno de Dios, amargo autor de toda mortificacion y penitencia.* ¡Cuánto realza la calidad de los pensamientos lo *dulce* por lo sensuales; y lo *amargo* al divino autor que los reprueba y condena! Nada perderia la oracion desnuda de estos adjuntos, pero mucho la sentencia; no padeceria la gramática, mas sí la elocuencia.

Los epítetos no solo se usan para el ornamento de la oracion, y gravedad, y energía del decir, como el *acerado puñal*; sino para los afectos y expresion de los sentimientos del ánimo, cuando buscamos la fuerza y significacion de los nombres de las cosas; y no podemos hallarla; como cuando Antonio Perez, queriendo consolar á sus tres hijos pequeños, que por odio del padre perseguido y prófugo sufrian dura prision, les escribe: *Vuestros agravios me hacen á mí inocente, y á vosotros mártires. Pero ta-*

los tormentos en pellejos niños, en almas niñas, acá y allá han de ver la satisfaccion. El adjetivo *niño* aplicado á pellejos y almas, sobre lo nuevo y feliz de su eleccion ¿no exprime lo mas enérgico de la mayor ternura, y lo mas expresivo de la infancia inocente? Los epítetos verdaderamente adecuados, deben añadir alguna idea al sentido de la frase, de suerte que, suprimidos, pierda aquella gran parte de su mérito. Con ellos distinguimos y diferenciamos, añadimos ó disminuimos; y asi pertenecen á la elocucion. Vemos, pues, que unos añaden gracia, como estos la *risueña* aurora, las *doradas* mieses; otros, dignidad, como *augusta* estirpe, *venerable* antigüedad; otros dán incremento, como poder *supremo*, valor *intrépido*, mar *inmenso*: otros decremento ó diminucion, como *humilde* cama, ánimo *apocado*; otros, cierta energía, como clamor *profundo*, combate *encarnizado*, luz *moribunda*: otros, vehemencia, como ladron *desalmado*, tirano *desapiadado*: otros explican la cosa á que van adjuntos, y le sirven de definicion, como moral *evangélica*, censura *teológica*, poder *arbitrario*, gloria *eterna*. En éstos cuatro ejemplos el epíteto concreta el sentido indefinido y vago del sustantivo *moral*, *censura*, *poder* y *gloria*.

Otros epítetos deben adecuarse tan estrechamente al sugeto, que formen, si puede ser, su atributo, como: *El piadoso Numa suavizó su pueblo con la religion*. — *El temerario Cárlos XII pereció en el peligro que buscaba*. Los epítetos *piadoso* y *temerario* son perfectamente adecuados, el uno á la obra de instituir la religion; y el otro, á la accion de exponerse un rey como un granadero. De este feliz discernimiento nace la ajustada congruencia de los epítetos con las calidades de las cosas que acompañan, en tal ó tal hecho, ó circunstancia. Si de Numa digéramos el *justo Numa*, y de Cárlos, *el generoso Cárlos*; caeríamos en una clásica incongruencia, sin embargo de que estos últimos epítetos señalen calidades que cada uno de aquellos príncipes poseía; porque los hechos que aqui se refieren no tienen relacion á la justicia ni á la generosidad. Pero cuando queramos revestir las cosas y los sugetos con los epítetos que los caracterizan, buscaremos aquellos que el uso general haya autorizado, como nacidos de la misma natu-

raleza, ó calidad preéminente, y mas notoria que distingue á uno de los demas de su especie, como: el *sábio* Alfonso, el *ambicioso* Alejandro, el *justo* Arístides, el *avariento* Creso, la *docta* Atenas, la *opulenta* Tiro. Aquí hacen oficio de superlativos los epítetos.

En fin, todo epíteto, de cualquier modo, y en cualquiera caso que se considere, debe decir ó explicar algo; porque si solo tiene una conveniencia general ó remota con el sugeto que acompaña, es ocioso, é inútil, como si se dijera la *plácida* paz, siendo mayores que agradar y deleitar los provechos que redundan de ella; la *estruendosa* guerra, no siendo el estruendo lo que se experimenta ó se teme en ella solo y principalmente. Los epítetos de esta naturaleza han de hacer forzosamente flojo, frio, y hueco el estilo; ni socorren á la necesidad, ni ayudan á la energía, ni prestan luz y explendor.

Sea ejemplo de estos casos lo que dice un historiador hablando de las guerras civiles de Francia: *Estos dos partidos implacables se sustentaban con la sangre inocente del pueblo.* Los dos epítetos, *implacables*, y *inocente* añaden á la idea principal otras secundarias que caracterizan las circunstancias de aquellas guerras: la de *implacable* demuestra la obstinacion de no perdonarse, ni ceder las dos facciones; y la de *inocente* pinta el pueblo sacrificado á la ambicion de los grandes. Podia haber dicho el autor partidos *crueles*, y sangre *preciosa*, y hubiera dicho una verdad, mas no la que calificase el género de calamidad que causaban unos y padecian otros. Para conocer el verdadero valor de un epíteto, véase, si poniendo otro en su lugar, dice mas que el primero. Siempre que exprese mas, es prueba de que el autor no supo hallar la imágen propia del hecho, ó de la cosa, en aquella ocasion ó circunstancia.

Si es verdad que los epítetos dan muchas veces espíritu y vigor á la oracion; tambien la confunden y embarazan multiplicados con indiscreta prodigalidad. Ademas, un epíteto puesto fuera de tiempo y sin necesidad, enerva la expresion. Por ejemplo, aquel que dijo: *resistia las molestas injurias del tiempo como un duro mármol*, no advirtió que el epíteto *molestas* era supérfluo, porque to-

das las injurias lo son; y que igualmente lo era el otro *duro*, pues no añade al mármol idea ninguna que no encierre en sí este nombre. Lo mismo podémos decir de estotra oracion: *No pudo vencerla, ni á fuerza de suspiros exhalados, ni de lágrimas vertidas.* Los epítetos *exhalados*, y *vertidas* estan puestos sin necesidad, y se deben despreciar como ociosos y redundantes. Los escritores estériles de ideas, y de flaco ingenio, suelen ser pródigos de epítetos, creyendo que asi visten la desnudez del período y enriquecen la pobreza de sus conceptos. Es comunmente el defecto en que caen los jóvenes retóricos, y los escritores bisoños. Su caudal es escaso, y su gusto no está formado: por consiguiente la pompa y una idea falsa de adorno llaman sus ojos y su atencion. En algunos tropos, como la metáfora, antonomásia, metonímia y perífrasis, se verá el uso á que se aplican algunos epítetos.

Los diminutivos aféminan y hacen lascivo el lenguaje, y le hacen perder toda gravedad. Nuestra lengua solo los admite, y muy pocas veces, en estilo familiar y jocoso; y en casos afectuosos y tiernos puede la elocuencia admitirlos alguna vez, para suavizar la diccion. Los aumentativos tienen la desgracia de ser vulgares, y asi solo los admite el estilo satírico y burlesco, y los desecha el grave y culto.

Despues de la buena eleccion de los epítetos que caractericen y definan la esencia de las cosas que califican; es necesario todavía, para no faltar á la exactitud y precision del lenguaje, distinguir la diferente fuerza y sentido que reciben de su diferente colocacion, ya antes, ya despues del nombre que acompañan. Esta diferente colocacion indica, ó calidad inherente á la cosa, ó accidental; calidad adquirida, ó natural; cosa que ha sido, ó que puede ser; ó el estado activo, ó pasivo. Este punto, que no es de los menos esenciales, ha sido olvidado de los retóricos, y poco meditado de los críticos que han tratado de la metafísica del lenguaje: asi no es de admirar que se hayan desentendido de esta calidad de la elocucion los oradores, y escritores mas perfectos en lo demas. Muchos han buscado la armonía, y no la pre-

cision; han completado el número, y dejado vacío el sentido de la idea: de aquí ha nacido esta arbitrariedad en colocar los epítetos, como si la prosa, siempre rigurosa y exacta, pudiese seguir la licencia ancha de la versificacion, donde se consulta mas con el deleite del oido que con la rectitud del discurso. Al poeta le es indiferente decir el zéfiro *blando*, ó el blando zéfiro; el *verde* prado, ó el prado *verde*, segun le acomoda para la medida, el ritmo, y la rima. Sobre este punto remito al lector, á lo que se dejó aclarado con ejemplos en la página 42 en que se trata de la colocacion de las palabras.

Diferencia del número. — Contribuye mucho para diversificar, ó animar la expresion, no solo la mudanza de caso, tiempo, persona, y género; sino la de número. Cuando queremos que el pensamiento conserve mayor fuerza y grandeza en corto espacio, reducimos el número plural á singular, porque, cuando se reunen muchas cosas en una, se dá mas cuerpo á la sentencia.

Oigamos lo que dice Moisés en su cántico: *El Señor ha precipitado en el mar el caballo y el caballero.* Aquí el singular, que abraza la totalidad de los caballos y de los ginetes, es mucho mas enérgico que el plural: porque en este caso es mucho mas propio y eficaz para mostrar la facilidad, la prontitud, y tambien la instantaneidad de la sumersion, no menos que de la innumerable caballería egipcia que cubria inmensas llanuras. Ademas, el número singular indica un solo instante, un solo acto, un solo golpe de la diestra de Dios, para consumar una obra en que las fuerzas humanas necesitarian de la sucesion de repetidas victorias. El singular expresa tambien que el Señor ha abismado un ejército entero como si fuese un caballo y un ginete solo. Cuando Calígula, convencido de su impotencia, deseaba que el pueblo romano no tuviese mas que una cabeza, habia concebido la misma idea; ó casi sabia bien lo que deseaba.

Del mismo modo podemos decir: *El hombre llegó á desconocer á su Criador.* Este singular *hombre* forma un sentido colectivo y universal, que no solo incluye todos los hombres, mas en cierta manera abraza á la misma

naturaleza humana. Así se dice en el Génesis: *Pesó á Dios de haber criado al hombre*, como si dijera, *á la especie humana*. Con la misma concision decimos: *El pobre come pan de lágrimas*; como si dijésemos, *todos los pobres*, y todavía mas, el *estado y condicion* de pobre, que comprende los pasados, presentes, y futuros.

Otras veces usamos de los plurales, que tambien tienen gran significacion para expresar, no el valor, esencia y virtud de las cosas, sino su abundancia, su extension, su frecuencia, su uso muy comun, sus diferentes especies. Cuando decimos: *Los corazones de los hombres estan pervertidos*, significamos algunos corazones, la mayor parte de ellos; á diferencia de decir *el corazon del hombre* que, tomado en singular parece que no excluye ninguno, y que es pervertido por naturaleza; así como cuando decimos *el hombre es mortal*.

Cuando el profeta Oséas dice que *las malicias y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido sobre la tierra*, quiere significar que se cometian generalmente y repetian muy á menudo sus actos. Diciendo esto mismo en singular, no diria tanto, sino que aquellos vicios se cometian, se conocian en el mundo: cosa que siempre se ha experimentado en mayor ó menor número y extension.

Son cosa muy magnífica algunas veces los plurales, porque la multitud que comprenden les dá sonoridad y énfasis. Tales son, como en este ejemplo: *Ó funesta codicia! Tú engendras el odio y la discordia entre padres, hijos, hermanos, maridos, mugeres y madres!* Todos estos diferentes nombres no significan mas que una sola persona, que es el hombre; pero por medio de este número singular, distribuido y multiplicado en diferentes plurales, se multiplican en cierto modo las personas, siendo una sola, considerada bajo de distintos estados y relaciones de sangre y parentesco.

Por este mismo género de pleonasmo se puede citar un pasage de Platon acerca de los Atenienses: *No son Pélopes, Cadmos, Egistos, Dánaos, ni hombres bárbaros los que viven entre nosotros: Griegos somos, apartados del trato de naciones incultas, los que habitamos esta ciudad.*

En efecto todos estos plurales, asi juntos, nos hacen concebir una mayor idea de las cosas; pero se debe usar de esta figura oportunamente, y en los lugares en que el asunto ó la pasion piden que se amplifiquen, acrecienten, ó exageren.

Sirven los plurales, no para abultar el número de las cosas simplemente, sino el de sus afectos, y la repeticion de actos. *Violencias*, *muertes*, *robos*, *incendios*, y *asolamientos acompañaban á los Scitas en sus marchas*, dice un historiador. El número plural multiplica estos desastres, y los derrama de modo, que parece que los vemos con los ojos sucederse frecuentemente los unos á los otros en distintas partes por donde pasaba aquella gente feroz. Diciendo *la violencia*, *la rapiña*, *el asesinato*, *el incendio*, *y la destruccion acompañaban en sus marchas á los Scitas*, se presenta en singular la misma oracion, tal como se suele usar en francés, y tal como se tradujo en castellano en un papel público donde la leí poco tiempo hace. Considere el desapasionado ¡cuánta mas fuerza tiene para pintar la multitud de males el plural que el singular! *La violencia*, la *rapiña*, &c. estan personificadas, se representan como compañeras de los Scitas, pero sin accion, ni movimiento visible, mas como vicios que como actos viciosos.

Hay nombres que por su significacion abstracta no se deben usar en plural; como por ejemplo, *gula*, *lujuria*, *avaricia*, *soberbia*. Sin embargo, Fr. Luis de Granada nos dá un valiente ejemplo del valiente efecto que hace aquel número en ciertos casos en que el orador quiere expresar la frecuencia, y no la esencia, de un vicio. Oigámosle como exclama en el libro 1º cap. 30 de la Guia. *¿Qué dije del abuso que hacen los hombres de todos los otros beneficios de Dios? De la mar se sirven para sus gulas*; *de la hermosura para sus lujurias*; *de los frutos y bienes de la tierra para sus avaricias*; *de las habilidades y gracias naturales para sus soberbias.* En esta distribucion no se propone el autor enumerar cada vicio en su género, sino sus diferentes especies, y los diferentes actos y maneras de obrarle en que puede dividirse el antojo del hombre corrompido.

Y para otro ejemplo de que entre el singular y el plural hay la diferencia como de la potencia al acto, contemplamos la *niñez* como un estado ó período de la vida del hombre; y las *niñeces*, como obras, juegos y afectos de aquella edad. *Mocedad* es el segundo período de nuestra vida; pero *mocedades* se toman por travesuras, devaneos y galanteos, y otras habilidades propias de aquellos años. Lo mismo se puede decir entre *vejez* y *vejeces*; aquella es la edad; y estas son miserias y pensiones de la edad. Decimos *tristes memorias*, como recuerdo de cosas ya muy pasadas; y *triste memoria*, como de cosa reciente ó presente aun.

Y aunque podemos decir sin faltar á la propiedad las *iras*, las *envidias*, los *temores*, las *esperanzas*, &c.; no nos es permitido usar del plural en estos nombres, como las *clemencias*, las *mansedumbres*, las *modestias*, las *vergüenzas*, &c. La diferencia de número en estos ejemplos procede, á mi juicio, de que sólo las pasiones fuertes, ó las criminales, admiten el plural, aunque se refieran á un particular individuo, porque toda perturbacion, ó depravacion del ánimo puede encerrar en sí varios modos, grados, especies y diferencias. Asi decimos la *clemencia* de los príncipes, y las *iras* de los poderosos, porque la clemencia es una, nace de un solo principio, es indivisible, es perfecta en sí, es un bien íntegro que no admite medianía, ni diminucion. Pero la ira puede venir de diferentes principios, y moverse por distintas causas ó fines; puede, ademas, ser mas ó menos maligna, mas ó menos descubierta; es finalmente un mal que puede comprender muchos defectos.

De la fuerza y energía de los pronombres. — Parecerá á muchos cosa indiferente, y no á pocos ociosa, examinar aquí el uso que se puede hacer de los pronombres, traidos y colocados de modo, que siendo una de las partes menores de la gramática, sean útiles instrumentos de la elocuencia.

Empezando por los demonstrativos, hallaremos que dan mucha energía y énfasis al pensamiento, puestos en el lugar de su efecto, como en estos ejemplos: *Tigranes, aquel rey de Arménia, cuya soberbia no podia sufrir*

que.... — *No hablaremos de aquel Vitelio que, encenagado en torpezas, no....* — *No espantó Sila con aquel su horrible gesto al augúr Múcio Scévola....* — *No permitiré*, dijo Caton, *que, por alargar cuatro dias esta mi cansada vejez, se declare....* En todas estas oraciones, atendiendo solo á su sentido recto, sencillo, y natural, ninguna falta harian los pronombres *aquel*, ni *este*, porque sin pecar contra la gramática, ni contra la retórica, bien se podia decir: *Tigranes, rey de Arménia*; ó sino *el rey de Arménia Tigranes, que....* *No hablaremos de Vitelio, que....* *No espantó Sila con su horrible gesto....* *Por alargar cuatro dias mi cansada vejez.*

Pero, cuando la fuerza del pensamiento, ó de la pasion pide la fuerza en la expresion; la elocuencia saca su poder de aquello que parece no ser de algun valor. Cuando de Tigranes, decimos *aquel* rey de Arménia, queremos traerlo á la memoria como objeto de indignacion. Cuando decimos *aquel* Vitelio, lo venimos á presentar como objeto de desprecio. Cuando el otro dice *esta* mi cansada vejez, parece que la tiene en poco, poniéndosela ante los ojos como una carga pesada.

Cuanto valor y energía tengan á veces los pronombres demonstrativos sobre los artículos enunciativos, se puede ver en este ejemplo. *Toma aquello que necesitas, y dá aquello que te sobra.* Es mas eficaz, mas evidente el objeto de la cosa que se toma y se dá por esta manera, que diciendo: *toma lo que necesitas, y dá lo que te sobra.*

En el uso de los pronombres posesivos, mio, tuyo, suyo, vuestro, y nuestro, hay tambien que advertir acerca de su repeticion ó supresion. No pretendo hablar aquí de los efectos que causan, ya lo uno, ya lo otro, para la exornacion ó valentía de la sentencia; porque lo primero pertenece á la *repeticion*, y lo segundo á la *congeries* ó aglomeracion, la una figura de diccion, y la otra de pensamiento.

Uso de voces expletivas. — No merecen poca atencion las palabras y partículas expletivas, para dar fuerza y énfasis á la expresion. Casi siempre son adverbios, que colocados en tal ó tal lugar de la frase, dan á entender

mas de lo que significan en sí mismos. Cuando decimos: *como sucedió allá en Egipto.* — *Confiesa, sí, su delito.* — *Trato ya de vivir.* — *Esto, sí, que es sufrir.* — *Pues, no bastan dos?* — *Qué, hemos de padecer siempre?* — *Y, no podrá venir?* — *Ya no nos veremos*; bien pudieran omitirse todas estas voces *allá, sí, pues, y, ya*; pero la frase quedaria sin aquella fuerza de sentido que saca de estas partículas elípticas. Dice allá *en Egipto*, es decir, en aquel país remoto Egipto: *Confiesa, sí, su delito*, lo mismo que confiésalo sin rebozo: *Trato ya de vivir*, esto es, veo que es tiempo de tratar de vivir: *Esto, sí, que es sufrir*, esto es mucho sufrir. Pues, *no bastan dos?* Quién dirá que no bastan dos? Qué, *hemos de padecer siempre?* tengamos confianza ó esperanza de no padecer siempre. Y *no podrá venir?* Será posible que no venga? Ya *no nos veremos*, no hay esperanza de vernos mas.

Honestidad de las palabras. — La decencia oratoria destierra de la elocucion todas las palabras obscenas, todas las locuciones torpes é indecentes. Aquí es donde se muestra la delicadeza del escritor para escoger las mas honestas y puras, no solo en su significacion, sino en su sonido, que sin oscurecer el pensamiento oculten su fealdad y suavicen la expresion. Habiendo de nombrar las *tetas*, diré los *pechos*; en vez de *papo*, diré *papada*; en vez de *vergüenzas* diré *pudendas*, pues para dar un velo á las voces demasiado desnudas, es oportuno latinizarlas. La perífrasis, ú otro tropo bien manejado, será un gran recurso en estos apuros. *El importuno triunfó de su resistencia*, dice un autor, por no decir la *forzó*. Con este comedido y mesurado rodeo de palabras esconde el autor la descripcion de un hecho deshonesto.

En la clase de las palabras deshonestas entran todas las que significan objetos que naturalmente cubrimos y escondemos de la vista de las gentes; y estas se han de declarar con nuevos y apartados modos de decir como: no conoció muger en su vida, por no usar de otra palabra mas cercana que signifique lo que queremos dar á entender.

En la clase de sucias entran las que representan las necesidades ó dolencias corporales, que se han de dis-

frazar con otras metafóricas, ó de cualquier suerte trasladadas. En este punto es loable la costumbre de los médicos, cuando no se apartan del Diccionario de la facultad, y este es el solo que debe consultar todo escritor en tales casos.

PARTE SEGUNDA.

Del Estilo.

Antes de discurrir sobre los tres géneros del estilo oratorio, trataremos de las calidades del estilo en general, que constituyen la segunda parte de la elocucion; cuales son, *órden*, *claridad*, *naturalidad*, *facilidad*, *variedad*, *precision*, *decoro*.

El estilo en general es aquel aire ó forma con que el escritor ú orador declara sus pensamientos; y en esto se diferencian y se retratan, como en la fisionomía, las personas. Asi vemos que uno es *fluido* y otro *duro*; uno *conciso*, y otro *difuso*; aquel *claro*, y este *oscuro*, &c. Todo estilo debe ser correcto, puro, preciso, y natural; mas el oratorio pide elegancia, grandeza, y dignidad. En el conjunto de todas estas calidades se cifra el talento y mérito del buen escritor.

El estilo, que es el alma en todos los géneres de elocuencia, distingue al orador del filósofo y del historiador: porque, como dice un célebre autor, el filósofo debe sentir y pensar; el historiador pintar y sentir; y el orador sentir, pensar, y pintar. Al primero bástale el raciocinio, las imágenes al segundo; mas el tercero no puede alcanzar su fin sin los afectos.

No hay un estilo solo para ser elocuente; se puede serlo en todos. No confundamos los estilos con los vicios del estilo, ni el estilo fundado en las reglas generales del arte con el característico de cada autor; ni tampoco las espe-

cies con los géneros. Pueden muy bien tres oraciones, tres historiadores, tres filósofos, tener cada uno de ellos su diferente estilo, que forme su carácter particular, y les haga dignos de fama y aplauso, porque no se desvian del camino de la perfeccion, aunque toman diferentes sendas.

No quiero decir por esto que la claridad en la expresion forma un estilo por sí, porque todo estilo debe ser claro; del mismo modo que la oscuridad, la afectacion, la redundancia, tampoco constituyen estilo, pues son vicios, y no calidades. Estas se toman siempre en buena parte y solo ellas dan nombre y clase á las especies de expresarse, como estilo *nervioso*, *florido*, *sencillo*, *natural*, *correcto*, *vehemente*. Las calidades opuestas no las define ni cuenta el arte como prendas, sino como defectos. Así, pues, no hay estilo lánguido, ni estéril, ni desaliñado, ni afectado, ni incorrecto, ni frio; los lunares no realzan la hermosura como en algunas mugeres; son manchas que la deslustran y afean. Así se suele decir, en recomendacion del estilo de un autor: es sencillo sin *desaliño*, conciso sin *oscuridad*, elegante sin *afectacion*, en prueba de que se mira como muy expuesta la virtud del estilo á ser manchada por algunas sombras. No confundamos las expresiones hinchadas y gigantescas con la sublimidad; las cadencias demasiado sonoras y compasadas con la armonía; los equívocos, retruécanos, y paranomasias con la gala del lenguaje; y lo insuave ó desmayado de las palabras con la sencillez y naturalidad.

Coordinacion oratoria. — En toda composicion es inútil mostrar al discurso de los lectores muchas cosas, si estas no se le muestran con cierto órden. De este modo, acordándonos de lo que hemos oido antes, empezamos á imaginar lo que oiremos despues; y entonces nuestro entendimiento se complace, digámoslo así, de su capacidad y penetracion. A este órden general, necesario en cualquier género de estilo, añade la elocuencia el órden y colocacion de las palabras, llamada *coordinacion oratoria*, de la cual saca la frase cierta energía, grandeza, y aire de novedad, que no siempre se puede definir.

No es pequeño primor ordenarlas con tanto tino y artificio, que, siendo en su uso y significacion comunes,

se hagan singulares por su sola colocacion. Del lenguaje ordinario al oratorio á veces consiste toda la diferencia en esta corta alteracion gramatical, que, sin quebrantar la sintáxis, dá tanto valor y espíritu á la expresion.

Nadie podrá creer el diferente valor de un término colocado en este, ó en el otro lugar de la frase. Esta feliz alteracion comunica á la sentencia cierta viveza, cierto énfasis, que no nace de la propiedad, ni de la fuerza de las palabras, sino del lugar que ocupan.

En todas las lenguas el órden de las palabras sigue el órden natural de las ideas, en unas con mas rigor, y en otras con menos, como efectos de su diferente índole. Este órden natural, muy apreciable para la claridad y sencillez en las materias didácticas, observado con exacta uniformidad, forma un estilo lánguido, frio, y atado. Mas la elocuencia, que puede sin quebrantar las reglas de la gramática, y de la lógica, trocar ó interrumpir el curso de los conceptos, saca la oracion de su paso llano y ordinario, y la dá otro sentido y energía solo con la trasposicion de las palabras. Esta es la que dá forma oratoria al estilo comun ó natural; y esta transformacion se obra sin quitar ni añadir á la sentencia una palabra, ni cambiarla con otra mas ilustre ni magnífica.

Para ver el distinto efecto que hace el órden natural, ó el artificial ó inverso en la oracion pondremos algunos ejemplos, y sea el primero este por un órden sencillo: *Las primeras obligaciones del hombre son justicia y verdad; y sus primeras afecciones humanidad y patria.* Orden inverso para la forma oratoria: *Justicia y verdad son las primeras obligaciones del hombre; humanidad y patria, sus primeras afecciones.* ¡Cuán distinta fuerza y energía reciben las palabras *justicia y verdad*, puestas aquí en un modo demonstrativo, y como emblemático á la cabeza de la frase! Sea el segundo ejemplo de la impresion que puede causar colocada en un lugar señalado de la frase, la siguiente: *Romanos! Qué fuerza no tuvo esta palabra en boca de César! apaciguó una legion.* — Dígase por un órden comun y natural: *Qué fuerza no tuvo en boca de César esta palabra: Romanos! que apaciguó una legion!*

Hay ciertas palabras que tienen en su significacion

una particular fuerza, y que por esta misma razon deben ocupar en el período un lugar señalado, y muy visible. En las quejas que Clitemnestra dirige á Agamenon, le dice de esta manera: *Esta sed de reinar inextinguible; la soberbia de tener veinte reyes que te sirven y te temen; todos los derechos del imperio confiados en tus manos, cruel! á éstos dioses sacrificas!* La palabra *cruel* está puesta de tal modo en su debido lugar para el efecto, que perderia su valor en otro cualquiera. El ánimo movido de indignacion, de horror, de celos, de despecho, ó de otra cualquiera pasion, se debe suponer agitado y combatido de afectos opuestos que mudan á cada instante el órden de los pensamientos y de las palabras. Los oradores y escritores hábiles, para imitar estos movimientos de la naturaleza, se sirven de esta artificiosa trasposicion, llamada *hipérbaton* por los retóricos. Y con verdad se puede decir, que jamás sube el arte á mas alto grado de perfeccion como cuando se equivoca con la naturaleza. *Ó! tú, cuyas lágrimas ablandaron la dureza de este honesto corazon mio!* decia una burlada doncella á su infiel amante. Toda la ternura de esta exclamacion está en el pronombre *mio* con que concluye. Habiendo dicho de *mi honesto corazon*, no habria blandura, ni mocion, porque aquel *mio* en el final encierra gran énfasis en boca del dueño de aquel corazon, como si dijéramos, un recuerdo amargo, un dulce arrepentimiento, y un motivo de compasion de la pena que padecia. Cervantes la hizo hablar así, no sabemos si por estudio, si por instinto.

Otras veces no se causa menos efecto poniendo una suspension aunque sea momentánea, para cambiar el órden lógico en los miembros del discurso. Ejemplo del órden natural: *Los grandes benéficos y afables pueden gozar de las dulzuras de la amistad, que son el mayor bien de la vida humana.* — Órden oratorio: *Los grandes benéficos y afables pueden gozar del mayor bien de la vida humana: sí... de las dulzuras de la amistad.* Aquí vemos tambien una especie de sustentacion previniendo el ánimo del oyente antes de declararle el objeto á que se dirige el pensamiento, que es la *amistad*. Concluiremos con otro ejemplo de inversion artificiosa. Dícese por el órden natural: *Vemos*

aquellos soberbios Califas, *cobardes sucesores de Mahoma, temblar en medio de su grandeza.* — Orden oratorio: *Vemos aquellos cobardes sucesores de Mahoma*, *aquellos soberbios Califas*, *temblar en medio de su grandeza.*

De la claridad. — Si es cosa reprensible en las personas de autoridad aquella demasía y cuidado de hablar mas oscuro que el comun modo de explicarse los hombres de buena razon; tambien deberá reprobarse en los mismos oradores. Pero tampoco han de ser semejantes estos á los discípulos de Isócrates, que envejecian en las escuelas, de los cuales solia decir Caton el viejo: que la elocuencia que aprendian era para servirse de ella en el otro mundo.

En todas las cosas se ha de guardar una medianía; y en las obras del ingenio, como en las del arte muchas veces daña la demasiada diligencia. De esto es buen ejemplo aquella gloria que Ápeles se atribuyó, cuando, admirando y engrandeciendo cierta obra que Protógenes habia hecho con mucho esmero, dijo: *Paréceme que en todo somos iguales*; *bien que yo todavía le hago ventaja*, *porque él, nunca sabe levantar las manos de la obra.* Calímaco, pintor y escultor famoso, oscurecia gran parte de la gracia en sus obras con el extremado cuidado que en ellas ponia; y asi decian de él comunmente: *que él mismo era su reprensor y calumniador*; *pues no sabia cuándo podia darlas por acabadas.*

La verdadera elocuencia reprueba las locuciones afectadas que enervan y confunden el estilo, y las sentencias enmarañadas y oscuras, que aparentan gran significacion, y nada dicen. Las frases no han de ser revueltas ni forzadas, sino llanas, abiertas y corrientes, que no hagan dificultosa su inteligencia. Con esta claridad suave y fácil, y con esta tersura, acompañada de la fuerza de las imágenes y afectos, reluce mas la hermosura y grandeza de la elocucion.

Los vicios contra la claridad del estilo son varios y proceden de diferentes causas. Hay algunos escritores que, queriendo parecer profundos, se hacen oscuros, no presentando á la razon un sentido perceptible. En este vicio caen todos aquellos que entran á tratar de la materia que

no entienden, cuya expresion es siempre oscura; porque ninguno puede manifestar clara, limpia, y distintamente sino la idea que concibe con claridad, limpieza, y distincion. Por esto vemos en las composiciones de los jóvenes retóricos tanta confusion y oscuridad en medio de tanta vaciedad declamatoria. Y ¿cómo es posible que escriban bien los que no han tenido tiempo aun para aprender á discurrir?

Otros hay que, buscando la brillantez, caen en la oscuridad, cuando expresan con términos demasiado figurados y exquisitos lo que solo pide natural simplicidad. Asi acontece á los que, sin haber estudiado los buenos dechados de elocucion, ni analizado el gusto puro y natural, pretenden distinguirse por un estilo relumbrante, y se deslumbran á sí mismos, porque es muy consiguiente que juzguen del mérito de su composicion por el trabajo que les ha costado.

Otros, en fin, por afectar brevedad, se hacen oscuros. En este vicio caen los conceptistas que toman lo misterioso por lo conciso, truncando los ligamentos del cuerpo de la oracion, y haciendo de cada trozo un miembro separado. Tal es la muestra de este amartillado estilo en un discurso moral de Jacinto Polo de Medina, ingenio murciano: *En los delitos importa castigar el primero. No quiere castigar á muchos quien á uno castiga. Delincuentes busca el que al primero perdona. Una severidad es piedad para todos. El miedo es castigo de no hacer culpas. Mejor es tener á los hombres buenos que enmendarlos.* De este vicio, que cundió mucho entre nuestros escritores morales del siglo décimo séptimo, adolecen los franceses de estos últimos tiempos, en cuyas composiciones parece que leemos el sumario de un libro segun la estrechez y rompimiento de sus períodos. La impaciencia y ferocidad del mando militar habrá acaso comunicado su dureza á las letras.

Una de las calidades del estilo oratorio en general es la perspicuidad, aquella expresion limpia, despejada, y luminosa, que hace visibles nuestras ideas al mayor número de los oyentes ó lectores. Esta calidad consiste en disponer de tal modo los conceptos que concurren á pre-

bar una verdad, ó esclarecer una proposicion, que se hagan, si es posible, comprensibles á todos. Por esto el orador allanará el camino en los asuntos de suyo árduos y profundos, formando, como si dijésemos, un canal de comunicacion entre sus pensamientos, y la capacidad de su auditorio: porque toda idea muy nueva ó muy peregrina, es como la cuña que no puede hender por el lomo.

No basta que las ideas sean claras y grandes, si la expresion que debe manifestarlas no es despejada y enérgica. Y como las palabras son imágenes de nuestros conceptos, estos serán oscuros siéndolo aquellas, es decir, siempre que su significacion no sea ajustada al objeto, ó que por su extension pueda acomodarse á otros. De esta inexactitud nacen otros vicios, cuales son, ya el sentido ambiguo, ya el equívoco de los términos; y como lo equívoco de estos se comunica á la idea, la oscurece y desfigura.

Y aunque la oscuridad que procede de las cosas y de la doctrina, puede en algunas ocasiones dar gravedad al asunto; no debe oscurecerse mas con las palabras, pues basta la dificultad de las cosas. Y así la claridad que nace de las palabras, y de su textura y ligazon, debe ser suelta, libre, y luciente; no forzada, no áspera, y despedazada, ni intrincada. Por tanto deben huirse las voces peregrinas, las oscuras, las muy nuevas, las desusadas, las muy antiguas, como lo tratarémos mas adelante, y las de sentidos dudosos que llamamos ambiguas. De dos causas pues, procede la ambigüedad de la sentencia; ó de la mala eleccion de las palabras; ó de su mala colocacion.

No solo por extremada brevedad se hacen oscuros los conceptos, mas tambien por los difusos rodeos de términos monótonos y uniformes que fatigan y derraman la atencion del oyente, de manera que las ideas se presentan menos claras y vivas al entendimiento, y es muy débil su impresion en el ánimo. No por otra causa se pide á un escritor variedad en el estilo, y ligereza y rapidez en la frase. Por el mismo motivo se le exige tambien precision en el estilo, porque la expresion mas corta, siendo propia, es siempre la mas clara; y todo aquello que se le añade, perjudica á la energía y solidez.

¿Por qué, pues, se exige en toda composicion pureza, correccion, naturalidad, facilidad y sencillez, sino porque estos requisitos conspiran todos á la claridad? Y ¿por qué, los escritores que producen sus conceptos con vivísimas imágenes gustan tanto, sino porque haciéndolos mas perceptibles, los hacen mas claros?

En fin, este espíritu de claridad y de perspicuidad no es sino el talento de saber acercar las ideas unas á otras, de enlazar las mas conocidas con las que lo son menos, y de representarlas con las expresiones mas adecuadas y precisas.

De la naturalidad. — El estilo natural nos encanta, y con mucha razon, porque, como dice cierto filósofo, esperamos hallar un autor, y hallamos un hombre. Pierde gran parte de su mérito la expresion mas espléndida cuando en ella se descubre el estudio, porque el esmero nos manifiesta que al escritor le ocupa mas el deseo de su aplauso que el asunto que trata. Y como toda afectacion en el decir daña tambien á la expresion del sentir, necesariamente ha de padecer la verdad.

Para conocer si el estilo tiene aquella preciosa naturalidad, que suele por esto ser tan rara, pongámonos primeramente en el lugar del autor; y suponiendo que hubiésemos de declarar el mismo pensamiento, probemos si sin esfuerzo ni esmero lo expresaríamos del mismo modo. Una persona vulgar, teniendo que producir un afecto noble, se expresará con un adorno estudiado, porque solo un ánimo grande halla dentro de sí los sentimientos sublimes. Esta es la causa, como hemos dicho en otra parte, porque los rasgos verdaderamente elocuentes son los mas fáciles de traducir de una lengua á otra, porque la grandeza de un pensamiento subsiste siempre de cualquier modo que se presente, y no hay lengua que se niegue á la expresion natural de los afectos sublimes.

A veces en medio de una cierta desigualdad y desórden del estilo se caen de la pluma del escritor algunos conceptos magníficos que, sueltos y separados de este modo, reciben mayor brillo y realce. Así sucede que, cuando á una expresion sencilla se junta un pensamiento sublime, nos admira mas el orador, porque es realmente grande sin parecerlo.

Conviene aqui que distingamos la *naturalidad* de la *sencillez*. Lo sencillo nace del asunto, y por consiguiente nace sin esfuerzo; pues lo inspira solo el afecto, y no la reflexion. Asi podremos decir que todo pensamiento sencillo es natural; mas no todo el que es natural es sencillo. Este es el que menos debe al arte, y asi no puede sujetarse á reglas. Y aunque lo natural pertenece tambien al asunto, no se descubre sino con la reflexion, y solo se opone á lo afectado. Por esto la pureza de este estilo condena los equívocos, los retruécanos, las paranomásias, las paradojas, los antítesis, todos los conceptos y agudezas ingeniosas, y cuanto hace violencia á la naturaleza y á la razon.

La simplicidad, que es propia del estilo ínfimo, pues pone delante de los ojos lo que se trata, sin causas ni circunstancias, difiere de la pureza que viene á ser desnudez cuando no se mezcla en ella ornato alguno. Esta es muy comun á la forma y estilo, pero no ha de ser continuada, porque algunas veces parece trabajada y compuesta. La diccion pura es diversa de la propia, porque la propiedad debe estar siempre en todas partes. La oracion pura es en dos maneras; ó toda propia y sin que se halle en ella alguna cosa peregrina; ó toda limpia, y sin que se descubra y halle en ella alguna fealdad. La peregrina es en dos modos: ya en las palabras cuando uno greciza ó latiniza en castellano; ya en la contextura y trabazon de las palabras.

De la facilidad. — No basta que el estilo sea claro, puro, y natural; debe tambien ser fácil, es decir, que no descubra trabajo y detenida lima. Entre las principales gracias de Ciceron se cuenta la facilidad de su estilo, donde, si alguna vez se trasluce algun estudio es en la colocacion de las palabras para componer la armonía. En la manera de hablar de los príncipes se tiene por gran virtud la facilidad, y que sea desnuda de toda afectacion. Por tanto deben huirse las palabras peregrinas, las oscuras, las muy nuevas, las envejecidas, y las de sentido ambiguo, como hemos dicho ya hablando de la claridad.

No porque sea reprensible la oscuridad y dureza, ha de descender la oracion á tanta facilidad que pierda los

números y la dignidad conveniente. En esta flaqueza caen algunos que piensan acabar una grande hazaña cuando escriben de la manera que hablan; como si no fuera diferente el descuido y llaneza que admite la conversacion comun, de la atencion que pide el artificio y diligencia del escritor. A este propósito dijo oportunamente Ciceron en su tratado del orador: *Usum loquendi Populo concessi; scientiam mihi reservavi.* No se condena la facilidad, sino la afectacion; porque singular virtud es el decoro libre y claro, sin cansar al oyente con dureza y oscuridad. Y no se puede negar que régala mucho al sentido el ver que ningunas ligaduras ó vínculos impiden al pensamiento que se descubra con delgadeza y facilidad. Mas tambien ¿quién no conocerá el poco espíritu y vigor, la humildad y bajeza en que cae el que lo consigue? Y quién podrá oir sin molestia y disgusto palabras desnudas de grandeza y autoridad cuando importa representarla? Hay muy desigual diferencia de escribir de modo que la oracion fuerce á la materia, á que la materia fuerce á la oracion. Y en esto se conoce la distancia que hay de unos escritores á otros; porque la lengua, los pensamientos, y las mismas figuras que ilustran la oracion y la vuelven espléndida y generosa, no siempre siguen á la destreza y felicidad de la composicion.

El principal cuidado del orador ha de ser que claramente y á su tiempo exprima los conceptos y movimientos de su ánimo: lo cual tanto será en él mas de alabar, cuanto menos deseo y cuidado mostrare de quererlo hacer. No pretendo con esto en el que se dedica al arte de bien decir aquella negligencia y desaliño que toca en familiar; ni aquella demasía y cuidado en pulir y retocar la oracion, para hablar algo mas oscuro que los demas, sin dejar nunca satisfecho su deseo.

De la variedad. — No es menos necesaria la variedad en la expresion que la precision y claridad, para no fastidiar la atencion del oyente. Los hombres gustan de ser conmovidos: asi todos solicitan objetos nuevos que les exciten diferentes sensaciones. Hasta el perezoso negro se tiende á la orilla de un arroyo para divertir y entretener su ánimo con la vista del curso de las ondas; y la con-

tinua inquietud de la agitada llama nos hace apetecer la lumbre de la chimenea, que nos sirve de compañía.

No basta que una composicion sea nueva en la traza; debe serlo, si es posible, en todas sus partes. El lector quisiera sentir en cada cláusula, en cada período, en cada línea, en cada palabra, una nueva impresion; porque es cosa experimentada que la elegancia, la correccion, y la misma armonía llegan á cansar, sino se mudan las imágenes, ó las ideas, con las expresiones.

Si la parte de una pintura que se nos descubre, fuese semejante á la que acabamos de ver, este objeto sería realmente nuevo sin ser diferente, ocuparía la vista sin deleitarla: porque toda hermosura, asi del arte como de la naturaleza, no es bella sino por el placer que nos causa, y por esta razon es necesario que sea variada, excitando en cada nuevo aspecto una nueva afeccion, y en ella un nuevo deleite. Por esto los que quieren enseñar deleitando, modifican lo mas que pueden el tenor siempre uniforme de la instruccion.

Se hace insoportable toda larga uniformidad, asi al sentido de la vista, como al del oido. La repeticion de la misma palabra en un corto espacio del discurso, el mismo órden y círculo de períodos mucho tiempo continuado, cansan en cualquiera composicion, del modo que los números y cadencias repetidas en poesía. Igual efecto experimentaría el que caminase una jornada entera entre dos filas rectas de álamos, rendido su espíritu de tristeza y fatiga; al contrario de otro que atraviesa elevadas sierras, y torcidas sendas, embelesado entre aquella variedad deliciosa de situaciones y puntos de vista que encantan al caminante.

Hay, sin embargo, estilos que parecen variados, y no lo son; y otros que lo son, y no lo parecen. El estilo matizado de florecitas y conceptillos, bordado de menudas sutilezas, énfasis y antítesis delicados como una tela de aljófares, oscurece el discurso por su misma confusion. Comparémosle á un edificio de órden gótico, que por la variedad y enredo de sus laborcitas y pequeñez de sus adornos, es un encanto á la contemplacion, y un enigma á los ojos. Al contrario, el estilo tejido de frases claras,

períodos llenos, términos nobles y sencillos, magníficas transiciones, y grandes imágenes, deleita á los hombres de todos los siglos. Este estilo, por no salir del mismo término de comparacion, es como el de la arquitectura griega, que parece uniforme, y tiene las divisiones necesarias, y grandes partes que señalan precisamente lo que podemos ver sin fatiga, y lo que basta para ocuparnos el ánimo. A los grandes cuerpos corresponden necesariamente grandes miembros: los gigantes tienen grandes brazos, los cedros grandes ramos, y los Alpes se forman de grandes montañas. El estilo noble en los objetos magníficos debe tener pocas divisiones, pero grandes, y en estos ámbitos campea la magestad oratoria.

Acontece otras veces á algunos escritores que, pretendiendo hacer variado el estilo por medio de contraposiciones, le dán con esta artificiosa simetría una uniformidad viciosa. Algunos creen á fuerza de situaciones contrastadas animar lo lánguido y frio de una composicion, disponiendo el principio de cada frase en oposicion con el fin: defecto muy comun en los autores de la baja latinidad, como entre los nuestros en los reinados de Felipe IV y Cárlos II. Ademas de no ser natural este estilo, hallamos en él tan poca variedad, que asi que vemos una parte de la frase, adivinamos luego la otra que sigue. Verdad es que hallamos palabras opuestas; pero opuestas de una misma manera; vemos una contraposicion en las frases, mas siempre de un mismo color y forma, que es la mas molesta uniformidad. Tampoco está la variedad en inventar expresiones nuevas, sino en usar con mucho tino y gusto de las mas nobles y pulidas, variando con gran arte y maestría los modos, los ligamentos, y las transiciones de las frases y sentencias.

De la Precision.—La precision en el estilo es hija de la exactitud y claridad de nuestros conceptos; descarga de impertinentes accidentes al discurso, separa las cosas verdaderamente distintas, y evita la confusion que nace de la mezcla de las ideas. Es por consiguiente una prenda de gran valor en todo género de escritos.

La *precision* en las ideas dá fuerza y espíritu hasta al lenguaje comun y ordinario, y le comunica cierta gran-

deza; pues, cuanto mas simples y sensibles son las verdades, requieren mas precision. Dígalo la geometría que por ser la ciencia mas cierta y clara, pide la mas rigurosa exactitud. Pero es necesario, para no confundir la precision con la concision, que distingamos estas dos calidades.

De la Concision.—La concision pertenece á la expresion, asi como la precision á las ideas: desecha las palabras supérfluas, condena los circunloquios inútiles, y emplea siempre los términos mas propios y significativos. Podemos añadir que, así como el objeto de la precision es la cosa que se dice, el de la concision es el modo con que se dice. La primera simplifica al concepto, y la segunda abrevia su expresion.

La concision debe reinar en las definiciones, en la argumentacion, en las sentencias, en las breves narraciones, &c.; porque lo *difuso* es tan opuesto á lo conciso como lo *prolijo* á lo *preciso*, y lo *extenso* á lo sucinto. Y para dar una breve idea de estas tres diferentes calidades, podremos decir: que á lo *preciso* nada se le puede añadir que no le haga prolijo, y á lo *sucinto* nada quitársele sin que quede oscuro; mas lo conciso, siempre que se le cercene, quedará *oscuro*, ó *difuso*, si se le añade.

En hermosa lenidad de frases, sean las voces, no las muchas, sino las mas significativas, las que formen frases de vigoroso espíritu, que den nervio á la sentencia. Grande primor será si estas tienen con la gracia de breves el mérito de claras, en cuya fecundidad oculta se diga mas de lo que se dice, á manera de quien, mirando por estrecho resquicio, vé dilatado campo; y á semejanza de aquel artífice que, dibujando un dedo en reducida lámina, nos fijó en la imaginacion todo un gigante, hallando en ella lo que no hay.

Es gran primor del escritor saber reducir en un limitado espacio cosas que otro necesita extender en una prolija oracion. El que sabe ser conciso presenta solo lo principal del objeto, como hacian acertadamente los antiguos, que daban dentro del círculo de una medalla todo un César, retratando solo la cabeza, porque la medida de los varones grandes se toma de hombros arriba.

Del estilo breve y conciso usaban los estóicos, porque encierra espíritu sentencioso: y asi Justo Lipsio en la vida de Séneca los compara á los que usaban en la pelea de puñales para asegurar mejor las heridas. De la brevedad de Phocion en hablar, se maravillaban todos; por lo cual Polieneto decia: que Demóstenes era gran retórico, pero Phocion gravísimo, porque en muy breves palabras comprendia muy grandes sentencias. Y el mismo Demóstenes, despreciando á todos los demas, acostumbraba decir, en levantándose á orar y razonar Phocion: *yá se levanta el cuchillo de mis palabras.*

Con pocas palabras se manifiesta la grandeza del ánimo. Hablar poco, y decir mucho es decir mas de lo que se habla; y decir mas de lo que se habla, es valentía y excelencia del entendimiento. Para conocer á alguno, le dijo el Sábio que hablase. Menester es que hable el discreto para que le conozcan; pero su tiempo es menester para hablar. El que habla mucho, aunque hable bien, será hablador; y es dificultoso que hable bien si habla mucho.

Hablar poco, y al mismo tiempo claro, y agradable, con gran peso y magestad de sentencias, es lo mas dificultoso; y estas calidades y virtudes se hallan en Julio César. Homero dice que Meneláo fue dulce en el decir, y que hablaba poco: que la brevedad en los príncipes, capitanes, y magistrados es alabada. Octavio César cuando tenia que hablar al senado, ó al pueblo, ó al ejército, nunca lo hacia sino de pensado, y muy en órden para no hablar mas ni menos de lo que tenia determinado. Esta brevedad favorecia mucho á Pisistrato ateniense para alcanzar gracia con sus ciudadanos; y aun dicen que por ella alcanzó el imperio de todos los griegos.

Solo los Lacedemonios son loados de esta manera de hablar enfático y agudo, y principalmente su rey Agesiláo, que á veces decia de repente dichos breves, muy gustosos, y aparejados á mover los ánimos de los oyentes á lo que pretendia. Este estilo se adapta bien á la sátira, al donaire, y al gracejo. Licurgo quiso que los muchachos de Lacedemónia se ejercitasen en esta manera de hablar, para que se enseñasen á la burla inocente, y supiesen rechazar las pullas. Demóstenes en sus dichos fue mas urbano que

agudo, en lo cual, á dicho de muchos, tuvo Ciceron exceso: así vinieron á ser censurados los dos mayores oradores, el uno de corto, y el otro de largo.

Pero ¿cómo hablará con concision el que ignora el uso de la lengua en que habla? Es necesario que conozca toda su riqueza, todas las formas de su índole, sus licencias gramaticales, y toda la propiedad de las palabras y sus diferentes sentidos y usos. Por esto las mugeres y muchachos son tan difusos en su locucion; y por esto, los mismos hombres, cuanto mas legos y rudos, son mas verbosos y redundantes. Asi vemos que los mismos artistas son intolerables por su difusion y pesadéz, cuando escriben de su arte, si no les guian la pluma las buenas letras ó la filosofía.

En efecto, el que no conoce la riqueza de su propio idioma ¿cómo sabrá abreviar, cercenar lo que sobra, ni suplir lo que falta en la declaracion de un pensamiento? El que ignore la propiedad de las voces ¿cómo sabrá escoger la mas enérgica y expresiva? Si ignora la índole de la lengua ¿cómo conocerá el órden y la inversion de las palabras, y la fuerza elíptica en la frase, para reducirla á la menor expresion sin quitarle nada de lo esencial para su inteligencia? Si no conoce las licencias y anomalías gramaticales ¿sabrá, por ventura, cómo, cuándo, y hasta donde se pueden suprimir, ya el verbo, ya el artículo, ya la conjuncion, ya el pronombre, ya el adverbio?

Sea como fuere, para escribir con precision, es necesario pensar como filósofo, y exponer como geómetra: para hablar con concision, es necesario mucho ejercicio antes de fiar á la pluma sus conceptos. Asi vemos que en las primeras producciones suele ser mas redundante y débil el estilo que en las últimas, como se experimenta en los jóvenes. El que usa del estilo conciso, conoce el difuso; y por esto lo evita, para huir de la redundancia. El ignorante está mas expuesto á caer en la expresion difusa, porque nunca está seguro si lo que dice es todo lo que debe decir para darse á entender.

Por otra parte no se puede escribir con concision sin que haga el entendimiento un grande esfuerzo; porque,

al mismo tiempo qué extendemos nuestros conceptos en el papel, reducimos y castigamos el tropel de palabras que se nos representan arreatadas, digámoslo así, á nuestra imaginacion. Asi acontece que en los borradores de toda composicion casi siempre es más lo que se quita que lo que se añade á las frases, para dejar hermosa y fluida la brevedad del decir.

Ninguna lengua de las vulgares me parece tan suelta y libre para acomodarse al estilo conciso como la castellana; y por consiguiente tan adaptable su frase para seguir é imitar la brevedad y rapidez de la latina. Sin embargo, son pocos los escritores nuestros que se han abierto un camino en esta manera de componer, fuera de Mariana, Mendoza, Antonio Perez, y Saavedra: no hablo de los senequistas de los reinados de Felipe IV y Cárlos II, que, por hacerse cortos, cortaban el curso natural de la oracion; por hacerse breves, se hacian oscuros; y por ostentarse sentenciosos, encerraban en un profundo retiro la discrecion, dejándose atrás á los geroglíficos egipcios.

De cuantas maneras se puede conciliar la concision con la claridad de la idea, y con la libertad gramatical de nuestra lengua, sóbrannos á cada paso ejemplos. Con esta especie de sequedad y parsimonia de voces se dá siempre á la narracion un aire de gravedad y de grandeza, que apenas se distingue si son las cosas ó las palabras las que aparecen graves y grandes. Hablando del ejército de los cristianos antes de darse la famosa batalla de las Navas, dice un historiador: *Resolviéron buscar al enemigo: llegó el ejército al pie de Sierra-Morena: faltó el forrage: menguóse el bastimento. La fragosidad negaba el paso; el hambre no permitia la permanencia; la reputacion no concedia la retirada: imposibilitados totalmente de volver, de estar, ni proseguir.*

Hablando de D. Alvaro de Luna, píntale con esta breve concision el P. Mariana: *Era de ingenio vivo, y de juicio agudo; su astucia y disimulacion grande; el atrevimiento, soberbia, y ambicion, no menores.* En las dos últimas cláusulas se omite el verbo recto *ser*; pues pudiendo decir su *disimulacion* era grande, y su *soberbia* y *ambi-*

cion no eran *menores*; no lo quisó decir, y aun omitió el artículo *la* en los nombres soberbia y ambicion. De la misma concision usa en el retrato que hace del rey D. Alfonso el Magno, cuando dice: *Era alto de cuerpo, de muy buen rostro y apostura: la suavidad de sus costumbres muy grande: su clemencia, su valor, su mansedumbre, sin par.* No solo vuelve á suprimir aquí el verbo *ser*, mas tambien omite la conjuncion *y* entre valor y mansedumbre. Pondremos, entre innumerables que omitimos, esta otra muestra de la concision á que se presta la libertad de nuestra lengua en una oracion distribuida en cuatro miembros: *Si era animoso, decian que era otro Julio César; si virtuoso, que otro Octaviano; si verdá, que otro Trajano; si sufrido, que otro Vespasiano.* En los tres últimos miembros se omite en cada uno la repeticion de *si era* y de *decian era.*

Es de tanto uso la figura elipsis en los modismos de la lengua castellana, que parece que solo en ella se puede faltar á la gramática sin dañar al concepto ni á la claridad: anda la oracion, y no tiene pies muchas veces: habla y es muda. Ya hemos visto como se omiten los verbos, y lo veremos mejor en esta oracion: *Si encuentra ricos, se muestra avaro; si pobres, ambicioso.* En el segundo miembro se calla el verbo *encontrar*, y *mostrar.*

Hablando de un soldado muy nombrado por su valor, dice un escritor: *Hizo lo que nunca, volver las espaldas.* En esta oracion se saltan dos cláusulas, por no debilitar la frase con esta extension gramatical: Hizo lo que nunca *habia hecho*, *que fue* volver las espaldas.

El estilo sentencioso pide para mayor gravedad y autoridad esta estructura suelta y cortada; y es cosa rara que, cuanto menos ligada la oracion, sea mas nerviosa. Veamos en este ejemplo cuantas palabras faltan en el segundo miembro para ligarlo con el primero, y como no las necesita la inteligencia del concepto. Leemos en este breve aviso moral todo lo que conviene retener en la memoria: *Muchos pueden hacerte dichoso; honrado, tú solamente.* En esta última cláusula leemos implicitamente, *pero hacerte* honrado, tú solamente *lo puedes.* Aun es mas visible la

desnudez elegante de la elipsis en esta oracion: *En semejantes vanidades se gasta el tiempo*: *una vez ido*, *irrevocable*. Toda la fuerza y gravedad de esta frase desaparece diciendo despues de *tiempo*, *el cual* una vez ido, es irrevocable.

Con esta especie de sequedad y parsimonia de voces recibe el estilo un aire de magestad y grandeza que apenas se distingue si son las cosas ó las palabras las que aparecen magestuosas, ó grandes. Si á este estilo le faltan fluidez y melodía, y á veces correccion, en recompensa le sobran aquel vigor y energía que pide la severidad y desenfado filosófico, cuando dicta máximas y pinta desengaños. Basten los siguientes ejemplos: *De tan inestimable precio es la libertad*; *que no gozarla*, *es de bestias*; *dejarla perder*, *de cobardes*. — *No sé en qué tiempo mienten mas los hombres*, *cuando lisongeros*, *ó cuando enemigos*: *yo todo lo juzgo un tiempo*; *todo un nombre*. Asi dijo un autor nuestro antiguo en la edad en que se pensaba mejor que se escribia, y en que algunos rasgos felices, salvados de entre los tenebrosos misterios de aquellos escritos pueden servir de modelos de precision y concision, como en las dos sentencias que acabamos de trasladar, y en este símil emblemático del mismo autor: *cargos y oficios*: *yedra en el muro*, *que engalana y destruye*. Esta oracion sin verbo ni régimen, parece hecha mas para los ojos que para el espíritu: porque es mas lo que en ella se pinta que lo que se dice. Y para cortar sentencias por este breve talle, es única maestra la lengua castellana.

Pero tambien la extremada concision, que suele ser afectacion en muchos autores, deja el sentido de la frase ambiguo y oscuro las mas veces; y asi se ahogaban en este humo de su vanidad nuestros autores aforísticos de filosofía político-moral, que hablaban en cifra por parecer oráculos.

La cosa mas agradable y preciosa deja de ser estimada y singular cuando se abusa de ella. Una obra, un discurso, una composicion entera, construida toda de frases cortas y miembros cortados, seria intolerable al oido, no solo á la imaginacion del oyente: la memoria no puede

retener lo que anda desatado, y la atencion se pierde entre tan desunidos materiales. Ceñirse en corto espacio para correr despues la pluma con mas rapidez, ó extenderse con mas anchura, es prenda del buen escritor, que sabe acomodar en tiempo y sazon el estilo á la materia y al lugar. Cuando decimos que un autor es conciso, no entendemos sino que suele inclinarse su estilo en lo general á este género de escribir; no que toda la estructura de las frases lleve esta forma. ¿No se ha de hablar alguna vez á los sentidos para entretener la imaginacion, ó mover el ánimo del lector, ó del oyente?

Si es insoportable la excesiva brevedad, que deja truncado el estilo, dura la frase, y enigmático el sentido; no lo es menos la verbosidad que algunos confunden con la facundia. La natural fecundidad y facilidad de algunos escritores, no la permite poner término á la lozanía de sus expresiones: prolijos y menudos en sus definiciones: difusos en sus alegorías y comparaciones: dilatados en sus contrastes: y acompasados aun en sus gracias; en cuyos escritos se descubre mas retórica que eloquencia. Si la memoria y la atencion del lector padece con la corta brevedad de los unos, no sufre menos con la profusion y redundancia de los otros. Á los Embajadores de los Sámios, segun cuenta Plutarco, que amonestaban á Cleoménes que hiciese la guerra al tirano Polícrates, sobre lo cual le hicieron un razonamiento muy largo les dijo: *De lo que dijiste primero, no me acuerdo, y por esto no entiendo lo de en medio; y lo postrero de ningun modo apruebo.*

Puede atribuirse la redundancia á la verbosidad, y ésta á la facilidad. A lo menos la facilidad de amplificar por todas circunstancias y aspectos imaginables un mismo pensamiento es ocasion de caer algunas veces en un estilo difuso, lánguido, y monótono. El que cree que nunca acaba de imprimir en los ánimos de los oyentes la verdad ó doctrina que predica, forzosamente ha de derramar en la oracion frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó que se diferencian con muy poca variedad.

De esta superabundancia nace la languidez y frialdad del estilo. Cuando se apura la materia, desfallece el brio y el interés; y las últimas expresiones, en cierta ma-

nera amortiguadas, han de enervar precisamente á las primeras. Entonces es preciso recurrir á lugares comunes, á frases nuevas mas no diferentes, á comparaciones y á símiles triviales, y las mas veces inoportunos, y á discursos y pruebas contrapuestas en que el escritor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda, y el lector, una vez leida la una, tiene adivinada la otra, como el reverso de una moneda corriente. De aquí nacen tantas frases descuidadas, tan frecuentes repeticiones, tanta uniformidad de pensamientos y de períodos; de todo lo cual se viene á formar una composicion difusa, molesta, y derramada. Así sucede que muchos pensamientos, antes que florezcan en la oracion, se marchitan.

Los que pecan en este lenguaje, no es porque no usan de palabras castizas y elegantes; sino porque las multiplican sin necesidad, ó las toman en una significacion vaga é inadecuada á su intento. Y no solo ha de estar limpia la oracion de palabras supérfluas, sino tambien de todo miembro redundante; porque si cada palabra no representa una idea nueva, y cada miembro no abraza un nuevo concepto, queda enervada la sentencia. Todas aquellas palabras que no añaden algo al sentido de la proposicion, lo debilitan; y siendo supérfluas, embarazan la oracion, quitándole la soltura y fluidez de los períodos. La concision pide mucha severidad y buen tino, ya cercenando lo preciso para dar nervio y energía á la sentencia, ya no desnudando tanto la frase, que salga duro y árido el estilo.

Entre los vicios de la redundancia es el mas frecuente la prodigalidad con que se siembran los epítetos, cuya vana é inútil ostentacion no es mas que hojarasca que cubre y oculta el ruin fruto. La célebre poetisa Corina, dijo un dia de Píndaro, sonriéndose de la profusion de epítetos con que este poeta empezaba un poema. «Tú habias tomado un costal de grano para sembrar una pieza de tierra; y en lugar de arrojarlo á puñados, al primer paso vaciaste el costal.» ¿Y qué diremos del uso inmoderado de los superlativos, que ofenden la cordura y hacen dudosa la verdad? Son las exageraciones prodigalidades de la estimacion: son indicio de cortedad de conocimiento y de gusto.

Son raros los casos en que cae bien su aplicacion, cuando no ayudan á la mas viva demostracion de un encarecimiento.

Del Decoro. — Como en nuestra vida, y en todas nuestras obras, no hay cosa mas dificil que ver lo que nos conviene; lo mismo es en la oracion, donde lo mas principal es guardar el decoro, no solo en las sentencias, sino en las palabras: que no toda fortuna, ni toda honra, ni toda autoridad, ni dignidad, ni edad, ni tiempo, ni todos los oyentes han de ser tratados con unas mismas palabras y razones: mas siempre se ha de considerar lo que mas á cada uno convenga. Isócrates dá el precepto siguiente á su rey: *En todo lo que dijeres y pensares, siempre debes tener presente en la memoria que eres rey, para que no digas ni hagas cosa indigna de tan gran nombre.* En gran manera, dice Plutarco, se ha de recatar el que hubiere de hablar sobre pensado, que no use de palabras vanas con el pueblo; pues sabemos que Perícles, aquel gran orador, antes que comenzase un razonamiento al pueblo, acostumbraba rogar á los dioses que ninguna palabra le viniese á la memoria que fuese agena del propósito. De Alcibiades cuenta Teofrasto, que cuando oraba, andaba buscando con atencion, no solamente qué diria, pero tambien cómo lo diria, y de qué manera templaria el decir, y qué rigor ó blandura pondria en las palabras. Y esta era la causa porque muchas veces se paraba, y parecia turbarse y titubear. El que comienza desde la misma cosa, y habla luego de ella; en gran manera, mueve y persuade al pueblo, y lo atrae á lo que quiere sin trabajo.

Es impropio y disonante el estilo si no conviene con el sugeto, como cuando se usa de frases blandas y regaladas en casos tristes y terribles. Asi sucedió á Lysias en la oracion que hiso para la defensa de Sócrates, quien la juzgó por buena, pero indecente para la gravedad y estimacion suya: porque, como dice Arístides en una oracion: no conviene á la muger noble lo que á la deshonesta y perdida; y mucho menos á los hombres lo que á las mugeres. Y por esta razon llamaremos prudente al orador, cuando sabe usar de la gracia, de la suavidad,

de la llaneza, de la cultura, ó de la grandilocuencia, ya sea en las cosas, ya en las palabras, en su lugar, en su tiempo, y en su modo.

La elevacion y magnificencia roban nuestra atencion, cuando la diccion corresponde al objeto, porque es regla general que la expresion se mida con el asunto que se trata. ¿Quién referirá el incendio de Roma por Neron con lenguaje sencillo y frio? Cuando los personajes, ó sus hechos, son ilustres y grandes, la locucion debe ser tan magnífica como ellos. Veamos como habla Ciceron cuando habla de Julio César: *El mayor presente* (le dice) *que te hizo la naturaleza, es la voluntad de hacer bien, ya que de la fortuna recibiste el poder de hacerlo.* — Oigamos con qué gravedad habla Valerio Máximo de una accion generosa de Pompeyo, vencedor y restaurador de Tygranes: *Le restituyó* (dice) *su primera dignidad, juzgando por cosa tan gloriosa el hacer como el vencer reyes.* — No menos digno del sugeto es este rasgo magnífico de un historiador en elogio de Carlo Magno: *El imperio se sostenia por la grandeza del emperador, quien, sobre ser hombre grande, aun era mayor príncipe.* — Del Rey Católico D. Fernando dice D. Diego de Saavedra: *Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido; y firmó las paces debajo del escudo. No tuvo Corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos.*

Hablando Plutarco de la conformidad estrecha que debe guardar el estilo con el asunto, nos refiere: que á uno que alababa mucho á un orador que las cosas pequeñas engrandecia y amplificaba, dijo Agesilao: *Yo por cierto no tengo por buen zapatero al que para pie chico hace grandes zapatos.* A este propósito se puede aplicar lo que un viajero respondió á un pequeño y pobre Príncipe de Alemania que, enseñándole todas las piezas de su palacio, y preguntando lo que le parecia, le dijo: *Que en nada habia que poner reparo, sino en la cocina, que era demasiado grande.*

Otras veces procede la discordancia é impropiedad del estilo con las cosas, del desacierto de algunos escritores, cuando zurzen retazos de obras de otros, y los aplican á estofa de distinta suerte ó color; ó pretenden que lo que

trabajó el autor original para su intento, se ajuste despues á su sentencia, aunque perfecta en sí misma. Debieran ellos advertir que lo bueno y lo propio es lo que conviene, y que la conveniencia está en que lo feo cuadre con lo feo, lo hermoso con lo hermoso, lo humilde con lo humilde, y lo magnífico con lo magnífico. Á estos malos ladrones de trabajos agenos podria aplicárseles aquí lo que cuenta Plutarco de Demónides el cojo, el cual, habiéndole hurtado los zapatos, echaba plegarias que viniesen bien al pie del ladron, porque eran tuertos, y por eso no podian hacer sino al pie de otro cojo.

De la Dignidad. — No basta que la diccion sea decente en los discursos oratorios, y escritos serios. La dignidad que pide el estilo reprueba las locuciones bajas, populares, ó muy comunes.

Este defecto en que han caido algunos oradores y escritores, famosos por otros respetos, se toca en este ejemplo: *Estos mismos varones, que vemos hoy en los cuernos de la Luna*, pudiendo haber dicho el autor con dignidad: *que vemos hoy ensalzados*, ó bien, *que vemos en la cumbre de la fortuna*. Lo mismo se puede reprender en esta otra sentencia: *El vicio señorea, y la virtud anda por los suelos*, pudiéndose decir, *la virtud está abatida, ú hollada*. Esta desigualdad nace de falta de gusto, ó de negligencia en castigar el estilo, ó de poca delicadeza en las costumbres, y en la educacion civil y literaria.

En los símiles suele ser donde mas se descubre esta desigualdad de lo muy elevado y lo muy humilde. *Asi como el hombre* (escribe un elocuente místico) *naturalmente es mayor que una hormiga, asi aquella nobilísima sustancia divina sobrepuja tanto todas las otras sustancias criadas, que todas ellas apenas son una hormiga delante de él.* Sigue el mismo autor el mismo estilo con otro ejemplo, cuando dice: *Los buenos, considerando que tienen á Dios por padre, y que es el que les envia aquel cáliz como una purga ordenada por mano de un sapientísimo médico....* La palabra *hormiga* del primer ejemplo, y la otra *purga* del segundo, sobre ser humildes en sí mismas, son impropias de unas ideas tan altas y nobles.

Ninguna cosa debe procurar tanto el que desea al-

canzar nombre de escritor suelto y elegante con la gala de la elocucion, como la limpieza, escogimiento de voces, y ornatos que presta la lengua. No la enriquece quien usa de vocablos humildes, indecentes ó comunes, ni el que introduce vocablos peregrinos, inusitados, ó insignificantes; antes la empobrece con este abuso. Los unos por falta de cuidado y diligencia, se contentan con la llaneza y estilo vulgar, creyendo que lo que es permitido en el trato comun se puede trasladar á los escritos y razonamientos graves, donde cualquier leve descuido deslustra la sentencia y su exornacion: y los otros, por dar mas dignidad á sus conceptos con la cultura de sus palabras, no aciertan con las propias que, sin tocar en los dos extremos de comunes ó estudiadas, tengan una noble propiedad. Para desviarse del lenguaje comun, no basta desechar las visiblemente vulgares, sino escoger entre las decentes las mas urbanas y enérgicas, sin que se trasluzca violencia ni afectacion. Por ejemplo la palabra *ondas* es voz mas sonora, llena y grave que *aguas* y que *mar*; mas grave es *tempestad* que viento; mas *ruina* que caida; mas *pesadumbre* que pesar; mas *gravedad* que peso; mas *sublimidad* que elevacion; y mas digna *lecho* que cama, y *alumbramiento* que parto, &c. Y asi la voz grave significa mas vehemencia, la sublime mas magnificencia y resplandor, y añade magestad á la diccion grave.

Pero para no caer en el culteranismo queriendo huir de términos comunes, aunque propios y claros, se necesita tierno tino en escoger voces conocidas sin que dejen de ser nobles. Si no queremos decir, por ejemplo, *cierzo* que es voz comun, ni *norte* que es general; no diremos tampoco *aquilon*, que es poética, y por tanto afectada; pero podremos decir *septentrion*. Por las mismas razones y órden comparativo no diremos, ni *levante*, ni *orto*; mas sí oriente; ni tampoco *poniente*, ni *ocaso*; mas sí *occidente*.

Y aunque los términos forenses, legales, oficinales, y metafísicos son nobles por su sentido y objeto, no los admite la dignidad de la elocuencia, ni aun para símiles y comparaciones en que se busca color y esplendor. Para estas imágenes tienen mas energía y propiedad las voces pastoriles, las rurales, y todas las que pintan objetos de

la naturaleza, por ser mas puras, mas magníficas, mas sencillas, y mas sensibles que las del arte: con estas se enseña y se instruye á los entendimientos; mas no se mueve y deleita á los ánimos.

Los vocablos bajos en todas las lenguas desdoran la oracion de tal modo que, generalmente hablando, sufriremos antes un concepto bajo expresado con términos nobles, que el concepto mas noble con términos bajos: porque si todos no podemos juzgar de la exactitud y fuerza de un pensamiento, casi todos somos capaces de percibir la vileza de las palabras.

Hay cierta clase de palabras bajas, y son las que no guardan decencia con la cosa que se trata, ó con la persona que las dice, ni con las que las oyen; y no por sucias ni deshonestas, sino por demasiado humildes, como *rocin*, *burro*, *gorrino*, &c.; ó por picarescas ó cómicas, como *dar papilla*, *hacer la mamola*, &c.

Los vocablos y modos de decir mas generales tienen mas dignidad que los particulares; y la negacion de los contrarios mas que la afirmacion. Asi se dice mas grave y honestamente de una muger *vive mal* que no es una.... y aun con mayor disimulo, *no vive muy bien*; ó con mas decoro, *no vive muy honestamente*. No se puede guardar esta decencia en la expresion sin observar una particular delicadeza en la eleccion de las palabras. No es de perder aqui la ocasion de trasladar un ejemplo de un autor grave español, el cual queriendo referir dos hechos de dos cortesanas griegas, sin ofender la castidad de los oidos, narra de esta manera ambos casos: *Elpinice encendida del deseo de gloria y fama, rogó á Polignoto con muchas caricias y blanduras, acompañadas de promesas, que la pintase al natural entre las troyanas de su cuadro. Hízolo el pintor con tal diligencia que asi parecia viva; y en pago de tan excelente obra, alcanzó de ella una noche. Praxiteles tambien, peritísimo entallador de mármol, amó ahincadamente á la no menos hermosa que taimada Phrine, la cual pidió que en premio de su amor la sacase al desnudo; y él lo cumplió con tanto cuidado, que del rostro de la imágen se conocia la aficion del artífice, y la alegría de ella por tal paga.*

Várlos son los modos de cubrir lo torpe ó feo del pensamiento, cuando el escritor no puede callar los hechos por no faltar á la verdad, ó por sacar de ella avisos ó documentos saludables. Una sola palabra, usada en diferente sentido del própio, recto, y natural, ó bien un circunloquio enfático, oscurecen con una sombra figurada la demasiada claridad de la cosa, de modo que se trasluzca el sentido principal, para que el lector haga dentro de sí la aplicacion, sin ofensa de sus oidos: *Mesalina* (dice un historiador) *despues de haber hecho plato de sí á cuantos venian, volvió triunfante al lecho nupcial.* — *Bien se dá á entender* (dice otro) *ser el amor deséo insaciable, de aquello que cuentan de Júpiter con Alcmena, que triplicó la noche, no bastándole una para apagar el fuego de su ardor.*

No basta hablar el lenguage propio, castizo, y correcto, porque, á pesar de todas estas calidades, indispensables siempre en la declaracion de todo pensamiento, y en la narracion de los hechos, podrá faltar dignidad, y aquella gala que distingue la elocucion del comun modo de hablar. A veces las mismas palabras propias de la lengua, y significativas de las cosas, rebajan los quilates del estilo noble, por ser demasiado propias. Asi suele acontecer en las meramente técnicas en cualquier materia, porque el orádor, no menos que el poeta, deben huir de los términos que pertenecen exclusivamente al lenguaje didáctico: mas no por esto pretendo que se diga *Febo* por sol, ni *Latóna* por luna, ni *Filomena* por ruiseñor, &c., licencia solo concedida al estilo poético; sino que se hable de las cosas con aquellas palabras, nobles por mas vagas, hermosas por mas apartadas de la inmediata aplicacion al objeto; pero adecuadas siempre á su genuina significacion: lo contrario seria afectacion y oscuridad.

Quiero decir con esto, por ejemplo, que si he de hablar de una batalla, no haga empeño en explicarme con un práctico que narra militarmente, ni descienda á los pormenores mecánicos y desnudos; sino que abrace las acciones principales, y esto con ciertas metáforas y tropos bien escogidos que realcen el asunto sin hacerlo perder de vista. Si entra en la narracion, no dirá el orador los *balazos*, sino los estragos de la artillería, no nombrará las

balas, sino los tiros; no dirá los *cañonazos*, sino las bocas de fuego; no dirá el *tren*; sino el boato; no el *botin*, sino los despojos; no *batir*, sino expugnar; no *bayonetas*, sino aceros, no *choques*, sino reencuentros; no *guerrilla*, sino escaramuza; no *atacar*, sino embestir; no *apuntar*, sino asestar; no *accion*, sino pelea; no *regimiento*, sino legion; no *murallas*, sino muros; no *sitio*, sino asedio; no *bloqueo*, sino cerco; no dirá *sentar plaza*, sino alistarse; no dirá *sirvió bajo de tal General*, sino militó. Usando de voces antiguas se dá mas dignidad á la diccion, en cuanto se apartan mas del lenguaje moderno de la milicia. Pero esto pide cierto tino y discrecion, atendido el tiempo, el lugar, y la naturaleza de las cosas. El prosista tiene mas estrechos límites en esta parte que el poeta.

En el estilo oratorio no caben las palabras plebeyas ni familiares; mas ni las que designan cosas muy pequeñas, sin una absoluta necesidad. Basta indicar las calidades de ellas por un término general y apartado; y no tan peculiar é inmediato, que se desautorize la frase. Esta debe disponerse con tal arte y juicio, y vestirse de tal gravedad de palabras, que, aun cuando se escriba de cosas humildes, no caiga el orador en oracion humilde. Esta llaneza y prolijidad solo es bien recibida del lenguaje técnico y didáctico, donde se trata de definir, describir, y enseñar. El orador pinta en grande, y solo las calidades eminentes de los objetos, y siempre con las voces de significacion mas extensa si son mas nobles. Dirá *estancia* en vez de sala; *morada ó mansion* en vez de vivienda; moradores en vez de vecinos; *marcial* en vez de guerrero; *silvestre* en vez de montés; *vínculo* en vez de atadura; *gradas* en vez de escalones; *ceñido* en vez de fajado. Y ¿quién podrá negar que hay casos en que la dignidad del asunto requiere que se prefiera la palabra *cerviz* á cuello, y esta á pescuezo, que es por sí humilde; *lábios* á boca; *plantas* á pies; *palmas* á manos; *asno* á burro; *cándido* á blanco; *conflicto* á combate; *incendio* á quema; *asolar* á talar; *segur* á hacha; *impostura* á embuste, &c.?

Sin embargo, como hemos dicho mas arriba, todo esto pide cierto temperamento, porque no se debe hacer siempre ostentacion de una vana hinchazon de palabras, ex-

presando cosas comunes con términos magníficos. Las grandes palabras son impertinentes en el estilo simple; pero los términos simples y comunes asientan bien algunas veces al estilo noble. Hay pasages en que la sencillez de las palabras expresa mejor la cosa que todo el ornato y pompa de ellas; en aquellas hay mas energía, porque hay mas propiedad. Y es muy natural que una cosa enunciada en términos ordinarios se hagan creer mas facilmente.

Todo se puede ver en este pasage de Teopompo, muy adecuado, y que dice mucho: *Filipo se bebe, sin pena, las afrentas que la necesidad de sus negocios le obliga á sufrir*. Cuánto significa esta expresion *beberse las afrentas*, para explicar la facilidad con que un hombre, para engrandecerse, sufre y disimula indignidades! Lo mismo diremos de esta otra expresion de Herodoto. *Cleomenes, habiéndose puesto furioso, toma un cuchillo, se pica las carnes, se hace un gigote, y muere*. En esta expresion no hay finura, mas hay franqueza; hay energía, y no grosería.

Hay frases de gran nobleza por su objeto, en que la viveza del pensamiento pide á veces, para representar la imágen, la palabra mas comun, sacrificando lo noble á lo enérgico. Asi se lee en este ejemplo de Fr. Luis de Leon, cuando dice de un malvado hipócrita que finge en el templo actos de oracion: *Gotean sus manos sangre inocente, y álzalas al Señor como limpias*. Podia haber dicho, *destilan ó manan*, palabras menos comunes ó mas cultas; y prefirió la de gotean, por mas expresiva.

Hay voces, nobles y propias en un sentido, aunque comunes; y en otro impropias y bajas: en el primer caso pueden recibir un sentido figurado, y de ningun modo en el segundo. La voz *fierro* se usa en sentido físico, no para denominar genéricamente este metal, sino cuando tratamos de las labores de herrerías, y de los artefactos y utensilios fabricados. Pero en acepcion figurada, como *morir á hierro*, *cargado de hierro*, *penar entre hierros*, nunca usaremos de la voz *fierro*.

De la elegancia. — Esta voz se deriva, segun algunos, de la latina *eligere*, escoger, porque solo esta puede ser su verdadera etimología; y en efecto, todo lo que es elegante, es escogido. La elocuencia es comun á todas las na-

ciones, y á todas las lenguas; pero la elegancia ya es obra mas de arte que del natural talento; ó añádase aun, que el artífice es mas elegante cuando le ayuda la índole de la lengua, y la construccion de sus vocablos.

Del genio gramatical de una lengua, de sus licencias y libertad en la sintáxis, y de la variedad en sus formas, saca el buen escritor los varios modos para la armonía, fluidez, suavidad, rapidez y brevedad de la sentencia. Estas calidades sobresalen en la castellana, en cuya frase no hay trabas que impidan el rodear ó acortar camino, dilatarse ó recogerse, pararse ó revolverse de muchas maneras. Segun el uso que se hace de ella, hay escritores redundantes ó concisos, lánguidos ó enérgicos, ásperos ó blandos, confusos ó despejados, tardos ó expéditos. La elegancia en toda composicion no es la elocuencia, sino una de las calidades de ésta, pues no consiste solo en el número de la armonía, sino tambien en el escogimiento y correccion de las palabras, que se llama cultura.

Un discurso podrá ser elegante, sin ser por esto bueno; porque, como ya hemos dicho mas arriba, la elegancia no es mas que el mérito de la *diccion*, pero tampoco llamaremos absolutamente bueno un discurso sino es elegante. Sin embargo, el orador mueve y persuade muchas veces sin elegancia, sin número y sin armonía, porque el punto principal para la eficacia de la elocuencia, consiste en que la elegancia nunca enerve el vigor de la sentencia. Asi es que quien pretende persuadir á los otros, debe en ciertos casos sacrificar la elegancia de la expresion á la grandeza del asunto, ó energía del pensamiento.

Ademas, hay lenguas que se prestan mas que otras á la elegancia y algunas que jamás podrán servirla de instrumento. Ya terminaciones duras ó sordas: ya la frecuencia y concurso áspero de consonantes: ya la escabrosa trabazon de partículas, y de verbos auxiliares, multiplicados á veces en un mismo período, ofenden el oido de los mismos nacionales ¿y qué será de los extrangeros?

Aun en las lenguas mas fluidas y armoniosas, como es la española, desaparece todo este mérito, cuando la maneja un escritor inculto ó imperito, como en estos ejemplos. *No ha podido dejar de ser menester que ella se haya*

convencido; pudiendo haber dicho *tuvo que convencerse sin recurso*. Frases desquitadas, fastidiosas repeticiones, son otros de los defectos contra la elegancia. *Aunque hay innumerables títulos por donde estamos obligados á Dios; este es el mayor de todos; y el que solo, aunque mas no hubiera, merece todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviere infinitos corazones que emplear en él.* En esta oracion reina mucha negligencia en el aire de la frase, y en la repeticion de tres veces *aunque*, y dos veces el artículo *el*, y otras dos el pronombre *él*, concluyendo el período con este ingrato é insonoro monosílabo. ¿Quién creyera que asi hablase Fr. Luis de Granada?

Otras veces el demasiado esmero en acicalar y aliñar las frases enerva y afemina la oracion; unas veces por afectar pureza y correccion, y otras por ostentar cultura y armonía, que son partes constitutivas de la elegancia. En todo estilo debe reinar la mediocridad, porque en toda oracion *nimia humilitas vitanda*, y la elegancia, *nunquam spernenda*; mas no con la afectacion con que algunos la usan en estos tiempos, que creen enriquecer y mejorar su lengua sacándola de su dialecto y genio.

De este abuso se quejaba tambien en su tiempo Lope de Vega, respondiendo á una dedicatoria del Licenciado Francisco de las Cuevas, donde dice: «Quiere Aristóteles, »y quiere la naturaleza, que todas las cosas en llegando »á su propio lugar reposen; pero en muchos, que á la »ambiciosa curiosidad llaman cultura, no le halla nuestra »lengua, y por esto peregrina hasta llegar á bárbara. La »extrañeza y la peregrinidad deleitan á la ignorancia, y la »verdad al entendimiento. Pero hay hombres que se bur»lan de la naturaleza como Diógenes, cuando en tiempo »frio se abrazó con una estátua de bronce. Con funda»mento piensan muchos que debe de ser defecto de letras »andar á buscar palabras, tal vez por bajas, menospre»ciadas del uso, y tal vez de la docta censura por la va»nidad y pompa de su soberbia: curiosa temeridad de mu»chos, acertada de pocos, y de ninguno admitida.»

En otros, la afectacion de armonía por parecer elegantes, les hace caer en el vicio de aquellos que vuelven á fabricar un ídolo de los adornos del oido, como los Israe-

litas, que de las arracadas de sus mugeres é hijas hicieron el becerro. Otros quieren ser elegantes, sin entender, como se debe, á la correccion y exactitud, que son calidades esenciales de la *pureza de lenguaje*. Lo que se dice, ha de ser puro, ordenado, y acomodado á las cosas de que se trata: llamo puro lo que es propio y natural de la lengua en que se habla ó escribe, sin lo cual no hay correccion. Esta nace de la observancia escrupulosa de las reglas gramaticales, y de las palabras que el uso autoriza. La *exactitud* consiste en evitar las expresiones y voces anticuadas, las cláusulas truncadas ó no bien cerradas, y la frase y transposicion de los poetas, que dislocan y cortan el enlace de las palabras, cuya licencia, necesaria para el número y la rima, no es permitida á la prosa.

La *correccion* comprende tambien la adecuada coordinacion de las palabras, y el enlazamiento natural de las expresiones que componen el hilo y sucesion de las ideas. Estas calidades forman la *construccion* en general, que es la forma exterior de la oracion; de suerte que toda violacion de esta regla, tan necesaria para la clara y limpia locucion, se llama *solecismo*. Pero aunque se considera la correccion como una de las virtudes principales de la elocucion, no debe el perfecto orador hacerse tan esclavo suyo que llegue á amortiguar el espíritu y energía de una sentencia. Si es vicio el ser incorrecto, tambien lo es el ser frio, y mas vale en ocasiones faltar á la gramática que á la elocuencia, esto es, que es menor defecto ser inexacto que lánguido.

Es prenda preciosa de la elegancia la fluidez, aquella corriente carrera de términos blandos y sonoros, y cadencia grata de cláusulas sonoras y llenas. Sería no tener oido ni gusto no reconocer lo fluido de los siguientes ejemplos. Oigamos al P. Márquez, cuando dice: *sería segun, no solo la costumbre, sino la naturaleza, no conocer que las mugeres virtuosas siempre hicieron pundonor de no borrar las lágrimas de la viudez con las galas del segundo matrimonio.* Regalada es la fluidez de esta elegante pintura de Miguel de Cervantes, que empieza de esta manera: *Convidábale la soledad del camino, y la sabrosa armonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado*

canto á saludar al venidero dia. — Entre otros modos de decir elegantes, la dulzura y fluidez de la diccion ¡qué delicadamente suenan estas cláusulas de Fr. Luis de Granada hablando con Dios? *¡ó dulcísimo amador de las almas limpias! ¡ó dulcedumbre mia santa, esperanza mia segura, caridad mia perfecta, vida mia eterna, alegría y bienaventuranza mia perdurable!*

Otro ejemplo añadiremos que envuelve, en la variada textura de la composicion, pureza, correccion, número, armonía, realzando la hermosura de la elegancia con el resplandor y gracia del estilo metafórico. Es el mismo P. Marquez, quien, hablando de la música, dice que se debe ir con mayor tiento en oirla, por cuanto tiene mayor jurisdiccion sobre nuestros afectos: *Es el natural del hombre tan adelantado, que siempre quiere ir ganando tierra en el deleite, y asi es menester quedarse algunos pasos antes de la raya; que el que llega á lograr lo lícito, á pique está de caer en lo vedado. Y asi, como se entra la golosina á sombra de la necesidad, viene á ser incierto el medio de la templanza, que el de la justicia no lo es: y de esta incertidumbre se aprovecha el deleite para colorear con capa de virtud el exceso de su regalo.*

Pecan, pues, contra esta gracia de la diccion aquellos escritores, que suelen enredar el tejido de las cláusulas con una construccion dura é ingrata al oido; las unas embarazadas con artículos ó partículas supérfluas, ó repetidas; y las otras, dislocadas ó desatadas entre sí sin consolidar los miembros del período; ni suavizar los cortes de las transiciones con aquella natural trabazon de las cópulas conjuntivas, ó disyuntivas.

Son absolutamente inelegantes las sentencias cuya composicion carece de tersura y limpieza, es decir; en cuya estructura el autor no ha tenido el cuidado de castigar la frase, del modo que el jardinero chapoda un árbol vicioso, entresacándole las ramas superfluas, y las varas inútiles que le ahogan. ¿Cuánto desaliño y negligencia hay en esta arrastrada y floja oracion? *Luego que esté bien labada la cuba, y que se haya raspado, será del caso que se prepare, tomando un lienzo que se haya empapado bien en azufre.* Esta composicion difusa, embarazada y fastidiosa, pue-

de quedar pura, limpia y sucinta, recortándola de esta manera: *Luego de bien labada la cuba y raspada despues, convendrá prepararla con un lienzo bien empapado en azufre.* — Pongamos otro ejemplo de falta de correccion y limpieza: *Para esto no hay mejor medio que el que se ha indicado arriba.* Con menos rodeo y menos palabras se diria: *El mejor medio para esto es el arriba indicado.* Con esta operacion se cortan seis palabras embarazosas *no*, *hay*, *que*, *que*, *se*, *ha*. Traigamos aqui otro ejemplo para pasarle despues el hacha y la llana: *Siempre se ha de procurar evitar que se pueda jamas introducir el lujo*, pudiendo decirse limpiamente: *evitemos siempre que se introduzca el lujo*; ó bien *la introduccion del lujo.*

Entre los vicios mas comunes contra la limpieza y fluidez que pide la elegante oracion, es la repeticion desagradable de unas mismas voces, ó de unas mismas terminaciones, ya de partículas, ya de preposiciones, ya de adverbios, ya de infinitivos, ya de gerundios, &c. Ejemplo de partículas: *Porque*, *aunque se sabe* que *es preciso* que *el hecho* que *se cuenta ha de tener lo* que *llamamos verosimilitud.* En esta oracion imperfecta ofenden al buen gusto y al buen oido seis ingratas repeticiones del *que*, las cuales desaparecerian, ó se modificarian, cercenándolas, ó envolviéndolas dentro de la frase, mudada su extructura de esta manera: *Y, si bien se sabe que el hecho que se cuenta debe tener lo que llamamos verosimilitud.* Aun tiene mas fácil composicion esta dura y desaliñada oracion: Por *fin*, ¡*cómo un arte* por *sí tan útil que ha sido* por *tantos siglos cultivado* por *un número tan grande de hombres*, *no se halla* por *esto mas adelantado*! En esta corta admiracion admira tanta negligencia, pues se repite cinco veces el sonido del *por*, que se podria templar ó cortar diciendo asi: *En fin, ¡cómo un arte de suyo tan útil, que ha sido tantos siglos cultivado por un número tan grande de hombres, no se halla con todo mas adelantado!* Ejemplo de infinitivos repetidos: *Estas son las calidades, que ha de tener para poder ser perfecto, y para no dejar ignorar lo que se haya de hacer.* El escribir con este desaliño, es mas que ignorancia, pues toca ya en estupidez. — Ejemplo del fastidioso sonido de los gerundios: *Esto se puede conseguir yendo lle-*

nando lo vacío y vaciando lo lleno. — Ejemplo de preposiciones y pronombres repetidos: Si sin *reflexion se considera que si se omitiera esta precaucion, se rompiera con el aire que se soltase.* — Otro: *dió á conocer á la Europa á que grado ha llegado la física.*

Es de grande auxilio, para evitar el desagradable sonido de los pronombres *el* y *ella*, *aquel* y *aquella*, *este* y *esta*; el buen uso de los posesivos y relativos *suyo* y *suya*, *cuyo* y *cuya*, y de los adverbios de lugar *donde*, *aquí*, *allí*; con lo cual se estrecha mas la frase y se fortifica. Dícese sin cuidado: *Descubriéronse los hipócritas, y las artes de ellos*, pudiendo haber dicho, *y sus artes.* — Otro dice: *Las minas del pais son la principal riqueza de él*, pudiendo haber dicho *son su principal riqueza*; ó aun mejor, *la principal riqueza del pais son las minas.* — Otro: *Este territorio en que el clima es muy frio*, pudiendo haber dicho *donde el clima*, ó *cuyo clima.* — Otro: *Era un castillo que no pudo apoderarse de él el General N.* Diríase mejor, *del cual no pudo apoderarse*; y aun mucho mejor, *que no pudo tomarlo el General N.* — Otro: *Es un antiguo hospital del que fue fundador el Rey N.*: Dígase con mas soltura, *cuyo fundador fue el Rey N.*

Sobrados ejemplos me parece haber presentado para manifestar la atencion y cuidado con que debe proceder todo escritor que aspira al nombre de elocuente, y la necesidad de no olvidar las primeras reglas del arte para producir con limpieza, claridad, y precision sus conceptos. Y si bien muchos de estos preceptos los tiene prescritos la gramática, los modos de egecutarlos solo la retórica lo enseña; menos cuando el mismo escritor que nos vende la doctrina como suya ó agena, cae torpemente en los vicios que se propone reprender. Así se lee en la traduccion castellana de los oficios de Ciceron Cap. XX. del libro I. por Francisco Támara, donde en una breve y sencilla oracion de cuatro líneas, se repiten cuatro terminaciones en *ente*, y tres de ellas en *mente*, para mayor tormento de los oidos. Dice, pues, de esta manera: *Por esta misma razon, el hablar copiosamente, con tal que sea prudentemente, mas excelente cosa es que darse á la contemplacion agudamente sin elocuencia.* No menos descuidado y

fastidioso es otro lugar de la traduccion de Blair, en la Leccion VII. del tom. I. pág. 163, donde continuando el mismo desaliño se dice: *Cuando las naciones del Norte, que inundaron el imperio, llegaron á moderar el lenguaje, abandonaron su lengua.*

Aquí podriamos tratar de otro vicio contra la elegancia, y es la repeticion de una misma palabra dentro de oraciones muy unidas, ó muy cercanas, como se puede leer en la pág. 161 del citado tomo y Leccion, en que se dice: *Es muy corta esta libertad en comparacion de la que tenian las* lenguas *antiguas. Las* lenguas *modernas varian tambien unas de otras en esta parte. La* lengua *francesa es entre todas la mas determinada.* Si la traduccion es literalmente ajustada, debemos inferir que el Maestro Blair no tuvo tino, ni su traductor oido. Dejo, por no bien entendido aquello de *determinada*, que suena á lengua atrevida, suelta, desatada.

Si la repeticion en períodos separados es tan fea y mal sonante ¿qué será dentro de una misma sentencia, ya sea de nombres, ya de pronombres, ya de preposiciones, &c.? Sea el primer ejemplo de este género una oracion entera de un autor censurado por el mismo Blair justísimamente, que está concebida de esta manera: *A esto sucedió aquella licencia que inficionó la moral, no pudiendo ésta mejorarse por* aquellos *que entonces componian la Corte, ó por* aquellos *que formaban los partidos, ó por* aquellos *que manejaban los negocios en* aquellos *tiempos calamitosos.* Pero ¡quién creerá que en la misma obra en que se dán lecciones contra estos vicios, que son de bulto para cualquiera racional que tenga ojos, ú orejas, se cometen iguales faltas no alcanzando la paciencia para contarlas! Bastará decir para confusion de nuestra vanidad, ó sea sobrada confianza de los que nos atrevemos á enseñar á los demas; que apenas acaba Blair de censurar el ejemplo anterior, cuando añade, ó le hace hablar asi su traductor: *Este autor es el que habla sobre* esto *de* esta *suerte.* Pero en la Leccion II. tom. I. pág. 25. echaron el resto no sé cual de los dos, repitiendo cuatro veces la preposicion *sobre* dentro de una sola proposicion, que empieza y acaba asi: *Nos podemos convencer de esta verdad con solo reflexionar*

sobre *la inmensa superioridad que la educacion dá á las naciones civilizadas* sobre *las bárbaras*, y sobre *la que en una misma nacion tienen los que han estudiado las artes liberales* sobre *los hombres rudos*.

Si en las obras publicadas para enseñar á la juventud el arte de bien hablar, se encuentran tan escandalosos tropiezos ¿cómo enmendará sus yerros, ó sobre qué dechado se formará el incauto lector que compra libros tan á ciegas, como el que compra melones? Y es empeño bien donoso que en la citada obra emplee el traductor casi la mitad de un tomo en sacar á la vergüenza los defectos verdaderos ó imaginados de nuestros Marianas, Leones, Cervantes, Argensolas, Saavedras y Solises, en cuyos escritos no se propusieron dar lecciones de retórica á la nacion; bien que sobren ejemplos de elocuencia para los españoles agradecidos por desengañados.

ARTÍCULO I.

ELOCUENCIA DE LOS CONCEPTOS.

Como el estilo en general puede considerarse bajo de dos respetos diferentes, ya por el modo mas ó menos feliz de expresar los pensamientos, de que ya hemos tratado; ya por el de concebirlos y declararlos juntamente; lo analizarémos aquí en este último sentido.

Para escribir bien es necesario amueblar la memoria de una infinidad de ideas accesorias al asunto que se trata; y en este concepto solo carece de estilo el que carece de ideas. Por esto vemos á muchos autores que escriben con excelencia en un género, y en otro con infelicidad; no porque ignoren el aire de la frase, ni la correccion del lenguaje en general, sino porque se hallan desnudos de ideas en aquella materia.

Los conceptos son el alma de las sentencias, las voces su cuerpo, y la elocucion su vestido para hacerlas mas visibles ó mas hermosas. Entonces, pues, las expresiones mas brillantes, si carecen de sentido, que es el alma, no

vienen á ser sino vanos é insignificantes sonidos. Al contrario, un pensamiento puede ser sólido y grande, aunque le falte la gala de los adornos, porque lo verdadero, de cualquier modo que se presente, siempre es de mucho precio. Así, cuando el orador ponga algun cuidado en las palabras, sea despues de haberlo puesto en las cosas, porque aquellas no pueden ser propias ni exactas, sino nacen del mismo objeto que han de representar.

De la verdad en los pensamientos. — La primera y fundamental virtud de los pensamientos ha sido siempre la verdad; pues sin ella los mas espléndidos ó elevados, ó que lo parecen, son intrínsecamente viciosos. Y como las ideas vienen á ser las imágenes de los objetos, del modo que de las ideas lo son las palabras; y por otra parte solo se llama fiel el retrato que se semeja al original; todo pensamiento se llamará verdadero cuando represente las cosas tales como son en sí mismas.

Aunque la verdad es indivisible, los pensamientos pueden ser mas ó menos verdaderos segun la mayor ó menor conformidad que guarden con las cosas. La entera conformidad constituye lo que llamamos exactitud de la idea con el objeto, como la de un vestido perfectamente ajustado al cuerpo. Así pues, todo pensamiento ha de ser verdadero, contemplado por todos sus aspectos y examinado desde todas las distancias.

El pensamiento que solo cuadra con la cosa por el lado que la toma el autor, y á una distancia remota, nunca será solido porque necesariamente ha de falsear por alguna parte. Hay pensamientos que deslumbran á primera vista por el aire de verdad que les comunica la gravedad de la frase; pero examinados de cerca, desaparece su enfático concepto como el humo.

Para dar una prueba de cuán sujetos están á caer en error aun los ingenios mas eminentes, citaré aquí algunos ejemplos en que la moda del estilo sentencioso y emblemático corrompió la sencillez de la verdad: *Nace el valor, no se adquiere: patrimonio es del alma.* Así principia una obra de mucha y bien merecida fama. Este pensamiento es falso á los ojos de quien busca la verdad, cerrando los oidos á la severidad de las palabras. En primer lugar, el

hombre nace cobarde, porque nace endeble, imbécil, ó ignorante. La experiencia de sus propias fuerzas, de su habilidad, ó de su fortuna en los peligros, le dá confianza, y de esta nace el valor: asi la ventaja del soldado veterano al bisoño no consiste en otra cosa. Ademas la necesidad hace tambien al hombre valiente: tal defiende con intrepidez su casa, que no asaltaría la agena. Hay héroes que fueron cobardes la primera mitad de su vida, y valientes la otra mitad. ¿Dónde está, pues, el valor innato? ¡Qué consideraciones no podriamos hacer sobre esta y otras muchas sentencias magistrales que cien escritores estampan ciegamente, y mil lectores adoptan sin reflexion!

Es cosa muy comun oir decir en los elogios de personas ilustres por su alcúrnia: *Sus generosas acciones eran hijas de la sangre que corria por sus venas.* Para que esta sentencia fuese verdadera, seria menester examinar antes: 1. si todos los nobles obran generosas acciones: 2. si los plebeyos son incapaces de obrarlas: 3. si la sangre del mas empinado señor se diferencia de la del cabrero: 4. si la sangre en el uno y en el otro puede influir en la moralidad de las acciones humanas: 5. si la sangre puede recibir en sí misma honor ó infamia: 6. si la nobleza es otra cosa que una distincion civil, y no una calidad física ó moral inherente al individuo: 7. si el concepto de la nobleza se hereda de otro modo que por la pública opinion, y por la memoria que de ella conserva el que la goza: 8. si cuando la nobleza fuese una virtud, no siendo sino el premio de ella, las virtudes se propagan en las familias, y se propagan por generacion: 9. si el noble es veráz, justo y generoso por ser lo que suena, y no porque se acuerda que necesita de estas buenas prendas para no perder el aprecio de su estado: 10. si la buena opinion que formamos de la conducta de los nobles se funda en otra cosa que en la suposicion de una crianza superior á la de la plebe. ¿Quién no vé, pues, que semejante concepto no tiene mas valor que el de una metáfora cuando mas, y que las metáforas valen menos de lo que suenan?

Hay otros pensamientos que cansan y fastidian por demasiado verdaderos, si se puede encarecer asi; quiero decir, por comunes y triviales, como cuando leemos: *Las*

pasiones ciegan al entendimiento. — La mayor victoria es vencerse á sí mismo. — El oro todo lo puede, &c.

De lo extraordinario en los pensamientos. — Para que un pensamiento sea relevante, no basta que sea verdadero en todas sus partes; pues muchas veces á fuer de verdadero, es insípido y trivial como hemos visto en los tres últimos ejemplos. Es menester que, ademas de la verdad que contenta al entendimiento, encierre alguna cosa que toque el ánimo por lo nuevo y extraordinario. La verdad es para los pensamientos lo que son los cimientos para los edificios, que hacen su solidez y firmeza, mas no su magestad y hermosura: porque si al estilo didáctico se adapta la verdad desnuda para la instruccion comun; requiere en el orador é historiador, cuando se trata de mover y pintar, un aire y modo noble y espléndido.

En el siguiente ejemplo leemos un pensamiento verdadero, pero sencillo y ordinario: *Los pobres romanos vencieron á los ricos asiáticos.* Para hacerle sobresaliente con la novedad y nobleza de la frase, dice un autor: *La pobreza romana pisó los cetros de oro del Asia.* Leemos en este otro ejemplo un pensamiento verdadero, pero comun: *La virtud es de todos los puestos.* Este mismo recibe una forma mas excelente, sin perder nada de la verdad, diciendo: *La virtud resplandece igualmente debajo del pellico que debajo de la púrpura.*

Pensamientos extraordinarios por lo nuevo de la imágen son estos, que son tambien del género sublime: *Son los ojos de Dios de larga vista, sin tasa de lugar ni tiempo*, dice el P. Marquez en la introduccion á la vida de San Gerónimo; y en la misma añade: *La malicia del Demonio se iba extendiendo al mismo compás de los siglos.*

El mismo autor, que fue excelente maestro en este género de pensamientos, nos ofrece otro ejemplo, que no queremos privarnos del gusto de trasladar aquí. *¿Cómo no habia David de juzgar por miserable á Babilonia, si entretanto que se enseñorean del mundo se apodera de ellos la codicia, y antes que manden á sus cautivos obedecen á sus deseos, y andan hechos unos siervos viles, forzados de su ambicion, y remeros de su antojo?* Esta imágen nueva

y feliz de los forzados de galera ¡cómo realza el afan, pena, y sudor de los ambiciosos!

Del ingenio singular de Fr. Luis de Leon, que mostró en este género de conceptos extraordinarios inventiva, citaremos este pasage, donde dice: que, como por la corrupcion de nuestras costumbres se han hecho compraderas todas las cosas; parécele al que es señor del dinero, que es fuerte, sábio, discreto, y bien afortunado; y añade: *De aqui nace que la altivez, la presuncion, el desvanecimiento, la vana confianza, y el engaño, comen de ordinario y duermen con los ricos.* ¿Se podia buscar union mas estrecha y mas constante entre unos amigos que comer y dormir juntos? Es el último esfuerzo de la expresion metafórica, sin violencia del concepto.

Felicidad, ó mejor, sabiduría, es este acierto de escribir: porque suele acontecer á los muy curiosos de ostentar pensamientos nuevos, que caen en afectaciones bajas ó pueriles: porque del mismo lugar de donde viene el bien, viene tambien muchas veces el mal. Ahi es que lo que mas ayuda en algunas ocasiones á la hermosura, grandeza y gracia de la elocucion, esto mismo en otras suele ser causa de lo contrario, como se puede echar de ver fácilmente en los hipérboles, y otras figuras de diccion. ¿No es reprensible el mismo Platon, quien hablando de los muros de las ciudades, dice: *Soy del parecer de Esparta, dejarlos dormir en el suelo, y no levantarlos?* ¿No es ridículo el otro pasage de Herodoto, cuando llama á las mugeres *mal de ojos?*

De la gracia en los pensamientos. — Donde quiera que se junte el saber con la gracia, y el deleite con la razon, dice Plutarco, no está sin fruto ni es vano. Esta gracia, este don tan raro, concedido á Homero y Anacreonte entre los griegos, á Virgilio y Horacio entre los latinos, y á Praxiteles, Rafael, y Corregio entre los artistas, es una expresion dulce y ligera que hermosea al pensamiento cuanto mas parece que lo oculta. Es cierto encanto que dá especial mérito á las obras de ingenio, y que apenas se acierta á definir. ¿Será lo hermoso, suave, y agraciado que forma lo que se llama *venustidad*? ¿Será aquel *molle atque facetum* de Horacio, que en el estilo ínfimo es

llano y recogido; en el mediocre, mas aderezado y vestido; y en el alto, mas trabajado y artificioso? Es lo mas delicado de la elocucion, que acrecienta su hermosura y halaga al oyente aun contra su voluntad.

Asi habla un autor moderno de una muger hermosa y sábia al mismo tiempo. *Juntaba todos los embelesos de muger con todos los estudios de hombre; y añadia el mérito cuando hablaba de hacer olvidar su hermosura.* — Hablando del Emperador Trajano dice un historiador: *El panegírico de Plinio desluciria el nombre de Trajano, si á fuerza de merecerlo, no hubiese borrado el héroe la flaqueza de haberlo oido.*

Siguiendo este mismo delicado modo de concebir y producir los conceptos, oigamos lo que dice cierto autor, hablando de un sábio que murió en grande indigencia. *Murió tan pobre que no pudo dejar á sus hijos, sino el honor de haber tenido tan virtuoso padre.* — Para encarecer la virtud y desinteres de un cortesano, dice otro autor en su elogio: *Tuvo la dulce satisfaccion de haber hecho la fortuna á sus amigos, y la gloria de no haberse acordado jamas de la suya.* Hablando de los favores y mercedes que hacia un gran príncipe, dice Antonio Perez: *Hace las gracias con tanta liberalidad, que abre primero la mano para hacerlas, que el que las pide para recibirlas.*

No será fuera de propósito trasladar en este lugar algunos ejemplos de nuestro Solis que, en materia de elegancia, en los casos en que se libró de la afectacion, es dechado de la culta y delicada frase castellana. Refiriendo algunas circunstancias de la vida privada de Motezuma, continúa: *Asistian ordinariamente á su comida tres ó cuatro juglares de los que mas sobresalian en el número de sus sabandijas; y estos procuraban entretenerle poniendo, como suelen, su felicidad en la risa de los otros, y vistiendo las mas veces en trage de gracia la falta de respeto.* Con no menor delicadeza dice en otra parte hablando en elogio de Hernando Cortés: *No necesitó Cortés mucho de su elocuencia para instruir y animar á sus soldados, porque venian ya todos alentados, hecho ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.* — Queriendo en otra parte encarecer el ánimo de Cortés en sus primeras

empresas, dice: *Se prometió tanta prosperidad de aquel descubrimiento; que, elevando á grandes cosas su imaginacion, llegó con la esperanza á donde antes no llegaba con los deseos.* — Dice en otra parte de su historia para expresar el amor que merecía de sus soldados: *Ayudaban todos á Cortés con su caudal y con sus diligencias porque sabia grangear los ánimos con el agrado y las esperanzas, y ser superior á todos sin dejar de ser compañero.*

No son pocos los ejemplos que en este género nos ofrecen otros autores nuestros, de quienes copiaremos algunas sentencias para amenizar la materia con la variedad. Refiriendo nuestro Argensola, en la conquista de las Molucas, la amenaza que hizo un capitan de una galera española en Filipinas á la gente de remo, que era la mayor parte de chinos, de que si no bogaban con mas brio, les cortaria el pelo, dice: *Esto era para los chinos injuria digna de muerte, porque tienen la honra pendiente de sus cabellos: crianlos curados y rubios, y precianse de ellos como las damas de Europa, y peinan en ellos su gusto y reputacion.* Puede perdonársele al autor el aire poético de este pasage por lo galano, delicado, y exquisito de la expresion. — Hablando Yepes de los deseos de Santa Teresa de padecer martirio por la fé de Cristo, prosigue: *Estos fueron sus deseos, y debieron de ser bien de veras, pues todos los vió cumplidos: porque, aunque no fué mártir de sangre y cuchillo, fuélo de espíritu, y los trabajos labraron en ella la corona que en otros labró la espada.* — Diciendo el P. Marquez que no es la menor parte de la gloria de un príncipe verse suceder de quien con iguales hombros pueda llevar el peso del gobierno, prosigue: *de modo que no se eche de ver otra mudanza que en ser diferentes las puertas á que llaman los vasallos, y otras las manos en que ven librado su consuelo.* Añade el mismo autor, hablando de la introduccion de tanta profanidad de músicas y bailes deshonestos para inquietar las almas: *Como si nuestra sensualidad no tuviese mas necesidad de freno que de espuelas.*

Concluyamos con aquel gracioso y agudo dicho de Atalo, quien, rogado por Lácides Cirineo que se fuese á acompañarle en el gobierno de su reino, prometiéndole

grandes premios y su amistad, le respondió: *Que se lo agradecia mucho; mas que en ninguna manera saldria de donde estaba, porque los filósofos son como algunas imágenes que quieren ser vistas de lejos.*

Dionisio Siracusano, aunque parecia nacido para crueldades, todavía se holgaba grandemente con la doctrina de Aristipo Cirenaico, de cuya agudeza y gracia gustaba mucho. Hizo traer Dionisio tres hermosas doncellas en edad floreciente, para que el filósofo escogiese la que mas le contentase; y este dijo: *Las tomo todas tres: no me suceda lo que á Páris por haber preferido una á las otras dos diosas.* Concluiremos con un pasaje de Lorenzo Gracian que junta la gracia con la novedad. Hablando de las empresas temerarias é infructuosas, dice: *Casarse, como Cárlos Octavo, con la fama á secas, es buscar muger pobre y estéril.*

De lo sublime de los pensamientos. — Por la palabra *sublime* no hemos de entender aquí lo que en la oratoria se llama grandilocuencia, la cual pide siempre grandeza y alteza en la diccion. El sublime puede encerrarse en una sola sentencia, en una sola imágen, en una sola frase. Asi es que una idea puede producirse con estilo sublime, y no ser por esto sublime: porque solo tiene esta calidad lo que por extraordinario, estupendo, ó grande nos suspende, admira, y arrebata. Y estos efectos son mas de la forma extraordinaria de la expresion; que de la grandeza misma del objeto. Por ejemplo, este pensamiento. *El árbitro supremo de la naturaleza con una sola palabra crió la luz,* está en estilo elevado y magnífico; y sin embargo no es sublime, porque no es un modo de decir tan nuevo y maravilloso; que no lo alcance cualquiera entendimiento. Pero, cuando dice Moisés, *Dios dijo hágase la luz, y la luz fue hecha*; ó con mas brevedad, segun la version literal del texto hebreo, *Haya luz, y hubo luz,* el dicho es en todos sentidos sublime, porque bajo de todos aspectos es extraordinario y estupendo.

Cinco son las fuentes que se señalan comunmente al *sublime*: cierta elacion de espíritu que nos hace pintar felizmente las cosas: una gran viveza de afectos y pasiones que se puede llamar entusiasmo; capaz de con-

mover y perturbar los ánimos; y estas dos lo deben todo á la naturaleza, pues nacen con el hombre. Las otras tres dependen del arte, como son: las imágenes y figuras, manejadas de cierta manera; la nobleza de la expresion; y la dignidad y magnificencia de las palabras.

Y aunque la primera de estas cinco calidades de lo *sublime* es mas bien un don del cielo que una prenda que se pueda adquirir; debemos, en cuanto sea posible, criar nuestro ánimo para lo grande, y tenerle siempre lleno é hinchado, por decirlo así, de cierta elacion noble y generosa.

Esta elacion de espíritu es una imágen de la grandeza del alma; y por esto nos admira el pensamiento callado de una persona á causa de la grandeza del valor que nos representa. Ayax, introducido por Homero en los infiernos, no se digna de responder á Ulises, que le hace allí mil sumisiones. Este mismo silencio encierra mas grandeza que todo lo que pudiera haberle dicho.

Grandeza de los pensamientos. — La primera calidad para producir cosas grandes, es un ánimo elevado; y asi no es posible que el hombre que ha vivido con hábitos é inclinaciones bajas y serviles, pueda alcanzar jamás espíritu para decir cosas maravillosas y dignas de la posteridad. Asi vemos generalmente que solo á los grandes varones se les caen de la boca dichos extraordinarios. Oigamos lo que respondió Alejandro Magno, cuando Darío le ofreció la mitad del Asia si se desposaba con su hija. *Por mí*, le dijo Parmenion, *aceptaria esta oferta*; *y tambien yo*, le replicó, *si fuera Parmenion*. Esta respuesta sólo podia salir del grande corazon de un Alejandro.

En esta parte es principalmente en la que ha sobresalido Homero, cuyos pensamientos son todos sublimes, como cuando describe la discordia, personificándola de esta manera: *Que tiene la cabeza en los cielos y los pies en la tierra.* Á la verdad, podemos decir que esta prodigiosa grandeza que le dá es menos la medida de la discordia que de la capacidad y alteza de espíritu del poeta.

Traigamos á este propósito otro pasaje de Homero, en que habla de los hombres; y veremos cuán heróico es cuando pinta el carácter de un héroe. Una densa oscu-

ridad habia cubierto repentinamente el ejército de los griegos, y no les dejaba pelear contra los troyanos. En este caso apurado, no sabiendo Ayax ya que resolucion tomar, levanta los ojos al cielo y exclama así: *Gran Dios! Aparta las tinieblas, y pelea contra nosotros á la luz del dia.* Estos son los verdaderos afectos que se podian atribuir á un guerrero como Ayax. No pide la vida; seria bajeza para un héroe: pide la claridad, para señalar su valor, y hacer á lo menos un fin digno de su gran corazon, aunque sea peleando con el mismo Júpiter.

Comunmente es grande un pensamiento cuando decimos una cosa que nos hace ver otras muchas, y descubrir de una vez lo que no podríamos esperar sino despues de una larga lectura. Lucio Floro nos representa en pocas palabras la carrera de toda la vida de Scipion, cuando dice de su niñez: *Este será aquel Scipion, que crece para destruir á Cartago.* Parece que vemos un niño que vá creciendo, y subiendo como gigante para la grande empresa que algun dia habia de acabar. El mismo historiador nos manifiesta el gran carácter de Anibal, la situacion del mundo, y el inmenso poderío de Roma, cuando dice: *Anibal, fugitivo, corria toda la tierra buscando un enemigo al pueblo romano.*—De este mismo capitan cartaginés en su última desgracia, dice un escritor moderno: *Anibal, vencido en Zama, viendo su patria aun entera recibir la ley del vencedor, le vuelve la espalda, huye, y vá á perecer en Asia.* En esta pintura descubrimos la dignidad de Anibal apartando la vista de un imperio, como un padre de la de su hijo que abandona: vemos la desolacion de Cartago: desamparada del único ciudadano que podia salvarla. En fin, nos parece ver, no un hombre, sino un gran rio que vá á morir en el Océano á mil leguas de su nacimiento.

Estos pensamientos grandiosos nos complacen por aquella curiosidad que tenemos todos de percibir de una ojeada muchos objetos que se enlazan, pues no podemos alcanzar el uno sin desear el otro. Lo mismo sucede en la pintura, donde no gustamos tanto de un jardin regular, como de un paisaje, porque nuestra vista apetece siempre extenderse hasta el término mas remoto.

El escritor elocuente se distingue, no solo en la gracia, delicadeza, y energía de la expresion, sino tambien en la grandeza y valentia de las ideas. Esta dichosa union inmortaliza una obra: porque un idioma, ademas de que insensiblemente se envejece, las locuciones mas pulidas y selectas pasan á ser comunes, perdiendo con el tiempo, que muda los gustos y las costumbres, aquella fuerza y frescura de colorido que las hacia agradables. Pero, como la grandeza de los pensamientos es de los hombres de todos los tiempos y paises, lo es tambien de todas las lenguas, y por eso puede, pasando de unas en otras, sufrir una fiel traduccion.

Las obras que han de pasar á la posteridad deben fundarse mas en la eleccion y grandeza de las ideas que en lo hermoso y escogido del estilo. Las que estan adornadas de estas últimas prendas, podrán conseguir un aplauso mas pronto, pero menos general; mas brillante, pero menos duradero. Y es la razon, que como casi todos los hombres mas han sentido que visto, y mas han visto que reflexionado; á la mayor parte de ellos les conmueve mas la hermosura de una expresion que la profundidad de un pensamiento. Por esta razon en todas las naciones la edad de los poetas precedió á la de los oradores.

Entre los pensamientos propios para agradar á las personas de todos los tiempos y paises, se cuentan las imágenes y las ideas que se admiran en ciertos pasajes de Homero, de Virgilio, del Taso, &c. donde estos eminentes escritores no se ciñen á la pintura particular de una nacion ó de un siglo, sino del género humano.

De los últimos romanos en el siglo VI habla así un moderno historiador, haciendo resaltar la pintura de su nada con la grandeza hiperbólica del contraste. *Los romanos* (dice) *en este tiempo, cargados con la pompa de sus títulos, y vacíos de gloria y de vigor, no eran mas que la sombra de sí mismos.*

Si se desea la guerra, dice el P. Marquez, para engrandecer el estado, viénese á caer en manos de la codicia; hidropesía insaciable de los conquistadores; y añade por ejemplo: *Como sucedió á Roma, que impaciente de ver*

señorío en otras manos, llegó á envidiarlo aun en las suyas; y no pudiendo sufrir á otros con imperio, despues de habérselo quitado al África y á la Grecia, no se pudo sufrir á sí misma, y al fin rebentó de su grandeza. — De la primera guerra púnica dice asi una valiente pluma: *Los Cartagineses, dueños de las costas de África, lograron luego hacer de la Sicilia un puente para pasar á Italia.* ¡Qué grandeza de puente, y qué feliz metáfora!

La grandeza de las *imágenes* que brillan en los símiles, roban la atencion universal de los oyentes. Para pintar el último estado de aniquilacion del Imperio de Oriente, dice un historiador: *Solo añadiremos que ya en tiempo de los últimos Emperadores, reducido á los arrabales de Constantinopla, acabó como el Rhin, que, cuando se pierde en el Océano, no es mas que un arroyo.*

De estas mismas imágenes y símiles se saca que la grandeza en las pinturas es la causa universal del sublime. En efecto, ya sea el deseo habitual é impaciente de ocupar nuestro ánimo, y de levantar nuestro espíritu, ya sea por otra cualquiera causa; experimentamos que la vista aborrece todo lo que la estrecha, que se halla oprimida en las gargantas de las montañas ó en el recinto de altas paredes; y al contrario se complace en una vasta llanura, ya extendiéndose por la superficie de los mares, ya perdiéndose en un horizonte remoto.

Todo lo que es grande ha de ser precisamente objeto sublime á nuestra vista, y á nuestra imaginacion, que alcanza adonde no alcanzan los ojos. Este género de bellezas en las descripciones y comparaciones, es infinitamente superior á cualquiera otra perfeccion, la cual, como dependa, por ejemplo, de la exactitud de las proporciones, no puede producir una impresion tan viva ni tan generalmente sentida. En efecto, si se contraponen á las cascadas que construye el arte, á los subterráneos que excava, á los muros y torres que levanta, las cataratas del rio de S. Lorenzo, las profundas cavernas del Etna, y los enormes peñascos confusamente apiñados en las cumbres de los Alpes ¡quién no sentirá en su alma aquel placer mezclado de asombro que produce esta prodigalidad, esta tosca magnificencia en las obras de naturaleza!

Para convencernos de esta verdad, suba un hombre una noche serena á la cumbre de una montaña para contemplar desde allí el firmamento. ¿Es la agradable simetría con que estan distribuidos los astros lo que le arroba? Nada de esto, porque allí vé la via láctea sembrada de un número infinito de estrellas, y mas allá vastos espacios. ¿De dónde proviene, pues, la impresion del delicioso asombro que experimenta el contemplador? De la misma inmensidad de los cielos. En efecto; qué idea tan grandiosa no nos debemos formar de esta inmensidad cuando innumerables mundos resplandecientes no parecen sino centellas confusamente esparcidas en los espacios etéreos, y á muchísimos apenas los alcanza nuestra vista de tan retirados en los abismos del firmamento! Entonces la imaginacion que se arroja desde aquellas últimas esferas para penetrar hasta los orbes invisibles, forzosamente ha de sumergirse en las profundas é inmensurables regiones celestes, y elevarse el espíritu arrebatado en la contemplacion de tan grande objeto. Por la grandiosidad de estas decoraciones, en que la débil mano del hombre no ha tenido parte, ni osa tocar, se ha dicho en el género descriptivo, que era la naturaleza tan superior al arte, que es lo mismo que decir que los grandes retratos eclipsan á los pequeños.

Tambien en el estilo místico, en que han sobresalido nuestros escritores, hay su grandeza que tiene sus propias fuentes. Tratando el P. Yepez de que en los arrobamientos es en donde el Señor descubre al alma los tesoros de su sabiduría y grandeza dice: *Entonces es llevada el alma á la region celestial y de vida, donde reside el Rey de la magestad, donde mora la pura verdad y luz, y donde se halla el original expreso de todo lo que tiene ser. Allí estan los elementos puros: allí los mineros de aguas vivas: allí los montes y atalayas de donde se descubren los caminos de la eternidad. Y si comparamos con aquella region aqueste nuestro destierro; no será mas que comparar las tinieblas con la luz purísima; la turbacion y el desasosiego con la paz y descanso eterno.* Por el mismo estilo místico-sublime consuela el maestro Avila á una señora de la pérdida de una religiosa amiga suya que habia muerto

en olor de santidad, exhortándola á que deponga el luto y el duelo, con estas palabras: *En bodas está vuestra amiga, ó atavidándose para el dia de ellas, y ningun contento recibirá de veros con ropas de tristeza en las fiestas de su alegría. Sacádola han del lugar de la miseria y del lodo, y de la hez, y de los peligros, trasladándola á la region de la seguridad, donde luce perpetua luz y gozo que sale de la vista de la Divinidad, que, como rio de grande avenida, refresca, harta, y embriaga á los ciudadanos del cielo. Su comida es del árbol de la vida perpetua, y su vestido lumbre y gloria: y su corazon está transformado y absorvido en el mar infinito de la dulcedumbre de Dios.*

Sin embargo, el movimiento hará mas sensibles las imágenes que su misma grandeza. Estas, por su continua novedad y sucesion, nos causan una impresion mas viva y mas duradera. Menos nos mueve el mar en calma que una tormenta desecha: menos el cielo sereno y sembrado de estrellas que iluminado de relámpagos, y cargado de nublados; menos una laguna cristalina que un turbio y raudo torrente que arranca los árboles y arrambla los campos. La accion, y no el reposo, constituye la fuerza de nuestra alma. En este piélago de la vida, dice un filósofo inglés, por donde navegamos de muchos modos, la razon es nuestra brújula, y las pasiones son nuestros vientos. Tampoco Dios se muestra siempre en una perpetua quietud: *el espíritu del Señor cavalga en los aquilones, y corre con la tempestad.*

Fuerza de los pensamientos. — Pensamiento fuerte será siempre aquel que cause la mas viva impresion; y esta puede nacer, ó de la idea misma, ó del modo de expresarla. Asi es que la idea mas comun, siendo representada con vivas imágenes, puede conmover poderosamente.

Para no confundir los efectos de lo fuerte con los de lo grande, es necesario entender que si la idea grande hace una impresion viva, la fuerte la hace mas viva aun, porque esta nos toca mas de cerca. Los axiomas del Pórtico y del Licéo, importantes á todos los hombres, y como tales á los atenienses, no hacian, sin embargo, en estos la misma impresion que las arengas de Demóstenes.

Á los oyentes siempre les conmoverán mas las ideas mas conformes á su situacion presente, y por eso mismo mas interesantes, que aquellas que, por ser grandes y generales, miran menos directa é inmediatamente al estado y circunstancias en que se hallan los hombres. Por esta causa ciertos rasgos de elocuencia de la antigüedad, que entonces encendian los ánimos, y algunas oraciones vehementes en que se controvertia la suerte del pueblo y los intereses de la república, no logran una aceptacion tan general como los descubrimientos de los políticos y filósofos, que convienen á todos los tiempos, á todos los hombres, y á todos los gobiernos. Asi pues, solo decimos que una proposicion es fuerte, cuando se trata de un objeto que nos interesa. Por la misma razon no damos este nombre á las demostraciones de geometría, porque no tenemos un interés, ni correimos ningun peligro, en no creerlas.

Cuando se trata de imágenes ó descripciones para herir la imaginacion, lo fuerte, asi como lo grande, no deben presentar sino objetos magníficos. Las cosas que son pequeñas por sí, ó que se hacen tales por comparacion con las grandes, apenas nos hacen impresion. Todas las fuerzas y robustez de Hércules desaparecen, si le pintamos al lado de Briaréo que, poniendo una montaña sobre otra, pretende asaltar los cielos.

Mas, aunque lo fuerte es siempre grande, lo grande no es siempre fuerte. Figuremos con pincel poético una decoracion del templo del sol, del himeneo de los dioses, ó de la region estrellada; podrá ser magnífica, magestuosa, y aun sublime; mas nunca hará una impresion tan viva como la pintura del negro tártaro. El cuadro de la *Gloria* de Miguel Angel asombra menos la imaginacion que el de su *Juicio universal*, y es la razon, sin duda, de que cuando se busca lo terrible, el ingenio no tiene la misma necesidad de inventar: el infierno es siempre bastante espantoso por sí mismo. Luego, parece que lo fuerte es lo grande unido á lo terrible. Pero, como no podemos comunicar nuestras idéas, sino por medio de las palabras; si la fuerza de la expresion no corresponde á la del pensamiento, por fuerte que este sea, siempre parecerá débil y lánguido.

Para causar una impresion fuerte, es necesario que el pensamiento se vista de una imágen que, ademas de su ajustada conveniencia, sea grande y no gigantesca, y noble, mas no hinchada.

Del tiempo de las guerras civiles de Roma asi habla un historiador: *Entonces fue menester arrancar á las provincias la sombra de libertad que les habia quedado, y entregarlas á los Pretores, estos tigres sedientos de sangre y de rapiñas, precisados á volver á la patria cargados de crímenes y tesoros.* — Del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo por los Europeos escribe otro esta admirable reflexion. *¡Qué antiguo hubiera jamás imaginado que un mismo planeta tuviese dos emisferios tan diferentes, que el uno habia de ser subyugado, y como tragado por el otro, despues de una série de siglos que se pierden en las tinieblas y abismos de los tiempos!* Del tremendo dia del Juicio final habla un elocuente escritor con esta grande y fuerte expresion. *¡O Señor Eterno! En el último dia de los siglos cuando se rasgará el velo del firmamento; cuando tu brazo invencible detendrá el sol en su carrera; cuando, resucitadas del polvo todas las generaciones, dependerá el destino eterno de los hombres de una palabra de tu boca ¡podremos ver sin espanto las agonías de la naturaleza moribunda!*

La excesiva grandeza de una imágen muchas veces hace ridículo al pensamiento, y siempre causa una impresion débil: porque apenas habrá hombres de tan exaltada imaginacion que puedan representarse los Alpes, brincando como venados.

Novedad de los pensamientos. — Otras veces sacan los pensamientos lo sublime no de la grandeza ó fuerza de la imágen, sino de su novedad, que sobrecoge nuestro ánimo contra toda expectacion. No estando apercibidos, recibimos la herida sin resistencia del entendimiento, ni de la voluntad.

La resurreccion de la carne es representada por un orador con esta nueva y breve imágen: *El sepulcro restituirá su presa.* — De un privado, caido y perseguido, dice otro: *Prófugo de Corte en Corte, parece que llevaba la persecucion atada á su sombra.* — De un monarca sábio y

amante de los sábios, dijo otro: *Este es el primer rey que hizo sentar la filosofía en el trono.* — Á los hombres asidos á las cosas terrenales, les dice un orador: *Salid del tiempo y aspirad á la eternidad.* — Para ponderar la grande antigüedad de Egipto, asi se explica otro: *En las pirámides de Egipto toca el viajero los primeros siglos del mundo.* De un antiguo general, mas dedicado á las letras que á las armas, dice otro: *Hombre que no entendia de guerra, criado siempre á la sombra de la filosofía.* — Un astrónomo, hablando de la revolucion de los astros, de las estrellas mas remotas de nuestro sistema, y del tardo período de los sistemas juntos, se explica de esta manera: *Estos tiempos son tan largos, son tan cercanos á lo infinito, que se les podria llamar momentos de la eternidad.* — Dice un elocuente escritor político hablando del despotismo de los Estados del Asia. *En toda la historia de los pueblos de Oriente no leemos un rasgo de un ánimo libre, sino el heroismo de la esclavitud.*

Toda la fuerza del sublime en estos pensamientos nace de la novedad de la expresion, esto es, de casar ciertas palabras que jamás habíamos visto juntas. Por ejemplo: la *presa del sepulcro*: *salir del tiempo*: *atar la sombra*: *sentarse la filosofía*: *tocar los siglos* como con la mano: la *sombra de la filosofía* como si fuese la de un árbol frondoso: *dar momentos á la eternidad*, y *heroismo á la esclavitud.* Todas estas metafóricas expresiones no pueden dejar de sorprender por lo nuevo y extraordinario.

Variedad en los pensamientos. — Hay otra clase de pensamientos que, ademas de lo grande, fuerte, y extraordinario, toman un gran incremento con la variedad de imágenes, mayormente en las pinturas y descripciones. Sí, por ejemplo, la vista de un mar sin límites es mas agradable que la de una grande laguna, es porque la mayor extension aumenta el placer, causando una impresion nueva.

Es, á la verdad, hermoso y plácido este grande expectáculo; pero la uniformidad continuada de su planicie, de su color, y de su constante sosiego, llega luego á enfadarnos. Para dar variedad y movimiento á esta pintura, se le añadirán nuevos accidentes que la hagan sublime mas

y mas. Si la tempestad personificada vuela en alas del aquilon envuelto en negros nublados, y precipitándose desde el Austro lleva arrolladas por delante las líquidas montañas del Océano ¿quién duda que la sucesion rápida y variada de los formidables aspectos que presenta el trastorno de las aguas, no cause impresiones nuevas en nuestra imaginacion? Y si, para aumentar el horror de la tempestad, se añade la oscuridad de la noche, y las montañas de agua, cuya cumbre cierra al horizonte, se iluminan de repente con la repetida reverberacion de los relámpagos; este mar tenebroso, trocado en un instante en otro mar de fuego, formará por esta variedad, unida á la novedad y grandeza, una de las pinturas mas propias para asombrar nuestra imaginacion.

En el género descriptivo es gran primor del arte no presentar á la vista sino objetos en movimiento, hiriendo muchos sentidos á un tiempo si es posible. Por ejemplo, el bramido de las olas, el silvido de los vientos, y el estallido de los truenos, han de aumentar en nuestro ánimo un secreto terror, al mismo tiempo que nos llena de una curiosa admiracion y deleite la vista del mar embravecido.

ARTÍCULO II.

Del Estilo Oratorio, considerado en sus tres géneros.

Tres embajadores enviaron los atenienses á Roma para alcanzar remision de la pena de 500 talentos que se les impuso por haber destruido la ciudad de Oropo, que era de la jurisdiccion romana. Cada uno de ellos oró de por sí en el Senado clara y copiosamente. Y como todos tres eran filósofos de sectas y doctrinas diferentes, mostraron á los romanos tres maneras de perorar, de que hasta entonces no habian tenido noticia, y las tejieron con vario estilo, á ejemplo de Homero que atribuyó á Ulises oracion copiosa, á Menelao corta, y á Nestor mediana. Imitaron

tambien en esto á tres provincias de Grecia, porque los asiáticos eran abundantes y pomposos, los áticos recogidos y sosegados, y los rodios guardaban un cierto medio, asemejándose antes á Eschines que á Demóstenes, ó á Hierocles, y á Menocles, quienes, á dicho de Ciceron, fueron dos hermanos, príncipes de los oradores asiáticos.

De los tres sobredichos embajadores, el primero que peroró fue Carnéades, académico, y usó de oracion copiosa con magestad y grandeza: el segundo, Diógenes, estóico, el cual habló con palabras sencillas, aunque con sabiduría agraciada y sutil; y el tercero, que era Critoláo, peripatético, usó de estilo mediano, aprovechándose de los otros dos con moderacion. A todos tres respondió de repente el Senador Celio, el cual con su pronta agudeza de ingenio los imitó de tal suerte, que no menos admirados quedaron los tres filósofos que todos los senadores.

Dionisio de Halicarnaso divide en tres clases los caractéres generales del estilo, con los nombres de *austéro*, *florido*, y *medio*. Distingue al primero por su energía y robustez, en que tiene poca parte la suavidad y el ornato, y pone por modelo á Tucídides entre los prosistas: al segundo, por su ornato, fluidez, y dulzura, en que campea mas el número y la gracia que la energía, señalando por ejemplo á Isócrates entre los oradores: y al tercero, como que participa de los otros dos, y de sus virtudes.

Ciceron y Quintiliano dividen tambien el estilo en tres géneros segun sus diversas calidades y son el *sencillo*, el *grave*, y el *medio*. Los mas de los retóricos han adoptado despues este sistema, dándole diferentes interpretaciones é ilustraciones á cada una de las tres clases. Llaman al *sencillo* ténue ó sutil; al *grave* vehemente y levantado, y al *medio* templado.

Clasificadas retóricamente estas diferencias de decir, se señala comunmente al género *ténue* para el estilo epistolar, para los libros de entretenimiento y donaire, y para los asuntos doctrinales donde, aunque se traten cosas sutiles y agudas, para mayor claridad é inteligencia de lo que se disputa y enseña se tratan con palabras comunes y or-

dinarias, claras y significativas. El segundo género, que es el grave ó vehemente, se ha de tratar con lenguaje levantado, ilustre, y artificiosamente adornado. Si para el primero bastan la gramática y la dialéctica, para este es necesaria la elocuencia. Este estilo resplandece en los panegíricos, harengas, y razonamientos sérios, y en las composiciones heróicas. El tercer género está entre el ténue y grave; y así se llama *templado*, porque guarda un medio entre los dos, sin caer en lo humilde, ni subir á lo sublime.

El que escribe ó habla, ha de advertir la naturaleza de las cosas para acomodarse á ella, y considerar que en una misma composicion ó discurso será necesario usar de los tres estilos segun se ofreciere. Asi pues, llamarémos hombre elocuente al que sabe decir las cosas pequeñas con sencillez, las grandes con vehemencia y magnificencia, y las medianas con cierta templanza.

§. I.

Estilo Sencillo.

Este género, cuyo carácter principal consiste en la claridad, precision, y sencillez, conviene con mas propiedad á la narracion, y á las pruebas del discurso oratorio: porque es un estilo que, desechando toda afectacion y compostura, reprueba generalmente los adornos, y solo admite los simples y naturales. Cierta sencillez en los pensamientos, cierta naturalidad y pureza en el lenguaje, que mas se deja gustar que conocer, forman su hermosura, modesta y suave, que saca su mayor realce de su misma negligencia y poco aliño.

La sencillez ha sido siempre prenda de ánimos generosos; porque obra en ellos mas la naturaleza que el arte, y se muestra mas el hombre que el escritor. No por esto se ha de entender por estilo sencillo una frase incorrecta, grosera, y demasiado humilde, indigna del decoro de la elocuencia, que se acomoda muchas veces con lo llano, pero jamás con lo plebeyo.

El estilo sencillo, aunque perfecto en su género, y acompañado de cierta gracia natural, puede ser mas acomodado para enseñar, probar, y aun deleitar, que eficaz para imprimir afectos grandes de admiracion, ó terror, que constituyen la vehemencia y calor de la elocuencia. Una harmosura sencilla y natural tendrá su gracia particular, mas nunca poder para arrebatar los ánimos.

El estiló que por su igualdad deja tranquilo al orador, nunca podrá conmover y encender el corazon de los oyentes; porque, como la persuasion camina derechamente al entendimiento, y la mocion al ánimo, no todos los que se dejan persuadir se dejan conmover. Á los primeros se ponen las verdades para que las conozcan, sacando de los principios las conclusiones; y á los segundos, para que las abracen, sirviéndose á este fin del movimiento de los afectos. Las de la primera especie podrán necesitar de pruebas largas y dificiles; mas las de la segunda rara vez las necesitan; y aun entonces han de ser fáciles y breves: porque se nos probará muy bien por principios que una cosa es verdadera; pero, para que la amemos, es necesario hacernos sentir que es digna de ser amada.

No es otro el motivo porque casi siempre nos agrada lo sencillo, sino porque es mas conforme á nuestra naturaleza. Sin embargo es el estilo mas dificil de acertar, porque está precisamente entre lo noble y lo bajo, y tan cerca de lo último que pide gran tino para no rozarse con él. En la sencillez se cifra bellamente la brevedad, y á esta sienta bien lo grave. Los comentarios de César merecen mucho aprecio por su simple, pura, é ilustre brevedad. Á este gran general debieran imitar todos los príncipes y capitanes deseosos de escribir, ó mandar de palabra; porque de él sacarian no solo ejemplos de valor y de grandes hazañas, mas tambien doctrina de bien hablar, y aquella sabiduría que, asi como es fundamento de todas las cosas, lo es tambien de la elocuencia, como dice Ciceron.

El habla y el razonamiento del varon político, que aconseja y manda á la república, no ha de ser aguda, peregrina, galana, ni florida para vana ostentacion; sino simple, grave, y prudente, para persuadir con el peso y verdad de las razones. Oígase la gravedad y sencillez de

este trozo de narracion, en que un autor habla de la guerra del último triunvirato, de esta manera: *Lépido queda solo en Roma: Antonio sale con Octavio al encuentro de Bruto y Casio; y los halla en aquellos pasajes donde se peleó tres veces por el imperio del mundo. Bruto y Casio se dan la muerte con una precipitacion que no es perdonable; y este pasaje de su vida no se puede leer sin compadecer á la república que dejaron asi desamparada.*

Leemos en otro autor político moral este otro ejemplo de sencillo, claro, y conciso modo de narrar, en que se mezcla lo fácil con lo sentencioso: *Entendiendo Tolomeo la venida de M. Caton, desesperado de hallar en él clemencia, se dió la muerte con un tósigo. Sabido por Caton, dióse prisa; y llegado á Chipre, hizo la venganza por avaricia lo que no pudo hacer por ira. Y vendidas en pública almoneda las riquezas y alhajas del rey, llevó á Roma el precio cobrado.* ¡Cuán grave y afectuoso al mismo tiempo es este trozo de narracion lleno de una noble sencillez que hace mas interesante el asunto, excitando una compasiva meditacion en cualquier ánimo no vulgar! El que asi escribe, es un autor nuestro del siglo XVI poco leido á mi parecer. *Pueblos hubo tambien que por no sufrir servidumbre dieron fin á sus dias antes que rendirse á la clemencia del vencedor. Los jáncios, desesperados de poder defender su libertad, se mataron los unos á los otros: lo cual, visto por Bruto, dió un gran suspiro, habiendo compasion de la infelice suerte de los que pelean por la patria; y estuvo un gran rato sin hablar palabra, resolviendo quizá en su ánimo la instable condicion de las cosas humanas; ó considerando cuan poco venturosos son los que ofrecen sus vidas por la comun libertad.* . . . .

En la pintura que hace el maestro Oliva de la vida campestre se leen todas las gracias de la pura y simple narracion, como se manifiesta en este ejemplo: *Los que labran los campos, no son esclavos de los que moramos en las ciudades, sino nuestros padres, pues nos mantienen. Con sus ejercicios no sienten el frio, y del calor se recrean en las sombras de los árboles. Desde allí oyen el canto no enseñado de las avecillas, y ellos tañen sus flautas, ó dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de*

valer, mas atormentadores de la vida humana que los fríos y calores. Allí comen su pan que con sus manos sembraron, dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta; y así viven en sus soledades, sin hacer ofensa á nadie, y sin recibirla, donde alcanzan no mas conocimiento de las cosas que el que es menester para gozarlas.

En esta composicion la diccion es simple y elegante: los sentimientos afectuosos y suaves; las palabras saben al campo y á la rustiquez de la aldea, pero no sin gracia, porque se templa su rusticidad con la pureza de las voces propias al estilo.

Hay tambien otra especie de estilo sencillo cuya naturalidad saca su vigor y belleza de la ternura de los afectos. Los blandos y amorosos sentimientos se expresan mejor llana y desnudamente que compuestos y vestidos de conceptos y ornamentos: porque el candor y la pureza suplen la falta de la elocucion espléndida. Y no es pequeño trabajo tratar bien estos afectos sin valerse de los colores y figuras de la oracion, y de la hermosura y fuerza de los epítetos; porque, sin mucho cuidado, corre peligro el que escribe desnudo de la exornacion retórica de abatirse al estilo inculto y humilde. Oigamos al afligido Priamo echado á los pies de Aquiles despues de haber este quitado la vida á su hijo, que le habla de esta manera: *Acuérdate, Aquiles, de tu padre que tiene la misma edad que yo, y ambos gemimos con la carga de los años. Ay! tal vez le acometen los vecinos enemigos, sin tener á su lado quien pueda defenderle. Pero si ha oido decir que vives, su corazon se llenará de esperanza y gozo, aguardando el momento de volver á ver á su hijo. ¡Qué diferencia de su suerte á la mia! Yo tenia mis hijos, y los he perdido todos.... Cincuenta contaba en mi casa cuando llegaron los griegos: y el único que me restaba, hoy acaba de fenecer por tu mano al pie de los muros de Troya. Vuélveme su cuerpo, recibe mis dones, respeta á los Dioses, y lastímate de mí.... mira á lo que estoy reducido.... No ha habido monarca mas humillado, ni hombre mas digno de compasion. Aquí estoy á tus plantas, y te beso las manos teñidas de la sangre de mi hijo.*

En este discurso no se descubren ni pompa de figuras, ni ostentacion de sentencias, ni afectacion de sentimientos; solo aparecen la verdad, la naturalidad, y la ternura que cada uno seria capaz de hallar como el mismo Homero. En otra parte nos pinta la Sagrada Escritura un príncipe en la hora de morir: *He dicho: en medio de mis dias voy á morir, y he buscado el resto de mis años. He dicho: no veré mas á mi pueblo; y mis ojos, cansados de volverse hácia el cielo, se han cerrado.*

En el estilo sencillo la elevacion y magestad estan siempre en el asunto, porque la grandeza del pensamiento dispensa del artificio de una relevante expresion. De aqui proviene que el carácter que predomina en el estilo de los libros sagrados es la sencillez: calidad conveniente á la magestad é importancia de los objetos. Y así, á pesar de esta sencillez de la Escritura, hay pasajes hermosos y brillantes: es evidente que esta hermosura y brillantez no nacen de una locucion estudiada, sino de la naturaleza de las cosas que allí se tratan.

¡Qué magestad y simplicidad al mismo tiempo no encierra el primer pasaje del Génesis. *Al principio crió Dios el cielo y la tierra!* ¿Qué escritor, habiendo de narrar cosas tan grandes, hubiera comenzado como Moisés? ¿No se conoce que es el mismo Dios quien nos instruye de una maravilla que no le admira, porque es aun muy inferior á su poder? Un historiador comun hubiera hecho el último esfuerzo para corresponder con la pompa de la expresion á la grandeza de la materia; mas la eterna sabiduría lo refiere sin conmoverse.

Al contrario: los profetas que se proponen el fin de hacernos admirar las maravillas de la creacion, hablan de esta grande obra en estilo muy diferente. Luego diremos que son las distintas circunstancias que determinan el intento del orador ó escritor, las que deben decidir el estilo que se puede adoptar para tratar un mismo asunto.

Al estilo sencillo pertenece tambien el familiar; y el saber templar la sequedad y seriedad de un asunto con la franqueza y donaire de este estilo, sin faltar al decoro, no es pequeño mérito en un escritor. En este arte fué

feliz y discretísimo nuestro inmortal Miguel de Cervantes, y antes de él el Bachiller de Cibdad-Real en su Centon Epistolar, y últimamente en el reinado de Cárlos II D. Antonio de Solis en sus Cartas familiares.

§. II.

Estilo Sublime.

El género *sublime* es un estilo elevado, lleno de grandeza, de vehemencia, de calor, y de energía, y el que forma la verdadera elocuencia, aquella que domina los ánimos, que arranca las lágrimas, que roba la admiracion y los aplausos. Una oracion puede ser elegante, florida, copiosa, y espléndida; y no por esto será elocuente, porque le falta el espíritu y vigor. Tampoco hemos de tomar por sublime la elocuencia de algunos, tan furiosa, horrible y turbulenta, que mas parece bacanal espíritu que aliento de un ánimo generoso y templado.

No consiste el estilo sublime en una diccion cargada de epítetos ociosos, de frases pomposas, y de palabras altisonantes: esto seria confundir la hinchazon con la grandeza, las galas con la riqueza, y las flores con el fruto. Si por estilo sublime se entiende, como quieren algunos, el adornado y florido; entonces todo el mérito estará en la diccion, y no en las ideas. Corriendo se vendian antiguamente las rosas, porque galas tan caducas no permitian asiento. Y si corriendo se vendian; con mas razon los escritores que las compran, podrian correrse de vergüenza. Los oradores gráves, no venden ni compran, sino que desprecian, las flores, que mas sirven al afeite que á la verdad, y aun las que sirven al adorno, se las dejan caer, para sacar á luz á su tiempo el fruto de la doctrina.

No es preciso que en toda una composicion ó discurso domine absolutamente lo sublime, para que tome este nombre y carácter. Basta que el orador mezcle con tal discrecion los tres géneros en los asuntos que corresponden á cada uno, que el sublime reluzca sobre los demas, y nazca del objeto principal de la oracion; y asi, hablando

con rigor, no hay tal estilo sublime, aunque hay sentencias y conceptos que llevan este nombre. Estos consisten en un modo de pensar elevado, grande, y valiente, hijo de un ánimo noble, arrogante, y generoso. Esta sublimidad es ordinariamente hija de la magnanimidad, ó de la fortaleza. Por esto leemos en los razonamientos y dichos de los príncipes y capitanes de la antigüedad un lenguaje verdaderamente heróico.

Habiendo Eucrátes avisado á Sila que su vida, tan odiosa á innumerables familias romanas, peligraba despues de haber renunciado la dictadura, le respondió el arrogante Sila: *Queda aun mi nombre, y éste basta á mi seguridad, y á la del pueblo romano. Este nombre contiene todos los atentados, yela todos los brazos, y aterra la ambicion. Sila respira aun, rodeado de los trofeos de Cheroneo, Orchomeno, y Signion: cada ciudadano de Roma me tendrá continuamente ante sus ojos: hasta en sus sueños se le aparecerá mi imágen bañada en sangre, y leerá su nombre en la tabla de los proscritos.*

Valeroso habia sido M. Antonio antes de estar inficionado de los regalos de Egipto, con los cuales perdió á sí, á Cleoparta y á Egipto; aunque despues de vencido se retrajo al interior del palacio real, y envió á desafiar á Octavio de persona á persona. Pero este contestó con esta grave respuesta, llena de arrogancia y desprecio: *Decid á Antonio que hartos caminos tiene para ir á la muerte: que yo, aun no tengo aborrecido el vivir, ni estoy quejoso de mi suerte.*

Oyendo Antígono que muchos reyes se habian coligado contra él para destruirle, dijo con altísima insolencia: *Yo los ojearé á todos con una voz y una piedra, como pájaros que comen en un sembrado.* ¡Qué comparacion tan sublime por el contraste que hace de lo mas elevado con lo mas humilde, y por la alta idea que presenta de su valor y poder! — De un capitan vanaglorioso y atrevido, que mostraba sus heridas á los atenienses, les dijo Timoteo: *Pues yo, siendo vuestro capitan contra los Sámos, tuve vergüenza de que cayese el tiro cerca de mí, cuanto mas alabarme de haber sido herido.* ¡Qué desprecio de los enemigos, qué pundonor militar, y qué burla del herido, no encierra esta corta oracion!

Scipion, padre de Cornelia, muger de Pompeyo, despues de la derrota de Farsalia y muerte del yerno, huyendo con la flota del Rey Juba, fue cercado por la armada cesariana. Viendo que su nave estaba entrada y perdida, asentado en la popa se dió una herida mortal, y subiendo uno de los contrarios, le preguntó por el capitan, el cual respondió: *Soy yo, y estoy bueno*: creyendo que le era harta gloria verse libre de pedir misericordia al clemente vencedor.

De gran magnanimidad y nobleza fue aquella respuesta de Alejandro á los embajadores que en nombre de Darío le rendian gracias por haberse habido con tanta clemencia, castidad, y humanidad con su muger é hijas que tenia cautivas, el cual habló asi: *Decid á Darío, que la libertad y clemencia que he usado, no la atribuya á su amistad, sino á mi naturaleza; que yo no hago guerra á mugeres, sino á hombres armados.*

Disputándose un dia en presencia de Filopémenes la materia del valor y fortaleza, algunos alababan á uno de buen soldado, y juntamente de excelente capitan, á los cuales dijo: *Yo no sé como alabais de esforzado á un hombre que se ha dejado llevar vivo á poder del enemigo.*

Parece que la esencia de lo sublime, como hemos visto hasta aqui no consiste en decir cosas pequeñas con frases remontadas y floridas, sino cosas grandes con una expresion enérgica y natural: porque lo grande, lo terrible, lo estupendo, debe estar en el asunto, y las circunstancias y accidentes con que se acompaña la buena eleccion y el cúmulo de ellas ocupan fuertemente el ánimo, y forman toda la fuerza de la expresion. Hegesipo, haciendo un razonamiento al pueblo, en que incitaba los atenienses á la guerra contra Filipo de Macedonia, como uno de los que estaban en el congreso exclamase: *Mueves guerra*! respondio: *Sí por Dios*; *y aun luto*, *y muertes*, *y entierros públicos*, *y epitafios*, *si queremos ser libres*. En estas palabras quiso significar que la libertad es bien comprada á cualquier precio. Para encarecer la importancia del asunto, no se contenta con hacer necesaria la resistencia hasta morir, sino con pintar la muerte segura en muchos, con todos los accidentes y efectos melancólicos que hieren á los

ojos y al oido; pero sin mezclar cosa ninguna baja, pequeña, ni afectada, que pueda enervar la fuerza del pensamiento.

Otras veces la brevedad de la expresion dá mas sublimidad al espíritu de los conceptos, por cuanto aumenta nuestra admiracion lo repentino y no esperado, y nos deja mucho que discurrir. Mironides que guerreaba contra los de Beócia, intimó á los atenienses que saliesen al campo contra ellos. Pero como ya fuese hora, y los capitanes digesen que aun no estaban juntos para dar batalla, díjoles: *Aqui estan los que han de pelear*; y con los que estaban listos venció á los enemigos. ¡Qué modo tan noble y sentido de reprender y despreciar á los omisos y negligentes, y tan eficaz de honrar y animar á los que estaban á su vista! — Preguntando uno al rey Agesiláo ¿hasta dónde se extendian los términos de Lacedemonia? dijo blandiendo la lanza: *Hasta donde llegáre la punta de ésta.* — Preguntándole á Isócrates un orador en un razonamiento ¿quién eres tú, que tanto te ensoberbeces? caballero, peon ó escudero? No le dijo mas sino: *Ninguno de estos soy*, *mas sí el que sabe mandar á todos.* Oigamos á Asdrubal quien, enviado á Roma para estipular la paz entre las dos repúblicas, y preguntado en el senado ¿por cuáles dioses, despues de haber quebrantado Cartago tantos juramentos, se podria jurar este nuevo tratado? Responde: *Por estos mismos dioses que se vengan tan severamente de los perjuros.* ¡Qué confesion tan expresiva y magnánima de las derrotas y arrepentimientos de los cartagineses!

Si queremos estrechar mas los límites de la brevedad para cifrar en el golpe solo de una palabra todo el efecto repentino del sublime, basta traer aqui dos dichos que deben hacernos tanta mas impresion, cuanto se apartan mas del carácter de nuestros tiempos. A un lacedemonio le preguntó un persa ¿qué sabia hacer? *ser libre*, le dijo. A Poro, rey de la India, vencido y preso por Alejandro, le preguntó el vencedor, teniéndole á su presencia ¿cómo quieres ser tratado? *como rey*, respondió impávido.

Tampoco lo festivo está reñido con lo sublime, cuando la agudeza del dicho nace de la serenidad de un ánimo grande que desprecia con la risa los peligros. Las palabras

suenan como chanza; mas la fuerza del espíritu no está en ellas, sino en la ocasion muy seria en que se dicen. Á uno que le decia á Leonidas, antes de la batalla contra el innumerable ejército de los persas, nos tapará el sol sus saetas; *mejor*, le respondió, *que asi pelearemos á la sombra.* Á otro que le dijo temeroso, ya están los enemigos cerca de nosotros, le respondió: *Y nosotros cerca de ellos.* Respondiendo á Jerjes que le escribió, *deja las armas*, le contestó: *vén tú á tomarlas.* Tenia Agatocles, rey de Sicilia, cuyo padre fue alfarero, sitiada una villa, y algunos de los sitiados le gritaron desde los muros: *Ollero! cuándo pagarás el sueldo á tus soldados?* Y él, blandamente y sonriéndose, les respondió, *cuando tomáre la villa.* Asi les reprendió con buena crianza su grosería, les anunció la servidumbre y saqueo que sufririan en recompensa, y les manifestó la confianza que tenia en conquistarla.

Sublime en las imágenes. — Si lo sublime en todas las cosas, como hemos dicho, hace en nuestro espíritu la impresion mas fuerte, es porque envuelve siempre una afeccion profunda de admiracion ó respeto, nacida de la terribilidad de los objetos por sus circunstancias ó caractéres.

Y como el efecto de esta impresion proviene á veces de dos causas diferentes, podemos distinguir aqui dos especies de sublime, el uno de imágenes, y el otro de afectos. Al primero pertenecen aquellas impresiones profundas de admiracion ó secreto estupor, causadas por la grandeza de las cosas. Asi lo vemos en la naturaleza, donde los objetos que excitan conmociones mas fuertes, son siempre las profundidades de los cielos, la inmensidad de los mares, los estremecimientos de los terremotos, las erupciones de los volcanes, &c. por razon de las grandes fuerzas que en estas cosas suponemos; y por la comparacion que involuntariamente hacemos de estas fuerzas con nuestra debilidad y pequeñez al tiempo de observarlas. Al contemplar cosas tan formidables por su grandeza, nos hemos de sentir forzosamente embargados del mas tímido y profundo respeto.

Esta es, pues, la causa porque siempre merecerá el nombre de sublime el pincel que nos represente los Titanes en el campo de batalla, y no el que nos retrate las Gracias en el tocador de Venus. En efecto, cuando con-

templamos los juegos de los amores, sentimos la blanda y regalada impresion de unos objetos graciosos; mas, cuando vemos el continente y brio de los hijos de la tierra, poniendo á Ossa sobre Pelion, tocados de lo grande y formidable de este espectáculo, medimos, sin querer, nuestras fuerzas con las de los gigantes; y convencidos entonces de nuestra imbecilidad, nos sentimos embargados de un secreto terror que nos pasma y complace: efecto tan natural, que los niños, como necesitan de impresiones fuertes que les ocupen los sentidos, son extremadamente curiosos de cuentos de ladrones, duendes, vestiglos, y otros entes medrosos.

Un astrónomo elocuente, considerando cuán mezquina y poco digna de la magestad adorable del criador parecia la fábrica del universo reducida al sistema de Tolomeo, asi levanta su imaginacion para exaltar la nuestra: *Ensanchemos nuestro discurso retirando los límites del universo. Mas allá del vasto anillo de Saturno, donde millones de mundos como el nuestro se perderian de vista, descubro un espacio infinito sembrado de manantiales de luz. Allí otros orbes mucho mas enormes que el nuestro giran con círculos mayores por carreras mas asombrosas, y con movimientos mas vários. Cuanto mas me avanzo, mas me alejo de los términos del mundo. En vano me hundo en el espacio: millones de cielos me rodean... mi imaginacion se rinde bajo del peso de la creacion.*

Nuestra ignorancia es tambien la que suele causar nuestra admiracion, y la que excita nuestras pasiones; porque el conocimiento de las cosas hace que los objetos mas asombrosos nos hagan poca impresion. Asi es que las ideas de eternidad é infinidad, que no podemos comprender, son las que mas nos asombran, porque se queda muy atrás nuestra imaginacion. Si lo hemos visto en el ejemplo antecedente, con mayor novedad lo mostraremos en este otro, que es del P. Nieremberg: *Puesto uno fuera del mundo en aquel espacio imaginario, en aquel yermo inmenso de la naturaleza, en aquel vacío sin término, en aquella nada solitaria; contemplaria*.... En esta pintura todo es asombro, porque las ideas del vacío, de espacio, de inmensidad, de soledad, como manantiales del sublime, se hallan aqui reunidas.

Otro elocuente escritor, que supo juntar la contemplacion de las obras de la naturaleza, con lo mas sublime de la oratoria hace este apóstrofe á las inteligencias angélicas: *Mundos planetarios, celestiales gerarquías! Vosotras os anonadais ante el Eterno: vuestra existencia es por él; y el Eterno es por sí. Él es quien es; solo él posee la plenitud del ser; y vosotras no poseeis sino su sombra. Vuestras perfecciones son como arroyuelos, y el Ente infinitamente perfecto es un piélago, es un abismo en que el Querubin no osa mirar.*

Hablando de la resurreccion del Señor Fr. Luis de Granada, para hacer mas maravilloso y augusto su descendimiento á los infiernos, viste con grandiosas y estupendas imágenes las circunstancias de aquel dia glorioso, diciendo: *Los cielos que se cubrieron de luto, resplandecieron viéndole salir del sepulcro vencedor. Descendió el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza; luego, aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tierra de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los principados de Edon, y temblaron los poderes de Moab, y pasmáronse los moradores de Canaan.* La impresion profunda de esta descripcion nace del modo de representar el poder del resucitado, y de lo oscuro y misterioso del sentido alegórico de las tres últimas cláusulas; porque la oscuridad es otra de las fuentes del sublime; como se experimenta en los templos góticos, cuya luz remisa nos convida á la contemplacion y recogimiento, infundiéndonos un profundo respeto envuelto en admiracion.

Mas, cuando por boca de Moises dice Dios, segun la version literal del texto hebreo: *Haya luz y hubo luz*, vemos una imágen divinamente sublime, semejante á otras muchas de los sagrados escritores, los cuales, refiriendo con tanta sencillez como frescura los mayores portentos, nos manifiestan cuanto les ocupaba la verdad, y cuanto se olvidaban de sí mismos. Porque, cuando se trata de las obras de Dios es sublime el decir que él quiere y la cosa es. Para criar la luz en todo el universo, bastó que Dios hablase; y aun es demasiado, bastó que quisiese; la voz de Dios es su voluntad.

Bajo de otra consideracion es altamente sublime la *imágen* de esta proposicion, porque no puede concebirse pintura mas maravillosa que la del universo repentinamente iluminado. Lo es tambien con otro respeto, porque no puede dejar de imprimir en nosotros un secreto movimiento de admiracion reverencial, producido de la idea de la omnipotencia del autor de tal prodigio: idea, que nos debe llenar de un profundo rendimiento hácia el criador de la luz.

Tal vez no todos los hombres serán conmovidos de esta grande imágen, porque no todos podrán representársela con la misma viveza. Pero, si de lo conocido subimos á lo desconocido, y queremos medir toda su magnitud; representémonos la vista de una noche medrosa, cuyas tinieblas aumenta la espesura de los nublados, y que al resplandor momentáneo de los relámpagos veamos los mares, las olas, los campos, los bosques, las sierras, los valles, y el mundo entero desaparecerse, y como reproducirse, en un instante. Si no hay hombre á quien esta imágen no asombre ¡qué terrible impresion hubiera sentido el primero que, careciendo de toda idea de luz, hubiese visto el primer momento en que dió la forma y los colores al mundo!

Bajo de otro respeto esta *imágen* debe gran parte de su valor á la brevedad de la expresion: porque, como queda explicado mas arriba, cuanto esta es mas corta, su impresion es mas súbita, y menos prevista; y asi es mayor el asombro. Dios dijo; *Sea la luz y la luz fue.* Todo el sentido de la sentencia se desenvuelve en la palabra fue, pues como su pronunciacion es casi tan rápida como el efecto de la luz, y no supone sucesion de actos ni de tiempo, hace el mayor efecto que se puede imaginar.

Se queja el profeta Oseas de que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido por toda la tierra: *y que una sangre caia sobre otra sangre, y una maldad sobre otra maldad.* Parece que vemos llover sangre como agua sobre otra agua que acaba de caer, para expresar, á semejanza de lluvia continua, la incesante repeticion de maldades. El profeta Malaquías, reprendiendo á los hebreos de que repudiaban

sus mugeres por casarse con otras mas hermosas, dice: *Las lágrimas de las repudiadas vendaban los ojos á Dios para no ver los sacrificios de los repudiadores.*

Para expresar cuan grande ha de ser la constancia y seguridad de los justos en cualquiera tribulacion, dice el P. Marquez: *En medio de las ruinas del mundo se han de sacudir la capa del polvo por el testimonio de su buena conciencia.*

Sublime en los afectos. — Si en lo físico lo grande supone grandes fuerzas, y éstas, como hemos dicho, nos asombran; tambien en lo moral lo grande, esto es, la grandeza y esfuerzo extraordinario de los ánimos, constituye lo sublime. No es Tirsis caido á los pies de su amante, sino Scévola con la mano puesta sobre el brasero, el que inspira terrible admiracion. Por esto los dichos de varones soberbios y esforzados producen estos profundos sentimientos de terror. Tal es el efecto causado por la confianza que tiene Ayax de sus fuerzas y valor, cuando, envuelto entre las tinieblas con que Júpiter cubrió el campo de los griegos para proteger á los troyanos al favor de la oscuridad, levanta los ojos al cielo, y en accion de dolor y desesperacion, exclama: *Gran Dios! vuélvenos la luz del dia, y pelea despues contra nosotros.* No reusaba morir, pero queria morir como valiente á vista de todos.

Este género de sublime resplandece siempre en ciertos rasgos heróicos de fortaleza, pues nacen del corazon, y no de una reflexion fria y mesurada. Estos sublimes sentimientos, que proceden casi enteramente de una situacion que los inspire, se declaran con locuciones y sentencias breves y concisas, porque pierden su fuerza cuando se convierten en razonamiento. Oigamos á Calístenes, el cual, encerrado en una jaula de hierro, con las narices, orejas, y pies cortados por órden de Alejandro, responde á su amigo Lisimaco que le visitó compadeciendo su desgracia: *Cuando me veo* (le dice) *en una situacion que necesita de valor y fortaleza, paréceme que me hallo en mi lugar. Si los dioses me hubiesen echado en el mundo solo para el deleite ¿para qué me habrian dado un alma grande é inmortal?*

Sublime fue el dicho de aquel salvage cautivo, el cual,

atado á un árbol, no acababa de morir á los repetidos flechazos que le asestaba su vencedor. Impaciente éste levantó la espada para quitarle de un golpe la vida; y con libre ánimo le dice el impávido cautivo. *Detente.... prosigue, no te avergüences: y tendrás mas tiempo de aprender como muere un hombre.*

Sublimes son tambien las razones que Armida, vencida y prisionera en un combate por Reynaldo, capitan de los Cruzados en Siria, dirige á este su antiguo amante, cuando atormentada de zelos, indignacion y despecho, le dice: *Sin duda tu gloria quedaria deslucida, sino viese el mundo atada á tu carro una muger, engañada antes por tus juramentos, y rendida ahora á tu poder. En otro tiempo yo te pedí la paz y la vida: hoy solo la muerte puede aliviar mi dolor.... Mas, ésta no te la pido á tí, inhumano! Horrorosa seria para mí, si tuviese yo que recibirla de tu mano.*

El despecho y valor de un hombre hace mas impresion que el de una muger; y el de un héroe que el de una persona comun. Oigamos al Taso que recurrió en otro pasage de su poema á esta fuente del sublime. Jerusalen es tomada, y en medio del saqueo Tancredo divisa á Argante cercado de un tropel de enemigos que iban á quitarle la vida. Corre á librarle de las manos de la soldadesca, cúbrelo con su broquel, y se lo lleva fuera de los muros de la ciudad, como víctima que reserva para sí. Caminan juntos, llegan al sitio, Tancredo prepara sus armas, y el animoso Argante, olvidándose del riesgo y la vida, suelta las suyas, y vuelve los ojos llenos de dolor y sobresalto hácia las torres de Jerusalen ardiendo en llamas: *¿En qué piensas?* (le dice Tancredo) *en que llegó ya tu última hora? Si esta imaginacion te acobarda, es tarde ya. Pienso*, (le responde Argante) *en esta hermosa ciudad, reina antes de Palestina, y hoy esclava y asolada, cuya ruina en vano he querido retardar; y pienso en que tu cabeza, que sin duda el cielo me reserva, no basta para su venganza y la mia.*

A este género de estilo pertenece lo que se llama *patético*, porque lo apasionado y lo sublime suelen andar juntos, y muchas veces se confunden. El oyente halla agra-

dables todas las cosas que le mueven, y en algun modo se engrandece su espíritu con la grandeza de los objetos: halla delicioso el terror, y dulce la misma tristeza.

Los conceptos lastimosos, los discursos tiernos, y los retratos dolorosos, entre la blandura y conmocion que sentimos con ellos, nos dan un continuo testimonio de la humanidad de nuestro corazon. El que se enternece, se siente siempre mejor que antes: llora, y sus mismas lágrimas le dan buena opinion de sí mismo: se conduele, y no puede apartar los ojos del objeto de su dolor, porque no puede dejar de ser hombre.

Los elocuentes rasgos no nacen de los preceptos del arte, aunque no se desvian de ellos; nacen, sí, del corazon agitado de este manantial de vehemencia y calor que abrasa el estilo alguna vez, donde parece que la pluma escribe lo que el amor ó el dolor le dictan, ó se desata la lengua para decir lo que el alma siente y padece, con palabras medidas siempre por la razon y el decoro. Debemos, sobre todo huir de ser llevados de un furor intempestivo, quiero decir, cuando un orador se acalora inoportunamente, ó se arrebata con exceso, y el asunto no permite sino un templado calor. Hay algunos que, si como estuviesen embriagados, se esfuerzan en manifestarnos sus afectos, con la vehemencia declamatoria que trajeron del aula. Se exaltan en vano, porque ignoran lo mas perfecto del arte, que es la oportunidad.

El primer precepto en esta materia es tener herido su corazon antes de querer herir el de los otros; porque, lo que bien se siente, bien se dice. Mas, para conseguirlo, es necesario que el orador penetre profundamente el asunto que vá á tratar, se convenza plenamente de su objeto, sienta toda la fuerza de su verdad é importancia, se grabe en la fantasía la imágen de que quiera servirse para mover los ánimos, y la presente con tanta naturalidad como energía.

Parece que los que hasta hoy han conocido mejor el arte de inspirar las pasiones, han sido los grandes guerreros y políticos. Á las pasiones reunidas y avivadas con el amor de la libertad, mas que á la habilidad de los ingenieros, se deben las gloriosas y porfiadas defensas de Sa-

gunto, de Cartago y de Numancia, y en nuestros dias las de Zaragoza y Gerona.

Alejandro fue sin duda el ingenio mas excelente entre todos los grandes capitanes de la antigüedad para conmover los ánimos. Asi habla á las tropas macedonias que querian desampararle: *Idos ingratos! huid cobardes! sin vosotros conquistaré el mundo; y Alejandro hallará soldados donde encuentre hombres.* ¡Qué vergüenza y brio no infundiria á sus macedones esta magnánima reprension! Qué vergüenza y emulacion al mismo tiempo no inspiraria á sus tropas el heróico denuedo de Enrique IV de Francia en lo recio de una batalla, cuando, al verlas desordenadas y fugitivas, corre á ellas, y al punto de irse á meter en lo mas cerrado de los escuadrones enemigos, les dice: *volved las caras! y si no quereis pelear, á lo menos me vereis morir.*

Los discursos vehementes son el lenguaje de personas apasionadas; el ingenio solo no puede en estos casos suplir el movimiento de los afectos; porque el que no está tocado de una pasion ignora el idioma de ella. Las pasiones se deben mirar como la semilla de los grandes pensamientos: ellas son las que mantienen una perpetua fermentacion en nuestras ideas y fecundan en nuestra imaginacion las que serian estériles en un corazon tibio.

La pasion es el alma de los discursos elocuentes, pues de ella reciben vehemencia para arrebatar, y ternura para ablandar los ánimos. Con la mocion de sus afectos un orador puede levantar á sus oyentes de aquella inércia, digámoslo así, contraria á la accion del espíritu, pues, dando interes al asunto que trata, despierta al hombre de su natural reposo é indolencia cuando las cosas no le tocan muy de cerca.

Asi el que quiera dominar á los otros, inspirándoles la pasion de que está animado, se aprovecha con sagacidad; unas veces, de la propension ó disposicion favorable que halla en los ánimos; otras, de la situacion en que varias circunstancias ponen á los hombres; otras, de las leyes que les gobiernan; y otras, en fin, de las preocupaciones mismas á que obedecen. En la situacion en que estaban las tropas de Cartago, antes de empezar la batalla del Tesino ¿qué confianza y valor no les infundiria esta breve

arenga de Anibal? *Compañeros! los romanos deben temblar hoy, no vosotros. Tended la vista por este campo, y no vereis retirada para los cobardes: todos perecemos hoy si somos vencidos. Pero ¡qué prenda mas segura del triunfo, qué señal mas visible de la proteccion de los dioses, que habernos colocado entre la victoria y la muerte!*

Cándida, tierna y suave debe ser la expresion lastimosa, y triste, noble y congojosa en los afectos para mover á todos; no hinchada, ni tampoco muy humilde, ni oscura con exquisitas sentencias. Su ornato ha de ser mas limpio que curiosamente compuesto. Admite exclamaciones, apóstrofes, quejas, y prosopeyas, que llaman grandemente á la conmiseracion.

El poeta que se aprovechó, para mover la compasion y tristeza, de la situacion de Herminia, bien conocia el poder que tienen en nuestro corazon las razones tiernas y suaves. Esta princesa desgraciada, despojada del trono y abandonada del infiel Tancredo su amante, se retira á una aldea, y toma el oficio de pastora. Una tarde de julio mientras las ovejas sesteaban á la sombra, se divierte grabando con amorosas letras en la corteza de unos cipreses la historia y las desventuras de su pasion; y al recorrer las líneas que acababa de formar, desfallece y bañada en lágrimas, exclama: *Arboles, confidentes de mi llanto, conservad la historia de mis penas! Si algun dia un fiel amante viniese á descansar bajo de vuestra sombra, se enternecerá de compasion al leer mis tristes desventuras y dirá: Ah! qué mal pagaron el amor y la fortuna tanta constancia y fidelidad!*

Salgamos de un asunto profano para subir á otro de mas alta y noble contemplacion. Pinta Fr. Luis de Granada la dolorosa situacion de nuestra Señora al pié de la cruz, teniendo en sus brazos á su sagrado Hijo despues del descendimiento, con este apóstrofe. *O dulce madre! Es este por ventura vuestro dulcísimo hijo! Es este el que concebiste con tanta gloria, y pariste con tanta alegría! Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mugeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de María.*

En otro lugar pinta el mismo autor con la mayor ternura y viveza el estado de Cristo en la cruz contemplando desde aquella altura á su Madre, cuya presencia acrecentaba los dolores de su sagrado Hijo. ¡*Quién podrá declarar, ó buen Jesus! lo que sentiste cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima que sabias que estaba contigo crucificada! cuando veias aquel piadoso corazon traspasado con cuchillo de dolor! cuando tendiste los ojos sangrientos, y miraste aquellos brazos en que fuiste recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados! y aquellos pechos virginales, con cuya leche fuiste criado, hechos un piélago de dolor!*

Es de advertir que nunca se conmueve una pasion si la cosa de donde se quiere sacar no es por sí manifiesta y claramente demostrada: en valde nos esforzaremos en excitar la voluntad al amor ó al odio de un objeto que no conocemos. Pero, como el ánimo del oyente suele estar prevenido contra la fuerza descubierta, el orador sagaz sabe insinuarse sin estrépito, y como furtivamente, para moverle y cautivarle con mas facilidad.

Débese usar de lo patético solo en los asuntos que lo piden, y ver en que parte del discurso conviene; porque hay asuntos que no admiten estos movimientos, y lugares en que seria inoportuno. Primero se debe ganar el entendimiento antes de conmover el corazon; porque los ánimos que no estan dispuestos mal podrá inflamarlos el orador.

Y aunque el lenguaje de la pasion puede reinar, por intervalos en aquellos lugares de la oracion en que se pretende mover y persuadir, en ninguno tiene mas imperio y eficacia que en la peroracion ó epílogo. Aquí es donde la elocuencia, para triunfar de los corazones, y arrancarles su último consentimiento, se sirve atropelladamente, ya de lo mas tierno, ya de lo mas vigoroso del estilo patético. Un orador hábil huye en estos casos de toda ostentacion y estudio; antes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desórden, cierta perturbacion, nos muestra estar poseido de entusiasmo: y esta efervescencia imita á los esfuerzos de la naturaleza agitada, que busca sin rodeos la salida mas breve, fácil, y pronta para su desahogo.

Claro está que no quiero hablar aqui de aquella falsa elocuencia tan fácil de enseñar como de practicar; es á saber, de figuras amontonadas; de magníficas palabras que nada grande dicen, y de movimientos afectados que no tocan al corazon pues no nacieron de él.

La mocion de los afectos es el arte mas admirable que inventó la necesidad, y perfeccionó la oratoria; arte que no habla con los frios disertadóres, ni con los contemplativos moralistas, que conocen mas las pasiones por sus definiciones, causas, y efectos, para arreglar nuestra conducta que para mover el corazon con la fuerza de la palabra. A lo que los griegos llamaban *patos* tradujo Ciceron, ya perturbacion, ya enfermedad; los bárbaros diéronle el nombre de pasion, y los latinos de afeccion ó afecto. Es lo contrario de la *apatía* de los mismos griegos, que significaba, entre los estóicos, aquel estupor ó tranquilidad del ánimo, al cual ninguna perturbacion, ningun dolor, ningun caso terrible pudiese mover, colocando el sumo bien en aquel estado libre de toda alteracion. Esta dureza é insensibilidad de los estóicos, que llamaban enfermedad á las afecciones, extirpaba del corazon toda humanidad.

Si consideramos como enfermedad todo lo que nos saca del estado natural de reposo; toda afeccion, ya blanda ya fuerte, nos altera ó inquieta. Llámase tambien pasion por la misma causa; porque el ánimo padece siempre que se agita: padece el que aborrece, y á veces mas el que ama; padece el que teme, como el que espera; padece el que se conduele, no menos que el que se indigna; y si altera la tristeza, no altera menos la alegría. Podemos decir que todas son enfermedades, unas con calentura, y otras con postracion.

Por esto se habrá dicho que todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. Celebradísimas son en las historias las palabras que se dijeron Séneca y Paulina su muger al tiempo de dar las venas al verdugo; y las de otros varones insignes que murieron en aquella conjuracion. Y aun el mismo Neron, mónstruo en crueldad, mueve á compasion cuando se leen en Suetonio las que le oyeron decir haciendo un hoyo para enterrarse en vida:

qualis artifex pereo. Preguntándole á Leonidas su muger, al tiempo de partir él para Termópilas contra los persas, si le dejaba mandado algo, le dijo: *Que te cases con buenos, y paras buenos hijos.* Fué esto decirle sin dudarlo: voy á morir. ¡Qué magnanimidad, para decirla tan serenamente, no nos veremos mas, desde ahora te dejo ya viuda! ¡Qué despedida tan patética, no ya en las palabras, sino en su misma enfática sencillez y frialdad en ocasion tan apurada! ¡Qué desprecio de la vida y de sus propias cosas cuando se trata de defender la patria! Causa asombro y compasion al mismo tiempo la resignacion de su ánimo.

Dijo Isaác á Abraham cuando soltó el haz de leña en el lugar donde se habia de ejecutar el sacrificio: *Padre! ¿dónde está la víctima para el holocausto?* Llamóle asi para rasgar las entrañas paternales de dolor, y hacer en ellas la postrera prueba de su sufrimiento. Aqui el efecto patético viene de la situacion.

Maravillosa fué aquella sentencia que prohijó Virgilio á Enéas cuando, armado y á caballo para salir al desafio de Turno, en que se habia de decidir el pleito del Reino Latino, mandó que le trajesen á Ascanio su hijo; y alzando la visera para despedirse de él, con ternura y regalos de padre, le tomó en brazos, y como si hiciera testamento, y no le hubiera de ver mas, le dice: *Aprende, hijo, de mí el valor y el buen ánimo en los trabajos; que grangear bienes de fortuna otros te lo enseñarán.* Las circunstancias del momento, del asunto, y del expectáculo hacen patética la sentencia, la cual, fuera de aquel caso, no tendria mas que la gravedad de un consejo.

Oigamos la expresion tierna y bien sentida que pone Cervantes en boca de un pastor moribundo de enamorado de su ingrata zagala, y la dulce y armoniosa elegancia con que pinta el autor el caso: «Ya el herido pastor daba »el último aliento envuelto en estas pocas y mal formadas »palabras: » *Quitárasme la vida, que ahora, mal contenta, de estas carnes se aparta!* Y sin poder decir mas cerró los ojos en sempiterna noche.

Al tiempo que Sócrates recibia la copa del veneno de manos del verdugo, hizo su muger Jantipe grandes ex-

clamaciones acusando á los causadores de la muerte de su marido, diciendo que moria sin culpa: á lo cual acudió Sócrates con mucha gravedad: *Tuvieras por mejor que muriera culpado*! La inocencia y serenidad del filósofo nos interesa aquí, y nos enseña.

Arístides, que por sus virtudes y gloria de grandes hechos, mereció el título de justo, y fué por los atenienses desterrado de su patria despues de haberla defendido, ampliado, y ennoblecido; al salir de la ciudad no le echó maldiciones, ni dijo contra sus conciudadanos las imprecaciones que se solian oir en las tragedias; antes, levantando las manos al cielo, hizo súplica á los dioses: *que sucediesen siempre las cosas de Atenas con tanta prosperidad, que todos perdiesen la memoria de Arístides*. Este rasgo de generosidad y patriotismo, esta serenidad de tan indulgente ánimo, ¿á quién no moverá á ternura y amor á la virtud? verdad es que no iba á la muerte; pero iba á morir civilmente.

Si las postreras palabras de los vivos son tan eficaces y penetrantes ¿cuán patéticas serán las de los muertos? Léase en la sublime inscripcion del túmulo de los 300 lacedemonios que sacrificaron sus vidas en la defensa de las Termópilas: *Caminante! vé á decir á Esparta que hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes*. ¡Qué honroso y melancólico recuerdo! ¡qué personificacion tan sublime! Hablan los muertos y se glorian de haber muerto por la patria; y parece que aun no quieren apartarse de su obediencia, pues le envian la noticia del sitio donde yacen hijos tan leales como valientes.

Estando la batalla de Farsália tan á pique, que no se oía sino estrépito de caballos y de hombres; vió César á Cayo Crastino, capitan de diez águilas que las iba requiriendo; y llamándole por su nombre, le preguntó: Qué te parece ¿podrémos esperar de esta batalla? Y alzando la mano, díjole: *vencerás, César, y me loarás vivo ó muerto*. Sucedió lo uno y lo otro, porque Crastino murió, César venció, y celebró al muerto en una oracion fúnebre.

Engrandecen mucho á M. Craso por haber con buen ánimo sufrido la muerte de su hijo, varon muy insigne,

y marido de aquella no menos sábia y elocuente que hermosa y agraciada Cornelia, hija de Scipion. Viendo Craso que traian los Parthos la cabeza de su hijo en la punta de una lanza, y que con aquel espectáculo lamentable se atemorizaban y desmayaban los ánimos de todos sus soldados, dijo en voz alta: *Mio es este dolor, mio el daño, mio el llanto; mas el remedio, la gloria de la república, y la venganza consisten en vuestra salud.*

Refiérenos Solis la tierna respuesta que dió Motezuma á sus magos y agoreros cuando le predijeron, en nombre y por decreto del cielo, la ruina de su imperio concebida en estos términos. *¡Qué podemos hacer si nos desamparan nuestros dioses! Vengan los extrangeros y caiga sobre nosotros el cielo, que no nos hemos de esconder, ni nos ha de hallar fugitivos la calamidad. Solo me lastiman los viejos, niños, y mugeres, á quien faltan las manos para cuidar de su defensa.*

Los retóricos cuentan hasta diez y siete pasiones; los filósofos no concuerdan en esta opinion, ni con aquellos, ni consigo mismos. Dentro del corazon humano hay mas alteraciones y tempestades mas diversas que en un proceloso golfo, donde no hay piloto que las pueda señalar todas. Pero las mas frecuentes y conocidas en el uso comun de la vida son: el *amor*, el *odio*, el *deseo*, la *ira*, la *indignacion*, la *desesperacion*, la *vergüenza*, la *emulacion*, la *venganza*, en la clase de fuertes; y en la de templadas, la *clemencia*, la *confianza*, el *gozo*, la *tristeza*, la *compasion*, el *temor*, y la *esperanza*. Sin embargo estas dos últimas son las dos pesas del relox de la vida del hombre, que solo se mueve, ó con la esperanza del bien, ó el temor del mal.

La oratoria las contempla todas como indiferentes en sí mismas: y solo las pinta honestas ó criminales, con respecto á sus fines y efectos. Por ejemplo el valor saca su bondad ó su malicia del carácter de quien lo posee. Si es virtud en un Horacio, en Cromwell es un vicio: y la confianza de César, laudable en el Rubicon, es vituperable en el Senado.

El movimiento de las pasiones es un medio excelente de la elocuencia: por ejemplo, cuando se nos hace en-

perar lo que debe ser el verdadero y digno objeto de nuestra esperanza, temer los males que nos amenazan, aborrecer las acciones que la virtud y la religion condenan, amar la verdad y la justicia, respetar la probidad, compadecer la inocencia oprimida, desear la honra y la felicidad, admirar la fortaleza, perdonar al enemigo, indignarnos contra la iniquidad, emular la gloria de las buenas acciones, y avergonzarnos de la bajeza ó fealdad de las nuestras.

De este modo diremos: que la oratoria se sirve de las pasiones útiles, para mas fortalecerlas; y de las perniciosas, para reprimirlas ó destruirlas. Asi es que emplea el temor ó el terror de la ira divina para excitar en nosotros amor á la virtud, y odio al vicio; el amor de la patria en M. Bruto, para curarnos de la peste de la ambicion; la compasion y las lágrimas de Ana Bolena en el suplicio para disponernos contra el amor criminal, &c. Por este medio la elocuencia puede purgar las pasiones haciéndolas luchar unas contra otras: porque el orador las conduce siempre á honesto fin, no las aniquila.

Los objetos de las pasiones que debe presentar la oratoria han de ser siempre cosas grandes, las unas por su naturaleza como las divinas, las heróicas, la humanidad, la salud de la patria, la vida del ciudadano, el triunfo de la virtud, la defensa de la justicia, la observancia de las leyes, &c. Otras son grandes por convencion humana, como los honores, las riquezas, la prosperidad, la reputacion, &c.

Tienen las pasiones su lenguaje propio, sencillo siempre y sin afectacion; que admite las grandes y vehementes figuras que dan alma y movimiento á la elocucion patética. Esta es la grandilocuencia desnuda de ornatos retóricos y de sutiles conceptos.

Por otra parte hace malísimo efecto introducir en el trozo patético de un discurso cosa alguna extraña á la naturaleza del intento, y cualquiera digresion que embarace ó interrumpa la carrera que lleva la pasion una vez movida. Grandemente ofenden y entibian al ánimo, y disuenan al tenor de la sentencia, los símiles y comparacio-

nes, que siempre manifiestan arte y estudio, y distraen y divierten la mente cuando mas se debe recoger de acuerdo con el corazon.

Tampoco se debe llevar al cabo la conmocion patética, ya con prolijo razonamiento que fatigue, y despues enfrie el primer calor; ya con exaltar tanto la pasion, que pase los límites de lo que puede esperarse de nuestra naturaleza.

Los sentimientos de humanidad excitados por la siguiente pintura del tiempo del lujo y corrupcion de Roma, se convierten en justa indignacion contra las costumbres de aquella capital. *Abranse* (dice un escritor elocuente), *los anales de las naciones; y veremos los romanos, arrastrados de la voz del deleite, sacrificar sus semejantes, no digo al interés de la patria, sino á su propia diversion y sensualidad. Y si no, hablen aquellos viveros en que la bárbara glotonería de los poderosos ahogaba los esclavos para que los peces con este pasto criasen carne mas delicada. Hable aquella isla del Tiber, adonde la crueldad de los amos enviaba los esclavos dolientes, ó viejos, á perecer con el suplicio del hambre. Hablen tambien los restos de aquellos soberbios anfiteatros, en que estan grabados los fastos de la barbarie; en que la nacion mas culta del orbe inmolaba millares de gladiadores al placer de un espectáculo, adonde concurrian curiosas las mugeres: y allí este sexo delicado y dulce, que criado en el lujo y el regalo, no debiera respirar sino ternura, sutilizaba la inhumanidad, hasta pretender de los atletas heridos, que, al tiempo de espirar, cayesen en una gallarda postura.*

§ III.

Estilo Medio ó Templado.

Nobleza, amenidad y elegancia son calidades principales de este género de estilo, el cual, como guarda cierto medio entre el sublime, y el sencillo tiene menos vehemencia y calor que el primero, y mas abundancia y

esplendor que el segundo: y por esto admite todos los adornos del arte, y todos los primores del buen gusto.

En este género medio, que es propiamente un estilo adornado y florido, puede la elocuencia ostentar su pompa y magestad. Llámanse adornos en el sentido retórico aquellas locuciones y modos figurados, que al paso que dan cierta gracia á la oracion, la hacen mas insinuante y persuasiva.

El orador no habla solo para hacerse entender; porque para esto le bastaria decir las cosas con llaneza y claridad; habla tambien para mover, convencer, y deleitar. Este deleite no puede entrar en el corazon, y despues en el entendimiento, sin pasar primero por la imaginacion de los oyentes, á la cual es necesario hablar en su idioma. Por eso dice Quintiliano que el placer ayuda á persuadir porque el oyente está dispuesto á creer verdadero todo aquello que encuentra agradable.

No basta, pues, que un discurso sea claro, inteligible, lleno de razones y sólidos pensamientos: es menester algunas veces, segun la materia y sus circunstancias, que reluzca con cierta gracia, hermosura y esplendor, que son su ornamento. En esta habilidad se distingue el escritor facundo del escritor elocuente. El primero, quiero decir, el que se explica con claridad, facilidad, y gracia, dejará tibios y tranquilos á sus oyentes; mas el segundo les excitará sentimientos de ternura y admiracion, los cuales mira Ciceron como efecto de la oracion enriquecida de lo mas brillante de la elocuencia; ya sea en las sentencias, ya sea en la espresion. Este género se ha de tratar con lenguaje ilustre, sonoro, y de cuidadoso y artificial adorno.

En este estilo medio entra aquel género de elocuencia que podemos llamar de aparato, cuyo fin principal es el deleite de los oyentes ó lectores, como son los discursos académicos, los razonamientos públicos, los panegíricos, las oraciones gratulatorias; dedicatorias, y otras composiciones semejantes, en que es permitida toda la gala del bien decir.

Sin embargo, aun en este género de composiciones deben usarse los adornos con gusto, discrecion y sobriedad.

y á lo menos variarlos y modificarlos sabiamente. Y si esto es necesario en los asuntos de mero aparato y ceremonia ¿cuánto mas lo será en los discursos que tengan por argumento objetos grandes é importantes? Cuando se trate, por ejemplo, del honor, del reposo, de la hacienda, ó de la vida de los ciudadanos, de la salud de la república, y de la salvacion de las almas ¿será lícito al orador ó escritor ocuparse de su propia estimacion, solo por lucir su ingenio y su cultura? No quiero decir con esto que en los asuntos de esta gravedad se destierren de todo punto las gracias y galas del estilo; sino que los adornos sean mas sérios, mas modestos y sólidos, porque la compostura en el orador ha de ser siempre noble, grave, y varonil.

Alguna vez el orador en las sentencias morales y filosóficas suele subir en carro magnífico y dorado huyendo del estilo llano, como quien huye de andar á pié. Y, cómo se dice en el diálogo de los oradores: «por ventura son »menos fuertes los templos de estos dias porque no estan »construidos de piedras toscas y feas tejas, sino de lustroso »mármol y resplandeciente oro? Así, no son menos per»suasivas nuestras oraciones, porque lleguen con elocuencia »hermosa y adornada á los oidos de los jueces.» Esta hermosura y ornato nacen de las palabras escogidas y dispuestas con buen juicio, templando la gravedad con la dulzura, que raras veces se halla en un mismo escritor, porque en muchos la grandeza asciende á soberbia, y la dulzura cae en humildad. Y asi el que junte con tal temperamento estas dos virtudes, hará en el estilo una armonía de ajustada proporcion.

Asi como debe evitar el orador público aquella trágica y entonada manera de hablar y razonar conveniente á representantes, asi tambien debe huir y guardarse de usar de razones bajas, viles y apocadas; porque las entonadas é hinchadas no son para persuadir al público, y las secas y abatidas no mueven ni tienen eficacia. Y del mismo modo que el cuerpo no solamente conviene que esté sano, mas tambien ágil y robusto; igualmente los razonamientos no han de estar enfermos y débiles, sino que tengan fuerza y vigor. Asi que en todas las cosas tener el medio es de mucho arte y concierto.

Tratando de la virtud de la seguridad, que pacifica y confirma el ánimo contra los demasiados cuidados y sobresaltos que suele levantar el temor, añade el P. Nieremberg: *Ninguna seguridad llega á la excelencia de aquella quietud, semejante á la que tuvieron en la cárcel Sócrates y Agis. Á esta suele acompañar otra de mas quilates, y segura de mayores peligros, cuando desenzarzado el hombre de sus deseos que rasgan su corazon, y lastiman cruelmente y tiranizan su ánimo, se pone en campo raso, sin codicia ni temor.*

De las varias formas con que se ostenta el estilo medio ya blandas, ya graves, sin decaer de la nobleza que le corresponde, podremos trasladar aquí dos ejemplos; y sea el primero del P. Yepes, quien, hablando del amor que Dios mostró á Santa Teresa en el trato familiar y espiritual, asi se explica: *Del amor tierno y regalado que es la aficion y ternura de entrañas, el trato afable y dulce con que á los suyos Dios se comunica, solo pueden ser testigos las almas que con la experiencia lo gustan, que son las que con la pureza de la vida, alteza de la contemplacion, y finezas de amor han llegado á decirse y ser esposas regaladas suyas.* Y Fr. Luis de Leon nos presta una admirable muestra del estilo medio para llevar con paso seguido y grave el curso de una narracion, cuando en los nombres de Cristo, dice: *Los medos y persas menearon tambien las armas muy valerosamente, y enseñorearon la tierra; y floreció entre ellos el esclarecido Ciro, y el potentísimo Jerjes. Las victorias sobraron á los griegos, y el no vencido Alejandro, con la espada en la mano, y como un rayo, en brevísimo espacio corrió todo el mundo, dejándole no menos espantado que vencido. Y los romanos, que le sucedieron en el imperio, y en la gloria de las armas, venciéndolo todo, crecieron hasta hacer que la tierra y su señorío tuviesen un mismo término. Notorios son los capitanes guerreros y victoriosos que florecieron entre ellos; los Scipiones, los Marcelos, los Marios, los Pompeyos, y los Césares, á cuyo valor, esfuerzo y felicidad fue muy pequeña la redondez de la tierra.*

Escribiendo el P. Ortiz á una persona que le pedia consejos espirituales por el alto concepto que tenia de

su virtud, le dice que él es quien mas los necesita con esta humilde modestia: *En verdad me veo por tantas partes necesitado, que, para levantarme de mis miserias, tendré por crecida misericordia del Señor, si cercando yo el cielo y la tierra para multiplicar intercesores, se dignase su clemencia no desecharme de su cara, porque, como niño en la virtud, he menester ser traido en brazos agenos: y pluguiera á Dios que pudiese decir que soy niño, y que hubiese empezado á tener algun ser ante sus ojos.*

Al estilo medio se ajusta bien la gravedad de las palabras, y el peso de las sentencias mas eficaces por menos compuestas, como en este ejemplo del P. Marquez, en que refiere como no es remedio para la humanidad la muerte de los que la tiranizan *¿De qué sirvió* (dice) *la muerte de Neron al pueblo romano, sino de dar entrada á Othon, y á Vitelio, iguales pestes de la república? Lloró con entrambos ojos el reino de Francia la de dos príncipes suyos, dos Enricos, muertos á hierro: casos verdaderamente atroces, é inhumanidad no oida entre cristianos, contra quien siempre se armarán las plumas de nuestros historiadores, cuando aun las de Roma tiñen de lágrimas el papel por haber visto cuatro en veinte y ocho años, con haber sido el primero Neron, y el postrero Domiciano, causas tan poderosas de consuelo.*

ADICION.

Estilo sentencioso.—Al género medio se adapta bellamente el estilo sentencioso, que pide paso grave y sosegado, sin levantarse á remontada diccion, ni á ufania de galas y colores, ni á vehemencia de afectos; templado todo con el peso de las razones y de la doctrina que encierran los conceptos esparcidos en su lugar oportuno.

En testimonio de que no se arrojaron á mayores peligros los gentiles que los cristianos en las guerras, y que no son opuestas al valor la humildad y mansedumbre evangélicas, añade D. Diego de Saavedra: *Poco hace de su parte el que se deja llevar de la ira y de la soberbia. La mansedumbre es accion heróica que se opone á la pa-*

sion; y no es menos duro campo de batalla donde pasan estas contiendas. El que inclinó por humildad la rodilla, sabrá en la ocasion despreciar el peligro, y ofrecer su cerviz al cuchillo.

Escribiendo Antonio Perez al conde de Monmorancy condestable de Francia, gran favorecedor suyo, le dice: *Suplico á V. E. atienda á su salud por el bien público y particular; que los hombres no la pueden dar, aunque la pueden quitar con disfavores: jurisdiccion que tienen en ánimos pequeños, porque los grandes estómagos digieren veneno como vianda ordinaria.* En sus avisos morales, para recomendar los bienes de la templanza y sobriedad, dice el P. Nieremberg: *Á la vida del cuerpo ayuda la abstinencia espléndida y largamente, pues la alarga; y en cuanto sufren los estrechos términos de la mortalidad, la templanza es árbol de la vida, porque la muerte de muchas maneras es hija de la gula.*

El estilo sentencioso se acomoda tambien á las narraciones históricas, cuando el autor, huyendo de la desnuda y árida relacion de un gacetero, quiere vestir los hechos con reflexiones morales ó políticas que arroja la importancia y calidad de ellos mismos. Este género de escribir, presupuesta la verdad de los sucesos, enseña y deleita al mismo tiempo, porque siempre es agradable la doctrina indirecta para el advertimiento ó el desengaño. De la derrota que padecieron las tropas de Felipe IV en 1641 en la malograda empresa del castillo de Monjuich, durante el asedio de Barcelona, escribe Don Francisco Manuel testigo de vista, en su Historia de la guerra de Cataluña, una completa relacion, de la cual solo trasladamos este trozo: *No negaremos que entre la multitud de los que vergonzosamente se retiraron, halláronse muchos hombres de valor inútil y desdichado; algunos que murieron con gallardía por la reputacion de sus armas; y otros que lo desearon por no perderla. Singular dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los casos donde todos la pierden; porque el suceso comun ahoga los famosos hechos de un particular, y todavía esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.... Á Fajardo sacaron mas que ordinarias heridas, con otros muchos*

oficiales y caballeros dignos de gloria; si ésta pudo adquirirse en tan siniestro dia para su nacion. Las banderas de Castilla, poco antes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos, ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban: á tanta desestimacion vieron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudieran servir mejor entonces de defensa que en las manos de sus dueños por la dificultad que causaban al camino. Solo la muerte y la venganza, lisongeada en la tragedia española, parece se deleitaban en aquella horrible representacion. Casi á este tiempo llegó nueva al conde de Torrecusa de la muerte de su hijo, y los suyos. Recibióla con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por rasgar sus ropas: desigual demostracion de lo que se creia de su espíritu. Desde aquel punto no quiso oir mas, ni mandar; y no era entonces la mayor falta de quien mandase; porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese.

1 Es muy dificil de sostenerse este estilo en una larga composicion sin cansar al lector, si no se interpola diestramente con agradable variedad, usando de las reflèxiones con discrecion y economía, para no caer el escritor en la afectacion de maestro pródigo de sus propias opiniones y discursos, pretendiendo lucir el caudal de su profunda penetracion. Hasta en lo mas perfecto es represensible el abuso; y asi solo la templanza puede corregir las demasías de nuestra vanidad.

2 Cuando en las obras destinadas á darnos documentos de virtud y sabiduría se refieren héchos históricos para sacar de ellos la doctrina; es no pequeña habilidad del autor el saberlos ilustrar con el esplendor de sentencias no forzadas, ni oscuras, que hagan, sin pretenderlo, oficio de lecciones. Sea ejemplo en este género una nobilísima y filosófica leccion del P. Marquez, hablando de la tiranía é insolencia de Adonisedech en su prosperidad, y de su miedo y cobardía cuando vió venir contra sí á Judas, capitan del pueblo de Dios, en cuyas manos quedó prisionero: *Es muy dificultoso* (prosigue) *tener moderacion en*

la prosperidad; que los hombres enseñados á desigual fortuna suelen entregarse sin fiador en lo dulce del imperio, olvidados totalmente de lo que fueron, y de lo que serán. Y la grandeza y serenidad de ánimo, que tanto se desea en el que ha de gobernar, menos se hallará en el hombre bajo, que siendo mas exorbitante en el mundo, será mas vil en la adversidad.

Las sentencias y moralidades dicen bien á la severidad de la filosofía, no menos que á la gravedad de la historia; autorizan las máximas de aquella, é ilustran los ejemplos de esta. No hablan al corazon porque tampoco hacen de él: nada dicen á los ojos porque en ellas no tiene parte la imaginacion; son hijas del entendimiento, al cual han de persuadir, y criadas con la experiencia del hombre mirado por todos sus aspectos morales, políticos y civiles: y por esto piden gran caudal de meditacion y sabiduría, y vienen á ser el fruto de la edad madura. No diremos por esto que no admitan cierto adorno, pulidez, y cultura para suavizar la desnudez y aspereza de su doctrina, ni que estén reñidas en su composicion la concision y la elegancia, como lo hemos visto en la mayor parte de los ejemplos trasladados mas arriba.

Como la estructura de la sentencia se forma de frases sucintas, y estas comunmente sacan su mérito de un cierto contraste para que resalte mas el concepto, y sea mas agradable su aplicacion; se suele caer en un estilo uniforme y simétrico que trunca el curso y enlazamiento de los períodos, y hace cansada su lectura. En este inconveniente caen aquellos escritores que, no conociendo los límites señalados por el buen gusto y recto juicio, se dejan llevar del deseo de parecer sabios y profundos, empedrando de sentencias el raciocinamiento mas simple y mas comun. Y como, por otra parte, este mismo abuso descubre una grande afectacion; la prodigalidad con que las derrama, no le dejará discernir muchas veces lo natural de lo violento, lo verdadero de lo falso, lo sólido de lo sutil, y la agraciada discrecion de los juegos de vocablos.

La manera mas discreta y agradable de hacer el estilo sentencioso, sin taracearle con sentencias, y de enseñar sin

dogmatizar, consiste en saberlas refundir ó incorporar en el molde del período, haciendo desaparecer su forma y estructura particular, como de piezas sobrepuestas, sin que pierdan su espíritu y sentido, y contrayendo lo general y especulativo de su doctrina á los ejemplos prácticos de personas ú hechos particulares. Por este medio la elocuencia campea sin el sobrecejo de tanta filosofía, y el estilo corre fluido y grave al mismo tiempo, como se verá en los ejemplos siguientes.

En elogio de un sábio profesor de jurisprudencia dice un elocuente escritor: *Nuestro doctor obtuvo una cátedra de jurisprudencia, cuyo cargo desempeñó como hombre que no la habia solicitado.* En esta oracion está refundida esta sentencia: *Porque los que solicitan los empleos suelen ser los menos idóneos.* Pero de esta expresion vaga y general solo sacó el autor el pensamiento. — De cierto gran Señor dice tambien el mismo: *Fué muy poderoso para no ser adulado, y aborrecido.* No habia querido decir en su forma natural esta máxima: *El demasiado poder engendra adulacion y ódio.*

Hablando un orador en elogio de un sábio, añade: *Debió á la fortuna un nuevo favor para ser hombre grande, habiendo nacido pobre.* En esta oracion está embebida esta seca y sencilla sentencia: *La pobreza hace grandes á muchos hombres.* — Dice otro orador en elogio de un alto magistrado, cuando refiere su vida pública y privada: *Aceptó los honores como ciudadano, los mantuvo como sábio, y los dejó como héroe.* En estas tres frases estan refundidas estas tres máximas: *El ciudadano debe servir á la pátria: el sábio no se desvanece con las condecoraciones; y el héroe huye de ellas.* — Hablando del gran ministro Sully cuando se retiró de la corte en medio de los desórdenes del reino, añade otro: *Y no pudiendo impedir mas tiempo los males, no le quedaba otra gloria que la de no ser su cómplice.* Este mismo pensamiento puesto en la forma de una sentencia ó aviso directo, diria así: *El que no puede impedir los males, no los consienta.*

PARTE TERCERA.

DE LA EXORNACION ORATORIA.

Llaman exornacion los retóricos aquella compostura formada de los colores de los tropos y lumbres de las figuras, que ilustran y enriquecen la oracion. Pero estos ornatos se han de usar donde los pidan el lugar y la materia, y han de parecer nacidos para dar colorido y luz al lugar donde se aplican. Las traslaciones y figuras han de estar colocadas de suerte que por ellas no se pierda la inteligencia del discurso, ni tampoco por demasiado exquisitos afeen la pureza y hermosura de la elocucion. Así, diráse con mucha verdad que cuando el orador piensa más en los atavíos que en las cosas, prefiere su propio aplauso á la bondad, importancia y grandeza de su causa, que es lo que interesa á los oyentes, y ha de captar su benevolencia. Muy lejos de ganarles el ánimo con este estudio y presuncion ¿cómo podrá persuadir á los otros el que se acuerda tanto de sí mismo? Si cuando el orador escribe ó compone, premedita los *tropos* y *figuras*, escogiéndolos como entre las flores de un prado, no podrá ocultar el esmero y el apetito anticipado de tan afectadas galas. Deben estas vestir ciertos miembros del cuerpo de la oracion, como si nacieran de ellos; de suerte si puede ser, que hagan dudar, si el sentido y espíritu de la composicion dá el ornato, ó lo recibe. Al orador y al buen escritor se le han de caer, por decirlo así, estos adornos de la pluma, sin advertirlo, y mucho menos buscarlo: solo una especie de instinto oratorio, hijo de un continuo ejercicio y de la familiaridad con buenos modelos, puede producir este tino, esta gracia, esta facilidad de convertir lo que es verdadero artificio en lo que parece naturaleza.

ARTÍCULO I.

DEL ESTILO FIGURADO.

Aunque cada una de las cosas tiene su nombre propio, son mas las que han de significar que las palabras. Y como estas son notas ó señales de aquellos objetos que concebimos en el ánimo; si no percibimos su fuerza, no alcanzamos el sentido que se exprime en ellas. Estas, ó son propias, ó agenas: las primeras se hallaron por necesidad para dar nombre á las cosas sujetas á los sentidos, y las segundas por ornato, mudando su propia significacion en otra que llamaron los griegos *metáforas* y los latinos *traslaciones*.

Pero no fué, ni es siempre, el ornato, el fin primario del uso de las palabras traslaticias. Como todas las lenguas poseen un muy corto número de vocablos que puedan tomarse en sentido propio, y estos solo señalen objetos materiales; luego que los hombres quisieron pasar mas adelante, y representar sus conceptos en órden á los objetos morales, intelectuales, y abstractos que no caen en nuestros sentidos exteriores; fué ya necesario apelar á un artificio para que los entes sensibles ó físicos viniesen en ayuda de los espirituales y metafísicos. Desde entonces se introdujo el lenguaje figurado: y todas las voces que representaban entes corpóreos en el sentido propio y recto, representaban igualmente entes no materiales en un sentido de comparacion y semejanza, y con tal propiedad, que el conocimiento del uno llevase necesariamente al conocimiento del otro: desde entonces la *flor* de las plantas pasó á ser *flor* de la juventud, y el *báculo* del pastor *báculo* de la vejez.

De esta necesidad provino que nuestras lenguas abundan de un grandísimo número de términos, y locuciones figuradas, metafóricas y emblemáticas, y de circunloquios simbólicos. Y nunca se siente mejor la energía de una expresion figurada sino cuando se compara este sen-

tido, digamos artificial, con el propio y natural.

Pero como los hombres vivimos ya acostumbrados á usar las figuras, que nos dejaron nuestros abuelos, jamás nos hemos dedicado á examinarlas ni á compararlas con su sentido literal. Solo las lenguas orientales nos conmueven la fantasía, y nos excitan esta curiosidad, porque sus figuras asombran nuestra imaginacion, por hallarlas casi siempre fuera del órden y de los términos de la naturaleza, y es tan natural al hombre de todos los paises, al culto y al inculto, este lenguaje figurado, con mas ó menos templanza segun el clima y género de vida, que en nuestras conversaciones y trato comun sembramos metáforas é imágenes á manos llenas, sin advertirlo.

De esta primera necesidad, y despues hábito, del lenguaje figurado, sacaron luego los retóricos uno de los mas ilustres ornatos de la elocuencia, reduciéndolo á arte, esto es, señalando límites y reglas á la imaginacion inculta y derramada, para que no canse al oyente con la profusion de vanas palabras, ni oscurezca la inteligencia de las sentencias con rodeos hiperbólicos y enigmáticos.

Cuando el que habla ó escribe pretende tratar las cosas llana, clara, y usadamente, debe seguir el órden de las palabras en su sentido propio y simple; y no le cabe pequeña gloria si expresa las cosas abiertamente, y con aquella naturalidad y brevedad que forman el estilo sencillo sin arreos prestados. Mas, cuando el asunto y el fin del orador ó escritor piden, por sus circunstancias, mover, persuadir, ó deleitar los ánimos; entonces la elocuencia sabe realzar con el arte á la naturaleza, escogiendo lo mas vivo y florido de ella para dar cuerpo, alma y color al pensamiento. Las voces agenas y trasladadas parecen siempre mas magníficas y vivas que las propias; y agradan mas si son usadas con discrecion y juicio; porque es esfuerzo y gloria del ingenio hacer de lo que antes fué necesidad entre los hombres una virtud del estilo oratorio, traspasando las cosas que traemos entre los pies, y sirviéndonos de las remotas y peregrinas. Y aunque el oyente vá llevado con la imaginacion y el pensamiento á otra parte, no yerra el camino, ni se desvia, porque toda figura que vá guiada por alguna razon se acerca y llega

á los sentidos, pues son deducidas de ellos: como el *olor* de santidad, que sale y vuelve al olfato; la *blandura* del corazon, al tacto; el *murmullo* de las fuentes, al oido; la *dulzura* de la voz, al gusto; el *resplandor* de las virtudes, á la vista. Las imágenes sacadas de este último sentido son ya de mayor energía y eficacia, porque hace mas impresion lo que se vé que lo que se oye, pues se pone casi en la presencia del ánimo lo que no pudimos mirar ni ver.

El lenguaje figurado, no solo es mas enérgico, sino tambien mas claro en cuanto la figura ó imágen de la cosa representada no es equívoca, pues siempre conviene al objeto de tal manera, que no puede convenir á otro; cuando, al contrario, pueden ser equívocas las palabras abstractas por constar de sonidos tomados por general consentimiento en diferentes sentidos y acepciones.

Por otra parte la locucion figurada se refiere derecha é inmediatamente al objeto que se pinta, y esta relacion está siempre entre la cosa y la palabra que la señala. En la locucion propia y sencilla, al contrario, la relacion está siempre entre el signo y el sonido de la voz; y en semejante lenguaje el objeto dista siempre mucho del entendimiento, porque las palabras llaman nuestra atencion con su sonido antes que con la cosa que representan, ó la imágen de ella. Cuando representamos las calidades morales por medio de calidades físicas, hace nuestro discurso un acto solo; mas, si las representamos con abstracciones, hace dos. Decimos: *hombre sin entrañas* por hombre sin compasion: *hombre deslenguado* por hombre maldiciente: *hombre de dos caras* por hombre falso.

No podemos negar que es tal el embeleso que tiene el lenguaje figurado, que no hay quien pueda resistir á su deleite; pero tambien se ha de tener presente que, ni la prosa es pintura como la poesía, ni el orador pintor como el poeta, á quien la filosofía da licencia para personificar todos los entes de la naturaleza, usando de aquel lenguaje animado, pintoresco y alegórico que fue el primer idioma de los humanos. Pero la prosa es mas cuerda y mesurada, y no admite sino en ciertos casos, ó para variar ó para vestir la desnudez de la verdad y de la ra-

son con honesto y gracioso ropaje, este estilo figurado, porque ha de haber modo en el uso, que es en todas cosas singular virtud. Y como en la composicion de este estilo entran los que llamamos *tropos*, ó para mayor expresion de nuestros pensamientos y afectos, ó por acrecentamiento de la oracion, ó para huir la torpeza ó malsonancia de algunos términos propios, ó para amenizar la sequedad del habla comun; trataremos de cada uno de ellos en particular.

ARTÍCULO II.

DE LOS TROPOS Ó TRANSLACIONES.

Son los *tropos* unos modos figurados de hablar, por los cuales se aplica á una palabra un sentido que no es rigurosamente el suyo propio. Estas figuras se llaman *tropos* del griego *trope*, que vale lo mismo que vuelta ó conversion; pues cuando usamos de un término en acepcion figurada, le volvemos, digámoslo asi, para hacerle significar lo que no significaba en su sentido recto. *Vela* en su sentido propio no significa *embarcacion*, pues solo es una parte de ella; y sin embargo decimos una *flota de cien velas* por decir de cien navíos, tomando la parte por el todo.

Uso y efectos de los tropos. — Uno de los efectos mas sensibles y mas frecuentes de los tropos es de despertar una idea principal por medio de otra accesoria. Por eso decimos *cien fuegos* por cien casas, *mil almas* por mil personas, el *acero* por la espada, las *armas* por la milicia, la *pluma* por el estilo, la *lengua* por el habla, la *garganta* por la voz, &c.

Los tropos dan mayor energía á la expresion del pensamiento. Asi el que está vivamente impresionado de un objeto, pocas veces se explica con sencillez, porque la idea que le ocupa se le presenta con las otras accesorias que la acompañan, y entonces se sirve del nombre de aquellas imágenes que le representan las cosas. Por eso

recurrimos naturalmente á los tropos, con cuyo auxilio hacemos mas sensible á los otros lo que nosotros mismos sentimos. De aqui nacen estos modos de hablar: estar *inflamado de cólera*: estar *embriagado de deleites*: vivir *encenagado en el vicio*: *desdorar su fama*: *despeñarse á un abismo de miserias*: *no conocer la cara al miedo*, &c.

Los tropos dan hermosura y gracia á la oracion, porque como sus expresiones vienen á ser otras tantas *imágenes*, divierten y halagan el ánimo del oyente. Tambien le dan mayor nobleza; por cuanto las ideas á que estamos acostumbrados en el trato comun, no pueden excitar aquella impresion de admiracion que arroba al espíritu. En estos casos recurrimos á las ideas accesorias, que realzan é ilustran á las comunes: *Todos los hombres han de morir sin excepcion*: aqui tenemos un pensamiento comun con una frase tambien comun. Pero si decimos: *la muerte llama igualmente á la choza del pobre y al palacio del Rey*, sacaremos un pensamiento y una frase noble y animada.

Los tropos sirven tambien para templar, suavizar y dorar las ideas duras, tristes, desagradables, é indecentes: de todo lo cual veremos ejemplos tratando de la *perífrasis*.

Y como todas las lenguas padecen esterilidad en su diccionario para declarar todos nuestros pensamientos; los tropos en alguna manera las enriquecen, unas veces multiplicando el uso de una misma voz, y otras, dándola nuevo sentido, ya sea uniéndola con las que no podia juntarse en su significacion propia, ya sea usándola por medio de extension ó de semejanza.

En fin, sirven los tropos para poner en cierto modo ante los ojos aquellas *imágenes* que nos presentó la vivacidad con que sentimos lo mismo que queremos expresar: asi decimos por semejanza: *corre como el viento* — *duerme como una piedra*; y por extension: *se deja arrastrar del torrente de sus pasiones* — *corre la voz* — *vuela la fama*. Todas estas expresiones son dictadas por los movimientos de nuestra imaginacion.

Vicios de los tropos. — Cuando los *tropos* no producen los efectos que acabamos de indicar, son viciosos. Ademas de claras y fáciles, deben ser estas traslaciones naturales;

oportunas, adecuadas, y graves. En cualquier género de estilo es muy ridícula la afectacion y la incongruencia de los términos en la semejanza de dos cosas diferentes. *Suminístrame el licor etiope*, dijo uno que iba á escribir, por no decir *tráeme tinta*; y llamó otro al espejo el *consejero de la hermosura*. De semejantes frases vemos embutidas las páginas de muchos libros y sermonarios, que por fortuna hoy no se leen, ni tampoco se podrian leer.

No se debe, pues, usar de los tropos sino cuando naturalmente nacen del mismo asunto, ó cuando las ideas accesorias los llaman, ó los pide el decoro: entonces agradan, porque se buscan sin la mira de agradar. Con este lenguaje que inventaron los *vates* para pintar sus pensamientos, se hermosea y alumbra la oracion, porque con él reciben alma las plantas, razon los brutos, vida las piedras, alas los vientos, y cuerpo los pensamientos.

§. I.

Tropos de Diccion.

Como en las traslaciones se pueden considerar dos respetos, uno del simple uso de las palabras que componen el artificio, y otro de la sentencia que nace del enlace de ellas; hemos creido conveniente dividirlas en dos géneros, esto es, en tropos de diccion, y en tropos de pensamiento, para mayor claridad de la materia.

Metáfora.

Llámase *metáfora* la traslacion del significado propio de una palabra á otro que no le conviene sino por una comparacion que el entendimiento hace de los dos. Cuando decimos la *luz del entendimiento*, la palabra *luz* que en su sentido propio nos hace ver los cuerpos y objetos materiales, puesta aqui por traslacion, representa aquella potencia de percibir y conocer que alumbra nuestra razon para formar rectos juicios. Del mismo modo llamamos á la

lógica *llave de las ciencias*, por ser ella, así como la llave abre la puerta, la que nos abre la entrada á las demas facultades. La metáfora saca particularmente su valor de la fuerza de la comparacion que siempre la acompaña; pero se distinguen entrambas, en cuanto la comparacion se sirve siempre de términos que denotan la semejanza entre dos cosas: asi decimos de un hombre colérico, *está como un leon, ó está hecho un leon ó parece un leon*: Mas si decimos simplemente *es un leon*, entonces es metáfora pura, porque la comparacion allí es implícita; quiero decir, está en el espíritu, y no en los términos. Cuando la metáfora guarda regularidad y concierto, no es dificil hallar la conveniencia de comparacion; porque, del modo que ésta, es tan extendida y abierta cuanto lo son los objetos de la naturaleza, pues no hay vocablo cierto y propio de ente alguno que no se pueda transferir á lugar ageno. Mas, cuando la comparacion que se encierra siempre en este *tropo*, es traida de mucha distancia, se comete una metáfora irregular; porque la traslacion se ha de hacer de cosa cercana y facil, pues se hace áspera y disonante cuando se deduce de lugar muy apartado, y cuando es tan escura que tiene necesidad de exposicion. Y asi, para que no parezca agena del intento ó traida de lejos, se ha de mostrar luego la semejanza.

Debe nacer la metáfora de lugar hermoso, y de operacion noble; y como la hermosura del nombre está en el sonido ó en la significacion, es vicio sacarla de cosas que en sí no tengan belleza, ni gracia, ni lustre alguno. Y entonces llamaremos magnífica, ó agradable y hermosa la oracion por la metáfora, cuando aparezca en ella el ornato, y con él venga á ser juntamente clara. *La pobreza evangélica* (dice el P. Marquez), *que consiste en refrenar y apartar la aficion de bienes del mundo, ha de luchar con la avaricia: y es gloria de esta virtud que se le haya fiado la victoria mas ágria del vicio mas robusto*

Las metáforas deleitan á la imaginacion, dando á los conceptos mucho mas explendor y energía que si nos sirviésemos de las palabras propias: y sin duda resplandece mayor gallardía y gracia en la diccion pintada que en la simple. Con las metáforas se labra, viste, y alumbra la

erátich, como si se sembrase y salpicase de estrellas; ¿Cuánta mas energía tiene esta expresion metafórica: *estaba sepultado en un profundo sueño*, que esta otra comun *estaba muy dormido*? Si decimos *con los vicios se quitó su honra*, hablamos un lenguaje simple; mas si decimos *con los vicios enterró su honra* ¿qué otra fuerza recibe con esta palabra *entérró* el mismo concepto? — *Es excelencia de la largueza salir al camino á la necesidad*, dice elegantemente un autor nuestro, pudiendo haber dicho *anticiparse á socorrer al necesitado*. — *En los panegíricos se descubren las virtudes, y se echa tierra á los vicios*, dice el P. Marquez. Se callan, se ocultan los vicios, podia decir; y es lo que quiso significar echándoles tierra, como quien tapa un robo, ó un cuerpo muerto, por temor de la justicia.

Dice un moderno escritor: *El Asia, cuna del género humano.* ¡Qué noble y magnífica metáfora sacada de cosa tan humilde y pequeña, pudiendo decir *el Asia, origen del género humano*, expresion, aunque comun, no innoble! La grandeza viene del mismo contraste, y de la novedad de la aplicacion. — *En Turquía la cimitarra es el intérprete del alcorán*, dice otro, en vez de decir simplemente *en Turquía se prueba la religion con las armas en la mano*. ¡Qué valentía, qué accion, qué esfuerzo hay en aquella frase! No solo campea en la metáfora la palabra *intérprete*, sino que la acompañan otros tropos, como la Sinécdoque en la voz *Turquía* en lugar de los turcos, y la antonomasia en *cimitarra* por el arma blanca comun entre aquellos musulmanes, y en *alcorán* por la fé ó creencia mahometana. En lugar de decir de un modo ordinario y sencillo: *El valor en ciertas circunstancias ayuda al vicio, ó defiende á la virtud*, quiso decirlo otro escritor con elocuencia, esto es, con el ornamento y vigor de las metáforas: *El valor en ciertas circunstancias es la espada del vicio, ó el escudo de la virtud.* Aqui vemos al vicio y á la virtud personificados, y al valor convertido, ya en arma ofensiva, ya defensiva, deduciéndolo de los distintos oficios de ella.

Si pasamos á manifestar otra de las virtudes de las metáforas, hallaremos que tambien hacen dulce, blanda, y regalada la oracion, cuando se deducen de objetos y tér-

minos tiernos, amenos y apacibles. Hablando el P. Yepes de la determinacion de Santa Teresa de dejar el siglo, añade: *Con esta determinacion sentia dentro de sí una reñida y sangrienta pelea, porque el espíritu la llamaba y estimulaba á renunciar todas las cosas del mundo, y el sentido le contradecia: y asi peleaban en su pecho, como en estacada, estos guerreros. Pero con los buenos ejemplos que delante tenia, prevalecieron los buenos deseos; y asi trató muy de veras consigo misma de mudar de vida y destejer la tela que habia tejido la vanidad.* Por otro estilo no menos dulce y mas ameno, dice el P. Nieremberg, hablando del enlace que forman entre sí todas las virtudes: *Como en cada virtud es diverso su motivo, hacen todas muy lucido alarde, y cada una trae su diferente librea. Pero, para que estuviesen mas fortificadas, las unió la naturaleza; y para que fuesen mas amigas quiso que estuviesen juntas, asidas de las manos unas á otras, tomándose palabra, de juramento, de fé, y de paz.*

Por estos pocos ejemplos y por los muchos que se nos presentan en todos los libros y discursos escritos con elocuencia, es evidente que la metáfora tiene el privilegio y gracia particular de lucir por sí sola en la oracion mas noble y culta; y substituyendo lo figurado á lo sencillo, derrama en ella una rica variedad, eleva las cosas mas humildes, ilustra las mas comunes, y deleita la imaginacion, tomando del mundo físico, con ingeniosa valentía y traza, objetos visibles y palpables, para traerlos al mundo intelectual, huyendo de los términos vulgares ordinarios y usuales.

El uso de las *metáforas* es tan frecuente y general entre los hombres, que á causa de la imperfeccion de las lenguas, en la esfera de la metafísica, casi todas las ideas intelectuales se han de manifestar con expresiones figuradas, es decir, con palabras, cuyo sentido propio representa cosas materiales. No se deben entender por tales palabras solo aquellas en que la metáfora es manifiesta como en estas: una casa *triste*; un jardin *alegre*; un razonamiento *frio*: mas tambien las que consideramos por mas simples y perceptibles.

El uso de las metáforas no es exclusivo de los orado-

res y poetas, pues comprende un extensísimo y floridísimo prado á donde todos los hombres, desde que dejaron la escritura emblemática, van á segar. Pero el orador y el escritor elocuente sabe escoger con feliz eleccion lo mas espléndido, lo mas rico, lo mas insigne, para mayor lustre, adorno y realce de la elocucion, cuando la expresion simple no es tan eficaz á su intento.

Vicios de la metáfora. — Las metáforas son viciosas cuando se sacan de términos y lugares bajos, como la de aquel predicador que dijo: que *el diluvio fué la legía de la naturaleza.* — 2º Cuando son forzadas y arrastradas de término muy remoto, como la de aquel: *Nace el hombre con breve vida; como la flor, cuya cuna es la aurora, y su sepulcro el ocaso.*

3º Cuando la analogía entre el signo y la cosa no es natural, ni la comparacion bien perceptible, como la de aquel que dijo á su dama: *Bañaré mis manos en las ondas de tus cabellos*: y la de aquel otro *¿quién en el bajel de la envidia embarca su fortuna?*

4º Cuando se sacan de objetos poco conocidos, ó demasiado científicos, que forman el culteranismo y el pedantismo, como la del que dijo: *desde el apogeo de su prosperidad*, por decir, ó mas bien, no querer decir, *desde la mayor altura, ó la cumbre de su prosperidad.*

5º Cuando las que no convienen sino al estilo y licencia poética, se introducen en el discurso oratorio, en donde no se puede llamar *armónicos partos de la lira* á los sonidos; ni *doradas madejas del aurora* al resplandor del alba.

6º Cuando se sacan de objetos inhonestos, ó torpes por su sonido, ó significacion, ó interpretacion maliciosa, como la de aquel que dijo: *Con la muerte de Cipion quedó castrada la república*; pudiendo haber dicho *quedó huérfana.* De la virginidad de María en su parto portentoso dijo otro: *Virgen, que sin perder la flor nos diste el fruto.* Tampoco sonaria, bien en un escrito ó discurso sério, decir de un pueblo ó pais donde suele llover mucho: *es el orinal del cielo*; aunque vulgarmente se dice así, y con mucha propiedad.

7º Cuando se toman de objetos opuestos, ó repugnantes, ó de términos incoherentes de comparacion, esto es,

que despiertan ideas que no se pueden ligar, como si dijémamos *un torrente que se enciende*, en vez de que se precipita; ó bien *era un leon con la espada en la mano*, pudiendo decir era un Cid ó un Bernardo del Carpio. Dice cierto poeta: *saqué esta antorcha de Marte*, disfrazando la *espada* con esta violenta y oscura metáfora. ¿Qué conveniencia tiene la *antorcha*, que alumbra, con la *espada* que corta? Y ¿qué necesidad hay de representar con rodeos y frases metafóricas las cosas materiales y conocidas, cuando sus nombres son bien sonantes? Las metáforas sirven para hacer en algun modo visible lo que no está sujeto á los ojos, y como palpable lo que no tiene cuerpo: ¿qué cosa, pues, mas visible y palpable que una espada? ¿Qué palabra nos representará con mas verdad y evidencia una *cueva* que su mismo nombre? ¿Cómo la conoceremos con la definicion figurada y ridícula de *bostezo de los montes* que le dió un poeta? Y ¿cómo entenderemos que el *aspid de metal* era el arcabuz, en pluma del otro?

Solo pueden ser tolerables las metáforas de esta naturaleza, cuando se suaviza lo duro, lo extraño, ó muy nuevo de ellas, dándolas la forma de comparacion, y sea esta: *El Ganges viene á ser como una lágrima del océano.* Otras veces se les añade un correctivo, como en esta: el *arte está, por decirlo asi, ingerto en la naturaleza.*

8º Las metáforas son viciosas cuando por su profusion y amontonamiento hacen pesada y confusa la oracion, en lugar de adornarla é ilustrarla. Vénse siempre con buena discrecion y repartimiento, aun en los asuntos que de suyo las piden. La materia debe traerlas, no arrastrarlas la violencia, ni la ridícula pretension de empedrar, digámoslo asi, el estilo de metáforas. Y ¿qué nombre daremos al estilo y al escritor, cuando éstas son hinchadas, tenebrosas é incoherentes? como lo de aquel autor del siglo XVII., edad de la última depravacion del gusto, cuando dice de Semíramis: *Esta, pues, matrona, que solo nació muger para no hallar de que morir, encaneciendo á la llama de su fragilidad cuantos laureles, huyendo de las tibiezas del olvido, aspiraron á las inmunidades de su frente?* ¡Era fiebre, ó locura, lo que podia dictar tales desvaríos!

Cuando se eslabonan muchas metáforas seguidas en una misma oracion, y cada una forma por sí un sentido perfecto y una frase cumplida, no es siempre necesario que se saquen de un mismo y solo término; á menos de que se quiera hacer una alegoría. Así podremos decir: *la agricultura y el comercio son los dos pechos que alimenta el estado: sobre estas dos bases descansa el edificio de la república.* Aquí vemos que el término de comparacion de la primera frase es tomado de las nodrizas que crian, y el de la segunda de la arquitectura. — Así dice el P. Nieremberg: *La firmeza de la felicidad y quietud solo á la virtud tiene por cimiento: sin ella todo es un trasiego de deseos y esperanzas, con iguales heces de pesares: todo es luchar con las amargas olas de la instabilidad.* Tres son las proposiciones de esta oracion, y cada una saca su término de comparacion de objeto diferente, sin confundir ni contradecir á la sentencia principal.

Sinécdoque.

La palabra Sinécdoque significa comprension ó concepcion: pues por medio de esta figura se hace concebir al entendimiento ya mas, ya menos de lo que significa en su sentido recto la palabra de que usamos. Este *tropo* se comete de muchos modos.

1º Tomando un individuo en lugar de muchos, como cuando decimos: *El soldado defiende la patria: El enemigo huyó: El turco es sério:* por no decir los *soldados*, los *enemigos*, los *turcos*. Tambien se comete, al contrario, tomando el número plural por el singular; así se dice: Los *Ambrosios*, los *Cicerones*, los *Platones*, los *Plutarcos*; pero solo se nombran en plural estos personages cuando para autorizar alguna doctrina, se citan muchos juntos, y no uno en particular. Del mismo modo decimos los *Alejandros*, los *Césares*, los *Aníbales*, cuando los nombramos por ejemplos de la pericia en el arte militar, en confirmacion de algun hecho histórico.

2º Tómase la parte por el todo, como cuando decimos: *cien quillas* por cien navíos: *cien cabezas* por cien per-

sonas; las *olas* por el mar; el *Nilo* por el Egipto; el *Tajo* por la España. En este sentido dice un autor: *Los Califas de Damasco vieron correr el Ganges, y el Tajo bajo su imperio*; es decir que dominaron desde la India hasta España. Diremos bien *los moradores del Bétis*, por los de Andalucía: *tocó al arma el parche*, por el tambor ó la caja. — Y al contrario, cuando tomamos el todo por la parte: *relucian las picas* por los hierros de ellas, que son las puntas.

3º Tomando el género por la especie: asi decimos: ¡*O necios mortales*! (nombre que conviene á toda criatura sujeta á morir) en lugar de ¡*ó necios hombres*. Llamamos asimismo *bruto* al caballo, sin embargo de convenir aquella voz á muchos animales cuadrúpedos. Tambien tomando lo mas por lo menos, como: las *criaturas lloran*, por los pequeñuelos de pecho.

4º La especie se toma por el género, como cuando llamamos *deshonesta* á una persona viciosa: es un *pollino*, por decir á un hombre rudo que es un animal, viniéndole á llamar lo menos por lo mas.

5º La materia se toma por la obra ó instrumento, como el *acero*, por la espada ó el puñal; la *plata* y el *oro* por la moneda. Y al contrario, la obra se toma otras veces por la materia, diciendo: un buen *libro*, por la bondad del estilo ó del asunto.

6º Los antecedentes se toman por los consecuentes, como: *Pedro se cansó de vivir*, esto es, *murió*. *Fuimos godos*, por decir, el imperio godo se acabó. *Aquí fué Numancia*, esto es, quedó destruida. Al contrario, tambien, los consecuentes se ponen en lugar de los antecedentes, como: *los graneros rebosan*, por la abundante cosecha: *los campos piden agua*, por decir que no ha llovido: *la Alemania se arma*, es decir, amenaza una guerra: *la Siria vió las banderas cruzadas*, lo mismo que, los cruzados llegaron á ella. Pertenecen á este género de locuciones otras frases delicadas, como esta en elogio de un sábio que murió tan bien como habia vivido: *su fin no fué indigno de su vida.*

Despues de todos estos ejemplos se debe advertir: que no siempre es permitido tomar una palabra por otra indis-

tintamente. Las locuciones figuradas deben estar en cierto modo autorizadas por el uso, y á lo menos el sentido literal que se pretende dar á entender, ha de presentarse naturalmente al entendimiento, sin ofender la razon, ni los oidos, acostumbrados al rigor y propiedad del estilo figurado. No todas las partes de una cosa se toman por el todo, ni cada género por la especie, ni cada especie por el género, &c.: solo el uso dá este privilegio á una palabra, y no á otra.

Asi, pues, se debe considerar como viciosa la Sinécdoque cuando se toma de una lengua muerta, donde estaba autorizada, y se traslada indiscretamente, ó por una afectada erudicion, á la nuestra que no recibe todas las locuciones figuradas de los antiguos. Unas se admiten, y otras no; y de estas puede la poesía adoptar muchas que repugnan á la prosa: en esta eleccion se conoce el juicio y conocimiento del escritor en el arte de bien hablar. Los latinos llamaban *cuernos* á lo que nosotros llamamos hoy *alas* de un ejército. Decian tantas *popas*, tantas *proas* por tantas naves; y nosotros solo las contamos por *velas*, desechando otra cualquiera parte de la embarcacion para significar el todo. Otras veces llamaban *pino* al buque, sacando de la madera el nombre; nosotros decimos simplemente *leño* sin determinar la especie de la madera. Tambien tomaban los *tejados* por las casas; y nosotros solo hemos adoptado los *hogares*. Llamaban igualmente al mar el *salado*, tomando antonomásticamente este nombre por el sabor del agua; pero nosotros solo podemos imitar esta figura con este nombre compuesto el *mar salado*, ó *el agua salada.*

Metonimia.

La palabra griega *Metonimia* significa trasposicion ó trasmutacion de un hombre en otro, trocándole el significado; ya de la causa por el efecto, y al contrario; ya del adjunto por el del sugeto, y al contrario, &c. En este sentido podemos decir que este tropo comprende á todos los demas; pero los retóricos le han reducido á los usos siguientes.

1º Tómase la causa por el efecto como: *sol fuerte* por calor fuerte: *vivir de sus manos* por vivir de su trabajo, ó jornal. Damos el nombre de *brazo* al poder; de *mano* al favor, ó ayuda; de *espaldas* al amparo ó defensa; de *hombros* al aguante, ó paciencia.—En este sentido se toman los inventores de las cosas y de las artes por los efectos de su invencion; como *Marte* por la guerra; *Minerva* por las ciencias; *Céres* por el trigo; *Vulcano* por el fuego; *Baco* por el vino; *Venus* por el amor; las *Musas* por la *poesía*; el *Himeneo* por las bodas, &c. Aquí entran tambien los autores por sus obras, como cuando decimos: léase *Ciceron*, *Virgilio*, &c. Otras veces se toma la causa instrumental por los efectos que produce, como: *tener mala lengua*, por mormurar: *tener buena pluma* por escribir bien; *tener buenas manos* por trabajar bien; *tener buen pincel* por pintar bien, &c.

2º Otras veces se toma el efecto por la causa, como cuando se dice: *la pálida muerte*, por la palidez que causa en los cadáveres: *la pesada vejez*, por la carga de los años: *el sangriento Marte*, por la sangre que se derrama en la guerra; la *triste viudez*, por la soledad en que queda la viuda; el *ciego amor*, porque ciega la razon á los enamorados, &c.

3º Se toma el continente por el contenido, como cuando decimos: *arde el Ayuntamiento*, *el Consejo*, esto es, la casa ó edificio: *se amotinó la cárcel*, esto es, los presos de ella: *comer un buen plato*, por un buen manjar: *clamar al cielo*, esto es á la corte celestial: *Roma vencedora*, por los romanos: *Grecia sábia*, por los griegos: *los triunfos de España*, es decir, de los españoles: el Oriente *siempre ha sido esclavo*, por decir, los pueblos que habitan aquellas regiones. Por la misma manera se dice: *el Norte invadió siempre al Mediodia.* Decimos tambien: *toda la tierra le aclama*, esto es, todos los hombres; *siglo*, *edad*, *ó tiempo feliz*, por los que en él vivieron.

4º Otras veces se toma el contenido por el continente, como *San Pedro*, *Santa Sofía*, por sus templos. Tambien decimos *una fina Bretaña*, *una rica Olanda*, *una buena Coruña*, tomando el pais ó lugar de la fábrica por la tela. Por igual regla y traslacion se toma el *Licéo* por la doc-

trina ó secta de Aristóteles; porque la enseñaba en aquel sitio: el *Pórtico*, por la de Zenon; y la *Académia*, por la de *Platon*. Asi diremos por un modo culto y elegante: *Ciceron formó su alma en el estudio del Pórtico y del Licéo*.

5º El signo se toma por la cosa significada; como cuando decimos: el *cetro ó la corona* por la dignidad real: la *tiara* por el pontificado: la *mitra* por el episcopado: el *capelo* por el cardenalato: la *toga* por la magistratura: la *oliva* por la paz: la *palma* por la victoria: los *laureles* por los triunfos: las *armas* por la milicia: las *banderas ó estandartes* por los ejércitos: las *águilas* por las legiones romanas: los *leones* por las tropas españolas: las *lises* por las francesas: las *quinas* por las portuguesas: las *lunas* por las otomanas, &c.

6º El nombre abstracto se toma á veces por el concreto, como cuando la *guardia* se toma por el guarda: la *esperanza* por la cosa esperada: el *amor* por la persona amada. Asi decimos: *los ángeles son mi guardia*: *Dios es mi esperanza*: *amor mio ¿cómo me olvidas?* Del mismo modo decimos: *Juan es mala compañía*: *Pedro es la ruina ó la peste de la ciudad*. — Asimismo tómase otras veces el sustantivo por el adjetivo, diciendo: *es N. un gran ingenio*: *un claro entendimiento*; *una gran habilidad*, *una hermosura*; por decir, es muy ingenioso, es muy entendido, es muy hábil, es muy hermosa hablando de una imágen. Decimos tambien *hijo de perdicion* al hombre perdido; *padre de la mentira* al muy mentiroso: *quién contendrá á la ambicion?* esto es, al hombre ambicioso? *La virtud hoy no tiene premio*, es decir, el virtuoso.

7º Las partes del cuerpo, que se suelen considerar como asiento ú orígen de nuestras afecciones, se toman por estas mismas: asi decimos: *hombre de gran corazon*, por de gran valor: *hombre de gran seso*; por de gran juicio: *hombre de gran cabeza*, por de gran entendimiento: *hombre sin entrañas*, por sin compasion, &c.

8º Se toma tambien el nombre colectivo por el distributivo, como la *juventud*, por los jóvenes; la *humanidad*, por todos los hombres; el *clero*, por los clérigos; el *ejército*, por los soldados.

Metalepsis.

La *Metalepsis* es una especie de metonimia, por medio de la cual expresamos lo que se sigue para dar á entender lo que precede; ó bien, al contrario. Este *tropo* abre la puerta al discurso para pasar de una idea á otra, ó por decirlo mejor, es un continuado trasiego de ideas accesorias que se llaman la una á la otra.

La particion de bienes se hizo á los principios por suerte; y como esta precede á la particion, de aquí ha venido que *suerte* se toma por *partija*, esto es, el antecedente por el consecuente. Dice un elocuente escritor pintando la disolucion de Roma cuando estaban ya perdidas las costumbres: *Un histrion dió herederos á los descendientes de los Cipiones y Emilios*, haciendo entender por un consecuente, decorosamente disfrazado, un antecedente que encierra una torpe idea de la infidelidad de las matronas. Tiene este tropo mas licencias que la metonimia: así decimos: *elegante vestido*, por vestido bien cortado, siendo propia del estilo la elegancia: *gentil frase*, por bella frase, correspondiendo la gentileza al buen talle y buena proporcion del cuerpo humano: *valiente pincel*, por diestro pintor, pues el valor es propio del ánimo: *bravo* llamamos al hombre valeroso y hazañoso siendo la brabeza propia de las bestias.

Pertenecen á este *tropo* muchos modos delicados y ornatísimos de decir, v. gr. *N. olvida los beneficios*, por no corresponde á ellos. — *Acuérdese v. m. de nuestro trato* por cúmplale v. m. — *Señor, no os acordeis de nuestras culpas*, por no las castigueis. — *Yo he vivido bastante*, por tengo cercana la muerte. — *Tiene un pie en la sepultura*, por es muy viejo: lo mismo que cuando decimos: *la tierra le llama.*

Tambien se comete la Metalepsis cuando, suprimiendo muchas ideas intermedias, pasamos como por grados de una significacion á otra. Asi se dice: *cuenta pocos abriles*, por pocos años, hablando de una muy jóven. — *Cuenta muchas navidades*, por mucha edad, hablando de uno

muy viejo. — *No contará muchos agostos*, por vivirá poco tiempo, ó tendrá corta vida. — Este caballo no cerrará hasta las *próximas yerbas*, esto es, hasta el verde próximo, por decir, hasta el año que viene. — *Este enfermo morirá al caer la hoja*; esto es en fin de otoño, que es cuando se van desnudando los árboles y las vides.

Antonomásia.

La *Antonomásia* es una especie de sinécdoque, por la cual ponemos un nombre comun en lugar de uno propio, para dar á entender que la persona ó cosa de que hablamos, es la mas excelente sobre cuantas comprende el nombre comun. Los de *apóstol*, *profeta*, *filósofo*, *poeta*, *orador*, *sábio*, son comunes á muchas personas; sin embargo, la antonomásia, haciéndolos particulares, les dá el valor de nombres propios: asi el *apóstol* absolutamente nombrado es San Pablo; el *evangelista* San Juan, el *profeta* David. Por la misma razon cuando los antiguos dicen el *filósofo* entienden á Aristóteles; cuando los griegos y latinos, dicen el *poeta*, entienden los primeros á *Homero*, y los segundos á *Virgilio*: y asimismo cuando unos y otros dicen el *orador*, entienden los segundos á Ciceron y los primeros á Demóstenes: y en el sentido de la escritura el *sábio* es Salomon.

Otras veces el nombre de la patria califica y singulariza el nombre de sus mas famosos hijos, como cuando se dice: el *Macedon* por Alejandro: el *Mantuano* por Virgilio, natural de Mántua: el *Paduano* por Tito Livio, natural de Pádua el *Estagirista* por Aristóteles: el Panormitano por el Tedeschi natural de Palermo: el *Nebrisense* por Antonio de Nebrija, &c. Tambien se toma el nombre de una ciudad por el de aquéllos prelados que la han ilustrado, como: el *Niseno* por S. Gregorio de Nisa: el *Nazianceno*, por S. Gregorio de Nazianzio: el *Turonense*, por Gregorio de Tours: el *Abulense* por el Tostado, &c.

Los adjuntos ó epítetos son por sí nombres comunes, que pueden convenir á muchos; mas la antonomásia los

hace particulares. Así nombra la historia á varios príncipes famosos con el título de *el Conquistador*, *el Sábio*, *el Prudente*, *el Justiciero*, &c. Del mismo modo los teólogos y los escolásticos califican á varios doctores de la iglesia y cabezas de escuelas con dictados sublimes y espectables: con el de *doctor angélico* á Santo Tomás de Aquino: de *doctor seráfico* á San Buenaventura: de *doctor extático* á San Juan de la Cruz; de *doctor sutil* á Juan Escoto: de *doctor iluminado* á Raimundo Lulio, &c.

La segunda especie de antonomásia se comete cuando ponemos un nombre própio por otro comun, y entonces queremos significar que la persona de que hablamos es semejante á la que tiene aquel nombre conocido, ó señalado por alguna virtud ó vicio. *Eliogábalo* fué un príncipe sumergido en los deleites, y *Neron* ejercitado en crueldades. Por eso se dice de un hombre muy sensual es *un Eliogábalo*; y de uno que es muy cruel é inhumano es *un Neron*. Aquí pertenece el nombre gentílico, cuando le aplicamos algun atributo característico de la nacion. Decimos de uno: *es un francés*, por decir un hombre ligero: *es un aleman*, por un hombre flemático: *es un inglés*, por un hombre meditabundo: *es un batavo*, por un hombre pesado: *es un sibarita*, por un hombre sensual: *es un hebreo*, por un usurero: *es un genovés*, por un amante del dinero, &c. Por la misma regla se dice *es un Caton* del que posee austeras virtudes: *es un cartujo*, del hombre muy retirado: *es una Lucrecia*, de la muger casta. Del mismo modo damos el nombre de *Mecenas* á los protectores de los literatos, y de *Zoilos* á los envidiosos, censores de las obras agenas.

Ultimamente pertenece á esta especie la aplicacion del nombre patronímico á los descendientes de una cabeza ó fundador de un linage, como cuando se llama *Romulides* á los Romanos; *Dardánides* á los Troyanos; *Sarracenos* ó *Agarenos* á los Árabes, *Otomanos* á los Turcos. De la propia suerte adaptamos á las divinidades paganas los nombres de los lugares de su primitivo ó mas famoso culto, ó de su fabuloso nacimiento; y decimos: el *Tebano* por Hércules: el *Capitolino* por Júpiter: Citeréa por Venus; Délia por Diana, &c.

Pero, sí, es impropiedad, envuelta en mucha afectacion, decir, como he leido en alguna parte, el *águila africana*, por San Agustin; el *Rey Gitano* por Faraon, &c. En este vicio cayeron en otro tiempo nuestros predicadores.

Onomatopeya.

Este *tropo* se comete cuando se eligen algunas voces que representan por imitacion el sonido de lo mismo que significan. Asi se dice: que el gato *maulla*; que el lobo *ahulla*; que el buey *muge*; que el cuervo *grazna*; que la gallina *cloquea*; que el pollo *pía*, &c. sacando la formacion de estas voces imitativas de los sonidos radicales *mau*, *ahu*, *mú*, *gráz*, *cló*, *pí*, propios de ciertos animales, que por irrision ó sátira se aplican alguna vez á las personas, para exagerar algun vicio ó defecto en su voz, cuando hablan, cantan, lloran, ó rien.

Tambien se comete este *tropo* cuando formamos palabras que imiten el sonido ó ruido de cosas animadas: como el *zumbido* de las balas; el *silvido* de los vientos; el *chasquido* del látigo; el *tañido* de las campanas; el *estampido* del rayo; el *chisporroteo* de la leña, ó carbon encendido, &c. voces todas compuestas de las radicales *zúm*, *síl*, *chás*, *tán*, *estám*, *chís*.

Catacrésis.

La *catacrésis*, ó *abusion*, ó sea *usurpacion*, se diferencia de la metáfora, porque se comete abusion donde falta de todo punto el nombre; y metáfora donde hubo otro. Fórmase *catacrésis* cuando usurpamos las voces agenas, sirviéndonos de ellas con abuso por la semejanza mas próxima que tienen con las propias y naturales; ó cuando carece la lengua de término peculiar y determinado para expresar una cosa.

En el primer caso decimos, por modo extensivo: de *cabalgar* un caballo, cabalgar una caña; de *dar* una limosna, *dar* un consejo; de *fabricar* un templo, fabricar

un navío; de las *hojas* de un árbol, las *hojas* de un libro; de una *columna* de mármol, una *columna* de tropas; del *corazon* del cuerpo animal, el *corazon* de una fruta; de la *boca* del mismo, una *boca de fuego*, *las bocas de un rio*, &c.

En el segundo caso llamamos *parricida* al que mató á su abuelo, á su hijo, ó á su hermano: llamamos *platero* al que trabaja en plata como en oro; y decimos *herrar un caballo*, aunque las herraduras sean de plata, &c.

Antifrasis.

Se comete este *tropo* cuando la palabra se recibe en contrario sentido, como diciendo *pelon*, que es cosa de mucho pelo, al animal que no tiene ninguno; y *rabon*, al que no tiene rabo, ó cola, siendo asi que al principio se dijo del que tenia mucha. De suerte que los vocablos por antífrasis son propiamente revesados, porque se toman al revés de lo que propiamente significan. Algunos retóricos han hecho á este tropo parte de la ironía, porque comunmente se usa en sentido irónico, esto es, por burla ó irrision de la persona á quien se aplica.

Especie y modo de este tropo es el *eufonismo*, que equivale á buen sonido de palabras, porque es una locucion que las cosas malas y odiosas, y los hechos torpes y abominables dice y declara con voces que suenan bien, no por su sonido material, sino por su buen significado. De esto hay muchos ejemplos en la Escritura donde se dice *bendecir* por maldecir. Y Virgilio llama *sagrada* al hambre del dinero por no decir execrable. Al demonio llamamos el *enemigo*; á los cuentos deshonestos cuentos *verdes ó colorados*; á la ramera *mala muger*; al tonto *bendito*; al borracho *tomado*, al bastardo *hijo de su madre*, por no decirle hijo de tal; á las necedades *descuidos*, &c.

De aquí se derivó tambien, en cortesía castellana, tomar alguna anchura en los términos de hablar; como llamando al Rey *monarca*; al Señor *príncipe*; al caballero *señor*; al villano *caballero*; al pequeño de cuerpo *mediano*; al moreno *trigueño*; al negro *moreno*; al gordo *fresco*; al

ventero ó mesonero *huesped*; al carnicero *cortante*; al oficio *arte*; al arte *facultad*; al albañil *arquitecto*; al alguacil *ministro*; al mancebo *oficial*; al sordo *duro de oido*; al ciego *privado de la vista*; al badajo de la campana *lengua*; á los cuernos *astas*; al beso *ósculo*; á las orejas *oidos*; al hijo macho *varon*. Igualmente se dice al temerario *valiente*, al lisongero *cortesano*, al parlero *discreto*, al desvergonzado *despejado*, &c. Como esto es bautizar con nombre de virtud lo que es manifiestamente vicioso, y sale ya de los límites de la urbanidad, no debe considerarse como eufonismo, sino como adulacion ó lisonja, ó como ironía las mas veces.

Tambien suele servir el eufonismo en el nombrar las partes vergonzosas del cuerpo, sus usos y necesidades, encubriendo con honesto velo la indecencia ó fealdad de sus nombres propios. Así llamamos *embarazada ó en cinta* á la muger preñada; *dar á luz ó alumbrar*, al parir; y *alumbramiento* al parto; *achaque* á la mestruacion; *garganta ó pechos* á las tetas; *ya es muger* á tener la regla; *tener un desliz*, *un tropiezo*, por no decir claramente su flaqueza: llamamos *fragilidad* al pecado de sensualidad en el hombre y en la muger. Siguiendo este órden por partes y sexos, se podria formar un largo vocabulario metafórico-urbano, que enseñaria el lenguaje de la buena crianza.

Por *eufonismo* decimos en español cosas, que de su naturaleza son malas ó grandes, con el término de *buenas*, como: *Juan recibió una buena cuchillada*, esto es, grande; tiene una buena deuda, es decir, grande: *¿Qué buen dia le espera?* esto es, qué malo?

§. II.

Tropos de Sentencia.

Alegoria.

La palabra *alegoría* se compone de las voces griegas *all*, otro; y *agora*, discurso: y así significaba entre los

antiguos un discurso que al principio se presenta en un sentido propio, distinto del que se quiere dar á entender, y sirve al fin de comparacion para la inteligencia de este sentido que estaba oculto. Lo que constituye esencialmente la *alegoría* es que aquello que al parecer dice, jamás es lo que quiere decir: nos presenta un objeto, y es otro á donde se endereza.

Como la *alegoría* sea una continuada metáfora, algunos retóricos la han colocado en el número de los *tropos*; y otros entre las figuras de sentencia, y no con poca razon, porque no es mudanza de una simple palabra, sino de todo el sentido de la oracion, y tambien porque en la *alegoría* las palabras á veces son propias, á veces metafóricas, y pierde la naturaleza de tropo en uno y otro caso, porque componen un discurso entero y perfecto.

Hay frases alegóricas, breves y rápidas, que circunscriben la sentencia metafórica á un corto espacio; y estas pueden ocupar lugar entre los tropos de pensamiento. Pero la composicion y sentido de la alegoría pura y mixta, y la de sus anejos los enigmas, los apólogos, las parábolas, los emblemas, y los proverbios, pertenecen á las figuras de sentencia. Y asi se trasladan al fin de ellas.

Ironía.

Por medio de la *ironía* damos á entender lo contrario de lo que decimos; y á este fin nos servimos de términos enagenados de su sentido propio y literal. Si quiero decir con disimulo de uno que es un mal poeta, le llamaré *otro Virgilio*; y á un cobarde, *otro Cid.*

Las ideas accesorias son de un grande uso para conocer la *ironía*: el tono de voz del que habla, y mucho mas el conocimiento del demérito y circunstancias de la persona de quien se habla, sirven para interpretar el sentido irónico, mejor que las mismas palabras de que se compone. Se dice vulgarmente, pero digno de citarse aquí el ejemplo por su socarrona pregunta, cuando se quiere hacer burla de un baladron *¿Dónde entierra v. m.?* como si le dijéramos ¿dónde tiene v. m. el cementerio para tantos hombres como mata?

En la oracion contra L. Pison, que vendia por moderacion y desapego á los honores el no haber triunfado de Macedonia, habla asi Ciceron: *¡Qué infeliz es Pompeyo por no haberse aprovechado de tu consejo! Ó! qué mal ha hecho en no haber abrazado tu filosofía, pues ha cometido la locura de triunfar tres veces! Yo me avergüenzo, ¡ó Craso! de tu ardiente ambicion hasta hacerte decretar por el Senado la corona laureada, despues que concluiste la mas horrorosa guerra. Ó! necios Camilos, Cúrios, Fabricios! Ó! insensato Paulo! Ó! rústico Mario!* Esta es una perfecta ironía, no simple, sino compuesta de muchos ejemplos y comparaciones que repiten la misma idea.

Para templar la acrimonia de las palabras, y disfrazar la mordacidad que encierra la filosofía de este lenguage, se requiere el uso de una donosa naturalidad, cierta facilidad y discrecion graciosa, para sazonarlo todo con una urbana familiaridad.

La manera de hablar amfibológica ó ambigua que puede aplicarse á sentidos diferentes, si se usa de propósito y es breve, suele agradar, como lo que Anibal respondió al rey Antioco cuando quiso que viese la gente que tenia á punto contra los romanos, muy ricamente armada y ataviada de oro y plata. Acabada la revista, le pregunta Antioco *¿Bastarán estos para los romanos?* y el Cartaginés le responde: *paréceme que sí, aunque sean muy codiciosos.*

Perífrasis.

Asi como la *frase* es aquella expresion ó modo de hablar con cierta trabazon de palabras que forma un sentido acabado ó no acabado; la *perífrasis* ó *circumlocucion*, es la aglomeracion de muchas voces que expresan lo que se podria decir con menos, ó con una sola.

Sirve grandemente la perífrasis cuando, en lugar de nombrar una persona, la señalamos de un modo indirecto con algun accidente histórico, tomando de su vida, orígen, proezas, ó muerte; como: *El vencedor de Darío* por Alejandro: *el conquistador de Méjico* por Cortés: *el*

apóstol de las gentes por San Pablo: *el príncipe de las tinieblas* por Luzbél; *el apóstol de Valencia* por San Vicente Ferrer: *el hijo alado de Venus* por Cupido: *el padre de los creyentes* por Abraham: *el padre de la medicina* por Hipócrates, &c.

Dícese tambien, cuando se quiere hacer mas adornada y sublime la oracion, *el reino del espanto* en vez del infierno; ó el *eterno abismo*, si no queremos una expresion tan poética. Decimos asimismo: *el fiero estruendo de Marte*, en lugar de la artillería.

Nos servimos de esta figura, unas veces para no ofender el pudor, disfrazando la torpeza ó poca decencia de una accion, como en este caso: *el importuno triunfó de su resistencia*, por no decir, *la violó*. Otras veces, para no herir el amor propio del oyente, se suaviza la dureza de la proposicion que cede en demasiada alabanza del que habla. Entonces dicta la modestia que se use de un ingenioso rodeo, como el del célebre príncipe de Orange cuando, preguntado por una señora ¿cuál era el primer capitan de su tiempo? respondió: *El marqués de Espinola es el segundo*, por no decir que él era el primero. — De Cárlos XII de Suecia, á quien han querido algunos comparar con Alejandro Magno, dice un historiador: *Cárlos no fué Alejandro; pero hubiera sido el mejor soldado de Alejandro*; por no decir, qué poseia solo el valor personal.

Aquí tiene su lugar la figura *Litóte*, por la cual se dice lo menos para hacer entender lo mas, como en esta expresion. *Este asunto pedia otra pluma*, por decir, que no está bien tratado: *el héroe era digno de otro panegirista*, es decir, de un orador mas elocuente. Decimos tambien, para disfrazar la idea, y suavizar lo duro de la palabra: *Dió fin á sus dias*, en vez de decir, *se mató*.

Se corrige y templa con estos rodeos la arrogancia ó fuerza de la expresion directa, como cuando decimos: *habló con no poca osadía: obró con no mucha razon*, por no decir claramente con mucha osadía, y con poca razon. *No tiene todo lo de Salomon*, oí decir una vez con mucha gracia y novedad á uno, por no llamar á otro tonto.

Vulgarmente se dice de un hombre de corto talento: *N. no es el que inventó la pólvora.* Se dice de un mezquino y agarrado: *no lo echa por la ventana*, por no llamarle lo que es. Tambien se dice con gracioso disimulo: *enseñarle á uno la puerta de la calle*, por no decir secamente, echarle de la casa.

Sirve tambien la *perífrasis* para ilustrar lo oscuro y hacer perceptibles las palabras astractas; á cuyo fin son de un gran uso las definiciones metafóricas, que pueden ser consideradas como verdaderas perífrasis. Asi, en vez de decir la *posteridad*, la nombra un autor con esta amplificacion: *la que juzga en el sepulcro á los sábios y á los reyes, y pone á cada cual en su lugar.*

A esta segunda especie pertenece la *paráfrasis*, que es tanto como glosa ó comentario de la proposicion; porque, volviendo el autor á tomar la sentencia, se dilata y explica su mente añadiendo alguna reflexion, circunstancia ó ilacion, que ilustra mas la materia. *La paráfrasis* aclara y desentraña el primer pensamiento, acompañándole con otros; y la *perífrasis* sustituye solamente una palabra ó una frase, sin alterar la sustancia.

Es muy noble y delicado este modo oratorio de amplificar y esclarecer un pensamiento, sin las formas y sequedad escolásticas, que reprueba el buen gusto. De cierto filósofo insigne dice un autor: *fué discípulo de Descartes como Aristóteles lo habia sido de Platon, añadiendo sus ideas á las del Maestro.* Esta última claúsula es la paráfrasis, porque explica el sentido en que se considera aqui el discipulado de Aristóteles. — En otra parte dice otro escritor, hablando del favor que recibian las letras entre los antiguos: *Los protectores se bajaban á igualarse con los protegidos; y Horacio escribia á Mecenas, que es decir, al mayor grande del mayor imperio.* La distancia de Horacio á Mecenas no seria bien conocida y ponderada si faltase la última claúsula, que comenta por desemejanza á los dos antecedentes. De un personage que habia llegado á la cumbre de la fortuna, dice otro escritor: *Colmado de riquezas y honores, se hallaba cada dia mas infeliz: sentia que al hombre que ya no espera ni desea, le es muy pesada la vida.*

Volvamos á los diferentes usos de la *perífrasis*. Nos servimos últimamente de este *tropo* para ornato, realce y lumbre de la oracion, para lo cual contribuyen no poco, como queda dicho mas arriba, las descripciones figuradas, que presentan el pensamiento con variedad y hermosura de colores que recrean á la imaginacion. Para no decir sencillamente *nace el sol precedido del alba que disipa las tinieblas y alegra á todas las criaturas*, transforma un ingenioso escritor esta magnífica, pero comun idea con mayor magnificencia y vivo colorido, de esta manera: *Ya vienen anunciando su próxima llegada rayos de fuego que envia de mensajeros. El incendio crece, el oriente se viste de llamas, y los melodiosos coros de las avecillas con no aprendido canto saludan su deseada venida. Dóranse las cumbres de los montes, y las eminentes copas de los árboles empiezan á brillar. Un punto resplandeciente asoma; y corre toda la haz del horizonte, rasga y roba el manto á la noche, y llena de luz todo el espacio. Entonces la naturaleza toda abre los ojos para ver al padre de la vida.* Para no nombrar sencilla y absolutamente la *lengua griega*, dice cierto autor con este noble circunloquio: *aquella lengua con que Homero hizo hablar á los dioses, y Platon á la sabiduría.*

Hemos de convenir despues de todo, en que la *perífrasis* es ociosa si no comunica á la oracion mas energía y lustre; es inútil, si no presenta alguna circunstancia nueva para cubrir lo comun ú oscuro de la frase; finalmente es viciosa, cuando es tenebrosa ó muy hinchada, ó sutil; y no sirve para claridad ni para ornato.

Despues de una expresion viva, ilustre y sólida, es la *perífrasis* una vana pompa y estéril abundancia. Cuando nuestro entendimiento está impresionado de una idea felizmente expresada, no gusta de hallarla otra vez con otro traje mas rico, pero menos noble y hermoso. Quejándose el padre de los tres Horacios de la huida de su hijo en la trajedia de...... le pregunta Julia *¿qué querias que hiciese contra tres? Morir*, responde el padre, *ó buscar en la desesperacion la última fortuna.* El autor de este pasage, despues que le hizo decir *morir*, debia haber cerrado el pensamiento, arrojando la pluma, con esta

sublime y breve respuesta, y no añadirle la última frase que le quita el énfasis y la valentía.

Hipérbole.

Cuando estamos vivamente penetrados de una idea, y los términos comunes nos parecen caidos para levantar el espíritu de la expresion correspondiente; nos servimos de palabras que, literalmente tomadas, pasan mas allá de la verdad, y representan lo mas, ó lo menos, para significar algun exceso, asi en lo grande como en lo pequeño.

El oyente rebaja de la expresion hiperbólica lo que es menester rebajar, formándose una idea mas conforme á la nuestra que la que podríamos excitarle con las palabras propias. Asi pues, para dar á entender la gran ligereza de un caballo, se dice, *es un viento, ó se come la tierra.* Tambien se dice de una persona muy lenta en su andar, que *tiene pies de plomo:* y aun es mas encarecida y animada esta misma idea con esta figurada, peregrina, y culta frase de un autor nuestro: *camina sobre los pies de la pureza misma.* Nada de esto es verdad; pero por medio de una comparacion implícita conocemos el grado sumo á que llega la velocidad del animal, y la torpeza del hombre.

Muchos hipérboles se leen en la sagrada Escritura, como en el Exodo (cap. 3.) donde dice: *Yo os daré una tierra por donde correrán arroyos de leche y miel*, por decir una tierra fertilísima. En el Génesis: *Yo multiplicaré tus hijos como los granos del polvo de la tierra*, en lugar de tendrás una muy numerosa y dilatada prole. Leemos en el Salmo 35: *Serán, Señor, vuestros siervos embriagados con la abundancia de los bienes de vuestra casa; y darles heis á beber del arroyo impetuoso de vuestros deleites.* ¿Con que otras palabras se podría significar mejor la grandeza de estos deleites, y la fuerza de sus efectos que con las de arroyo arrebatado, y de embriaguez?

Entre otras terribles y espantosas amenazas que leemos en el Deuteronómio contra los quebrantadores de la ley, habla Dios asi: *Enviaré contra vosotros ejércitos de*

enemigos que cercarán vuestras cuidades, y os pondrán en tan grande aprieto y necesidad, que la señora delicada que no se podia tener en los pies por su gran delicadeza y ternura, cuando pariere, vendrá á comer las pares y la sangre, y las heces en que salió envuelta la criatura, y esto á escondidas de su marido, por no darle parte de ellas. ¡Qué terrible exageracion de la grandeza del hambre por el contraste de la delicadeza de una dama y de ragalado paladar con lo asqueroso y horroroso de la comida! Y ¡cómo se acrescienta aun esta contraposicion pintando tan fino y blando el cuerpo de la dama, que no podia tenerse en pie, que es otro hipérbole!

De cuatro modos se puede aumentar una cosa por el hipérbole: 1º por demostracion, como: *Pedro es un Ciceron*: 2º por semejanza: *Pedro es como un Ciceron*: 3º por comparacion: *Pedro es mas que Ciceron*: 4º tomando el astracto por el concreto: *Pedro es la misma elocuencia.* Y aun por otros términos de encarecimiento que no se pueden reducir á formas determinadas, reluce la valentía del hipérbole; como en estos breves ejemplos del estilo conciso: por *los siglos de los siglos*: por decir tiempo sin fin, ó la eternidad: *está en los huesos*, por está muy flaco: *no tiene sobre que caerse muerto*, por anda desnudo es decir, miserablemente vestido: *es la necesidad en pié*, hablando de un pobre necesitado: *huye de su sombra*; hablando de uno muy cobarde: *jugarse el sol antes que nazca*, para ponderar el último extremo del vicio en un jugador: *tomar el cielo con las manos*, para ponderar con esta demostracion exterior de un deseo vehementísimo, manifestado vanamente con la accion de los brazos, el enfado ó enojo de alguno por algun mal suceso ó mala noticia. Decimos tambien familiarmente, pero con mucha energía: *comerse los codos de hambre*, para ponderar, por la dificultad ó imposibilidad de llegar á ellos con los dientes, el apuro último de aquella necesidad.

Véase con oracion mas rotunda y galana un historiador moderno, pinta y engrandece la Grecia para engrandecer á Corinto: *Corinto llave que abria y cerraba el Peloponeso; era la ciudad de mayor importancia en el tiempo en que la Grecia era un mundo, y sus ciudades naciones.* —

Para ponderar la rapidez de las conquistas de Alejandro Magno, dice otro historiador: *Fueron tan rápidas que el imperio del Asia pareció mas bien galardon de la carrera como en los juegos Olímpicos, que fruto de la victoria.* — Hablando de los célebres artistas griegos, dice otro elocuente escritor, para ponderar su excelencia: *Aténas produjo entonces los Fidias y los Praxitéles, de cuyos cincéles salieron dioses capaces de hacer, en algun modo, disculpable la idolatría de los atenienses.*

Dice con mucha gracia y novedad nuestro Lorenzo Gracian hablando del genio guerrero de Carlos V. *Las conquistas de África eran sus vacaciones de Europa.* ¡Qué grandeza, por su contraste, dá al pensamiento la palabra comun *vacaciones*! El mismo escritor dice, hablando de la fortuna de Fernando el católico: *Empezó por rey de Sicilia, ilustre agüero de su gran cosecha de coronas.* ¡Qué feliz, y juntamente qué osada eleccion de una voz tan ordinaria como *cosecha* para formar una imágen tan extraordinaria como la de las coronas de Aragon, Castilla, Navarra, Nápoles y Cerdeña que ciñeron despues sus sienes. ¡Hablando del descubrimiento de las Indias, cuyos dominios se unieron á España en su reinado, prosigue: *Juntó muchas coronas en una; y no bastándole á su grandeza un mundo, su dicha y su capacidad le descubrieron otro.* Aqui se forma la exageracion (sin contar la magnitud de la lisonja) de la grandeza que encierra en sí la palabra *mundo*, aumentada con la repeticion de *otro mundo*, que no existe, pudiendo haber dicho un emisferio y otro, que es lo que quieren significar impropiamente los dos mundos. Pero no se extenderia tanto nuestra imaginacion con la verdad cosmográfica, si así se puede llamar, de los dos emisferios, que componen dos mitades de un todo, como con la imágen ideal de dos todos, esto es, de dos mundos. Es mas poética esta ponderacion en cuanto es mas nueva, y salida del abuso mismo de la palabra mundo para significar el orbe terráqueo y de la otra *nuevo mundo* aplicada á la América despues de su descubrimiento; siendo así que el nuevo y el antiguo reducidos á su verdadero término y natural acepcion geográfica, componen lo que llamamos propiamente la redondez de la tierra.

Por comparaciones contrastadas se realza grandemente el pensamiento, como en estas: *Fué Neron anfibio entre hombre y fiera; pero Eliogábalo, aun de bruto degeneró.* Al uno, por gracia, se le pinta mónstruo entre dos naturalezas; pero al otro se le niegan ambas.

Pero son impropios y viciosos en la oratoria aquellos hipérboles que, pasando de lo verosimil, suben hasta lo imposible. Estos nunca dicen lo que son las cosas; mas ni lo que pudieran ser. Estas exorbitantes ponderaciones son mas permitidas á la fantasía poética, que suele alguna vez sacar de sus quicios á la naturaleza, como la de aquel que dijo.

> Al pie de una corriente
> Lloraba Galatéa
> De sus divinos ojos
> Por lágrimas estrellas.

Esta última expresion es afectada y repugnante á la verdadera eloqüencia, donde la grandeza ó importancia de los asuntos dictan al orador pensamientos grandes, pero naturales.

Léase este epitafio que estampó otro poeta en memoria y elogio de Cárlos V.

> Por túmulo todo el mundo,
> Por luto el cielo, por bellas
> Antorchas pon las estrellas,
> Y por llanto el mar profundo.

En esta alegórica y artística composicion se descubre un violentísimo esfuerzo para juntar en la imaginacion distancias tan enormes, y extremos tan repugnantes á la verosimilitud, y aun á la compresion humana. De estos encarecimientos, no digo gigantescos, no colosales, sino inmensurables, se formó el lenguaje de los enamorados, esclavos y aduladores. La expresion del orador en un asunto alto puede ser alta; mas no tanto que se pierda de vis-

ta. Son mas tolerables aquellos términos hiperbólicos que, por una especie de gradacion, van levantando el pensamiento, sin dejar aquellos inmensos intervalos que corren las imaginaciones desenfrenadas. De este género de vicio adolece esta expresion de Gracian, cuando, á la vista de un hombre venerable, de pelo y barba blanca, dijo Critilo: *Este vendrá de alguna comunidad, donde sacarán canas á un embrion.* Esta exageracion sale de los límites de lo verosimil, y aun de la analogía. El autor no quiso aguardar que naciese el feto para que entrase á padecer en este mundo. Y aun recien nacido ¿podrá ser individuo de una comunidad, para padecer sinsabores y contradicciones de los hombres?

Al *hipérbole* pertenece la *Auxesis* ó incremento, que es un hipérbole fino, cuando por causa de amplificar ó engrandecer una cosa, en lugar de la voz propia ponemos otra mas cruel y terrible, diciendo, por ejemplo, *muerto al herido*; y *sin alma* al lastimado de dolor.

Débese atender hasta que grado puede subir el hipérbole, porque muchas veces por querer levantarle sin término, destruimos su fuerza; y alguna vez resulta un efecto contrario al que se busca. Respecto de los hipérboles se ha de observar tambien lo que se aplica á las demas figuras en general, que aquellas son mas hermosas que están mas ocultas, y que no se toman por tales. El hipérbole debe nacer de la pasion provocada de alguna gran circumstancia, como por ejemplo, lo que dice Herodoto de aquellos espartanos que murieron en Termópilas. *Se defendieron* (dice) *hasta que los bárbaros los sepultaron debajo de sus dardos.* Está bien exagerada la multitud inmensa de dardos, y no deja de ser verosímil el caso, porque la expresion hiperbólica con que se pinta parece nacida del asunto mismo. Este pensamiento pasa de los límites de la verosimilitud, y cae en ridícula afectacion, cuando, hablando de la batalla de las Navas, dice un autor nuestro del siglo del mal gusto: *Las flechas arrojadas encubrian el sol, y se creyó que le apagaban.*

Entre los hipérboles descomunales y ridículos se deben contar aquellas frases fanfarrones, tan vanas y fal-

sas como la realidad de la idea, segun se verá en el siguiente ejemplo que lo puede ser de hinchazon y bizarría metafórica. El autor del referido siglo, hablando con el rey de España, y este era Cárlos II. le dice: *Los bajeles de V. M. abollando á Neptuno su variable espalda, darán ley á los vientos y á las olas*; *y si alguna vez se rizaren sus espumas, se les dará licencia para ser hermosas, pero no crueles.*

Silepsis.

La *silepsis* oratoria es una especie de metáfora ó comparacion, por la cual una misma palabra recibe dos acepciones en la misma frase, una en sentido propio, y otra en el figurado. Un autor, para explicar que Aquíles, principal motor del incendio de Troya, ardía en amor de Andrómaca, dice: *Ardía con mas llamas que las que había encendido*. Aqui la palabra *ardía* tiene el sentido propio con respecto á Troya, y el figurado con respecto á Aquíles.

Corresponde tambien á este género de traslacion, cuando una misma frase es dos veces figurada, es á saber, cuando en el primer sentido pertenece á un *tropo*, y en el segundo á otro. Léemos, por ejemplo, en estilo místico: *Es necesario mortificar la carne*. En esta oracion la *carne* se toma por el cuerpo humano, esto es, la materia por la obra; y *mortificar* es palabra metafórica, que aqui significa astenerse de todo deleite sensual.

ARTÍCULO III.

De las Figuras Retóricas.

Aunque es cosa muy comun y frecuente en el lenguaje ordinario del hombre civil el uso de estas locuciones que llamamos *figuras*; no por eso la retórica, que las expone

y clasifica, deja de considerarlas como uno de los instrumentos mas poderosos de la elocucion oratoria.

A ningun arte, á sabio ninguno, se debe la invencion de las figuras; yo lo confieso. La naturaleza las dictó desde que hay hombres que tienen necesidad de persuadir á los demas, ó interés en engañarlos: la naturaleza las dicta, vuelvo á decir, en la agitacion de las pasiones. Es cosa muy experimentada la eficacia con que conmueve los ánimos la prosa de un tratante en una feria, de un lloron é importuno pordiosero delante de una puerta, y del rústico que defiende su pleito. Mas, sin embargo que inspira la naturaleza las pasiones, y dicta su idioma; el orador tranquilo, que siempre defiende la causa agena, y que ha de incitar con nobleza y regularidad los movimientos inspirados en las almas groseras por la pasion atropellada, recurre á las reglas del arte que pule, mide, y ordena para la elocuencia pública lo que la simple y desnuda naturaleza, en el hervor de los afectos, arroja con copia inculta y arrebatada para los debates é intereses particulares.

Las *figuras*, pues, son unos modos de decir que, no solo expresan el pensamiento como las demas frases ordinarias, sino que lo declaran de una manera particular que las caracteriza. Cuando se usa de ellas oportunamente, dan viveza, gala y belleza á la oracion; porque, sobre manifestar el pensamiento como las locuciones comunes, tienen la virtud de una forma especial que las distingue de las frases simples y llanas, para llamar la atencion y mover los ánimos.

Los retóricos distinguen dos géneros de *figuras*; unas llamadas de *diccion* ó palabra, y otras de *sentencia* ó pensamiento. Las primeras son de tal compostura, que si se altera el número de las palabras, ó se trueca el órden de ellas, desaparece su forma figurada, y queda la oracion en su construccion simple y gramatical. Las segundas, al contrario, son indestructibles, aunque se cercenen palabras, ó se inviertan; porque, como quiera que su efecto proceda de la naturaleza de los pensamientos, ó del aspecto por donde los presenta la imaginacion, pertenecen á todos los estilos, y á todos los idiomas.

§. I.

FIGURAS DE DICCION.

Las figuras de diccion se hacen de tres maneras: ó por adicion, ó por diminucion, ó por trastrueque de palabras, con lo cual se caracteriza á cada especie; y servirán para su conocimiento los ejemplos siguientes.

Repeticion.

Es la *repeticion* la *anáfora* de los griegos, cuyo primer oficio se descubre, cuando empezamos todos los miembros y cláusulas de la oracion con una misma palabra. Esta puede ser, ya de nombre propio, ó de adjunto, ó de verbo; ya de pronombre, ó de preposicion, ó de conjuncion; ó de cualquiera otras de las partes de la oracion gramatical.

Dice Ciceron, hablando del Africano; *Cipion rindió á Numancia, Cipion destruyó á Cartago, Cipion salvó á Roma de la ruina de las llamas.* — Siga este otro ejemplo por los adjuntos ó epitetos: *cruel fué con los estraños, cruel con los suyos, cruel tambien consigo mismo.* — Otro ejemplo empezando y continuando con un mismo verbo, *Cayó Alejandro, cayó Julio Cesar, cayó Antonio, y todos los de la fama cayeron.* — Sigue otro ejemplo por el pronombre: *Suya fué la empresa, suya la ejecucion, suya la gloria de haberla acabado.* Refiriendo Solis las razones que dijo Cortés á sus soldados antes de acometer á los del capitan Narvaez, su rival, émulo de su gloria y de sus hazañas, esfuerza su oracion con dos repeticiones de dos contrapuestos pronombres: *A usurparos vienen* (dice Cortés) *cuanto habeis adquirido, y hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas. Suyas han de llamar vuestras victorias; suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre; suya la gloria de vuestras hazañas.*

Otros ejemplos se podrian juntar aquí, que excusamos

presentar por no dilatarnos demasiado, siendo de suyo muy obvios á cualquiera que tenga algun uso del arte de hablar concertadamente. Pero, como en algunos está el valor de la figura, mas en el énfasis, que en la forma simple con que la caracterizan los retóricos; trasladaremos algunos ejemplos para hacer sobre ellos observaciones en que se hará ver que no es tan indiferente, como parece á primera vista, el uso de esta figura, ni tan mecánico y pueril su oficio. Es la que muestra menos artificio ciertamente, y la que dá vigor y espíritu á todas las de sentencia, y á las mas graves y vehementes, pues en todas entra, y en todas luce y resalta: esfuerza la *interrogacion*, levanta la *invocacion*, anima la exclamacion, estrecha el énfasis, aviva la *descripcion*, acompaña la *gradacion*, y sostiene la *prosopopeya*.

Es muy necesaria esta figura, no por su composicion, pues es simple palabra, y á veces simple letra, para expresar el carácter de las pasiones mas vehementes. Ella no forma, ni frase, ni sentencia por sí; pero pone en juego y movimiento á las frases y á las sentencias. Con ella se enciende la ira, se arrebata la desesperacion, se sustenta la esperanza, se dilata la alegría, &c. Como el hombre apasionado tiene fuertemente clavada su imaginacion y su ánimo en el objeto causador de su pena ó de su gozo, y como cerrados los ojos para todos los demas; ha de repetir muchas veces la palabra que le representa, ó que lo recuerda á su consideracion.

Asi exclama una muger engañada y abandonada de su marido: *De un esposo tanta falsedad! De un esposo tanta perfidia! De un esposo tanta crueldad! Ay de mí desventurada.* El esposo, objeto aquí de su dolor, lo es tres veces de su lamento: en cada repeticion se hace una pausa, y en cada una se renueva el sentimiento. Podia haber dicho: *De un esposo tanta falsedad, tanta perfidia, tanta crueldad!* pero ya no hablaria entonces el corazon, sino la admiracion expresada una sola vez, á pesar de ser tres las causas de ella: Podia haber dicho sencilla y secamente: *De un esposo tanta falsedad, perfidia, y crueldad!* Aqui parece que no habla la persona que padece, sino la que refiere el pesar ageno.

Cuando la palabra repetida tiene un sentido demostrativo, como el de los pronombres, se representa con mas viveza la idea de la cosa á que se refiere. Atiéndase á este ejemplo: *Parece que los primeros hombres perdieron de vista las leyes de la naturaleza: de aquí nacieron nuestros errores, nuestros crímenes, nuestras calamidades, nuestros enemigos, nuestras guerras.* Podria esto mismo decirse sin faltar á la gramática, ni á la retórica, ni á la verdad; mas sí á la elocuencia, esto es, no acompañando las cosas con el adjunto *nuestro*; pero el pronombre las hace propias de todos, así del que habla, como del que oye; y las repeticiones nos inculcan mejor la verdad de los afectos que vemos, experimentamos, y sentimos en el estado moral y político de la humana sociedad.

Para insistir en una verdad y dar mayor fuerza á la proposicion, hacen tambien el mismo efecto los adverbios demostrativos, como en esta de Fr. Luis de Granada, cuando dice: *Donde está la sabiduría, ahí está la virtud, ahí la constancia, ahí la fortaleza.* Dice otro escritor elocuente hablando de la muerte que se dió Caton, viendo perdida la libertad de Roma: *Este Caton, este filósofo, este ciudadano no supo hacer su muerte provechosa á la patria.* El pronombre *este*, repetido tres veces, llama otras tantas nuestra atencion hácia el sugeto. Decir *este* Caton es lo mismo qué decir, *este*, de cuya virtud conservamos tan alta idea; *este* filósofo, aquel hombre que hemos oido celebrar por tan sábio; *este* ciudadano, aquel romano tan amante de la república; y con esto se viene á decir tácitamente: qué precipitacion, qué flaqueza la suya, de matarse sin ningun fruto para la patria!

Esta *figura* sirve poderosamente para instar, redargüir, ó inculcar una verdad. Por ejemplo, para probar que la poesía fue el primer lenguaje de los sábios de la antigüedad, dice un autor: *En verso se enseñaron las primeras máximas de la religion; en verso se escribieron las primeras leyes de los hombres; en verso se cantaron las primeras alabanzas á la Divinidad; en verso hablaron los primeros teólogos, los astrónomos, y los historiadores.* Cada repeticion es lo mismo que decir: en verso, en lo que no sabiais, ó no creiais, ó dudabais, sí en verso. — Por la

repeticion del pronombre, y muy enérgica, inculca Fr. Luis de Granada esta verdad: que los que hicieren buenas obras, gozarán de premio eterno, y los que malas, recibirán eterno castigo. *Esta* (dice) *es una sentencia que á cada paso repiten las escrituras divinas; esto cantan los salmos; esto dicen los profetas; esto anuncian los apóstoles; esto predican los evangelistas.*

Una sola partícula gramatical se hace distributiva cuando se repite en los miembros de la oracion, y dá gran peso y claridad á las ideas que se quieren expresar. Pinta un autor el aparato de un ejército de moros que venia á la batalla: *Ya se ven tremolar las medias lunas; ya suena el metal sonoro; ya de los armados el susurro y voces; ya de los herrados brutos los relinchos.* En cada repeticion se representa ó se dá á entender, ó bien la admiracion de quien lo cuenta, ó el temor de quien tenia que resistir al enemigo, porque uno y otro afecto hallan nuevos motivos para suspenderse en cada circunstancia del objeto representado.

Puede estar la repeticion, no al principio de la oracion ni en el de sus períodos, mas tambien en medio de sus incisos, y siempre estará bien; y aun asi aparecerá menos estudiada, menos artificiosa, porque correrá mas libre la frase y mas natural. De la constitucion política de los antiguos griegos dice un historiador. *La Grecia, siempre sábia, siempre sensual, siempre esclava, en todas sus revoluciones no experimentó sino mudanzas de soberanos.*—Oigamos á Cervantes en su Quijote, cuando nombra las calidades del caballero: *Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador.*

En el uso de esta figura, como en todas las cosas, debe haber modo y término. Donde y cuantas veces se puede repetir una palabra, tiene un límite y una regla, que es el buen juicio, y el buen oido. En pasando de cuatro se puede decir que es afectacion, y pierde la oracion su compostura, y el pensamiento su eficacia. Y ¿qué será, si se ensartan como cuentas en cordon? Entonces será pesadez, falta de gusto, pueril vanidad.

De esta *figura*, por las diferentes formas que toma de la estructura de la frase, se derivan, como de un género las especies, otras figuras; ya la *conversion*, la *complexion*, la *conduplicacion*, ó *traduccion*; ya la *relacion*, la *reiteracion*, la *gradacion*, la *conjuncion*, la *disolucion*; de todas las cuales vamos á tratar separadamente.

Conversion.

La *conversion* se hace cuando una palabra misma se repite muchas veces en el fin de los miembros ó períodos de la oracion, como cuando Ciceron en una invectiva contra Marco Antonio, dice al senado: *Llorais la pérdida de tres ejércitos del pueblo? los perdió Antonio. Sentís la muerte de nuestros mas ilustres ciudadanos? os los robó Antonio. Veis hollada la autoridad de este órden? Hollóla Antonio.*

Complexion.

La *complexion* es la que abraza y encierra en sí las dos figuras antecedentes, porque hace repeticion no solo en el fin, sino en el principio de los miembros. Sea este el primero y mas comun ejemplo: *¿Quién quitó la vida á su propia madre? ¿No fué Neron? ¿Quién hizo espirar con veneno á su maestro? El mismo Neron. ¿Quién hizo llorar á la humanidad? solo Neron.* Esta composicion seca y simétrica, sin embargo, tiene mas las formas de la retórica que de la elocuencia.

Salga aquí un ejemplo del elocuente Fr. Luis de Granada, el cual, diciendo que todos los géneros de bienes que por los hombres se pueden desear, se encierran en la virtud, como un bien universal en que se hallan todas las perfecciones, prosigue de esta manera: *Si honestidad deseais ¿qué cosa mas honesta que la virtud que es la raiz y fuente de toda la honestidad? Si honra ¿á quién se debe la honra y el acatamiento, sino á la virtud? Si hermosura ¿qué cosa mas hermosa que la imágen de la virtud*

Si utilidad ¿qué cosa hay de mayores utilidades que la virtud, pues por ella se alcanza el sumo bien? Si deleites ¿qué mayores deleites que los de la buena conciencia, y de la caridad, y de la paz, y de la libertad de los hijos de Dios, que todo anda en compañía de la virtud? Si fama y memoria, en memoria eterna vivirá el justo, y el nombre de los malos se podrirá, y asi como humo desaparecerá. En esta composicion hay mas soltura, mas despejo, mas ornato y copia, y tiene la oracion miembros mas desembarazados y robustos. — El mismo, tratando de la bondad, justicia, y misericordia de Dios, repite con esta vehemente interrogacion los mismos vocablos para mayor instancia: *¿qué ama quien á esta bondad no ama? ¿Qué teme quien á esta Magestad no teme? ¿A quién sirve quien á este Señor no sirve?*

Conduplicacion.

Se comete esta figura cuando en el principio del período se duplica una palabra misma para esforzar mas la expresion y el pensamiento. Sirvan estos ejemplos: *temed, temed, no la muerte, sino la tremenda cuenta del juicio.* Dice por el mismo modo otro autor: *jamás, jamás, se deja vencer el héroe, sino por generosidad.*

Es bellísima figura, sin embargo de ser de tan menudo cuerpo. Es muy usada en las pasiones trágicas, y muy familiar en los airados. Usamos de ella en los grandes afectos, porque significa la perpetuidad de la representacion, como en estos ejemplos: *No vivirá, no; tales son sus maldades.* Otro: *Sí, perecerás, sí, y no te servirán el poder y las riquezas.* Tambien se suelen hacer estas repeticiones acercando las palabras como *no, no, sí, sí*; pero, ademas de que, siendo unos monosílabos se confunden sus sentidos, tienen mas elegancia con la interposicion de otra palabra, y el intervalo que media, parece que deja mas lugar á reiterar la intencion del que habla, como en esta: *Huid, ó miserables! huid,* que es la figura que los latinos llaman *resuncion.*

Cométese tambien esta *figura* cuando una diccion mis-

ma ó frase es final de un miembro, é inicial del otro inmediato, como en aquella oracion en que Ciceron dice á Herenio: *Osas aun presentarte hoy á su vista, traidor á la patria! Traidor á la patria! te atreves hoy á ponerte delante de ellos!* — De la beneficencia y modestia del Emperador Marco Aurelio, así habla su panegirista: *Los pueblos invocaban á Marco Aurelio, y Marco Aurelio les consolaba en sus desdichas. Todos adoraban á Marco Aurelio; y Marco Aurelio huia de sus inciensos.*

En la pintura que hace Cervantes de la vida retirada entre ásperas breñas de Anselmo y Eugenio para llorar como otros pastores los desdenes de la esquiva Leandra, prosigue de esta manera: *No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente. El eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse; Leandra resuenan los montes; Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos.* — De una fiera respuesta dicha con bizarría esto dice un autor nuestro: *Así habló un español; un español, cuyo espíritu no cabia en su corazon, con no ser pequeño.* — Para mayor variedad, pondremos este otro ejemplo: *tierra, tierra, gritan y claman todos los del bajel, y no era tierra lo que veian.* — Otro: *No digo entre gentiles, no entre fieras digo, podria imaginarse tanta crueldad.*

¿Qué incremento no recibe el pensamiento con la repeticion de la palabra *ladrones* repetida por Cervantes, cuando dice? *Parece que los gitanos nacieron en el mundo para ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo.* — Reprende D. Antonio Guevara la costumbre de los que en tumbas y epitafios dejan sus nombres, diciendo: *La mayor vanidad que hallo entre los hijos de los hombres es que no contentos de ser vanos en vida, procuran que haya memoria de sus vanidades despues de la muerte.*

Elegantemente hace esta reiteracion de palabras Fr. Juan Marques con repetir un verbo mismo en oportuno lugar: *No seamos cumplidores de palabra; no nos [illegible] de*

boca ni de lengua; no nos amemos palabrera y engañosamente; amémonos con obras y con verdad. Esta es la condicion del mundo; la de Dios es muy de otra manera.

Oigamos á Fr. Luis de Leon el cual, despues de haber dicho ser la amistad como fuerte nudo que ata y obliga á no desamparar al amigo afligido, y á compadecerle en cualquier trabajo, concluye: *El que tiene ánimo para cerrarlo á tanta deuda, y el que rompe con tan debidas, estrechas, y poderosas leyes, ánimo tiene de acero, y ánimo hecho para su solo interés.*

El mismo autor, comparando los deleites sensuales de las cosas terrenas con los de las almas virtuosas que se unen con Dios, comete doble reiteracion, una con la palabra *deleite*, y otra con la palabra *gozo*. *El deleite* (dice) *que nace del conocer del sentido, es deleite ligero, ó como sombra de deleite, y es tosco y aldeano deleite; mas el que nos viene del entendimiento y la razon, es vivo gozo, gozo macizo, y gozo de sustancia y verdad.* — Elegante y grave es esta sentencia de Saavedra cuando dice: *Si el corazon es grande, engendra grandes hijos, y busca empleos grandes.* — De mas subido valor es esta otra de Antonio Perez, amplificando y levantando el concepto con la oportuna y feliz repeticion de una misma palabra, cuando dice en una de sus cartas: *Los grandes señores tienen mayor obligacion de amparar á los inocentes necesitados: grandes llamo yo no solamente en el grado sino en el ánimo, que estos tales son los verdaderos grandes. ¡Qué de príncipes grandes se han visto, á quienes toda su grandeza de reinos y poderíos no los pudo hacer, ni aun parecer grandes!*

Otros ejemplos se nos vienen á las manos de rasgos mas breves y ligeros, bien que mas recibidos en la poesía que en la prosa, si ésta no disimula el esmero de su colocacion simétrica. Y consisten en repetir en el fin de la cláusula ó período el vocablo que se pone en el principio, como aquello: *Mira el peligro, y el consuelo mira.* — *Queria ver su patria, mas ver su miseria no queria.* — *Escuchaban á la lisonja, y á la verdad no escuchaban.* Todos estos modos, en medio de su linda construccion,

tocan ya en el término del retruécano. Sin embargo, hay otros que por la gravedad de la sentencia, encubren el estudio, si lo hubiese, como estos: *Los hombres desde el atroz derecho de la guerra se armaron contra los hombres.* — *Crece el amor del dinero cuanto el mismo dinero crece.*

Pero no es la prosa siempre tan severa ó melindrosa, que no admita en este género reduplicaciones que, si no dan gracia, dan alto y noble espíritu á la sentencia, y suponen en el escritor gran carácter y no vulgar filosofía. Cervantes de Salazar que escribia á mediados del siglo XVI, hablando de que ningun animal sirve ni está sujeto á otro animal, prosigue: *Solo el hombre con el hombre tiene guerra; el hombre al hombre desea mal; el hombre fatiga y sujeta al hombre.* Parecerá pueril esta repeticion; pues no lo es, y es muy varonil. De ella saca toda su eficacia y amargura tan vergonzosa verdad, pronunciándola ó leyéndola con el énfasis y pausas que pide cada miembro de la oracion. Hablando de Motezuma, dice Solis con muy oportuna y sentenciosa reduplicacion de unas mismas palabras: *Era contenido en la gula, y moderado en la sensualidad; pero estas virtudes tanto de hombre, como de rey, se deslucian ó se apagaban con mayores vicios de hombre y de rey.* Esto era pecar á dos manos; y esto no se podia expresar sin la repeticion, que realza mas el contraste de las virtudes y vicios en una persona que tenia dos predicamentos, moral y político.

Traduccion.

Esta figura se comete cuando se ponen las palabras duplicadas, triplicadas, y no formalmente en una misma terminacion, sino variada por género ó número, de que resulta una ligera variedad de sonidos en las sílabas finales, que dan cierta hermosura y elegancia á la oracion, como aquella muy conocida de Ciceron: *Llenos estan todos los libros, llenas las máximas de los sabios, llena de ejemplos la antigüedad.* — *Preciosos son los tesoros de la amistad, preciosa su compañía, preciosos sus beneficios.* — Y lo otro

de Lope de Vega, en su angélica: *Ó niñas, niño amor, niños antojos.*

Gradacion.

La *gradacion* es aquella progresion de palabras que enlazadas de dos en dos van formando como una escalera, subiendo en esta forma hasta la que es término del incremento de toda la oracion. Esta *figura* debe ser considerada con dos respectos: en cuanto á la disposicion y órden mecánico, digámoslo así, de las palabras, pertenece á la especie de las llamadas de *diccion*; y en cuanto al órden é incremento de las ideas pasa á la clase de las de *sentencia* y se llama allí *aumentacion*.

Sea la primera leccion de esta *figura*, tomada por el órden y repeticion de las palabras, en las que está implícita la gradacion del pensamiento, el ejemplo siguiente de un autor anónimo: *Numa fundó las costumbres romanas en el trabajo; el trabajo en el honor; y el honor en el amor de la patria.* — Léese en otro anónimo el siguiente: *El fin de la guerra debe ser la victoria, el de la victoria la conquista, y el de la conquista la conservacion.* Dice Gomez Arias en sus avisos morales por una gradacion muy libre y agradable: *De ordinario llamamos pobre al mendigo; y nadie se libra de serlo. Pide el pobre al rico, el rico al poderoso, el poderoso al rey; y para que no se exceptue de mendigar la magestad, cuando todos le piden, pide ella á todos.*

Como son tan variados los modos de hacer esta figura aunque su forma sea una misma; vamos á poner algunos ejemplos en diferentes géneros de estilo para hacer mas amena y agradable la leccion: sea el primero Miguel de Cervántes, cuando dice: *Al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas, como quiera, sino el saberlas gastar.* — Oigamos á Fr. Antonio de Guevara, donde dice: *veo que el que tiene mucho, tiraniza al que tiene poco; que el que tiene poco vive, aunque no quiera, al que tiene mucho; que la codicia desordenada se concierta con la malicia secreta, y la malicia secreta dá lugar al robo público; y al robo público no*

hay quien le vaya á la mano. — Concluyamos con este ejemplo del siempre retórico y siempre elocuente Fr. Luis de Granada, hablando del beneficio de la justificacion del pecador: *Al Espíritu Santo se atribuye la justificacion del hombre: porque él es quien previene al pecador con su misericordia: y prevenido, le llama; y llamado, le justifica; y justificado, le guia derechamente por las sendas de la justicia.*

Manera breve, natural y elegante de esta figura, es esta de Cervantes: *La buena muger no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo.* — En D. Diego de Saavedra leemos esta no menos elegante y concisa gradacion: *No recibir de algunos, es inhumanidad; de muchos, vileza; y de todos, avaricia.* — El mismo autor dice en otra sin mas artificio que la simple y natural gradacion que ofrecen el órden de pocos, muchos, todos: *Pocos negocios vence el ímpetu, muchos el sufrimiento; y casi todos la razon, ó el interés.* — Hablando con el pecador ingrato á Dios y endurecido, dícele Fr. Luis de Granada: *O! miserable de tí por lo que perdiste, y mucho mas por lo que hiciste, y muy mucho mas si con todo esto no sientes tu perdicion.*

Aunque la composicion de esta figura no puede depender del órden de los pensamientos sin depender á un mismo tiempo del órden de las palabras; hay casos en que este mismo órden y repeticion de una palabra, que por sí sola no tiene un valor incremental, lo recibe de la especie de relacion progresiva y gradual en que el arte la coloca. Por este término dice un historiador: *Newton, este Newton, el inmortal Newton, tuvo que confesar la ignorancia del hombre.* La palabra *Newton*, cien veces repetida no alcanzaria mas valor que el que en sí tiene este nombre; pero repetida con ciertos accidentes que la distinguen, realza cada vez la opinion de la persona. El pronombre *este* saca su fuerza, no de sí mismo, sino del lugar que ocupa, porque puesto en el segundo engrandece la idea simple que llevamos formada por la primera palabra *Newton*; y el atributo *inmortal* levanta aun mas la segunda idea.

Otro historiador, hablando del respeto que causó á las

potencias de Europa Enrique IV de Francia despues que quedó pacífico poseedor de la corona tanto tiempo disputada, dice: *Un hombre puesto en su lugar, un Rey, un Enrique, se presenta, y todos callan.* Aqui las palabras *hombre, rey y Enrique* tomadas en sí mismas, no declaran ningun incremento; pero en la gradacion que se presentan la segunda realza á la primera, y la tercera á la segunda, por medio de una idea enfática que viene de la correlacion de atributos, callados pero entendidos, en el lugar que guardan cada una de aquellas tres palabras, sin guardar el órden natural, como si dijéramos: un *hombre*, que habia nacido para ser rey; un *rey* que sabia serlo; un *Enrique*, es decir su renombre, sus hazañas, y sobre todo sus virtudes personales.

Conjuncion.

Esta figura, que el gramático la considera como una partícula, como una conjuncion, y la vista vulgar como una simple letra, ocupa un buen lugar en la retórica, y en la elocucion oratoria no tiene poca influencia.

Asi como en las manos de un hábil artífice las piezas mas menudas, y á la vista informes, reciben mucha hermosura por su oportuna é ingeniosa colocacion: asi las conjunciones, siendo la parte mas pequeña de la oracion, se hacen grandes y muy visibles colocadas, y repetidas oportunamente por el tino del orador. Sirven en cada miembro del período para insistir mas y mas en la representacion de aquellos objetos de que está ocupado el ánimo, y la imaginacion del que habla; mas no arrebatada de alguna vehemente, porque en este caso se suprimen estas ligaduras para dar mas soltura y rapidez á la expresion; y de esta libertad de las conjunciones se forma la *Disolucion*, que es la figura contraria, de que hablaremos despues.

De esta manera se explica una doncella israelita pintando la mortandad de su nacion ordenada por Amán: *¡Qué mortandad por todas partes! Se degüella á un tiempo mismo á los niños, y á los ancianos, y á la hermana, y al hermano, y á la hija y á la madre, y al hijo abraza-*

do con su padre. En cada conjuncion hace el espíritu una pausa, se renueva el horror, y se añade un nuevo motivo á la compasion. Desecho el artificio de esta composicion, diciendo: *Se degüella á niños*, *ancianos*, *hermanos*, *hijos*, *madres y padres*, se convertiria la descripcion en un monton de muertos, y en un horror y lástima general y pasajera, como la de la conmemoracion de los difuntos que tiene dia señalado todos los años.

Sirve tambien esta figura grandemente para la amplificacion, como en este ejemplo de Fr. Luis de Granada ponderando la cuenta del dia del Juicio, en que tendrá el pecador por acusadores cuantos le precedieron en las buenas obras, y por testigos contra sí cuantos le dieron ejemplos de virtud: *Y con esperar tal juicio*, *no acabo de poner freno á mis vicios*! *todavia me envilece la gala*, *y me persigue la lujuria y me envanece la soberbia*, *y me estrecha la avaricia*, *y me consume la envidia*, *y me levanta la ambicion*, *y me perturba la ira*, *y me derrama la liviandad*! — Hablando el P. Ortiz de los frutos de la limosna, dice: *La primera condicion que se ha de considerar en la obra de misericordia*, *es que sea viva y formada*, *y llena*, *y valerosa*, *y la que propiamente se puede llamar atesorada en el cielo*.

Redóblanse felizmente las partículas copulativas para pintar con mas energía la diferencia de cada una de las cosas ó actos que queremos representar, llamando en cada pausa del inciso la consideracion del lector separadamente, como en la Elegía de Herrera á la muerte del rey don Sebastian en África, con alusion al ejército de Faraon en el paso del mar vermejo, cuando dice: *Y el santo de Israel abrió la mano*, *y los dejó y cayó en despeñadero*, *y el carro*, *y el caballo*, *y el caballero*.

Disolucion.

Esta figura, opuesta á la *conjuncion*, se hace cuando la sentencia no se traba con vínculos ó ligaduras conjuntivas, y como no se enlazan las palabras, parece que el que habla tiene mucho que decir: suéltanse los nudos á la

oracion, mas no se corta el hilo. Este desenlace y division hacen al estilo acelerado y vehemente en la forma del decir, y lo aparta de la vulgar locucion. Servímonos de esta figura para decir alguna cosa con aquel ímpetu y brevedad que pide la agitacion del ánimo ó la grandeza del pensamiento. Mas este desatamiento de los miembros no ha de ser muy dilatado, porque enjendra fastidio la perpetua semejanza, que descubre el estudio, y no la pasion.

Dejando el tan trillado *veni*, *vidi*, *vinci*, de Julio Cesar para los eruditos, y el otro no menos conocido *abiit*, *excessit*, *evasit*, *erupit* de Ciceron hablando de Catilina, sacaremos otros ejemplos de lo que dice un historiador de ciertas tropas fugitivas: *Huyeron*, *se precipitaron*, *perecieron.* — De las últimas acciones de la vida de Marco Bruto dice un político: *Bruto quiere dar á Roma la libertad*, *levanta un ejército*, *acomete*, *pelea*, *se mata.* — En la profecía del Tajo por el maestro Leon habla el rio al rey Rodrigo de esta manera: *Acude*, *acorre*, *vuela*, *no perdones la espuela*, *no des paz á la mano*, *menea fulminando el hierro insano.*

No siempre son los verbos que expresan el pensamiento los que se desatan, sino tambien los nombres propios de las cosas. De esta manera expresa los sentimientos de su ánimo una princesa despechada en boca de un autor: *A Dios*: *puedes partir*: *yo me quedo en Epíro*, *y renuncio á la Grecia*, *á Esparta*, *á su imperio*, *á mi familia.*

La omision de las conjunciones sirve muchas veces para que las cosas parezcan mas estrechamente unidas, asi como su repeticion las separa en cierta manera. Asi es que debemos usar de la disyuncion para denotar rapidez, y de la conjuncion para retardar y agravar. Tiene otra particularidad la omision de estas partículas, y es que, como ningun inciso se liga uno con otro, ni el último tampoco, parece que el que habla no dice todo lo que siente, y que podria añadir aun, puesto que se deja como pendiente y no cerrada la sentencia, y de este modo se viene á cometer implícitamente una *Reticencia.*

Adjuncion.

Esta *figura*, que es *Zeuma* en griego, y en español corresponde á la ligadura ó ayuntamiento, se comete cuando el verbo que se pone al principio, ó al fin, ó al medio de la oracion, rige en comun muchas sentencias, y conviene á todas con igual significado; de suerte que cada una de ellas separada no podria formar sentido sin repetir en todas aquel verbo, como en este ejemplo: *Burgos os dá antigüedad: nobleza Galicia: Leon Coronas, y Toledo fortaleza.* — Esta otra en la misma forma: *caballos produjo Córdoba: Jarama toros feroces: insignes capitanes Castilla; Aragon insignes reyes.* En esta oracion, compuesta de otras cuatro, se vé con mucha gala entenderse otras tantas veces un mismo verbo, sin repetirse en ninguna.

Relacion.

Esta *figura* consiste principalmente en una coordinacion de palabras que, colocadas con cierta simetría, se corresponden entre sí, y forman una especie de armonía y cadencia, muy necesaria á la elegancia del estilo, como cuando Ciceron dice de Pompeyo: *Hizo brillar en la guerra su valor, en el gobierno su justicia, y en las embajadas su prudencia.* — Del gran mariscal de Francia el vizconde de Turena dice un orador en su oracion fúnebre: *Hombre grande en la adversidad por su fortaleza, en la prosperidad por su modestia, en las dificultades por su prudencia, en los peligros por su valor, y en la religion por su piedad.*

El P. Mariana en el razonamiento que póne en boca del condestable de Castilla persuadiendo al infante de Antequera que se dejase jurar por rey, dice: *Os convidamos con la corona de vuestros padres y abuelos: resolucion cumplidera para vos, honrosa para el reino, y saludable para todos.* — Don Antonio Solis dice que en una de las empresas mas peligrosas era tan grande la buena voluntad de los soldados para seguir á Cortés, que éste tuvo que valerse de su autoridad para nombrar á los que debian quedarse: *tan-*

to se fiaban (dice) *los unos en la prudencia, los otros en el valor, y los mas en la fortuna de su capitan.*

Desinencia Semejante.

Esta *figura* se comete cuando en el remate de muchos miembros ó períodos de la oracion concurren palabras semejantes por el número y sonido de sus sílabas, como cuando dice Ciceron: *No solo á su voluntad los ciudadanos asintieron, los aliados lisonjearon, los enemigos obedecieron; mas hasta los vientos y las tempestades respetaron.*

Hablando de los personajes heróicos que asistieron á las fiestas de las bodas del trabajo y la diligencia, bajo el velo de un cuento moral, añade Luis Megía: *Hallóse allí Camilo con cinco dictaduras á cuestas, prometiendo templo á la Concordia, despues de tantas veces acusado, tantas veces desterrado, tantas veces revocado por el pueblo romano.*

Hablando de la condicion de los ambiciosos que jamas sacian sus deseos, dice Fr. Antonio de Guevara: *O! cuantos en las cortes de los príncipes hemos visto, á los cuales estuviera mejor el nunca ser señores de su querer! porque despues, haciendo todo lo que podian y lo que querian, vinieron á hacer lo que no debian.*

Cadencia Semejante.

Otra de las figuras que han señalado los retóricos á la armonía es la *similicadencia*, por cuanto las palabras que terminan las cláusulas al cerrar la sentencia tienen una caida semejante, mas de ningun modo consonante. Servirán de ejemplos las dos muestras que vamos á trasladar. Sea este el primero: *Tenia por su alto empleo muchos negocios que tratar, muchos libros que leer, muchas cartas que escribir*. Aquí vemos diferenciadas las terminaciones de tres verbos, finalizando la primera en *ar*, la segunda en *er*; y la tercera en *ir*. Para el segundo ejemplo pondremos esta oracion del obispo Guevara: *No basta-*

(dice) *que el juez sea verdadero en sus palabras, mas ha de ser tambien recto en sus obras; que ni el amor le venza, ni el temor le rinda, ni el ruego le ablande, ni el regalo le corrompa.* Vemos tambien en este ejemplo con que cuidado, sin descuidarse de la armonía, interpola el autor las cadencias sonoras de cada cláusula, variadas en *za, inda, ande, y ompa.*

Hemos de confesar que todas estas formas pulidas de desinencias y cadencias, escogidas de intento como figuras retóricas, y traidas por pura armonía, son afectaciones de principiantes ó de escritores de estragado gusto; pero usadas por necesidad, esto es, cuando, para evitar una desagradable monotonía, se ha de consultar al oído, son gracia y discrecion. Y aunque en uno y otro caso hace el arte su primer papel; en el último sirve de socorro, mas que de ostentacion.

§. II.

Figuras de Sentencia.

Llámanse figuras de *sentencia* á diferencia de las de *diccion*, aquellas cuyo valor y artificio no dependen de la colocacion de las palabras, ni del ornato que esta colocacion dá á la frase, sino del sentido que recibe toda la oracion de la forma de su contestura, de la cual reciben espíritu y esplendor los pensamientos, y calor y accion los sentimientos del ánimo. Con ellas se forjan las armas de la persuasion, se engrandecen las ideas, y se habla al corazon y á los ojos. Estos son los instrumentos de la eloqcuencia, y los nervios del estilo oratorio; las otras son sus colores.

Las figuras de sentencia se forman ó por *contrariedad* ó *contencion*; ó por *incremento*; ó por *abrupcion*, ó por *peticion*; ó por *amplificacion*, ó por *ficcion*.

Antitesis.

Esta *figura* es aquella oposicion de palabras ó de ideas, que forman por su contraposicion un sentido contrario entre sí, ya séa por relativos ó por contrarios, ó por privativos, ó por contradictorios. Cuando la oposicion campea en solas palabras, como acontece á los escritores frívolos y superficiales; pertenece esta figura mas á las de diccion que á las de sentencia.

Aunque en las palabras está siempre la oposicion de su significado respectivo; sin embargo, aquella manera elegante y noble con que se contraponen, y la buena eleccion de ellas disimulan el juego mecánico de sus sonidos. Asi nos lo enseña, como aquello que dijo Ciceron de Catilina: *Venció al pudor la lascivia, al temor la osadía, á la razon la demencia.* No dijo á la castidad la lujuria, á la cobardía el valor, al juicio la locura; porque, hubiera sido afectada la contrariedad de estas palabras por muy inmediatas sus relaciones. De este pobre gusto adolecen aquellos que á la pobreza la han de carear con la riqueza, á la luz con las tinieblas, al maestro con el discípulo, á la noche con el dia, á lo blanco con lo negro, al amor con el odio, á la muerte con la vida, &c. Por este modo de juntar contrarios dijo un autor que, queriendo ser agudo dejó de ser sólido: *¿ Pueden por ventura buscar la paz en la guerra los que siempre desean la guerra en la paz?* — Por este mismo rumbo dice otro: *Acabáronse las burlas, y no cesaron las veras.* — Otro, muy enamorado de este amartelado estilo, escribia á fines del siglo XVII con estas encontradas frases, que eran entonces de moda: *No es pobre á quien no falta lo que no tiene, ni rico á quien no sobra lo que le falta.* — *Mucho dió la fortuna á muchos; conforme á la ambicion, á ninguno.* — *De lo que necesita la naturaleza ninguno hay pobre; de lo que pide la vanidad, ninguno hay rico.*

Este género de contrastes de simples palabras, sobre ser fastidiosos por su esmero y uniformidad, no pueden dar espíritu, ni gravedad, ni hermosura á la oracion. Ademas este estilo dista mucho del natural, porque la naturaleza

que derrama sus producciones con cierto desorden, no guarda una contraposicion tan simétricamente arreglada, ni tampoco saca de sus asientos las cosas para que luchen en una continua competencia, ó como si dijeramos rostro, á rostro.

Si uno de los esfuerzos mas necesarios, y no el menos dificil, al orador y escritor elocuente, es el estudio de ocultar el arte ¿ hay cosa que mas lo descubra que un contraste continuado de palabras?

La contraposicion sábia, natural y agradable á la imaginacion y al animo, es la de los afectos, la de las imágenes, ó de las circunstancias. Este genero de contrastes es uno de los caractéres mas brillantes del ingenio: con su artificio se imprimen en el oyente conmociones extre mas y encontradas, mezclando ya la pena con el placer, la tristeza con la alegria, el gozo con el terror. Oígase por la situacion en que se halla, lo que dice un fanático é intrépido escandinavo mortalmente herido en el calor de una batalla antes de espirar: *Yo muero* (dice): *y siento en el morir una profunda dulzura. Dos ninfas divinas me levantan, y me sirven una deliciosa bebida en el cráneo sangriento de mi enemigo*¡ Se puede espresar con mas entusiasmo el dolor y el placer, la amargura y la dulzura, la agonía y la venganza.

Volvamos la vista á Marco Antonio cuando, mostrando al pueblo romano el cadáver de Julio Cesar recien asesinado, le habla por boca de un escritor moderno de esta manera: !*O espectáculo funesto*! *Veis aquí lo que hos ha quedado del mayor de los hombres*! *Mirad este númen vengador que idolatráis y que adoraron postrados sus mismos asesinos*! *Aquí teneis el que habiendo sido vuestro escudo en la guerra y en la paz, honor de la naturaleza, y gloria de Roma, una hora antes temblaba debajo de sus pies toda la tierra.* Aqui saca toda su fuerza la antétisis de la comparacion de las situaciones tan opuestas entre si,

Con igual energía, y con mas dulce conmocion de efectos, pintó otro escritor moderno el suplicio á que condenaron al Justo Focion los ingratos atenienses: *Viérais luego como este héroe se hiba él mismo á la prision, para oir*

su última sentencia, con el mismo semblante que cuando salía entre las aclamaciones del pueblo á tomar el mando del ejército, ó volvía triunfante de vencer los enemigos. Toma en fin el veneno, bendice al que le presenta la copa; y volviendo los ojos á su hijo, con voz débil y moribunda le dice: no te acuerdes de esta injuria sino para perdonarla.

Ciceron hace resaltar por la circunstancia de lugar la injuria que hizo Verres, pretor de Sicilia, á los derechos de ciudadano romano, cuando condenó á Gabio al suplicio de cruz, destinado solo á los esclavos, con la crueldad de haber mudado el lugar del patíbulo á otro sitio que dá vista al estrecho de Mesina: *Tú te jactaste* (dice) *delante de todo el pueblo de que colocabas el patíbulo en aquel paraje, para que un hombre que se llamaba ciudadano romano, pudiese ver desde lo alto de la cruz la Italia, y su propio domicilio. Tú elegiste esta vista de la Italia, para que, entre las agonías de la muerte, tuviese aun el dolor de ver que solo habia el corto espacio del estrecho entre los horrores de la servidumbre y las dulzuras de la libertad.*

Otro contraste de situaciones patéticas pone un elocuente escritor, llamando la atencion á tiernos recuerdos con la representacion y el ejemplo de varones fuertes: *En la adversidad* (dice) *y humillacion resplandece la verdadera fortaleza: me parece que veo á Sócrates bebiendo el veneno, á Fabricio sufriendo su pobreza, á Cipion muriendo en el destierro, á Epitecto escribiendo en la prision, y á Séneca mirando con tranquilidad abiertas sus venas.* Y ¿á quién no se le representarán por este cuadro las figuras vivas de estos personages, haciendo cada uno su papel en tan trágica escena?

Como sea esta figura una de las de mayor lustre de que echa mano la oratoria en la sátira, la ironía, la invectiva, la reprehension, y la exhortacion, para dar á la elocucion energía y gravedad; me ha parecido conveniente añadir á estos ejemplos de escritores extrangeros otros muchos de autores nuestros, que en este género pueden servir de modelos en todos los estilos. Leemos en Solís un contraste muy ligero y elegante hablando de las habitaciones de los mejicanos: *Los indios* (dice) *eran menos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la na-*

turaleza, que los que fabrican grandes palacios, para que viva estrechamente en ellos su vanidad.

Es puesto en razon, dice el P. Marquez, que el que haya sido fiel en la adversidad, vaya á la parte del gozo, y quien no desamparó al afiijido, mejore tambien de estado, y prosigue: *Jesucristo consagró con su ejemplo esta doctrina: á los que padecieron afrentas con él, hizo compañeros de sus honras; á los que le siguieron reo, escogió para jueces del mundo; y con los que se hallaron á su lado y en pie de tribunal en tribunal, ladeó él la silla de su gloria.*

Pecado gravísimo es el del hipócrita, dice Fr. Luis de Leon, que siendo hombre malo, hace significaciones de bueno con apariencias de devocion y oracion: *Preséntase á Dios religioso, y tiene el ánimo muy alejado de Dios: muéstrase por de fuera siervo suyo, y aborrécele en su pecho; gotean las manos sangre inocente, y álzalas al Señor como limpias.*

Encarece el mismo autor en otra parte la libertad del espíritu del que es amigo de la soledad y de la pobreza, desasido de las ataduras del mundo, y que con el alma y el cuerpo se aparta de sus bullicios y engaños, y dice: *Es sin duda maravillosa obra, y muy digna de Dios, hacer del hombre angel; y del nacido para las ciudades, amador de la soledad de los campos; y del necesitado del favor de los otro, contentísimo con vivir pobre y solitario; y del perdido por estos bienes visibles, aborrecedor de ellos. Y ¿quién será poderoso á sujetar al amor servil de estas cosas al que gusta de la libertad del espíritu? La voz de la codicia pedigüeña ¡qué poco ruido hace en su pecho! El deleite importuno ¡cuán poco molesta su alma! El estruendo del enojo, de la ira, y la venganza, el amor de mil desvariados y hervorosos deseos ¡qué mudos son para él!*

Para pintar la general corrupcion de vicios que tiene inficionados á todos los estados de la república, dice Luis Mejía: *Veo la amistad finjida y la triste envidia muy arraigadas: veo la avaricia muy encumbrada; y la vanagloria y jactancia muy suntuosa: veo los ladrones muy honrados y acompañados: veo el robo y el cohecho sentados en*

el tribunal de la justicia, y que todo el derecho está en las armas, veo que el que tiene puede, y el que puede manda: veo que las leyes son contra los flacos como las telarañas contra las moscas.

El mismo Zárate, hablando de los hipócritas que quieren pasar plaza de buenos encubriendo su vanidad y buscan su propio provecho con capa de virtud, dice: *Algunos hay que, de cobardes y afeminados sufren injurias y vituperios; y ponenlo á cuenta de Dios, diciendo que lo sufra por su amor: otros, por parecer abstinentes, padecen ambre y sed; y entonces se hartan cuando comen de la carne de sus prógimos.* — Fueron comunmente en todas las monarquías insignes reyes los primeros, porque todo les ayuda á la virtud, dice Lorenzo Gracian: *Duró mas en Roma la excelencia en sus reyes que en sus emperadores: aquellos eran hijos de su gallarda juventud, éstos de su cansada vejez: aquellos vencian, y estos triunfaban.*

Dice el mismo autor que los grandes príncipes y fundadores de un imperio nunca se criaron en el ócio y en las delicias, sino en los trabajos de la guerra, y prosigue: *Valiole mucho á Enrique IV de Francia para ser rey, y gran rey, el haber sido trasladado de la cuna al pabellon; y mas gloriosas fueron las abarcas del rey D. Sancho que el zapato de ámbar de otros príncipes. La primera gala que se puso el niño Jaime famoso conquistador, fué el arnés; y aquellos infantiles miembros que aun no sabian andar, iban ya crugiendo la malla y la loriga.*

Esforzando á un caballero que dejó el servicio de la milicia por la vida del claustro, á tenerse por dichoso por haber huido de las persecuciones de sus émulos, continúa Quevedo de esta manera: *Alta y descansada seguridad es esta para quien ha padecido las envidias de los hombres, y las trampas de la fortuna: este propio estipendio he visto cobrar á los grandes señores que ví mandar las armas; y á los que ensordecieron con rumor la tierra, y fueron amenaza de grandes poderíos, les fué postrera cláusula de la vida cárcel desacreditada. Recorred vuestra memoria, y hallareis cementerios de ilustres y horribles cadaveres entre los huesos y prisiones de los que los acompañaron, ó les dieron órdenes.*

Hablando de la estátua que erigieron los romanos en el capitolio á Junio Bruto matador de Tarquino, y de las coronas de laurel con que premiaban á los beneméritos de la patria, dice en otra parte el mismo autor: *La sabiduría romana, que tuvo por maestro á su pobreza, para premiar la virtud y el valor, labró moneda con el cuño de la honra, y sin empobrecerse del oro y de la plata, tuvo caudal para satisfacer á los generosos y magnánimos. Honraron con unas hojas de laurel una frente: dieron satisfaccion con una insignia en el escudo á un linage, y recompensaron con una estátua vidas casi divinas. Estas prerogativas no las permitieron á la pretension, sino al mérito: cobráron las hazañas; no las daban la codicia ni la ambicion. Ricos fueron los romanos en tanto que fueron pobres: con su pobreza se enterró su honra.*

Queriendo encarecer Fr. Luis de Granada el misterio del nacimiento del hijo de Dios, usa de la mayor fuerza y grandeza del contraste de situacion entre el poder y magestad del Señor y la humildad del lugar donde quiso nacer: *O! venerable misterio! mas para sentir que para decir; no para esplicarlo con palabras, sino para adorarlo con admiracion en silencio! Que cosa mas admirable que ver aquel Señor á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está sentado sobre los querubines, y que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies la tierra ¡que haya querido bajar á tanto estremo de pobreza, que cuando naciese, le pariese su madre en un establo, y le acostase en un pesebre*

Donde se atraviesa amor de Dios, no hay contento mayor que padecer por él, dice el P. Marquez, y lo pondera con esta oposicion de situaciones: *¡Qué será haber llegado á aquella perfeccion de amor á que llegaron los que se regalaban en el martirio! y en fé de que padecian por quien amaban, se paseaban por las ascuas como por un jardin, y se hallaban sobre los cuchillos como sobre cama de rosas!* — El mismo autor en su Gobernador Cristiano pondera la altaneria y crueldad de los malos gobernadores de esta manera: *Siempre los magistrados infieles, fiados en su potencia tratan al pueblo sin piedad: y sin embar-*

go *quieren ser lisongeados con título de bienhechores*, *que es aun mayor tiranía.*

Hablando de un prelado de Guadalupe, afligido de gota artética, que no le permitió en cuatro años menear pie ni mano, pues por la agena comia y bebia, continúa el P. Sigüenza así: *Estando de esta suerte gobernaba aquella casa tan grande, y regia aquel pueblo, el que no podia gobernar ni un dedo de su cuerpo; y se tenian por contentos y bien regidos del que no podia amenazar á un mosquito.*

Pone Fr. Antonio de Guevara en boca de un rústico de los germanos una plática que dijo al senado romano, quejándose de las tiranías que cometian los gobernadores que les enviaban: *Yo veo* (dice) *que todos aborrecen la soberbia, y ninguno sigue la mansedumbre: todos condenan el adulterio, y á ninguno veo continente: todos loan la paciencia, y á ninguno veo sufrido: todos reniegan de la avaricia, y á todos veo que roban.*

Para ponderar la contradiccion del hombre cuando no está verdaderamente resignado á la voluntad de Dios, el cual, acabado su recogimiento, busca luego su propia estimacion, asi le arguye el Maestro Avila: *Pues ¡cómo, hermano, allí te encierras, y echas la aldaba tras tí; y aquí buscas estimacion de tus obras, fama, y locura! Allí lloras porque pecaste, y aquí haces de nuevo porque pecar; allí dices que eres tierra, y aquí juras que tienes mejor carne y sangre que el otro, siendo todos sarmientos de una misma cepa!*

El favor del pueblo, dice D. Diego de Saavedra, es el mas peligroso amigo de la virtud; y asi es gran sabiduria ocultar la fama, excusando las demostraciones del valor, del entendimiento, y de la grandeza; y lo confirma con estos ejemplos: *Nos pueden animar los ejemplos de varones grandes que de la dictadura volvieron al arado; y los que no cupieron por las puertas de Roma, y entraron triunfando por sus muros rotos, acompañados de trofeos y de naciones vencidas, se redujeron á humildes chozas, y allí les volvió á hallar la república.*

Podemos atribuir estos grandes efectos de los contrastes á que dos cosas en oposicion se realzan la una á la otra,

como cuando se pone un hombre pequeño al lado de otro grande, que ambos, al parecer, aumentan lo que son. La oposicion de las situaciones causa el mismo efecto que la de las distancias de lugar y de tiempo: el mayor espacio é intervalo que la imaginacion ha de saltar, es lo que nos sorprehende y ocupa el espíritu, porque no puede conciliar lo que ve con lo que ha visto, ni lo que de presente pasa con lo que pasó, y lo que no es con lo que fué. De este pasmo y admiracion nace el deleite que sentimos en todas las imágenes en oposicion. Lucio Floro, hablando de los Samnitas, con las palabras mismas con que pinta la destruccion de aquellos pueblos, manifiesta la grandeza de su valor y resistencia, cuando dice: *Sus ciudades fueron de tal suerte destruidas, que no es fácil mostrar hoy el paraje de lo que fué motivo de veinte y cuatro victorias.* —Francisco Patricio, hablando de la ruina de la Grecia despues de la conquista de los turcos, dice: *De tal suerte destruyeron los bárbaros aquella region, que casi no ha quedado rastro de Grecia en Grecia.*

El embeleso de este estilo consiste muchas veces en una palabra que aparta nuestra vista del objeto principal, y muestra de lado el espacio, el tiempo, la vida, la muerte, ó alguna otra idea grande ó melancólica. En un pais de Poussin, se ven unas zagalas bailando al son de una zampoña; y un poco desviado un sepulcro con esta inscripcion: *Tambien vivia yo en la deliciosa Arcádia*!

¡Cuánto poder tienen en nuestra imaginacion los gestos, las actitudes, y las situaciones! La vista de una pintura nos alegra, nos entristece, ó nos horroriza. Figurémonos pintado aquel pasage de la Iliada en que Homero nos representa á Júpiter sentado en la cumbre del Ida, y al pie del monte á los troyanos y griegos, que envueltos en las tinieblas con que aquel dios cubrió el campo, se matan unos á otros en la confusion de la batalla, sin que se digne mirarles; antes con sereno rostro tiene la vista vuelta hácia las campiñas de los etiopes que se sustentan de leche. Qué contraste tan magnífico, tan vivo y tan expresivo, no del sonido ó significacion de las palabras, sino de la significacion de las situaciones contrarias! Esta pintura, este emblema poético, ¡no nos ofrece juntamente el

espectáculo de la miseria, y de la felicidad; de la turbacion, y del sosiego; del crimen, y de la inocencia; de la fatalidad de los mortales, y de la grandeza de los dioses!

No seamos siempre gentiles por querer ser elocuentes, pues que en la sagrada escritura abundan estas asombrosas y magnificas imágenes. En el Salmo XXVIII pinta el profeta al verdadero Dios en situacion muy semejante á la que el poeta da al finjido: *Los ojos del Señor* (dice) *están puestos sobre los justos, y sus oidos en las oraciones de ellos; mas su rostro airado está sobre los malos, para destruir de la tierra la memoria de ellos.*—En otra parte habla Dios por Isaias, con esta amenaza, á su pueblo: *cuando estendiéredes vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros; y cuando multiplicáredes vuestras oraciones, no las oiré.* No se pueden pintar con imágen mas viva las demostraciones exteriores del enojo de Dios contra los malos que solo le buscan en la tribulacion.

Paradiastole.

La *paradiastole*, ó *separacion*, llamada asi porque separa las cosas que de su natureleza parecen compañeras, saca el contraste, contraponiendo aquellas palabras cuyo sentido parece semejante por una inmediata modificacion ó distincion, que las diferencia realmente, como aquello: *fué constante sin tenacidad; humilde sin bajeza, intrépido sin temeridad.*

Los nombres de las cosas, dice el P. Mariana, de ordinario andan trocados entre nosotros, como jueces imprudentes de ellas, equivocando las verdaderas causas: « Dar lo ageno y derramar lo suyo, se llama liberalidad; la temeridad y el atrevimiento se alaba de valor, mayormente si tiene buen remate; la ambicion se cuenta por virtud y grandeza de ánimo; el mando desapoderado y violento se viste de nombre de justicia y severidad. »

Para ensalzar los atributos y perfecciones de Dios, Fr. Luis de Granada le dirige esta oracion de adoracion profunda: ¡O invisible, yque todo lo ves! inmutable y que todo lo mudas! á quien ni el origen dió principio, ni los

tiempos aumento, ni los acaecimientos darán fin! Vos sois el que criaste todas las cosas sin necesidad, y las sustentais sin cansancio, y las regís sin trabajo, y las moveis sin ser movido! Vos estais dentro de todas las cosas, y no estrechado; fuera de todas, y no desechado; debajo de todas, y no abatido; encima de todas, y no altivo.» — El mismo autor, hablando de las divinas consolaciones que gozan las almas virtuosas en la oracion, pinta con colores opuestos de qué manera encendidas en amor de Dios se levantan sobre sí mismas: «En este santo ejercicio alegra el Señor á sus escogidos: Allí en presencia del criador cantan y aman, gimen y alaban, lloran y gozanse, comen y han hambre, beben y han sed, y con todas las fuerzas de su amor trabajan, Señor, por transformarse en vos.»

Hablando Solís de aquella ocasion en que Hernando Cortés lloró por la derrota de su gente, al mismo tiempo que animaba á los que habian sobrevivido, añade: *Sería digno espectáculo de grande admiracion verle afligido, sin faltar á la entereza del aliento; y bañado el rostro en lágrimas, sin perder el semblante de vencedor.* — Hablando de las costumbres de Esparta, donde las leyes parece que transformaban los hombres en otras criaturas, dice un historiador: *Allí habia ambicion sin esperanza de mejor fortuna; habia afectos naturales, y no habia marido, hijo, ni padre.*

Oigamos á Fr. Luis de Granada con qué admirable modo junta la repugnancia de estos contrastes enfáticos hablando del dia del juicio final: «Considera las señales espantosas que precederán este dia en todas las criaturas del cielo y de la tierra, porque todas ellas sentirán su fin antes que fenezcan; y se estremecerán y comenzarán á caer antes que caigan. Los hombres andarán atónitos y espantados, antes de la muerte muertos, y antes del juicio sentenciados, midiendo los peligros con sus propios temores. Nadie habrá para nadie, porque nadie habrá para sí solo.»

Muy consolado debe vivir el que de fuertes enemigos esteriores é interiores se ve combatido, dice el P. Francisco Zárate, teniendo dentro de su alma tan rica mina de gloria y galardon en la paciencia: «Los prescítos (dice) muchas veces desean lo bueno, pero vuélvense á los males

de su costumbre; quieren ser humildes, pero sin que los desprecien, castos, sin macerar la carne; pacientes sin sufrir injurias: asi que, cuando quieren alcanzar las virtudes, huyen de sus trabajos. Y estos ¿qué otra cosa desean sino el triunfo de la guerra en las ciudades, no habiendo experimentado su trabajo en las campañas?»

Disparidad.

Aqui se puede colocar, entre los contrarios, la oposicion en las sentencias, por la cual disonancia y disparidad forman una artificiosa y agradable contradiccion que dá gran realce y energía al pensamiento, como aquello de Lorenzo Gracian: «No se dá en el mundo al que no tiene, sino á quien mas tiene: á muchos se les quita la hacienda porque son pobres: los ricos son los que heredan, porque los pobres no tienen parientes: el hambriento no halla un pedazo de pan, y el ahíto está cada dia convidado.»

El celo de la religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interés, y al antojo de los particulares, dice D. Antonio Solís en su historia de la conquista de Nueva España; *y al mismo tiempo* (continua) *se iban acabando aquellos pobres indios que gemian debajo del peso, anhelando por el oro para la avaricia agena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con la esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.* — Del carácter tiránico de Tiberio habla un elocuente historiador de esta manera: *Del tercero de los Césares hablo, de aquel Tiberio que se desdeñó de ver los hombres, sin tener valor para dejar de oprimirlos.*

Reflexion.

La *reflexion*, que tambien se llama *conmutacion*, es cuando la sentencia que dijimos se hace diferente, invirtiendo y trastrocando las mismas palabras; como aquello que dijo uno hablando de la universidad de Salamanca: *O! escuela de los maestros, y maestra de las escuelas!* Y lo

que se ha dicho comunmente de lo que corresponde á cada edad: *Cuanto parece bien un mozo viejo, parece mal un viejo mozo.* Y tambien la otra sentencia vulgar: *Debemos comer para vivir, no vivir para comer.* — Otra no tan vulgar y mas elegante en su concepto, es la siguiente: *No está la felicidad en vivir, sino en saber vivir.* — En el retrato político de Alfonso VIII dice el conde de Cervellon: « Raquel, despues de haber hecho del rey un amante, quiso hacer rey al amor, pasando á ser insufrible en sus decretos la dulce tiranía de los ojos. »

Endíasis.

Este contraste es la contraposicion de dos palabras que, por la incongruencia de su propiedad, se excluyen la una á la otra; y juntadas con cierto enlace artificioso, se ajustan y conforman á la sentencia principal, como aquello: *Con las letras peleamos y con las armas enseñamos que los reyes son sagrados en la tierra.*

Cométese tambien esta figura, y no con poca gracia, cuando del atributo del nombre precedente formamos el sustantivo que sigue: Asi dice uno: *La elocuencia arrebata los corazones con suave fuerza y fuerte suavidad*: como si dijese, con una suavidad que obra lo que la fuerza, y una fuerza que obra lo que la suavidad. Tambien diremos con la misma indirecta contraposicion: *Las órdenes militares hicieron antiguamente religioso al valor, y valerosa la religion.* — Tambien diremos, y diremos bien: *Los malos autores son los que ostentan una estéril abundancia*, significando con esta contraposicion una esterilidad de cosas, y una abundancia de palabras. = Monstruo ordinario (dice Nieremberg) es la avaricia de los viejos; y la codicia de los ricos es una pobreza alhajada. » — Hablando de Hernando Cortés que dejó la universidad por las armas, dice Solís: « Conoció que no convenia contra la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. »

Aumentacion.

Esta *figura* se comete cuando la frase y sentencia que sigue á la primera dan incremento cada una á la precedente, añadiendo, como por grados, mayor fuerza y valor á la proposicion. El poder de esta figura es muy eficaz para imprimir una verdad sin violencia ni estrépito, y pintar en pocas y medidas palabras la grandeza de las personas, y de las cosas; ó la bajeza y miseria de ellas.

Oigamos lo que dice Ciceron contra Verres: «Atentado es aprisionar á un ciudadano, es una maldad azotarle, y casi un parricidio darle la muerte ¿qué diremos de clavarle en una cruz?» — Hablando un orador de la muerte del célebre general de Francia Mauricio de Sajonia, dice: «Su muerte fue una calamidad para la Francia, una época para la Europa, y una pérdida para el género humano.» — Para describir los pasos como fué introduciéndose la corrupcion en las cabezas de la sociedad civil, dice un historiador: «Los pueblos en su nacimiento reconocieron luego caudillos, laboriosos al principio por necesidad, ricos despues con el trabajo, corrompidos al fin con la abundancia.» — Dice Fr. Don Antonio de Guevara en una de sus cartas en que dá consejos á un amigo: «Para emprender una cosa es menester cordura; para ordenarla experiencia, y para acabarla paciencia; mas para sustentarla es menester buen esfuerzo, y para menospreciarla grande ánimo.»

Que se ha de pasar por las alabanzas y murmuraciones, sin dejarse halagar de aquellas ni vencer de estas, nos dice D. Diego Saavedra de esta manera: «Desvanecerse con los loores propios, es lijereza del juicio; ofenderse de cualquier cosa, es de particulares; disimular con muchos, de príncipes; no perdonar nada, de tiranos.» — Para ponderar Antonio Perez que, aun despues de caido del favor, atormentado, prófugo ya, y olvidado, le perseguian aun sus enemigos añade. » ¡Cuántas veces procuré, como aquel que quiere escapar de los cuernos del toro, tenderme en tierra, y no resollar, y no me aprovechó! Que, muerto y sin resollar, me han arrebatado del pol-

vo, me han arrojado en alto una vez y otra sin cansarse; pero el perseguir al casi muerto, es levantarle, resucitarle, es estimarle, es subirle de precio.» — Que la adversidad, dice Fr. Luis de Leon, es la que de ordinario hace al hombre feliz y señor de sí mismo: «El ser combatido cada dia de males, y hacerles cada dia cara y vencerlos, le acostumbra á ser vencedor, y por el mismo caso la adversidad le hace grande, y señor, y altísimo hasta tocar en las estrellas.»

De la muerte de Hipon, hombre vil y oscuro, que se habia apoderado de la gracia de Tiberio, y habia causado la muerte de muchos varones principales de Roma, habla Fr. Juan Marquez de esta manera: «De esta muerte se siguió el desengaño del pueblo, que echó de ver en este ejemplo que aquellos que el favor levantó de pequeños á grandes, y de olvidados hizo conocidos de golpe, habiendo sido cuchillo de los hombres bien nacidos, vienen á serlo despues de sí mismos.» — El P. Roa, hablando del ejemplo que dieron en la carrera de la virtud y de la austeridad algunas ilustres doncellas de su patria Córdova, cuyas penitentes vidas trataba de escribir, prosigue así: «¿Quién verá el esfuerzo, no digo de hombres, sino de hembras; no de mugeres, sino de niñas, con que triunfaron de sí primero, y despues del mundo, que no se avergüence de su cobardía?»

El P. Nieremberg, tratando de los frutos de la virtud de la humildad en el cristiano, dice: «Las obras buenas que hacemos nos han de humillar, porque las hacemos mal; las malas que no hacemos, porque las hiciéramos si no fuese por la gracia de Dios. Hemos de humillarnos por lo que fuimos, y por lo que somos, pues no nos mejoramos; y por lo que hicimos, y por lo que hacemos, pues no satisfacemos.» — Hablando D. Antonio Solís del carácter de Diego Velazquez, émulo y aun enemigo de los hechos y gloria de Hernando Cortés, dice: «Su primera ceguedad fue de la desconfianza, vicio que tiene sus temeridades como el miedo;» la segunda fue de la ira, que hace á los hombres algo mas que irracionales, pues los deja enemigos de la razon, y la tercera de la envidia, que viene á ser la ira de los pusilánimes.»

Sentencia.

La *sentencia* es una máxima general, un documento directo, moral ó político, independiente de otra proposicion; y bajo de este concepto no tiene lugar señalado en el discurso, como el epifonema, que es tambien sentencia que cierra la oracion por modo de ilacion ó confirmacion de lo dicho antes.

Las sentencias, cuyo fin es instruir con el consejo, ó el desengaño, piden gran pulso para que no sean comunes, ni tampoco afectadas; no triviales, ni tampoco enigmáticas; ni tan finas que pequen en falsas, formando entre lo oscuro y aliñado mas bien ingeniosos emblemas que documentos ilustres y graves, donde la expresion toda debe ser viva y nerviosa, y no floja ni desmayada. ¿Qué gusto ni enseñanza se podrá sacar de estas sentencias vagas, comunes, y triviales, publicadas en libros de algunos autores de la edad de los políticos moralizantes? Dice uno: «Nada tiene consistencia en el mundo; sobre lo que parece mas seguro puede la instabilidad.»—Otro dice: tan corta es la capacidad humana, que sus mismos yerros le son maestros. Mas les debe el hombre, tal vez, que á sus aciertos. Desvanécenle estos, y le enseñan aquellos.»

Deben, sobre todo, ser las sentencias muy importantes, ó nuevas en la sustancia ó en la forma de la frase, y oportunamente aplicadas á las cosas ó personas de que se habla; y colocadas con discrecion y economía, evitando la frecuencia de ellas, que hacen al estilo áspero, pesado, y truncado, como en esta muestra de uno de los escritores del reinado de Cárlos II, cuando dice: «El perdon hace violencia al corazon de los hombres, y la crueldad los irrita. Esta, ejercitada con uno, excita el ódio de mil, y aquel no se obra sin aumentar amigos. Bástele al valor el vencer; entonces se acaba la lid cuando el enemigo se rinde. Igual valor muestra el que perdona que el que resiste. No pase de aqui el valor; que se injuria el que se venga.» Pero como aqui no nos proponemos tratar del estilo sentencioso en general, sino de la sentencia en par-

ticular, como figura noble de la elocuencia, se pondrán ejemplos varios de varias elegantes formas de presentar el pensamiento con mas ó menos énfasis, que es la sal de su codimento; porque casi siempre llevan envuelto un sentido irónico ó satírico, en bien de las costumbres, que les dá gracias como estas: «En el rico y en el poderoso no se halla otra cosa envidiable sino el privilegio que tienen de disminuir los males de la tierra.» — En otra parte dice un sábio filósofo: «Uno de los artes mas importantes y difíciles es olvidar el mal que hemos aprendido.» En ninguno de estos dos ejemplos el pensamiento es falso ni trivial, vicio muy comun á los escritores sentenciosos. Cuando la idea principal de la sentencia es notoria y acaso vulgarizada, y el asunto pide su aplicacion; el escritor que no puede inventar el pensamiento, debe inventar la frase, ó ponerle una nueva librea.

Como en la estructura de las sentencias suelen entrar otras figuras de diccion, que forman la hermosura y elegancia de la frase, algunos ejemplos escogidos de autores españoles podrán servir á los lectores que aman nuestra lengua de modelos de bien decir; y de instruccion y recreo del ánimo.

Dice el P. Nieremberg: «El primer acto de fortaleza no es hacer, sino padecer; no es padecer mucho, sino sufrirlo. Ningunos mas gloriosos que los que han sufrido muerte honestamente, haciendo de la necesidad y ley de nuestra miseria la mayor hazaña del mundo.» — Otro ejemplo: «Cuando andan en ferias las honras públicas, los que tuviesen mas riquezas, no mas merecimientos, las alcanzarán.» — Otro: «Agenos brazos rinden las fortalezas á los príncipes; vencerse á sí, hecho es del propio corazon.» — Otro: «hacer injuria, el mas ruin puede; sufrirla, es de ánimo generoso.» — Otro: «Esta suerte es de doler en esta vida, que sean tan pocos sus bienes, que no solo no igualan á los que codician; pero ni á los que los merecen, con ser tan pocos.» — Otro: «El que dá mas de lo que tiene, pasa á ser pródigo, dejando de ser liberal: asi el que loa demasiado, se hace lisonjero, dejando de ser afable.» — Otro: «La necesidad no se ha de medir por las cosas, sino por los deseos; y nadie desea mas que

quien tiene mas, si deseó lo que tiene; y si no lo deseó, si lo ama.» — Otro: «Nadie tiene mas necesidad que quien desea mas de lo necesario: la codicia hace que se carezca de lo mismo que se posee.»

Del maestro Fernan Perez de Oliva, escritor de principios del siglo XVI, podemos traer aqui algunos ejemplos como estos: «En la alabanza agena no es siempre incorrupto el juicio que se hace de personas vivas; porque el trato y amistad, ó la emulacion y discordia, no suelen ser derecha medida de estas censuras.» — Otro: «Ninguno hay que viva en compañía de los otros hombres, si muchas veces no está solo para contemplar qué hará acompañado.» — Otro: «A los fuertes es deleite defenderse do los males; porque no son tan grandes los trabajos que se pasan para vencer, como la gloria del vencimiento.»

Dice el P. Roa en el ejemplo siguiente esta sentencia; «Granjéanse y consérvase mejor la amistad de los poderosos con no afectarla; que, sin duda, se cansan mas presto que otros hombres, y á todos hacen en la inconstancia la misma ventaja que en la fortuna.» — Otro: Rara cosa por cierto guardar templanza y moderacion en la privanza: y dificultoso negocio estar en alto, y no tener resabios de cosas altas.» — Otro: «Los gozos inquietan el corazon; y todo lo que hay en el ánimo de liviano y vacío, luego se levanta con el viento de la prosperidad; y es menester poner freno á la felicidad para regirse en ella bien, y para regirla» — Otro: «Algunos, asi pretenden las honras de la república, como si hubiesen vivido honradamente; ó de tal manera viven, como si no hicieran caso de ellas, y juntamente desean los pasatiempos de la ociosidad y los premios de la virtud.» - Otro: «El valor y la virtud es lo que, no se dá, ni se recibe de los hombres: hija es del propio trabajo.» — Otro: «La virtud nace donde cada uno la siembra y la cultiva: no brota ella de su gana como la mala yerva; apréndese por la educacion y con el ejemplo.»

Don Antonio Solís dice en el siguiente ejemplo esta sentencia: «No en todas las empresas se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo que á la osadía y mejores consejeras de la

paciencia que del valor.» — Otro: «Quando se habla de guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia, porque tiene de pasion todo aquello que parece al miedo.»

Antonio Perez ofrece en sus cartas y aforismos gran caudal de sentencias. Sea el primer ejemplo lo siguiente: «La victoria del amor, en rendir el ánimo y voluntad consiste; que todo lo demas no es sino trofeos y despojos de la victoria; ó si mas quadráre, posesion de lo vencido.» — Otro: «El si y el no fueron las mas breves palabras; porque sean desengañados presto los hombres, aun de los escasos de ellas.» — Otro: «Ofrecimientos es la moneda que corre en este siglo; hojas por fruto llevan ya los árboles; palabras por obras los hombres.» — Otro: «La confianza señal es de buen natural; de agradecidos algunas veces, de necios muchas.» — Otro: «Las piedades hechas en comun tienen mucho de vanidad como los edificios materiales.» — Otro: «Hombres hay y suelen ser los que mas valen, que, perdidos, son mas estimados que poseidos.» — Otro: «La envidia, béstia insaciable, como tal roe huesos quando mas no halla.» — Otro: «¡Miserable siglo aquel, en que no se atreven á salir del pellejo los corazones.»

Fr. Don Antonio de Guevara abunda en sus obras várias de muchas sentencias; bien que suelen de ordinario caer en la monotonia del antítesis, que les quita gran parte de su valor, mas sin dañar á la verdad del pensamiento. Léanse, entre otros, estos ejemplos escogidos: «No hay hombre en el mundo que no esté mas enamorado de lo qué quiere que no de lo que tiene.» — Otro: «La grandeza de corazon no consiste en alcanzar lo que él mucho desea, sino en menospreciar lo que mas ama.» — Otro: «Poco importa blasonar de virtudes con la lengua, si la mano en las obras es perezosa; porque no se llama uno justo porque desea ser bueno, sino porque suda y trabaja por serlo.» — Otro: «Ninguna cosa, en verdad, se puede en este mundo llamar grande sino el corazon que desprecia cosas grandes.» — Otro: «Renegad de la tierra

donde los buenos, tienen ocasion de llorar, y los malos libertad de reir.» — Otro: «El consejo antes daña que aprovecha, si el que lo dá no tiene mucha cordura y el que lo recibe mucha paciencia» — Otro: «La malicia humana asi ciega á los hombres, que quieren mas alcanzar lo ageno con trabajo, que gozar con reposo de lo suyo propio.»

No ofrece menos sentencias Don Diego de Saavedra en sus empresas, todas de grave y concisa locucion, como estas: «La importunidad perdió muchos negocios, y muchos tambien alcazó: cánsanse los hombres de negar como de conceder.» — Otro: «Nunca peligra mas el poder que en la prosperidad, donde, faltando la consideracion, el consejo, y la prudencia, muere á manos de la confianza.» — Otro: «Lastimar con verdades sin tiempo ni modo, mas es malicia que celo, mas es atrevimiento que advertencia.» — Otro: «Decir verdades, mas para descubrir el mal gobierno que para su enmienda, es una libertad que parece advertimiento, y es murmuracion; parece celo, y es malicia.» — Otro: «Aun cuando se ve á los ojos la ruina de los Estados, es mejor dejarlos perder que perder la reputacion, porque sin ella no se pueden recuperar.» — Otro: «Yerran los que piensan prolongar la vida dejando su gloria en las estatuas, ó en la sucesion; porque en aquellas es caduca, y en esta agena; y solamente propia la que nace de las obras.»

Concluirémos con algunas sentencias del sábio y elegante Fr. Juan Marquez: «Al que la fortuna pone en la cumbre del primer reventon, le hace un daño irreparable, porque le obliga á vivir descontento toda la vida, cerrandole la puerta á la esperanza, y no cerrandosela al deseo.» — Otra: «Los soberbios no suelen advertir en los que valen mas, por no desengañarse; sino en los que son menos, para engreirse.» — Otra: «Si ser liberal con quien sabe agradecer, es efecto de avaricia; zaherir hoy al prógimo el bien que se le hizo ayer, vicio es sin duda de ánimo esclavo de sus obras.» — Otra: «La valentia enojada llega á ser rabiosa; y la ira es de suyo madre de la liviandad.»

Epifonèma.

Esta *figura*, llamada por los latinos aclamacion, es como un corolario ó deduccion sentenciosa que sacamos de la proposicion antecedente; ó si se quiere decir de otra manera, viene á ser un epílogo que reduce á una sentencia breve la ilacion de la materia que se trata. Es verdadera mente una reflexion nacida del conocimiento del órden moral por medio de la la cual se junta, en forma de consideracion filosófica y admirativa, el espìritu de una serie de cosas extensamente referidas.

La *aclamacion* se diferencia de la sentencia en cuanto á su estension, al lugar que ocupa, y á la forma con que se presenta: porque debe recogerse en breve espacio, presentar un documento indirecto, y cerrando siempre la oracion ó período, á cuyo texto se aplica, por modo de confirmacion, con accidentes de admiracion, exclamacion &c.

Sirvan los siguientes ejemplos para los varios modos de formar la aclamacion. El conde de Cervellon en la vida de Alfonso VIII, dice con muy elegante énfasis: «Los príncipes que desean oir verdades, padecen otra adulacion mas, en el aplauso de que las desean; mas tampoco las oyen. Si esto sucede á los que las solicitan ¿qué será á los que la escusan?» — Otro escritor nuestro, en su obra del Leon prodigioso, hablando de los envidiosos, dice: «Cómense los corazones, y entre ellos no tienen mucho que comer; que los de los envidiosos siempre son pequeños; y con todo eso nunca los acaban. ¡Qué harian en los de sus émulos, si tan á manos los tuvieran!»—Leemos en un historiador político este pasage: «Algunos salvages matan á los niños huérfanos para que no perezcan de hambre y miseria: tanto pierde el hombre en no estar civilizado!»

Otro escritor político haciendo el elogio del emperador Augusto; prosigue: «Todo el mundo sojuzgado no contribuyó tanto á su glória y á la seguridad de su persona, como el perdon de Cinna, y la equidad de sus leyes: cuán preferibles son en el héroe las virtudes sociales al valor!»

Cornelio Tácito nos dice en sus Anales: «Se asegura

que Tiberio siempre que salia del Senado exclamaba : O! hombres, hechos para la esclavitud! El mismo enemigo de la libertad se cansaba de tan baja servidumbre y paciencia.» — Un célebre orador hablando del duque de Sully, perseguido y despues desterrado por sus émulos, dice: «En fin, sus ojos se cansan de ver tantos males; renuncia sus empleos; abandona para siempre la córte retirándose á sus estados. Sale de París, y le escoltan mas de trescientos caballeros: este es el triunfo de la virtud que parte para el destierro!»

Para no defraudar á nuestros autores españoles el lugar y aprecio que merece su elocuencia en este lugar, pondremos tambien ejemplos de algunos de ellos. El P. Fray Juan Marquez, hablando de Neron, dice: «Por gran milagro se cuenta de Neron que no soñó en toda su vida; y al cabo le obligaron á soñar las armas de Julio Vindice: tan mal se puede resistir al testimonio de la conciencia.» — El mismo autor habla contra la soberbia y osadía del poder de esta manera: «Los gigantes que tuvo el mundo en sus principios, opresores de la libertad humana, aunque sobrados en fuerzas, se perdieron, como dice Baruch, por falta de sabiduría; porque la valentía desacompañada de consejo viene á tierra por su mismo peso.» — Hablando Antonio Perez de la desgracia de su hija que murió en la cárcel de sentimiento de no poder volver á ver mas á su padre, dice: «Alcanzó de Dios la libertad del cautiverio del cuerpo en que habia sido martirizada desde que nació en prisiones: que es solo sobre lo que tiene poder el poder humano.» — El mismo autor, justificándose del festivo estilo que usaba en algunas de sus cartas por disimular los trabajos de su adversidad, dice: «Para resistir á los golpes de la fortuna, se ha de hacer lo que he oido que vale mucho, corage, y no rendirse; si para vencer no, á lo menos para vencer peleando: satisfaccion propia en los trances últimos humanos.» - El P. Roa, hablando de la gloria de los padres en la buena educacion de sus hijos, dice: «Muchos de nuestros mayores, cuando no alcanzaban de la pluma del historiador, ó de la trompa de la fama, la paga de sus merecimientos, contentábanse de ver premiado su valor en sus semejantes: que el premio de la virtud es, no

de la persona.»—El mismo autor, cuando habla de los desemejantes que suelen ser algunos en hechos virtuosos, añade: «Despues que la ambicion tomó la mano y el lugar á la virtud, el favor al mérito, y la envidia á la emulacion; no gustan de ver el esfuerzo de sus iguales los que temen no se descubra al par de él su cobardía; y en vez de desenterrar hazañas sepultadas en el olvido, entierran las que tienen vida en la memoria, por no hallarse obligados á imitarlas: vicio comun de los que, pagados de sí, y de sus cosas, igualmente huyen de ver sus manchas y la hermosura agena.»

Don Antonio Solís, refiriendo los sacrificios de sangre humana que celebraban los mejicanos en los adoratorios de sus ídolos, prosigue: «Vendíanse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion.»—El mismo Solís, para defender á Hernan Cortés de la calumnia de algunos autores extrangeros, envidiosos de las empresas de Nueva-España, que le atribuian la muerte de Motezuma, dice: «Defiéndale su entendimiento de semejante absurdo, si no le defendiese la nobleza de su ánimo de tan terrible maldad, y quédese la envidia en su confusion; vicio sin deleite, que atormenta cuando se disimula, y desacredita cuando se conoce.»—Hablando el mismo autor de los desórdenes que se introdujeron en las tropas por la codicia, dice: «Estaba tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecerse, rompiendo con la conciencia y la reputacion: dos frenos sin cuyas riendas se halla el hombre á solas con la naturaleza.»—El mismo dice, en otro lugar de su historia, hablando de una sedicion: «Los revoltosos se ayudaron de un viejo llamado Juan de Milán, hombre que, sin dejar de ser ignorante, profesaba la astrología; loco de otro género, y locura de otra especie.»

Dice el P. Sigüenza tratando de la pureza y desinterés que requieren las obras de los que quieren aprovechar en el camino de la virtud: «No solo buscamos en las cosas materiales interés de carne y sangre, mas aun en los mismos ejercicios de las virtudes se mezcla el amor propio sino se le mira á las manos con el recato; tan delicada

es esta estambre que ha de hacer el aposento de Dios.»

Siempre que no hay novedad, interés ó gran lustre en los epifonémas, se cansa la atencion del lector, y pierde el pensamiento su gravedad y gracia; porque las sentencias comunes, vagas, oscuras ó frias se dejan á cualquier pedante moralizador, que se fatiga en vanas reflexiones. Oigamos al P. Nieremberg como da gracia y novedad á una sentencia bastante comun y reconocida, diciendo: «Es sutileza de la soberbia cubrirse con el manto de la humildad; tan alta es esta virtud, que aun los mas altivos quieren levantarse con ella, y con su sombra ilustrarse.»—Y oigamos luego del P. Mariana, tan sábio y tan grave en su estilo, cómo cae de espíritu en la sentencia de este vago y ordinario epifonéma: «Reinó (D. Alonso VI) despues de la muerte de su padre cuarenta y tres años. Fue modesto en las cosas prósperas, en las adversas constante. Sufrió fuerte y pacientemente los ímpetus de la fortuna; grande loa y la mayor de todas, llevar lo que no se puede excusar, y estar apercibido para cualquier acontecimiento.» ¿Qué novedad ni realce da á lo que tiene dicho de aquel príncipe tan vagamente esta no menos vaga sentencia con que concluye la oracion?

Énfasis.

Es aquella *figura*, en la cual significamos mas con las palabras que lo que ellas declaran en su sentido respectivo cada cual; es á saber, por ellas damos á entender mas de lo que dicen, y tal vez lo que no dicen. Para que el pensamiento sea enfático, debe llevar una expresion sencilla, breve y natural, que encierre muchas cosas en corto espacio; ó alguna significacion oculta, que no se concibe sino por la aplicacion que le da el oyente ó el lector. Por esto diremos que la idea enfática es una consecuencia sutilmente deducida de una idea principal, que por su generalidad se extiende á otras.

Un célebre escritor, hablando de la credulidad con que un autor escribe la historia de su pais, dice: *Es un hijo que pinta á su madre*: esto es, la pasion no le deja ver de-

fectos, sino perfecciones y excelencias. — Un orador, encareciendo la indulgencia del emperador Marco Aurelio con los que hubiesen ofendido su autoridad, dice: *Es que el filósofo siempre perdonó los agravios hechos al príncipe*; que es lo mismo que decir, entonces obraba como filósofo, no queriendo acordarse que era emperador._Del famoso Descartes dice otro orador: *Parece que la Providencia le condenó á ser hombre grande*; como si dijera á ser objeto de las envidias y contradicciones que en todos tiempos han sufrido los ingenios extraordinarios._Julio Cesar queriendo animar al barquèro que le pasaba de Epiro á Italia, en medio de la tormenta, le dice: *No temas, llevas á César*; esto es, al que la fortuna acompaña siempre._Diciendo una extranjera á la muger de Leonides: *solas vosotras mandais á vuestros hombres*, le respondió: *porque solas nosotras parimos varones*, aludiendo á la educacion varonil que se daba en Esparta á las mugeres

Asi como hay expresiones que significan mas de lo que en sí dicen, segun los ejemplos que acabamos de citar; hay otras tambien que no significan lo mismo que dicen. Tales son, cuando decimos: *El que no tiene hombre no es hombre*; esto es el que no tiene valedor no hace fortuna. _*Pedro tiene buenos brazos* por buenos protectores. La divina escritura está llena de ejemplos de esta figura cuando habla de Dios, porque siempre se deja entender mas de lo que se dice.

Aqui pertece el *Noema* (en latin *intellectus*) cuando en las palabras que decimos, dejamos algo que infiera y casi adivine el oyente, aunque con facilidad se entienda lo que queremos significar, y no lo que queremos decir; como cuando de uno poco devoto decimos; *nadie le ve salir de la iglesia*, esto es, nadie le ve entrar en ella: de uno que es poco aplicado al estudio, *nunca se le cae el libro de la mano*, esto es, nunca lo toma, y asi no se le puede caer; y de un abogado que jamas defendió causas, *nunca ha perdido un pleito*.

La *Litote* es parte de esta figura, cuando por palabras contrarias significamos diferente predicado, y casi siempre por negaciones, y se colige el sentido afirmativo; como cuando decimos: *no ignorante* por sábio; *no cobarde* por

valiente; *no desperdiciador* por económico; *no desprecia los regalos*, por decir que los recibe, &c.

Interrogacion.

La *interrogacion*, como figura retórica, no es una simple pregunta hecha á personas determinadas, para que aquieten nuestras dudas, ó satisfagan nuestra ansia ó curiosidad. Es una repetida pregunta dirigida á la consideracion, no á la persona de los oyentes ó lectores; y no para arrancarles la respuesta, sino un tácito consentimiento, una interior aprobacion, ó la admiracion de lo que les exponemos.

Esta *figura* envuelve una especie de convencimiento disimulado en la pregunta, y presupone la persuasion de los oyentes, pues no se espera de ellos contradiccion ni repugnancia á la firmeza y confianza con que el orador propone y sostiene su pensamiento. No es otra cosa la interrogacion que una insinuacion, no tanto para llamar, como para captar el ánimo del que oye, á fin de dar mas fuerza á la prueba con esta anticipada aceptacion.

Por este respeto se ha de usar esta figura en aquellas cosas tan claras, tan aprobadas, tan convicentes y tan justificadas, que no se pueda recelar disentimiento, repugnáncia, ni aun duda de parte del oyente; antes en algun modo, como queda dicho, se le presuma inclinado á seguir la proposicion del orador. Y como en esto se viene á lisongear por un modo indirecto el amor propio, ó si mejor suena, la buena opinion que el oyente debe tener de la rectitud de su propio juicio, ó de su respeto á la verdad; sale siempre victoriosa esta figura, que da nervio y vigor al razonamiento.

Hablando de la creacion del mundo un naturalista elocuente, pide nuestra admiracion de esta manera. «¿Qué inteligencia sondeará la profundidad de este abismo? ¿Qué pensamiento nos representará el poder que llama las cosas que no son como si fuesen? ¿Admiraremos bastantemente á un Dios que manda que haya luz, y luz hay?»

Despues de haber sostenido un orador que la palma heróica mas se debe á los hombres pacífiicos que á los guer-

reros, lo confirma con ejemplos, realzados con la interrogacion. «¿Qué diremos (sigue) de aquellos grandes varones que, por no haber manchado sus manos en la sangre de sus semejantes, se han con mayor rason inmortalizado? ¿Qué diremos del legislador de Esparta que, despues de haber gozado del placer de reinar, tuvo valor para volver el cetro al legítimo heredero que no se lo pedia? ¿Que diremos del legislador de Atenas, que supo conservar su libertad y su virtud en la córte misma de los tiranos, y sostener á la faz del mas opulento de ellos que el poderio y las riquezas, no hacen al hombre feliz? ¿Qué diremos del mayor de los romanos, de aquel modelo de ciudadanos virtuosos? ¿Haríamos tanta injuria al heroismo, que negásemos este título á Caton?»

Otro elocuente escritor, despues de haber referido los desórdenes y males de las guerras civiles de Roma, dice: «¿Cuál era la fuerza civil, cuál la ley promulgada, capaz de poner freno á las depredaciones? ¿Qué autoridad podia tener la sancion de la magistratura y de las leyes, donde todas las voluntades conspiraban al menosprecio y detestacion del órden público? En medio de una ciudad inmensa, depósito de las rapiñas de un imperio universal, las leyes moderadas del sábio Numa ¿podian recobrar su antiguo vigor? ¿podian ser de algun uso? ¿podian prometer bien alguno?» Cuando se eslabonan, por decirlo asi, dos ó tres interrogaciones en la conclusion de la oracion ó del período, como en este último ejemplo; viene á confirmarse con nueva fuerza el pensamiento del orador, y á doblarse las impresiones en el ánimo del oyente, á quien con esta frecuente repeticion no se da tiempo al exámen, ni á la suspension, ni á la duda.

Fr. Don Antonio de Guevara pone en boca de Marco Aurelio, escribiendo á Cornelio su amigo, esta vehemente pintura de los estragos de las guerras, y de la ruina de las costumbres de Roma, «O! Roma desdichada! Dónde están ¿tus antiguos padres, que te fundaron y honraron? Dónde tantos buenos varones, generosos y virtuosos, que tú criaste? Dónde los que por tu libertad derramaron su sangre? Dónde tus esforsados capitanes, que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros? Dónde tantos

filósofos y oradores que con sus consejos te gobernaban?»

Hablando Fr. Luis de Granada de la confusion en que se verán los mortales en el dia del juicio cuando el Señor les pida cuenta de sus obras en esta vida, prosigue asi con una interrogacion sencilla, en la cual se encierran por modo elíptico otras muchas que no se repiten, y la hacen mas amplificada y corriente: «¿Qué responderán (dice) aquí los malos, los burladores de las cosas divinas, los mofadores de la virtud, los menospreciadores de la simplicidad, los que tuvieron mas cuenta con las leyes del mundo que con las de Dios, los que á todas sus voces estuvieron sordos, á todas sus inspiraciones insensibles, á todos sus mandatos rebeldes, y á todos sus beneficios ingratos y duros?»

Otras veces el mismo orador responde en su nombre á la pregunta. Para pintar que toda la prosperidad y gloria de este mundo es breve, porque la felicidad del hombre no puede ser mas larga que la vida del hombre; oigamos al profeta Baruch cuando esclama con esta tristísima y vehemente interrogacion: «Dónde están (*dice*) los príncipes de las gentes que tuvieron señorio sobre las bestias de la tierra; que buscaron sus pasatiempos y recreaciones en cazas y correrías lidiando con las aves del aire? y los que atesoraron montes de plata en que confian los hombres, sin dar fin á sus tesoros? los cuales labraron tantas y tan ricas bajillas de oro y plata, que no hay quién acabe de contar las invenciones de sus obras? Qué se hicieron todos estos? en qué pararon? Ya están fuera de sus palacios, y á los abismos descendieron, y otros en su lugar se levantaron.» Prosigue y amplifica esta interrogacion Fr. Luis de Granada avivándola con ejemplos y recuerdos no menos melancólicos y magníficos, diciendo: «Qué es del sábio? qué es del letrado? dónde está el escudriñador de los secretos de la naturaleza? Qué se hizo la gloria de Salomon? Donde está el poderoso Alejandro y el glorioso Asuero? Dónde están los famosos Césares de Roma? Dónde los otros príncipes y reyes de la tierra? Qué les aprovechó su vana gloria? el poder del mundo? los muchos servidores? las falsas riquezas? las huéstes de sus ejércitos? la muchedumbre de sus truhanes? y las compañías de mentirosos y lisongeros que les cercaban? Todo esto fue sombra,

todo sueño, todo felicidad que pasó en un momento.»

Obtestacion.

Esta *figura*, que por su vehemencia pertenece al género sublime y patético, se comete cuando el orador llama ó pone por testigos de los casos que refiere, ó de la verdad que sostiene, á Dios, á los hombres, á los cielos, á las criaturas, á la naturaleza, &c. De esta manera habla Ciceron en la defensa de P. Sextio: «Tú, patria! vosotros penates y patrios dioses! á todos llamo por testigos de que si yo evité el combate, y reservé mi vida, fue solo por la defensa de vuestros tronos y de vuestros templos, y por la salud de la patria que siempre antepuse á la mia propia.»

El mismo Ciceron, en defensa de Milon, para esforzar que la muerte de Clodio fue un justo castigo del cielo enojado contra sus impiedades, prosigue asi: «Yo os conjuro é imploro túmulos de Alba que Clodio profanó; venerables bosques que ha destruido; sagrados altares, vínculo de nuestra union, tan antiguo como la misma Roma, sobre cuyas ruinas la impía mano que os demolió ha levantado estos enormes edificios! Vuestra religion violada, vuestro culto destruido, vuestros misterios profanados, vuestros dioses ultrajados han hecho al fin brillar su poder, y su venganza.»

Demóstenes, despues de la batalla de Cheronea, pretende justificar su conducta, y alentar á los atenienses, intimidados y abatidos por esta derrota, diciéndoles: «No, compañeros, no, vosotros no habeis faltado; júrolo por los manes de aquellos grandes varones que pelearon por la misma causa en los llanos de Marathon, en Salamina, y delante de Platea.» En vez de decir que el ejemplo de aquellos ilustres muertos justificaba su conducta, empieza por una *conduplicacion* y lo confirma con una patética *obtestacion*.

Reticencia.

Se comete esta figura cuando comenzamos á decir algu-

na cosa, y truncando la frase de industria, nos dejamos la razon por concluir, porque decimos mas con lo que callamos que con las palabras; á lo menos damos á entenderlo asi; porque con este corte se deja á la capacidad del oyente la licencia de suplir lo que falta, ó de interpretar el silencio.

Esta figura es enfática y supone, ó mucha modestia en el que habla, ó una fuerte pasion. Esta por su profundidad estrecha el corazon, y ataja las palabras; y del mismo modo la modestia deja tácita la expresion y disimulado el concepto.

Traigamos á la memoria y á nuestra consideracion aquellas palabras y lágrimas del Salvador, el cual, viendo la miserable ciudad de Jerusalen, comenzó á llorar sobre ella, diciéndola por S. Lucas: «Si conocieses ahora tú la paz y los bienes que en este dia tuyo te venian!... Mas todo esto está ahora escondido de tus ojos.» Estas, últimas palabras, asi breves y no acabadas, tanto mas significaban cuanto mas se cortaba la declaracion del pensamiento por las que debian seguir. En esta reticencia se encerraba la lástima de la ignorancia de aquel pueblo que, escandalizado con el humilde hábito y apariencia del Señor, no le habia de recibir; y como por esta culpa no solo habia de perder las riquezas y gracia de su visitacion, sino tambien su república y su ciudad.

Oigamos lo que dice David en uno de los salmos: «Mi alma se ha turbado en gran manera. Mas, tú, Señor, hasta cuando...!» — Ciceron dice tambien: «Yo no vengo á combatir contra tí, porque el pueblo romano... No quiero hablar, no quiero ser tenido por arrogante.»

Un hombre, vacilante entre acusar á su ofensor, ó guardar silencio, se pregunta á sí mismo. «¿Callaré mi afrenta, ó publicaré...? Si la callo, será premiado el vicio; si digo... Aprendamos á sufrir.» — Cierto orador, para infundir temor y arrepentimiento á su auditorio, asi prorrumpe: «Nos desamparas... Señor! Aqui postrados... Yo me confundo... Tuyos somos.»

Antonio Perez dando al rey Enrique IV la enhorabuena por la victoria de Amiens, le escribe: «Viva V. M. mil años, que asi recrea los ánimos de los suyos con los

efectos de su valor. El parabien de estos no se ha de dar á V. M., que es dárselo de obra propia suya, sino á los suyos, á sus reinos, á la Europa... ó mas iba á decir; pero adelante, Sire, que esto V. M. lo dirá con sus obras.»

Es figura acomodada para la increpacion, la amenaza, la queja, la imprecacion, la admiracion, la indignacion, &c.; como se lee muy frecuentemente en los autores satíricos, en los cómicos y trágicos, y se verá mas adelante en los ejemplos de las respectivas figuras apasionadas.

Licencia.

Esta *figura* se comete, cuando asegurados de nuestra justicia y confiados en el poder de nuestras razones, nos arrogamos con cierto artificioso temperamento, y otras veces pedimos la libertad de decir con entereza y claridad la verdad ó la importancia de una cosa que puede desagradar ú ofender á las personas que nos oyen. Cuando los oradores gobernaban los ánimos en las repúblicas, era muy usada esta *figura*; hoy su oficio está reservado al púlpito, donde la santa voz de la verdad truena sin respetos humanos.

De esta manera habla Ciceron en la Filipica III: «Vosotros, padres conscriptos, es cosa dura de pronunciarlo, mas me veo obligado á decirlo; vosotros, digo, disteis la muerte á Servio Sulpicio.» Otro elocuente escritor en el elogio del primer magistrado de la nacion, dice: «El carácter de la verdadera grandeza es la sencillez: oso decirlo asi á este siglo fastuoso, porque la voz de una generacion que pasa hoy, y mañana no será, no debe ahogar la de la verdad, que es eterna.»

Para referir el P. Mariana los estragos de la guerra, que comenzó entre el rey D. Pedro de Castilla y el de Aragon, escandalizado de tantos horrores, pide se le conceda licencia á su pluma para contarlos: «Una guerra entre dos reinos, y aun de muchas maneras trabados con deudo, contará este libro; guerra cruel, implacable, y sangrienta. Pónenos horror la memoria de tan graves males como padecimos: entorpécese la pluma, y no se atreve ni

acierta á dar principio al cuento de las cosas que adelante sucedieron: embázame la mucha sangre que sin propósito se derramó por estos tiempos: dése perdon y licencia á esta narracion: concédasele que sin pesadumbre se lea.»

Aqui pertenece otra figura llamada *permision*, que se debe considerar como apéndice de la *licencia*; y es cuando permitimos que se haga lo que menos queremos; ó cuando prestamos nuestro consentimiento, aunque sea sin voluntad, á que alguno haga una cosa de que le ha de suceder mal, para que se desengañe ó escarmiente. Como en el primer caso lo que dijo Dido á Eneas: *I, sequere italiam ventis, pete regna per undas*; y en el segundo, como aquello: *Busca los vicios, busca los honores; busca las riquezas; y hallarás lo que no pensabas.*

Preterición.

Es esta *figura*, que tambien se llama *pretermision*, un delicado artificio, por el cual, fingiendo que queremos callar lo que sabemos, ó bien que no sabemos, ó que no podemos decir todo lo que podemos; decimos todo lo que deseábamos, y aun mucho mas, captando con esta simulada industria la atencion del lector ó del oyente.

Oigamos á Ciceron contra Verres, cuando dice: «Nada diré de su lujuria, nada de su insolencia, nada de sus maldades y torpezas; solo hablaré de sus usuras y concusiones.» — Un elocuente historiador, despues de haber hablado de Catilina y de Cronwell como de dos insignes malvados, prosigue inmediatamente: «Tampoco haré una reseña de aquellos guerreros funestos, terror y azote del género humano; de aquellos hombres sedientos de sangre y de conquistas, cuyos nombres no puede pronunciar sin horror la posteridad aun espantada; quiero decir, los Tótilas y los Tamerlanes.»

Un célebre orador en el elogio del padre de la filosofia moderna, empieza asi una transicion: *Yo no alabaré á Descartes de haber sido enemigo de los manejos y de la ambicion: tampoco le alabaré de haber sido frugal, templa-*

do, benéfico, pobre y generoso juntamente, y sencillo como lo son todos los hombres grandes.

Correccion.

Es esta *figura* un temperamento y moderacion de lo dicho antes, y es como enmendacion de la sentencia. Con ella corregimos ó retractamos una proposicion con otra siguiente que la mejora, ó la realza, ó la rebaja, ó la suaviza, ó cohonesta; y algunas veces reprehendiéndonos nuestra ignorancia, nuestra imprudencia, nuestra ligereza, y tambien nuestra demasiada modestia y moderacion.

Dice Ciceron en la oracion en favor de L. Murena: «Cuando todas estas cosas, ciudadanos; ciudadanos, digo, si son dignos de tal título unos hombres que asi piensan de su misma patria.» — Dice con no menor ocasion un historiador elocuente: «La codicia y el cebo de la predominacion, siempre se hán disputado el cetro, digamos mejor el yugo de las naciones.» — Dice otro, hablando de la conducta de un general: «Intrépido y constante guerrero; mal digo, temerario y obstinado te llamrá la posteridad.» — Un orador moderno en alabanza de Descartes, dice: «Qué honores le tributaron en vida? Qué estátua le levantó la patria? ¡Qué hablamos de honores y de estátuas! olvidamos que tratamos de un hombre grande! Hablemos mas bien de persecuciones: de envidias y calumnias.»

Hay otros modos de correcciones que enmiendan la proposicion con una forma de decir mas apartada y escondida de la estructura ordinaria, y dejan mas desembarazada la oracion; como se mostrará en algunos ejemplos de autores españoles. Sea el primero Antonio Perez, cuando dice: «Los cargos y oficios no son sino vestidos, y arréos de la persona; ó sean jaeces, que tales son para algunos.» — El mismo autor se disculpa de haber puesto un letrero á un retrato suyo que enviaba á un amigo: «Puse la letra al retrato, porque no me satisfacen cuerpos muertos, ni aun pintados: no porque estoy para tratar con otros, sino para dar señal de que aun

resuello, y siento y huelo á vivo; aunque me estuviera mejor que me tuvieran por muerto, porque el muerto no hace miedo á nadie.» — El mismo autor, escribiendo á uno de sus hijos que habia salido de la prision, y suspiraba con los demas hermanos por ver á su padre, refugiado á la sazon en Francia, le dice: «Dios hará lo que pedís: que no sufre tal golpe de gemidos sin moverse. Pues, á fé, que si se mueve á gritos, que suele dejar señal de su poder; pero no le pidamos el poder en castigo de nuestros perseguidores, sino su piedad en nuestro consuelo y desagravio.» — Hablando el mismo autor de los nuevos favores que le dispensaba cada dia la piedad de Enrique IV de Francia, le tributa las gracias con estos nobles sentimientos de su ánimo agradecido: «Aunque en V. M. el hacer favor es obra natural como llevar un árbol su fruto; es gloria suya obligar á todas las naciones. Y se engaña, y sabe mal el término de hablar á grandes reyes, quien los hizo de nacion alguna; que no es menos que meterlos en un cerco: pues Dios, á quien representan, no es español, ni francés, ni italiano, sino Señor de los unos y de los otros.»

Hablando el P. Sigüenza de la santa vida y gloriosa muerte de un ejemplar prelado de su Orden, concluye asi: «Vivió este siervo de Dios hasta el año de 1402, postrero de su vida y primero de su descanso y gloria; sino queremos decir que ya los santos aqui, y en medio de sus trabajos gozan gran parte de ella.» — Habla Don Antonio Solís del encogimiento y mansedumbre en que vieron los mejicanos á Motezuma entre prisiones, y dice asi: «Unos le miraban asombrados y confusos de hallar el ruego donde temían la indignacion; y otros lloraban de ver tan humilde á su rey; ó lo que disuena mas, tan humillado.» — Refiriendo el mismo autor la reverencia que hizo Motezuma á Hernan Cortés cuando éste entró á visitarle, poniendo la mano cerca del suelo, y llevándola despues á los lábios, concluye: «Cortesía de inaudita novedad en aquellos príncipes, y mas desproporcionada en aquel, que apenas doblaba la cerviz á sus dioses, y afectaba la soberbia, ó no la sabia distinguir de la magestad.»

El P. Ortiz, modelo de elocuencia mística, dice en una de sus cartas: «Es muy averiguado que la prosperidod del

malo es azote muy conocido; y no sé si se puede llamar prosperidad la que solamente florece en esta vida para tan presto secarse.» — Diciendo el P. Nieremberg que con la pobreza, á menos costa de cuidados que los ricos, podemos ser buenos, prosigue: «¡Cuánto, pues, debe ser amada y codiciada aquella cosa cuyo beneficio es la vida buena! O! cuán rica es la pobreza, pues dá la honestidad y la justicia! O! cuán abastada es la necesidad, y cuán poderosa, que, si no dá la virtud, dá la inocencia, ó por mejor decir convida á la virtud, y fuerza á la inocencia.»

Hay otra especie de correcciones mas ligeras y delicadas que sirven como de suplemento ó de adiccion al pensamiento principal. De Càrlo-magno dice un político: *Formó admirables leyes; y aun hizo mas, las hizo ejecutar.* — De otro excelente príncipe dice otro escritor: *Fué magnífico protector de las artes; mas de las artes útiles.* — Escribiendo á una noble y hermosa doncella el P. Roa, exhortándola á que despreciase los halagos de este falso mundo, le dice «Engañosa es la gentileza, y vana la hermosura; y pequeño mal fuera ser solamente vana, si no fuera engañosa.» — Hablando del rey D. Alonso VIII, dice el conde de Cervellon en la vida de aquel príncipe: *Pongo delante de los ojos de los políticos el retrato de Alfonso, y si son mejores señas, sus hazañas, á quien unos llaman el Noble, otros el Bueno; y los segundos son los que mejor le llaman Noble.*

Sujeccion.

Esta *figura* viene á ser la misma interrogacion acompañada siempre de una respuesta. En alguna ocasion el orador se pregunta y se responde á sí mismo, como cuando Ciceron, en la oracion en favor de Celio, dice: «No llamaríamos enemigo de la república á aquel que violase sus leyes? Tú las quebrantaste. ¿Al que menospreciase la autoridad del senado? Tú la oprimiste. ¿Al que fomentase las sediciones? Tú las excitastes.» — En la oracion fúnebre de un famoso capitan previene el orador al auditorio de esta manera: ¿Sufriré la nota de falso adulador? ¿Cele-

braré las victorias de este conquistador, y callaré las atrocidades que mancharon su gloria? No, Señores. ¿Compararé al malvado con un modelo de virtudes? Mucho menos: todo lo sacrificaré á la verdad.»

Alguna vez pregunta el orador á una persona, y sin aguardar respuesta repite la interrogacion para mayor instancia y apremio, como hace el mismo Ciceron contra Verres: «Con qué convencion defiendes á este reo? Haciendo el elogio de la frugalidad ¿no llamas las iniquidades de la avaricia? Hubo por ventura alguno mas perverso y disoluto? Le pintarás tal vez como un varon fuerte? pero se hallará otro mas perezoso é indolente? Celebrarás la docilidad de sus costumbres? quién mas contumaz? quién mas soberbio?

Otras veces preguntamos á una persona, y le fingimos la respuesta que tenemos de ante mano destruida ó preparada para destruirla con esta arma de la confutacion. Y como con este artificio oratorio dejamos al contrario la accion á su defensa y la libertad de la palabra, y al fin queda rendido á la fuerza de nuestras razones; el oyente, satisfecho de las unas y las otras, se inclina á la bondad de nuestra causa. Por este término un moderno filósofo, arguye contra el suicidio, dirigiendo la voz á un supuesto suicida: «Tú, quieres salir de la vida? cierto, me dices, porque te cansa ya el vivir tanto. Yo quisiera saber si has empezado ya. Qué! fuiste criado en la tierra para vivir ocioso? Parece que me vas á decir que estás de más. Pero el cielo no te impone con la vida algun cargo que cumplir? ¿Qué respuesta, ó infeliz! tienes prevenida para cuando el soberano Juez te pida cuenta del tiempo? Tú me dices que la vida es un mal: y ¿hallarás por ventura en el orden natural algun bien que no esté cercado de males? La vida, repites, es un mal para el hombre bueno, siempre olvidado y perseguido, pero ¿no sabes que tarde ó temprano es consolado, y que la virtud no espera el premio acá en la tierra?»

Fr. Don Antonio Guevara pone en boca de un sábio de los garamantas esta queja contra la invasion de Alejandro magno en su pais: O! Alejandro! ó tú buscas justicia, ó buscas paz, ó buscas reposo, ó buscas favor para los ami-

gos. Mas ¿cómo creeremos que buscas justicia, pues contra razon tiranizas toda la tierra? Cómo creerémos que buscas paz, pues á los que te reciben haces tributarios, y á los que te resisten tratas como enemigos? Cómo creerémos que buscas reposo, pues pones escándalo en todo el mundo? Y como creerémos que buscas clemencia, pues eres un verdugo de la flaqueza humana?»

Despues de haber referido Quevedo la infausta muerte de Julio Cesar dentro del Senado, pone el autor en boca de M. Bruto el matador un razonamiento hecho ante el pueblo congregado, y sobre la aprobacion ó desaprobacion del hecho, lo pretende justificar con estas razones: «De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Nunca fuí enemigo de Cesar, sino de sus designios, y asi no han sido sabedores de mi intencion, ni la envidia ni la venganza. Murió Pompeyo por desdicha vuestra: vivió Cesar por vuestra ruina; y yo le maté por vuestra libertad. Si esto juzgais por delito, con vanidad lo confieso: si por beneficio, con humildad os lo propongo. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgáre indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que á mí me será doblada gloria morir por haber dado muerte al tirano. Y si os provocan á compasion las heridas de Cesar; recorred todas vuestras parentelas, y vereis como por él habeis degollado vuestros linages, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de los padres, habeis manchado las campañas, y calentado los puñales.»

Anticipacion.

Esta *figura* se comete cuando el orador, adelantándose á las objecciones que puede hacerle el contrario, y allanando las dificultades que puedan encontrar los oyentes, él mismo se anticipa los reparos, y los satisface con las razones que expone luego.

Ciceron en la oracion 2ª contra Verres, previene los ánimos de los jueces de esta manera: «Si alguno de vosotros, ó de los que están aqui presentes, se admirase acaso de que habiéndome ejercitado tantos años en los juicios pú-

blicos, siempre para defender á muchos, y nunca para condenar á alguno, ahora, cambiada la voluntad, haya bajado al oficio de acusador; podrá reconocer el motivo de mi nueva determinacion, y justificar mi intencion, creyendo que no puedo en esta causa ser el primer actor. »

Tambien se disfraza esta figura con una especie de prevencion que llaman los retóricos *premonicion*, que se hace á los oyentes para que no se ofendan de la libertad con que se dice una cosa; ó de lo exorbitante y maravilloso de la misma cosa. Un elocuente escritor en el elogio de Descartes previene á sus lectores de esta manera: « Todo en este discurso será consagrado á la verdad y á la virtud. Tal vez habrá hombres en mi nacion que no perdonarán el elogio de un filósofo vivo; mas este murió ya, y hace ciento y quince años que no existe: asi no temo hoy ofender el orgullo ni irritar la envidia. »

Añádase á esta *figura* aquella preparacion con que el orador entretiene la atencion y curiosidad del oyente con imágenes comunes y no determinadas, antes de nombrar claramente la persona ó cosa de quien pretende hablar. Es propiamente una amplificacion de las calidades ú hechos del sugeto, que antecede á la declaracion de su nombre, con la cual se suele empezar la vida de algun héroe, ó la grandeza y situacion de alguna ciudad.

Asi sostiene la curiosidad del lector y ocupa su atencion, un autor nuestro antes de nombrar á Cádiz, anticipando su descripcion y su historia: « Aquella insigne ciudad, hija de Neptuno, pues su asiento parece hijo de sus ondas; aquella sola en España en cuyo templo podian ser los Dioses herederos, sepulcro del mayor maestro de la fortaleza marcial, que en ella castigó la insolencia de los tiranos; que restituyó á su antigua gloria la ultrajada virtud de los humildes; aquella ciudad, compañera de Roma, y madre de sus mejores Césares; Cadiz, digo, que hoy con reciente victoria triunfa de los ladrones del mar. »

Invocacion

Con esta *figura*, mas conocida con el nombre griego de

apóstrofe; el orador corta ó tuerce el camino recto del discurso, dirigiendo su palabra á Dios, á la naturaleza, á la patria, á los vivos, á los muertos y á los ausentes, y aun á las criaturas inanimadas é insensibles; y con esta ilusion se roba la atencion y voluntad del oyente, quien no puede dejar de mezclar sus afectos con los del que le habla. Es figura grave y vehemente para conmover los ánimos: porque ¿cómo no será patética y terrible la oracion en que se llama al cielo, á la tierra, á la naturaleza, á los difuntos, á que sean jueces ó censores formidables de nuestras acciones?

Ciceron, en la defensa de Milon, desvia su discurso á este magnífico y afectuoso apóstrofe: «A vosotros imploro, esforzadísimos varones aquí presentes, que derramásteis generosamente vuestra sangre por la salud de la república! A vosotros invoco, centuriones y legionarios, que arrostrasteis los peligros como hombres, y como ciudadanos! Vosotros todos, expectadores, guardias armadas, y presidentes de este juicio ¿sufrireis que sea arrojado de la ciudad, que se destierre y desampare á un hombre virtuoso!»

Un autor moderno hace esta sublime y patética invocacion para convencer y confundir á un atheista: «O! tú, naturaleza, madre universal! tu testimonio y tu socorro imploro! Abre tus tesoros, descubre tus maravillas al impío, para que por tus obras tribute al supremo autor de todas las cosas el debido amor, admiracion y reconocimiento. Tierra que le sustentas, aguas que fertilizais los campos, aire que le das la vida, truenos y tempestades que purificais la esfera, llenadle de terror profundo. Flores que esmaltais los prados, yerbas que le dais la salud, fuentes que pars los rios, árboles que le defendeis de las injurias del sol, predicadle que un Dios eterno é infinito es su criador y el vuestro.

Otro autor arguyendo contra la tiránica opulencia de los ricos que, no sabiendo contribuir á la felicidad del pueblo, aumentan su miseria; se introduce de esta manera, hablando con uno de ellos: «Acércate y verás cuantos millones de hombres viven y mueren en la afliccion, en la miseria, y desamparo sobre la misma tierra que fertilizan

gua publicará vuestras misericordias! O! si pluguiese á vuestra divina bondad que, despues de muerta, pudiese salir por las plazas á predicar á los hombres su descuido y su engaño!»

A la obtacion se reduce tambien la *salutacion*, por la cual declaramos el buen querer, y el afecto amigo que tenemos para alguna persona, como lo verifican estas formas de decir: «Viva mil años Filipo, amoroso padre de los pobres!—Salve dichosa madre de la discrecion, Toledo insigne!—Salve Belen soberana; salve mil veces dichosa casa en que quiso nacer Dios hombre!»

Tambien pertenece al deseo puro y noble el hacimiento de gracias con la figura y aire de apóstrofe, como cuando David dice en el Salmo CXV.: «O! Señor! yo soy tu siervo, yo tu siervo y hijo de tu sierva! Rompiste, Señor, mis ataduras. A tí sacrificaré sacrificio de alabanza. Alábente mi corazon y mi lengua; y todos mis huesos digan; Señor, ¡quién es como tú!»—Sin forma de invocacion, y por un modo llano y suavísimo, refiere S. Juan en su Apocalipsi lo que oyó de aquellos ángeles que cantaban: «Bendicion y claridad, y sabiduría, y hacimiento de gracias, honra, virtud y fortaleza sea á nuestro Dios por los siglos de los siglos.»

Y siendo la deprecacion tambien un deseo vivo de nuestro bien, ya cuando pedimos socorro en nuestras necesidades, ya cuando esperamos de la clemencia soberana el perdon de nuestros yerros, pertenece á este lugar algun ejemplo sacado del estilo místico, por ser el mas suave y tierno en este género afectuoso. Exortaba el P. Ortiz á una señora de alta gerarquía que, ya que su estado y las leyes del mundo no le permitian despojarse del todo como ella quisiera de las galas y atavíos de su persona, las llevase como forzada á imitacion de la reina Esther, y con desden como alma generosa, y con aborrecimiento como amadora de Dios; y que acostumbrando á su alma á levantarse de lo terrenal, alzase los ojos al cielo al tiempo de entrar en su tocador, diciendo: «O! mi Señor! Si para poder parecer sin vergüenza de los hombres mortales y muy mucho pecadores, es menester esta ropa, y este atavío, y estas joyas; qué habrá menester mi ánima para agradar á

vos que sois Rey de los reyes, y Señor de los señores! O! mi Dios! que por vestir vos mi desnudez quisisteis ser despojado, y para adornarme para el tálamo celestial quisisteis ser tan despreciado y llagado en el tálamo de la cruz, sacad del precio de vuestra sangre los tesoros de merecimientos que son menester para que yo no parezca desnuda en aquel dia grande del juicio, donde tengo que salir á vista de todas las criaturas »

Repito otro ejemplo de deprecacion del mismo autor, pues lo fué en su tiempo de virtud y elocuencia; y perdonenmen los poco aficionados á los escritos piadosos si no me despido del P. Ortiz, porque es escritor del tiempo en que en Europa nadie sabia escribir bien en vulgar, y casi no es conocido ya dentro de España, y no puedo presentar otro de mas sentida y animada expresion en este género de estilo. Habla en boca de un pecador arrepentido de esta manera: « O! Señor mio! Que no desechaste el ladron que te invocó, mas dijiste con dulzura de amor hoy serás conmigo en el paraiso; perdona los hurtos que yo te hecho de este mi corazon, que tan tuyo es de justicia, dándole contra tu querer á las vanidades, y recibeme á misericordia en la hora postrera, donde, si tu me dejas ¿quien me valdrá de mis enemigos? No te pido muerte dulce ni sabrosa, pues tu la tomaste por mí tan amarga: no pido, ni escojo, manera ó tiempo de muerte: solo te pido que me des tal socorro de gracia y fortaleza, que ninguna congoja, ni agonia ni tentacion baste para apartarme de tí; sino que siempre tenga yo sed de tu justicia y amor, hasta espirar, inclinando á tí mi cabeza con perfecta obediencia. »

Concesion.

Con esta figura concedemos á los contrarios, á las objecciones presupuestas en los oyentes, ó á la comun opinion aquellas conclusiones, razones, ó respuestas que nunca puedan destruir nuestra causa, y solo sí contradecirla, para que de esta lucha salga siempre triunfante. Por ejemplo, concederemos al ambicioso que es loable el deseo de gloria; mas no de una gloria vana y funesta á los hombres: al

celoso ciudadano, que el amor á la patria es noble virtud mas no cuando se funda en odio de las demas naciones: al otro que las riquezas son útiles, mas no cuando son mal empleadas.

Un ingenioso orador, hablando de los bienes y males del oro, quiere conceder á sus contrarios los primeros y probar que pesan mas los segundos: «El oro decis vosotros, alienta los ingenios; lo concedo: mas ¿ cuántos corazones corrompe antes? Convengo en que fomenta las artes; y si estas excitan el lujo ¿ no es éste un contagio que inficiona á todo un reino? Tampoco negaré que el oro ha hecho conocer naciones remotas, haciendolas comunicables: mas ¿ cuánta sangre de sus inocentes naturales no se ha derramado para descubrirlas, y quererlas civilizar? y cuántas nuevas guerras no han nacido en la Europa para conservarlas esclavas ó aliadas?»

De diferentes modos se puede disponer la oracion, y construir las frases sin faltar á la sustancia de esta figura; como en este ejemplo: «Tema con espanto la muerte el que nunca se ha acordado de su orígen, ni su fin; mas no el que ha vivido la vida del justo. Estremézcase con la sombra de la muerte aquel que nunca sintió un remordimiento; mas no el que siempre anduvo por la senda de la virtud y de la penitencia. Confúndase á la vista de la muerte el que fundó todos sus deseos y felicidad en los deleites de este destierro; no aquel que, esperando descansar en la eterna bienaventuranza, sabe que el fin de esta vida es principio de otra mejor.»

Considerando la comun propension de los príncipes á seguir todo lo contrario del antecesor, sea por capricho, sea por emulacion, dice Lorenzo Gracian, en su político Fernando: «Si esta natural oposicion se declarára contra los desaciertos, fuera loable; pero, que se atreva á las hazañas, mayor monstruosidad. Que abomine Vespasiano y borre las huellas de Vitelio, y de otros monstruos sus predecesores es restaurar el Imperio, es desagraviar la virtud; pero que Adriano condene los esclarecidos hechos de Trajano, el mejor emperador que adoró Roma, hasta estrechar los términos del Imperio por estrecharle los de la fama, y que derribe la celebrada puente del Da-

nubio por derribar su memoria, no es emulacion sino atrocidad. »

Exclamacion.

Es *figura* patética y vehemente, con la cual rompemos de repente el discurso, levantando la voz para desahogar el animo oprimido de sentimientos de dolor, amor, compasion, alegría, indignacion, admiracion, &c. y expresamos lo grande, lo nuevo, ó maravilloso de una cosa con el acento y la señal de la interjecion: demostracion natural de un espíritu agitado, y alguna vez transportado.

No basta una sencilla y fugaz exclamacion para llamar y atraher el ánimo del oyente á que venga á sentir con nosotros aquello mismo que sentimos: porque aquel inarticulado sonido desaparece como veloz exhalacion, ó se la lleva el ayre, como se dice del suspiro. Para que alcance su cumplido efecto la exclamacion, deben acompañarla y sostenerla, ya la *repeticion*, ya la *interrogacion*, que le da cuerpo y movimiento de figura retórica: porque, por sí sola, no es mas que una aspiracion insignificante é indeterminada, y muchas veces involuntaria, que no entra en la jurisdiccion de la elocuencia.

Y por la misma causa que nos es tan fácil y natural esta expresion de nuestras conmociones interiores, deben, tanto el que realmente las padece, como el que las afecta, usar de ella con cierta economía y con oportunidad, y siempre en asuntos, casos y situaciones importantes que la pidan. De esta figura, que es muy socorrida para cubrir con su tono vehemente lo frio, lo comun, ó lo lánguido de un discurso, abusan todos los escritores novéles y los jóvenes declamadores que, destituidos de la copia y severidad oratoria, siembran la composion de exclamaciones é interrogaciones. Estas no son entonces mas que vanas palabras, y no expresiones de la pasion, las cuales, no naciendo del pecho del que habla, menos se podrán infundir en el del oyente.

Por medio de esta figura, tan breve en sus accidentes, pues no llega á ser voz articulada, y tan llena en su espí-

ritu se pueden llamar, si no queremos decir excitar, todos los afectos. Se halla mezclada casi siempre con las demas figuras vehementes, á las cuales da valor y lustre, como á los apóstrofes y epifonemas mucha eficacia. Ciceron, para excitar la indignacion pública contra el suplicio que se acababa de hacer en un ciudadano romeno, asi acaba la narracion. «O! nombre dulce de libertad! O! derecho ilustre de nuestra ciudad! O! leyes Porcia y Semproniana! O! tribunicia potestad, tantas veces deseada, y en otro tiempo restituida al pueblo romano!» Así, para mover la benevolencia á favor de un rico muy limosnero, dice uno: «O! manos siempre abiertas para dar! O! corazon benéfico y compasivo! O! caridad encendida en amor de los hombres! — Palabras de espanto y amenaza son las del Apocalipsi, cuando el profeta dice: «Ay! Ay! Babilonia, ciudad grande, poderosa ciudad, tu condenacion ha venido en un momento!» — Mueve á compasion de un jóven injustamente condenado á muerte un autor diciendo: «O! silencio de la inocencia oprimida! O! justo que ruegas al cielo por los que te condenan!» — De un avaro que dejaba perecer de hambre á sus parientes, dice otro: «Sed execrable del oro! codicia cruel y desapiedada!»

Para significarnos la naturaleza del amor de Dios para con los hombres, dice Fr. Luis de Granada: «O! amor no criado, que siempre ardes, y nunca mueres! O! amor que siempre vives, y siempre hierves en el pecho divino!» En estas breves exclamaciones se encierran de una manera muy sencilla y hermosa dos figuras, la repeticion de *amor*, y de *siempre*, y el contraste de *vivir* y *no morir*. — En otro ejemplo de la dulce elocuencia del mismo autor, se introduce en la exclamacion una fina repeticion de la palabra *nombre*, cuando para ensalzar el de Jesus, que quiere decir salvador, continúa: O! *nombre glorioso, nombre dulce y suave, nombre de inestimable virtud y reverencia inventado por Dios en su eternidad, y por los ángeles traido del cielo á la tierra*!

Tambien se empiezan las exclamaciones con lastimeros ayes, que son otros signos aspirados y articulados, que salen de pasion mas profunda, bien de dolor, ó arrepentimiento, bien de temor ó vergüenza. San Ambrosio escri-

biendo sobre San Lucas, cuando quiere amonestarnos que estémos desvelados y apercibidos para la última hora, corta el discurso con este repetido lamento: «¡Ay de mí, si no llorare mis pecados! Ay de mí, si no me levantare á media noche á confesar, Señor, tu santo nombre! Ay de mí, si engañare á mi prógimo: si no hablare verdad! porque está puesto el cuchillo á la raiz del árbol.»

Oigamos al P. Marquez, cuando habla contra el amor propio é inmodestia de esta manera: «O! cuantas buenas obras tiene deslucidas la gloria de haberlas hecho! O! que de trabajos honrosos se han malogrado por no saberse olvidar de sí los que los padecieron!» — Con esta exclamacion empieza un discurso el obispo de Mondoñedo: «O! si la solicitud que pone el mundo para conservar á los mundanos, la pusiesen estos para apartarse de los vicios: yo juro que Dios tuviera mas siervos, y la carne no tantos esclavos.» — Don Antonio Solis, refiriendo una inhumanidad con que fueron tratados unos españoles, concluye el epifonema con una exclamacion dictada por la indignacion y el dolor: «El cacique (dice) mandó luego apartar á los náufragos españoles que venian mejor tratados, para sacrificarlos á sus ídolos, y celebrar con sus miserables despojos un banquete: ¡Rara bestialidad, horrible á la naturaleza y á la pluma!»

Imprecacion.

La *imprecacion* es otra de las figuras vehementes de que suele usar la oratoria alguna vez para conmover los ánimos con el terror ó el temor. En esta figura se encierra todo lo mas sublime de las metáforas, lo mas fuerte de los hipérboles, lo mas duro de los contrastes, y lo mas terrible de las imágenes, tanto mas eficaces, en cuanto son tomadas de la naturaleza visible, y presentadas con una enfática sencillez, de que ofrece muchos ejemplos la sagrada escritura.

El que quiera saber cuan grandes sean las adversidades y pobreza que estan guardadas para los malos; lea el capítulo XXVIII. del Deutóronomio, que entre otras pala-

quejas y las amenazas con que se desahoga el celo contra los malos y sus desafueros, ó el ánimo lastimado contra los ingratos, los pérfidos y los hipócritas.

«Nadie hace mayores hazañas (dice el P. Marquez) que aquel que busca que el mundo le celebre; cuando el que mas descuidadamente vive en la apariencia, suele ser el que mas de corazon ama la virtud: Así vereis al otro hombre virtuoso de corazon que rie á su tiempo, que da limosna de su mano á la del pobre; y al otro hipócrita que para darla toca con la trompeta á juntar gente, y anda cabizbajo y melancólico. Ah! desventurado, que lloras por tu alquiler como la plañidera, y te pagas antes de tiempo! La limosna en que se pretende publicidad es limosna de enemigo. No haces obra vez ninguna con este fin que no levantes bandera contra Dios, y le hagas guerra con su hacienda.»

Diciendo el mismo autor que honró Jesucristo en gran manera los trabajos, advierte que no todos, sino los que se padecen por él; y con este motivo reprehende y amenaza á un mismo tiempo con estos términos: «¿De qué sirve sembrar trabajos y dolores, si se siembran en la carne mortal y no en el espíritu! Qué importa sembrar con lágrimas, si se siembra en tierra pedregosa, ó no se siembra buena semilla! Sembraste viento, ¿qué esperabas coger sino torbellino? Qué espera el vano que le ha de dar Dios por sus limosnas, habiéndose pagado él anticipadamente y por su mano! Mala semilla sembrásteis: confusion y vergüenza cogereis.»

Reprehende Fr. Antonio de Guevara á los viejos viciosos y olvidados de su fin, quienes, cuando la carga de los años les llama hácia la sepultura, en vano se quieren reconocer y corregir, pues abren tarde los ojos al desengaño, y les habla de esta manera: «O! hijos de la tierra y discípulos de vanidad! ahora sabeis que vuela el tiempo sin mover las cosas, que camina la vida sin alzar los pies, que esgrime la fortuna sin mover los brazos, que despídese el mundo sin avisar, engáñannos los hombres sin mover los labios, consúmese la carne sin que nadie lo sienta, pásase nuestra gloria como si no fuera, y nos saltea la muerte sin llamar primero á la aldaba!»

bras dice asi: «Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo; maldito el cillero; y malditas las sobras de tu mesa; maldito el fruto de tu vientre, y el fruto de tu tierra, y los hatos de tus bueyes, y las manadas de tus ovejas. Enviará el Señor sobre tí esterilidad y hambre, y confusion en todas las obras de tus manos. Sea el cielo que esta sobre tí de metal; y la tierra que hollares de hierro; y el Señor envie sobre ella polvo en lugar de agua; y del cielo descienda sobre tí ceniza hasta que seas destruido!»

En el libro de los Reyes leemos el siguiente rasgo que respira horror y enojo: «Montes de Gelboé, jamas caiga sobre vosotros ni el rocío, ni la lluvia: jamás en vuestras faldas haya un campo cuyas primicias se ofrezcan al Señor!»—En boca de Jeremías oimos esta maldicion, comprehendida en una sentencia: «Maldito sea el hombre que confia en otro hombre, y el que, apartando su corazon del Señor, pone la carne flaca por brazo y amparo suyo!»

Gran fuerza y terribilidad da á esta figura lo extraordinario de los contrastes y de las imágenes, como se podrá ver en estos rasgos con que continúa el Deuteronomio la imprecacion antecedente, diciendo: «La muger que tuvieres, otro la deshonre; y la casa que edificares no mores en ella; y la viña que plantares no la vendimies!»

Pero la mas patética, la mas desesperada, y por consiguiente la mas sublime imprecacion, es la de Job, cuando, rodeado de trabajos y miserias, le arrancó el dolor que le guerreaba en el pecho estos tristes lamentos, maldiciendo su desastrada suerte: «Pereciera (exclama) el dia en que nací, y la noche en que fue dicho concebido es este hombre! Volviérase aquel dia en tinieblas; no tuviera Dios cuenta de él, ni fuera alumbrado con lumbre! Escureciéranle las tinieblas y sombra de muerte, y llenárase de oscuridad y amargura! Corriera en aquella noche un torbellino tenebroso, y no fuera contado en el número de los dias, ni de los meses del año! ¡Por qué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre! Por qué, luego como acabé de nacer no perecí! Por qué me recibieron en el regazo! Por qué me dieron leche á los pechos!

Reprehension.—Entre los diferentes grados y géneros de la *imprecacion* se pueden contar las reprehensiones, las

Hablando el Maéstro Leon del uso de los versos y cánticos consagrados en los grados en los sagrados libros, reprehende á aquellos que los dedican á canciones y coplas obscenas y escandalosas, que se oyen por las calles y plazas: «Pluguiese á Dios (dice) que reinase aquella sola poesía en nuestros oidos; y que solo este cantor nos fuese dulce, y que en él soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase, y el artesano aliviase su trabajo! Mas, ha llegado la perdicion del nombre cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios; y no contentos con lo secreto de ellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion!»

Pónese en el libro V de la Sabiduria esta confesion ya tardía y sin provecho, en boca de los malos que se reprehenden á sí mismos, diciendo: «Desventurados de nosotros! Como se ve ahora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdicion, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos; y el camino del Señor, tan llano, nunca supimos atinarle»

Queja. — A la reprehension acompaña muchas veces la queja, en la cual el corazon esfuerza á la razon, y se gana con el afecto lastimado el ánimo del oyente. Por Malachias habla Dios de esta manera á los desobedientes y rebeldes al Señor: «Si yo soy vuestro padre ¿dónde está la honra que me debeis? Y si soy vuestro Señor ¿que es del temor que me teneis?» — Y aun contra estos mismos se enoja otro profeta con palabras mas encendidas cuando dice: «Generacion mala y adúltera! pueblo loco y necio! Esta es la paga á tantos beneficios que das á tu señor! Por ventura, no es el padre que te hizo, y te crió!»

Se queja Dios á su pueblo por Jeremías, reprehendiendole la adoracion del Becerro de oro en el tiempo en que el Señor hablaba á Moyses en el monte Sinaí: «¿Parécete, dice, que desde cerca soy bueno para Dios tuyo, y desde lejos no? ó que, desviado de tí, no puedo socorrer, ó castigar como cuando me tienes al lado? Qué criatura hay donde yo no esté? cuyo ser no ocupe mi mages-

tad? Sóbrame por ventura algo del cielo ó de la tierra? No está todo lleno de mi inmensidad?»

Queja muy sentida y sublime contra los ingratos á Dios pronuncia el Maestro Avila exhortando y animando á un predicador nuevo á que continúe predicando sin respetos humanos contra la relajacion de costumbres de los ricos y grandes señores, como lo hizo en su primer sermon, y se introduce de esta manera, dandole la enhorabuena: «A cristo gracias que dió fuerzas para predicar su santo nombre, ó el Señor dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa, y honrosa. Mas ay de nosotros! que hemos venido á tiempo que está el corazon del hombre casado con la tierra! y de este casamiento ¡cómo saldrán para el cielo! Parece á muchos, segun su neglicencia, que está Dios burlando cuando habla: ni se teme su amenaza, ni se cree su promesa, ni se estima su alteza, ni hay quien ame su bondad. No hay ninguna cosa en la tierra que no tenga amadores, y vos, Señor, sin ellos, ó con muy pocos, ó muy flacos! Dé Padre, voces, y délas muy grandes de que no hay bien sin Dios. No estorben, no, las sombras á la estima que se debe á la verdad. No es ciertamente justo, que se ponga Dios en olvido, porque dió dádivas á los hombres, pues crió las cosas para que por ellas pasasen á él. Gravemente le hemos ofendido en usar de lo que habiamos de gozar, quitando la gloria que se debia al incorruptible Dios, y dándola á la vanidad de las criaturas.»

AMENAZA. — Sobre la queja se levanta la amenaza, que si no mas amarga, es mas terrible, pues se declara en ella grande enojo y gran poder. En el capítulo primero de los Proverbios, despues de haber escrito Salomon las palabras con que la sabiduria eterna llama los hombres á penitencia, pone luego las que dirá á los rebeldes á este llamamiento diciendo: «Porque os llamé, y no quisisteis acudir á mi llamamiento, y extendí mis manos, y no hubo quien las mirase, y despreciasteis todas mis reprehensiones y consejos; yo tambien me reiré en vuestra muerte, y haré burla de vosotros, cuando os vinieren los males que temiais. Y cuando viniere la muerte como tempestad que á deshora se levanta, entonces me llamarán, y no les oiré, y

de mañana madrugarán á ponerseme delante, y no me hallarán.» — Hablando de la limosna Salomon en los Proverbios, amenaza á los hombres desapiadados con estas palabras: «El que cerrare la oreja, y disimulare á la voz del pobre; dará clamores, y demandará, y no será escuchado.»

Hablando de la tribulacion y angústia de que se hallarán cercados las malos en el trance de la muerte, dice el Señor por el profeta Amos: «Entonces se les pondrá el sol en medio del dia, y haré que se les escurezca la tierra en dia claro, y convertiré sus fiestas en llanto, y sus postrimerias en dia amargo.»

Contra aquellos que asi viven descuidados de su criador como si ellos mismos se hubiesen hecho, habla Dios por Ezequiel amenazando al malaventurado Rey de Egipto: «Contigo lo habré yo, Dragon grande, que estás tendido en medio de tus rios, y dices mios son los rios, y yo me hice á mí mismo!» – Amenaza breve y espantosa es la que por el profeta Oséas hace Dios á los pecadores diciendo: «Ay de aquellos que se apartaron de mí! Ay de ellos cuando yo me apartare de ellos!»

Vehemente y enérgica es la siguiente amonestacion apoyada en una amenaza, para llamar la esperanza, que el Maestro Avila dirige á una Señora de alta gerarquía, que deseaba servir á Dios, y por respetos humanos no se atrevia á comenzar la carrera de la virtud, y la anima con estas palabras. «Cerrad los ojos á las alabanzas, y á los vituperios tambien: que presto vereis tornado polvo y ceniza al que alaba y al alabado, y al que deshonra y al deshonrado; y seremos presentes delante del juicio del Señor, donde tapará su boca la maldad, y será la virtud muy honrada.»

Dubitacion.

Esta *figura* se comete cuando por la gravedad, oscuridad, ó complicacion del asunto, ó por la esterilidad ó abundancia de la materia, dudamos, vacilamos, ó por decirlo asi, titubeamos acerca de cual de dos ó mas co-

sas hemos de elegir, ó cual de ellas seguir ó proponer, ya preguntando, ya refutando.

Ciceron nos ofrece bastantes ejemplos en sus oraciones, como en aquella donde dice: « ¿ Qué haré, Jueces? Si callo, me confirmareis reo; si hablo, me tachareis de mentiroso. » — En la oracion en favor de Roscio Amerino, dice el mismo orador: « ¿ Qué examinaré primero? ó de donde partiré? ¿ Qué auxilio he de pedir? ó de quien puedo esperarlo? De los dioses inmortales ó del pueblo romano? Imploraré vuestra fé, vosotros que teneis la autoridad suprema?»

Fr. Luis de Granada habiendo de tratar de la grande obra de la redencion del género humano, entra dudoso y perplejo, diciendo: « Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? callaré ó hablaré? Ni debo callar, ni puedo hablar. Como callaré tan grandes misericordias, y como hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento, y hablar parece temeridad.

Sustentacion.

Por esta figura, llamada con otro nombre *suspension*, mantenemos suspensos algun tiempo los animos de los oyentes ó lectores sin declararles nuestro último pensamiento, que siempre debe ser inesperado, hasta despues de haberles tenido en una atenta espectacion; estimulandoles el deseo de satisfacer su curiosidad, ó de aquietar sus juicios. Por este artificio acercandoles cada vez el objeto, se les va alejando en alguna manera para escitarles mas el deseo de verle; hasta que, dejando caer de repente el velo, aparece, mas siempre diferente del imaginado.

Y como á nuestro discurso se presenta una cosa que no esperaba, ó de un modo que tampoco esperaba, siente entonces nuestro espíritu aquel placer que nace de la sorpresa: afeccion agradable, no menos por lo nuevo ó maravilloso de la imágen, que por la prontitud de la accion. Esta sorpresa ó admiracion puede venir, ó de la misma cosa, ó del modo de presentarla: por esto siempre la vemos mayor, ó menor, ó muy diversa. Ademas la vemos tam

bien con la idea accesoria, ya de la dificultad de haberla hecho, ya del tiempo y modo conque se ha hecho, ya de cualquiera otra circunstancia: asi, conviene desenvolver el pensamiento por grados, para sostener la impaciencia que suponemos en los oyentes.

Suetonio nos refiere las crueldades de Neron con tal serenidad y llaneza, que creeríamos que no siente el horror de lo que pinta; de suerte que casi excita la indignacion mas contra el historiador, que contra el autor de los delitos: hasta que de repente muda de voz y de término, concluyendo: *El mundo, habiendo sufrido catorce años á este monstruo, al fin le abandona.* Este período causa en los lectores diferentes especies de admiracion, ya por la súbita mudanza de estilo en el autor, ya por la declaracion de su diferente modo de pensar, ya por el efecto de haber expresado en tan pocas palabras uno de los casos mas señalados de los anales del mundo. Pues siendo asi ¿cómo no se agitará y deleitará nuestra imaginacion con tanto golpe de impresiones nuevas?

Las razones que crecen y suben poco á poco y perezosamente, hacen mas súbito efecto cuando se descubre de repente el pensamiento. Un célebre orador en el elogio de la Reina Enriqueta de Inglaterra, proscrita y fugitiva, y al fin refugiada en Francia, dice de esta manera: «En sus últimos años daba humildes gracias á Dios por dos grandes mercedes: la una por haberla hecho cristiana, y la otra... Señores, que esperais? Acaso por haber restablecido los negocios del rey su hijo...? No: por haberla hecho reina desgraciada.»

Otro elocuente escritor antes de manifestar su pensamiento y su opinion acerca del origen de su esclavitud personal en los hombres, sostiene al lector suspenso hasta el fin, y siempre con nuevo interes y curiosidad, de esta manera: «¿Cómo ha sido posible que entre dos criaturas tan perfectamente semejantes, ora sea en la forma, ora en las necesidades, y en la inteligencia, fuese el uno señor, y el otro esclavo? Esta monstruosidad, que envilece la especie humana, me horroriza. Y si buscamos su principio, no hallaremos cual fué el primer hombre que declarase á otro esclavo suyo. ¿Empezaría este abuso por los delincuen-

tes? No sin duda. ¿Empezaria por los dementes, quiero decir, por estos hombres desnudos de inteligencia y de razon? Menos todavia. ¿Seria en fin la guerra, aquel atroz derecho de muerte, la espada levantada sobre la cerviz del vencido? aquello: yo he podido quitarle la vida, ó entregarlo á la ferocidad de la victoria; pero le dejo vivir, y le aprisiono ¿luego es mio? Mucho menos. Acabaré mis reflexiones sobre este derecho tan indecoroso á la humanidad. La soberbia, separando las costumbres primitivas y sencillas, separó las afecciones, alterando luego las ideas, y con ellas las palabras: el señor se volvió bárbaro, y el siervo vil; y la civilizacion, que debia unir estos individuos, mas los desunió. Asi vemos al esclavo béstia de carga en Tartária, y eunuco en Constantinopla. »

Hablando el P. Zárate de que ninguno puede conocer cuanto haya aprovechado en la virtud sino en los trabajos y tribulacion, en que quiere Dios probar nuestra fé y confianza, dice proponiendo á Job por ejemplo: « Qué virtud le faltaba al santo Job, ó qué pecados merecieron que el Señor le tratase con tanto rigor? Por ventura era soberbio? No: que él dice que con el menor de su casa se ponia á juicio para satisfacerle si estaba agraviado. ¿Era escaso con los pobres ó peregrinos? No: que él dice que á ningun caminante tuvo cerrada la puerta. ¿Fué avariento, enemigo de la limosna? No: que él dice que jamas comió bocado á solas, sin que tuviese parte el pobre y el huérfano. ¿Era por ventura hombre sensual, ó deshonesto? No: que él dice que tenia capitulado con sus ojos que ni aun pensamiento malo tuviese con muger. Pues ¿qué fué la causa de tan terrible trabajo? Le faltaba esta virtud entre todas las que tenia, que era dar gracias á Dios por las tribulaciones, como las daba por la prosperidad. »

Escribiendo Antonio Perez para consolar á sus hijos en la prision, despues de haberse dado libertad á su madre, exclama contra los ministros que le perseguian. « ¡Miserables consejeros de tal autor! Pero ¿de qué me quejo? qué no espero? que en esto mismo debe estar el remedio, la satisfaccion de todos verdadera. Confianza, pues, en Dios, los hijos mios; que os tiene el señor á su cargo reservados con empeño de su palabra como pupilos. »

En la advertencia que hace Don Quijote á su escudero acerca del poder que tiene en los hombres el deseo de alcanzar fama, le dicta Cervantes esta hermosa y magnífica sustentacion. «¿Quién piensas tú que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del rio Tiber? Quién abrasó el brazo y la mano á Mucio? Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? Quién, entre todos los agüeros adversos que se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á Cesar? Quién barrenó los navios, y dejo en seco y aislados los valerosos españoles guiados por Cortés en el nuevo mundo? Todas estas y otras grandes hazañas fueron obras de la fama que los mortales desean.»

Comunicacion.

Esta *figura* se comete cuando el orador consulta á sus oyentes, amigos, contrarios, ó jueces lo que debe deliberar, dándoles parte de su duda; mas siempre en asuntos graves y árduos. Asi dice Ciceron contra Verres: «Aqui pido, jueces, vuestro consejo, para que me digais lo que debo hacer. Pero el mismo silencio que guardais, me está diciendo que no será otro vuestro consejo, que el que podria darme la necesidad.» — El mismo orador en la defensa de Quincio, dice: Espero, jueces. vuestro dictámen. En fin ¿qué podriais ver en esta causa? Verdaderamente que, siendo vuestra bondad y prudencia tan notorias, casi adivinaria vuestra respuesta á mi consulta.

Descripcion.

A esta *figura* la llama Ciceron ilustre declaracion; y con mucha propiedad, porque se pintan las cosas de que hablamos como si en aquel momento estuviesen presentes, y con tanta viveza que casi se podria decir que se dá el mismo original por la cópia, poniendo como ante los ojos lo que se pinta en la narracion.

Es muy eficaz en los grandes afectos, porque la pa-

sion pone el objeto presente al que lo ama, ó aborrece, teme ó desea: y copiando sus circunstancias, las traslada al ánimo é imaginacion del oyente con el mismo movimiento que agita al del orador. Tiene además todo el esplendor de la energia y evidencia; la cual con el colorido de las metáforas da alma, vida, y movimiento á las cosas que en sí no lo tienen.

En la composicion de esta figura entran siempre muchas otras á modo de auxiliares; porque ¿cómo descubriremos ó pintaremos las cosas y los acontecimientos sin que se mezclen, ó la repiticion, ó la interrogacion, ó la antítesis, ó el hipérbole, ó la exclamacion, ó la alegoria, &c. que son los nérvios que dan vigor y movimiento á este cuerpo? Sin estos arreos y compostura la descripcion seria una relacion simple y comun y dejaria de ser figura.

Sea el primer ejemplo de una *Descripcion*, compuesta de alegoria, prosopopeya, y repeticion, la siguiente, en que se representan los efectos del rompimiento de guerra entre dos naciones: «Mirad estas dos naciones, como las abandona la amistad! La paz, arrojada por la discordia del centro de sus opulentas ciudades, desampara á sus miserables hijos, y huye á buscar refugio á las escondidas cuevas de las bestias fieras. Armada de yelmo y lanza, y con el furor en los ojos, viene volando Belona: á su vista todo se hiela, ó se inflama, y el rayo dormido en los arsenales se revuelve, se enciende, y con voz horrisona truena. Habla, y al momento el trémulo anciano ciñe la espada al único objeto de sus esperanzas: habla, y la mano que ayer podaba el olivo, empuña hoy el acero homicida, y va á derramar por todas partes horror y consternacion: habla, y las artes llorosas dejan desiertas sus oficinas, y van á trasplantar á otras regiones mas serenas la gloria, la felicidad y la abundancia.»

Esta figura recibe mayor fuerza y energía cuando se ponen todos los verbos en tiempo presente, segun se lee en el ejemplo antecedente, y en el siguiente, porque en estos casos vemos la accion, y no la oimos, ni leemos. Describe un autor la toma y saqueo atroz de una ciudad, con aquel valor de elocuencia que dan, no las metáforas, sino la fuerza de la propiedad de los términos, la eleccion

de las circunstancias y situaciones, y el contraste de ellas entre sí: «Abre la ciudad las puertas; y al instante se vieron arder las casas y los templos; oyese el estrépito de las techumbres que se desploman, y un clamor universal de los alaridos de sus moradores. Por acá huyen unos titubeando; allá se dan otros el postrer abrazo. Veianse llorar los niños, gritar las madres, gemir los viejos que tuvieron la desgracia de vivir hasta este dia. Saqueanse las casas y lugares sagrados, y llenanse las plazas de despojos y cadáveres. Aqui un ciudadano cargado de hierros anda delante del vencedor; alli una madre desesperada lucha para arrancar á su hija de las manos del brutal soldado.»

Un célebre orador, en elogio de un príncipe, nos describe y refiere los efectos de la batalla de Fontenoy, y el espectáculo horrendo del campo, no la accion de la pelea como se describe en el ejemplo anterior: «O! jornada de Fontenoy! dia de nuestra gran gloria! La Francia venció á vista de su soberano, y tres naciones huyeron. Los destrozos de quince mil hombres estaban esparcidos por aquella llanura, y un medroso silencio reinaba en el campo de batalla. Se veian muertos amontonados sobre muertos, vencedores sacrificados encima de los vencidos, guerreros desmembrados, hombres moribundos, y otros mas infelices aun por no poder morir, y entre profundos gemidos y agudos ayes, la sangre, el horror, todos los géneros de heridas, todos los géneros de muerte.»

Pondremos algunos ejemplos de cumplidas descripciones de escritores españoles, en donde no menos reluce la lengua en que escribieron, que la valentia y espíritu del pincel con que pintaban. Sea el primero Cervantes, cuando describe el estrago que hicieron los turcos en un pueblo de la costa de Cataluña, al cual despues de haberlo asaltado de noche, le saquearon é incendiaron, sorprehendiendo dormidos á sus moradores en un repentino desembarco: «Los ecos (dice) de estas tristes voces, al arma! al arma! turcos hay en la tierra! quien duda que no causaron espanto en los mugeriles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones! A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los alfanges, y parecer las blancas tocas de la turca gente, que encendida,

con segures y hachas de duro acero las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas de cristianos despojos salian cargados. Cual llevaba la fatigada madre, y cual el pequeñuelo hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrílega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recien desposada virgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos, ó quizá vió coger el fruto de que él sin ventura pensaba gozar en término breve. Poco le valió al sacerdote su santimonia, y al fraile su retrahimiento, y al viejo sus nevadas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su simple innocencia, que de todos llevaban el saco aquellos descreidos perros.»

Sea el segundo ejemplo, por el mismo término, la descripcion que hace Argensola hablando de los varios martirios que padecieron los indios cristianos de las Molucas de manos de los idólatras: «Desmembraban (dice) los cuerpos, abrasaban brazos y piernas á vista del dueño que vivia en ellas; empalaban á las mugeres arrancándoles las entrañas; y sobreviviendo á sí mismas, miraban sus carnes en manos de los verdugos. A los ojos de las madres despedazaban los hijos, y á las preñadas los tiraban de los vientres tal vez no acabados de formar. Por todas partes, ya en compañía de las fieras á donde se habian refugiado, ya en las soledades no pisadas de pie humano, en donde se sustentaban de yerbas, morian los cristianos con tanta constancia, que no quitaron los tiranos vida sin acrescentar ejemplos de magnanimidad.»

Representa el P. Mariana el estado en que se hallaban los reinos de Europa á principios del siglo décimo quinto con la siguiente pintura de calamidades: «Temporales ásperos y revueltos, guerras, discordias y muertes, y hasta la paz arrebolada con sangre afligian no solo á España, sino á las demas provincias y naciones cuan anchamente se extendian el nombre y el señorio de los cristianos. Ninguna venganza, ni miedo, maestro aunque no de virtud duradera, pero necesario para enfrenar la gente: las ciudades, y pueblos y campos asolados con el fuego y furor de las armas, profanadas las ceremonias, menospreciado el culto de Dios, discordias civiles por todas partes

y como un naufragio comun y miserable de todo el cristinianismo, avenida de males y daños: señal cierta de la saña del cielo, y de los castigos que los pecados merecian.»

El P. Malon de Chaide pinta por un término el mas vivo y patético la salida del pueblo hebreo, cautivo y preso, partiendo para Babilonia despues de la mortandad y desolacion de la ciudad santa: «¡Quién vió salir de Jerusalen el pueblo de los judios! ¡Quién vió llevar á Babilonia los pocos que habian quedado vivos, y escapado de las llamas de aquel famoso templo, soberbias torres, y suntuosas casas de la miserable ciudad! Ejemplo de furor y saña del airado Dios del cielo. Iban atadas las manos blandas de las tiernas doncellas, hinchados con los asperos y apretados nudos de los cordeles, y descalzos los delicados pies regaban con la roja sangre el suelo y senda que guiaba á Babilonia. Los inocentes niños, asidos á las ropas y faldas de las desventuradas madres, eran compelidos á seguir los largos pasos del crudo vencedor. Los viejos ancianos, reservados por algun hado cruel para ver tan desastrado caso, iban atadas las sagradas gargantas, y ahogados del dolor, dando mortales suspiros. Quedaban degollados los mas valientes, y toda la flor y fuerza de su ejército; y los sacerdotes muertos sobre las sagradas víctimas que ofrecian para aplacar la gran magestad de Dios airado. Iban, pues, cautivos aquellos desdichados: y pues que ni aun para quejarse se les daba licencia, á lo menos los ojos, que por tan libres no podian ser impedidos, derramaban lágrimas, regando los caminos y campos por donde pasaban.»

No es menos patética y enérgica la descripcion que hace Lope de Vega de la entrada del Saladino en Jerusalem, rendida á sus armas, donde dice en metro (y aqui se convierte en prosa como ejemplo de inmutable elocuencia), lo siguiente: *No pintan mas feroz al fiero Marte de rigor vestido que al rey cruel cercado de formidables armas entrando en la ciudad con cien banderas, sin otras muchas que arrastraba (ó gran dolor!) honradas con la señal conque el capitan divino abrió las puertas del cielo. Miranle las mugeres abrazando sus hijos de temor; y ellos buscando con ansiosa boca los pechos para esconderse, hallánlos*

estrechos. Los venerables viejos suspirando, y los mancebos deshechos en lágrimas, todos ven en el semblante del vencedor pintada la crueldad y decretada la muerte.

En la historia de los movimientos y revolucion de Cataluña del año 1640, describe su autor D. Francisco Manuel las atrocidades cometidas por la plebe feroz de la Capital contra las personas afectas al partido opuesto en el dia del primer tumulto: «Ocupó la curiosidad y el tropel gran parte del dia; mas no por esto le faltaron al tumulto voces, manos, armas, y delitos... Fueron hallados, y muertos con terrible inhumanidad por los amotinados, casi todos los temerosos que se habian retirado al sagrado inviolable del convento de San Francisco; y estos son los que podríamos llamar dichosos, acabando en la casa de Dios, y á los pies de sus ministros. Tal hubo que pidiendo entrañablemente confesion, se la concedieron; pero luego, impaciente el contrario, salpicó de inocente y miserable sangre los oidos del que en lugar de Dios le escuchaba. Alguno pudo contar en las calles muchos homicidas, pues comenzándole á herir uno, era despues lastimoso despojo del furor de los que pasaban. A otro embestian en un instante innumerables riesgos, y llegando juntas muchas espadas, no se podria determinar á cual debia la muerte; pero ésta tampoco, como á los demas hombres les aseguraba de otras desdichas. Muchos despues de muertos, fueron arrastrados, y sus cuerpos divididos, sirviendo de juego y risa aquel humano horror que la naturaleza religiosamente infundió para freno de nuestras demasías. La crueldad era deleite, la muerte entretenimiento; á uno arrancaban la cabeza ya cadáver; y luego arrojábanla de unas en otras manos, dejando en todas sangre, y en ninguna compasion.»

Trágica pintura es la que hace D. Diego de Saavedra de las calamidades y atróces desastres que padecieron la Lorena y Borgoña, en la guerra llamada de treinta años que tuvo término con la paz de Westfalia: «¡Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los háyamos visto en obra! no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra cultas, civiles y religiosas! y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turba-

bado el órden natural de parentesco, y desconocido el afecto á la patria! Las mismas armas auxiliares se volvian contra quien las sustentaba, y mas sangrienta era la defensa que la oposicion; y no habia diferencia entre la proteccion y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningun edificio ilustre, á ningun lugar sagrado, perdonó la furia y la llama; breve espacio de tiempo vió en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas á desierto las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana: como en troncos se probaban en pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun despues del furor de la batalla: la vista se alegraba de los disformes visages de la muerte: abiertos los pechos y vientres humanos, servian de pesebres; y tal vez en los de mugeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. Las vírgenes consagradas á Dios fueron violadas, estupradas las doncellas, y forzadas las casadas á la vista de sus padres y maridos. Las mugeres se vendian y permutaban por vacas y caballos, como las demas presas y despojos para deshonestos usos; y á sus ojos despedazaban los soldados las criaturas, para que obrasen en el amor paternal el dolor ageno de aquellas partes de sus entrañas lo que no podia el propio. En las selvas y bosques, donde tienen refugio las fieras, no lo tenian los hombres. Los lagos no estaban seguros de la codicia ingeniosa en inquirir las alhajas. Aun los huesos de los difuntos perdieron su último reposo, trastornadas las urnas y levantadas las losas.»

Píntanos Solís la fatal retirada de los españoles por la calzada de la laguna de Méjico, acometidos por gran multitud de indios, y como entró Hernan Cortes en el combate, animando á los que aun peleaban: «Fue mucho lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traia el aire á los oidos envueltas en el horror de la oscuridad las voces de los españoles que llamaban á Dios en el último trance de la vida, cuyos lamentos confusamente mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traian al corazon otra batalla entre los incentivos de la ira, y los afectos de la piedad.»

El P. Malon de Chaide describe en una valiente y vivísima pintura la tempestad de lluvia y rayos, segun se cuenta en el libro de la Sabiduría y en el Exodo con que Dios, entre otras plagas y azotes, quiso castigar á Faraon: «Llovió Dios con grandes truenos que rasgaban los cielos, y corrian arrebatados rayos por medio de las espesas y negras nubes. Veíanse los cárdenos fuegos venir por el aire; que con estampido mortal abrian los adarves, derrocaban las torres, y daban espantosas muertes á aquellos miserables sepultándolos en las ruinas de sus propias casas, donde hallaban juntamente muerte y sepultura. Bajaban, á pesar y despecho del curso de la naturaleza, y contra su calidad y condicion mezclados agua y fuego, y como conjuradas y confederadas en el daño y mal comun de aquella gente, caian juntas y hechas un cuerpo la llama, el agua, y el granizo.»

De esta suerte describe Fernan Perez de Oliva, por boca de Aurelio, los trabajos de la vejez del hombre y los postreros alientos cuando le acecha y le arrebata la muerte: «Viene al fin la muerte volando con alas á quitarle de sus dulces miserias; y aun allí en la despedida le afligen nuevos males y tormentos: allí vienen los dolores crueles, allí las turbaciones, allí los suspiros con que mira la lumbre del cielo que va ya dejando; y con ella los amigos y parientes y otras cosas que amaba, acordándose de aquel eterno apartamiento que de ellas ha de tener; hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables en que los deja el alma, retraida á despedirse del seso, y del corazon, donde en secreto solia ella tomar sus placeres. Entonces muestra bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo, y á veces poniéndolo en rigor con gestos espantosos en el rostro, en que se representan las crudas agonías con que dentro anda el amor de la vida, y el temor de la cuenta, hasta que la muerte con su cruel mano las desase de las entrañas. Asi fenece el miserable hombre.»

Describe Lorenzo Gracian el naufragio de Critilo, y como, nadando con mil fatigas en medio del mar tormentoso, pudo tomar tierra: «De esta suerte heria los aires con suspiros, mientras azotaba las aguas con los brazos.

Pareció iba sobrepujando el riesgo; y cuando creyó hallarse en el seguro regazo de aquella madre comun, volvió de nuevo á temer que, enfurecidas las olas le arrebatasen, para estrellarse en uno de aquellos escollos, duras entrañas de su fortuna. Tántalo de la tierra, huyéndosele de entre las manos cuando mas segura las creia. Fluctuando estaba entre uno y otro elemento, equívoco entre la muerte y la vida, hecho víctima de su desgracia, cuando un gallardo jóven, ángel al parecer, y mucho mas en el obrar, alargó sus brazos para recogerle en ellos; y en saltando en tierra, selló sus labios en el suelo.»

Todas las varias formas de descripciones circunstanciadas, de que acabamos de leer tan diferentes ejemplos, son excelentes para la amplificacion cuando la pintura que nos proponemos ha de representar todos los casos, incidentes, y personas que han de concurrir para hacer cumplida y espléndida la composicion, como conviene á la de un gran cuadro, donde el pintor elige las situaciones, y coloca los personages en aquel órden y distribucion, que por la relacion y significacion de sus actitudes y accion trasladen á la vista, con apariencia de realidad, toda la pintura del suceso. Asi en esto, como en todas cosas, conviene estudiar la naturaleza, y consultarla como maestra; de suerte que cada uno sienta en su ánimo la verdad de lo que dice, y halle en su imaginacion las imágenes con que la ha de presentar, transportándose al lugar de un espectador. Pero en este género conviene que solo se diga lo mas necesario para causar la impresion que pretendemos, huyendo de la enorme profusion de aquel poeta que gasta cien versos en la descripcion de una tormenta. ¿Qué diríamos de aquel otro que, para pintar la amenidad y riqueza de un jardin, describiese cada una de las flores? Se han de omitir todos los objetos y accidentes que no dan al discurso, ni novedad, ni energía, ni mayor luz.

Y para que los ejemplos de descripciones no sean todos de aspecto melancólico y terrible, y de cosas de gravedad trágica; seguirán otros de pinturas blandas y ruiseñas en que, tal vez por su amenidad, se puede perdonar á la prosa alguna lozanía poética.

En la descripcion de la Laguna de la ciudad de Méji-

co, vista la primera vez por los españoles de Hernan Cortés, habla asi Solis: «Registrábase desde Tezcuco mucha parte de la Laguna, en cuyo espacio se descubrian varias poblaciones y calzadas que la interrumpian y hermoseaban; torres y chapiteles, que al parecer nadaban sobre las aguas; árboles y jardines fuera de su elemento; y una inmensidad de indios que, navegando en sus canoas, procuraban acercarse á ver los españoles; siendo aun mayor la muchedumbre que se dejaba reparar en los tejados y azoteas mas distantes. Hermosa vista y maravillosa novedad, de que se llevaba noticia, y que fue mayor en los ojos, que en la imaginacion.»

Miguel de Cervantes en la descripcion de cierto sitio ameno á las riberas del Tajo que por boca del pastor Elisio hace á su compañero Timbrio, encarece las maravillas naturales del lugar de esta manera: «La tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado rio, como en cambio, en los abrazos de ella dulcemente entretegiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas. Vuelve, pues, los ojos y mira cuanto adornan sus riberas las muchas aldeas, y ricas caserías que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquiera sazon del año andar la risueña primavera con la hermosa Venus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la Madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores. De sus cultivados jardines, de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos, de sus abundosos pastos, alegres valles, y vestidos collados, arroyos y fuentes que en esta ribera se hallan, no diré mas sino que, si en alguna parte de la tierra los campos elisios tienen asiento, es sin duda en esta.»

Descríbenos el mismo Cervantes la venida del Alba y nacimiento del sol aquella mañana en que Sancho Panza debia pelear con el escudero del caballero del Bosque, y dice asi: «En esto ya comenzaban á gorgear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la enhorabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balco-

nes del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljofar. Los sauces destilaban maná sabroso; reíanse las fuentes; murmuraban los arroyos; alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.»

Pinta tambien Lorenzo Gracian el nacimiento del sol, no sobre la tierra, sino sobre las aguas, observado desde un monte que descubria el horizonte del mar océano: «En esto los alegres mensageros de este gran monarca de la luz coronado augustamente de resplandores, ceñido de la guardia de sus rayos, solicitaban mis ojos á rendirle veneraciones de respeto y admiracion. Comenzó á ostentarse por ese gran trono de cristalinas espumas, y con una soberana callada magestad se fue señoreando de todo el emisferio, llenando todas las demas criaturas de su esclarecida presencia. Y parece que, envidioso el mar de la tierra, haciéndose lenguas en sus aguas, me acusaba de tardo; y á las voces de sus olas me llamaba atento á que emplease otra gran porcion de mi curiosidad en su prodigiosa grandeza.»

Representando Quevedo en un sueño moral una idea magnífica del juicio universal describe el trono del Juez supremo de los hombres de esta manera: «El trono era obra en que trabajaron la omnipotencia y el milagro. El Altísimo estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos, y enojado para los otros. El sol y las estrellas colgaban de su boca; el viento tullido y mudo; el agua recostada en sus orillas; suspensa la tierra, temerosa en sus hijos de los hombres»

Concluyamos con esta rica y espléndida pintura de incierto autor, representando las varias artes, cultivadas y perfeccionadas por el hombre: «Veamos al hombre sujetando á su voz la misma naturaleza: ya con el pincel muda un lienzo tosco en una perspectiva encantada; ya con el cincel ó el buril en la mano anima al mármol, y hace respirar el bronce; ya con el plomo y la escuadra levanta alcázares á los reyes, y templos á la divinidad. Por otra parte la tierra, fertilizada por sus brazos laboriosos, le vuelve liberal su sustancia: la oveja le tributa

todos los años su rico vellon, y el gusano de seda hila para vestirle, su preciosa trama: el metal se amolda, y la piedra se ablanda entre sus dedos: y el corpulento cedro y la robusta encina caen á sus pies, y toman una nueva forma.»

Aquí pertenece aquel otro género de descripciones breves que llaman los retóricos *hipotíposis*; y son unas vivas imágenes presentadas al discurso de un rasgo valiente y ligero, que da á la frase el colorido de la pintura, sin hacer un cuadro estudiado y compuesto. Ciceron nos pinta en dos líneas la ira de Verres: «Ardiendo en crímenes y furor se presenta en la plaza; centelleábanle los ojos, y en su rostro estaba pintada la cólera.»

Cornelio Tácito pinta con igual energía y viveza de colores la crueldad de Domiciano, que miraba los suplicios que mandaba ejecutar: «Neron; á lo menos, ordenaba los actos atroces, y volvia los ojos; pero Domiciano es aun mas cruel para los reos que el mismo suplicio. Se cuentan y apuntan nuestros suspiros, y el rostro encendido del tirano, no de vergüenza, sino del horror de su delito, hacia resaltar mas la palidez de los moribundos.»

En la sagrada escritura leemos un gran número de pensamientos y frases de una energía admirable, como cuando se dan alas á los vientos, manos á los rios, y movimiento á los montes para celebrar la venida del Señor; ó se personifica á la misericordia, la ira, la verdad, la justicia; ó hablan los rayos y los truenos en el libro de Job.

Brevedad

Esta figura, llamada *epílogo* por los retóricos, es aquella rigurosa concision con que exponemos una série de hechos que hacemos pasar rápidamente ante los ojos de la imaginacion, acercando las distancias de los tiempos, y omitiendo las circunstancias intermedias del suceso. Para la brevedad y curso veloz de las frases se suprimen las partículas, y hasta las palabras, que no son absolutamente necesarias á la idea principal.

Un escritor político refiere brevemente las últimas acciones de la vida de M. Bruto, como de una veloz carrera: «Bruto quiere libertar á Roma de la tiranía, asesina á Cesar, levanta un ejército, acomete, combate á Octavio, y se mata.» — Sea otro ejemplo de esta figura esta brevísima narracion de todas las revoluciones que ha tenido el Egipto en el espacio de mas de veinte siglos: «Fué el Egipto primera escuela del universo, madre de la filosofia y de las artes, conquista de Cambises y de los griegos, trofeo de los romanos, despojo de los árabes, y presa de los turcos.»

Y para confirmar con nuevos ejemplos que la energia es casi inseparable de la concision, véase como un elocuente político, por una progresion breve de imágenes en movimiento, nos pone como ante los ojos el asesinato de un déspota de oriente. *El esclavo asalta el trono, con un puñal y un instante derriba al tirano, éste cae, rueda, y viene á espirar á sus pies.* — El mismo escritor, queriendo contar por su orden todas las revoluciones del imperio romano desde Diocleciano hasta Augústulo, empieza y acaba asi: *El imperio de Roma se desmembra, se divide, se deshace, bambolea, y cae* — Otro representa en cinco palabras otras tantas acciones ó circunstancias que precedieron, acompañaron, y siguieron á la muerte de un amigo: *Yélase su trémula lengua, suspira, me tiende el brazo, cierra los ojos, y fallece.* — San Juan en su Apocalipsi, hablando de los azotes y castigos de Dios, dice: *En un dia vendrán sobre Babilonia todas sus plagas; muerte, llanto, hambre, y fuego.*

Distribucion.

Es aquella division y subdivision del pensamiento principal cuando éste se distribuye en todas sus partes, y se presenta por todos los aspectos necesarios para comentar la proposicion, esclarecer mas la materia, y satisfacer la curiosidad y atencion del oyente. Es figura muy socorrida para la amplificacion oratoria.

De esta manera distribuye un orador su breve proposicion en las principales partes que encierra, cuando dice:

«Los hombres de todas las cosas han abusado: de los vegetales para sacar los venenos; del hierro para asesinarse; del oro para comprar las iniquidades; de las artes para multiplicar los medios de su destruccion; y de la brújula para ir á esclavizar á sus semejantes.»

Leámos como distribuye un político filósofo la proposicion de que la filosofia moral fue primero practicada que enseñada: «Dícese que Sócrates inventó la moral; mas otros antes de él la habian puesto en práctica. Arístides fue justo antes que Sócrates hubiese definido la justicia, Leónides habia muerto por su patria antes que Sócrates hubiese prescrito el patriotismo. Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiese hecho el elogio de la sobriedad; y Grecia florecia en varones virtuosos antes que Sócrates hubiese dicho en que consistia la virtud. — En alabanza de las virtudes de un supremo magistrado, cuya muerte fue muy sentida de todos, dice un orador: «Todos los que mueren, son honrados con lágrimas; el amigo con las del amigo; el esposo con las de la esposa; el hijo es llorado del padre; y el hombre grande del género humano.» — Qué delicada y harmoniosa manera de ponderar la brevedad con que desaparece la hermosura de la reina da las flores, usa Cervantes cuando dice: «Cortada la rosa del rosal ¿con qué brevedad y facilidad se marchita? Este la toca, aquel la huele, el otro la deshoja, y finalmente entre las manos rústicas se deshace.»

Oigamos á Fr. Luis de Leon cuando dice que el ánimo desconcertado es tormento de sí mismo; y amplificando esta proposicion por este término, dice: «Ninguna cosa hay de las que el mundo y sus seguidores aman y siguen, no solo que se escape sin pena, sino de quien por natural consecuencia, como del leño nace la carcoma, no nazca su azote. Del destemplado deleite procede la enfermedad, su castigo: del deseo de honra sin tasa el servir adulando vilmente: del amor del dinero el trabajo de buscarlo, y el perpetuo temor de perderlo, cruel verdugo del alma.»

El mismo autor, para manifestar el modo, y la facilidad con que el Altísimo derriba á los poderosos que viven olvidados de su providencia, empieza de esta manera «Ordinariamente derrueca Dios estas cabezas sin parecer que pone en ellas su mano, y ciertamente sin hacer prueba de

su extraordinario poder; y las mas veces lo hace con sus mismos consejos y hechos, y con lo que mas se pertrechan y piensan valer. El uno viene á caer por el amigo que favoreció sin justicia: al otro sus mismas riquezas que allegó codicioso para su defensa, le entregan al poder de la envidia; el otro que llegaba sin oposicion á la cumbre, halló en el alto grado donde subia quien le enviase deshecho al suelo. Porque no es honra de Dios luchar á brazo partido con sus enemigos, ni salir al campo con ellos: dálos á sus esclavos, á ellos mismos, á sus pasiones: con sus obras los deshace, y con sus apoyos los derriba, y con sus mismas armas los vence. Y asi vénse heridos, y no saben de donde les vino el golpe; y derruécalos Dios, y no ven contra sí otras manos enemigas sino las suyas.»

El P. Malon de Chaide, hablando de uno de los principales bienes de la amistad, propone y divide asi su proposicion: «No nos dió á escoger la naturaleza los padres; ni los hijos; mas diónos á escoger los amigos. Esta es mas noble amistad, en que precede eleccion y acuerdo; ésta es la enmienda de la naturaleza y de la fortuna; de la naturaleza, para que en cuanto faltáre en darnos buenos parientes y allegados, los pudiésemos escoger; de la fortuna para que en cuanto nos falta su fé, la hallemos en los hombres.»

El mismo autor, por otro término aun mas galano y espléndido, amplifica y extiende la idea del amor: «Llamaba (dice) Zenon al amor, Dios de amistad, de libertad, y de concordia: poca amistad puedo yo tener con vos si el amor no nos toma las manos. Es suma libertad, porque no hay cosa á que se rinda sino á lo que ama, y en esto está su gloria. Es causa de concordia, porque por el la tienen los elementos, las repúblicas, y por el viven en paz los hombres y los animales.»

El P. Sigüenza, hablando de la vida de un siervo de Dios pondera su oracion, en la cual sobresalia su humildad; y la divide de esta manera: «Unas veces oraba en pie como quien caminaba á su patria, y se queria despedir del suelo, conociéndose por peregrino; otras de rodillas, postura en que se significa nuestra sujecion y miseria; otras postrado y tendido el cuerpo en tierra, como abrazando aque-

la madre comun, para refrescar la memoria de que somos polvo y ceniza, materia de nuestra compostura, donde se deshace la rueda de nuestras vanas presunciones.»

El conde de Cervellon, en la vida de Alfonso VIII hablando de que toda acusacion es ruindad, y asi que se debe recelar de falso lo que trae el sobrescrito de indigno, distribuye este pensamiento del modo siguiente: «Fuerza es que quien da cuenta al príncipe de las faltas de sus vasallos, hable de sus contrarios, de sus amigos, de sus mayores, de sus inferiores, ó de sus iguales. ¿Quién es, pues, tan ingenuo, que hable de sus contrarios sin ódio, de sus amigos sin pasion, de sus mayores sin envidia, de sus inferiores sin desprecio, y de sus iguales sin rivalidad?»

Dialogismo.

Esta figura, llamada por los latinos *sermocinatio*, viene á formar un discurso dramático, en que introducimos dos ó mas personas comunicándose entre sí sus pensamientos, ó dirigiendo sus votos, y los sentimientos de su ánimo ya á una de ellas, ya á los espectadores, ya al cielo, ya á las criaturas, &c.

Con la ficcion de estos interlocutores el orador tiene mas libertad para referir un hecho lastimoso, horrible á los oidos, ó á la imaginacion, reprehender el vicio, inspirar la virtud, y dar un colorido tanto mas vivo á la oracion cuanto se imita de mas cerca á la naturaleza.

Oigamos aquel coloquio que introduce San Leon entre las madres de los inocentes, y los soldados de Herodes en medio de la matanza de sus hijos: «Clama una: ¡Cómo, compañera, me dejas desamparada! Ven, dice la otra, vamos á morir tambien con nuestros hijos. A los niños, responden los verdugos, no á vosotras, buscamos. Qué! exclaman las madres, estos niños aun inocentes han pecado?»

Un elocuente orador inspira el amor á la patria con este animado diálogo: «La patria pregunta á cada ciudadano ¿qué harás tú por mí? El soldado responde, yo te daré mi sangre; el magistrado, yo defenderé tus leyes, el sacerdote, yo velaré en tus altares; el numeroso pueblo

desde los campos y los talleres grita, yo me dedico á tus necesidades, te doy mis brazos; el sabio dice, yo consagro mi vida á la verdad, y tengo valor para decirla.» — Otro orador en el elogio fúnebre de uno de los mayores magistrados de un reino, pondera con este corto diálogo, la pérdida que hizo la nacion, de esta manera: «El viejo decia á sus hijos; hijo mio murió el varon justo! El desvalido y el infeliz exclamaban: cayó nuestro amparo!»

Leémos en Jeremías una viva y enérgica reprehension del Señor al pueblo idólatra, y figura en éste un contraste de palabras y de obras, cuando dice: «Ellos y sus reyes, los príncipes y los sacerdotes, y sus profetas, decian al leño tu eres mi padre, y á la piedra tu me engendraste; volviéndome la espalda, y no el rostro. Y en el tiempo de la tribulacion, dirán levántate, Señor, y libranos; y les responderá ¿dónde estan los dioses que os fabricasteis? Pues levántense estos, y librente en el tiempo de la afliccion.»

En Isaías pone Dios una muy principal parte de justicia en la caridad y buen tratamiento de los prógimos, cuando introduce los judios, que se quejaban diciéndole al señor: «¿Por qué ayunamos, y no miraste nuestros ayunos? y aflijimos nuestras ánimas, y no hiciste caso de ello? y respóndeles Dios: porque en el dia del ayuno vivis á vuestra voluntad, y no á la mia, y fatigais y apremiais á todos vuestros deudores. Ayunais, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal á vuestro prógimo.»

Sobre las palabras que dijo el Señor á las hijas de Jerusalen, no me lloreis á mí, que muero de mi voluntad, volved esas lágrimas sobre vosotras, forma el P. Marquez este coloquio con Dios: «Pues ¿tan mal empleadas os parecieron, Dios mio, las lágrimas de aquellas matronas piadosas en los agravios de vuestra inocencia? Tuvo licencia la hija de Jepté para convidar al llanto de su muerte á todas las doncellas de su tierra, por haberla de quitar la vida un voto necio y una ejecucion temeraria. Pidió David que llorasen á Saul las damas de su reino porque las vestía de carmesí; y vistiendo vos las aves de pluma, los cielos de estrellas, los ángeles de gloria, y los hombres de gracia, y tiñiendo las estolas de los bienaventurados en púrpura de vuestra sangre ¡no quereis que lloren la vuestra!»

Del mismo autor se lee esta otra manera de coloquio, aun mas tierno. «Dijo Sion: el Señor se ha olvidado de mí. Nécio pensamiento, por cierto, é indigno de un ánimo fiel. Mírale las llagas que le dieron cerca de tus muros, y verás si puede haberse olvidado de tí. En mis manos, te dice, traigo tu retrato, y no las puedo levantar á los ojos sin acordarme de tí. Haber padecido por otro esfuerza el amor de manera, que se viene á hacer honra de las heridas recibidas.»

Hablando Fr. Luis de Leon de aquellos que, teniendo en sola esta vida su bien, aborrecen la muerte y su memoria, y nunca les parece que viene, los introduce un tácito razonamiento que dice. «Todos estos, si no con las palabras, dicen á lo menos á Dios con las obras: que se aparte de ellos, y que en su cielo se esté; que ellos quieren y aman la tierra. Y no echan de ver que tienen de su mano, y por su gran piedad, estos mismos bienes terrenos con que se amancebaban y casan! ni temen retraiga la mano el que sin merecerlo, la extendió á ellos con tanta largueza! ni conocen cuanto mas facilmente se quitan que se dan estas cosas! ¿Y estos pensaban por dicha no caer, ni ser nunca cortados? Al fin cayeron, y les vino su dia, y resplandeció la justicia de Dios, y los asoló totalmente.»

En la exposicion que hace el mismo autor de los libros de Job, en uno de los momentos de sus afliccioues y desamparo, le introduce hablando consigo mismo en estos términos: «He venido á punto que no se que hacerme: que, ni puedo sostener esta vida, ni se me permite tomar con mis manos la muerte. Por ninguna parte á que vuelvo los ojos me consienten dar paso: Dios me espanta, si le miro; mis criados me desconocen, si los llamo: mis hijos, se los llevó la muerte; mi muger misma es mi enemiga; mi cuerpo es mi tormento; mi imaginacion, crudo verdugo de mi alma.»

En el sermon del *Niño perdido* representa Fr. Luis de Granada á su santísima Madre afligida en los tres primeros dias, buscándole, con estas muy sentidas y tiernas palabras: «En donde estais, hijo mio? En donde reposais? Estais por ventura al sereno y al frio tratando con vues-

tro eterno padre? O¡ sol, que con tus rayos descubres todas las cosas, descúbreme al Señor de todas! »

Cuenta Lorenzo Gracian en su viage imaginario como Egénio iba conduciendo á los dos forasteros, Crítilo y Andrenio, en la gran feria del mundo, y lo que vieron en la gran plaza del emporio de la vida humana, introduciendo en sus fingidos personages este diálogo: « Estaba un hombre haciendo señas que callasen, tan lejos de pregonar su mercaderia. ¿Que vende ese, dijo Andrenio? Y él al punto se lo puso en boca. Pues de este modo ¿cómo sabremos lo que vende? Sin duda, dijo Egenio que vende el callar. Mercaderia es rara y bien importante, dijo Critilo; yo crei que se habia acabado en el mundo. Y quién la gasta? Los ancoretas, los monges, respondió Andrenio. Pues yo creo, respondió Critilo, que los mas que lo usan no son los buenos, sino los malos: los deshonestos callan, las adúlteras disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapato de fieltro, y asi todos los malhechores. Ni aun esos, respondió Egenio; que está ya el mundo tal, que los que habian de callar hablan mas, y hacen gala de sus ruindades. Gritaba otro: aqui se da de valde lo que vale mucho. Y ¿qué es? el escarmiento. Gran cosa: Y ¿qué cuesta? Los nécios lo compran á su costa y los sábios á la agena. Dónde se vende la amistad? preguntó Eugenio. Esta, Señor, no se compra, aunque muchos la venden. »

Conmoracion.

Esta figura llamada por los latinos *expolitio*, es propiamente una exornacion de la sentencia, porque vistiendo y como enriqueciendo con la variedad de pensamientos y modos de decir la idea principal, entretenemos agradablemente la atencion del oyente. La conmoracion, para distinguirse de baja y pueril profusion de palabras impertinentes llamada *sinonímia*, ha de reunir nuevas frases con nuevos pensamientos: no para embarazar y confundir una proposicion de suyo profunda ú oscura; sino para ilustrarla, y hacerla mas perceptible y mas eficaz, presentandola de diferentes modos. Asi, pues, se usa de esta figura en aquellos asun-

tos que han de mover los ánimos, porque la copia y variedad de expresiones puede mas blandamente tocar al corazon. Por último, si la consideramos como un ornamento retórico para amplificar un discurso, no debe ser acumulando palabras sobre palabras, que aféen la hermosura del pensamiento, y hagan lánguido y redundante el estilo.

Qué nombre daríamos á esta fastidiosa prodigalidad de expresiones estudiosamente clausuladas de aquel orador que dijo á su auditorio: «No habia hasta ahora en este puesto quien tomase por asunto el consuelo de esta queja, el alivio de esta melancolia, el antídoto de este veneno, y la cura de esta enfermedad.» Todos los miembros de esta oracion son miembros inútiles que no sirven mas que para debilitar el pensamiento simple, claro y muy comun. Lo mismo se puede decir del otro que dijo: *La alegria que tienen*, *el gozo que sienten*, *el placer que disfrutan*, *y el deleite que experimentan los avaros*, *cuando*.... A esta vana profusion de palabras, que juntas todas no dicen ni valen mas que una, llaman *sinonimia* los niños, y los hombres mas niños que ellos.

La amplificacion de una sentencia á veces se exorna con ejemplos sacados de la historia, que es un modo muy grave y magnífico; otras veces con ejemplos comunes ó llamemos domésticos, que quizá tienen mas eficacia y verdad, por tocarnos mas de cerca; otras de símiles y comparaciones que juntan la persuasion con el deleite; y otras con pruebas que ministran las circunstancias por principios racionales ó morales.

Hablando D. Diego Saavedra de la constancia y paciencia de Cristobal Colon venciendo tantos obstáculos y contradicciones en su primera navegacion á las Indias; empieza con esta sentencia, y despues la confirma con varios hechos y circunstancias del mismo: «El que sufre y espera, vence los desdenes de la fortuna, y la deja obligada. Arrójase Colon á las inciertas olas del oceano en busca de nuevas provincias; y no le desespera la inscripcion del *Non plus ultra* que dejó Hércules en las columnas de Calpe y Abila, ni le atemorizan los montes de agua interpuestos á sus intentos. Cuenta con su navegacion al sol los pasos, y roba al año los dias, y á los dias las ho-

ras. Fáltale á la aguja el polo, á la carta de marear los rumbos, y á los compañeros la paciencia. Conjúranse contra él, y fuerte en tantos trabajos y contradicciones, las vence con el sufrimiento y la esperanza, hasta que un nuevo mundo premió su magnanimidad y su constancia.»

Miguel de Cervantes descubre gran riqueza de ejemplos históricos para amplificar la proposicion del imperio del amor en todos los tiempos, cuando empieza: «Veamos, pues, las hazañas y maravillosas obras de este dios imaginado el amor. Este es aquel amor que al justo Loth hizo romper el casto intento, y violar á las propias hijas suyas. Este, sin duda, hizo que David fuese adúltero, y el que forzó al homicida y libidinoso Amon á procurar el torpe ayuntamiento con Thamar, su querida hermana, y el que puso la cabeza del fuerte Sanson en las traidoras faldas de Dálila. Este fué el que movió la lengua de Herodes para prometer á la bailadora niña la cabeza del precursor de la vida. Este redujo los fuertes brazos del famoso Hércules, acostumbrados á regir la pesada maza, á ejercitarse en mugeriles ejercicios. Este hizo que la enamorada y furiosa Medea esparciese por el aire los tiernos miembros de su pequeño hermano. Este cortó la lengua á Progne, Aragne, y á Hipólito, infamó á Pasifae, destruyó á Troya, y mató á Egisto. Este puso en las manos de la nombrada y hermosa Sofonisbe el vaso de mortífero veneno que le quitó la vida. Este quitó la suya al valiente Turno, el mando á Marco Antonio, y la honra á su amiga.»

Para probar Lorenzo Gracian cuanto importa la presencia de un príncipe en la guerra para animar á sus tropas; amplifica con ejemplos de otros reyes indolentes, y de los funestos efectos que causó su molice, esta proposicion: «El ver los soldados á su rey, es premiarlos, y en las empresas su presencia vale por otro ejército. Perdió Sardanápalo la monarquia de Oriente por estarse hilando en los infames estrados de sus rameras. Pereció Dario con sus delicias, y si salió á resistir á Alejandro cuando mas no pudo, fué con los lazos de oro, y carros de marfil. Por no querer Galieno perder una flor de sus jardines, dejó perder veinte provincias, y sufrió que se aliasen treinta tiranos. Perdióse primero Rodrigo en la deliciosa paz, y

déspues en la batalla. Dejóse cercar en su Corte, y en su palacio, el negligente Constantino; y al que no quiso salir á buscar al enemigo, el enemigo le vino á buscar á Constantinopla.»

Comparando Fr. Luis de Leon la prosperidad, que las menos veces nos mejora, y las mas nos daña y desvanece, con la adversidad, que tanto nos engrandece y levanta; confirma con hechos de la historia sagrada esta proposicion, exornándola así: «Ademas de que el buen dia siempre hace la cama al malo, y es su vigilia; eso mismo que llamamos feliz, es peligroso mucho, y ocasionado á mil males. En el descanso del paraiso perdió á Dios el primer hombre; y en el trabajo y en el lloro oyó despues la bendita promesa de su remedio. En lo ancho del mundo se anegaron los hombres; y en lo estrecho del arca de Noé se salvó. Donde reinan los Egipcios y Faraón reinan tambien las tinieblas; y en el rincon de Gesén, donde gimen y laceran los de Israel, resplandecia la luz. La prosperidad á Salomon le arruinó; y á Elías, el ayuno, la desnudez, y la persecucion contínua le subió en carro de fuego.»

El mismo autor comenta el sentido de aquella expresion de Job *cuando Dios se levantáre*, para significar cuando Dios vendrá á juzgarnos, amplificándola con las varias definiciones y acepciones que admite la voz *levantarse*, por este grave y sublime término: «A la verdad, es altísimo siempre Dios; y en aquel dia parecerá á los ojos de todos muy levantado y muy alto. Porque si levantarse es mostrarse y salir á luz lo que estaba escondido; los malos, cuyos ojos y deseos nunca miraron á Dios, le conocerán entonces, para su miseria, descubierto y clarísimo. Si es levantarse tomar brio y mostrar fuerza, será no vencible con la que en aquel dia convencerá á los pecadores de culpa, y los sujetará á pena perpétua. Si levantarse es declararse por superior á los otros, en aquel dia lo rebelde todo, la alteza y soberbia del mundo, las torres de la vana excelencia, sus máquinas, sus consejos, sus mañas, su ser, su poder, sujeto á sus pies se verá; y quedará Dios solo alto, y todo lo demas humillado y rendido.»

El mismo autor, comentando la palabra *servidumbres*

con que llama Eliu, hablando con Job, á las obras malas de los ricos y poderosos, exorna con varias circunstancias de semejanza esta primera idea, diciendo: «Verdaderamente es asi; pues en esto que apetecen y siguen, y en lo que ponen su contento, y de lo que hacen señorio y estado, es una servidumbre, y un miserable cautiverio. ¿Qué es, sino ser cautivo de amos importunos, ó por mejor decir, de crueles fieras, las mesas, los lechos, los juegos, los pundonores, y el desconcierto de vida, y el estilo de aquestos rodeados de seda y de olores? Pero Dios hace que conozcan estas sus obras en el tiempo que los castiga: porque, á la verdad, ellos engañados y ciegos no las conocen por trabajo, sino estimanlas por deleite y amorio: y porque, como á los niños, asi á ellos el azote les abre los ojos para que vean la falsedad y la miseria de lo que amaban, y de como servian esclavos imaginándose grandes señores.»

Queriéndenos representar el mismo autor lo que padeció la humanidad de Cristo en su imaginacion sudando sangre de congoja cuando oraba en el huerto al Eterno Padre; amplifica con colores muy sentidos y patéticos esta anticipada pasion, de esta manera: «Derrocose en oracion delante del padre pidiéndole que pasase de él aquel cális, y no quiso ser oido en aquella ocasion. Dejó desear á su sentido lo que no queria que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastase el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijéramos, vigilia de ella; y morir antes que muriese. ¡Qué tormento tan desigual fué este en que se quiso atormentar de antemano! ¡Qué hambre, ó digamos, qué codicia de padecer! No se contentó con sentir el morir; sino quiso probar tambien la imaginacion y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte súbita y no pensada con un breve sentido se pasa, quiso entregarse á ella antes que fuese; y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla á su alma, y mirar su figura triste, y tender el cuello á su espada, y sentir por menudo y despacio sus heridas todas.»

Fr. Luis de Granada dice que con grandísima razon

envió Dios al justo aquella tan magnífica embajada, la mas breve en palabras, y la mas larga en mercedes: *Decidle al Justo que bien*; y amplifica y glosa este conciso y sentencioso dicho con su acostumbrada cópia de elocuencia: «Decidle que en hora buena él nació, y que en hora buena morirá, y que bendita sea su vida y su muerte, y lo que despues de ella sucederá. Decidle que en todo le sucederá bien, en los placeres y en los pesares, en los trabajos y en los descansos, en las honras y en las deshonras, porque á los que aman á Dios todas las cosas sirven para su bien. Decidle que, aunque se transtornen los elementos, y se caigan los cielos á pedazos, él no tiene que temer, sino porque levantar la cabeza, porque entonces se llega el dia de su redencion.»

Queriendo Don Fr. Antonio de Guevara consolar á un amigo que padecia destierro en ocasion que estaba asomado á gran fortuna; amplifica con varios símiles estos encontrados accidentes, diciendo: «Parece que al tiempo que esperabas mayor reposo, te ha sucedido mayor trabajo: y es que cuando pensamos tener ya hecha la paz con la fortuna, entonces nos pone una nueva demanda. Ya que estan en flor, yélanse los árboles; al tiempo de desbornar se quebrantan los vidrios; en seguimiento de la victoria mueren los capitanes; al tiempo de echar la clave caen los edificios; y á vista de tierra perecen los pilotos.»

El mismo autor, hablando del gran cuidado que deben poner los príncipes en la eleccion de buenos jueces, y administradores de la justicia; glosa y exorna con algunas comparaciones la siguiente proposicion: «Si suspiramos por tener príncipes buenos, con lágrimas hemos de pedir no nos quepan malos jueces. ¿Qué aprovecha que el caballero sea diestro, si el caballo es desbocado? que el rey sea esforzado, si el capitan que ha de dar la batalla es un cobarde? que el príncipe sea honesto, si el que administra la justicia es disoluto? que el príncipe sea manso y benigno, si el juez es un crudo carnicero?»

Hablando el P. Sigüenza de la terrible enfermedad de la gota universal que tuvo gafo y tullido muchos años á un virtuoso prelado de su orden, espejo de paciencia, hasta su muerte; amplifica su primera y noble sentencia de este

modo: «Es nuestro Señor Dios gran maestro de hacer santos, labrados de mil maneras, para que aprendan en ellos los hombres la hermosura y variedad de sus obras divinas. A unos levanta de la corrupcion de la carne á la libertad del espíritu con tanta fuerza, que aun viviendo en los cuerpos, parece no moran en ellos. A otros, por el contrario, los detiene, ó por decirlo asi, los atraílla de tal suerte con el peso de su cuerpo, que quiere se rindan á sus miserias: que allí, en su misma bajeza, aprendan lo que por ventura podrian saber por otros caminos mas altos: allí los labra, allí los pule, allí los perfecciona, para que salgan vasos dignos de la mesa real.»

Descifra Lorenzo Gracian á los hipócritas y hombres de artificio que trabajan por disfrazar con máscara de virtudes sus mismos vicios, cuando exorna su primera proposicion con varios casos y modos con que se descubre esta simulacion: «Estos hombres no pueden hacer cosa que no sea con capa de virtud: con capa de lástima está aquel murmurando de todo: con capa de corregir se venga el otro; con capa de disimular permite este que todo se regale; con capa de justicia es el juez un sanguinario; con capa de zelo todo lo maléa el envidioso; con capa de galantería anda la otra libertada; con capa de servir á la república, se encubre la ambicion; con capa de templanza ahorra la avaricia; y con capa de pariente se introduce el adulterio.»

Como en esta figura se comprehenden todos los modos de amplificar un pensamiento; de los ornatos con que se suele vestir ha de redundar tambien lo que se llama estilo florido, ameno, y como si dijéramos, pintoresco, de cuya composicion pondrémos aqui un ejemplo de escogido y galano lenguaje de D. Diego de Saavedra, cuando pinta, al vivo y al natural, por accidentes y efectos exteriores, el genio y las primeras inclinaciones de los niños en su infancia: «Descúbrense estas (dice) en los ojos, en la frente, en las manos, en la risa, y en los demas movimientos. Si el niño es generoso y altivo, serena la frente y los ojuelos; si risueño oye las alabanzas y los retira entristeciéndose si se le afea algo. Si es animoso, afirma el rostro, y no se conturba con las sombras y amenazas de miedos. Si es liberal, desprecia los juguetes y los reparte; si vengativo, du-

ra en los enojos, y no depone las lágrimas sin la satisfaccion; si colérico, por ligeras causas se conmueve, deja caer el sobrecejo, mira de soslayo, y levanta las manecillas; si benigno, con la risa y los ojos grangea las voluntades; si melancólico, aborrece la compañia, ama la soledad, es obstinado en el llanto y dificil en la risa, siempre cubierta con nubecillas la frente; si alegre, ya levanta las cejas, y adelantando los ojuelos, vierte por ellos luces de regocijo, yà los retira, y plegados los párpados con graciosos dobleces, manifiesta por ellos lo festivo del ánimo.»

De otro género de variedad usó el P. Nieremberg en el ejemplo siguiente, en que quiso exornar y ejemplificar su proposicion con las propiedades de varios animales; haciendo como alarde de sus conocimientos en la historia natural bajo de un velo simbólico, y ciertamente lo hizo de la riqueza de nuestra lengua que le suministró feliz copia, y diferencia de verbos, sin repetir jamas el mismo, siendo la idea y la expresion siempre una misma; y por ventura será este uno de los pocos casos en que se puede conceder perdon á la sinonimia: «Esta virtud (dice) del agradecimiento es en la que ha andado mas liberal la naturaleza; aun á las fieras no se la negó. Honró á todos los animales con el vulto y armas de alguna virtud que pudiese acordar al hombre de su obligacion. En el delfin dibujó la misericordia; en el elefante estampó la gratitud; en el caballo marcó la obediencia; en la cigüeña representó la piedad; en el leon copió la fortaleza; en el pelícano grabó la caridad; en la tórtola figuró la continencia; en la paloma trasladó la simplicidad; en la abeja bosquejó la diligencia; en el buey señaló la paciencia; en el céfalo cifró la abstinencia; en el porfirion iluminó el amor de la castidad; en algunos peces remedó la virginidad; mas en todos esmaltó algun agradecimiento.» Con un verbo solo, como *grabar* ó *dibujar* podian ser regidos todos los miembros de la oracion, y correr estos con paso mas suelto y natural; pero disimulemosle este estudio en gracia de la gala de la variedad con que entretiene al lector, por medio de esta figura, que con mucha propiedad es aqui una verdadera *conmoracion*.

Aglomeracion.

Esta figura, llamada por los retóricos *congeries*, se debe considerar como un acumulamiento de circunstancias, y cosas distintas que, ligadas unas con otras, forman un compendio ó recopilacion de la materia antecedente, distribuida en frases breves y corrientes, y asi es figura muy acomodada para el epílogo de los discursos.

Un elocuente orador, en el elogio de un grande general, para pintar en cortos rasgos la grandeza de su valor, y la serenidad de su ánimo, recoge en una sola oracion todas estas circunstancias: «El fuego de la artillería, el ruido de las armas, la grita de los combatientes, la mortandad de los vencidos, el clamor de los heridos, el polvo de las evoluciones; todas estas cosas fueron un expectáculo para su espíritu siempre sereno en medio de los peligros.» —Otro, hablando del general sentimiento, que causó la muerte de un sabio desgraciado, dice: *Parientes, extraños, amigos y enemigos, todos le lloraron.*

Para probar que las buenas costumbres valieron mas que las leyes en la república romana, acumula un escritor político estos ilustres ejemplos como miembros de un solo período, diciendo: «La firmeza de Bruto, la buena fé de Régulo, la modestia de Cincinato, la templanza de Fabricio, la castidad de Lucrecia y Virginia, el desinterés de Paulo Emilio, y la paciencia de Fabio: estas fueron las mejores leyes de Roma.»

Otro orador en el epílogo del elogio hecho al mariscal de Sajonia, dice: «Muere Mauricio, y aquel que fue elegido soberano por un pueblo libre, aquel que habia sido colmado de tantos honores, ganado tantas victorias, tomado y defendido tantas plazas, vengado y vencido tantos reyes, el que habia sido el ídolo de su nacion, y el terror de todas, en el trance de morir compara su vida á un sueño.»

Ponderando Fr. Luis de Granada cuanto nos ayuda para conocer á Dios la universalidad de las criaturas, que nos dan voces para que le amemos, y nos enseñan porque le hemos de amar, recopila los testimonios de ellas en una

magnífica pintura: «¿Qué es (dice) todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro que vos, Señor, escribistes y ofrecistes á los ojos de todas las naciones, para que en él estudiasen todas, y conociesen quien vos erais? ¿Qué serán, pues, todas sus criaturas, sino predicadores de su hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulos de nuestro amor, y condenadores de nuestra ingratitud?» — Mas adelante prosigue el mismo autor diciendo que, como las perfecciones del Señor eran infinitas, y no podia una sola criatura representarlas todas, fue necesario criar muchas, para que, asi á pedazos, cada una nos declarase algo de ellas, y concluye: «De esta manera las criaturas hermosas predican vuestra hermosura, las fuertes vuestra fortaleza, las grandes vuestra grandeza, las artificiosas vuestra sabiduria, las resplandecientes vuestra claridad, las dulces vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveidas vuestra maravillosa providencia.»

En la vida que escribió el mismo autor del Maestro Juan de Avila, llamado el Apostol de Andalucía, epiloga los frutos de su doctrina y virtud en una sola oracion: «No sabré determinar (dice) con que ganó mas almas este apostólico varon, si con las palabras de su doctrina, ó con la grandeza de su caridad: consolaba los tristes, esforzaba los flacos, animaba los fuertes, socorria á los tentados, enseñaba á los ignorantes, despertaba los perezosos, levantaba los caidos; mas nunca con palabras ásperas, sino amorosas; no con ira, sino con espíritu de mansedumbre.» — Cosa es ordinaria, dice el mismo piadoso y elocuente autor, que el fin de los malos será conforme á sus obras, y lo confirma da esta manera: «Esta es una sentencia que á cada paso repiten las escrituras divinas; esto cantan los salmos; esto dicen los profetas; esto anuncian los apóstoles; esto predican los evangelistas.»

Escribe Fr. Luis de Leon que las verdaderas prendas de la buena casada no se pierden con la edad, porque la alabanza en la muger pende de sus virtudes domésticas y conyugales; y no de la hermosura marchitable y pasagera, que es ligero y vano loor, recopilando en el siguiente ejemplo las circunstancias: «La alabanza macisa, y que tie-

ne verdaderas raices, y que florece por las bocas de los buenos juicios, no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta; antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envia mas viva siempre y mas fresca por mil vueltas de siglos. A la buena muger su familia la reverencia, sus hijos la aman, su marido la adora, los vecinos la bendicen, y los presentes y venideros la alaban y ensalzan. » — El mismo autor, hablando de los bienes que se grangean en la adversidad, y de los daños que la prosperidad trae á muchos, dice asi: « El placer es de los flacos, y la abundancia de los bienes de los que nacieron para poco, y el gusto y el suceso bueno vienen á los que no nacieron para virtudes heróicas: lo alto, lo ilustre, lo rico, lo glorioso, lo admirable y divino siempre se forjó en la fragua de la adversidad. »

¿Como le turbará la pobreza, dice el mismo autor, al que de esta vida no quiere mas que una estrecha posada? Ni ¿cómo le inquietará con su hambre el grado de las dignidades y honras, al que huella todo lo que se aprecia en el suelo? y sigue diciendo: « Ni el bien le zozobra, ni el mal le amedrenta, ni la alegria le engrie, ni el temor le encoge, ni las promesas le mueven, ni las amenazas le desquician, en las mudanzas está quedo, y entre los espantos seguro. »

Hablando el P. Sigüenza de que los monasterios retirados son una soledad acomodada para tratar á todas horas con Dios, y no las ciudades; concluye en la pintura de estas de esta manera: « ¡Qué lugar ni ocio hay para tratar con Dios donde bulle la solicitud de los deseos del siglo, negocios de la tierra, palabras vanas, y mas vanas pretensiones, las iras, los odios, la ambicion desapoderada, y la codicia sin rienda! »

Prosopopeya.

Esta *figura*, sublime y patética juntamente, es de aquellas que dan mas vigor y viveza á la composicion, cuando el orador introduce los ausentes, los muertos, los entes ina-

nimados é insensibles como dotados de sentido, de habla, ó de accion y de afectos. Estas ficciones, para que sean bien recibidas, requieren gran copia y esfuerzo de elocuencia, porque las cosas extraordinarias, increibles, ó preternaturales han de hacer necesariamente una profunda impresion, por cuanto exceden de lo verdadero; ó si no presentan mas que palabras vanas y frias, pierden su efecto, por ser falsas en su realidad. Por otra parte, un discurso puesto en boca de personas que ya no existen, ó que nunca existieron, ó de entes naturales ó morales personificados, conmueve y persuade con mayor fuerza y vehemencia que si emanase directamente de la pasion y voz del orador.

En todas las oraciones en que obran la pasion y la fantasia, ocupa un gran lugar esta figura. El que está poseido de pena, de alegría, de tristeza, busca á quien comunicarla, quiere desahogar su ánimo; y no hallando téstigos de su congoja ó alborozo, llama la compañia de aquellos objetos mas cercanos, ó mas análogos á la causa de su pasion que le presenta la naturaleza. Entonces entra en conversacion con ellos, prestando oidos á las criaturas inanimadas, lengua á los mudos, corazon á los insensibles, movimiento á los inertes, y cuerpo y realidad á los entes ideales. Asi está en la soledad, y no está solo; no habla con sus semejantes, y tiene quien le oye; habla con las rocas, con los árboles, las aves, los mares, la tierra, los cielos, los elementos; y estos le escuchan, le responden, sienten lo que él siente, y en algun modo le consuelan. Otras veces les óbliga á que respondan por él, encargándoles el oficio de la lengua: entonces es terrible la fuerza de la personificacion, porque la amenaza, la indignacion, la reprehension, toman tal grado de eficacia, cual se debe esperar del asombro de ver transformados en predicadores los entes inanimados, y aun los imaginarios: entonces hablan los muertos levantándose del sepulcro, clama la patria en figura de matrona, se queja la pobreza, suplica la misericordia, ronca la ambicion, murmura la avaricia, &c.

Como este grado de estilo es el lenguaje de una pasion vehemente, que por su violencia se supone que enagena al entendimiento del orador hasta sacarlo de la senda natu-

ral del comun modo de pensar; por esto se requiere no entregarse á esta figura, sino en asuntos y circunstancias que enciendan y levanten el ánimo, y esto en los lugares mas animados de la composicion, y siempre con aquel temperamento que dictan la razon y el buen juicio en todo lo que sale de los límites ordinarios de la naturaleza. Y como el esfuerzo de esta ficcion no puede durar mucho tiempo guardando el semblante de la realidad, conviene darle fin cuando va decayendo la pasion, para no hacer floja y desmayada la plática.

Ademas del interés, debe tener alguna dignidad el asunto de la personificacion, no representando objeto alguno que no haga buen papel en el teatro de la ilusion. El punto y fino discernimiento para la feliz eleccion de estos objetos pide una larga discusion, y observaciones críticas, que ocuparian mucho tiempo en este lugar, y acaso no satisfarian á las diferentes opiniones que excitaria esta materia.

Hay objetos que en sí mismos son indecentes y bajos, y de estos no hablamos aqui, porque la noble eloquencia los tiene desterrados de sus tres estilos. Hay otros que, sin ser indecentes y bajos, son comunes, pequeños, y de poca consideracion; pero que, aplicados oportunamente á los oficios que les corresponden segun las circunstancias, no son despreciables ni inútiles; antes dan grande energía y propiedad á la ficcion. Quiero decir, que si hemos de hablar con los árboles, cuando se haya de determinar la especie y no el género, escojamos siempre y traigamos á nuestro intento, ó el cedro, ó el ciprés, ó la encina, ó el álamo, árboles mas magestuosos, mas distinguidos, y mas acomodados para representaciones reales ó fabulosas, y nunca el boj, el castaño, el nogal, el alcornoque, y mucho menos los arbustos. Sin embargo nos es lícito y decoroso hablar con las plantas y las flores en general en los afectos tiernos y deliciosos. Si hemos de hablar con las flores de especie determinada, primero se presentan la rosa, el clavel, la viola, la azucena, que no la amapola, la adelfa, la biniesta; es decir, campean en nuestra imaginacion, y llaman nuestra memoria aquellas flores, de las cuales, por su hermosura, delicadeza, y preciosidad, hacen mas uso

nuestros sentidos, y las pinturas metafóricas. Por otra parte, á menos de que nos figuremos dentro de un jardin, debemos tomar aquellas plantas y flores de los prados y selvas incultas, porque las silvestres son entonces las mas nobles y excelentes como hijas mas inmediatas de la naturaleza, y no las que han degenerado de su rústica madre por la industria de la mano del hombre; porque parece que todo lo que tienen de arte les quita el efecto é impresion en el ánimo para introducirlas en la personificacion.

La misma regla, si no se quieren despreciar las del buen gusto, se ha de observar cuando queremos hablar con los animales, con los montes, con los rios, con los elementos, &c. esto es, de no descender jamás á sus partes, ó accidentes, menos dignas de nuestra contemplacion y de la atencion de los oyentes; porque el orador no es un herborizante, ni un físico de oficio, ni un práctico naturalista. La elocuencia toma y abraza las cosas por mayor, ó elige las mas magníficas, que son siempre las mas comunes y conocidas para engrandecer el estilo. Por igual regla, si hemos de hablar con una ciudad, hablaremos con sus muros, con sus torres, ó chapiteles, objetos mas visibles y partes mas nobles: y no con los tejados, las casas, las calles, y chimeneas; y si hemos de nombrar las piedras, elegiremos el marmol, ó lo fingiremos, para ennoblecer la materia.

Observa muy oportunamente un autor moderno que es natural hablar con el cadáver de un difunto, pero no con la mortaja, por no introducir ideas bajas y viles; y que asi tampoco es conforme á la dignidad de la pasion hablar con las diversas partes del cuerpo. En confirmacion de esto cita un pasage del ingles Pope, donde Eloisa dice á su amante Abelardo: «O! nombre dulce y fatal! nadie te oiga, ni salgas de estos labios que el silencio ha sellado! Allá escondelo tu, ó corazon mio, en el estrecho rincon de.... O! mano no lo escribas! Mas ay! ya lo escribió. Borradlo, lágrimas mias!» Dice que el *nombre* (de Abelardo) y el *corazon* están bien personificados; pero que, cuando del corazon pasa á la *mano*, diciendola que no escriba, es forzado porque una mano personificada es cosa baja, y nada conforme al estilo de la verdadera pasion: y

tambien lo es cuando pide á las *lágrimas* que borren lo escrito; porque esto tiene un ayre de concepto epigramático que no lo sugiere la verdadera pasion.

Sin embargo de la censura de tan juicioso autor, en este caso me atrevo, con su licencia, á suspender mi asenso, y á dudar de los fundamentos de esta crítica, porque puede admitir algunas excepciones la severidad de tal sentencia. No hallo parte del cuerpo tan ignoble y desautorizada, fuera de las impúdicas y soeces, que no haga su papel en la personificacion, cuando es necesaria como instrumento para algun oficio que la pasion le encomienda. ¿A quien habia de pedir que escribiese ó no escribiese, sino á la *mano*? á quien que borrase, sino á las *lágrimas*? Justamente nos objetos ellos por sí de los mas nobles del cuerpo humano, y á los que se recurre mas frecuentemente para hablar á la imaginacion en los apóstrofes, exclamaciones, y descripciones metafóricas. Lo mismo diremos de la lengua; pues ¿no hablamos con ella en la conversacion comun y familiar, diciendo: *Detente lengua*, cuando nos queremos reportar? No decimos tambien: *pies ¿á donde me llevais?* cuando va tímido ó dudoso á alguna parte? Y no decimos en otra ocasion: *pies ¿para que os quiero?* cuando alguno trata de huir? Ademas, esta personificacion de la mano y de las lágrimas no es recta, sino oblicua: habla Eloisa con ellas, no son ellas las que hablan, pues en este caso seria clara la violencia y extravagancia de la figura. Tampoco es el autor quien habla, sino Eloisa; el poeta dispone el drama, y desaparece en la escena. En el contraste de dos pasiones que á un tiempo la combatian con la pluma levantada, segun lo representa el poeta, no hay inverosimilitud en que la afligida mandase á la mano y á los ojos, como instrumentos principales. Convendré en que no se nombren los dedos, los cabellos, las uñas, las piernas, el cuello, &c., ni el pulmon, porque son partes muy ínfimas, y como meramente pasivas, por cuyo medio no podemos representar los efectos de alguna pasion, ni suponerles movimiento, ni accion, ni voluntad para obrar por sí, ni para obedecer.

Volviendo á los géneros de esta figura, y á sus diferentes usos, vemos que todas las pasiones la buscan para

su desahogo: la buscan el amor, el odio, la ira, y demas afecciones vehementes; y la buscan tambien las que parecen mas blandas y desmayadas, como la tristeza, el temor, la compasion, la esperanza, &c. Entonces, no solo personificamos la paz, la guerra, la discordia, la ambicion, la avaricia; sino tambien la riqueza, la pobreza, la constancia, la vejez, la juventud, la religion, la patria, &c., para que oigan ó hablen en su nombre: porque la amenaza, la imprecacion, la súplica, la alabanza, el vituperio, el terror, serian de menos eficacia en boca del orador que en la de fingidas personas, cuya supuesta, ó digamos mejor delegada autoridad, no ofende tan derechamente ni al amor propio, ni á la modestia de los oyentes, ó del sugeto á quien se dirigen.

Y aunque en la prosa no tiene la imaginacion la misma libertad que en la poesia, por cuanto en aquella se la considera mas moderada y recatada; sin embargo, en la elocuencia sublime, y en los casos de grandes afectos, puede la oratoria pedir sus alas á la poesia, sino para volar como ella, para subir á la altura á que la llama la jurisdiccion y autoridad de su destino, para conmover los ánimos. En la Sagrada Escritura se hace frecuente y contínuo uso de esta figura, como se lee en el Salmo XXIV: «Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de su salud; y todos mis huesos dirán: Señor ¿quien es como tú?»

Para poner á la vista de los lectores algunos ejemplos en los diferentes grados á que se extiende la *prosopopeya*; empezaremos por Ciceron en su primera oracion contra Catalina, cuando introduce la patria, y pone en su nombre estas palabras: «Asi te habla, Catalina, la pátria, y en su silencio te dice: en tantos años no he visto maldad que no la hayas cometido: no he visto calamidad que no haya venido por tí.»

El Ciceron de Francia, en la oracion fúnebre de un alto personage, previene á su auditorio que lo que va á decir en su elogio, no será ficcion ni lisonja, con esta vehemente personificacion: «Entonces este sepulcro se abriria, y estos huesos se levantarian otra vez para decirme: ¿por qué vienes á mentir por mí; yo que jamás por na-

die he mentido? Déjame reposar en el seno de la verdad: no vengas á turbar mi paz con la adulacion que siempre aborrecí.»

Otro elocuente orador en el elogio fúnebre del Mariscal de Turena, comparando su muerte á la de Judas Macabeo, prosigé asi: «A estos ayes Jerusalen acrescentó su llanto, las bóvedas del templo se estremecieron, se pasmó el Jordan, y en todas sus riberas resonó la voz de estas melancólicas palabras: cómo ha muerto aquel varon fuerte que salvaba al pueblo de Israel!»

Otro orador, igualmente célebre, en el elogio de Descartes, asi consuela á los sábios perseguidos, y calumniados en vida: «Ved la posteridad que llega cargada con las ofrendas de la verdad y de la gratitud, para depositarlas en vuestras manos, y os dice: hijos mios, enjugad vuestras lágrimas: aqui vengo á consolaros, para haceros justicia, y dar fin á vuestros males. Yo doy vida eterna á los grandes varones: yo soy la que he vengado á Descartes, contra los que le ultrajaron; yo la que he exterminado á los calumniadores, y á los que abusan de su poder: yo la que miro con desprecio estos mausoleos levantados en los templos á los que no fueron mas que poderosos; y la que venero como sagrada la tosca losa que cubre las cenizas del sábio. O! hijos mios! acordaos que vuestra alma es inmortal, y que lo será tambien vuestro nombre!»

Luis Mejia queriendo personificar en una fábula moral al *Engaño* bajo del nombre de *Señora Frauda*, la hace hablar de esta manera acerca de los efectos que causan sus consejos en los que pretenden adelantar en sus fines interesados con la astucia, el dolo, y la adulacion: «Preguntad á los mercaderes ¿por qué son tan limitados en sus razones, y tan intricados en sus contrataciones? Preguntad á los artesanos ¿por qué son tan mentirosos? Preguntad á los labradores ¿por qué son tan necios y maliciosos? Ninguno de estos, si no se aprovechasen de mis preceptos, podria valerse de su propio trabajo y sudor. Yo soy la que de pobres hago ricos, de rústicos gentiles hombres, y de esclavos muchas veces caballeros y señores. Yo soy la primera que me lancé en el caballo de Troya; yo la que me lancé en el pecho de Ulises, y la que revolvia la len-

gua de Sinón: yo la que hago dar vuelta á la fortuna, y la hago parecer á quien quiero, rasa ó con cabello.»

«Cuando la luz de la fé, dice Fr. Luis de Leon, entra en el alma ciega y sepultada en tinieblas, la alumbra y hace que vea en un momento el suelo y el cielo, á sí y á Dios, á su propia bajeza y vileza, y á la alteza y muchedumbre de los bienes que pierde; y personificándola mas abajo, y prestándole habla, prosigue: « Entonces ve el hombre los fines de la tierra y sus alas, es decir, en que parará lo que en esta tierra de miseria se estima, y su ligero vuelo con que desaparece en un punto. Ay perdida! dice el alma asombrada, y que he hecho! De lo pasado que tengo: y en lo venidero que esperanza me queda? Espanto, asombro, temblores, voces de amargura, representaciones de muerte, y tormento perpétuo, que desmenuzan el corazon, y sumen en el abismo al sentido »

Oigamos la melancólica plática que Miguel de Cervantes pone en boca de un cautivo cristiano, contemplando los muros derruidos de la capital de Chipre, recien tomada por las armas de los turcos en 1569. «O! lamentables ruinas (exclama) de la desdichada Nicosia, apenas enjutas de la sangre de vuestros valerosos y mal afortunados defensores! Si como careceis de sentido, le tuvierades ahora en esta soledad donde estamos, pudieramos lamentar juntamente nuestras desgracias, y quiza el haber hallado compañia en ellas, aliviára nuestro tormento! Esta esperanza os puede haber quedado, mal derribados torreones, que otra vez, aunque no para tan justa defensa, os podeis ver levantados. Mas, yo, desdichado ¿qué podre esperar en la miserable estrechez en que me hallo, aunque vuelva á mi primer estado? Tal es mi desdicha, que en la libertad fui sin ventura, y en el cautiverio, ni la tengo, ni la espero.»

Para no perder la ocasion de traer aqui una de las personificaciones mas patéticas que puede ofrecer la elocuencia, me propuse volver en prosa dos octavas de la Jerusalen de Lope de Vega, cuando pinta la desgracia de la Ciudad Santa, tomada y entrada por el Saladino. Parece que pide lágrimas y entrañas á las piedras y á los muertos para arrancarselas á los vivos, cuando dice: *Llorad, sepulcro santo! Piedras frias, en agua os convertid; sintiendo que os profanen tales*

gentes! Llorad, santa ciudad! Sagrados muros ablandad vuestros mármoles, honrados en otra edad de otra mejor bandera! Ay! de David alcazares dorados! Ay! Santa Sion, que huesped os espera! Ay! puertas por donde el divino Rey entró descalzo, que entra hoy por vosotras armado el Saladino! Raquel hermosa! pues sepulcro tienes cerca de esta ciudad, llora tus hijos, y tus perdidos bienes! llora á Josef y á Benjamin, su hermano! Y tú, como las lágrimas detienes, huerto de prision, regado con las de Christo soberano que en tí temió pasar el caliz que pasar queria! Rompe otra vez! ó templo santo, el velo: hablen las piedras tocadas de dolor, viendo los nobles estandartes de la cruz arrastrados del persa y pisados del escita! Ya no se llamarán Tophet tus valles sino de mortandad, dando tus cuerpos sustento á las fieras, sin hallar remedio á tus gemidos! Mira como por tus plazas y calles, cubiertas de llanto y muerte, entra el sangriento vencedor hollando tu hermosura!

Hablando el P. Malon de Chaide de la fuerza y calidades del amor en sentido de caridad, y que encierra en sí los efectos de todas las virtudes y el fruto de ellas, personifica esta noble pasion, y le habla de esta manera: « O amor, que todo lo puedes, todo lo rindes, todo lo vences! eres lo mas fuerte, pues no vences ejércitos armados, no sujetas reynos, no ligas las robustas manos de bravos jayanes; mas rindes los humanos corazones, y no con hierro y mano armada, sino con dulzura, con regalo, con suavidad y con blandura. Eres ó amor! lo mejor que Dios puede dar. Pídate sabiduría el necio, pídate honra el ambicioso, pídate hacienda el avariento, pídate deleyte el hombre sensual; que yo, Señor, tu amor te pido. Todas las otras cosas que tienes comunes son á buenos y á malos; pero tu amor solo es para los buenos, solo es para tus amigos. »

Fr. D. Antonio de Guevara pone en boca de M. Aurelio una vehemente reprehension de las corrompidas costumbres de Roma, y de los vicios del Asia, hablando á la una y despues á la otra, y personificándolas de esta manera: « O! Roma desdichada! Donde están tus antiguos padres que te fundaron y honraron? Donde tantos buenos varones, generosos y virtuosos que tu criaste? Donde los

que por tu libertad derramaron su sangre? Donde tus esforzados capitanes que con tanta vigilancia ampliaron y defendieron tus muros? Donde tantos filósofos y oradores que con sus consejos te gobernaban? O! Asia maldita! gastamos en tí nuestros tesoros, y tú empleaste en nosotros tus vicios: y en cambio de hombres fuertes, enviástenos tus regalos. Expugnamos tus ciudades, y tú triunfaste de nuestras virtudes. Allanamos tus fortalezas, y tú destruiste nuestras costumbres. Hicímoste cruda guerra, y tú nos conquistaste en la paz. Injustos señores somos de tus riquezas, y fieles vasallos de tus vicios.»

Artificiosa la abeja, dice Saavedra, encubre cautamente el arte con que labra los panales; hierve la obra, y nadie puede ser testigo de sus acciones domésticas; y dirigiendose á estos insectos les dice :» O! prudente república maestra de las del mundo! ya te hubieras levantado con el dominio universal de los animales si, como la naturaleza te dictó medios para tu conservacion, te hubiera dado fuerzas para tu aumento. Aprendan todas de tí la importancia de un oculto silencio y de un impenetrable secreto.

Como en la composicion de esta nobilisima figura entra lo mas vehemente, magnífico y afectuoso de la elocuencia, necesariamente han de acompañarla siempre otras fuertes, patéticas, y animadas, que se incorporan en ella, y le dan calor, accion, y espíritu. Tales son la *exclamacion*, la *interrogacion*, el *apóstrofe*, y las imágenes y movimiento de algunas descripciones, en todas las cuales se equívoco muchas veces su nombre y su caracter, pues suelen confundirse en un mismo concepto; como se podrá vér en sus respectivos ejemplos á donde remitimos los lectores: y principalmente en el que acabamos de trasladar de Guevara, en donde juegan la exclamacion, y un contraste continuado, que es el nervio de esta composicion.

Etopeya.

Llámase *Etopeya* en griego aquel retrato fiel de alguna persona, considerada y examinada en sus acciones, caracter, y costumbres. Por lo que pertenece á su figura,

gesto, y calidades corporales, es mas propio de la *descripcion* que de la etopeya, que es rigurosamente una pintura moral. Esta figura es uno de los ornamentos mas esplendidos de que suele husar el historiador, para dar interes á su narracion, esmaltandola de cuando en cuando de estos colores que sacan á luz con todas sus facciones á los personages que en las artes de la paz ó de la guerra, ó en la excelencia de alguna virtud ó vicio, se han hecho memorables en algunas épocas de la historia. Pide esta figura un pincel franco y valiente, y mucha elegancia y gravedad á un mismo tiempo, afectando mas bien la brevedad y sencillez que una redundante cultura. Sin embargo, hemos de confesar que es tan tentada esta figura de los antítesis para pintar los caractéres con el realce de las buenas y malas calidades, que sin estos adminículos acaso no serían leidos con atencion, y seguramente con deleyte, semejantes retratos faltandoles estos toques de colores distintos. No solo los antiguos sino los modernos escritores, han adolecido casi todos de este defecto, si se puede llamar asi una casi necesidad de decir la verdad sin la desnudez de una comun relacion, que no corresponde á la severidad filosófica, que busca siempre el claro y obscuro. En estos retratos morales se resbala siempre el pincel, ó algun rasgo mordáz, ó bien contra la conducta del sugeto cuando es mala, y queremos cubrirla á medio rebozo; ó contra la comun de los hombres, ó de otro conocido de la fama, comparandole con el que es objeto digno de nuestra alabanza. En estos cotejos y comparaciones por contrastes, debe asomarse siempre una punta de sátira ó increpacion contra los defectos ó imperfecciones de los mortales, para hacer resaltar mas las cosas y personas que nos proponemos pintar.

Son sombras que hacen brillar mas las luces del retrato por el arte con que se describen los hechos, y sirve como el estaño al espejo, que puesto en el reverso, hace mas tersa y limpia aquella bellísima tabla de cristal. Ya dijo Marcial que no hay rostro hermoso sin lunar. En el claro y obscuro de estos retratos, se ha de haber el escritor con tal artificio, que en la misma ferocidad del rostro que se haya de pintar por ejemplo, deje ver alguna

faccion apacible, templando la atrocidad del caracter con alguna prenda loable, como se cuenta de las máquinas de guerra, que trabajaba Demetrio, que aun mismo tiempo espantaban á los enemigos por su grandeza, y deleytaban por su primor á los amigos.

Quien dice el historiador, dice el orador tambien: ambos narran y describen, y ambos tienen que alabar, ó censurar alguna vez la conducta de los hombres que han dado materia á la fama.

Retrato de Oliverio Cromwell.

Por incierto autor.

«La Inglaterra, despues de muy horribles convulsiones terminadas por el mas horrendo atentado, vino á caer en manos de un soldado, afortunado y fanático, profundamente feroz, melancólico, hipócrita, intercadente en los medios, pero constante en su plan: alma de sus confidentes, y terror de sus propias guardias: hombre, en fin, que no tuvo otra union con los demas, sino por aquel impulso predominante con que se los hacia compañeros en los crímenes de que solo él sacaba el fruto. Este usurpador supo hasta su último fin conservar su poder y su cabeza, oprimiendo á su nacion con el terror, y á los demas con la autoridad de su nombre. De él se ha dicho que con algunas virtudes mas, hubiera sido un héroe; dígase mejor, que con algunos vicios menos hubiera sido hombre.»

Retrato del cardenal de Richelieu.

Por incierto autor.

«Véase este hombre que sacó la cabeza en medio de

las borrascas de su siglo, que con un ánimo intrépido, y un entendimiento tenazmente imperioso, fecundo en expedientes insidiosos, y sublime político en el sentido que entonces se daba á esta palabra, ató siempre la idea de su propio engrandecimiento con la preeminencia de la nacion. Siendo tirano de los Grandes dentro del reino, y aliado de los pequeños en los extraños, descontentó y dominó todas las testas coronadas; y empezando á hollar los pueblos, preparó el reinado de la opresion. Con el carácter de soldado debajo del hábito de sacerdote, no tuvo las virtudes de este ni los vicios de aquel estado. Este hombre sanguinario disipó con el terror todas las empresas facciosas que podian conspirar á su ruina; y su orgullo, que jamas se derramó, aunque siempre rebosase, se aprovechó del curso, y aun de las contingencias de los acontecimientos. En fin, este tiránico ministro, al paso que castiga en su reino las conjuraciones, las fomenta en los extraños, y el que se arroga el título de protector de la Europa, es el mismo que se atribuye la gloria de haber sido el autor de sus calamidades.»

Retrato de Luis XIV Rey de Francia.

Por incierto autor.

«Cierrase el templo de Jano en casi toda la Europa, y en esta época se presenta en el centro de ella un príncipe, que por cualquier lado que se mire hace dificil su imitacion. Nunca hubo quien, como él, supiese ser lo que debe ser el hombre en cada dia y en cada momento. Su caracter salió perfecto de las manos de la naturaleza, modelo acabado del arte de reinar, que hubiera estado fuera de su lugar no habiendo estado en el primero. En fin, era hombre, digámoslo asi, vaciado en su propio molde, cuyo porte y modo llenaban la idea de un gran monarca. Era noble hasta en sus placeres: se explicaba con la brevedad que pide el mando, y la exactitud que dicta la prudencia. Era afable, modesto, cortés, y tan galante en sus ac-

ciones como en sus dichos: finalmente, todas sus cosas llevaban el sello de la dignidad y del decoro. La gloria del imperio fué siempre el ídolo de su entendimiento, la de su autoridad el de su corazon, y el de sus gustos el galanteo. Pero la dignidad de sus costumbres, su probidad personal, y su constancia le harán siempre un hombre muy raro entre los hombres. Fue magnífico protector de las artes, idolatrado de aquella parte de su nacion, que le veia, y admirado de la que no podia verle. Las naciones extrangeras venian á su capital á contemplar á un príncipe de quien traian llena la imaginacion, y se llevaban aun mas llena la memoria.»

Retrato del Rey católico D. Fernando.

Por D. Diego de Saavedra.

«Las niñeces de este gran rey fueron adultas y varoniles: y lo que en él no pudo perfeccionar el arte y el estudio, perfeccionó la experiencia, empleada su juventud en los ejercicios militares. Fue señor de sus afectos, gobernándose mas por dictámenes políticos que por inclinaciones naturales. Tuvo el reinar mas por oficio que por herencia: sosegó su corona con la celeridad y la presencia: levantó la monarquia con la prudencia y el valor: la afirmó con la religion y la justicia; la conservó con el amor y el respeto; la adornó con las artes; la enriqueció con la cultura y el comercio; y la dejó perpetua en fundamentos é institutos verdaderamente políticos. Fue tan rey de su palacio, como de sus reinos; mezcló la liberalidad con la parsimonia, la benignidad con el respeto, la modestia con la gravedad, y la clemencia con la justicia. Amenazó con el castigo de pocos á muchos; y con el premio de algunos cebó las esperanzas de todos. Perdonó las afrentas hechas á la persona, pero no á la dignidad real: vengó como propias las injurias de sus vasallos, siendo padre de ellos; y antes aventuró el estado que el decoro. Ni le ensoberbeció

la fortuna próspera; ni le humilló la adversa: sirvióse del tiempo, no el tiempo de él; y si obedeció á la necesidad, se valió de ella reduciéndola á su conveniencia. No se fiaba de sus enemigos, y se recataba de sus amigos: su amistad era conveniencia, su parentesco razon de estado, su confianza cuidadosa, su difidencia advertida. Ni á su magestad se atrevió la mentira, ni á su conocimiento propio la lisonja. Se valió sin valimiento de sus ministros, de quienes se dejaba aconsejar mas no gobernar. Lo que pudo hacer por sí no fiaba de otros: consultaba despacio, y ejecutaba de prisa: asi en sus resoluciones antes se veian las causas que los efectos. Trató la paz con la templanza y la entereza, y la guerra con la fuerza y la astucia: y lo que ocupó el pie mantuvo el brazo y el ingenio, quedando mas poderoso con los despojos. Tanto obraban sus negociaciones como sus armas; y lo que pudo vencer con el arte, no lo remitió á la espada, poniendo en esta la ostentacion de su grandeza, y su gala en lo feroz de sus escuadrones. Ni victorioso se ensoberbeció, ni desesperó vencido, y firmó las paces debajo del escudo. No tuvo corte fija, girando como el sol por los orbes de sus reinos.»

Retrato de Motezuma, último rey de los mejicanos.

Por Don Antonio Solís.

«Acreditóse antes de ser rey de muy observante en el culto de su religion, poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por la exterioridad. Recogíase en una tribuna del templo mas frecuentado, muy á la vista de todos, entregado á la devocion del aura popular, ó colocado entre sus dioses el ídolo de su ambicion. Cuando le dieron su voto todos los electores, y el pueblo su aclamacion, tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba. Pero, apenas ocupó la silla imperial, se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombres de virtudes. Dejábase ver pocas veces de sus va-

sallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la magestad. Para los que conseguian llegar á su presencia, inventó nuevas reverencias y ceremonias extendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo á los demas. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad; pero estas virtudes, tanto de hombre como de rey, se deslucian, ó se apagaban, con mayores vicios de hombre y de rey. Su continencia le hacia mas vicioso que templado, pues se introdujo en su tiempo el tribunal de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de su antojo. Su justicia llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos. Su liberalidad causó mayores daños que produjo beneficios, porque cargando á sus reinos de tributos intolerables, convertia en profusiones y desperdicios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio ni distincion entre la esclavitud y el vasallage, y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor que de su paciencia. Fue la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus méritos cuando encarecia su fortuna, y pensaba de sí mejor que de sus dioses.»

Retrato del cardenal Cisneros.

Del mismo Solís.

«Era varon de espíritu resuelto, de superior capacidad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente y sufrido; juntándose en su persona, sin embarazarse con su diversidad, estas virtudes morales y aquellos atributos heroicos; pero tan amigo del acierto y tan activo en la ejecucion de sus dictámenes, que perdia muchas veces lo conveniente por esforzar lo mejor; y no bas-

taba su zelo á corregir los ánimos inquietos, tanto como á irritarlos su integridad.»

Retrato del romano Marco Bruto.

Por D. Francisco de Quevedo.

«Era Marco Bruto varon severo y tal, que reprehendia los vicios agenos con la virtud propia, y no con palabras. Tenia el silencio elocuente, y las razones vivas: no rehusaba la conversacion, por no ser desapacible; ni la buscaba, por no ser entremetido. En su semblante resplandecia mas la honestidad que la hermosura. Su risa era muda y sin voz; juzgábanla los ojos, no los oidos; y era alegre solo cuanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fue robusta y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinacion era el estudio perpetuo, su entendimiento juicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo lícito, y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras, é inducidas de Casio y de sus amigos, que poniendo nombre de zelo á su venganza se la presentaron decente, y se la persuadieron por leal.»

Retrato de D. Juan Pacheco, marques de Villena, y maestre de Santiago.

Por Fernando del pulgar.

«En la edad de mozo tuvo este maestre seso y autoridad de viejo. Era hombre esencial, y no curaba de apariencias, ni de ceremonias infladas. Hablaba con buena gracia, y abundancia de razones, sin prolijidad de palabras.

Tenia la agudeza tan viva, que á pocas razones conocia las condiciones y los fines de los hombres; y dando á cada uno esperanza de sus deseos, alcanzaba muchas veces lo que él deseaba. Tenia tan gran sufrimiento que, ni palabra áspera que le dijesen le movia, ni novedad de negocio que oyese le alteraba. Era hombre que con madura deliberacion determinaba lo que habia de hacer, y no forzaba el tiempo, mas forzaba á sí mismo esperando tiempo para hacerlo. Tuvo algunos amigos de los que la próspera fortuna suele traer; y tuvo asi mismo muchos contrarios de los que la envidia de los bienes suele criar. Perdonaba ligeramente, y era piadoso en la justicia criminal. No quiero negar que, como hombre humano, no tuviese este caballero vicios como los otros hombres; pero puedese bien creer que si la flaqueza de su humanidad no los podia resistir, la fuerza de su prudencia los sabia disimular.» A un autor que escribia hácia fines del siglo XV se le debe perdonar la simetria de los antítesis, y la fina desinencia de sus clausulas, que era la elegancia de moda en aquella edad.

Retrato de D. Juan de Torquemada, cardenal de S. Sixto.

Por el mismo Pulgar.

«Pareció en el sosiego de su niñez que la naturaleza le apartó de las cosas mundanas, y ofreció á la religion. A los dias de su adolescencia siguieron las buenas costumbres que hubo en su mocedad, y los de la juventud á los de la adolescencia. Y asi, creciendo en dias, crecia tambien en virtudes. Y segun pareció en la honestidad y limpieza de su vida, quien procediese de su complexion, ó de su buen seso, siempre tuvo tan fuerte resistencia contra las tentaciones, que no pudieron corromper sus buenas costumbres. Era hombre apartado, estudioso, manso, y caritativo, y en su buena y honesta vida mostró tener gracia singular, con lo cual ganó honra para sí, y dió ejemplo á otros para ser virtuosos.»

Retrato de D. Juan de Carbajal, cardenal de Sant Angelo.

Por el mismo autor.

«Era hombre esencial, aborrecedor de apariencias y ceremonias infladas. Cuanto mas huia de honra mundana, tanto mas ésta le seguia. Nunca en sus votos públicos, ni hablas privadas fue visto desviar un punto de la justicia por aficion, ni por interés suyo ni ageno, ni hizo cosa que pareciese fuera de razon, ni demandó que otro la hiciese. No pensó gastar la vida codiciando riquezas, mas propuso vivir obrando virtudes; y puso tales limites á la codicia, que se puede bien decir haberla vencido; porque no solo dejó de procurar mas renta de la que habia de su obispado, mas cerró su deseo. Este varon supo bien cuanta fuerza suele hacer á las veces el oro á la justicia. Conoció asi mismo que el juez que toma, luego es tomado, y no puede dejar de ser ó injusto ó ingrato. Y conocidos por este prelado los inconvenientes que del codiciar allende de lo necesario se siguen; ni se atormentó codiciando, ni se avergonzó pidiendo; y teniendo la codicia tan sujeta, tenia la honra muy alta. Estaba continuamente alegre, porque gozaba de la virtud de la templanza avenidera de la razon con el apetito. Puedese creer de este claro varon, que su buen seso le hizo aprender ciencia, y su ciencia le dió experiencia, y la experiencia conocimiento de las cosas, de las cuales supo elegir las que le hiciesen hábito de virtud.»

Retrato del fundador y primer prior de la orden de San Gerónimo en España.

Por el P. Sigüenza.

«En resucitar en España la religion que San Gerónimo

plantó en Belen, vióse no solo su santidad, sino tambien su gran valor. Era la humildad entre sus virtudes la que en todas sus obras salia la primera. Quien le viera, no le podria juzgar por primero y superior, sino por el último: todo el trato de su persona y de su vida decia esto; solo él no lo decia. Guardaba tan en su punto el arancel de Cristo, que quien le viera hacer el oficio de prior, leyera en él lo mismo que en el evangelio: servir á todos sin dejarse servir de ninguno. Lo que podia hacer por sí, jamas lo encomendaba á otro; y de tal manera lo mandaba, que mas parecia ruego que precepto. El primero en todos los trabajos, en las asperezas, en las observancias, en la vigilia, en la oracion, recogimiento y pobreza: asi sustentaba el oficio muy á su costa, y con gran alivio de sus súbditos, sin tener punto ni resabio de fariséo. Dióle Dios con estas entrañas piadosas una natural prudencia con que se templaba á sus tiempos la severidad con la clemencia. Pero nunca en él la facilidad y llaneza disminuyó la autoridad, ni la severidad el amor. En habiendo cumplido con esta parte de su oficio, tornábase á su centro, y á ejercitar los ministerios humildes; sin el sobrecejo ó gravedad de que suelen andar vestidos los que no saben bien las leyes de estos oficios. Tenia este siervo de Dios mucha fuerza en el decir: salian las palabras ardiendo como de una caridad encendida: las razones breves y preñadas, como quien sabia que los preceptos han de ser breves. No seria cosa de mucha loa decir que fue muy abstinente: comia lo que decia bastaba á su sustento, y debia bastar, porque él lo decia.»

PINTURAS IDEALES DE PERSONAGES FINGIDOS, ASI EN LAS PARTES FISICAS, COMO EN LAS MORALES.

Retrato de un hipócrita.

Por Lorenzo Gracian.

«Era un hombre venerable por su aspecto, muy auto-

rizado de barba, el rostro ya pasado, y todas sus facciones desterradas, hundidos los ojos, la color robada, chupadas las narices, la alegria entredicha, el cuello de lánguida azucena; la frente encapotada, el vestido por lo pio remendado, colgadas de la cinta unas disciplinas, que lastiman mas los ojos de quien las mira que las espaldas del que las afecta: zapatos doblados á remiendos, de mayor comodidad que gala.»

Retrato de Amadis de Gaula.

Por Miguel de Cervantes.

«Era Amadis de Gaula un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigorosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira.»

Retrato de un petimetre afeminado.

Por el mismo autor.

«Era un mancebo galan, atildado, de blandas manos, y rizos cabellos, de voz melíflua y de amorosas palabras, y finalmente todo hecho de alfeñique, guarnecido de telas, y adornado de brocados.»

Retrato moral de un pretendiente servil.

Por Gomez Arias.

«Un linage hay de pretendientes que echan por el camino del desprecio político, y se llevan los mayores puestos. Desaparecense en la humildad de sus reverencias, pro-

nuncian mas cuitas que razones, agonizan lo que hablan, estudian semblantes pordioseros, y cortejan los criados de los poderosos, que esto es deshacerse para que los hagan. Suelen hacer preciosa la vileza hartando con ella al desvanecido el hambre de sus miserias, cuya soberbia juzga suficiente al que con menosprecio de sí mismo le adora. Estos son muy malos negociantes; y no sabré distinguir cual sea mas vil, si el que con maña se desprecia para despreciar á otros, ó el que se vende á tan vil precio, defraudando el premio al mérito y á la entereza.»

No solo de sugetos particulares saca la elocuencia retratos, ya personales, ya morales; mas tambien de pueblos y naciones, describiendo los gestos, trages, hábitos, y costumbres, de que nos ha dejado un hermoso y elegante ejemplo Argensola, cuando hace de ciertos naturales de las Molucas la siguiente pintura: «Usan los papúas del cabello revuelto en crespas greñas. Son de gestos magros y feos, hombres rígidos y sufridores del trabajo, hábiles para cualquiera traicion; y hombres y mugeres muestran en el trage la natural arrogancia de su condicion. Su guerra consiste en celadas y estratagemas, donde la astucia suple por la fuerza, y no estiman por acto ignominioso la huida, porque es opinion inculta la que en aquellos paises da leyes al honor.»

El mismo autor con igual colorido y franqueza de pincel dibuja en breves rasgos el carácter, costumbres, y leyes de los molucas: «Son de cuerpos robustos, muy dados á la guerra, y para cualquier otro ejercicio perezosos. Viven mucho tiempo, encanecen temprano, y siempre ligeros por la mar, no menos que en la tierra: oficiosos y benignos con los huéspedes; y entrando en familiaridad, importunos y pesados en sus ruegos. Su trato interesal, y hierven en recelos, fraudes y mentiras. Son pobres, y por esto soberbios; y por juntar muchos vicios en uno, ingratos. El hurto no por mínimo se perdona, el adulterio, facilmente.»

§. III.

DE LAS FIGURAS MIXTAS.

Al principio de esta tercera parte, tratando de la exornacion oratoria, hemos hablado ya del esplendor que dan á la elocucion los tropos y las figuras que llaman de palabra, y la fuerza y espíritu que le comunican las llamadas de pensamiento, que son las que intrinsecamente componen la elocuencia. De todas se han puesto ejemplos para manifestar la extructura de cada una, y los modos varios de formarlas separadamente.

Pero generalmente en la textura de la sentencia van entretejidas dos, tres, ó mas figuras de distintos géneros que, como hermanadas y compañeras ayudan al movimiento de la principal, ó á su ornato; y otras veces se confunden todas ellas de tal suerte en el cuerpo de la oracion, que solamente, conocida la intencion del orador por el objeto, lugar, y circunstancias de la sentencia, se puede calificar, entre todas, cual de ellas es el alma de la composicion.

No basta saber el nombre, la difinicion; el género, y la formacion de esta, ú la otra figura, ni basta tampoco saberla hacer por pura imitacion mecánica, si se ignora el arte de colocarlas en la composicion, enlazándolas de modo que formen un cuerpo entero que reciba movimiento, vida, y hermosura de la harmonia y concierto de estas partes. En el artificio de un reloj no merece el nombre de autor el oficial que trabaja cada pieza separada, aunque conozca su uso; sino el artista que despues las coloca, concierta, y arma para formar con la trabazon y correspondencia de todas la máquina acabada. Este es el orador, y el otro es el mancebo retórico: porque, como en la composicion elocuente trabajan á un mismo tiempo la imaginacion y la pasion, aquella inventa, y esta dicta lo

que se ha de decir; y acumulándose los afectos y las circunstancias para mover, persuadir, ó deleytar, la oracion se aviva, se eleva, se enriquece con las figuras que ministra el lugar; la ocasion, y el grado de sentir del que habla á los otros.

La facilidad con que se enlazan, y no se embarazan, figuras diferentes: y la harmonia que guardan dentro del círculo de una composicion; prueban mas y mas la especie de necesidad que tienen las unas de las otras para hacer el efecto que se propone el orador ó escritor verdaderamente elocuente: ¿Qué seria, pues, el apostrofe sin la exclamacion? y la prosopopeya sin una y otra? Qué seria la sermocinacion sin el contraste, ni el incremento sin la gradacion; ni la interrogacion sin la repeticion, ni la reticencia sin el énfasis? De esta feliz union sale la fuerza de la oracion elocuente.

Ejemplos tenemos de todo en los que se han trasladado mas arriba para cada una de las figuras en todos sus géneros y especies, donde apenas se pasa de una cláusula á otra, ó de un periodo á otro, sin que se asome la flor ó la luz de alguna de ellas. Para hacer mas evidente la verdad de esta observacion, pondrémos aqui algunas muestras por manera de ensayo y examen.

Pinta el galano y casi siempre afectado Conde de Cervellon en el retrato político del Rey D. Alonso VIII. el trágico suceso de la muerte de Raquel su concubina; cuando se vió acometida en su propia cámara del palacio por los conjurados armados que rompieron las puertas de ella, y dice asi: «El alboroto avisó á Raquel de su riesgo, cuando luego vió entrar armada una multitud impetuosa, embarazadas con los puñales las mismas manos que antes la rogaban con memoriales. Raquel que miró en la ira de los rostros el de sus tormentos, quedó turbada, quedó airada y llorosa; y fué la primera vez que no persuadieron sus lágrimas. Y viendo ya que su ruego pasaba á ser desayre, compuso el traje, serenó el semblante, y descansó el aliento; y fiando su seguridad en su razon, pudo solo decirles brevemente: Vosotros ¿me quereis matar porque amo á Alfonso, ó porqué él me ama? Si porque le amo, no es delito; si porque me ama, no es delito mio. Direis que

á esto os obliga el amor de vasallos: y siendo en vosotros razon que el amor os disculpe ¿la podrá haber para que á mí me mate? Si correspondo á sus cariños ¿no los debo obedecer como preceptos? y si no los correspondo ¿es justo achacarme una ceguedad que él se labró sin mi permiso? Pero ¿para que me valgo de la duda? Yo le quiero, yo le amo, yo soy la mitad de su vida; matadme, pues, matadme, y matareis á emtrambos: que este lazo que á mí me ilustra, mas facil es romperle que desatarle. Mas, ay! que si me matais para que Alfonso me olvide, no es buen medio que me vea morir de enamorada... En fin, murió Raquel, muerte provechosa al pueblo, y culpable á los ejecutores, que evitaron un delito con otro delito: abominable especie de remedio es deber la salud á la enfermedad. Vuelve Alfonso á palacio: O! infelice jóven! pregunta por Raquel; nadie responde: búscala despavorido, y encuéntrala difunta. No conoce su desgracia en su palidez, que es tambien el color de los amantes; no la conoce tampoco en verla desmayada, porque un pesar es sobrado cuchillo en la fragilidad de una belleza; conoce, si, que estaba sin aliento en que le recibia sin agrado: hállala desgreñado el cabello, sirviendo mas para lazo que para adorno, retirados los ojos aun mas de la crueldad que de la pena; y el corazon abierto, no tanto por la herida, como por quererse esplicar. Aqui es preciso correr la cortina al suceso, porque seria falta de respeto permitir á la consideracion comun un rey afiijido y lastimado.»

En esta narracion hay accion trágica, hay rasgos patéticos, hay situaciones admirablemente contrastadas, hay espresiones delicadas y muy sentidas, y concluye con una noble y oportuna reticencia enfática, cubriendo con el velo del silencio las demostraciones de amor, dolor, y desesperacion del amante sobre el cuerpo de su difunta amada: delicado recato y respeto, debido á la magestad. En este trozo de composicion entran colocadas en sus propios lugares, ya el antítesis de diccion y de sentencia, y la repeticion en todos sus géneros, la metáfora en todos sus grados, ya la sermocinacion, la sujeccion, el diálogo, la conduplicacion, el epifonema, la esclamacion, la hipotiposis, el hipérb le y en una palabra una multitud de fra-

ses tan finas y bellas que no tienen nombre propio, y que se les puede perdonar lo conceptuoso por la dignidad del sugeto y lo lastimoso de la pasion.

Ponderando Fr. Luis de Granada la humildad y abatimiento en que, por amor de los hombres, un Dios de tan gran magestad quiso morir en una cruz como un malhechor; empieza con un apóstrofe, sigue con una prosopopeya, continua con una interrogacion, se esplaya con una esclamacion, y concluye con un contraste magnífico y patético, de esta manera: « Vosotros ángeles bien aventurados, que tan bien conoceis la alteza de este Señor: qué sentisteis cuando alli le visteis? Como atónita queda la naturaleza, suspensas están las criaturas espántanse los principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad. ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta piedad? quién no cubre aqui sus ojos, como Helías, cuando ve pasar á Dios, no con pasos de magestad, sino de humildad; no trastornando los montes y quebrantando las piedras con su omnipontencia, sino derribado ante los malos, y haciendo despedazar las piedras de compasion? Pues ¿quién no cerrará aqui los hojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad, para que ella sienta la grandeza de este amor, y ame cuanto pudiere sin tasa y sin medida? »

Reprehende Fr. Luis de Leon la ceguedad de los judios que creían que la *fuerza del Brazo de Dios* cuyo nombre dan á Christo, Isaías, y David, seria materialmente militar, guerrera, y sangrienta para darles victorias acá en la tierra; y empieza su discurso por una esclamacion, sigue con una alegoria, cerrandola con una brevedad, y la metonimia del *cuchillo* y la *sangre*; continúa con un contraste, y cierrala con una aglomeracion ligada con una conjuncion; y concluye con una expolicion sostenida de una conduplicacion muy natural, y admirablemente de un contraste de sentencia de muy subido estilo. De esta manera comienza: « ¡ Ceguedad lastimera! creer que los encarecimientos y amores de Dios con su pueblo habian de parar en armas y banderas, en castillos cercados, y muros batidos por tierra, y en el cuchillo, en la sangre, en el asalto, y cautiverio de inocentes! Vosotros esperabais

ser señores de otros; y Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Los hechos hazañosos de un cordero, tan manso y humilde como pinta Isaias, no son hechos de esta guerra que vemos, donde la soberbia se enseñorea, y la crueldad se despierta, y el bullicio y la cólera y el furor menean las manos. Piden á Dios, la palapra, y no despiertan la vista para conocer la palabra que Dios les dió. El oficio de Chrsito y su valentia era dar buena nueva á los mansos, y no asalto á los muros; á curar los de corazon quebrantado, no á pasar por los filos de su espada á las gentes; á predicar á los cativos perdon, á predicar, no á guerrear, no á dar rienda á la saña, sino á publicar su indulgencia, á publicar el año en que se aplaca el señor, y el dia en que, como si se viese vengado, queda mansa su ira: á consolar á los que lloran, y á dar fortaleza á los que se lamentan: á darles guirnalda en lugar de ceniza, y uncion de gozo en lugar del duelo, y manto de olor en vez de la tristeza de espiritu.»

Trata el mismo autor del nombre *El amado*, que tiene Christo en las sagradas letras; y despues de decir lo que por su amor han dicho sus enamorados, encarece las obras á que este amor les ha obligado en la ley de gracia. Declara con tanta fuerza y viveza este pensamiento que es el último grado de la elocuencia haber reunido en tan reducida composicion tantas figuras como lineas; y tan bien colocadas, que bien se conoce que la pasion, y no la retórica del autor, las iva llamando en su ocasion. Viene la exclamacion la primera; sigue un contraste sostenido de una repeticion; y remata con una gradacion acelerada por la aglomeracion y precipitada por la disolucion. Y dice asi: «O! grandeza de amor! Por tí Señor, las tiernas doncellas abrazaron la muerte. Por ti la flaqueza femenil holló sobre el fuego. Tus dulcísimos amores fueron los que poblaron los yermos. Amándote á tí, ó dulcisimo Bien! se enciende, se apura, se esclarece, se lebanta, se arroba, se anega el alma, el sentido, la carne.»

Queriendo Antonio Perez desahogar su corazon contra las trazas y condiciones de la envidia y de los envidiosos de la estimacion pública que se habia grangeado

de las gentes en el curso de sus infortunios; empieza con una sentencia, la amplifica con un simil, que se convierte en alegoría sostenida de una repeticion, vestida de una distribucion de atributos, y queda concluido todo el pensamiento con una aglomeracion y brevedad, que le dan un feliz remate: «He averiguado (dice) que no acomete sino á lo que es de algun valor y mérito el gusano de la envidia, que no es otra cosa que gusano; gusano en el roer á sordas; gusano en no comer sino á lo mejor gusano en la bajeza. En el mismo fruto bueno, en la misma madre se cria: en la virtud, en el valor de cada uno; en él nace, con él crece, con él muere.»

Bastan, y aun sobran, estos pocos ejemplos de figuras mistas; no solo para demostrar como estan tejidas tan estrechamente que apenas se aperciben á la simple lectura, pues su buena consonancia no deja distinguir las voces de cada una, ocupada la mente y el animo con la fuerza y cópia de la elocuencia, cuyos elementos no se para á examinar, sino á sentir sus efectos. Ciertamente, sin el ornato y compartimiento de estas figuras, no habria, ni espíritu ni esplendor ni copia en los discursos propuestos. Dispuestos segun la llaneza y desnudéz del lenguaje comun, se hallaria la verdad y su sencillez, aquella que alcanza la razon sola; pero el que no persuada, y mueva los afectos ¿se podra llamar elocuente? Ya hemos visto como por medio del juego de las figuras solamente se alcanzan estos dos fines. La naturaleza sola; podia inspirar estos movimientós á sus autores como á todo hombre que siente; pero el grado, el modo, el termino de espresarlos y comunicarlos á los demas siempre será fruto del arte, del estudio, de la educacion y de un largo ejercicio. Y es tanta despues la facilidad en la composicion, que bien se puede asegurar que ninguno de ellos, no solo no preparó, pero ni conoció las figuras que cometía, hasta despues de haberlas visto formadas en el papel, ó lanzadas de sus labios al auditorio.

APENDICE I.

DE ALGUNOS LUGARES ORATORIOS

PROPIOS DE LA ELOCUCION.

Aunque los retóricos han colocado la *difinicion*, la *semejanza*, y la *comparacion*, en la clase de los lugares oratorios, con respeto á la invencion, si las consideramos como ornato y hermosura de la composicion, pertenecen á la elocucion por necesidad. El escolástico, el teólogo, el filósofo define, asemeja, compara; mas solo el orador lo hace con esplendor, dignidad y magnificencia.

Definiciones.

La definicion oratoria no es una desnuda y didáctica declaracion de la propiedad, género, y diferencia de las cosas; sino una abundante y exornada esplicacion del objeto que nos proponemos definir, por varios modos, calidades, y circunstancias.

Hay difiniciones mas sostenidas y amplificadas, y las hay tambien mas sueltas y concisas, y de mas viveza de colorido, pero en todas es muy acomodado el uso de las figuras retóricas que la apartan del lenguaje y forma co-

mun. Por esto son tan varios los modos de pintar las cosas como los aspectos por donde se quiere presentarlas: y entre otros son los mas usados los siguientes.

Por las causas. — «Es la ley (dice un elocuente filosofo) el órgano saludable de la voluntad de todos, para restablecer los derechos de la libertad natural entre nosotros: es una voz divina que dicta á cada ciudadano los preceptos de la razon pública: es, en fin, la que dá á los hombres la libertad con la justicia.»

Por los efectos. — «Gomez Arias asi define al juego y al jugador: «con capa de virtud á introducido la ociosidad el juego, este ladron del tiempo. Lo que se gana no se logra sino se juega; camino por donde ninguno medró, y se perdieron muchos. Es el del tahur, sobre todos los vicios, irremediable; juega por que gana, y porque pierde juega; los demas se acaban por que se acaba su ejercicio; éste se ejercita sin fuerzas.»

Por los efectos morales que deja en el hombre la adversidad asi la define Fr. Luis de Leon: «La adversidad sin duda preserva nuestra vida de corrupcion, y es propiamente su sal, y desarraiga al alma del amor da la tierra que nos envilece, y la desapega y como desteta de su pegajosa bajeza, y nos allana y facilita el salir de esta vida, cría en el ánimo, no solamente desamor de ella, sino tambien desprecio junto con una alteza y gravedad celestial.»

Por las calidades. — «¿Qué es de si el hombre (dice Fr. Luis de Granada) sino un vaso de corrupcion, y una criatura inhabil para todo lo bueno, y poderosa para todo lo malo? qué es el hombre sino una ánima en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, y en sus deseos desvariado? y finalmente, en todas sus cosas pequeño, y en sola su estima grande?»

Por los contrarios. — «Define la limosna secreta el P. Marquez de esta manera, contraponiendo á la pública, y dice asi: «Vereis al hombre virtuoso de corazon que rie á su tiempo, que da limosna de su mano á la del pobre; y al hipócrita que, para darla, toca con la trompeta á juntar gente, que anda cabizbajo y melancó-

lico. Ah! desventurado! que lloras por tu alquiler como la plañidera, y te pagas antes de tiempo! La limosna en que se pretende publicidad, es limosna de enemigo. No haces obra vez ninguna con este fin, que no levantes bandera contra Dios y le hagas guerra con su hacienda.»

El P. Nieremberg tambien define el suicidio por su contrario la fortaleza: «El sufrir la muerte cuando conviene; es la mayor fortaleza: provocarla y ejecutarla es si la mayor flaqueza y cobardía, en que erraron muchos de los antiguos romanos. Matarse á sí es pusilanimidad y gran miedo de cosa tan incierta como la fortuna; pues por no sufrirla muchos amancillaron con su sangre sus manos. ¿Que era esto, sino huir lo dificultoso? Y poco vá á decir con las manos ó con los pies. El mismo Bruto cuando se mató, confesó que huia, y á falta de buenos pies por las manos se escapó, ó de sus enemigos, ó de su fortuna tambien enemiga.»

Por la etimologia.— «La palabra virtud (dice un filósofo elocuente) se deriva de la otra *vis*, porque la fortaleza es el cimiento de toda virtud. El hombre virtuoso ¿no es el que sabe sugetar sus pasiones? Luego la virtud es el dote de una criatura flaca por naturaleza, y fuerte por la voluntad.»

Por la comparacion. – «La hipocresía (dice el mismo autor) es un obsequio que el vicio tributa á la virtud, como el del asesino de Cesar, que inclinó la rodilla para matarle con mas seguridad.»

El P. Nieremberg, clamando contra la hipocresía, asi define á los que se fingen modestos y humildes: «La modestia y la humildad fingidas son achaques de pretendientes, qué, contentos con la apariencia de la virtud, se hacen salteadores de sus tesoros, y quitandole la capa para honrarse con ella, la dejan atada y prisionera.

Por similes. — «De esta manera define la hermosura y la vida el P. Roa:» No fien las hermosas en su hermosura, no en el brio de la juventud: flores son, ó caén con el dia, ó el tiempo las coje, ó las marchita la enfermedad. La vida dudoso bien es y fujitivo, rocío que en breve se seca, maréa, que si un poco recrea, poco dura; y las esperanzas? qué largas! qué inciertas! qué vanas! Y cuando

llegaron á colmo ¿ que hartura ó qué satisfaccion podran dar cosas que acaban primero que nosotros, ó con nosotros? »

Por metaforas. — «La justicia civil y la militar son los dos brazos de la autoridad suprema: la primera apacigua el furor de las ofensas, corrige los yerros de la ignorancia, desentraña las astucias de la codicia, la segunda es el baluarte contra la violencia armada. Son, en fin, la una, el organo de la paz, y la otra el horror de la guerra.» — El P. Nieremberg dice de la adulacion esta otra propiedad entre muchas: « La adulacion fuera de ser mentira, es muy perniciosa: es la que esmalta los vicios, y los hace preciosos.»

Por alegorias. — El mismo Nieremberg hablando de que la mansedumbre tiene por campo en que debe ejercitarse todas las ocasiones de cóleras, venganzas, y disputas dice: « Es la mansedumbre virtud muy cortada al talle pacífico de la naturaleza del hombre, y su toga es vestido de paz con que hace la primera entrada su rey pues nace desnudo y sin armas.»

El mismo autor, tratando de los efectos de la virtud de la paciencia, la cual consiste en la volutad que hace ligero lo modesto dice: « Este es todo el artificio de desarmar los males, quererlos: esta es la paciencia, máquina fortísima que desmenuza la rueda de la fortuna: y alivia la grave condicion de nuestra miseria.» — Hablando de la virtud de la humildad, y de uno de sus principales oficios, dice el mismo autor: « Si bien la humildad no es principio y origen de las demas virtudes; es empero la que desembaraza la posada, y es como aposentadora de todas.»

Por negacion. — Tratando un elocuente filósofo de cual es la virtud que caracteriza al heroismo, dice asi: « El héroe de que comunmente nos pintan las historias no es siempre un varon justo; prudente, ni templado. No temamos afirmarlo: muchas veces ha debido su esplendor al menosprecio de estas virtudes. Y si no, digamos ¿qué serian Alejandro, Cesar, y Pirro, mirados por este lado? Con algunos vicios menos quizá hubieran sido menos célebres, porque la gloria fué siempre el premio de aquellos conquistadores; mas para la virtud hay otro reservado.»

Símiles.

Es el *símil* aquella conformidad que dos cosas, aunque de distinta naturaleza y categoría, guardan entre sí por la semejanza de alguna propiedad, calidad, efecto, causa, ú otra circunstancia que sea propia ó metafóricamente comun á entrambas. Así se pueden asemejar el avaro y el hidrópico, aunque tan distintos en sus accidentes, pues el último adolece de una enfermedad física. Y así, el primero, por aquella sed de oro en sentido figurado, es semejante al segundo afligido de la sed de agua en sentido propio. — Por la misma analogía entre la filosofía y el sol, dos objetos tan distantes por todos respectos y propiedades, se encuentra una clara semejanza, por cuanto el uno alumbra la tierra en sentido recto, y la otra alumbra los entendimientos en sentido metafórico. Pero obsérvese que la cosa de donde se saca el término de la semejanza en el sentido figurado, es siempre la asemejada, y la que presta este término en el propio y natural, es el objeto con que se compara. Por esta razon, el *avaro* en el primer ejemplo, y la *filosofía* en el último son los objetos asemejados.

Así los símiles como las comparaciones dan un espacioso campo á la fantasía: las obras de la naturaleza los fenómenos celestes, la vista de la tierra y de los mares, el teatro de la física, de la historia, y aun de la fábula, ministran á una fecunda imaginacion innumerables dechados. Pero el buen gusto, que todo lo sazona, debe emplearlos con oportunidad, y servirse de los mas fuertes y espléndidos, porque los símiles requieren gran caudal de invencion, mucha valentía, un pulso superior en escojer los objetos mas sencillos, claros y nobles á un mismo tiempo, una memoria abundantemente enriquecida de imágenes, si se puede decir, de todos tamaños y medidas, y en particular de los mas visibles. Y como estas entran por los ojos antes de lanzarse en la imaginacion; la elocuencia de los símiles solo la alcanza el que haya ejercitado su vista ó su meditacion en los vivos originales que le ofrece este gran

libre de todo lo criado, abierto á nuestra contemplacion y curiosidad, y la historia moral y política de la vida humana.

Y ¡cuán feliz, atrevido, y fecundo seria en magníficos símiles el que hubiese paseado la tierra, y observado los mares! el que, por ejemplo, desde las altivas cumbres de los Alpes, puesta casi toda la Europa á sus pies, hubiese seguido con larga vista el curso del Pó, del Rhin, y del Ródano, contemplando aquellas pirámides de eterna nieve, sus cristalinos manantiales, y sus diversos y olorosos vegetables! el que hubiese visto la espantosa erupcion de los volcanes, penetrando en la callada soledad de las selvas, zozobrando entre la braveza de las olas y la furia de los vientos, estremeciéndose en medio de los cóncavos y valles, deslumbrado y aterrado de la reverberacion de los relámpagos y retumbos de los truenos! en fin, el que hubiese visto el mundo, y tocado sus prodigios!

El mayor mérito del *símil* consiste en escoger la imagen mas viva y representativa de aquella circunstancia que uniforma dos cosas con mas propiedad; porque siempre se ha de buscar el objeto que tenga el término ó abjunto de la semejanza mas natural y estrecho con la cosa asemejada, pues hay una en muchas cosas que se comparan mas inmediata conformidad entre unas que entre otras: ó todavía, en las primeras se halla uno de sus accidentes de semejanza mas idéntico que otro.

Para hacer nuestras ideas mas sensibles, elegiremos las semejanzas mas naturales, características, y comunes, siendo nobles. El mármol, por ejemplo, tiene la *frialdad* y la *dureza*, por términos de semejanza, pero como posée la última como propiedad constante y en superior grado, á diferencia de la primera que es menos notable, además de ser accidental, de aquella se sacará el término del símil para una cosa dura, y no de la otra el de una cosa fria, porque esta se puede asemejar al *yelo*, cuya frialdad es constante y natural.

Otras veces un mismo objeto tiene dos términos de semejanza diferentes y ambos propios, de los cuales se saca una contrariedad en la aplicacion á dos cosas asemejadas, como lo de aquel poeta que pone en boca de un ena-

morado hablando con su dama: *Ya los dos nos parecemos al roble que mas resiste; tú en ser dura; yo en ser firme*: Aqui se aplica la dureza del árbol considerado en su madera: y la firmeza, en su resistencia á los vientos, y á su fuerte arraigo en la tierra.

Tambien se puede avivar la *imagen* añadiendo á una semejanza otra mayor que, si guardan gradacion, realzan la idea, como lo de aquel que dijo de S. Lorenzo en su martirio: *Te recreas como la salamandra*; *ó mas bien renaces como fenix de Cristo entre las llamas*. Otras veces se ponen dos objetos de semejanza como opuestos entre sí por el diferente término bajo del cual se toma cada uno, segun sus diferentes propiedades. Asi dijo otro: *O! mal terrible! que naciste como el fenix, y acabaste como el cisne!* Pero tales símiles, sobre sacarse de objetos fabulosos y de propiedades falsas, son opuestos á la gravedad de la verdadera elocuencia, aunque felices en la aplicacion del símil. Estas semejanzas, y todas las demas afectadas y superficiales que versan sobre conceptos de simetria; paranomásias, etimologies, y alusiones arbitrarias, no son dignas de la prosa séria, ni de la noble poesía, y solo se leen por gala de ingenio en los versificadores de agudezas.

Hay tambien otros términos de semejanza, no propios sino metafóricos, y suelen tener mas energia por causa del mayor esfuerzo que ha de hacer la imaginacion para juntar cosas tan distantes, de cuya oposicion se forman los hipérboles. Asi decimos: *está dormido como una piedra*. La piedra, que es un objeto de la semejanza, verdad es que no puede dormir siendo un ser bruto é inanimado; solo por su inmovilidad é inércia representa metafóricamente la quietud de un profundo sueño. Y en cuanto una masa de piedra parece lo mas distante, para las funciones de un animal despierto; de aqui toma el símil mayor fuerza y energía.

Por esto la gracia de los símiles es superior y admirable cuando en ellos se descubren confrontaciones entre dos cosas de especies muy diferentes, de donde no se podian esperar, sino de la atrevida fantasia y feliz eleccion del escritor, porque dá señal de pobreza de ingenio, ó de falta de arte el que busca los objetos de la comparacion tan

parecidos, que á primera vista se toque su semejanza.

De este vicio adolecen aquellos símiles que, por ser sacados de imágenes muy manoseadas, si se puede decir, en el lenguage poético, se han hecho demasiado comunes y familiares: como cuando se asemeja el valiente soldado al leon; la casta viuda á la *tórtola*; la fiel casada á la *paloma*, el hombre manso al *cordero*, el maldiciente á la *víbora*, el sábio á un *astro*, la pureza á la *azucena*, la cólera al *mar tempestuoso*, la brevedad de la vida á la de la *rosa*, &c. Estos símiles, si bien tomados de la naturaleza son ya tan vulgarizados que, en vez de complacer la fantasía, vienen á enfriar nuestra atencion.

El mismo efecto causan otros símiles que, á pesar de la propiedad de la comparacion, por demasiado usados y familiares, han perdido su valor y gracia. ¿Compararémos eternamente la lógica á una *llave*, la historia á una *antorcha* tantas veces encendida, y tantas apagada, desde Ciceron? Los símiles que no tienen alguna novedad, ya por los objetos de donde se toman, ya por alguna de sus circunstancias, intacta y no observada antes, arguyen cierta esterilidad de talento en el escritor; pues no sabe dar un paso sino sobre las huellas de los que le dejaron trillada esta senda. Uno de los atributos de la invencion, es buscar, encontrar, y elegir imágenes nuevas; entonces se llaman originales las semejanzas, y solo entonces sobrecogen y encantan. Y sin este atractivo ¿cómo se robará la atencion y expectacion del oyente, curioso siempre de cosas peregrinas y extraordinarias? No se entiendan debajo de estos nombres de nuevos y originales los símiles que se traen de objetos desconocidos, recónditos, ó muy remotos, porque entonces, en vez de ilustrar el pensamiento, le ofuscan, y atormentan el entendimiento del lector, para comprehender su relacion con la cosa asemejada.

De aqui es que si la noticia ó el conocimiento de estos objetos está fuera de los límites de la comun inteligencia, hacen muy poco ó ningun efecto estas composiciones para el fin de esclarecer y hermosear la idea. Tales son los símiles sacados de nuevos decubrimientos en las ciencias naturales, en las artes, ó en los estudios filosóficos: achaque de que adolecen generalmente los escritores modernos, so-

bre tener resabios de un nuevo género de pedantería, desconocido de los antiguos. Estos buscaban los símiles en los objetos sencillos y conocidos de la vida natural, con los que estaban mas familiarizados los hombres: así nada era extraño, ni recóndito á la capacidad de los lectores.

En cambio de la pedantería moderna, nuestros antepasados habian caido en otra no menos vana, pero no tan mecánica, ni tan abstracta; porque á lo menos era mas espléndida y pomposa. Hablo de aquellos autores, de que ha abundado mas nuestra España que otro ningun pais; los que nunca supieron ocultar el deseo de lucir su ingenio y varia erudicion, por hacer ostentoso alarde de sus lecturas, estudios, y conocimientos de la ciencia física y celeste, con cuyas galas vestian sus moralidades, acompañándolas de todo el esplendor y colorido de imágenes de la naturaleza, de los elementos, de las virtudes de las plantas y piedras, de la influencia de los astros, y propiedades de los animales, aun de los fabulosos.

Pero, ya que no sean tan fantásticos los símiles de los modernos, me atrevo á decir que valia mas pasearse entonces por los ámbitos de la tierra y de los orbes celestes como simples admiradores de la naturaleza, y no penetrar la corteza de sus prodigios, que no entrar y salir de los laboratorios químicos, de los observatorios astronómicos, de los gabinetes de historia natural, de las academias físicas y matemáticas, y de los talleres de las artes, para sacar á plaza sus instrumentos, utensilios, máquinas y operaciones, como objetos favoritos de los símiles de moda, en cuyo alarde no se descubre menos vanidad, aunque de otro género de erudicion, mas enemiga de la elocuencia que la antigua: y sino tan repugnante á la verdad, tan disonante al buen gusto, que no tiene tiempos ni modas en el arte de bien decir, que es inmutable. Aquellos observaban en la naturaleza quizá las cosas que no entendian; y esta superficial y general inspeccion les suministraba símiles, símbolos y alegorías para comunicar por medio de estos espejos mayor luz á las doctrinas morales. Pero los modernos, mas científicos, ó menos ignorantes, no saben moralizar ni filosofar, ni pintar, ni elogiar, sino con el lenguage técnico de las artes y ciencias; de suerte que se po-

dria decir de algunos, que hablan mas como profesores que como oradores.

Las palabras *cálculo*, *resultado*, *afinidad*, *combinacion*, *accion*, *reaccion*, *combustion*, *descomposicion*, *atraccion*, *repulsion*, *fuerza de inercia*, *sustancias*, *razon directa*, *razon inversa*, *sistema*, *problema*, *corolario*, *masa*, *explosion*, *orgánico*, *inorgánico*, *rotacion*, *homogeneo*, *eterogeneo* *retrógrado*, &c., no entraron jamas en el estilo figurado de aquellos escritores. Los de estos últimos tiempos parece que tratan mas de lucir su ciencia, ó la nomenclatura de ella, que su elocuencia.

Si eran erróneas las observaciones de los antiguos como naturalistas, eran á lo menos mas poéticas y hermosas sus imágenes; y á pesar de ser ideales sus modelos, la aplicacion que hacian de ellas era siempre adecuada á la idea principal. Partian de un supuesto falso, es verdad; mas la comparacion no dejaba de ser propia y natural, y la entendian sabios é ignorantes; porque unos y otros habian oido hablar del *fenix*, del *pelícano*, de la *salamandra*, del *basilisco*, del *camaleon*, del *cocodrilo* y sus lágrimas, de los *cometas* y sus vaticinios, de los *planetas* y sus influencias, de las *perlas* y sus confecciones, del *rinoceronte* y sus armas, de las *sirenas* y su canto, de los *alciones* y sus anuncios, del *unicornio* y sus virtudes, &c. Y creyéndose entonces la realidad de algunos de estos entes, y sus maravillosos atributos; la ficcion, ó el error, no disminuian la fuerza á los ejemplos. Pero hoy, que los adelantamientos en las ciencias han dejado despoblado y raso, digámoslo asi, el campo de la imaginacion; hoy, que se ha despojado al aire, á la tierra, al agua, y al fuego del nombre y calidad de elementos. ¿á dónde volará el ingenio, sin tener de donde asirse en medio de este vacio?

Ademas de que los símiles, como figuras de amplificacion, han de usarse moderadamente para no derramar y fastidiar la atencion del lector; tampoco debe ser su extension tanta, que por querer entretenerse en menudas circunstancias, y en todas las relaciones que pueden comprehender á dos objetos, haga este mismo esmero y prolijidad que lo que gana en extension la semejanza lo pierda en virtud y energia la idea, porque entre los accidentes

de donde se pretende sacar el símil habrá unos mas remotos ó menos coherentes que otros, cuando basta solo el mas visible y principal, de cuyo objeto nos desviaria una larga continuacion de semejanza.

Como es el *símil* figura de dignidad que adorna y hermosea la oracion, no se ha de tomar jamas de objetos bajos ni indecentes, que solo por donaire son tolerables, para estilo chocarrero, en los escritos satíricos y burlescos. Asi los símiles en toda composicion oratoria deben guardar correspondencia: en los objetos altos elevacion, en los grandes magnificencia, en los nobles decoro, en los galanos riqueza, en los patéticos dulzura, en los terribles energia.

Tienen mucha gracia y autoridad los símiles para moralizar y ponderar las miserias de la vida humana, cuando no queremos seguir la consideracion y severidad filosófica, ni traer para la declaracion de nuestro intento discursos morales sobre algun asunto grave ó magnífico, en donde reina mas la meditacion tranquila que la pasion acalorada; aunque no deja de tomar su parte tambien el corazon, si el orador ha de sentir lo que dice: porque un ánimo enteramente tranquilo tampoco puede exponer sus ideas con el lenguage vivo de los símiles que los animan y realzan.

No solo son viciosos los símiles por demasiado familiares, ó por bajos, ú obscuros; ó muy remotos; sino por incoherente la relacion entre los dos objetos comparados, como aquel de cierto orador, cuando dice: *La Fé es como un escudo muy fuerte con que los fieles se defienden de los mares y ondas de este siglo.* ¿Dónde está la propiedad de relacion entre el uso del escudo y el ímpetu de las olas, no *ondas*, que éstas suponen el mar plácido? Un hombre cargado de un escudo, si no era este de corcho, se iria mas pronto al fondo. Si este hombre nada, de poco le sirve un escudo: solo de buenos brazos necesita. Si está fuera del agua, aun le necesita menos, pues con retirarse de la orilla del mar, ó subirse en una peña, queda libre de su furia, y aun de mojarse la ropa. Se comprehende muy bien que el siglo en sentido místico-metafórico sea un mar, y que éste tenga olas; mas no se comprehende que el siglo en ningun sentido tenga mares, y menos que tenga olas, no re-

presentándole antes como un mar. Ademas es una redundancia nombrar los mares y las olas, porque no siendo cosas distintas, cuando se habla de la braveza de aquel elemento, es ocioso pintar la furia del mar, y la de las olas, pues en éstas solo está la furia, ó por ellas se explica.

Otro vicio de igual grado padecen aquellos símiles que se sacan de objetos vanos, ó falsos supuestos, como el de aquel otro predicador que dice: *Asi como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mál á nadie; asi tambien esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones...* Si el autor creía en la virtud de los ensalmadores y saludadores, no dijo mal, perdonandole lo vulgar y humilde del símil en asunto tan divino; y la violenta semejanza entre una pasion y una serpiente.

De los maldicientes detractores de los hombres insignes dice un elocuente escritor: « Estos enemigos naturales de las almas superiores, y envidiosos de la gloria que ellos no merecen, son semejantes á aquellas plantas viles que solo crecen entre las ruinas de los palacios, pues no pueden levantarse sino sobre los destrozos de grandes reputaciones. »

Pintando el mismo autor los efectos de la tiranía con que gobernaba el emperador Domiciano, dice: « Las crueldades de Domiciano de tal modo tenian terrorizados á los gobernadores, que el pueblo romano pudo en su reynado restablecerse un poco; de la suerte que un rápido torrente, destruyendo y robando la tierra en una orilla, va dejando en la otra una verde y hermosa vega. »

El mismo para ponderar la gran fama que goza y gozará Descartes á pesar de haber caido su sistema filosófico, añade: « El tiempo ha destruido las opiniones de Descartes; pero su gloria permanece semejante á aquellos reyes destronados que, aun sobre las ruinas de su imperio, parece que nacieron para mandar á los hombres. »

Escribiendo Antonio Perez á su hijo Gonzalo, que despues que su madre salió de prisiones quedó en ellas, le hace esta triste pintura de sí mismo con este muy natural y bien escojido símil aludiendo á la implacable saña de sus perseguidores: « Consideradme, hijo, árbol entre muchos

á quien el que hace leña se endereza con su hacha mas que á otro, ó si mas de arriba lo quisiereis tomar, que el rayo hiere en uno mas que en otro.»—Y el Maestro Leon aplica este símil al cuidado maternal con que son tratados los hijos despues de su parto; diciendo: « A los recien nacidos los reciben las madres en su regazo, en las rodillas los envuelven y abrigan, y en los pechos los sustentan; lo uno es como la primera cama, y lo otro como la mesa del niño. » Debe advertirse que aqui el *como* no tiene fuerza de advervio comparativo, sino de modal ó de similitud, y asi es *como* es lo mismo que decir *viene á ser*, ó *es á manera de*......

Hablando el P. Mariana de los principios que tuvo el reyno de Novarra, los describe con esta semejanza: « Despues de aquel memorable y triste estrago con que casi toda España quedó asolada y sugeta por los moros, gente feróz y desapiadada; de las ruinas del imperio gótico, no de otra manera que de los materiales y pertrechos de algun edificio cuando cae, se levantaron muchos señorios, pequeños al principio, de estrechos términos, y flacas fuerzas; mas, el tiempo adelante, reparadores de la libertad de la patria, y restauradores al fin de la república trabajada y caida. »

Exortanos á la humildad Fr. Luis de Granada, pintandonos con vivísimos símiles, y un lenguage poeticamente sublime los efectos de esta virtud: « En la humildad (dice) se halla la tranquilidad y la paz; contra ella los vientos y las tempestades del mundo no hallan en donde quebrar las fuerzas de sus impetus furiosos. Toda la braveza del mar es contra las altas rocas y peñascos, y pierden su furia las ondas en la blandura de las llanas arenas. En los altos montes andan recios los vientos, que no se sienten en los valles bajos y humildes; porque donde está la sobervia, está la indignacion, allí la ferocidad, allí la inquietud y dessosiego. »

Ponderando el P. Marquez la brevedad de nuestra vida, dice que no corre ni va en posta, sino que huye y vuela, vase y se desvanece como sombra; y represéntalo todo con este símil tan triste y patético, como sublime y natural, para corregir el desvanecimiento de los hombres: « Vemos á la puerta del sol (dice) las sombras de los mon-

tes tendidas por los llanos, y las de los árboles larguísimas, y aun asi las de cada matilla, que parecen ser de algun altísimo cedro; y si volvemos á mirar quien hace tan larga sombra veremos un tomillo ó un romero, y luego dentro de un momento se acaba y desaparece. Asi, pues, vereis un hombre levantado sobre las estrellas, y empinado sobre la privanza de los reyes, y que á su sombra viven muchos pretendientes que esperan les de la mano; y si volveis á ver cuya es tan larga sombra, hallareis un hombrecillo que ayer de bajo no se veia entre el polvo, y cuando mas encumbrado, entonces se desvanece mas pronto, y en un punto se os va de los ojos. Pues de esta manera huyen nuestros breves y cansados dias.»

El mismo autor, hablando de que mejor es huir los peligros y tentaciones que buscarlos presumiendo de valientes, dice: «La mejor valentia de todas es saberse temer, y mucho mejor es escapar desnudo de la tempestad, y en una tabla, que ahogarse en medio del mar entre las riquezas de Egipto. La fortalesa del cristiano en huir está, como la de los parthos, que hacian el estrago á la retirada.»

Hablando D. Diego de Saavedra de los mayores peligros que corren los altos cortesanos que la gente llana, los asemeja á los altos montes de esta manera: «No envidie el valle la altéza del monte, porque si bien está mas vecino á los favores de Júpiter, tambien lo está á las iras de sus rayos. Entre sus sienes se recogen las nubes, allí se arman las tempestades, siendo el primero á padecer sus enojos. Lo mismo sucede en los cargos y puestos mas vecinos á los reyes.»

El mismo autor, hablando de los frutos de la educacion en el hombre, cuyas inclinaciones se mejoran con la enseñanza, dice: «Apenas hay arbol que no dé amargo fruto, si el cuidado no le trasplanta y legitima su naturaleza bastarda, casándole con otra rama culta y generosa. Asi la enseñanza mejora á los buenos, y hace buenos á los malos.»

Habla el mismo autor del ningun caso que deben hacer los príncipes de los murmuradores, trayendo este hermoso símil: «Ladran los perros á la luna; y ella con magestuoso desprecio prosigue el curso de su viage. Asi las murmuraciones no han de extinguir en el príncipe su amor á la gloria.»

Fr. Luis de Leon saca de la luna llena en una noche

serena una pomposa y apacible semejanza para la buena madre de familia, de esta manera: «Como la luna llena, en las noches serenas, se goza rodeada, y como acompañada de clarísimas lumbres, que todas parece que avivan sus luces en ella, y que la miran y reverencian; asi la buena muger en su casa reina, y resplandece, oy convierte á sí juntamente los ojos y los corazones de todos. Se pone en el marido los ojos, descansa en su amor, si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud; si á sus criados, halla en ellos bueno y fiel servicio, y en la hacienda provcho y acrescentamiento.»

Para significar lo que es y vale la felicidad de la tierra, y la prontitud con que el mas encumbrado cae y se deshace, figura Job un hombre sobre el ayre puesto á caballo: y Fr. Luis de Leon glosa esta valiente imagen de esta manera: «Sin duda todo aquello en que se afirma, y sobre que se empina esta felicidad miserable, ayre es y ligero viento. Y asi como aquel que en el viento subiese, andaria bien alto, mas en gran peligro de venir presto al suelo; asi los que en estos bienes de la tierra se suben, andan encumbrados, pero muy peligrosos; parecen altos mas que las nubes ¿pero las nubes mismas no desaparecen mas presto.»

El P. Nieremberg., para pintar la vanidad de los ambiciosos la representan con este sencillo, pero muy espresivo, símil: «La alteza de los que estiman demasiado las honras, esto es, de los altivos, es como la de los pozos, que mientras mas altos son, estan mas hundidos, y debajo de tierra.» Aqui se podria juntar el otro símil que se inventó en otro tiempo para ponderar irónicamente el título de *Grande* que se aplicó á Felipe IV., al tiempo mismo que perdia muchas plazas y dominios en ambos mundos, diciendo: *que el Rey de España era como el agujero que, cuanto mas se le quita, mas grande se hace.*

Hay otra especie de símiles que sacan la semejanza de algun suceso de la historia antigua, ya civil, ya mitológica, aplicándolo como ejemplo para la enseñanza moral, ó para avisos políticos. Dan lustre y gravedad al estilo, y adornan la composicion con trage serio. No nos queremos excusar de trasladar aqui algunos ejemplos, y serán los siguientes.

Hablando de la humildad cristiana, dice el P. Nierem-

berg: «El fuego de Vesta habia de guardarse siempre, porque era la guarda del imperio, y la prenda de su seguridad. A la magestad de esta virtud conserva la ceniza y polvo que somos, y asi hemos de perpetuar su memoria.»

El conde de Cervellon en la vida de D. Alfonso VIII, toma un símil de una ceremonia religiosa de los antiguos griegos, cuando dice: «Entró Fernando rey de Leon por los reinos de su sobrino; y viniendo para su ruina, publicó que venia para su consuelo. Vírgenes puras transportaban los secretos de la Diosa Eluisis en unos cofrecillos, cuya labor era tambien oculta á los humanos ojos. Asi habian de ser los secretos de los príncipes, manejados de corazones puros, y no permitidos á la comun inspeccion.»

Hablando Cervantes de las condiciones del amor, esto es, de los amantes, los retrata por el original fingido de la fábula en este símil alegórico: «En la pintura con que figuraban los gentiles á este su vano Dios, puede verse cuan vanos ellos andaban. Pintábanle niño, desnudo, y alado, vendados los ojos, con arco y saetas en las manos, para darnos á entender, entre otras cosas, que el enamorado se vuelve de la condicion de un niño, simple y antojadizo, que es ciego en las pretensiones, ligero en los pensamientos, cruel en las obras, desnudo y pobre de las riquezas del entendimiento.»

Emblemas y Geroglíficos.

La elocuencia no considera el emblema como representacion material de una figura alegórica, que por sus atributos, ó alusion misteriosa encierre algun sentido moral á manera de las que se ven grabadas ó esculpidas en medallas, escudos, ó empresas. Admítelos como rasgos metafóricos, por los cuales se fingen las imágenes de obgetos corpóreos, como modelos de donde se ha de sacar la semejanza, ó comparacion que pretendemos hacer, para aplicar por ella la doctrina y la moralidad.

Tales son los siguientes ejemplos de semejanzas sacadas de distintos objetos. — *Qué vemos en este rebaño?*

Muchos perros, y pocos pastores. Así representó un autor la república antigua de Venecia; tomando el modelo del estado pastoril. — *Es la esperanza el primer móvil del hombre, y al lado de ella está el temor: éste es el reverso de la medalla.* Aquí se toma la imágen de la numismática. — *Mira ese leon que se dobla á la mano que le acaricia, y á la voz que le amenaza; y verás al altivo monarca que ama y teme á la religion.* Aquí la imágen se representa como en un grabado ó escultura, tomada de la postura de aquel animal fiero y generoso, cuidado y mandado por el leonero. *¿Qué pensais que es aquel hombre con una teja en la mano para raerse la lepra, sino una estátua de oro que labró Dios á la paciencia?* El P. Marquez con esta imágen tomada de la estatuária nos pone ante los ojos la figura de Job, y el emblema de la paciencia juntamente. — «Muy facil es el camino de los deleites y cuesta abajo; que la virtud es aquella matrona áspera que en Pródico Sofista promete vida llena de trabajos al mancebo Hércules, y con ellos fama y gloria inmortal. Aquí se toma la idea de una figura imaginaria, y por consiguiente de la pintura, para significar que sin trabajos no se alcanza la virtud. — «Colgaba Alcides en los umbrales del templo de la fama un nuevo trofeo en cada un año, ya el leon, ya la hidra: mentido héroe, en quien idearon los antiguos un príncipe verdadero, obligado siempre á nuevas gloriosas empresas.» Aquí saca Lorenzo Gracian el emblema de hazañas pintadas por la fábula como ejemplos para incitar la emulacion. — «El templo de la gloria no está en un valle ameno, ni en vega deliciosa; sino en la cumbre de un monte á donde se sube por ásperos senderos entre abrojos y espinas.» Es por demas decir que en este geroglífico declara Saavedra que con el ocio y el regalo no se hacen famosos los hombres, representándonos aquel templo ideal, y su situacion, como real y verdadero.

Símbolos.

Pertenecen á la clase de los símiles los *símbolos*, que se diferencian de aquellos en no seguir su forma ordinaria,

pues casi se confunden con los emblemas y geroglíficos. Suele haber en ellos algo de mas encubierto y misterioso que despues el autor, con mas ó menos gala, esclarece con ejemplos.

Sea el primero el de D. Diego de Saavedra en sus empresas políticas, que empieza: «Coronó Hércules su cuna con la victoria de las culebras despedazadas: desde allí le reconoció la envidia, y obedeció á su virtud la fortuna. En naciendo, el leon reconoce sus garras, y con altivez de rey sacude las no bien enjutas guedejas de su cuello, y se apercibe para la pelea.» En estos dos ejemplos, sacados el uno de la historia fabulosa, y el otro de la natural, pretende declarar el autor que un corazon generoso en las primeras acciones de la naturaleza y del acaso descubre su bizarría. Si el hecho de Hércules no fuera fingido, y en la accion del leon cachorro no trabajase mas la fantasía de un poeta que la verdad de un naturalista; el símil no tendria tanta grandeza y explendor, y perderia el aire de misterioso ó extraordinario que constituye al símbolo.

Sea segundo ejemplo otro del mismo autor, que era elegante, cultísimo, y grave en este género de ejemplos: «Con la asistencia (dice) de una mano delicada solícita en los regalos del riego y en los reparos contra las ofensas del sol y del viento, crece la rosa; y suelto el nudo del boton, extiende por el aire la pompa de sus hojas. Hermosa flor, y reina de las demas! pero solamente lisonja de los ojos, y tan achacosa, que peligra en su delicadeza. El mismo sol que la vió nacer, la ve morir, sin mas fruto de la ostentacion de su belleza, dejando burlada la fatiga de muchos meses, y aun lastimada tal vez la misma mano que la crió. No sucede asi al coral nacido entre los trabajos, que tales son las aguas, y combatido de las olas y tempestades, porque en ellas hace mas robusta su hermosura; la cual, endurecida despues con el aire, queda á prueba de los elementos, para ilustres y preciosos usos del hombre.» En el sentido alegórico de esta empresa pretende el autor significar, por la comparacion de aquellas dos plantas, los contrarios efectos que se notan en la educacion de los príncipes; los unos criados entre los armiños y las delicias; y los otros en el trabajo y varoniles ejercicios.

Comparaciones.

Comparar ó asemejar suena, en la acepcion general de estas dos voces, una misma cosa; y aunque en el fin á que se dirigen son iguales, en cuanto á la idea de semejanza no es igual el término de ésta entre otras muchas cosas. Por comparacion se confrontan dos objetos en razon de alguna propiedad, calidad, ó circunstancias comun á los dos; y, á diferencia del *símil*, que se toma de alguna imagen que los uniforma metaforicamente, la comparacion tiene en dos cosas comparadas un sentido propio y natural, y nunca figurado.

Dicemos por comparacion: *nace el bruto*, *y nace el hombre*; *y como mortales mueren ambos*. Aqui las acciones de *nacer* y *morir*, que son los términos de la comparacion, tienen un sentido propio y natural para los dos individuos comparados, iguales en aquellos dos extremos. Pero por símil diriamos *muere el sol*, *y muere el hombre*, porque, siendo los dos objetos de distinta naturaleza, y solo propio del hombre el morir; al astro inanimado y de perenne resplandor, solo por semejanza se le hace morir, esto es, en sentido figurado. Y si dijeramos, muere el pastor y muere el rey; entonces seria aun mas cercana y adecuada la comparacion, por cuanto uno y otro individuo, si bien tan distantes en su estado y fortuna, son ambos de una misma especie: relacion que no existe entre el bruto y el hombre.

Todo objeto que se nos muestra con circunstancias ó accidentes que le engrandecen, nos parece noble: lo cual se experimenta, sobre todo, en las comparaciones, en donde el discurso debe ganar siempre terreno. En efecto, aquellas circunstancias han de añadir alguna cosa que haga ver mas grande la primera; y cuando no mas grande, á lo menos mas bella delicada. Mas nunca se presentará entre los objetos conformidad baja, ó indecente, que pueda ofender á la imaginacion del oyente.

Y como en la comparacion se trata de mostrar cosas finitas; asi gustamos mas de ver comparar un modo con

otro modo; una accion con otra accion que una cosa con otra cosa; esto es, un *guerrero* con un leon, un *hombre veloz* con un ciervo, una *beldad* con un astro.

Por comparaciones, de que está llena la sagrada escritura, nos quiso dar á entender el sábio la malignidad y daños de la murmuracion: unas veces la compara á las navajas que cortan el cabello sin que se sienta; otras veces, á arcos y saetas, que tiran de lejos, y hieren á los ausentes, y otras, á las serpientes, que muerden de callada, y dejan la ponzoña en la herida. Otras veces compara el malo al arbolillo silvestre que nace en el desierto, que no verá el bien cuando viniere, sino antes estará desmedrado, y en perpétua sequedad, y en tierra salobre é inhabitada. Y al varon justo, que tiene su esperanza en el Señor, le compara al arbol plantado junto á las corrientes de las aguas, que con el beneficio de la humedad vecina extenderá sus raices, y sus hojas estarán siempre verdes, y nunca dejará de dar fruto.

La comparacion se forma de tres diferentes modos; ya bajando de mayor á menor; ya subiendo de menor á mayor; ya confrontando de igual á igual; ya por disparidad ó contraste.

DE MAYOR A MENOR. — Sea este el primer ejemplo de este grado de comparacion: «Si el intrépido Cesar tembló en Dirrachio, y se estremeció en Munda ¿cómo el soldado tímido y bisoño conservará serenidad á la voz de un asalto»? — Segundo ejemplo: «Si un gran príncipe es un hombre raro ¿qué será un gran legislador? El primero solo debe seguir la traza que propone el segundo; este es el artifice que inventa la máquina, y aquel el maquinista que la arma, y da juego y movimiento.» — Tercer ejemplo: «Es mas grave el pecado de los lisongeros que el de los testigos falsos; porque aquellos, con sus blanduras, no solo engañan al que alaban, mas tambien le corrompen y áfeminan. Y ¿quién hay que no los juzgue por dignos de mayor castigo, pues á los cobardes vuelven vanos, y á los necios insensatos?»

Reprehende el P. Marquez con esta comparacion á los que ofreciendose á seguir los consejos evangélicos, no cum-

plen bien los preceptos, diciendo: «¿Qué importa al religioso haber prometido tocar á la cumbre de la perfeccion, si despues no guarda ni aun la ley, y le aventaja el lego que no ha prometido nada?»

Exhortando el maestro Oliva á los tibios en la virtud, les arguye con esta comparacion: «Pues los antiguos romanos solian pelear en regiones extrañas, y pasar gravísimos trabajos por alcanzar en Roma un dia de triunfo con vanagloria mundana: ¿por qué nosotros no pelearemos de buena gana dentro de nosotros con los vicios, para triunfar en el cielo con gloria perdurable?»

De menor a mayor. — Dice Saavedra: «Si los buenos se suelen hacer malos en la grandeza de los puestos; los malos se harán peores en ellos.» — Oigamos al mismo autor en otra parte: «Y, si aun castigado é infamado, el vicio tiene imitadores; mas los tendria si fuese favorecido y exaltado.» — Dice asi Lorenzo Gracian: «Pide á sus plantas la sábia naturaleza un fruto en cada año: qué mucho lo pretenda en sus héroes la fama!»

Dice Patricio en la traduccion castellana de Garcés: «Decimos que la condicion y estado de los siervos es miserable porque no tienen querer, y si lo tienen, pende de la voluntad del Señor; y no miramos que los amantes son sin comparacion mas miserables pues tienen Señor mas importuno y cruel, que es el amor.»

Trata Saavedra de impíos é ignorantes á los que han opinado que el cristianismo se opone al valor de los guerreros, y lo confirma concluyendo con una comparacion: «No desestima nuestra religion lo magnánimo, antes nos anima á ello; no nos propone premios de gloria caduca y temporal, sino eternos, que han de durar al par de los siglos de Dios. Si animaba entre los gentiles una corona de laurel, que desde que se corta va descreciendo ¿cuánto mas anima ahora aquella inmortal de estrellas?»

De paridad. — Leemos en un autor filosófo y elocuente en sus pensamientos: «Asi cómo la religion pide manos puras para ofrecer sacrificios á la divinidad; las leyes quieren costumbres templadas para tener que sacrificar á la patria — En cualquier tiempo una nacion de hé-

rees haria infaliblemente su ruina, como los soldados del dragon de Cadmo, que se destrozaron unos á otros.»

Escribiendo Antonio Perez á un amigo, para justificarse del estilo festivo que usaba en sus cartas en medio de sus pesadumbres, introduce esta comparacion: «No se escandalicen sus oidos de oir algunas cartas de chufas y donaires, al parecer indignos de mi profesion, y contrarios al humor de mi fortuna. Tal nos enseñan los romeros y mendígos, que con todo su trabajo y cansancio se esfuerzan á pedir cantando, y tal les enseña á ellos la necesidad, maestra de todos.»

Iguala Fr. Luis de Leon á muchos impíos con los ladrones, y adulteros en sus deseos, de esta manera: «Los malos, aunque son rebeldes á la luz, muchos hay que no estan mal con ella; la de la razon huyen, mas aman esta visible, y de ella se sirven como el salteador, á quien sirve la del dia para bañar en sangre inocente los caminos, como el adultero la noche para amancillar los lechos agenos.»

Dice el mismo autor que la paz es, no solo amada generalmente de todos, sino el blanco á que dirigen sus intentos los hombres, y prosigue: «Si navega el mercader y corre los mares, es por tener paz con su codicia que le solicita y guerrea. Si el labrador con el sudor de su cara rompe la tierra; busca paz, alejando de sí, cuanto puede, el enemigo duro de la pobreza. Por la misma manera el que sigue el deleite, y el que anhela la honra, y el que brama por la venganza, buscan la paz, cada uno en sus pretensiones.»

Por una feliz comparacion explica el P. Nieremberg que al que no tiene de presente nada que conquiste su templanza, le basta menos esfuerzo de virtud, diciendo: «El que lo deja todo, deja la ocasion, fuérzase á querer solo á la virtud, tan esforzadamente como aquellos capitanes que derribaron los puentes, ó hundieron los navios, para no tener por donde huir, y quedar forzados á vencer, no confiando de su esperanza sino confirmada con la desesperacion.»

Leémos del obispo Guevara esta comparacion de una extructura diferente de la forma comun, y al mismo tiem-

po fácil y natural. « Los curiosos caminantes no preguntan que tal es el lugar, sino por el camino que va al lugar; quiero decir, que los varones heroícos y generosos no han de poner los ojos en la honra, sino en el camino de la virtud, que va á parar en la honra.»

El P. Roa, hablando de los humildes hasañeros, que buscan la opinion de la virtud, vendiendonos lo que no tienen, dice: Son como aquellos que, convidados con los oficios y puestos honrosos, porfian, no por dejarlos, sino por ser rogados, queriendo, como logreros, doblar el caudal de la honra, por tenerla, y por querer dejarla.» En esta oracion se introducen dos comparaciones sin ninguna violencia ni estudio, antes bien el asunto parece que las arroja de sí, y las enlaza para mayor declaracion de la idea.

Del mismo autor leemos otra comparacion doble, con que amplifica el pensamiento, cuando desengaña á una señorita de ilustrísima y opulentísima casa, que deseaba, y no se atrevia á dejar el siglo: «No te engañen (le decia) aquel resplandor y las grandezas que acompañan á los poderosos; que no por esto son mas dichosos que aquellos, cuya fiebre ó gota descansa en lecho de marfil ó de plata. En sus pechos, si se pudieran abrir, se verian los tormentos y carniceria que los escarpia. Rien muchas veces, mas no de veras; gózanse, mas de falso: no mas cierto que los condenados á muerte, presos en la carcel, piensan jugando engañarse, y nunca se engañan. Tienen sellado en el corazon aquel temor de muerte, y no se les cae de los ojos la imagen de ella.» Con cuánta oportunidad y verdad compara el autor el desasosiego de los poderosos al del gotoso y calenturiento! Y con qué imagen tan viva y patética iguala su falsa alegria á la congojosa de los reos de muerte!

Oigamos la grave y magnífica pintura que hace el P. Marquez de los troyanos vencidos, comparando su desgracia y el ánimo del hijo de Anchises con la del pueblo hebreo llevado cautivo á Babilonia, cuando dice; «Sacó Eneas del incendio de Troya el cetro y la ropa de Príamo, para poder enseñar que no habia podido la buena fortuna de los griegos acabar, con los edificios de la ciudad, todos los rastros del imperio de Asia, pues llevaba algun testimonio de su grandeza. Y llegando á una islita, clava un es-

cudo en las puertas de la ciudad con este blason. *Hac de Danais victoribus arma*: extraño señorío de ánimo, y aun insolencia por ventura, para dar á entender cuan poco le habia derribado la desgracia pasada, y cuan grande fé daba á los oráculos que le prometian el reino de Italia. Y el pueblo de Dios, saliendo cautivo, saca de Jerusalen los instrumentos de sus cánticos, reliquias de la paz que gozaba en su tierra para consolarse con ellos, y refrescar las memorias tristes de su querida patria. Llevaronlos tambien en protestacion de su fé, y en testimonio de esta, los colgaron en medio de la ciudad enemiga, sin que fuesen poderosos los caldéos á borrar este padron de su deshonra, que quedó escrito en las ramas de sus sauces. Este fue el primer trofeo que ejército vencido levantó en presencia de los vencedores.»

De Disparidad. — De esta manera de confrontar dos objetos viene á salir una comparacion, digamos, de orden inverso; porque resulta una oposicion ó contrariedad en la sentencia por algunas calidades, circunstancias, ó accidentes de dos cosas que se carean. Esta disparidad se manifiesta bien clara en el siguiente ejemplo de incierto autor: «¡Que acogida dió Trajano al mérito! En su reinado era permitido hablar y escribir con libertad, porque los escritores, heridos del resplandor de sus virtudes, no podian ser sino sus panegiristas. Cuan diferentes fueron Neron y Domiciano! Estos, tapando la boca á la verdad, impusieron silencio á los ingenios de los sábios, para que no trasladasen á las edades futuras la ignominia y horror de sus delitos.»

Esmaltada de vivísimas imágenes, y animada de vehemente expresion, es la comparacion que hace D. Diego Saavedra entre la paz y la guerra, en esta magnífica descripcion: «Hermosa llamó Dios á la paz por Isaias diciendo que en ella, como en flores, reposaría su pueblo. Aun las cosas que carecen de sentido, se regocijan con la paz. ¡Qué fértiles y alegres se ven los campos que ella cultiva! ¡Qué hermosas las ciudades, pintadas y ricas, con su sosiego! Y al contrario, ¡qué abrasadas las tierras por donde pasa la guerra! Apenas se conocen hoy en sus cadáveres las ciudades y castillos de Alemania: tinta en sangre mira Borgoña

la verde cabellèra de su altiva frente, rasgadas sus antes vistosas faldas, quedando espantada de sí misma. Ningun enemigo mayor de la naturaleza que la guerra. Quien fue autor de lo criado, lo fué de la paz: con ella se abraza la justicia.»

Oygamos como el P. Marquez realsa la constancia y fortaleza de San Pablo comparada con la de Teraménes, y de Sócrates: «Mucho espantó (dice) en el mundo la constancia de Teraménes, que en medio de treinta tiranos, tuvo osadia para brindar con el veneno al que tenia por mas enemigo de todos. Por milagro de fortaleza se tuvo el ánimo de Sócrates, que ni en vida ni en la hora de la muerte le vieron trocado el color. Pero ¿qué caso haremos de todos estos ejemplos, comparándolos con la constancia de San Pablo! con los trabajos de este grande Apostol, que de una carcel en otra, de un tribunal en otro, sin haber ira de juez, ni enojo de ministro que no hiciese en él pesadas experiencias, no pudieron divertirlo del amor de su Redentor!»

Hablando el P. Nieremberg de la paciencia, conocida antes de los gentiles bajo el nombre de fortaleza, y despues santificada por la religion cristiana; compárelas por disparidad de esta manera: «Esta virtud y la fortaleza tenian los filósofos por asiento y silla de la felicidad de esta vida: en orden á ella encaminaban entonces todos sus preceptos de virtud, y los que en ella se esmeraron fueron celebrados muchos, admirados todos. Ahora ha creido y madurado el fruto de esta virtud en filosofía cristiana, y le ha venido su miel y su leche suave. Antes solamente no era desabrida; pero ahora es ya sabrosa y dulce; y no solamente no huye los trabajos, sino los desea. Antes la paciencia consolaba en los trabajos, ahora da el parabien; y no solo no se entristece de padecer, sino se alegra, empezando á hacer la salva á toda la bienaventuranza de la otra vida.»

Como, cuando la fruta, en el arbol llega á tener su sazon, se suele caer de suyo, asi tiene su cierta sazon el vivir, á donde la vida misma, cuando llega, llama á la muerte. De este símil saca Fr. Luis de Leon esta comparacion por disparidad: «El bueno (dice) siempre muere bien, y el que muere bien, siempre muere en sazon. Al

contrario, á los malos, por mucho que vivan, les viene siempre sin tiempo la muerte, porque mueren antes que les convenga morir.»

El mismo autor, reprehendiendo á los hombres regalados el vicio de levantarse tarde de la cama, compara por contraste la costumbre de los animales con la de estos perezosos, diciendo: «Vemos que todos los dias los animales y la tierra, el ayre y los elementos á la venida del sol se alegran, y como para recibirle se hermosean y mejoran y ponen en público cada uno sus bienes; y los hombres, por un vicioso dormir ¡han de perder esta fiesta que hace al dador de la luz toda la naturaleza!»

Por otro contraste mas fuerte y enérgico hace la siguiente comparacion el mismo autor, hablando de ciertos hipócritas malvados: «Satanás (dice) se alejó de Dios para azotar á Job, no siendo hecho malo, segun el señor se lo ordenaba; y algunos se meten á Dios, y se visten de su religion, para ser su estrago de ella y su azote.»—Con igual fuerza de contrastada comparacion, y con imagen mas breve y enérgica, dice el P. *Zárate*: «Otros reyes se hacen llevar en hombros de sus vasallos: y tú, Señor, cargas todas las miserias de ellos en los tuyos propios.»

PARALELOS.

Son del género de la comparacion los *paralelos*, y generalmente versa el cotejo entre personas representadas por el aspecto de sus virtudes ó vicios, calidades, caracter, ú otras circunstancias, que los hacen semejantes ó desemejantes, en parte, ó en el todo.

El objeto de los paralelos debe ser muy notorio, y al mismo tiempo insigne, tanto en el término de comparacion como en las personas que se comparan. Así, Tito, Trajano, Marco Aurelio, Antonio y Enrique IV de Francia, serán siempre dechados de comparacion para príncipes benignos, humanos, sábios, pios, y magnánimos; de la manera que Neron, Calígula, Domiciano y Eliogábalo, para los crueles, bárbaros, atroces, y sensuales. Y así las heróicas ac-

ciones de Codro, Décio, Régulo y Curcio son ilustres términos de comparacion para los ciudadanos generosos que se han sacrificado por la pátria; las de Catilina, César, y Cromwel no le seran menos para los ambiciosos que han querido esclavizarla.

Entre Ciceron y Caton.

De incierto autor.

« En Ciceron la virtud era lo accesorio, y en Caton la gloria. Ciceron se preferia sobre todo, y Caton se olvidaba siempre de sí. Este queria salvar la república sin otro interes; y aquel por el de su gloria personal. Cuando Caton prevía, Ciceron temia; y donde el primero esperaba, confiaba el segundo. Caton veia las cosas con serenidad, y Ciceron entre celos y recelos. »

Entre un Sábio y un héroe.

De incierto autor.

« Todas las virtudes pertenecen al sábio; mas el héroe suple las que le faltan con el esplendor de las que posee. Las virtudes del primero son templadas, pero sin mezcla de vicios; y si el segundo tiene defectos, los borra la brillantez de sus hazañas. El uno, siempre sólido, no tiene cosa pequeña; y el otro, siempre grande, ninguna tiene mediana. »

Entre Neron y Eliogábalo.

Por Lorenzo Gracian.

«Execrable monstruo fué Neron, anfibio entre hombre y fiera; pero sacóle de la infamia Eliogábalo, aquel que aun de bruto degeneró, y de quien la misma memoria se afrenta. Tuvieron ambos abominables vicios de hombres y de reyes; pecaron á entrambas manos.»

Entre Caton y Temistocles.

Por Francisco Patricio.

«Que cosa pudo haber mas dura y severa que la determinacion de Caton, que por no mudar su áspera manera de vivir, quiso antes matarse que someterse al vencedor! César en dos solemnísimas oraciones no dejó de reprobar tan cruda y sangrienta sentencia como contra sí dió y ejecutó Caton. De otra manera lo hizo Temístocles, que quiso mas bien fiarse de la dudosa y bárbara fé de Jerges su enemigo, que determinar de sí cosa dura, ó esperar gracia de la reconciliada pátria.»

APENDICE II.

DEL ESTILO ALEGORICO.

El genio alegórico y simbólico de los antiguos pueblos era nacido de aquella inclinacion y gusto intelectual que condujo los sábios á cubrir sus lecciones con emblemas y enigmas que hiciesen la doctrina mas curiosa y apacible; y que con la viveza y bulto, digámoslo asi, de las imágenes, fuesen mas atractivas, y retenidas en la memoria con mayor facilidad.

Aquellos primeros sábios, cuyos sucesores, con menos arrogante nombre, quisieron llamarse filósofos, ó amigos de la filosofía, por medio de este ingenioso artificio hicieron palpables las verdades mas abstractas, trocaron en pinturas las proposiciones mas áridas, personificaron los entes morales é inanimados, y la naturaleza entera tomó un nuevo semblante. Lo mas metafísico se rebistió de perfecciones y formas corpóreas; y de las influencias celestes y sublunares en las criaturas se tejió una historia de personages ilustres, que dió origen á la theogonía. Este caracter alegórico se descubría en las metáforas, en las parábolas, en los enigmas, en los proverbios, en las fábulas, símbolos, opólogos, geroglíficos, y en los cuentos mitológicos, que son otros tantos géneros de alegorias.

Los Vates, ó primitivos poetas, que fueron por larga edad maestros de las buenas costumbres, correctores de la vida humana, dieron muchos preceptos de buen gobierno

y de policía civil debajo de algunas cubiertas y agradables ficciones: y á este fin, ya para formar un buen príncipe desde su tierna edad, ya para civilizar los hombres, parece que sacaron sus máximas de la fuente de la sabiduría. Mas, como aquellos hombres primitivos eran duros, agrestes, y casi indóciles, y de suyo mas inclinados á injurias y rapiñas que al trabajo, é industria; fué menester reducirlos y atraherlos á la equidad y justicia con algunos cuentos y fábulas suaves, desviandoles poco á poco de la rusticidad y fiereza.

Por causa de que hay algunos hombres tan aficionados á la vanagloria, que se precian y deleitan de mentirse á sí mismo, y se aman en tanto grado, que sin contradiccion creen todo lo que de sí oyen, dicen algunos griegos que fingieron los poetas aquella fábula de Ixion, enamorado perdidísimo de Juno, el cual pensando tenerla en sus brazos, se halló abrazado con una nube, de cuyo ayuntamiento fueron engendrados los centáuros: queriéndonos dar á entender que así los deseosos de vanagloria se requiebran y abrazan con la imagen vana de la virtud. Tal es el sentido moral de las fábulas místicas entre los primitivos filósofos.

Alegoría.

Para dar aquí una esplicacion exacta de lo que los retóricos llaman alegoría, la cual colocan, como dejamos dicho mas arriba, los unos entre los tropos, y yo, con otros muchos, entre las figuras de sentencia; diremos que no es lo mismo el estilo metafórico que el alegórico. La *metáfora* es una frase en que se junta la palabra figurada con la propia: asi se dice: *el fuego de sus ojos*, tomando la voz *ojos* en su sentido recto y natural, y la otra en el impropio ó translaticio. La *alegoria* pasa mas alla: forma una oracion perfecta, en que todas las palabras desde la primera tienen un sentido figurado, ó por mejor decir, todas forman desde el principio un sentido literal, que no es el que se quiere dar á entender entonces, hasta que al

fin se descubre el verdadero, descifrando al primero en la aplicacion por medio de una semejanza.

Las de este genero se llaman *alegorías puras*, como se verá en el ejemplo siguiente. «Mirad esta tierna yedra cuán estrechamente se abraza con el magestuoso olmo; de él saca el sustento, y su vida pende de este robusto bienhechor: ¡O! grandes de la tierra! Vosotros sois el amparo del pobre que os busca.» La aplicacion de los grandes á los olmos descubre y califica el sentido de alegórico por una comparacion.

Hay otro género de alegoría llamada *mixta*, porque está entretejida de voces, unas en el sentido propio, y otras en el transferido, que vienen á formar una composicion figurada de metáforas conformes al objeto principal. Un historiador, pintando el estado de Alemania, despues del atentado de Cromwell en Inglaterra, dice: «La Alemania, mezclando el estaño de los publicistas con el azogue de los teólogos, presentaba á la espada de las discordias civiles un espejo que detenia el brazo levantado del odio y de la ambicion.» En esta oracion las palabras propias son *Alemania*, *publicistas*, *teólogos*, *discordias*, *odio*, y *ambicion*; y las transferidas ó figuradas en relacion con aquellas son, *estaño*, *azógue*, *espejo*, *espada*, y *brazo*: viniendose á formar de la correlacion de semejanza de las unas con las otras un espejo moral, y sus efectos.

Escribiendo el P. Roa las vidas penitentes de algunas mujeres dignas de la luz de la historia, que ilustraron con su austera virtud á su patria, así arguye contra la tibieza de sus patricios con estas comparaciones alusivas, distribuidas en mixtas alegorías de imágenes diversas, que amplifican grandemente el pensamiento principal: «No hiere (dice) á nuestros deseos ejemplos pasados, aunque domésticos y crecidos de marca, porque nos parecen mayores de nuestro talle, miramos á sus autores como gigantes: estatura que no cabrá en nuestros cuerpos. Triunfamos con que, ni hace á los niños el calzado de Hércules, ni á David las armas de Saul; como si el dedo de Dios, que á nuestros mayores hizo grandes, no pudiese crear nuestra pequeñez, ó tubieramos nosotros presas las manos para no crujir la honda, y quitar la espada, y aun la cabeza, al gigante.»

Desde el principio corre la alegoría aunque interrumpida por distintas metáforas, si bien análogas al intento, bajo la idea de un cuerpo considerado en el estado de pequeñez é imbecilidad, y luego en el de robustez y grandeza, para triunfar con la fortaleza del vicio mas gigante.

Toda *alegoria*, sea de oracion entera, sea de una parte de ella, debe guardar en su curso la imagen principal de donde saca las otras acesórias, quiero decir, que estas deben ser, hasta concluir la composicion, análogas á la que es como archetypo de toda figura. Si el navio, por ejemplo, corriendo una tormenta, ha de representar la república combatida por la guerra civil; es necesario que á la *imágen* de navio naufragante, que es el objeto principal, sigan y correspondan las demas dependientes de ella, señalando las partes y movimientos del buque, la furia de los vientos, la braveza de las olas, y el peligro de los escollos; porque la alegoría hasta el fin continúa con el mismo género de translacion con que empezó. Seria monstruosa composicion si principiase por una inundacion, y finalizase con un incendio; ó si por la fiereza de leon, y acabase con un terremoto. Tal es la de un escritor nuestro, y de los mas elocuentes de nuestro siglo de oro, cuando dice: *Como este mundo sea, por una parte un mar tempestuoso y desierto, lleno de tantos salteadores, y bestias fieras; y por otra parte.....* El mundo no se puede tomar debajo de dos imágenes tan distintas dentro de una misma idea: ó ha de ser todo mar, ó todo tierra.

Aun en la *alegoría*, compuesta y perfecta segun todo el artificio retórico, se puede cometer algunos vicios, en que suelen caer escritores elocuentes, en quienes luce mas el ingenio que el buen gusto; porque en todas las cosas debe haber término y modo, que es la sabiduria y discrecion del arte de bien decir. Como una alegoría es una serie de objetos comparados entre si; es imposible que esta comparacion sea difusa y exacta juntamente. Asi acontece que, cuando se quiere comparar todas las partes y circunstancias del objeto principal, no se halla perfecta correlacion y semejanza entre todas.

En este vicio caen aquellos que creen que todos los objetos son dignos de representarse con un rasgo metafó-

rico, y que todas las circunstancias han de especificarse para enrriquecer la composicion: trabajo vano y pueril. De los dos objetos de que se forma la alegoría solo se deben comparar las principales relaciones que tienen entre sí; y aun de estas, las mas excelentes, las mas magníficas, las mas conocidas; y las mas conducentes á la intencion del orador.

Repitamos, para ejemplo y confirmacion de esta última doctrina, la alegoría del *navío* comparado con la *república*. En la relacion de estos dos objetos principales, en sacando del navio el *capitan* comparado con el que está revestido de la suprema autoridad, la *brújula* con las leyes, las *olas* con las facciones; los *vientos* con los ambiciosos, y los *escollos* con los traydores, &c.; todo lo demas, como la *quilla*, el *bauprés*, la *escota*, el *trinquete*, los *balances*, las *arfadas*, las *orzadas*, &c. ¿con qué se pretenderá compararlo que no sea menudo, ignoble y ridículo? Cuales son las cosas que se han decir, y cuales las que se han de callar, la sabiduria lo enseña; pero ésta no se enseña, aunque se aprende errando, corrigiendo, y meditando.

Hay tambien alegorías que, miradas por la parte de su artificio, son regulares, y bien sostenidas bajo de la idea principal desde el principio hasta el fin; y sin embargo son violentas y disparatadas por la incoherencia de cada metáfora tomada en si sola. Por este gusto y estilo escribia un autor nuestro del siglo XVII en la dedicatoria de su libro á una Reyna: *Las olas de mi temor, y el huracan de mi indignidad, no sumergieron la nave de mi razon, que navegaba al puerto de vuestra clemencia.* &c. ¿Qué necesidad tenia el autor de hacer alegórica esta demostracion, que es mas abatimiento que obsequio? ¿No sería mas clara, natural, y expresiva, si fuese sencilla? En fin cuando no fuese impertinente la alegoria ¿ qué relacion de semejanza hay entre un *huracán* y la *indignidad*, entre una *nave* y la *razon* del hombre? Que los afectos del temor, siendo una turbacion del ánimo, se comparen á la agitacion de las *olas*, podria pasar, perdonándole la afectacion: que la *clemencia*, que ampara á los reos, se compare al *puerto*, que abriga las naves, está bien; mas

el autor ¿habia cometido algun delito por ser escritor, pues pedia perdon, implorando la clemencia real? En este solo ejemplo se manifiesta de muchas maneras cuan facil cosa es á los que no pesan sus expresiones en la balanza del juicio y buen gusto, ostentar su ingeniosa é impertinente fecundidad.

Cuán diferente es la *alegoría* con que Antonio Perez pinta sus trabajos á su muger, cuando estaba retrahido, y sin esperanza de mejor fortuna, huyendo de la persecucion! Así le escribe para animarla en alguna manera en los que ella padecia en la prision: «Señora: yo remo y brazeo en seco; no hay agua necesaria para navegar: no hay viento para las velas de mi deseo, sino el de mis gemidos y suspiros de verme sin ningun movimiento á ningun puerto sino al de la sepultura.» ¡Qué viveza de imágenes! ¡Qué propiedad y relacion guardan entre sí! Y cómo conspiran todos á un punto final que es el puerto, y por comparacion desesperada la sepultura! El agua, los remos, las velas, el viento ¡qué lindamente juegan en su lugar, y como enlazan toda la construccion de la alegoría.

Aunque es muy natural hablar con metáforas, porque la imaginacion, que ve las cosas palpables, tuvo gran parte en la formacion de las lenguas, no es tan natural tejer una larga composicion con una continuada metáfora; que es obra de mucho estudio y poco á propósito para persuadir y deleitar los ánimos. Entonces la profusion misma de las figuras confundiria la razon del oyente, como acontece en un cuadro alegórico muy cargado de figuras que confunden la vista, y no dejan descubrir la historia y objeto de aquella composicion. Todavia es confusion mas desagradabla cuando se mezcla el lenguage metafórico con el sencillo dentro de un mismo período, de suerte que empiece en sentido figurado, y acabe en el literal.

Son bien recibidas de todos los animos bien templados aquellas alegorías breves y ligeras, llamadas por la naturaleza del asunto, y embebidas dentro de la oracion para darle espíritu, ornato, y gracia al mismo tiempo. En la pintura que hace un elocuente orador del renacimiento de la buena filosofia, dice: «Despues de tantos siglos que los hombres andaban á tientas entre las tinieblas de la escue-

la, Descartes dió el hilo, y Newton las alas para salir del laberinto.» Esta alegoría es perfecta, y formada con alusion á un hecho de la historia fabulosa del laberinto de Creta, de cuyo tenebroso encierro huyó Dédalo con álas que inventó, habiéndole dado Ariadne el hilo para salir de aquella intrincada obscuridad.

Con alusion tambien á la fábula del dragon de Cadmo, y á la formacion fingida de la via lactea, dice otro escritor, hablando de los efectos de la agricultura: «La agricultura con los frutos de la tierra produce los hombres, y con los hombres la riqueza. No siembra los dientes del dragon para parir soldados que se aniquilen; antes derrama la leche de Venus, que puebla al cielo de innumerable multitud de estrellas.» En esta oracion se encierran dos alegorias por desemejanza; en la una se aniquilan los hombres, y en la otra se multiplican,

En este género de alegorias vale poco la oportunidad de las imágenes alusivas, si por otra parte borran su mérito la profusion y el abuso de símiles favoritos, sacados, ó de la mitologia, que tiene cierto aire de pedanteria; ó de la historia natural, y otras ciencias físico-matemáticas, que es otro nuevo género de pedantería que se ha introducido en la elocuencia extrangera, y va inficionando á la nuestra.

Son bien recibidas, y lo serán siempre, las fáciles y naturales, sacadas de objetos comunes, mas no vulgares, de asuntos mas conocidos, y por tanto mas vivos y enérgicos porque nos hablan de mas cerca.

Oigamos al P. Marquez pintando como por los ojos entran las tentaciones, y peligra la flaqueza humana: «Pueden poco los soldados del enemigo para tomar la fortaleza de la razon, si no entran por los sentidos, puertas cosarias de nuestro daño.» Aqui se saca la idea de la toma de una plaza por algun portillo descuidado.

Por una idea, casi semejante y escogida, y llevada hasta el fin con igual curso de principal metáfora, dice el P. Siguenza: «El enemigo mas fuerte es nuestra concupiscencia: abresele la puerta como ladron de casa, y por alli se lanza con nuestro consentimiento. Puesto dentro, enseñoréase como tirano, y tratanos como esclavos.»—El

mismo autor en la introducion á la historia de San Gerónimo, haciendo un paralelo de la grandeza de la historia profana con la humildad de la que le tocó escribir, toma la defensa de esta, diciendo: «Tiene la historia santa sus ornamentos propios, con que se viste y hermosea aquella que parece desnudez. Hay en ella sus propias fuentes donde, sin pensar, manan y nacen entre las manos los avisos y los gustos.»

El inmortal Miguel de Cervantes, tan feliz en dar vida, cuerpo y accion á lo mas inanimado é inerte del reyno intelectual, pinta á la poesia de está manera: «La poesia es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada, que se contiene en los límites de la discrecion mas alta. Es amiga de la soledad: las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, y las flores la alegran.» En las prendas y conducta de esta fingida doncella ¿no se representan bellísimamente todos los géneros de poesia, lírica, y bucólica?

El P. Nieremberg, hablando del enlazamiento y conexion que tienen entre sí todas las virtudes morales para hacernos vivir bien, continua: «son joyas tan preciosas, que no quiso la naturaleza, cuidadosa de nuestro bien, tenerlas desbaratadas, ni, al modo de las cosas perdidas, cada una de por sí; sino que, como perlas riquísimas, las encargó como en una sarta de sumo valor para atavío del alma.» ¡Qué felizmente sostiene la idea de *perlas* y de su uso, hasta formar una sarta de virtudes!

De todos los malos se dice en el Libro de Job que *fueron cortados sin hora*, como si dijera, que su maldad pide que no dure su dicha, ni que sea ordinario su fin, como á otros acontece. Expónelo el Maestro Fr. Luis de Leon con esta pintura alegórica. «No se caen de suyo como arbol que ya el tiempo tiene seco, sino cortados verdes, y antes de tiempo: porque, á la verdad, por tarde que les venga el castigo, para lo que toca á su sazon siempre viene temprano, pues nunca llegó á madurez: siempre estan en la flor de su vanidad, y en el verdor de sus vicios; y mueren siempre cuando les está muy mal el morir.»

Pretendiendo probar que de ningun vicio somos ofendidos mas presto que del de la carne, píntalo el P. Roa

con estos colores y propiedades: «Jamás se satisface; siempre tiene hambre de sí mismo: su deseo lleno está de congojas, su hartura de dolor. Traydor es á su propio dueño, ladron de casa; dentro vive de nosotros mismos, jamás se aparta de nosotros: en el yermo mas desierto, en la soledad mas callada, en las breñas y riscos mas ásperos, alli nos sigue y acecha, y teniéndonos debajo, su lanza hace en nosotros carniceria.» Bien vale tanto, y no quiero decir mas, esta pintura como la del *peregrinantur*, *rusticantur* de Ciceron personificando á las letras. El autor, hablando en otra parte del mismo vicio, que hace sus primeros tiros á los jóvenes, dice con no menos propiedad, y aun con mas energia: «Son las armas de la sensualidad las primeras y mas fuertes que juega el vicio contra la juventud, mas dañosas como menos aborrecidas: salen de nuestra aljaba, y hieren lisongeando el sentido.» Esta última cláusula es toda el alma del discurso: ¿qué serian aquellas armas sin esta aljaba? Medítelo el lector.

Hablando de las tentaciones y peligros á que expone á los que siguen el camino de la perfeccion el poco recato de los ojos, dice el mismo autor: «Son los ojos ventanas del alma, por donde se derrama en las cosas visibles, y por donde saltean estas su tesoro, y se apoderan de la torre de su homenage.»

Escribiendo Antonio Perez á uno de sus hijos que habia salido de prision, y suspiraba con los demas hermanos, por ver á su padre, á la sazon refugiado en Francia, le dice estas sentidísimas palabras: «Ah! hijo mio! Cuánto quisiera yo lo que vos, y ver asidas esas ramas á su tronco! Tronco solo, cual me ha dejado desgajado y desnudo de ramas y hojas esa ventisca de furor é ira. Dios lo hará; que no sufre tal golpe de gemidos sin moverse.» ¡Qué objeto mas própiamente escogido que el *árbol*, azotado del huracan, para pintar su persecucion! donde las *ramas* convertidas en hijos, y la *ventisca* en furor de sus perseguidores, forman el emblema de un desgraciado mortal. Bien vale, en otro sentido, el de la oda de Horacio: *Justum et tenacem propositi virum*, en que pinta al varon fuerte.

Sea ejemplo magnífico de otra alegoria bien sostenida y animada lo que escribe el mismo autor, hablando con

el Rey de Francia Enrique IV, cuando le envió la relacion impresa de sus desgracias y persecuciones movidas del enojo de otro Rey: « Quizá le será á V. M. de gran advertimiento el oir la suma de esta historia, porque los grandes maestros y artífices suelen aprender mas de un error grande en su profesion que de sus acertamientos, como los grandes marineros del escarmiento del encuentro de otro marinero en un escollo. Y ningun peñasco mas peligroso para dar al traves navios grandes que la pasion. Pues ¿qué será si á todas velas del poder absoluto? No suele entonces quedar raja entera del navio. » Empieza esta composicion por una comparacion noble, y acaba con una semejanza vivísima, y bien adecuada que, á pesar de ser tomada de un objeto muy comun por muy usado, recibe un semblante nuevo por la oportunidad y eleccion de las metáforas.

El mismo autor hablando de la paciencia y serenidad con que hasta entonces habia padecido una persecucion tras otra, habituado ya á fuerza de golpes á sufrirlos, dice que la verdadera escuela para aprender no son las camas de flores de los favoritos de la fortuna, sino dolores y aventuras propias y agenas; y continua de esta manera: « Venturoso el que aprende en cabeza agena: que yo ya me canso de ser cirujano por bien acuchillado, y cuerpo de anatomia, y de sufrir los golpes de tantos cirujanos como van sobreviniendo, y se van ejercitando en esta carne mómia cada dia. Guárdense, pues, que el cuchillo, si se desliza de la mano, corta al que hiere como al herido, así como al leonero, que suele morir las mas veces en las manos y garras del leon. » ¡Que verdad y espíritu hay en esta semejanza, sacada de un objeto tan material y mecánico como la cirugia! pero el autor lo dignifica por la buena aplicacion de las circunstancias que ha elegido, y de la compasácion con que cierra el último pensamiento.

Pueden en una misma composicion, entrar distintas alegorias, que varien la imagen de la semejanza, sin variar el pensamiento principal, siempre que cada una deje perfecta la sentencia. Por este término Fr. Luis de Granada convierte la esperanza en áncora, luego en escudo, y despues en báculo, distinguiendo en las tres imágenes

tres símiles, y formando tres oraciones separadas sin separarse de la idea ó proposicion general á donde van todas ordenadas. Dice que solo Dios es nuestra esperanza en los peligros, en las adversidades, y en las necesidades, y acomodando á cada uno de estos tres casos su consideracion distinta, prosigue: «Si la esperanza viva es el áncora de nuestra vida ¿cómo osa nadie éntrar en el golfo de este siglo tan tempestuoso sin el socorro de esta áncora? Y si la esperanza es el escudo conque nos defendemos del enemigo ¿cómo andan los hombres sin este escudo en medio de tantos enemigos? Y si la esperanza es el báculo conque se sostiene la naturaleza humana despues de aquella general dolencia ¿qué será el hombre flaco sin el arrimo de este báculo?».

De la alegoria pura nacen, como de una fuente comun, los proverbios, los apólogos, los símbolos, los emblemas y los enigmas; de todo lo cual hablarémos ahora separadamente.

Proverbios.

Esta locucion figurada, cuya sentencia moral está embozada debajo de un velo alegórico, ó histórico, es llamada *proverbio*, *adajio*, y vulgarmente *refran*, que es propiamente un célebre dicho antiguo, aunque nuevo en la aplicacion; y así se puede repetir aquí lo que un autor clásico dijo: que para que las cosas que se dicen tengan gracia, se han de decir las nuevas como comunes, y las comunes, como nuevas. Que sean figuras de ornato en la oracion es constante, por que salen y se apartan del comun modo de hablar, y asi conviene que les acompañe el uso y la doctrina para autorizarlos.

La celebridad de los adajios nació de los oráculos de la gentilidad, de los apotegmas de los sábios; de alguna sentencia proferida en el teatro y bien recibida del público, de alguna fábula, historia ó suceso notable: finalmente de las costumbres, condicion y género de vida de alguna nacion ó persona particular, por alguna razon excelente, notoria, y comun á todos. Tienen gran eficacia y energía

para la enseñanza moral y civil, abundando, como abundan, de sábios documentos para la vida pública y privada, avivados con bellas imágenes y alusiones, vestidos siempre con un velo, ya alegórico, yá enfático en estilo llano, breve, y sencillo, que da mas valor á la sentencia que encierran.

De estas locuciones abunda acaso la lengua española mas que ninguna; y no son su menos preciosa gala, asi por su agudeza y concepto, como por su forma y extructura elegante, y buen sonido. Son muy provechosos, y aun necesarios, principalmente para persuadir, para moralizar, y para vestir la desnudez de la verdad. Sazonan los escritos festivos y caen bien en la boca del hombre usados con oportunidad y economía: lo contrario sería abuso muy reprobado. Podrán usarse alguna vez en principio de un discurso, ó proposicion como argumento; ó interpolados entre medias con algun correctivo que excuse su introduccion; ó al fin, por modo de epifonéma, ó aclamacion. Y como el proverbio se debe usar á modo de saynete, y no de plato principal importa algunas veces hacerle una precapcion de esta ú la otra forma: *como dice el refrán....nos advierte un refrán... bien dice aquel refrán... allá nos dice un refrán...*.

Se pueden dividir los refranes en históricos, simbólicos y literales; y como de todas estas especies abunda la lengua española, pondrémos á la vista del lector algunos escojidos en gracia de la misma lengua.

¡Quanta moralidad y concepto encierran debajo de su corteza que les da un ayre de enigmas! *Una golondrina no hace verano*: entiendase que un ejemplar no hace regla. *Hijos de tus bragas, y bueyes de tus bacas*: entiendase el mayor cuidado que se tiene de las cosas propias respecto á las agenas. *Quien á buen arbol se arrima buena sombra le cobija*: nada mas quiere decir sino la fortuna que logra el que tiene proteccion poderosa.—De los *históricos* podemos citar estos por ejemplo: *No se ganó Zamora en una hora*; esto es, que las cosas grandes y árduas necesitan de tiempo para ejecutarse, ó lograrse; aludiendo al sitio porfiado y largo que sufrió aquella ciudad.—De los *simbólicos* sirvan de ejemplo los siguientes: *cada obeja con su pareja*; esto es, que cada uno se iguale con solo los de su esfera, sin pre-

tender ser mayor, ó bajarse á ser menor de lo que le compete. *Cada cabello hace su sombra en el suelo*; para significar que no se debe despreciar alguna cosa por pequeña que sea. *Da Dios alas á la hormiga para que se pierda mas aina*; es decir, que suelen perderse, ó acabar desgraciadamente los que llegan á grandes empleos y fortuna, sino hacen buen uso de ellos. *De pequeña centella, gran hoguera*; esto es que de un leve motivo se suele levantar gran discordia. *De mal cuervo mal huevo*; es decir que de padre malo suele salir el hijo malo. *El buey suelto bien se lame*: en que se denota cuan apreciable es la libertad.

Algunos refranes son sentencias, pues no tienen otro sentido que el literal, como estos: *Lo mucho gasta, y lo poco basta—Mas da el duro que el desnudo—El mandar no quiere par—Obras son amores y no buenas razones—Poco daño espanta y mucho amansa—Duelos con pan son menos—Acometa quien quiera; el fuerte espera.—Bien vengas mal si vienes solo.—Bien ama quien nunca olvida.—Del viejo el consejo.—Gloria vana, florece, y no grana.*

Apotegmas.

A la clase de los proverbios pertenecen los apotegmas, ora estén recibidos como adagios, ora no; y bien que convengan con estos en la agudeza y brevedad de la sentencia, hay esta diferencia, que los apotegmas son unos dichos mas notables y graves, autorizados con el nombre de algun príncipe, héroe, filósofo, capitan, ó legislador de la antigüedad, que nos ha conservado la historia; y bajo de esta consideracion tienen gran lugar en los escritos sérios, y no desdicen del estilo sostenido y noble, donde se suelen citar para adorno, lustre, y gracia del discurso, sea histórico, sea moral.

Y aun cuando de su lectura no se aprendiese mas que ejemplos insignes de bien decir; el deleyte de oir hablar como traidos á nuestra compañía los ilustres varones que ya no existen; sería siempre un entretenimiento provechoso conocer el caracter, las costumbres, y el ingenio

de cada cual; porque, como dice muy bien Demócrito, y antes Salomon: *las palabras del hombre son la imagen de su vida.* Los nuestros, dice Ciceron, quisieron que las cosas que dijesemos graciosas, breves, y agudas se llamasen decires, como es este del mismo orador: *al fuerte no puede serle la muerte pesada, ni al consul temprana, ni al sábio miserable.*

No pretendemos hacer aqui colecciones de estos dichos y sentencias, ni amenizar las vidas de sus autores, como hicieron Plutarco, Diógenes Laercio y Valerio Maximo; sino para enseñar como el buen escritor que quiere dar valor á sus argumentos, y peso á sus proposiciones, recurre á estos ejemplos para hacer mas florida, agradable, y espléndida la narracion.

De estos sentenciosos dichos sacamos otros tantos testimonios de filosofiia y de política, para apoyar las sanas maximas que sostenemos, ó para rebatir las erradas que reprobamos, atribuyendo por este medio nuestra intencion á sus autores. Y asi tomarán fuerzas, y cobran crédito y autoridad, nuestros pensamientos cuando concuerdan con los decretos de Platon, con los preceptos de Qilon, con las sentencias de Bias, con las respuestas de Diógenes, los consejos de Pítaco, las máximas de Agesiláo, &c.

No basta la autoridad de estos ilustres varones para confirmacion ó comprobacion de nuestro propósito; es menester la oportunidad en su aplicacion, y la economia en el uso de ella, por no hacer un pedantesco alarde de las riquezas de este género de erudicion. Pero el buen gusto dicta todavia otras reglas para introducir sin violencia estos varones en nuestra conversacion, poniendolos siempre en lugar eminente, que los haga mas visibles, y sus dichos sirvan como de tema para comenzar nuestras razones, ó de apoyo para concluirlas.

Pondrémos de esta eleccion del primir lugar dos ejemplos. Empieza asi su proposicion un autor: « Mas quiero la cítara de Aquiles, dijo Alejandro, cuando entró en Ilion, á los que le ofrecieron enseñarle entre otras antiguallas, la de Páris. Aquel al son de la suya solia cantar las hazañas de los fuertes, y con la del otro se cantaban las blanduras de Venus y sus alhagüeños melindres » Prosigue el discurso

acerca del caracter del valor, y del deseo de gloria en los hombres esforzados. Tendria menos eficacia y novedad ésta proposicion, si en lugar de dar principio con esta abrupcion, comenzáse: *Cuando Alejandro entró en Ilion, dijo á los que le ofrecieron enseñar la cítara de Paris, mas quiero la de Aquiles.....*

Oygamos á otro autor no menos eloeuente, como rompe su discurso para probar que el valor no constituye á los héroes, sino la fortaleza; y entra de esta manera: «Si yo no fuera quien soy, quisiera ser Diógenes, dijo Alejandro al filósofo. No con menos razon podía el estoyco responderle lo mismo, y quedáran ambos estimados en su justo valor.»

Leemos en otro autor igual introduccion á manera de thema: «Si no fueses sediento de dineros, nunca trastornaras los huesos de los muertos: asi decian unas letras, que fue lo único que halló Darío dentro del sepulcro de Semiramis, cuando su codicia le llevó á abrirle, movido de esta inscripcion puesta por la reyna al tiempo de labrarse su túmulo: *El rey que hubiese menester dineros, derribe el sepulcro, y tome lo que quisiere.* Esta burla y desengaño puede servir de advertencia y escarmiento á los codiciosos que.... »

Leemos en los escritos morales de otro autor la siguiente introduccion: «Cuando á Dario, al tiempo de abrir una granada, le preguntaron de qué querria tener tanto número como habia allí multitud de granos? respondió, de Zopíros. Muy bien quiso significar esta respuesta que ninguna cosa debe ser mas preciada ni deseada de un rey que los buenos y leales amigos.»

Cambiando el orden de la oracion, puede sentarse la proposicion, y concluir con el testimonio de la sentencia ó dicho que se quiere traer por autoridad, como lo hace el mismo autor con una preparacion antes de sentar el caso: «Muy bien (dice) amonestaba Pitágoras á sus discípulos que nunca hiciesen ó dijesen cosa alguna estando coléricos. Así Arquita Tarentino, por seguir al maestro, habiéndose enojado contra un esclavo, díjole: Castigárate yo ahora si no estuviera airado.»

Por igual manera entra otro autor reservando la auto-

ridad del apotegma para concluir su oracion, y sellarla con este ejemplo: «No se ha de creer que los trabajos de los que reynan sean menores que los de aquellos que pasan vida privada, ora sea en paz, ora en guerra. No puede haber cosa mas dificil que gobernar bien; tanto que no me parece muy sin donayre aquel dicho de Tiberio: nadie sabe cuan gran béstia es el imperio, quien solia decir á sus amigos: que en ser emperador tenia el lobo por las orejas.»

Hablanbo Saavedra de los males que trae una guerra dice: «Son medrosas las leyes, que se retiran y callan cuando ven las lanzas: por esto dijo Mario, excusándose de haber cometido en la guerra algunas cosas contra la ley, que no lo habia oido con el ruido de las armas»

Apólogos.

Es el apólogo una ficcion que atribuye lengua racional á entes incapaces de razon. Cuanta eficácia tengan los apólogos para persuadir, autores sagrados y profanos nos lo enseñan en muchos lugares. En el sagrado texto se lee la fábula de las plantas que tratan de elegir un rey, y se ven al fin precisadas á nombrar la cambronera. (lib. judic. cap. IX.)

Dos maestros de la elocuencia hablan por muchos. Quintiliano en sus instituciones oratorias atribuye su invencion á Hesiodo, y los aprueba para mover los ánimos, y lo confirma Tito Livio con el ejemplo de Menenio Agripa que redujo la plebe en la gracia del Senado, propuesto el apólogo de los miembros del cuerpo conjurados contra el estómago. Y Aristóteles en su retórica les da particular excelencia para persuadir. No siempre, dice, se hallan ejemplos y símiles proporcionados á nuestro intento; y entonces se puede inventar un apólogo que supla esta falta, y aun consiga mejor el efecto, por ser muy acomadados para mover al pueblo.

En efecto ¿con qué fin fueron tan ingeniosamente inventadas y escritas por los sábios antiguos tantas fábulas y transformaciones, sino para amansar á los hombres fieros, y enseñar á los ignorantes?

El que en las fábulas de Esópo no viera mas que una conversacion entre dos animales, nada veria; y tomando la fábula por la verdad, erraria el fin de medio á medio. Y fuera mas bobo todavía si imaginase que el autor de estas ficciones creia realmente que habian hablado aquellos irracionales. Y ¿quién, por bárbaro que sea, oyendo que Orfeo al son de la cítara atrahia á sí las fieras y aun los peñascos, no conocerá la verdad de esta mentira?

Tambien se fingen héroes para ilustrar la fábula moral, como se reconoce en Homero, que encierra en su Iliada un género de doctrina callada y encubierta, entretegida de alegorias para mover y deleitar. Y algunos creen fue el intento del poeta instituir algun príncipe, por que no solo hay en sus obras documentos y abisos militares, mas tambien preceptos políticos y alabanzas de muchos reyes y capitanes con deseo de que con sus hechos se enciendan los que los lean, y procuren adquirir semejante gloria. Para encarecer el poder de este estimulo, se cuenta que Theséo y Pyritóo, envidiosos de lo que los poetas cantaban en alabanza de Hércules, salieron lejos de su tierra á perpetuar sus nombres de lo cual nació decirse que habian bajado á los infiernos. Dion pretende mostrar que Homero fue dechado, y aun príncipe, de la filosofia moral, como de otras ciencias. En Ulíses pone todas las fuerzas y dotes de ingenio, industria, prudencia, y conocimiento de varias cosas: en Aquiles fortaleza del ánimo y valentia corporal; y con ello le atribuye una arrebatada é inplacable ira que le era como piedra en que aguzaba su esfuerzo; y en Diomedes, una cierta modestia con que solia aplacar cualquiera hinchazon airada, y que jamas en dicho ú hecho supo hacer injuria á nadie.

Parábolas.

Las narraciones de algun suceso que se finge, para sacar de él alguna moralidad, ó instrucion por comparacion ó semejanza, son *parábolas*, distintas de las fábulas mora-

les ó apólogos, por que en ellas los interlocutores que se introducen siempre son racionales. Y aúnque la *parábola* es una especie de alegoría, parece que las dos se diferencian por sus objetos: las máximas morales lo son de la primera, y los hechos históricos de la segunda. Ambas se disfrazan con cierto velo enigmático, que el buen escritor podrá hacerle mas ó menos transparente.

El estilo parabólico entretiene la imaginacion y excita la curiosidad; por eso capta la atencion y ánimo del pueblo, que se complace de todo lo que le mueve y ocupa. Cristo se sirvió de las parábolas como instrumento poderoso para introducir su doctrina de un modo indirecto y mas suave en el corazon del pueblo judió. Tales son la de las Vírgenes, cinco fátuas y cinco sábias, en el evangelio de S. Mateo, para amonestarnos que velemos y estémos prevenidos, pues no sabemos el dia ni la hora en que irémos á dar cuenta á Dios. Tales la del hijo pródigo, y la de la viuda, &c.

Las verdades hallan una entrada mas fácil por medio de estas narraciones alegóricas, que desengaña con mas dulzura y provecho. « Un rey (dice Plutarco) creyendo que el oro hacia la riqueza, aniquilaba sus vasallos en el trabajo de las minas; y como viesen que todo perecia, recurrieron á la reyna. Esta mandó hacer secretamente panes, manjares, y frutas de oro, y lo hizo servir en la mesa de su marido, que se alegró de aquella vista; pero luego sintió hambre y pidió de comer. No tenemos sino oro, respondió la reyna, porque como los campos están incultos, y nada producen, se os sirve lo único que nos queda, y llena vuestro gusto. » El Rey entendió la advertencia y se corrigió.

A este género de figuras pertenecen las composiciones alegóricas, que con el título de *cuentos*, *fábulas* y *sueños* han llenado tantos libros desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias.

Enigmas.

El *enigma* es tambien una especie de alegoría, que oculta artificiosamente el objeto á que conviene, y es que se le

propone adivinar. Los enigmas son semejantes á los problemas: fórmanse por una dificultosa cuestion de las contrariedades del sujeto, haciéndolo oscuro y dificil de descifrar; y no como las demas alegorías, que se presentan de tal modo que puede hacerse facilmente su aplicacion. Son del genio de los orientales, entre quienes siempre fueron cubiertas las doctrinas y avisos con sombras misteriosas para hacer la verdad menos ofensiva. Dicese que un gimnosofista indio inventó el juego del ajedrez para advertir á su Nabab las obligaciones y peligros de su dignidad.

El enigma del panal de miel hallado en la boca del leon muerto, que se lee en el libro de los Jueces, es un emblema alegórico muy enérgico. La mano de Dios que escribe en la pared estas palabras: *Mena*, *Thequel*, *U-parsin*, peso, ligereza, division (sentencia mas concisa que ninguna de los Lacedemonios tan celebradas) nos da otro ejemplo manifiesto del estilo alegórico de los pueblos antiguos. Otro se lée en el Capítulo XII. del Eclesiástico de Salomon, que empieza: *Los guardas de la casa tiemblan.* Diógenes Laercio nos ha conservado este enigma de Cléobulo, uno de los siete sábios de Grecia: *Doce hijos de un mismo padre tuvieron cada uno treinta hijas morenas y treinta blancas, que tuvieron la virtud de ser inmortales; y sin embargo ninguna se libró de la muerte.* Tal era entonces el vasto imperio de la alegoria.

En este género de invencion debemos trasladar aqui una pintura que hace un autor nuestro del siglo del gusto alegórico, en que representa por una enigmática comparacion á un poeta muy vano, cuyos versos eran robos de obras agenas, y dice: «Veis aquel hermoso pájaro de tan vária y magestuosa pompa que presume la gracia de Juno, y por quien el pavón está ya humilde, si no envidioso; sabed que es un cuervo que, si hubiera de resistir las plumas que ha hurtado á otras aves, y pagar las que tiene prestadas, se quedára en carnes, y aun en los huesos.

Sin embargo, no debemos confundir el enigma considerado como *figura*, introducida de propósito en la composicion, con el estilo enigmático. Aquella puede tomarse por manera de sombra, de que sirve el pintor para templar y contrastar la demasiada luz; ó si se quiere, como

un lunar aplicado con ingeniosa oportunidad en un rostro cándido no sin alguna significacion. Pero lo otro será siempre un vicio en la verdadera elocuencia, porque lo es todo abuso; y toda obscuridad, ya nazca de estudio, ó de mal gusto, ó de impericia, es contraria á la declaracion de nuestros pensamientos.

FILOSOFIA

DE LA

ELOCUENCIA EXTERIOR.

Actio est eloquendi comes, et quasi corporis quædam elocuentia.
Cic. in orat.

La elocuencia escrita es como la música sobre el papel; ambas yacen allí muertas, y ambas necesitan del auxilio de la voz, y tambien de la accion, que les dé espíritu y vida para excitar el oido y corazon del oyente. No por otra causa es ésta parte de la elocucion oratoria la mas esencial al que ha de mover y persuadir á otros; pues el fruto y la gloria que con la pronunciacion alcanzaron los antiguos son el mayor testimonio del esmero con que cultivaron este arte dichoso, y el mas eficaz ejemplo de la importancia de su estudio para los modernos.

Con unas mismas palabras podrá el que habla, ó lée, mover á risa, ó á llanto, á lástima, ó á indignacion. Tanto imperio tiene la voz viva en los ánimos, y tanta influencia el talento de decir, que si no mas dificil, es mas raro que el de escribir; y cuando no haya ganado siempre tan sólida y duradera fama, ha ganado en recompensa mas triunfos, y aplausos mas lisongeros, por nacer estos del movimiento, y presencia popular.

Claro está que es grande la diferencia entre el orador que habla á sus oyentes y el que escribe para la posteridad. El primero debe enfervorizarse con mayor facilidad,

porque un numeroso concurso y el aparato del lugar forzosamente han de exaltar su ánimo. En esta situacion los afectos pasan del orador al auditorio, y de este vuelven al orador; no de otra suerte que por el reflejo los rayos de la luz vuelven al cuerpo que los despide. Por otra parte su voz, su acento, sus ojos, y todos sus movimientos, de acuerdo con la pasion que le anima, testifican la verdad de esta misma pasion. Hiere y agita los sentidos, y por ellos se enseñorea del ánimo de sus oyentes, y le conturba á su arbitrio.

Todos estos efectos son muertos, como hemos dicho, en la elocuencia escrita: en el papel todo es tranquilidad y silencio. Leemos, es verdad, al orador, mas no le oimos, ni le vemos; está ausente para nosotros; y así, ni las inflexiones de su voz, ni su gesto, ni su accion, nos dan testimonio de la verdad de lo que dice: solo su pensamiento es el que habla al nuestro con caracteres mudos. Los frutos de la elocuencia escrita son mas dificiles, si no mas inciertos, ó lentos de conseguir: la elocuencia hablada siega la mies y la arrebata juntamente. Y no será otra la causa por que leemos frecuentemente harengas y sermones, que habiendo grangeado ilustre fama á sus autores cuando los pronunciaron, los hallamos ahora frios, desaliñados, comunes y tambien incorrectos; y mas me atrevo á decir, que algunos de ellos, para conservar la reputacion del orador no debian haberse dado á la prensa. Estos oradores pudieron seguir el ejemplo de Perícles quien, sin embargo de haberse dicho en su loor que la diosa de la persuasion moraba en sus lábios, y que con su voz y accion conmovia á Grecia toda; jamás publicó ninguna de sus oraciones, conociendo que sin el socorro de su gesto y de su acento, desapareceria su mérito y celebridad.

En vano, pues, se darian reglas y ejemplos del bien decir, si no se cuidase con preferencia del modo de decirlo bien, esto es, del tono conveniente con que se ha de animar la expresion, que es el alma del discurso y el móvil de los afectos. Este tono y este modo con que el que habla á los otros declara las ideas y el sentimiento de que está poseido, piden tantas variaciones cuantos son sus respectos y comparaciones entre los objectos que se propone y la

diferente fuerza y grado de energía con que debe representarselos: porque, al modo que un buen pintor no toca con la misma luz todas las figuras y sombras de un cuadro; así tambien el orador discreto, dueño de sí y del asunto, no dará una misma viveza á todas sus pinturas.

En el arte de decir las cosas podrá caber la aplicacion de ciertos preceptos, ó por decirlo mejor, de ciertas observaciones generales, para formar el lenguage peculiar del orador. Pero de lo que vamos á tratar aquí es del tono y ayre con que se debe hacer expresivo y enérgico este lenguage; y son *pronunciacion*, y *accion* que componen las dos partes en que se divide la elocuencia exterior.

PARTE I.

DE LA PRONUNCIACION.

Preguntado el famoso orador Demóstenes ¿cuál le parecia el primero y principal precepto en la elocuencia? respondió la pronunciacion: preguntado ¿cuál le parecia el segundo? repitió la pronunciacion: preguntado otra vez ¿cuál el tercero? no respondió otra cosa sino la pronunciacion. Tal era el dictamen del mas famoso orador de Grecia, que fué recibido y celebrado despues como máxima del arte por los Romanos.

Por *pronunciacion* entendemos aquel acento afectuoso que por medio de ciertas inflexiones de la voz, ó de un tono mas ó menos subido, ó de una recitacion mas viva ó mas sosegada, mas rápida ó mas lenta, expresa los afectos que revuelven el ánimo del que habla, y los comunica á sus oyentes: por tanto, es la parte de la oratoria mas dificil de sujetar á reglas fijas y particulares; porque, si bien el ejercicio vence en todas las artes grandes dificultades, en este puede mas el talento que el estudio.

Nunca hallará el lenguage de las pasiones aquel que lo buscare con fria serenidad. Y es ésta una verdad tan conocida en todos tiempos, y sacada tan inmediatamente de la humana naturaleza, que ha pasado á ser aforismo trivial, por no decir vulgar, el precepto de Horacio de que *es menester que llores tú primero si quieres hacerme llorar*: pues, sin necesidad ni noticia de este consejo, lo ejercitan poderosamente, para ejercitar la caridad por la compasion, casi todos los pordioseros, y con mas eficacia, si no con mas fruto, los que han convertido en oficio la mendiguez, y en arte su ingenioso clamoreo.

Todo el arte en esta materia está reducido á encender cada uno dentro de su propio pecho la llâma que quiere que prenda en el del oyente. El verdadero acento patético, el eficaz, el poderoso, hijo es, no del artificio, sino de la fragua del corazon tierno, que envia á los lábios los impetus de su ardor: no nacieron, pues, de ella aquellos discursos pronunciados con acompasada y desmayada monotonia, cuyas palabras son sonidos muertos, y por consiguiente ineficaces, y sin sentido.

Es cosa bien sabida que la eficacia y poderio de la voz, animada de la verdadera pasion, fué la que hizo ganar muchas causas á los oradores de la antigüedad; asi como tambien en los tiempos modernos han obrado maravillosos efectos en el auditorio algunos apostólicos varones que debieron sin duda este dominio oratorio á su particular tono de voz, y á su accion. Atribuirlo debemos á estos dos instrumentos, pues, no habiendo quedado, de unos sus sermones, y de otros sino discursos muy comunes en sus obras; la fama de su fruto evangélico no puede tener otro origen ni principio que el comun consentimiento de los oyentes, conmovidos y convertidos á la vista y voz viva del orador.

El acento es el alma de las palabras, frias y mudas en la escritura; de la pronunciacion reciben calor, sentido, y verdad, porque el tono engaña menos que la palabra: asi es que nadie duda de una injuria ó de una burla, aun cuando las voces no sean injuriosas ni burlescas. El orador que no posee la gracia del énfasis del acento que corresponde á su intencion y objeto, quita toda la fuerza é impresion á

la frase mas enérgica. Llamo á este talento una gracia, por ser don de naturaleza; la cual inspira, y dicta unas reglas claras y fáciles, que el arte, que es hijo suyo, las prescribe por imitacion á todos los oradores. Sin embargo, son muchísimos los que pronuncian, ó con afectacion, ó con languidez, ó con descomedimiento, porque son pocas las almas dotadas de esta natural prerogativa.

Quizas por haber considerado esta parte de la elocuencia como dote natural, y no como talento adquirido; no lo trataron los antiguos de propósito, ni con la extension que las demas: pues el mismo Aristóteles y Ciceron se abstuvieron de prescribirle reglas, y de reducirla á arte. Bastará que el orador busque en el curso de su oracion aquel género de acento que le sugiera las inflexiones de la voz, y los varios temples del tono, adaptados siempre al sentido de las palabras, y sujetando al mismo tiempo la expresion de éstas á la del pensamiento, á la situacion en que se halla, y al caracter que representa. Advertencia es esta muy necesaria, porque de ordinario el hombre conmovido da involuntariamente á sus palabras el colorido de la pasion general que le domina: que es vicio casi imperceptible, y por eso mismo mas comun, pues nadie litiga la causa agena con el mismo tono que la suya propia.

La palabra se acentua y templa diversamente segun es diversa la pasion que la inspira; ahora con voz aguda, vehemente, remisa, ó suave; ahora igual, variada, pausada, ó rápida en sus inflexiones. De aqui saca el orador los diferentes tonos de pronunciacion; ya un bajo igual y profundo para la amenaza; ya un alto subido para la ira y la indignacion, pasando velozmente por todos los intervalos músicos cuando le agita la desesperacion, ó le abate el temor, le eleva la esperanza, ó le alboraza la alegria.

Es tan grande la eficacia y la verdad que en sí tiene el tono y acento de la voz que, si se me permite aqui el testimonio de los animales, vemos que algunos de ellos, sin embargo de carecer de razon y del lenguage racional, y aun del mecánico órgano para articular palabras, se entienden solo por los sonidos, que vienen á formar su dialecto. Las diferencias de este nos las declaran mas los perros, algunas de las cuales alcanzamos, y mas los caza-

dores. El ladrido y voz de este animal varia, y se deja conocer cuando busca la caza, cuando la halla, cuando hace presa, cuando teme, cuando amenaza, cuando acomete, cuando se queja, cuando se lamenta cuando pide de comer, cuando defiende la comida, cuando juega, y cuando sale á lisongear, á su dueño.

De cualquier modo que se considere el juego de los afectos, el encanto, digamoslo así, de la pronunciacion no consiste solamente en una mecánica imitacion, sino en una imitacion agradable; pues nadie duda de que la declamacion, para causar este deleyte, ha de arreglarse y sujetarse á cierta melodia, de suerte que no pueda conmover al corazon sin complacer al oido. Tal es la causa porque algunas veces un discurso desaliñado é incorrecto roba la atencion por la fuerza del tono que le anima. En este caso el sentimiento del corazon esclaviza las potencias del oyente, quien, olvidándose del orador, solo tiene presente el objeto que este le pinta. Y es esto tan conforme con la naturaleza, que ésta comunica á los ánimos tiernos una infinidad de modulaciones afectuosas y deliciosas, de que carecen las personas que no sienten: pero, cuidado en no tomar lo afectado por expresivo, ni lo furioso por enérgico.

No hay duda que el placer del sentido que experimentan los oyentes de la melodia del acento, aumenta el placer moral de la representacion de las pasiones. Y anque es verdad que las lenguas vulgares, menos acentuadas y prosodiacas, de la griega y latina, carecen de aquel deleyte que procedia del ritmo tan poderoso de los antiguos, para dar vigor, variedad y gracia á la harmonia poética; la española, por la feliz trabazon de silabas suaves y sonoras, por la melodia de su acentuacion, sostenida con la variedad y contraste de desinencias numerosas ó por la fluidez ó cadencia de las inflexiones, es la mas á propósito en los tiempos modernos para todas las modulaciones de la expresion grave, dulce, y harmoniosa. Ademas la libertad de su sintaxis, y sus transposiciones tan variadas, y siempre bien recibidas, favorecen al orador que sabe usar discretamente de estas licencias, para dar á su pronunciacion todos los tonos de los afectos mas contrastados.

Muchas veces saca el orador de la medida y desigual-

dad de los tiempos en un mismo periodo un particular lenguage. El gozo, por ejemplo, que imprime cierta vivacidad á nuestros movimientos, la comunica tambien á la medida. La tristeza, al contrario, cierra el corazon, amortigua los movimientos, y la languidez misma se pinta en el tono que inspira. Pero, cuando el dolor es vivo, y padece ciertas luchas el ánimo, la pronunciacion de la palabra es desigual, ya con pausado, ya con acelerado compás; ó bien se ataja, ó se corta por gracía ó por fuerza del énfasis, última industria de la elocuencia muda. Qué de cosas se dicen entonces, sin acabar de decir ninguna! Por eso los oradores mas expresivos, ó dígase de otro modo, los mas patéticos, son ordinariamente los que dividen los tiempos con mas desigualdad; al contrario, los tibios y tranquilos llevan siempre un paso uniforme; guardando en las cláusulas cierto equilibrio y simetria.

Sin embargo, de poco servirá que el orador sepa animar sus palabras con expresion, si el espíritu y calor de esta no llegan á los oyentes. El que solo cuida de la cantidad y calidad de las voces, y no del sentido de ellas, no puede dar expresion á lo que pronuncie: articula, mas no habla; dice, y no siente; y el que no siente, mal podrá hacer que sientan los otros. Y no basta tampoco que el orador sea afectado de una sensibilidad vaga y general: debe sentir particularmente, ya la energia de la lengua, ya el grado de vehemencia y espíritu que pide el asunto, ya la situacion en que se halla para mover y persuadir. El entusiasmo que infundió en los ánimos caidos de los Espartanos el espíritu y canto de aquella elegía de Tirtéo antes de dar la última batalla á los Mesenios, fué efecto de estas tres circunstancias, de las cuales supo aprovecharse como político, como orador, y como capitan.

Muchos oradores obraron prodigios en sus tribunas con el imperio de su voz, como se cuenta de algunos predicadores apostólicos en sus púlpitos, cuyos discursos, leidos, hubieran dejado tibios á sus oyentes. La suma importancia de esta elocuencia exterior, tan necesaria para ganar la atencion y voluntad del auditorio, la conocia en gran manera Demóstenes cuando, para corregir y excitar el órgano defectuoso de su habla, se llenaba la boca de chini-

tas del mar y harengaba á las olas embrabecidas. Pero, así como son muchísimos los que, destinados al púlpito y al foro, padecen imperfecciones naturales y habituales en su voz, qué los preceptos de la retórica no alcanzan á remediar; tambien son rarísimos los que, movidos del deseo de gloria, y de aquella sed y hambre de aprovechar á sus hermanos en la virtud, ó en el celo de la pátria, quiera sufrir el ejercicio y prueba del orador de Atenas.

Reconociendo esta importancia, leemos en las sagradas letras de Moyses se excusaba con Dios de que era tarda é impedida su lengua cuando le envió á Egipto á gobernar su pueblo; cuya excusa no reprobó el Señor, antes le aseguró que asistiria á sus lábios, y le enseñaria lo que habia de hablar. Por eso Salomon se alababa de que con su elocuencia se haria reverenciar de los poderosos, y que le oyesen con el dedo en la boca. Aun armada del poder y vestida de púrpura, necesitaba la elocuencia de la gracia é imperio de la voz para hacer obedecido y respetado al príncipe con la dulce tiranía de los lábios, como dice culta y elegantemente nuestro Saavedra.

Prescribir aqui metódica y prolijamente todas las reglas retóricas para la pronunciacion, seria trabajo tan fastidioso como vano: porque muchas de ellas se deben mirar como fútiles y pueriles, y algunas como impracticables. Solo un contínuo ejercicio, y la viva voz de buenos dechados pueden servir de verdadero maestro, y no la especulacion de los preceptos. Tampoco se debe tratar aqui de la impertinente analysis del sonido y de la voz, ni de la teoria delicada del juego de este órgano, y de sus oficios: este trabajo es mas propio del anatómico que del retórico, y trabajo tan perdido como el pretender que vea un ciego de nacimiento instruyéndole en la estructura del ojo, y en el mecanismo de la vision.

Bastará que nos reduzcamos á señalar algunas calidades que pueden depender del estudio y ejercicio del orador para la perfecta pronunciacion, como por ejemplo: 1.° que sea clara y distinta, es decir, que la palabra salga entera de sílabas y de letras: 2.° que marque con su tono la suspension y la terminacion final del periodo: 3°. que señale con ligeros intervállos la exactitud de la puntuacion: 4.° que

empiece la voz lenta y sumisa para que se conserve mas tiempo y mas entera hasta la conclusion del discurso; porque ordinariamente, el que perora, se enardece, ó del mismo asunto, ó del trabajo de la articulacion, y lebanta gradualmente su voz sin advertirlo, y casi siempre sin quererlo: 5.º que sea variada para aliviar la respiracion, y complacer los oidos de los que escuchan, porque no hay cosa mas molesta y enojosa que la monotonia con que algunos principian y concluyen una oracion: 6.º que sea proporcionada al número de oyentes, pues con otro esfuerzo oraba Ciceron en el foro que en el senado: 7.º que sea análoga al asunto y al lugar del razonamiento, pues ni esplicando la sosegada industria de las abejas se ha de tomar el mismo tono que pintando una tormenta; ni tampoco en el exordio se debe enardecer el orador como en el epílogo: 8.º que no sea la pronunciacion tan veloz que no dé tiempo para que haga la debida impresion en los oidos y en los ánimos: 9º. que no sea tan pausada, que cause impaciencia ó sueño al auditorio: 10º que no sea tan arrebatada que paresca que habla un energúmeno, ó un hombre sufocado que riñe en una pendencia. En fin reducirémos toda esta doctrina á solos dos puntos, diciendo: que todas estas calidades arriba señaladas de nada servirian para la conveniente pronunciacion, si esta no va regida y guiada por estas sus dos compañeras inseparables, que las enlazan y comprenden todas: *naturalidad y decoro.*

PARTE II.

DE LA ACCION.

La segunda parte en que se divide la elocuencia esterior es la *accion*, la qual se compone del gesto y del movimiento del cuerpo. El primero, que es la expresion del

semblante, se forma de infinitas y rápidas modificaciones de la fisonomia, y es la imajen que representa todos los diversos movimientos del ánimo.

Algunos preceptistas retóricos han sido tan prolijos y menudos en prescribir reglas particulares á este arte, que señalaron hasta el número de las arrugas de la frente y el de las pestañadas y arqueadas de cejas que correspondia al desahogo de cada pasion. Olvidábanse sin duda de que la espresion gesticulante es gracia concedida por la naturaleza, en la cual el arte solo pone la decencia y el comedimiento: quiero decir, que solo es efecto del temperamento, esto es, de una delicada y sensible organizacion que comunica á las partes esteriores mayor movilidad. En este concepto, ¿qué reglas serian poderosas para infundir caracter y espresion á esos hombres frios y duros, incapaces de recibir impresion alguna, y para convertir, por medio del gesto, en caras parlantes á esas caras que podriamos llamar de piedra? Excusamos teorias y preceptos: el hombre sensible sabe retratarse en su rostro.

Cada sentido tiene por privilejio en la naturaleza su lenguaje particular. No piense la lengua, dice Antonio Perez, que excede á los otros sentidos en elocuencia porque puede formar del ayre palabras significantes: antes pienso que es el mas engañoso y encantado instrumento, pues del ayre obra el engaño. ¿Hay cosa mas engañosa que la lengua? Y si para señal del ánimo dice alguno que son las palabras; mas alto y primoroso lenguaje es el que con un movimiento y afecto mudo declara su ánimo y deseo, asi como es mas subido el elemento que con menos estruendo obra. ¿Qué harian los amantes, que por miedo del ruido, ó por falta de tiempo, en un instante han de decir su razon, ó su sin razon? Son tambien los ojos intérpretes del corazon, y menos engañosos que la lengua. Finge la boca muchas veces lo que no hay en el pecho, disimulandose con palabras los pensamientos; y estos salen tan distintos de lo que allá dentro son, que abrazamos por amigos á los traydores. Los ojos confiensan siempre la verdad á pesar de su dueño; y sacandole los colores en el rostro, hacen señas de la traycion.

Si los ojos tienen su particular lenguage, nunca es este mas eficaz que con el llanto, y quien llora, lastíma y en-

ternece. Y si la primera diligencia y maestria del que intenta persuadir, es captar la benevolencia del auditorio; el que llora, mueve á compasion, y la compasion siempre concilia amor.

El que llora por los males agenos, ablanda y mueve los corazones mas duros y obstinados. Duro y bravo era el de Aquiles, como tantas veces se quejaba Agamenon; y con todo eso fiaba tanto Briseida en sus lágrimas, que, sin decir una palabra, se jactaba que con las suyas le quebrantaba, lo desmenuzaba, y convertia en polvo. ¡Que bien viene aqui aquello tan comun como verdadero: *Muger llora, y vencerás!*

Hasta fingidas tienen las lágrimas los mismos efectos: tal es el poder de esta patética demostracion. A esta ingeniosa industria recurrió Ulises en aquella famosa oracion contra Ayace en la contienda sobre las armas de Aquiles. Aunque pudo fiar mucho de su grande elocuencia, fió mas de adornar su exordio con lágrimas; y porque no las tenia verdaderas, las fingió, estregandose los ojos con la mano á manera de quien llora.

El dolor moderado saca las lágrimas á los ojos: el grande las ataja, y las yela. Dolor que puede salir por los ojos, no ès sumo dolor, pues la alegria excesiva hace el mismo efecto, no solo en corazones blandos y templados, mas tambien en los duros y bravos, como se vió en el ejército romano, donde fué tanta la alegria cuando se presentó Minucio libre ya de la servidumbre que habia padecido, que hizo esprimir lágrimas tiernas á la fiereza de los soldados.

Si mucho dice el llanto, mas dice el silencio en las ocasiones de dolor. Cuando la apretura y congoja del corazon no da lugar á desplegar los labios; grangéase mas la voluntad del oyente con el ademan de querer, y no poder abrirlos: esta deseada y no articulada expresion es tanto mas subida y enfática, cuanto mas quiebra hácia dentro, quedándo solo el mormullo, digamos asi, del corazon, haogado entre los dientes. Esta es la mayor significacion de nuestros intimos sentimientos, y la fuerza misteriosa de la elocuencia muda.

Al gesto, que es el sobrescrito de los afectos, debe acompañar el decoroso movimiento del cuerpo, que forma la

segunda parte de la accion. Este movimiento es involuntario en el hombre que está agitado intimamente de una pasion; y viene á ser la espresion exterior y mecánica de los afectos que tampoco está sujeta á preceptos. Asi nos abstendremos de dar reglas para el tiempo y modo de bajar la cabeza, levantarla, y volverla; de doblar el cuerpo, enderezarlo, ó retirarlo; de adelantarse, ó retroceder; de abrir los brazos ó cerrarlos; de extender ó juntar las manos; de abrir ó cerrar los dedos, &c. porque solo el impulso del ánimo guia la accion, y el tono, que, como proceden simultaneamente de un mismo origen, nunca mienten, ni se contradicen. Si hay reglas para estos movimientos, solo serán para moderarlos, y acomodarlos al lugar, al tiempo, ó la clase de los oyentes, á los usos, costumbres, y estilos; pero, como estas circunstancias locales, morales, y civiles, admiten tantas distinciones, las reduciremos, como se ha dicho ya del gesto, á dos preceptos generales: *naturalidad y decoro*.

Uno de los defectos de muchos oradores, por otra parte elocuentes, nace de aquel empeño de presentar la razon y la verdad demasiado desnudas, como impresas en un libro; sin acordarse que los oyentes no son puras inteligencias, sino hombres á quienes se les ha de vencer por los sentidos para ganarles el ánimo. La razon por sí sola no es arma activa: si muchas veces contiene al hombre, pocas le excita; y jamas le ha hecho obrar cosas grandes.

Asi pues, el que olvida ó desprecia el lenguage de la accion, que es el que habla á los sentidos é imaginacion del oyente, desconoce el arma victoriosa de la elocuencia: porque la impresion de la palabra es siempre débil; y se habla al corazon por los ojos, aun mejor que por los oidos. No fuera próvida la naturaleza si, habiendo criado en nosotros tantas pasiones, les hubiera dejado un solo desahogo. ¿Quién dudará, por ejemplo, de la necesidad de la accion de las manos, que se puede llamar el idioma comun del género humano? Con ellas llamamos, suplicamos, negamos, amenazamos, despedimos, afirmamos, concedemos, y detestamos: con ellas manifestamos el gozo, la tristeza, el dolor, el temor, la esperanza: con ellas señalamos, el lugar, la cantidad, el número, el tiempo. Pero tambien ¡qué templanza no es menester para no excederse en el modo y en su dura-

cion! ¡Que discrecion para distinguir lo que debe sér señalado, y lo que no debe serlo! lo que basta que se indique, y lo que se debe dejar adivinar al oyente, con la misma inacion y con el silencio, si se puede decir, de los miembros! Pero tambien hemos de convenir en que el orador no es un comediante, y mucho menos un mal comediante, para volar con el águila, arrullar con la paloma, galopar con el caballo, culebrear con el arroyo, mecerse con las olas, &c. La accion y la voz deben acomodarse perfectamente al género de elocuencia que abraza cada uno. Por eso se cuenta que, movido de la fama adquirida por Masillon en la declamacion del púlpito, quiso Baron, aquel célebre actor de París, asistir á uno de sus sermones; y volviéndose, al salir de la iglesia, á un amigo que le acompañaba, le dice: *este es un orador; nosotros unos comediantes.*

El contínuo razocinio, la argumentacion estudiada, ha sido siempre una manía de espíritus pequeños; porque los ánimos grandes y elevados usan de otro lenguaje, breve, claro, y enérgico, con el cual mueven á cosas grandes. Prodigios obraron los antiguos con la elocuencia, es verdad; mas ésta no consistia siempre y solamente en la elegancia y copia del decir; antes nunca produjo mayor efecto que cuando el orador hablaba menos. Lo que se siente con vehemencia, no se expresa siempre por palabras: el gesto y la accion alcanzan á donde no pueden alcanzar las voces. ¡Cuántas cosas comienza la lengua que las acaba de exprimir el gesto! Qué circunloquio no sería menester muchas veces para significar lo que dice una seña, un movimiento de los ojos, una palmada, un volver de rostro, una lágrima, el silencio mismo!

Cuando enmudece la lengua, ó por lo inéfable del gozo, ó por la fuerza de la pena, ó del temor; proveyó la naturaleza de señas y voces mudas con tan viva y elocuente consonancia, que suelen mover y satisfacer los corazones y los oidos de los ánimos tiernos y generosos, como lo pudiera hacer toda la perfeccion humana de palabras. Y si no dígalo la buena dicha de algunos pastores y humildes hombres, á quienes no se la ganó la elocuencia cortesana.

Las señales característicos de las pasiones en la accion y gesto de un hombre conmovido, tiranizan los sentidos de

los oyentes, y asi el orador que soborna la imaginacion, gana luego la voluntad. Esta es la causa porque Cromwell y otros caudillos famosos, sin tener el don de la palabra se hicieron obedecer con tanto entusiasmo de sus secuaces y sus tropas; porque, como en ellos la elocuencia del gesto suplia la de la expresion, tubieron la apariencia de Demóstenes, y fueron tenidos por tales.

Sobre el caso lastimoso de la muerte de Julio Cesar un orador ordinario, para conmover á ira y venganza al pueblo romano, hubiera apurado todos los lugares comunes del arte, con una patética pintura de aquella catástrofe; pero Marco Antonio, por mas elocuente, dijo pocas palabras: manda traer el cadaver ensangrentado, y clava los ojos en él. ¡Qué retorica! Este mismo Antonio habia descubierto el pecho de Marco Aquilio, cuya virtud é inocencia defendía, mostrando á los jueces las muchas heridas que en servicio de la patria habia recibido. Habian llamado á juicio á un veterano, el cual rogó á Octavio Augusto se encargase de defenderle. Octavio, ó por ocupado en negocios graves, ó por evadirse de aquella molestia, lo encargó á otro. Enojado el soldado, dijo con gran despecho: « No busqué yo teniente cuando en la batalla de Accio estabas en peligro; antes yo mismo me puse en tu defensa, de que estas señales te dan buen testimonio; » y diciendo esto, descubrió el pecho lleno de heridas que habia recibido en su servicio. Cuando Motezuma quiso persuadir á Cortés no le tuviese por un Dios, desnudó parte de su brazo, diciendole: *esta porcion de mi cuerpo desengañará tus ojos de que hablas con un hombre mortal.* El rostro benigno en los príncipes es un dulce imperio sobre los ánimos y una disimulacion del poderío. La serenidad de Octavio Augusto entorpeció la mano del galo que le quiso despeñar en los Alpes. Las armas se les cayeron de las manos á los conjurados viendo el agradable semblante de Alejandro. No tiene menos poder y eficacia para el terror el semblante fiero, que para el amor el benigno. Vencido Cayo Mario de Sila, estuvo escondido en Miturno, donde fué hallado; y puesto en prision, espantó á un galo que hiba á darle la muerte mostrandosele feroz en los ojos y en el rostro; y acogiéndose en un barco de pescadores, pasó á Africa, donde se guar-

dó para mejor fortuna. El gran Julio César con una sola mirada ¿no apaciguó dos legiones amotinadas?

No es lugar este para escribir de la accion teatral, pues no se trata de formar un cómico, ni un pantomimo. Mi propósito se reduce á confirmar las doctrinas sembradas en este breve tratado con algunos ejemplos, para demostrar cuan poderoso es el imperio del gesto en los ánimos tiernos, cuan eficaz la fuerza de la accion, y cuantas palabras ahorra el que sabe recurrir á esta retórica enfática. En la magnífica escena de Heraclio (tragedia de Corneille) se introduce al emperador Phocas ignorando cual de los príncipes que tiene á su lado es su hijo, y permanecen ambos inmóbiles y mudos. *Marciano*! (exclama:) *y ninguno me responde*! Este es uno de los pasos escénicos que la elocuencia escrita jamas podrá representar; aquí es donde el gesto triunfa de las palabras. Hay expresiones sublimes en la escena muda que toda la elocuencia vocal no es capaz de producir. Tal es la de Macbeth en la tragedia de Shakspeare. La somnambula Macbeth viene á paso lento y turbado y con los ojos dormidos, imitando la accion de una persona que se lava las manos, todavia teñidas con la sangre de su príncipe que veinte años antes habia asesinado. ¡Qué imagen tan patética y tan viva del remordimiento es el silencio y el movimiento de las manos de aquella muger! ¿Qué razones podrian exprimir con tanta energia y verdad la perturbacion de aquel ánimo? ¿A quien no moverá á compasion y á deleyte juntamente la muerte de Epaminondas en la batalla de Mantinéa! Cae herido de un flechazo: los médicos le dicen que espirará si le sacan la saeta. Pregunta entonces por su escudo, y respóndenle que no se ha perdido: oido esto, se arranca él mismo el acero, para morir, aun en medio de tan gran dolor, con la loa y gloria de su buen ánimo. ¿Donde se hallarán palabras que con tanta brevedad y valentia retraten el esfuerzo, contento, y pundonor de un guerrero en tan deplorable trance?

En toda agitacion y lucha interior y exterior del ánimo de un orador que esfuerza sus razones con la accion y el gesto, nos revestimos, sin sentirlo, de sus afectos, que hacen callados mas impresion que pronunciados. Estos afectos son mas conocidos y visibles en las representaciones

mímicas del teatro, en donde los espectadores padecen la misma inquietud del actor cuando explican en sus ojos, semblante, y pasos, ya la ira, ya el dolor, ya la venganza, ya el temor, ya la desesperacion. La viveza y naturalidad del autor deben ser tales, que nadie pregunte ¿qué dice ahora ese hombre? Es cierto que él no habla; pero todos leen lo que calla, esto es, cada uno alla dentro de su pecho, segun su grado de sentir, pone la letra, porque el diestro pantomímico hace inútiles las palabras; y todos le entienden, porque habla el idioma universal, el de todos los sentidos.

De aqui viene que la impresion de la escena muda es mas viva y profunda, porque no pudiendo el actor servirse del instrumento de la voz, tiene que apelar al sumo esfuerzo de la accion y del gesto para declarar, sin velo ni intérprete, su pasion. El espectador, que tampoco puede servirse del órgano del oido, tiene que avivar mas el de la vista, haciendo trabajar las potencias todas para interpretar aquello mismo que está viendo; no de otra suerte que los ciegos, que ejercitan mas el oido y el tacto para suplir el oficio de los ojos. El efecto de la pantomima es mas sensible, porque en estas representaciones hacemos la obra á medias el espectador y el actor, si son imitaciones morales, las que á veces, sin consentimiento de nuestra razon, nos hacen tomar parte en los afectos agenos que nos remueven los nuestros. De aqui nace aquella ansia y fatiga, aunque deliciosa, que sentimos irresistiblemente en estas representaciones, cuya impresion es mas interna cuanto es mas breve y concisa su expresion muda.

Por otra parte ¿quién puede dudar de que la elocuencia y la pintura no tengan un mismo principio y fundamento? ¿No vemos pinturas que nos hablan con mucha energia y laconismo? A la vista de un cuadro ¿no nos alegramos, entristecemos, enternecemos, y horrorizamos? Publio Lucio Scipion, para memoria de la posteridad, colocó una tabla en el Capitolio, que representaba muy al vivo la batalla y victoria asiática: y cuéntase, que mirándola su hermano el Africano, se demudó y encendió todo en ira, y echó mano á la daga, cuando vió como los enemigos llevaban preso á su hermano Lucio Paulo despues de la victoria de

Perseo. Admirado Pandemo, pintor famoso, de ver una imágen de Júpiter Olimpio que Fidias habia entallado en marfil, preguntó al artista ¿de qué modelo la habia sacado? Y respondiole Fidias: de tres versos de Homero que dicen como Júpiter lo concedió *moviendo la cabeza blandamente, y sus dos negras cejas inclinando, con que hizo temblar todo el cielo.* Engrandecen mucho los intérpretes en este pasage la magestad y autoridad de Júpiter, que con solo casi bajar los ojos y cabeza manifestó su aprobacion y consentimiento: queriéndonos advertir que el pensamiento y mente divina con solo un movimiento de frente se da á entender. Mas, cuando el mismo Homero habla de Juno, para guardar el decoro y diferencia en todo, dice de ella, en ocasion, de representarla en igual acto; *rodea con sus ojos todo el cielo*, como que le fuese menester mover todo el cuerpo, y no solas las cejas como Júpiter. Con esta elocuencia figurada consiguió Fidias que se dijese que solo él veia los dioses.

Y si en otras ocasiones no alcanza la misma pintura á expresar la vehemencia de un sentimiento, ¿qué hará la rudeza de la lengua humana sino borrarlo? Cuéntase de Timantes que, habiendo pintado en una tabla el sacrificio de Ifigenia, hija de Menelao, y dibujado al rededor de ella los deudos en gran manera tristes, y á la madre mucho mas triste; cuando vino á querer dibujar el rostro del padre, cubriólo de industria con un velo, para dar á entender que allí ya faltaba el arte para exprimir cosa de tan gran dolor.

En todas las naciones sabemos que la primera elocuencia fué la que habla á los sentidos; y de ella se sirvieron en tiempos mas cultos grandes varones para mostrar su autoridad y grandeza de ánimo en casos peligrosos, ó desesperados. ¡Qué viva y persuasiva fué la retórica de Mucio Scevola con los cartagineses, el cual habiendo dado su embajada en el senado, ellos, con ingenio y cautela púnica, le representaron dos tarjas ó tablillas: en la una estaba figurada la paz y en la otra la guerra, para que eligiese á su arbitrio lo que mas le pluguiese. Y él, echando manos de ambas, se las presentó despues dándoles á escoger. Con esta aguda y astuta respuesta desbarató la cautela contraria,

advirtiéndo que los romanos eran mayor potencia que sus enemigos. Yendo tambien Gneyo Pompilio, embajador del Senado y pueblo romano, al Rey Antioco para que se apartase de la guerra con que molestaba á Tolomeo; luego que llegó á su presencia le ofreció el rey la mano en señal de amistad, y él no quiso darle la suya, sino entregarle las cartas y decretos del Senado que, leidas por Antioco, dijo que cumpliria el consejo. Indignado Pompilio, hizo con la vara que traia un círculo en el suelo en rededor del Rey, amenazándole que no saldria de allí hasta haber dado respuesta al Senado si queria paz, ó guerra. Quebrantole tanto el ánimo esta arrogancia, que luego respondió que estaba pronto á la obediencia del Senado. Suele la conciencia de las buenas obras ser tenida en tanto cerca de los sabios y valerosos, que de sí misma se contenta, y no procura favor popular, ni consiente que le ande mendigando. Confiado Scipion el Africano en ella, habiéndole llamado para que ante el pueblo se descargase de la calumnia que le imponian de haber defraudado el erario en el despojo de Antioco, se puso en pié, diciendo: « tal dia como hoy vencí á Cartago, y será bien que en memoria de ello vamos todos á dar gracias á Júpiter. » Y siguiéndole todo el pueblo, se fueron al Capitolio, dejando á los jueces con solo el acusador y el pregonero. En este hecho la accion y continente del acusado declaró y aumentó el alto sentido de las palabras.

Ya hemos dicho que el lugar, el concurso, las costumbres y leyes de los pueblos ayudan mas ó menos á la elocuencia que arrebata entrando por los sentidos. Sabemos que en Grecia, antes de decir el orador el panegírico fúnebre de los guerreros que habian sacrificado su vida por la patria, se preparaba el ánimo de los oyentes por medio de un solemne y benerable aparato que hería y cautivaba los ojos del pueblo congregado al rededor de los muertos, sobre cuyos huesos esparcia guirnaldas de flores y arómas, y los acompañaba al tercero dia con pompa funeral al lugar de la sepultura.

En Roma tambien cuando los varones principales de la república que debian algun dia mandar los ejércitos y regir las provincias, defendian la hacienda, la honra, y

la vida de los ciudadanos en el foro ante el pueblo, y en presencia de los dioses Penates, era necesario que el orador recurriese al encanto del espectáculo para salir victorioso. No siempre eran causas de intereses privados; á veces se mezclaba en ellos la causa pública. No eran solo personas particulares, de cuya suerte se trataba; tambien eran puestos en juicio Pretores, Qüestores, y Procónsules, demandados por diputados del Asia, ó del Africa, quejosos de sus desafueros.

Para conmover al pueblo, para enternecer á los jueces, se armaban los oradores con la elocuencia que hiere á los ojos, mas poderosa que la que capta los oidos; y entrandose por aquellas dos puertas cosárias del alma, se enseñorea de ella. Allí se presentaban los reos mudos, llorosos, y cubiertos de luto; los padres ancianos, pidiendo la restitucion de sus hijos, las mugeres y los huérfanos clamando amparo y favor. Se descubrian á la vista de los jueces las heridas de los guerreros que habian peleado por la pátria. Otras veces los oradores, volviéndose á las estátuas de los dioses pátrios, ó á sus templos, imploraban su potencia y proteccion para que salvasen la innocencia, y alumbrasen con su alta inspiracion el entendimiento de los jueces. Y estas invocaciones, estos votos, estas patéticas representaciones, sostenidas con un espíritu elocuente, y animadas con el acento del dolor, y á veces con el llanto, debian provocar á ternura y lágrimas á un gran pueblo congregado, esperando aquella piedad y conmiseracion que jamás los espíritus generosos y enternecidos negaron á los desdichados.

FIN.

INDICE

DE LA DIVISION DE LA OBRA.

INTRODUCCION.

INDICE.

TRATADO DE LA ELOCUCION.

PARTE PRIMERA.

DE LA DICCION. 37

PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA

DE LA EXORNACION. 188

APENDICE I.

APENDICE II.

FILOSOFIA DE LA ELOCUENCIA EXTERIOR.

AUTORES ESPAÑOLES, DE CUYAS OBRAS SE HAN TRASLADADO EJEMPLOS DE ELOCUENCIA, CON UNA NOTICIA DE LA EPOCA EN QUE ESCRIBIERON.

Reinado de los Reyes Católicos.

Hernando del Pulgar, Secretario y Cronista de los Reyes: escribia en el año 1491.

Reinado de Carlos V.

Fray Don Antonio de Guevara, Obispo de Mondoñedo, y Predicador del Cesar: escribia en 1536.

El Protonotario Luis Mejía: escribia en 1545.
El P. Fr. Francisco Ortiz: Franciscano: escribia en 1538.
El Maestro Juan de Avila: escribia en 1550.
Cervantes de Salazar: escribia en 1554.
El Maestro Fernan Perez de Oliva: escribia en 1540.

Reinado de Felipe II.

El P. Fr. Luis de Granada: Dominicano: escribia en 1580.
El P. Fr. Luis de Leon: Agustiniano: escribia en 1589.
Fr. Fernando de Zárate: Franciscano: escribia en 1587.
Francisco Patricio, traduccion de Garces de 1592.
El P. Fr. José de Sigüenza: Geronimiano: escribia en 1590.
El P. Yepes, Obispo: escribia en 1588.
Antonio Perez, Secretario del Rey: escribia en 1590.
Fr. Pedro Malon de Chaide: Agustiniano: escribia en 1592.
El Maestro Francisco de Medina, profesor de humanidades: escribia en 1580.

Reinado de Felipe III.

El P. Fr. Juan Marquez: Agustiniano: escribia en 1600.
El P. Juan de Mariana: Jesuita: escribia en 1600.
Miguel de Cervantes, autor del Quijote: escribia en 1603.
El P. Martin de Roa: Jesuita: escribia en 1618.
El Dr. Bartolomé de Argensola: escribia en 1620.

Reinado de Felipe IV.

El P. Eusebio Nieremberg: Jesuita: escribia en 1622.
Don Francisco de Quevedo: escribia en 1630.
Don Diego de Saavedra: escribia en 1638.
El P. Lorenzo Gracian: Jesuita: escribia en 1640,
Gomez Arias: escribia en 1646.

Reinado de Cárlos II.

El Conde de Cervellon: escribia en 1670.
Don Antonio de Solis, cronista de Indias: escribia en 1680.



